

Rojo y negro
Crónica del siglo XIX

Stendhal

Advertencia del editor

Esta obra estaba lista para ser publicada, cuando los grandes acontecimientos de julio orientaron los ánimos en una dirección muy poco favorable a los juegos de la imaginación. Tenemos razones para creer que las siguientes páginas fueron escritas en 1827.

Primera parte

La vérité, l'âpre vérité.¹
DANTON

¹ «La verdad, la amarga verdad..»

Capítulo 1

Una pequeña ciudad

*Put thousands together
Less bad,
But the cage less gay.²
HOBBS*

La pequeña ciudad de Verrières puede pasar por una de las más bonitas del Franco Condado. Sus casas blancas, con sus puntiagudos tejados de tejas rojas, se extienden por la ladera de una colina cubierta con vigorosos castaños cuyas verdes frondas señalan las más leves sinuosidades del terreno. El Doubs corre a algunos centenares de pies por debajo de sus fortificaciones, construidas antaño por los españoles y actualmente en ruinas.

Verrières está protegida al norte por una alta montaña perteneciente a las estribaciones del Jura. Las truncadas cimas del Verra se cubren de nieve desde los primeros fríos de octubre. Un torrente que se precipita desde lo alto de la montaña atraviesa Verrières antes de verter su caudal en el Doubs y pone en marcha un gran número de aserraderos mecánicos, sencilla industria que procura un cierto bienestar a la mayor parte de sus habitantes, más campesinos que burgueses. Sin embargo, no son los aserraderos lo que ha enriquecido la pequeña ciudad, sino la fábrica de telas estampadas llamadas de Mulhouse, a la que se debe la prosperidad general que, desde la caída de Napoleón, ha permitido reconstruir las fachadas de casi todas las casas de Verrières.

Apenas se entra en la ciudad, queda uno aturdido por el estrépito de una máquina ruidosa y de terrible aspecto. Veinte pesados martillos que caen retumbando con un ruido que hace temblar el suelo son elevados por una rueda que el agua del torrente pone en movimiento. Cada uno de estos martillos fabrica diariamente no sé cuántos millares de clavos. Lindas y frescas muchachas presentan, al golpe de esos enormes martillos, pequeños trozos de hierro que rápidamente se convierten en clavos. Este trabajo, tan rudo en apariencia, es uno de los que más sorprenden al viajero que penetra por primera vez en las montañas que separan Francia de Suiza. Si al entrar en Verrières, el viajero pregunta a quién pertenece aquella soberbia fábrica de clavos que ensordece a las gentes que remontan la calle mayor, le contestarán con acento cansino: «Es del señor alcalde».

A poco que el viajero se detenga en la amplia calle mayor de Verrières, que asciende desde la orilla del Doubs hasta la cumbre de la colina, puede apostar ciento contra uno a que verá aparecer un hombre corpulento, de aspecto atareado e importante. Al verle, todo el mundo se descubre rápidamente. Tiene el pelo grisáceo y viste un traje gris. Es caballero de diversas órdenes, posee una frente despejada, nariz aguileña y, en conjunto, sus facciones no carecen de cierta regularidad. Incluso puede decirse, a primera vista, que une a su dignidad de alcalde de pueblo aquel atractivo especial que todavía puede darse a los cuarenta y ocho o cincuenta años. Pero el viajero parisiense no tarda en sorprender en este personaje un cierto aire de suficiencia y de satisfacción de sí mismo,

² «Reunidos por millares estarán mejor, pero la jaula será menos alegre.»

mezclados a un no sé qué que delata una inteligencia limitada y muy poca imaginación. En una palabra, es fácil darse cuenta de que todo el talento de aquel hombre se reduce a hacerse pagar con la mayor puntualidad lo que le deben, y a retrasar lo más posible el pago de sus propias deudas.

Tal es el señor de Renal, alcalde de Verrieres. Después de haber cruzado la calle con paso grave, entra en la alcaldía y desaparece a los ojos del viajero. Pero, cien pasos más arriba, si éste continúa su paseo, advierte una casa de apariencia bastante notable y, a través de una verja de hierro que rodea la casa, unos magníficos jardines. Al fondo, la línea del horizonte, formada por las colinas de Borgoña, ofrece un panorama que parece hecho expresamente para el deleite de los ojos. Su contemplación hace olvidar al viajero la viciada atmósfera de la ciudad saturada de pequeños intereses materiales que ya empezaba a asfixiarle.

Se le informa de que aquella casa pertenece al señor de Rénal. Los beneficios obtenidos en su gran fábrica de clavos han permitido al alcalde de Verrières construir aquel hermoso edificio de piedra labrada, recién terminado. Se dice que su familia es de origen español, muy antigua y, a lo que se pretende, afincada en el país desde mucho antes de su conquista por Luis XIV.

Desde 1815 le avergüenza ser industrial: en 1815 fue nombrado alcalde de Verrières. Los muros escalonados que sostienen las diversas partes de aquel magnífico jardín que, de terraza en terraza, desciende hasta las orillas del Doubs, son también fruto de la pericia del señor de Rénal en el negocio del hierro.

No esperéis nunca encontrar en Francia aquellos pintorescos jardines que rodean las ciudades fabriles de Alemania, como Leipzig, Francfort, Nuremberg. En el Franco Condado, cuantos más muros se levantan, cuanto más se eriza una propiedad de hileras de piedra colocadas una sobre otra, tanto mayores derechos adquiere su dueño al respeto de sus vecinos. Los jardines del señor de Rénal, llenos de muros por todas partes, son además motivo de admiración por el hecho de haber pagado a peso de oro algunas de las parcelas del terreno que ocupan. Por ejemplo, aquel aserradero, cuya especial situación a orillas del Doubs os ha llamado la atención al llegar a Verrières, y en el que habéis leído el nombre de SOREL, escrito en caracteres gigantescos en una placa que corona el edificio, ocupaba, hace seis años, el terreno sobre el que hoy se levanta el muro de la cuarta terraza de los jardines del señor de Rénal.

A pesar de su orgullo, el señor alcalde tuvo que realizar infinitas gestiones cerca del viejo Sorel, campesino duro y terco, y finalmente hubo de pagarle una bonita suma de luises de oro Para lograr que trasladase su fábrica a otra parte. En cuanto al arroyo público que ponía en movimiento el aserradero, el señor de Rénal, valiéndose de su influencia en París, consiguió desviar su curso. Esta gracia le fue concedida después de las elecciones de 182...

Le dio a Sorel cuatro fanegas de tierra por cada una de las que antes tenía, unos quinientos pasos más abajo, a orillas del Doubs. Y aun cuando la nueva situación fuese mucho más ventajosa para su comercio de tablas de abeto, el tío Sorel, como le llaman desde que es rico, tuvo la habilidad de lograr de la impaciencia y de la manía de propietario que animaba a su vecino, una indemnización de 6.000 francos.

Bien es verdad que aquel trato fue criticado por las gentes sensatas del lugar. En cierta ocasión -era un domingo por la mañana, hará unos cuatro años-, el señor de Rénal, al volver de la iglesia luciendo su traje de alcalde, vio de lejos al viejo Sorel, rodeado de

sus tres hijos, que sonreía al mirarle. Aquella sonrisa le amargó el día por completo al señor alcalde; piensa desde entonces que hubiera podido arreglar el trato en condiciones mucho mejores.

En Verrières, para gozar de la consideración pública, lo esencial consiste en edificar grandes muros sin adoptar ninguno de los planos importados de Italia por los maestros de obras que en primavera atraviesan las gargantas del Jura para llegar a París. Tal innovación valdría al imprudente constructor una eterna reputación de mala cabeza, y quedaría desprestigiado para siempre en el concepto de las personas sensatas y moderadas que administran la consideración en el Franco Condado.

Lo cierto es que estas personas sensatas ejercen allí el más enojoso despotismo, y a esta odiosa palabra se debe que la permanencia en las pequeñas ciudades resulte insoportable para quien haya vivido en esa gran república que se llama París. La tiranía de la opinión -¡y qué opinión!- es tan estúpida en las pequeñas ciudades francesas como en los Estados Unidos de América.

Capítulo 2

Un alcalde

*L'importance! Monsieur, n'est-ce rien?
Le respect des sots, l'ébahissement des enfants,
l'envie des riches, le mépris du sage.*³
BARNAVE

Afortunadamente para la reputación del señor de Rénal como administrador, el paseo público que bordea la falda de la colina, a un centenar de pies por encima del curso del Doubs, necesitaba un inmenso muro de contención. Este paseo debe a su admirable situación uno de los panoramas más pintorescos de Francia. Pero todos los años, al llegar la primavera, el agua de las lluvias agrietaba el pavimento y abría surcos que lo hacían impracticable. Tal inconveniente, reconocido por todos, colocó al señor de Rénal ante la feliz necesidad de inmortalizar su administración construyendo un muro de veinte pies de altura y treinta o cuarenta toesas de longitud.

El parapeto de aquel muro que obligó al señor de Rénal a hacer tres viajes a París, debido a que el penúltimo ministro del Interior se había declarado enemigo mortal del paseo de Verrières, se eleva actualmente cuatro pies sobre el suelo. Y, como para desafiar a todos los ministros presentes y pasados, lo están adornando con magníficas losas de piedra labrada.

¡Cuántas veces, mientras pensaba en los bailes de París abandonados la víspera, con el pecho apoyado en aquellos grandes bloques de piedra de un bello color gris azulado, ha vagado mi mirada por el valle del Doubs! Más allá, en la orilla izquierda, serpentean cinco o seis valles al fondo de los cuales se distinguen varios pequeños arroyos. Después de saltar de cascada en cascada, se precipitan en el Doubs. El sol es muy cálido en aquellas montañas; cuando cae a plomo, el viajero puede soñar en esta terraza guarecido bajo la sombra de sus magníficos plátanos. Su rápido crecimiento y la bella tonalidad verde azulada de sus hojas se debe a la tierra que el señor alcalde ha hecho colocar detrás del inmenso muro de contención, pues, a pesar de la oposición del Consejo Municipal, ha ensanchado su paseo en más de seis pies (aunque él sea ultra y yo liberal, no puedo menos de alabarle por ello), gracias a lo cual, según su opinión y la del señor Valenod, el afortunado director del asilo de Verrières, este mirador puede competir con el de Saint-Germain-en-Laye.

Por mi parte, sólo encuentro una objeción que hacer al PASEO DE LA FIDELIDAD, nombre oficial que puede leerse en quince o veinte sitios, grabado en otras tantas lápidas de mármol, que le han valido una cruz más al señor de Rénal; lo que yo me atrevería a reprochar al Paseo de la Fidelidad es la forma bárbara con que la autoridad manda podar y cortar hasta lo vivo sus vigorosos plátanos. Éstos, en vez de parecerse, con sus copas bajas, redondas y achatadas, a las más vulgares hortalizas, estarían mucho mejor si se les permitiese adoptar las esbeltas formas que son corrientes en Inglaterra.

³ «¡Y la importancia no es nada, señor mío? El respeto de los necios, el asombro de los niños, la envidia de los ricos, el desprecio del sabio.»

Pero la voluntad del señor alcalde es despótica y, dos veces al año, todos los árboles pertenecientes al Ayuntamiento son mutilados sin piedad. Los liberales del país pretenden, aunque exageran, que la mano del jardinero municipal se ha vuelto mucho más severa desde que el vicario Maslon ha adquirido la costumbre de quedarse con el producto de la poda.

Este joven eclesiástico fue enviado a Besancon, hace algunos años, para vigilar al padre Chélan y a algunos otros párrocos de los alrededores. Un viejo cirujano-mayor del ejército de Italia, retirado en Verrières, y que en sus buenos tiempos había sido a la vez, según el señor alcalde, jacobino y bonapartista, se atrevió un día a quejarse ante él de la mutilación periódica de aquellos hermosos árboles.

-Me gusta la sombra -respondió el señor de Rénal con el convincente matiz de altivez requerido para hablar con un médico miembro de la Legión de Honor-, me gusta la sombra, hago podar mis árboles para que den sombra, y no concibo que un árbol sirva para otra cosa, sobre todo cuando no es útil como el nogal, es decir, cuando no es rentable.

He aquí las palabras sacramentales que en Verrières lo deciden todo: ser rentable. Por sí solas representan el pensamiento habitual de más de las tres cuartas partes de los habitantes de la población.

Ser rentable es la razón que lo decide todo en esta pequeña ciudad que os parecía tan bonita. El forastero que llega, seducido por la belleza de los frescos y profundos valles que la rodean, se figura en un principio que sus habitantes son sensibles a lo bello; no hacen más que hablar de la belleza de su país: no puede negarse que hacen un gran caso de ella; pero es tan sólo porque atrae a los forasteros cuyo dinero enriquece a los fondistas, cosa que, gracias al mecanismo del impuesto, es rentable a la ciudad.

Un hermoso día de otoño, el señor de Rénal se paseaba por el Paseo de la Fidelidad, del brazo de su esposa. Mientras escuchaba a su marido, que hablaba en tono grave, la señora de Rénal vigilaba con inquietud los movimientos de tres niños. El mayor, que podía tener once años, se acercaba una y otra vez al parapeto con el manifiesto propósito de subirse a él. Entonces una voz dulce pronunciaba el nombre de Adolphe, y el niño renunciaba a su atrevido proyecto. La señora de Rénal parecía una mujer de unos treinta años, pero todavía bastante bonita.

-Podría ser que este buen señor de París tuviera que arrepentirse de haber venido -decía el señor de Rénal con aire ofendido y más pálido que de costumbre-. Todavía me quedan algunos amigos en Palacio...

Pero, aunque quiero hablaros de la vida de provincias a lo largo de doscientas páginas, no tendré la crueldad de obligaros a sopor la interminable prolijidad y los prudentes circunloquios de un diálogo provinciano.

Aquel buen señor de París, tan odioso para el alcalde de Verrières, no era otro que el señor Appert, quien, dos días antes, había encontrado el medio de introducirse, no sólo en la cárcel y en el asilo de Verrières, sino también en el hospital administrado gratuitamente por el alcalde y los principales propietarios del lugar.

-Pero -decía tímidamente la señora de Rénal-, ¿qué daño puede hacerle ese señor de París, si usted administra los bienes de los pobres con la más escrupulosa probidad?

-Sólo viene a repartir censuras y luego publicará artículos en los periódicos liberales.

-Que usted no lee jamás, amigo mío.

-Pero tales artículos jacobinos se comentan, y todo esto nos distrae y nos impide hacer el bien.⁴ Por mi parte, nunca se lo perdonaré al párroco.

⁴ Histórico.

Capítulo 3

El dinero de los pobres

*Un curé vertueux et sans intrigue est une Providence pour le village.*⁵
FLEURY

Es preciso advertir que el párroco de Verrières, anciano de ochenta años, que debía al aire sano de aquellas montañas una salud y un carácter de hierro, tenía derecho a visitar a cualquier hora la cárcel, el hospital e incluso el asilo. El señor Appert, que traía recomendaciones de París para el cura, eligió las seis de la mañana como la hora más prudente para llegar a una pequeña ciudad llena de curiosos. Inmediatamente se encaminó hacia la rectoría.

Después de leer la carta que le dirigía el marqués de La Mole, par de rancia y el más rico propietario de la provincia, el padre Chélan se quedó pensativo.

«Soy viejo y querido aquí -se dijo a media voz-, ¡no se atreverán!» Y volviéndose rápidamente hacia el señor de París con una mirada en la que, a pesar de la edad, brillaba aquel fuego sagrado que anuncia el placer de realizar una buena acción un poco peligrosa, le dijo:

-Venga usted conmigo, caballero, y, en presencia del carcelero y, sobre todo, de los celadores del asilo, le ruego que se abstenga de emitir opinión alguna sobre todo lo que vea.

El señor Appert comprendió que se hallaba ante un hombre de corazón: siguió al venerable sacerdote, visitó la cárcel, el hospicio, el asilo, formuló muchas preguntas y, a pesar de lo extraño de algunas respuestas, no se permitió ni una palabra de censura.

La visita duró varias horas. El párroco invitó a comer al señor Appert, que pretextó tener que escribir algunas cartas: no quería comprometer más a su generoso acompañante. Hacia las tres, ambos fueron a completar la inspección del asilo y luego volvieron de nuevo a la cárcel. Allí, en la puerta, se encontraron con un carcelero, especie de gigante de seis pies de altura y de piernas arqueadas; su rostro innoble se había vuelto todavía más repugnante bajo los efectos del terror.

-¡Oh, señor! -le dijo al cura en cuanto le vio-, ¿este caballero que viene con usted es acaso el señor Appert?

-¡Qué importa quién sea! -dijo el párroco.

-Es que desde ayer he recibido órdenes muy concretas del señor prefecto, remitidas por medio de un gendarme que ha tenido que cabalgar toda la noche a galope tendido, de no permitir que el señor Appert entre en la cárcel.

-Declaro, señor Noiroud -dijo el sacerdote-, que este viajero que me acompaña es, en efecto, el señor Appert. ¿No me reconoce usted el derecho que tengo de entrar en la cárcel a cualquier hora del día o de la noche, acompañado de quien crea conveniente?

-Sí, señor cura -respondió el carcelero en voz baja, y agachando la cabeza como

⁵ «Un párroco virtuoso y que no intrigue es una bendición para un pueblo.»

un perro que obedece a regañadientes por temor a ser apaleado-. Sin embargo, señor cura, tengo mujer e hijos, y si alguien me denuncia seré destituido y sólo cuento con mi sueldo para vivir.

-También yo sentiría perder mi puesto -repuso el sacerdote con voz cada vez más conmovida.

-¡No hay poca diferencia! -replicó con viveza el carcelero-; todo el mundo sabe que usted, señor cura, tiene unas hermosas tierras, ochocientas libras de renta...

Tales eran los hechos que, comentados y exagerados de veinte maneras distintas, agitaban desde hacía dos días las más negras pasiones de la pequeña ciudad de Verrières. En aquel momento eran el tema de la pequeña discusión que el señor de Rénal sostenía con su mujer. Por la mañana, acompañado del señor Valenod, director del asilo, había ido a casa del párroco para manifestarle su más vivo descontento. El padre Chélan no tenía ningún protector; se dio cuenta de todo el alcance de sus palabras.

-¡Muy bien, señores! Seré el tercer párroco de ochenta años a quien los fieles verán destituir en esta localidad. Hace cincuenta y seis años que estoy aquí; he bautizado a casi todos los habitantes de la ciudad, que, cuando yo llegué, no era más que una aldea. Todos los días uno en matrimonio a jóvenes cuyos abuelos casé en otro tiempo. Verrières constituye mi familia, pero el miedo a abandonarla no me hará transigir con mi conciencia ni admitir otra guía en mis actos que no sea ésta. Cuando vi al señor forastero me dije: «Este hombre, llegado de París, es muy posible que sea un liberal, pues cada día abundan más; pero, ¿qué daño puede hacer a nuestros pobres y a nuestros reclusos?».

Los reproches del señor de Rénal, y sobre todo los del señor Valenod, director del asilo, eran cada vez más vivos:

-¡Pues bien, señores! Hagan ustedes que se me destituya -exclamó el viejo párroco con voz temblorosa-. No por eso dejaré de vivir en la región. Todo el mundo sabe que hace cuarenta y ocho años heredé un campo que me produce ochocientas libras. Con esa renta viviré. Yo no obtengo ganancias ilícitas con mi puesto, y quizá sea ésta la razón de que no me asuste la idea de perderlo.

El señor de Rénal vivía en perfecta armonía con su mujer; pero no sabiendo qué contestar a la pregunta que ella le repetía tímidamente: «¿Qué daño puede hacer a los presos ese señor de París?», estaba a punto de enfadarse seriamente cuando ella lanzó un grito. El segundo de sus hijos acababa de subirse al parapeto que bordeaba el paseo y corría por él a pesar de hallarse a más de veinte pies de altura sobre la viña que había al otro lado. El temor de asustar a su hijo y de que pudiera caerse hizo enmudecer a la señora de Rénal, quien no pudo decirle ni una sola palabra. Por fin el niño, que se reía de su proeza, al ver la palidez de su madre, saltó al paseo y corrió hacia ella. Le dieron una buena reprimenda.

Este pequeño incidente cambió el curso de la conversación.

-Estoy absolutamente decidido a traerme a casa a Sorel, el hijo del aserrador -dijo el señor de Renal-; vigilará a los niños, que ya empiezan a ser demasiado traviosos para nosotros. Es un joven clérigo, o poco le falta; buen latinista, hará progresar a los niños, pues tiene un carácter enérgico, según dice el señor cura. Le daré trescientos francos y la manutención. Tenía mis dudas acerca de su moralidad, porque era el niño mimado de aquel viejo cirujano miembro de la Legión de Honor, que, bajo el pretexto de que era primo suyo, fue a hospedarse a casa de los Sorel. Aquel hombre podía muy bien ser un agente secreto de los liberales; decía que el aire de nuestras montañas le sentaba muy

bien para el asma que padecía; pero esto todavía está por demostrar. Había hecho todas las campañas de Buonaparté en Italia y se dice incluso que en aquel entonces dio su voto en contra del Imperio. Ese liberal le enseñó el latín al hijo de Sorel y luego le dejó todos los libros que trajo consigo. Por esto nunca se me hubiera ocurrido encomendar la educación de mis hijos al hijo del carpintero; pero el párroco me dijo, precisamente la víspera del día en que tuvimos la discusión que nos ha enemistado para siempre, que ese Sorel estudia teología desde hace tres años, con el propósito de entrar en el seminario; por lo tanto no es liberal, y es latinista.

»Este arreglo nos conviene por más de un concepto -continuó el señor de Renal, mirando a su mujer con aire diplomático-; el Valenod está muy orgulloso de los dos caballos normandos que acaba de comprar para su coche, pero sus hijos no tienen preceptor.

-Podría muy bien quitarnos éste.

-¿Entonces apruebas mi proyecto? -dijo el señor de Rénal, agradeciendo a su mujer con una sonrisa la excelente idea que había tenido-. Siendo así, es cosa hecha.

-¡Por Dios!, amigo mío, ¡qué pronto te decides!

-Es que soy un hombre de carácter, y el párroco ha tenido ocasión de comprobarlo. Para qué nos vamos a engañar, estamos rodeados de liberales. Todos estos comerciantes de tejidos me tienen envidia, estoy seguro, algunos se están haciendo ricos, y quiero que vean pasar a los hijos del señor de Renal cuando vayan de paseo, acompañados de su preceptor. Esto les enseñará a respetar. Mi abuelo solía contarnos que en su juventud había tenido un preceptor. La cosa podrá costarme cien escudos, pero hay que considerarlo como un gasto necesario para sostener nuestro rango.

Aquella resolución tan repentina dejó muy pensativa a la señora de Renal. Era ésta una mujer alta, bien formada, que había sido la belleza de la comarca, como suele decirse en aquellas montañas. Tenía cierto aire sencillo y juvenil en el porte; a los ojos de un parisiense, aquella gracia natural, llena de vivacidad e inocencia, podía incluso ser un incentivo para la más dulce voluptuosidad. Si la señora de Rénal se hubiera percatado de este tipo de éxito, se habría avergonzado de poder despertar tal sentimiento. Su corazón era incapaz de albergar coquetería o afectación. El señor Valenod, el rico director del asilo, pasaba por haberle hecho la corte sin el menor éxito, cosa que dio un brillo extraordinario a su virtud, pues el tal Valenod, joven alto y corpulento, de rostro colorado y grandes patillas negras, era uno de aquellos seres groseros, desvergonzados y alborotadores que en provincias se suelen llamar hombres guapos.

La señora de Renal, muy tímida y de un carácter, en apariencia, muy cambiante, no podía soportar el movimiento constante y las voces estentóreas del señor Valenod. Su alejamiento de lo que en Verrières se llaman diversiones le valió la reputación de ser muy orgullosa a causa de su noble cuna. Nada más lejos de su ánimo; pero no por ello vio con poca satisfacción que las gentes frecuentaran con menor asiduidad su casa. No negaremos que pasaba por tonta entre las señoras de la ciudad, porque, sin ninguna habilidad con su marido, desaprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían de hacer que trajese hermosos sombreros de París o de Besancon. Con tal de que la dejaran pasearse sola por su hermoso jardín, no se quejaba de nada.

Era un alma sencilla, que nunca se había permitido a sí misma juzgar a su marido y confesarse que la aburría. Suponía, sin decírselo a sí misma, que entre marido y mujer no podían existir relaciones más dulces. Amaba al señor de Renal sobre todo cuando éste

le hablaba de sus proyectos sobre sus hijos, al primero de los cuales destinaba a las armas, el segundo a la magistratura, y el tercero a la Iglesia. En resumen, encontraba al señor de Renal mucho menos fastidioso que a los demás hombres que conocía.

Este juicio conyugal era razonable. El alcalde de Verrières debía una reputación de talento y buen tono a media docena de anécdotas que había heredado de un tío suyo. El viejo capitán Renal sirvió, antes de la Revolución, en el regimiento de Infantería del duque de Orleans, y cuando iba a París era recibido en los salones del príncipe. Allí había visto a Mme. de Montesson, a la famosa Mme. de Genlis, a M. Ducrest, creador del Palais Royal. Estos personajes figuraban con reiterada frecuencia en las anécdotas del señor de Renal. Pero, poco a poco, el recuerdo de cosas tan delicadas de contar se le había hecho cada vez más difícil, y, desde hacía algún tiempo, sólo en las grandes solemnidades repetía sus anécdotas relativas a la casa de Orleans. Como además era muy cortés, excepto cuando se hablaba de dinero, pasaba, con razón, por ser el personaje más aristocrático de Verrières.

Capítulo 4

Un padre y un hijo

*E sará mia colpa se cosí é?*⁶
MAQUIAVELO

«¡Realmente, mi mujer tiene mucho talento! -se decía al día siguiente, a las seis de la mañana, el alcalde de Verrières, mientras dirigía sus pasos al aserradero del tío Sorel-. Aunque no se lo haya dicho, para conservar la superioridad debida, el caso es que no se me había ocurrido que si no tomo a mi servicio a este curita Sorel, que según dicen sabe el latín como los propios ángeles, el director del asilo, esa alma inquieta, pudiera muy bien tener la misma idea que yo y quitármelo. ¡Y con qué tono de suficiencia hablaría del preceptor de sus hijos!... Este preceptor, cuando esté en mi casa, ¿llevará sotana?»

El señor de Rénal caminaba absorto por esta duda cuando vio a lo lejos a un campesino de seis pies de estatura, que, ya al romper el día, parecía muy ocupado en medir unos grandes maderos colocados a lo largo del Doubs, en el camino de sirga. El campesino no mostró una satisfacción excesiva ante la aparición del señor alcalde, pues los trozos de madera obstruían el camino y estaban allí contraviniendo las ordenanzas.

El tío Sorel, pues de él se trataba, quedó muy sorprendido y aún más satisfecho ante la singular proposición que le hizo el señor de Rénal respecto a su hijo Julien. A pesar de todo, no por ello dejó de escucharle con aquel aire de malhumorada tristeza y aparente desinterés de que sabe revestirse la astucia de los habitantes de aquellas montañas. Esclavos del tiempo de la dominación española, conservan todavía ese rasgo de la fisonomía del fellah de Egipto.

La respuesta de Sorel no fue en un primer momento más que una larga retahíla de fórmulas de respeto que se sabía de memoria. Mientras repetía estas palabras vanas, con una sonrisa forzada que hacía resaltar más el aire de falsedad y de bellaquería propio de su cara, el espíritu activo del campesino trataba de adivinar la razón que podía impulsar a un personaje tan importante a llevarse a su casa al inútil de su hijo. Estaba muy descontento de Julien, y precisamente por éste venían a ofrecerle el inesperado salario de trescientos francos al año, incluida la manutención y hasta la ropa. Esta última pretensión que el tío Sorel tuvo el acierto de aventurar súbitamente, le fue concedida en el acto por el señor de Renal.

Tal petición chocó mucho al alcalde. «Puesto que Sorel no se muestra encantado y satisfecho de mi proposición, como naturalmente debiera estarlo, es evidente -se dijo- que le han hecho ofertas por otro lado, y no pueden venir de nadie más que de Valenod.» En vano insistió el señor de Rénal para dejar ultimado el trato: la astucia del viejo campesino se negó a ello obstinadamente; quería -según dijo- consultar a su hijo, como si en provincias un padre rico consultase a un hijo que no tiene nada, a no ser por pura fórmula.

Un aserradero hidráulico se compone de un cobertizo al borde de un arroyo. El

⁶ ¿Y será culpa mía si es así?»

tejado se sostiene sobre un armazón que descansa sobre cuatro grandes pilares de madera. A ocho o diez pies de altura, en medio del cobertizo, se ve una sierra que sube y baja, mientras que un sencillo mecanismo empuja un tronco hacia ella. Una rueda, movida por el agua del arroyo, pone en marcha este doble mecanismo, el de la sierra que sube y baja y el que empuja suavemente el tronco hacia la sierra, que lo corta en tablones.

Al llegar a su fábrica, el tío Sorel llamó a su hijo Julien con voz estentórea; nadie respondió. Sólo vio a sus hijos mayores, especie de gigantes que, armados de pesadas hachas, desbastaban los troncos de abeto para llevarlos a la sierra. Ocupados en seguir exactamente la línea negra trazada sobre la madera, a cada hachazo desgajaban enormes virutas. No oyeron la voz de su padre. Éste se dirigió al cobertizo y en vano buscó a Julien en el sitio que le correspondía, junto a la sierra. Lo vio, cinco o seis pies más arriba, a caballo en una de las vigas de la techumbre.

En vez de vigilar atentamente la marcha de todo el mecanismo, estaba leyendo. No existía nada que el viejo Sorel aborreciera más; acaso hubiera perdonado a Julien su complexión esbelta, poco a propósito para trabajos rudos y tan distinta de la de sus hermanos; pero aquella manía de la lectura le era odiosa, él no sabía leer.

Inútilmente llamó a Julien dos o tres veces. La atención que el joven prestaba a su libro, mucho más que el ruido de la sierra, le impedía oír la voz tonante de su padre. Por fin, a pesar de su edad, éste saltó ágilmente sobre el tronco que estaba serrando la máquina, y de allí a la viga transversal que sostenía el tejado. Un golpe violento hizo volar al arroyo el libro que Julien tenía en la mano; un segundo golpe en la cabeza, tan violento como el primero, dado con la palma de la mano, le hizo perder el equilibrio. Iba a caer diez o quince pies más abajo, entre las palancas de la máquina en pleno funcionamiento, que le hubieran hecho pedazos, cuando su padre le sostuvo con la mano izquierda.

-¡Holgazán! ¿Hasta cuándo piensas leer tus malditos libros mientras estás de guardia en la sierra? Léelos, si te place, por la noche, cuando vas a perder el tiempo a casa del cura.

Julien, aunque aturdido por la fuerza del golpe, y sangrando, se acercó a su puesto oficial, junto a la sierra. Tenía los ojos llenos de lágrimas, no tanto por el dolor físico como por la pérdida de aquel libro que adoraba.

-Baja, animal, que tengo que hablarte.

El ruido de la máquina impidió una vez más a Julien oír esta orden. Su padre, que ya estaba abajo y que no quería molestarle en subir otra vez, fue a buscar una larga vara que usaba para apalear los nogales y le dio un golpe con ella en el hombro.

Apenas estuvo Julien en el suelo, el viejo Sorel, empujándole con rudeza, le hizo pasar delante y le llevó a empellones hasta la casa. «¡Dios sabe lo que va a hacer conmigo!», pensaba el pobre muchacho. Al pasar, miró tristemente hacia el arroyo, donde había caído su libro; era su predilecto: el Memorial de Santa Elena.

Iba sofocado, con las mejillas encendidas y los ojos bajos. Era un muchacho de dieciocho a diecinueve años, débil en apariencia, de rasgos irregulares pero delicados, y nariz aguileña. Sus grandes ojos negros, que cuando estaban tranquilos denotaban reflexión y fogosidad, tenían ahora una expresión de odio feroz. Sus cabellos castaño oscuro, que le nacían muy abajo, dejaban al descubierto una frente muy estrecha y, en los momentos de cólera, le daban un cierto aire de maldad. Entre las innumerables variedades de la fisonomía humana, quizá no haya otra que tenga una singularidad más

impresionante. Su figura esbelta y bien proporcionada denotaba más agilidad que vigor. Desde sus primeros años, su extremada palidez y su aire profundamente ensimismado hicieron creer a su padre que no viviría mucho, y que, si salía adelante, no iba a ser más que una carga para los suyos. Víctima, en su casa, del desprecio de todos, odiaba a su padre y a sus hermanos; en los juegos domingueros de la plaza pública, siempre era vencido.

Hacía escasamente un año que su hermoso rostro había empezado a conquistarle ciertas simpatías entre las muchachas. Despreciado de todos como un ser débil, Julien adoró al viejo cirujano que un día tuvo el valor de recriminar al alcalde por su manera de podar los plátanos.

Este cirujano pagaba algunas veces a Sorel el jornal de su hijo y le enseñaba latín e historia, es decir, la historia que él sabía, la campaña de 1796 en Italia. Al morir le legó su cruz de la Legión de Honor, los atrasos de su media paga y treinta o cuarenta volúmenes, el más precioso de los cuales acababa de sumergirse en el arroyo público que un día desviara de su curso la influencia del señor alcalde.

Apenas entró en la casa, Julien sintió caer sobre su hombro la pesada mano de su padre; temblaba, esperaba recibir unos cuantos golpes.

-Dime la verdad -le gritó al oído la voz dura del viejo campesino, mientras con la mano le obligaba a volverse hacia él con la misma facilidad con que un niño hace dar la vuelta entre sus dedos a un soldado de plomo. Los grandes ojos negros, llenos de lágrimas, de Julien se encontraron frente a los ojillos grises y aviesos del viejo carpintero, que parecía querer leer hasta el fondo de su alma.

Capítulo 5

Una negociación

*Cunctando restituit rem.*⁷
ENNIO

-Contéstame, si puedes, perro inútil; ¿de qué conoces tú a la señora de Rénal?
¿Cuándo le has hablado?

-No le he hablado jamás -respondió Julien-, ni he visto a esta señora más que en la iglesia.

-Pero la habrás mirado, ¡maldito sinvergüenza!

-¡Jamás! Bien sabe usted que en la iglesia sólo miro a Dios -agregó Julien con cierto aire hipócrita, muy propio, según él, para evitar nuevos golpes.

-Sin embargo, me ocultas algo -replicó el campesino, receloso, y se calló un momento-; pero de ti no sacaré nada en claro, maldito hipócrita. Después de todo, voy a librarme de ti, y con esto saldrá ganando el aserradero. Has conquistado al señor cura o a cualquier otro, que te ha procurado un buen puesto. Prepara tus cosas y te llevaré a casa del señor Rénal para que seas el preceptor de sus hijos.

-¿Y qué ganaré por ello?

-Manutención, vestido y un salario de trescientos francos.

-No quiero ser criado.

-Animal, ¿quién te habla de ser criado? ¿Crees tú que yo consentiría que mi hijo fuera criado?

-Pero, ¿con quién comeré?

Esta pregunta desconcertó al viejo Sorel, quien comprendió que si seguía hablando cometería alguna imprudencia; se enfureció contra Julien, le llenó de improperios reprochándole su glotonería y le dejó para consultar con sus demás hijos.

Julien les vio poco después, apoyados en sus correspondientes hachas y celebrando consejo. Después de haberles contemplado largo rato, viendo Julien que no podía averiguar nada, fue a colocarse al otro lado del aserradero para que no le sorprendieran. Quería reflexionar detenidamente sobre aquella noticia inesperada que cambiaba su suerte, pero se sintió incapaz de ser prudente; su imaginación estaba ocupada por entero en figurarse lo que vería en la hermosa casa del señor de Renal.

«Hay que renunciar a todo esto -se dijo- antes que rebajarse a comer con los criados. Mi padre querrá obligarme a aceptar; pero antes la muerte. Tengo quince francos y cuarenta céntimos de economías, me escapo esta noche; en dos días, yendo por atajos donde no corro el peligro de encontrar ningún gendarme, estaré en Besancon; allí me alisto como soldado y, si es preciso, me voy a Suiza. Pero entonces ya no habrá para mí ambiciones ni éxitos, ni esa hermosa carrera eclesiástica que lleva a todas partes.»

Este horror a comer con los criados no era natural en Julien; hubiera hecho, por alcanzar la fortuna, cosas mucho más humillantes. Tal repugnancia procedía de las

⁷ Restableció la situación contemporizando

Confesiones de Rousseau. Éste era el único libro a través del cual su imaginación era capaz de concebir el mundo. Junto con la colección de boletines de La Grande Armée y el Memorial de Santa Elena, constituían su Corán. Se habría dejado matar por estas tres obras. Nunca creyó en otras. Según una frase del viejo cirujano mayor, consideraba todos los demás libros del mundo como una sarta de mentiras escritas por unos cuantos pícaros para su exclusivo provecho.

Dotado de un alma de fuego, Julien poseía una de esas memorias prodigiosas que tantas veces son patrimonio de los necios. Para conquistar al viejo padre Chélan, del cual sabía que dependía su porvenir, se aprendió de memoria el Nuevo Testamento en latín; también se sabía el libro del Papa, de M. de Maistre, y creía tan poco en el uno como en el otro.

Como por mutuo acuerdo, Sorel y su hijo rehuyeron hablarse durante todo el día. Al caer la tarde, Julien fue a recibir su lección de teología a casa del cura, pero no creyó prudente hablarle de la extraña proposición que le habían hecho a su padre.

«Puede ser una trampa -se dijo- y hay que hacer como que no me acuerdo de ello.»

Al día siguiente, muy temprano, el señor de Rénal mandó llamar al viejo Sorel, quien, después de haberse hecho esperar una o dos horas, se presentó al fin haciendo mil reverencias y mascullando otras tantas excusas. A fuerza de oponer toda suerte de objeciones, Sorel comprendió que su hijo comería con los dueños de la casa, y, los días en que hubiera invitados, en un cuarto aparte con los niños. Cada vez más dispuesto a suscitar nuevos inconvenientes a medida que descubría un mayor interés en el señor alcalde y, por otra parte, lleno de desconfianza y de extrañeza, Sorel pidió que le enseñaran la habitación que había de ocupar su hijo. Era una habitación espaciosa, perfectamente amueblada, pero en la que estaban colocando ya las camas de los tres niños.

Esta circunstancia fue un rayo de luz para el viejo campesino; inmediatamente, y seguro ya de sí mismo, quiso ver el traje que darían a su hijo. El señor de Rénal abrió un cajón de su escritorio y sacó cien francos.

-Con este dinero, su hijo se presentará en casa del señor Durand, de la tienda de paños, y se hará cortar un traje negro completo.

-Y aun cuando yo le saque de su casa -dijo el campesino, que había olvidado pronto sus modales respetuosos-, ¿podrá quedarse con ese traje negro?

-Naturalmente.

-Bien -dijo Sorel con reposado acento-, entonces no nos queda más que ponernos de acuerdo respecto a una cosa, el dinero que le va usted a dar.

-¡Cómo! -exclamó el señor de Rénal, indignado-, ¡pero si ayer ya quedamos de acuerdo! Le daré trescientos francos; creo que es bastante, y quizá demasiado.

-Ésta era su oferta, no lo niego -dijo el viejo Sorel, todavía con mayor sosiego; y en un rasgo de astucia que no sorprenderá a quienes conozcan a los campesinos del Franco Condado, añadió, ~ando fijamente al señor de Rénal-: Pero hay quien da más.

A estas palabras el rostro del alcalde se demudó. Logró rehacerse, sin embargo, y, después de una sabia conversación de más de dos horas, en la que no se pronunció ni una sola palabra al azar, la astucia del campesino salió vencedora sobre la astucia del hombre rico que no la necesita para vivir. Se puntualizaron todos los numerosos detalles que habían de regular la nueva existencia de Julien, y no sólo se fijaron sus honorarios en

cuatrocientos francos, sino que se estipuló que habrían de pagársele por adelantado el primero de cada mes.

-Está bien -dijo el señor de Renal-; le abonaré treinta y cinco francos.

-Para redondear la cuenta -repuso el campesino con untuoso acento-, un caballero rico y generoso como el señor alcalde ya llegará hasta los treinta y seis francos.

-Sea -dijo el señor de Renal-, pero acabemos de una vez.

Había llegado a un punto en que la cólera daba a sus palabras un acento de firmeza. El campesino se dio cuenta de que no debía ir más lejos. Entonces el señor de Renal se creció a su vez. Negóse en redondo a entregar al viejo Sorel la primera mensualidad de treinta y seis francos, que éste tenía mucho empeño en cobrar en nombre de su hijo. Luego pensó que no tendría más remedio que contar a su mujer el papel que había hecho en aquella negociación.

-Devuélvame usted los cien francos que le he dado -dijo con mal humor-. El señor Durand tiene una deuda conmigo. Iré a su casa, con su hijo, para comprar el corte de paño negro.

Ante estas muestras de energía, Sorel volvió a adoptar prudentemente sus fórmulas respetuosas; duraron cerca de un cuarto de hora. Por último, viendo que decididamente no podía sacar más partido, se retiró. Su última reverencia acabó con estas palabras:

-Voy a enviar mi hijo al castillo.

De este modo llamaban las gentes del lugar a la casa del alcalde cuando querían halagarle.

De vuelta a su fábrica, en vano buscó Sorel a su hijo. Desconfiando de lo que pudiera ocurrir, Julien había salido en plena noche. Quería poner a salvo su cruz de la Legión de Honor y sus libros. Lo había llevado todo a casa de un amigo suyo, un joven tratante en maderas, llamado Fouqué, que habitaba en la alta montaña que domina Verrières.

A su regreso, le dijo su padre:

-¡Sabe Dios, maldito holgazán, si algún día tendrás la honradez de pagarme lo que he gastado en alimentarte durante tantos años! Coge tus trapos y vete a casa del señor alcalde.

Julien, asombrado de no recibir ningún golpe, se apresuró a marcharse. Pero apenas perdió de vista a su padre, acortó el paso. Juzgó que sería útil a su hipocresía hacer un alto en la iglesia.

¿Os sorprende esa frase? Antes de llegar a esta horrible palabra, el alma del joven campesino había tenido que andar mucho camino.

Siendo muy niño, la presencia de los dragones del sexto regimiento, con sus largas capas blancas y sus cascos adornados de crines negras, que volvían de Italia y cuyos caballos veía atar Julien a las rejas de la ventana de su casa, le había despertado un loco entusiasmo por la carrera militar. Más tarde, escuchaba con deleite los relatos que el cirujano mayor hacía de las batallas del puente de Lodi, de Arcole o de Rívoli. Observaba las miradas ardientes que el viejo dirigía a su cruz.

Pero cuando Julien tenía catorce años, se empezó a construir en Verrières una iglesia que bien puede calificarse de magnífica para una ciudad tan pequeña.

Había en ella, sobre todo, cuatro columnas de mármol que llamaban la atención de Julien. Estas columnas se hicieron célebres en la comarca por haber suscitado un odio

mortal entre el juez de paz y el joven vicario llegado de Besanyon y que pasaba por ser espía de la congregación. El juez de paz estuvo a punto de perder su puesto, por lo menos ésta era la opinión más generalizada. ¿Acaso no había tenido la osadía de discutir con un cura que iba a Besancon dos veces al mes y que, según se decía, era recibido por el señor obispo?

En tales circunstancias, el juez de paz, padre de una numerosa familia, dictó varias sentencias que parecieron injustas, todas ellas contra individuos que leían El Constitucional. El buen partido triunfó. Bien es cierto que sólo se trataba de pequeñas multas de cuatro o cinco francos, pero una de ellas tuvo que pagarla un fabricante de clavos, padrino de Julien. En medio de su cólera, el buen hombre exclamaba: «¡Cómo cambian los tiempos! ¡Y pensar que durante más de veinte años este juez de paz ha tenido fama de ser un hombre honrado!». El cirujano mayor, amigo de Julien, había muerto.

Repentinamente, Julien dejó de hablar de Napoleón; anunció su propósito de ser sacerdote, y se le podía ver a todas horas en el aserradero de su padre, ocupado en aprenderse de memoria una Biblia en latín que el cura le había prestado. Este buen anciano, maravillado de sus progresos, pasaba veladas enteras enseñándole teología. Ante él Julien alardeaba de sentimientos piadosos. ¿Quién hubiera podido adivinar que aquel semblante de niña, tan pálido y tan dulce, ocultaba la resolución irrevocable de sufrir mil veces la muerte antes que resignarse a no hacer fortuna?

Para Julien, hacer fortuna era, en primer lugar, salir de Verrières; aborrecía su patria. Todo lo que veía en torno suyo helaba su imaginación.

Desde muy niño, había tenido momentos de exaltación. Entonces soñaba con delicia que algún día sería presentado a las grandes damas de París; sabría llamar su atención por algún acto notable. ¿Y por qué no habría de ser amado por alguna de ellas, como lo fue Napoleón, pobre aún, por Josefina de Beauharnais? Desde hacía muchos años Julien no dejaba pasar ni un solo día sin repetirse a sí mismo que Napoleón, teniente oscuro y sin fortuna, se había hecho dueño del mundo con su espada. Este pensamiento le consolaba de sus desgracias, que le parecían muy grandes, y aumentaba su alegría cuando la sentía.

De pronto, la construcción de la iglesia y las sentencias del juez de paz le abrieron los ojos; se le ocurrió una idea que durante algunas semanas le tuvo como loco y se adueñó finalmente de él con toda la fuerza de que es capaz un alma apasionada que cree haber descubierto algo por vez primera.

«Cuando Bonaparte empezó a figurar, Francia temía una invasión; el mérito militar era necesario y estaba de moda. Hoy, en cambio, hay curas de cuarenta años que ganan cien mil francos al año, es decir, tres veces más que los famosos generales de Napoleón. Necesitan gente que les secunde. No hay más que ver a este juez de paz, un hombre ya viejo que hasta ahora había sido tan recto y que acepta su propia deshonra por miedo a incurrir en las iras de un joven vicario de treinta años. Hay que ser sacerdote.»

En cierta ocasión, cuando Julien, sumido de lleno en aquella piedad tan reciente, llevaba dos años estudiando teología, le traicionó, sin embargo, una explosión repentina del fuego que devoraba su alma. En casa del padre Chélan, durante una comida de sacerdotes en la que el buen párroco le había presentado como un prodigio de erudición, se le ocurrió hacer un elogio entusiasta de Napoleón. Se vendó el brazo derecho contra el pecho, pretendiendo habérselo dislocado al mover un tronco de abeto, y lo llevó durante dos meses en esta posición incómoda. Después de este castigo corporal, se perdonó a sí

mismo. Éste era el joven de diecinueve años a quien por su débil aspecto apenas se le hubieran atribuido diecisiete, que, con un paquete bajo el brazo, entraba en la magnífica iglesia de Verrières.

La encontró sombría y solitaria. Con motivo de una fiesta todas las ventanas del edificio habían sido recubiertas de colgaduras de paño carmesí. Al reflejarse en ellas los rayos del sol, producían un efecto de luz deslumbrador y una impresión imponente y profundamente religiosa. Julien se estremeció. Solo en la iglesia, fue a colocarse en el banco que le pareció mejor. Tenía grabadas las armas del señor de Rénal.

En el reclinatorio vio Julien un trozo de papel impreso, puesto allí como a propósito para ser leído. Puso los ojos en él y leyó:

Detalles de la ejecución y últimos momentos de Louis Jenrel, ejecutado en Besanpon el...

El papel estaba roto. En el reverso se podían leer las primeras palabras de una línea: El primer paso.

«¿Quién habrá dejado aquí este papel? -pensó Julien-. Pobre desgraciado -murmuró con un suspiro-, su nombre termina como el mío...» Y arrugó el papel.

Al salir, Julien creyó ver sangre cerca de la pila del agua bendita, había muchas gotas de agua en el suelo: el reflejo de los cortinajes rojos que cubrían las ventanas hacía que pareciesen sangre.

Julien acabó por avergonzarse de su secreto terror.

«¡Seré cobarde! -pensó-, ¡a las armas!»

Esta frase, tantas veces repetida en los relatos de batallas del viejo cirujano militar, era heroica para Julien. Se levantó y marchó con paso rápido y firme a casa del señor de Rénal.

A pesar de su decidida resolución, cuando la vio a veinte pasos de él, sintió que le invadía una invencible timidez. La verja de hierro estaba abierta, le pareció magnífica, había que entrar.

Julien no era la única persona que se sentía turbada por su llegada a aquella casa. La extremada timidez de la señora de Rénal estaba desconcertada ante la idea de que un extraño, por razón de sus funciones, iba a estar constantemente entre ella y sus hijos. Tenía la costumbre de que los niños durmieran en su cuarto. Aquella misma mañana, al ver trasladar sus camitas a la habitación del preceptor, había derramado abundantes lágrimas. En vano rogó a su marido que dejase con ella al más pequeño, Stanislas-Xavier.

La delicadeza femenina era exageradísima en la señora de Rénal. Se imaginaba un ser desagradable, grosero y mal peinado, encargado de reñir a sus hijos por el solo hecho de saber latín, un lenguaje bárbaro, por culpa del cual azotarían a sus hijos.

Capítulo 6

El aburrimiento

*Non so piú cosa son, Cosa facio.*⁸
MOZART

Con la gracia y vivacidad en ella naturales cuando se hallaba lejos de las miradas de los hombres, la señora de Rénal salía por la puerta del salón que daba al jardín, cuando vio junto a la puerta principal a un joven campesino, casi un niño todavía y extremadamente pálido, que acababa de llorar. Llevaba una camisa muy blanca y, bajo el brazo, una chaqueta muy limpia de ratina morada.

La tez de aquel joven campesino era tan blanca, sus ojos tan dulces, que la imaginación un tanto novelesca de la señora de Rénal pensó por un momento que pudiera ser una muchacha disfrazada que acudía a pedir algún favor al señor alcalde. Aquella pobre criatura, detenida ante la puerta principal, y que, por las trazas, no se atrevía ni a tocar la campanilla, le dio lástima. La señora de Rénal se acercó, olvidando por un momento la amargura que sentía por la llegada del preceptor. Julien, vuelto hacia la puerta, no la vio avanzar. Se estremeció al oír una voz dulce que le preguntaba al oído:

-¿Qué busca usted aquí, hijo mío?

Julien se volvió con presteza e, impresionado por la mirada llena de gracia de la señora de Rénal, perdió parte de su timidez. Muy pronto, asombrado de su belleza, olvidó incluso lo que iba a hacer allí. La señora de Rénal repitió su pregunta.

-Vengo para ser preceptor, señora elijo Julien, avergonzado de sus lágrimas, que procuraba ocultar.

La señora de Renal quedó desconcertada; estaban los dos muy cerca y se miraban. Julien nunca había visto una persona tan bien vestida y, sobre todo, una mujer con una tez tan deslumbradora que le hablara con tanta dulzura. La señora de Renal contemplaba las gruesas lágrimas que se secaban en las mejillas, tan pálidas antes y ahora tan rosadas, del joven campesino. De pronto se echó a reír con la loca alegría de una chiquilla; se burlaba de sí misma y no podía dar crédito a toda su dicha. ¡Cómo! ¿Aquél era el preceptor que ella se había imaginado como un cura sucio y mal vestido que vendría a reñir y a pegar a sus hijos?

-¿Pero cómo, señor -le dijo al cabo-, sabe usted latín?

La palabra señor sorprendió tanto a Julien, que reflexionó un instante.

-Sí, señora -dijo tímidamente.

La señora de Renal estaba tan contenta, que se atrevió a decir a Julien:

-¿No reñirá usted demasiado a esos pobres niños?

-¿Reñirles yo? -replicó Julien, asombrado-. ¿Y por qué?

-¿Verdad, señor -añadió ella después de un momento de silencio, con voz cada vez más emocionada-, que será usted bueno con ellos?, ¿me lo promete usted?

⁸ No sé ya lo que soy ni qué hago.. Las bodas de Fígaro

Oírse llamar señor otra vez, tan formalmente y por una dama tan bien vestida, era algo que superaba las previsiones de Julien: en todos sus sueños y fantasías juveniles había creído siempre que una dama elegante jamás se dignaría dirigirle la palabra hasta que llevara un hermoso uniforme. La señora de Renal, por su parte, estaba completamente confundida por la finura del cutis, los grandes ojos negros de Julien y sus hermosos cabellos, más rizados que de ordinario, pues, para refrescarse, había chapuzado la cabeza en el pilón de la fuente pública. Con gran satisfacción por su parte, se encontraba con que aquel fatal preceptor, cuya dureza y hosquedad tanto había temido por sus hijos, tenía el aire tímido de una muchacha. Para el alma tan apacible de la señora de Renal, el contraste entre sus temores y la realidad fue un gran acontecimiento. Por fin volvió en sí de su asombro. Se dio cuenta con extrañeza de que se encontraba en la puerta de su casa con aquel joven casi en camisa y muy cerca de él.

-Entremos, señor -le dijo un tanto azorada.

En toda su vida una sensación puramente agradable la había emocionado tan profundamente; jamás una aparición tan graciosa había disipado temores más inquietantes. Así, sus hijos, tan mimados por ella, no caerían en manos de un cura sucio y gruñón. Apenas entraron en el vestíbulo, se volvió hacia Julien, que la seguía tímidamente. Su aire de asombro al contemplar una casa tan hermosa era un encanto más para la señora de Rénal. No podía dar crédito a sus ojos; le parecía sobre todo que el preceptor tenía que ir vestido de negro.

-¿Pero es cierto, señor -le dijo, deteniéndose nuevamente, aterrada por la idea de que pudiese haber un error en un hecho que la hacía tan feliz-, que sabe usted latín?

Estas palabras hirieron el orgullo de Julien y disiparon el encantamiento en que vivía desde hacía un cuarto de hora.

-Sí, señora -respondió, tratando de adoptar un aire frío-, sé el latín tan bien como el señor cura, e incluso a veces tiene la bondad de decir que lo sé mejor que él.

La señora de Rénal encontró que Julien, que se había detenido a dos pasos de ella, parecía tener muy mal genio. Acercándose a él, le dijo a media voz:

-Los primeros días no pegará usted a mis hijos aun cuando no sepan la lección, ¿verdad?

El tono dulce y casi suplicante de aquella dama tan hermosa hizo olvidar repentinamente a Julien lo que debía a su reputación de latinista. La cara de la señora de Rénal estaba junto a la suya, notó el perfume del traje de verano de una mujer, cosa completamente insólita para un pobre campesino. Julien se ruborizó intensamente y dijo con un suspiro y una voz desfallecida:

-No tema usted nada, señora, la obedeceré en todo.

Sólo al llegar a este punto, al disiparse por completo la inquietud que sintiera por sus hijos, se dio cuenta la señora de Rénal de la extremada belleza de Julien. Sus rasgos, casi femeninos, y su aire de turbación no parecieron ridículos a una mujer que era La señora de Rénal quedó desconcertada; estaban los dos muy cerca y se miraban. Julien nunca había visto una persona tan bien vestida y, sobre todo, una mujer con una tez tan deslumbradora que le hablara con tanta dulzura. La señora de Rénal contemplaba las gruesas lágrimas que se secaban en las mejillas, tan pálidas antes y ahora tan rosadas, del joven campesino. De pronto se echó a reír con la loca alegría de una chiquilla; se burlaba de sí misma y no podía dar crédito a toda su dicha. ¡Cómo! ¿Aquél era el preceptor que ella se había imaginado como un cura sucio y mal vestido que vendría a reñir y a pegar a

sus hijos?

-¿Pero cómo, señor -le dijo al cabo-, sabe usted latín?

La palabra señor sorprendió tanto a Julien, que reflexionó un instante.

-Sí, señora -dijo tímidamente.

La señora de Rénal estaba tan contenta, que se atrevió a decir a Julien:

-¿No reñirá usted demasiado a esos pobres niños?

-¿Reñirles yo? -replicó Julien, asombrado-. ¿Y por qué?

-¿Verdad, señor -añadió ella después de un momento de silencio, con voz cada vez más emocionada-, que será usted bueno con ellos?, ¿me lo promete usted?

Oírse llamar señor otra vez, tan formalmente y por una dama

tan bien vestida, era algo que superaba las previsiones de Julien: en todos sus sueños y fantasías juveniles había creído siempre que una dama elegante jamás se dignaría dirigirle la palabra hasta que llevara un hermoso uniforme.

La señora de Rénal, por su parte, estaba completamente confundida por la finura del cutis, los grandes ojos negros de Julien y sus hermosos cabellos, más rizados que de ordinario, pues, para refrescarse, había chapuzado la cabeza en el pilón de la fuente pública. Con gran satisfacción por su parte, se encontraba con que aquel fatal preceptor, cuya dureza y hosquedad tanto había temido por sus hijos, tenía el aire tímido de una muchacha. Para el alma tan apacible de la señora de Rénal, el contraste entre sus temores y la realidad fue un gran acontecimiento. Por fin volvió en sí de su asombro. Se dio cuenta con extrañeza de que se encontraba en la puerta de su casa con aquel joven casi en camisa y muy cerca de él.

-Entremos, señor -le dijo un tanto azorada.

En toda su vida una sensación puramente agradable la había emocionado tan profundamente; jamás una aparición tan graciosa había disipado temores más inquietantes. Así, sus hijos, tan mimados por ella, no caerían en manos de un cura sucio y gruñón. Apenas entraron en el vestíbulo, se volvió hacia Julien, que la seguía tímidamente. Su aire de asombro al contemplar una casa tan hermosa era un encanto más para la señora de Rénal. No podía dar crédito a sus ojos; le parecía sobre todo que el preceptor tenía que ir vestido de negro.

-¿Pero es cierto, señor -le dijo, deteniéndose nuevamente, aterrada por la idea de que pudiese haber un error en un hecho que la hacía tan feliz-, que sabe usted latín?

Estas palabras hirieron el orgullo de Julien y disiparon el encantamiento en que vivía desde hacía un cuarto de hora.

-Sí, señora -respondió, tratando de adoptar un aire frío-, sé el latín tan bien como el señor cura, e incluso a veces tiene la bondad de decir que lo sé mejor que él.

La señora de Rénal encontró que Julien, que se había detenido a dos pasos de ella, parecía tener muy mal genio. Acercándose a él, le dijo a media voz:

-Los primeros días no pegará usted a mis hijos aun cuando no sepan la lección, ¿verdad?

El tono dulce y casi suplicante de aquella dama tan hermosa hizo olvidar repentinamente a Julien lo que debía a su reputación de latinista. La cara de la señora de Rénal estaba junto a la suya, notó el perfume del traje de verano de una mujer, cosa completamente insólita para un pobre campesino. Julien se ruborizó intensamente y dijo con un suspiro y una voz desfallecida:

-No tema usted nada, señora, la obedeceré en todo.

Sólo al llegar a este punto, al disiparse por completo la inquietud que sintiera por sus hijos, se dio cuenta la señora de Rénal de la extremada belleza de Julien. Sus rasgos, casi femeninos, y su aire de turbación no parecieron ridículos a una mujer que era a su vez sumamente tímida. El aspecto varonil que, por lo común, se considera requisito indispensable de la hermosura de un hombre, le hubiera dado miedo.

-¿Qué edad tiene usted? -preguntó a Julien.

-Voy a cumplir diecinueve años.

-Mi hijo mayor tiene once -repuso la señora de Rénal, completamente tranquilizada-, será casi un camarada para usted, usted le hará entrar en razón. Una vez su padre quiso pegarle y, aunque sólo le dio un golpe muy ligero, el niño estuvo enfermo durante toda una semana.

«¡Qué diferencia conmigo! -pensó Julien-. Ayer mismo me pegó mi padre. ¡Qué felices son estas gentes ricas!»

La señora de Rénal, que empezaba ya a percibir los más leves matices del alma del preceptor, tomó aquel movimiento de tristeza por timidez y quiso animarle.

-¿Cuál es su nombre? -le preguntó con un acento y una gracia tales que Julien no pudo menos que percibir todo su encanto, aun sin darse cuenta de ello.

-Me llamo Julien Sorel, señora. Estoy asustado al entrar por vez primera en una casa extraña, necesito su protección y que me perdone todas mis torpezas en los primeros días. Nunca fui al colegio; era demasiado pobre para ello; en toda mi vida sólo he hablado con mi primo el cirujano mayor, miembro de la Legión de Honor, y con el padre Chélan. Él le dará buenos informes de mí. Mis hermanos siempre me han pegado, no les crea usted si le hablan mal de mí. Tendrá usted que perdonarme las faltas que cometa, señora, le aseguro que no lo haré nunca con mala intención.

Julien iba serenándose a medida que pronunciaba este largo discurso y contemplaba a la señora de Renal. Tal es el efecto que produce la gracia perfecta cuando es natural y la persona a quien adorna no se da cuenta siquiera de que la tiene. Julien, que sabía apreciar muy bien la belleza femenina, hubiera jurado en aquel momento que no tenía más de veinte años. De pronto se le ocurrió la atrevida idea de besarle la mano. En el acto, su propia osadía le dio miedo; al cabo de un momento se dijo: «Sería una cobardía no hacer una cosa que puede serme útil y atenuar quizás el desprecio que, sin duda, siente esta dama por un pobre obrero que acaba de salir del aserradero». Es posible que Julien se sintiera un tanto envalentonado por aquel calificativo de «lindo mozo» que desde hacía seis meses oía repetir todos los domingos a algunas muchachas. Mientras sostenía esta lucha interior, la señora de Rénal le daba algunas instrucciones sobre el modo como debía comenzar su trato con los niños. La violencia que Julien se hacía a sí mismo le puso de nuevo muy pálido y dijo con aire forzado:

-Jamás pegaré a sus hijos, señora; lo juro ante Dios.

Y al decir estas palabras, en un arranque de audacia, tomó entre las suyas la mano de la señora de Rénal y se la llevó a los labios. Ésta se sorprendió por aquel gesto de atrevimiento y al pensar en ello se sintió molesta. Como hacía mucho calor, llevaba el brazo desnudo bajo el chal, y el movimiento de Julien, al acercar la mano a sus labios, se lo descubrió por completo. A los pocos instantes, se reprochó vivamente a sí misma no haberse mostrado indignada en el acto.

El señor de Rénal, que había oído el rumor de la conversación, salió de su gabinete. Con el mismo aire majestuoso y paternal que solfa adoptar cuando celebraba los

matrimonios en la alcaldía, le dijo a Julien:

-Necesito hablarle antes de que le vean los niños.

Hizo entrar a Julien en un gabinete y retuvo a su mujer, que quería dejarlos solos. Después de cerrar la puerta, el señor de Renal se sentó con gravedad.

-El señor cura me ha dicho que usted es una buena persona. Aquí todo el mundo le tratará con respeto, y si quedo contento de sus servicios le ayudaré en el porvenir a crearse una pequeña posición. Desearía que no frecuentase usted más a sus parientes Y amigos, su tono no es conveniente para mis hijos. Aquí tiene usted los treinta y seis francos del primer mes; pero le exijo que me dé su palabra de que de este dinero no le dará ni un céntimo a su padre.

-El señor de Rénal estaba resentido contra el viejo, que en este asunto había demostrado ser más listo que él.

-Y ahora, señor, porque siguiendo mis órdenes todo el mundo le llamará señor en esta casa, y ya notará usted las ventajas de convivir con gente distinguida, ahora, señor, no creo conveniente que los niños le vean con este traje. ¿Le han visto los criados? -preguntó el señor Rénal a su mujer.

-No, amigo mío -respondió ella profundamente pensativa.

-Tanto mejor. Póngase usted esto -le dijo al asombrado joven alargándole una de sus levitas-. Y ahora vamos a casa del señor Durand, el vendedor de paños.

Una hora después, cuando el señor de Rénal volvió con el nuevo preceptor vestido de negro de pies a cabeza, encontró a su mujer sentada en el mismo sitio. Ésta se sintió más tranquila con la presencia de Julien; al contemplarle se olvidaba del miedo que le había inspirado. Julien, por su parte, ni siquiera pensaba en ella; a pesar de toda su desconfianza en el destino y en los hombres, su alma era en aquel momento la de un niño; le parecía haber vivido muchos años desde que, tres horas antes, entrara tembloroso en la iglesia. Se dio cuenta del aire glacial de la señora de Rénal y comprendió que estaba enojada con él por haberse atrevido a besarle la mano. Pero el sentimiento de orgullo que le producía el contacto de un traje tan diferente del que tenía costumbre de usar, le puso tan fuera de sí, y al mismo tiempo deseaba tanto ocultar su alegría, que todos sus movimientos tenían algo de brusco y alocado. La señora de Rénal le contemplaba con ojos atónitos.

-Gravedad, señor -le dijo el señor de Renal-, si quiere usted que le respeten mis hijos y mi servidumbre.

-Señor -respondió Julien-, me siento un poco extraño con mi nuevo traje; yo, pobre campesino, sólo había llevado chaqueta. Si usted me lo permite, me retiraré a mi cuarto.

-¿Qué te parece esta nueva adquisición? -le dijo el señor de Rénal a su mujer.

Por un impulso casi instintivo, y del que ni ella misma se dio cuenta, la señora de Rénal ocultó la verdad a su marido.

-No estoy tan encantada como usted con este pequeño aldeano; sus atenciones harán de él un impertinente al que tendrá que despedir antes de un mes.

-¡Pues bien!, le despediremos. En total me habrá costado un centenar de francos, y Verrières se acostumbrará a que los hijos del señor de Rénal tengan un preceptor. Esto no lo conseguiría jamás si dejase llevar a Julien sus ropas de obrero. Si le despido, me quedaré, claro está, con el traje negro completo que le he comprado en la tienda de paños. Sólo se quedará con el que lleva puesto, que es uno que he comprado hecho en casa del

sastre.

La hora que pasó Julien en su cuarto le pareció un instante a la señora de Rénal. Los niños, a quienes ya se había anunciado la llegada del nuevo preceptor, abrumaban a su madre a preguntas. Por fin, apareció Julien. Era otro hombre. Sería injusto decir que estaba grave; era la gravedad en persona. Fue presentado a los niños y les habló en un tono que asombró al mismo señor de Rénal.

-He venido, señores -les dijo al acabar su alocución- para enseñaros el latín. Ya sabéis lo que es recitar una lección. Aquí está la Santa Biblia -añadió, mostrándoles un volumen encuadernado en negro-. Es la historia de Nuestro Señor Jesucristo, concretamente aquella parte que se llama el Nuevo Testamento. Yo os preguntaré la lección con frecuencia, preguntádmela vosotros a mí.

Adolphe, el mayor de los niños, había tomado el libro.

-Abridlo por donde queráis -continuó Julien- y decidme la primera frase de un versículo. Recitaré de memoria el libro sagrado, regla de nuestra conducta, hasta que me hagáis callar.

Adolphe abrió el libro, leyó una frase, y Julien recitó la página entera con la misma facilidad que si hubiera hablado francés. El señor Rénal miraba a su mujer con aire de triunfo. Los niños, al ver el asombro de sus padres, abrían desmesuradamente los ojos. Un criado se asomó a la puerta del salón. Julien continuaba hablando en latín. El criado se quedó en un primer momento inmóvil y después desapareció. Al poco rato, la doncella de la señora y la cocinera hicieron su aparición en la puerta; Adolphe había ya abierto el libro por ocho sitios distintos, y Julien seguía recitando con la misma facilidad.

-¡Dios mío! ¡Qué curita tan guapo! -dijo en voz alta la cocinera, que era una buena muchacha muy devota.

El señor de Renal se sentía un poco picado en su amor propio; en vez de examinar al preceptor, buscaba en su memoria alguna frase latina; por fin pudo citar un verso de Horacio. Julien no sabía más latín que la Biblia. Respondió frunciendo el ceño:

-El sagrado ministerio que he elegido me prohíbe leer un poeta tan profano.

El señor de Renal citó gran número de pretendidos versos de Horacio. Explicó a sus hijos quién era Horacio, pero los niños, admirados, no le hacían gran caso. Miraban a Julien.

Como los criados continuaban en la puerta, Julien creyó conveniente prolongar la prueba.

-Ahora sólo falta que el señor Stanislas-Xavier -el más pequeño de todos- me indique también un pasaje del libro sagrado.

El pequeño Stanislas, lleno de orgullo, deletreó como pudo la primera frase de un versículo y Julien recitó la página entera. Para que nada faltase al triunfo del señor de Rénal, mientras Julien recitaba, entraron el señor Valenod, el dueño de los hermosos caballos normandos, y el señor Charcot de Maugiron, subprefecto del distrito. Esta escena le valió a Julien el tratamiento de señor; ni los mismos criados se atrevieron a negárselo.

Por la noche, todo Verrières acudió a casa del señor de Rénal para ver de cerca aquella maravilla. Julien respondía a todos con un aire sombrío, que le mantenía a cierta distancia. Su fama se extendió tan rápidamente por la ciudad, que a los pocos días el señor de Renal, temeroso de que se lo quitaran, le propuso firmar un contrato por dos años.

-No, señor -respondió fríamente Julien-, si quisiera usted despedirme, me vería obligado a marcharme. Un contrato que me obligue a mí sin obligarle a usted a nada no es equitativo y me niego a firmarlo.

Julien se las arregló de tal manera que, un mes después de su llegada a la casa, el mismo señor de Rénal le respetaba. Como el cura estaba reñido con los señores de Rénal y Valenod, nadie pudo traicionarle contando la antigua pasión de Julien por Napoleón, del que ahora hablaba siempre con horror.

Capítulo 7

Afinidades electivas

*Ils ne savent toucher le coeur qu'en le froissant.*⁹
UN MODERNO

Los niños le adoraban, él no los quería; su imaginación estaba muy lejos de ellos. Lo que aquellos chiquillos pudiesen hacer no le impacientaba nunca. Frío, justo, impasible y, sin embargo, querido de todos porque su llegada había desterrado el aburrimiento de aquella casa, fue un buen preceptor. Por su parte sólo experimentaba odio y horror por la alta sociedad en la que era admitido, a decir verdad en el último lugar de la mesa, lo que podría explicar quizás el horror y el odio que sentía. Asistió a algunos banquetes de gala en los que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar su odio contra todo lo que le rodeaba. Como otras muchas veces, un día en que se celebraba la festividad de San Luis, el señor Valenod llevaba la voz cantante en casa del señor de Rénal. Julien estuvo a punto de traicionarse; logró escapar a tiempo al jardín, bajo el pretexto de vigilar a los niños. «¡Cuántos elogios a la honradez! -se decía-, cualquiera diría que es la única virtud, y, sin embargo, ¡qué consideración, qué rastrero respeto por un hombre que, evidentemente, ha duplicado y aun triplicado su fortuna desde que administra el dinero de los pobres! ¡Apostaría que roba incluso de los fondos destinados a los niños expósitos, cuya miseria es todavía más sagrada que la de los demás! ¡Ah, monstruos, monstruos! ¿Y yo qué soy sino una especie de expósito odiado de mi padre, de mis hermanos y de toda mi familia?»

Algunos días antes de San Luis, Julien, que paseaba solo leyendo su breviario por un bosquecillo llamado de Belvedere, que domina el Paseo de la Fidelidad, trató en vano de evitar un encuentro con sus dos hermanos, a los que vio desde lejos acercarse por un sendero solitario. La envidia de aquellos obreros groseros se despertó de tal modo al ver el hermoso traje negro, el aspecto extremadamente pulcro de su hermano, el sincero desprecio que éste sentía por ellos, que le golpearon hasta dejarle ensangrentado y sin sentido. La señora de Rénal, que iba de paseo con el subprefecto y con el señor Valenod, llegó casualmente al bosquecillo, vio a Julien tendido en el suelo y le creyó muerto. Su emoción fue tan visible que provocó los celos del señor Valenod.

Su alarma era prematura. Julien encontraba muy bella a la señora de Rénal, pero la odiaba a causa de su belleza; era el primer escollo en que estuvo a punto de zozobrar su fortuna. Le hablaba lo menos posible, para hacerle olvidar el arrebató que el primer día le impulsó a besarle la mano.

Elisa, la doncella de la señora de Rénal, se había enamorado del joven preceptor; hablaba a menudo de él a su señora. El amor de la señorita Elisa le valió a Julien el odio de uno de los lacayos. Un día oyó que aquel hombre le decía a Elisa: «Desde que ha entrado en la casa este preceptor mugriento, no quieres hablar conmigo». Julien no merecía aquella injuria; pero, por un instinto de buen mozo, redobló el cuidado de su

⁹ «No saben llegar al corazón sin herirlo..»

persona. Con ello redobló también el odio del señor Valenod. Dijo públicamente que tanta coquetería no era propia de un joven cura. Julien iba vestido casi de sotana.

La señora de Rénal observó que hablaba con la señorita Elisa más a menudo de lo que solía; se enteró de que aquellas conversaciones eran motivadas por la extremada penuria del menguado guardarropa de Julien. Tenía tan poca ropa blanca, que se veía obligado a mandarla a lavar muy a menudo fuera de casa y para estos pequeños cuidados se valía de Elisa. Aquella extremada pobreza, que no sospechaba, conmovió a la señora de Rénal; sintió el deseo de hacerle regalos, pero no se atrevió; esta resistencia interior fue el primer sentimiento penoso que Julien le produjo. Hasta aquel momento, el nombre de Julien iba unido para ella a un sentimiento de alegría pura y exclusivamente intelectual. Atormentada por la idea de la pobreza de Julien, la señora de Rénal habló a su marido de hacerle un regalo de ropa blanca.

-¡Qué tontería! -respondió éste-. ¡Hacer regalos a un hombre que nos sirve bien y de quien no tenemos el menor motivo de queja! Eso sería bueno en el caso de que faltase a sus deberes, para estimular su celo.

La señora de Rénal se sintió humillada por aquella manera de ver las cosas; no se hubiera fijado en ella antes de la llegada de Julien. No podía ver la extremada pulcritud del sencillo atavío del joven clérigo sin preguntarse: «¿Cómo se las arreglará este pobre muchacho?».

Poco a poco fue sintiendo compasión por todo lo que le faltaba a Julien, en lugar de sentirse molesta por ello.

La señora de Rénal era una de esas mujeres provincianas a quienes se puede tomar por tontas los primeros quince días que se las trata. No tenía la menor experiencia de la vida y no se tomaba la molestia de hablar. Dotada de un alma delicada y desdeñosa, este instinto de felicidad natural en todos los seres hacía que la mayor parte de las veces no prestara atención alguna a los actos de aquellos groseros personajes entre los cuales la había situado el azar.

Hubiera llamado la atención por la naturalidad y vivacidad de su espíritu si hubiera recibido la más elemental educación. Pero, en su calidad de heredera, se había educado en un convento de monjas, apasionadas adoradoras del Sagrado Corazón de Jesús y animadas de un odio violento contra los franceses enemigos de los jesuitas. La señora de Rénal tuvo el suficiente buen sentido para olvidar enseguida, como un absurdo, todo lo que había aprendido en el convento; pero como no pudo sustituirlo por ninguna otra cosa, acabó por no saber absolutamente nada. Las adulaciones precoces de que fue objeto por su condición de heredera de una gran fortuna, y una decidida tendencia a la más fervorosa devoción, la habían llevado a vivir completamente volcada hacia su mundo interior. Bajo la apariencia de una absoluta sumisión y de una abnegación de ánimo que todos los maridos de Verrières citaban como ejemplo a sus esposas y que constituía el orgullo del señor de Rénal, su conducta habitual era, en efecto, el resultado de la más extremada altivez. Cualquiera princesa, célebre por su orgullo, presta mucha más atención a lo que sus gentileshombres hacen en torno suyo, que la que aquella mujer, tan dulce y tan modesta en apariencia, prestaba a lo que decía o hacía su marido. Hasta la llegada de Julien puede decirse que sólo se había preocupado de sus hijos. Sus enfermedades, sus dolores, sus pequeñas alegrías, absorbían por entero la sensibilidad de aquella mujer que en toda su vida sólo había adorado a Dios cuando estaba en el Sagrado Corazón de Besancon.

Sin que se dignara confesarlo a nadie, el simple acceso de fiebre de uno de sus hijos la sumía casi en el mismo estado de desesperación que si el niño hubiera muerto. En los primeros años de matrimonio, siempre que cediendo a la necesidad de desahogar su inquietud le hizo a su marido confidencias de ese género, fueron acogidas con una carcajada grosera, un encogimiento de hombros y alguna máxima vulgar sobre la locura de las mujeres. Esta clase de burlas, sobre todo cuando se referían a las enfermedades de sus hijos, eran una puñalada en el corazón de la señora de Rénal. Esto fue lo que encontró en lugar de la almibarada y untuosa adulación del convento jesuítico donde pasó su adolescencia. Se educó a fuerza de sufrir. Demasiado orgullosa para hablar a nadie de sus penas, ni siquiera a su amiga la señora Derville, llegó a creer que todos los hombres eran como su marido, el señor Valenod y el subprefecto Charcot de Maugiron.

La grosería y la insensibilidad más brutal por todo lo que no fuesen cuestiones de intereses, honores o condecoraciones, el odio ciego contra toda razón que los contrariara, le parecieron cosas tan naturales al sexo masculino como llevar botas y sombrero de fieltro.

Después de largos años, la señora de Rénal no se había acostumbrado todavía a aquellas gentes ricas en medio de las cuales le había tocado vivir.

Esto explica el éxito del joven campesino Julien. En la simpatía que le inspiraba su alma noble y orgullosa encontró un goce dulce e ignorado que poseía para ella todo el encanto de la novedad. La señora de Rénal le perdonó enseguida su extremada ignorancia, que era un atractivo más, y la rudeza de sus modales, que llegó a corregir. Encontró que valía la pena escucharle, aun cuando hablase de las cosas más corrientes, incluso cuando se trataba de un pobre perro aplastado al cruzar la calle por la carreta de un labrador que pasaba al trote de sus caballos. Ante aquel doloroso espectáculo, su marido se reía a carcajadas, mientras que Julien fruncía sus hermosas cejas negras tan finamente arqueadas. Poco a poco, acabó por creer que la generosidad, la humanidad, la nobleza de alma, eran patrimonio exclusivo de ese joven clérigo. Sintió por él toda la simpatía y la admiración que tales cualidades despiertan en las almas bien nacidas.

En París, la posición de Julien respecto de la señora de Rénal se hubiera simplificado muy pronto; pero en París el amor es una creación de las novelas. El joven preceptor y su tímida amante hubiesen hallado en unas cuantas novelas y en las mismas canciones de Gimnasio la clave de la situación en que se hallaban. Las novelas les habrían designado su papel, señalado el modelo que habían de imitar, modelo que, tarde o temprano, aunque no sintiese el menor deseo, quizás a regañadientes, la misma vanidad de Julien le hubiera obligado a seguir.

En una pequeña ciudad del Aveyron o de los Pirineos, el menor incidente hubiera resultado decisivo por el ardor del clima. Bajo nuestro cielo, mucho más sombrío, un joven pobre que sólo es ambicioso porque la delicadeza de su corazón le hace sentir la necesidad de alguno de los goces que proporciona el dinero, ve a diario a una mujer de treinta años, sinceramente virtuosa, consagrada a sus hijos, a la que en modo alguno se le ocurre buscar modelos de conducta en las novelas. En provincias todo se hace lentamente, todo va mucho más despacio, hay más naturalidad.

Muchas veces, pensando en la pobreza del joven preceptor, la señora de Rénal llegaba a conmoverse profundamente. Un día, Julien la sorprendió llorando a lágrima viva.

-Señora, ¿le ha ocurrido alguna desgracia?

-No, amigo mío -le respondió-; llame usted a los niños y vamos a dar un paseo.

Y al decir esto, tomó su brazo y se apoyó en él de un modo que extrañó a Julien. Era la primera vez que le llamaba «amigo mío».

Al terminar el paseo, Julien observó que ella se ruborizaba mucho. Acortó el paso.

-Le habrán contado a usted -dijo sin mirarle- que soy la única heredera de una tía muy rica que vive en Besancon. Me abruma a fuerza de regalos... Mis hijos han hecho progresos... tan sorprendentes... que yo quisiera que aceptase usted un pequeño obsequio como muestra de mi agradecimiento. Se trata solamente de unos cuantos luises para que se haga usted ropa blanca. Pero... -añadió, ruborizándose más todavía, y se interrumpió de pronto.

-¿Qué, señora? -dijo Julien.

-Sería inútil -prosiguió, bajando la cabeza- hablar de ello a mi marido.

-Soy humilde, señora, pero no vil -repuso Julien, deteniéndose con los ojos brillantes de cólera e irguiéndose cuanto pudo-, esto es lo que usted no ha pensado. Sería menos que un lacayo si me pusiera en el caso de ocultar al señor de Rénal el más insignificante detalle relativo a mi dinero.

La señora de Rénal estaba aterrada.

-El señor alcalde -prosiguió Julien- me ha entregado cinco veces treinta y seis francos desde que vivo en esta casa, y mi libro de cuentas está a la disposición del señor de Rénal y de á quien quiera verlo, incluso del señor Valenod, que me odia.

Ante esta salida, la señora de Rénal se puso pálida y temblorosa, y el paseo se terminó sin que ninguno de los dos pudiese encontrar un pretexto para reanudar el diálogo. El amor hacia la señora de Rénal se hizo cada vez más imposible en el corazón del orgulloso Julien; ella, por su parte, le respetó, le admiró; la había regañado. Con el pretexto de reparar la involuntaria humillación que le causara, ella se permitió hacerle objeto de las id más tiernas atenciones. Durante ocho días, la novedad de esta manera de tratarle hizo la felicidad de la señora de Rénal. El efecto que produjo fue apaciguar en parte la cólera de Julien, que estaba muy lejos de pensar que aquello pudiera ser una inclinación personal.

«¡Así son las gentes ricas! -se decía-. Le humillan a uno y después creen que pueden arregarlo todo con unas cuantas monerías.»

El corazón de la señora de Rénal rebosaba de tal modo de inquietud y era todavía tan inocente que, a pesar de haberse propuesto lo contrario, no pudo menos de contar a su marido el ofrecimiento que le había hecho a Julien y la forma en que éste lo había rechazado.

-¿Cómo -repuso el señor de Rénal, muy picado- ha podido tolerar una negativa por parte de un criado?

Y como la señora de Rénal protestase al oír este nombre:

-Hablo, señora, como el difunto príncipe de Condé al presentar sus chambelanes a su nueva esposa: «Toda esa gente -le dijo-, son nuestros criados». Le he leído este pasaje de las Memorias de Besenval, fundamental para guardar las jerarquías. Todo aquel que no sea gentilhomme, viva en nuestra casa y reciba un salario, es su criado. Voy a decir dos palabras a este señor Julien y a regalarle cien francos.

-¡Amigo mío! -exclamó, temblando, la señora de Rénal-. ¡Por lo menos no lo haga delante de los criados!

-Sí, podrían tener envidia y con razón -dijo su marido, alejándose y pensando en

la cuantía de la suma.

La señora de Rénal cayó en una silla, medio desvanecida de dolor. «¡Va a humillar a Julien por mi culpa!» Su marido le dio horror y se cubrió el rostro con las manos. Se prometió a sí misma que jamás volvería a hacer confidencias.

Cuando volvió a ver a Julien estaba temblando, sentía una opresión tal en el pecho, que no pudo pronunciar ni una sola palabra. En su azoramiento, le cogió las manos y se las estrechó.

-Y bien, amigo mío -le dijo al fin-, ¿está usted satisfecho de mi marido?

-¡Cómo no voy a estarlo! -respondió Julien con una amarga sonrisa-. Me ha regalado cien francos.

La señora de Renal le miró vacilante.

-Déme usted el brazo -acabó por decir con un tono de decisión que Julien no le había oído nunca.

Se atrevió a ir a casa del librero de Verrières, a pesar de su terrible reputación de liberal. Allí eligió libros por valor de diez luisas para regalar a sus hijos. Pero aquellos libros eran precisamente los que sabía que deseaba Julien. Exigió que allí mismo, en la librería, cada uno de los niños pusiese su nombre en los libros que le habían tocado en suerte. Mientras la señora de Renal se sentía feliz por aquella especie de reparación que había tenido la audacia de ofrecer a Julien, éste estaba asombrado ante la cantidad de libros que veía en la librería. Jamás se había atrevido a entrar en un lugar tan profano; su corazón palpitaba. En vez de tratar de adivinar lo que pasaba en el corazón de la señora de Renal, estaba reflexionando profundamente sobre qué procedimiento podría encontrar un joven estudiante de teología como él para procurarse algunos de aquellos libros. Finalmente se le ocurrió la idea de que con habilidad no sería difícil convencer al señor de Renal de que sería muy útil que sus hijos aprendieran la historia de los más famosos aristócratas de la provincia. Al cabo de un mes de reiteradas instancias, Julien consiguió su propósito con tal éxito que, poco tiempo después, hablando con el señor de Renal, se atrevió a aventurar una proposición mucho más dolorosa para el señor alcalde; se trataba de contribuir a la fortuna de un liberal tomando un abono en la librería. El señor de Renal no tenía inconveniente en reconocer que sería muy útil que su hijo mayor conociese de visu alguna de las obras que oíría citar en la conversación cuando estuviese en la Escuela Militar; pero Julien veía que el señor alcalde se obstinaba en no ir más lejos. Sospechaba una razón oculta, pero no podía adivinarla.

-He pensado, señor -le dijo un día-, que sería del todo improcedente que un noble apellido como el de Renal figurase en el sucio registro del librero.

La frente del señor de Renal se iluminó.

-También sería de mala nota -continuó Julien con tono humilde-, para un pobre estudiante de teología, si se llegase a descubrir un día que su nombre figuraba en el registro de un librero que alquila libros. Los liberales podrían acusarme de haber pedido las obras más infames; quién sabe si no serían capaces de anotar junto a mi nombre los títulos de estos libros perversos.

Pero Julien se estaba desviando del buen camino. Observó que la fisonomía del alcalde recobraba su expresión de malestar y contrariedad. Julien se calló. «Ya es mío», se dijo.

Pocos días después, en presencia del señor de Rénal, el mayor de sus hijos le preguntó algo a Julien sobre un libro que había visto anunciado en La Quotidienne.

-Para evitar un motivo de triunfo al partido jacobino y al mismo tiempo poder contestar a las preguntas del señor Adolphe, podríamos hacer una suscripción en la librería, a nombre de cualquiera de los criados de la casa.

-No es mala idea -repuso el señor de Rénal, evidentemente muy satisfecho.

-Habría que especificar, sin embargo -añadió Julien con aquel aire grave y casi contrito, tan propio de ciertas personas cuando están a punto de lograr algo que han deseado largo tiempo-, habrá que especificar que el criado no podrá pedir novelas. Una vez en la casa, estos libros peligrosos podrían pervertir a las doncellas de la señora y hasta al propio criado.

-Se olvida usted de los libelos políticos -añadió el señor de Rénal con aire altivo.

Quería ocultar la admiración que le había producido el sabio mezzo_terminado adoptado por el preceptor de sus hijos.

De este modo, la vida de Julien se componía de una serie de Pequeñas negociaciones; su éxito le preocupaba mucho más que el sentimiento de manifiesta predilección que con sólo proponérselo hubiera podido leer en el corazón de la señora de Rénal.

La Posición moral en que se había encontrado toda su vida se repetía una vez más en casa del señor alcalde de Verrières. Allí, como en el aserradero de su padre, despreciaba profundamente a las personas que vivían en torno suyo y era odiado por ellas.

Diariamente tenía ocasión de comprobar en los relatos del subprefecto, del señor Valenod y de otros amigos de la casa, referentes a cosas que acababan de suceder ante sus propios ojos, que las ideas de aquellas gentes no tenían relación alguna con la realidad. Si una acción le parecía admirable, precisamente aquella provocaba las censuras de las personas que le rodeaban. Su réplica interior era siempre la misma: «¡Qué monstruos o qué imbéciles!». Lo gracioso era que, pese a todo su orgullo, a menudo no entendía absolutamente nada de lo que estaban hablando.

En toda su vida sólo había hablado sinceramente con el viejo cirujano mayor; las pocas ideas que tenía se referían a las campañas de Bonaparte en Italia o a la cirugía. Su ardor juvenil se complacía con el relato pormenorizado de las operaciones más dolorosas. Se decía: «Yo no hubiera pestañeado».

La primera vez que la señora de Rénal intentó entablar con él una conversación ajena a la educación de los niños, se puso a contarle operaciones quirúrgicas. Ella palideció y le rogó que no continuase.

Fuera de esto, Julien no sabía absolutamente nada. Aunque se pasaba la vida junto a la señora de Rénal, en cuanto estaban solos se alzaba entre ellos un silencio singular. En el salón, por humilde que fuese su actitud, ella encontraba en su mirada un aire de superioridad intelectual sobre todo lo que le rodeaba. Si se quedaba un momento a solas con ella, su azoramiento era visible. Y esto la preocupaba, pues su instinto de mujer le hacía comprender que en aquel azoramiento no había la menor ternura.

Julien tenía la idea, sacada sin duda de alguna descripción de las costumbres de la buena sociedad, hecha por el viejo cirujano mayor, de que no se debía estar callado en un sitio donde hubiese una mujer, y se sentía humillado por este silencio como si fuese exclusivamente culpa suya. Esta sensación era cien veces más penosa cuando estaban solos. Su imaginación, llena de las nociones más exageradas, más españolas, sobre lo que ha de decir un hombre cuando está a solas con una mujer, no le ofrecía en su turbación

más que ideas inadmisibles. Su alma estaba en las nubes y, sin embargo, no podía salir del silencio más humillante. Así que su aire severo se acentuaba aún más a causa de los crueles sufrimientos que experimentaba en sus largos paseos con la señora de Rénal y los niños. Se despreciaba horriblemente. Si, por desgracia, se esforzaba en hablar, decía las cosas más ridículas. Para colmo de los males, veía y aun exageraba su absurda actitud; en cambio, lo que no veía era la expresión de sus ojos; eran tan bellos y reflejaban un alma tan ardiente, que, como los buenos actores, daban encanto a aquello que no lo tenía. La señora de Rénal observó que cuando estaba solo con ella no decía nada a derechas sino cuando, distraído por algún suceso imprevisto, no pensaba en redondear un cumplido. Como los amigos de la casa no la mimaban ofreciéndole ideas nuevas y brillantes, gozaba con delicia de los rasgos de ingenio de Julien.

Desde la caída de Napoleón, toda apariencia de galantería ha sido severamente proscrita de las costumbres provincianas. Se tiene miedo a ser destituido. Los bribones se apoyan en la congregación; y la hipocresía ha hecho grandes progresos incluso entre las clases liberales. El aburrimiento aumenta. No queda más diversión que la lectura y la agricultura.

La señora de Rénal, rica heredera de una tía devota, casada a los dieciséis años con un hombre distinguido, no había visto ni experimentado jamás en su vida nada que se pareciera remotamente al amor. Sólo su confesor, el buen padre Chélan, le había hablado del amor a propósito de la persecución del señor Valenod, y la pintura que le hiciera fue tan desagradable, que le hizo suponer que esta palabra sólo podía significar el libertinaje más abyecto. Consideraba una excepción, e incluso algo fuera de lo normal, el amor que había encontrado en las contadas novelas que tuvo ocasión de leer. Gracias a esta ignorancia, la señora de Rénal, que era completamente dichosa pendiente a todas horas de Julien, estaba muy lejos de recriminarse por ello.

Capítulo 8

Pequeños acontecimientos

*Then there were sighs, the deeper for suppression,
And stolen glances, sweeter for the theft,
And burning blushes, though for no transgression.¹⁰*
BYRON

La dulzura angelical que la señora de Rénal debía a su carácter y a su dicha presente sólo se alteraba un tanto al pensar en su doncella Elisa. Esta muchacha, que había heredado de un pariente, se fue a confesar con el padre Chélan y le participó su proyecto de casarse con Julien. El cura tuvo una verdadera alegría al saber la suerte de su amigo; pero se sorprendió muchísimo cuando Julien le dijo resueltamente que el ofrecimiento de la señorita Elisa no podía convenirle.

-Cuidado, hijo mío, con lo que pasa en su corazón -le dijo el cura frunciendo el ceño-, le felicito por su vocación, si a ella se debe que desprecie una fortuna más que suficiente. Hace más de cincuenta y seis años que soy párroco de Verrières y, sin embargo, según parece, voy a ser destituido. Esto me aflige, a pesar de que tengo ochocientas libras de renta. Le hago esta advertencia para que no se haga demasiadas ilusiones sobre lo que le espera en el estado eclesiástico. Si piensa adular a los poderosos, su condenación eterna es segura. Podrá hacer fortuna, pero tendrá que perjudicar a los pobres, halagar al subprefecto, al alcalde, al hombre influyente, y servir sus pasiones: para un seglar, esta conducta, que en el mundo se llama saber vivir, puede no ser incompatible con la salvación; pero en nuestro estado hay que elegir, se trata de hacer fortuna en este mundo o en el otro, no hay término medio. Reflexione, amigo mío, y vuelva dentro de tres días a darme una respuesta definitiva. Me duele vislumbrar en el fondo de su carácter un fuego sombrío que no corresponde en modo alguno a la moderación y a la total renunciación de los bienes terrenales que son propias de un sacerdote; tengo grandes esperanzas en su talento, pero, permítame que se lo diga -añadió el buen cura con lágrimas en los ojos-, temo por su salvación en el estado sacerdotal.

Julien estaba avergonzado de su emoción; por vez primera en toda su vida, se sentía amado; lloraba con delicia y fue a ocultar sus lágrimas en los grandes bosques que dominan Verrières.

«¿Por qué me encuentro en este estado? -se preguntó al fin-. Siento que daría cien veces mi vida por este buen padre Chélan, y, sin embargo, acaba de demostrarme que no soy más que un necio. Es la persona a quien tengo mayor interés en engañar, y adivina lo que pasa en mí. Este fuego interior de que me habla es mi deseo de hacer fortuna. Me cree indigno de ser sacerdote, y esto precisamente cuando yo creía que el sacrificio de cincuenta luises de renta le iba a dar el más alto concepto de mi piedad y mi vocación.

»En lo sucesivo -continuó Julien- me fiaré únicamente de aquellos rasgos de mi carácter que ya haya puesto a prueba. ¡Quién había de decirme que sentiría un placer

¹⁰ «Hubo entonces suspiros, más profundos por ser reprimidos, / y miradas furtivas, más dulces por ser robadas, / y rubores ardientes, aunque no debidos a transgresión alguna.» Don Juan, 1, 74.

llorando y que querría al que acaba de demostrarme que no soy más que un estúpido!»

Tres días después, Julien encontró el pretexto que hubiera debido alegar desde el primer momento; el tal pretexto era una calumnia, pero ¿qué importa? Confesó al cura, con muchas vacilaciones, que una razón que no podía explicarle, pues perjudicaría a un tercero, le había impulsado a rechazar el proyectado enlace desde el primer momento. Con ello ponía en tela de juicio la conducta de Elisa. El padre Chélan observó en todas sus maneras un fuego mundano muy distinto del que debe animar a un joven sacerdote.

-Amigo mío -le dijo nuevamente-, más vale que sea un buen burgués provinciano, instruido y respetable, que un sacerdote sin vocación.

Julien respondió muy bien, en cuanto a la forma, a estas nuevas amonestaciones: supo encontrar las palabras que hubiera empleado un joven seminarista fervoroso; pero el tono en que las pronunció, el mal velado fuego que brillaba en sus ojos, alarmaron al padre Chélan.

No hay que ser excesivamente pesimista con respecto a Julien; inventaba con corrección las palabras de una cautelosa y prudente hipocresía. Esto no está mal a su edad. En cuanto al tono y a las formas, vivía entre campesinos y no había tenido buenos modelos que imitar. Más tarde, apenas tuvo ocasión de tratar con auténticos señores, sus maneras fueron tan irreprochables como sus palabras.

La señora de Rénal se quedó extrañada de que la nueva fortuna de su doncella no hiciese más feliz a aquella muchacha; la veía ir constantemente a casa del cura y volver con lágrimas en los ojos. Por fin, Elisa le habló de su matrimonio.

La señora de Rénal creyó que iba a caer enferma; sentía una especie de fiebre que le impedía conciliar el sueño; no vivía si no tenía ante su vista a su doncella o a Julien. Sólo podía pensar en ellos y en la felicidad que tendrían en su hogar. La pobreza de aquella casita, donde tendrían que vivir con cincuenta luises de renta, se le aparecía bajo los más maravillosos colores. Julien podría muy bien hacerse abogado en Bray, la subprefectura que está a dos leguas de Verrières; en este caso le vería alguna vez.

La señora de Rénal creyó sinceramente que iba a volverse loca; se lo dijo a su marido y por fin cayó enferma. Aquella misma noche, mientras su doncella la atendía, observó que la muchacha estaba llorando. En aquel momento aborrecía a Elisa y Poco antes la había tratado con dureza; le pidió perdón. Las lágrimas de Elisa se hicieron todavía más copiosas; le dijo a su señora que, si se lo permitía, le contaría toda su desgracia.

-Hable -respondió la señora de Rénal.

-Señora, no quiere casarse conmigo; sin duda algún malvado le ha hablado mal de mí y lo ha creído.

-Pero, ¿quién no quiere casarse con usted? -preguntó la señora de Rénal, casi sin respirar.

-¡Quién ha de ser, señora, sino el señor Julien! -replicó la doncella sollozando-. El señor cura no ha podido vencer su resistencia, pues el señor cura cree que no debería rechazar a una muchacha honrada sólo porque haya sido doncella de servir. Después de todo, el padre de Julien no es más que un carpintero, y él mismo ¿cómo se ganaba la vida antes de entrar en casa de la señora?

La señora de Rénal ya no la escuchaba; era tan grande la felicidad que la embargaba, que casi le había hecho perder el uso de la razón. Se hizo repetir varias veces que Julien se había negado rotundamente a casarse con ella en términos que no le

permitían adoptar una nueva resolución más razonable.

-Quiero intentar un último esfuerzo -le dijo a su doncella-, hablaré con el señor Julien.

Al día siguiente, después del almuerzo, la señora de Rénal se entregó a la deliciosa voluptuosidad de abogar por la causa de su rival durante más de una hora, y ver rechazada constantemente la mano y la fortuna de Elisa.

Poco a poco Julien abandonó sus respuestas circunspectas y empezó a replicar con gracia a las prudentes reflexiones de la señora de Renal. Ésta no pudo resistir el torrente de felicidad que inundaba su alma después de tantos días de desesperación. Se sintió enferma de verdad. Cuando se recobró, cómodamente instalada en su cuarto, quiso quedarse sola. Estaba profundamente asombrada.

«¿Estaré enamorada de Julien?», se preguntó al fin.

Este descubrimiento, que en otras circunstancias la hubiera llenado de remordimientos y sumido en una profunda agitación, le pareció sólo un espectáculo extraño pero casi indiferente. Su alma, agotada por las emociones que acababa de soportar, no tenía ya sensibilidad alguna para reaccionar ante la pasión.

La señora de Renal intentó trabajar, pero cayó en un profundo sueño. Al despertar, no se asustó tanto como debiera. Era demasiado feliz para tomar nada a mal. Inocente e ingenua, aquella buena provinciana nunca se había preocupado de ahondar en su alma para ver el efecto que producía en su sensibilidad cualquier nuevo matiz de sentimiento o de dolor. Entregada en cuerpo y alma, antes de la llegada de Julien, a este cúmulo de tareas que pesan, lejos de París, sobre una buena madre de familia, la señora de Renal pensaba de las pasiones lo que nosotros pensamos de la lotería: engaño manifiesto y felicidad soñada por locos.

Sonó la campana de la comida. La señora de Rénal se ruborizó mucho al oír la voz de Julien, que llegaba con los niños. Un poco más cauta desde que amaba, explicó su rubor quejándose de un gran dolor de cabeza.

-Así son todas las mujeres -dijo el señor de Rénal con una grosera carcajada-. ¡Máquinas que siempre tienen algo descompuesto!

Aunque habituada a semejantes rasgos de ingenio, la señora de Rénal se sintió molesta por ese tono de voz. Para distraerse miró el semblante de Julien; en aquel momento le habría encontrado hermoso aunque hubiese sido el hombre más feo del mundo.

Siempre atento a imitar las costumbres de la gente de la corte, en los primeros días de la primavera el señor de Rénal se instaló en Vergy, pueblo célebre por la trágica aventura de Gabriela. A un centenar de pasos de las pintorescas ruinas de la antigua iglesia gótica, poseía el señor de Rénal un viejo castillo con sus cuatro torreones y un jardín dibujado como el de las Tullerías, con grandes macizos de boj y avenidas de castaños, podados dos veces al año. Un campo colindante, plantado de manzanos, servía de paseo. Al final del huerto se veían ocho o diez magníficos nogales cuyo inmenso follaje se elevaba quizás hasta ochenta pies de altura.

-Cada uno de estos malditos nogales -solía decir el señor de Renal cuando su mujer los admiraba- me cuesta la cosecha de media fanega de tierra; a su sombra no crece el trigo.

A la señora de Rénal el campo le pareció enteramente nuevo; su admiración se convirtió en verdadero entusiasmo. El sentimiento que la embargaba le daba ingenio y

decisión. Al día siguiente de llegar a Vergy, el señor de Rénal tuvo que regresar a Verrières por asuntos de la alcaldía, y la señora de Rénal contrató unos cuantos obreros por su cuenta. Julien le había sugerido la idea de hacer un sendero enarenado que discurriese por el huerto y a la sombra de los corpulentos nogales, y que permitiría a los niños pasearse desde las primeras horas de la mañana sin mojarse los zapatos con el rocío. Menos de veinticuatro horas después de ser concebida, la idea había ya sido puesta en práctica. Llena de alegría, la señora de Rénal se pasó el día entero dirigiendo las obras con Julien.

Cuando el alcalde de Verrières regresó de la ciudad, se mostró muy sorprendido al ver que habían hecho el paseo. Su llegada sorprendió también a la señora de Rénal; había olvidado su existencia. Durante más de dos meses no dejó de censurar con acritud el atrevimiento de haber hecho una reforma tan importante sin consultarle; pero como la señora de Rénal pagó de su bolsillo todos los gastos, esto le consolaba un poco.

Ella pasaba los días corriendo con sus hijos por la huerta y cazando mariposas. Habían hecho grandes capuchones de gasa transparente, con los cuales cogían a los pobres lepidópteros. Tal era el extraño nombre que Julien enseñó a la señora de Rénal. Ésta había encargado a Besancon la hermosa obra de M. Godart, y Julien le explicaba las curiosas costumbres de aquellos pobres animalitos.

Los clavaban sin compasión, con largos alfileres, en un gran cuadro de cartón preparado asimismo por Julien.

Por fin hubo un motivo de conversación entre él y la señora de Rénal; ya no volvió a soportar el espantoso suplicio que le causaban aquellos momentos de silencio.

Se pasaban todo el día hablando con el más vivo interés, aunque siempre de cosas muy inocentes. Aquella vida activa, ocupada y alegre, era del gusto de todos menos de la señorita Elisa, que estaba abrumada de trabajo. «Nunca -decía-, ni siquiera en Verrières, cuando los bailes de Carnaval, había visto que la señora se preocupase tanto de arreglarse; cambia de traje dos o tres veces al día.»

Como no tenemos intención de adular a nadie, no negaremos que la señora de Rénal, que tenía un cutis soberbio, procuraba ponerse vestidos que dejaran muy al descubierto el pecho y los brazos. Estaba muy bien formada y esta manera de vestirse le sentaba de maravilla.

-Nunca ha estado usted tan joven, señora -le decían sus amigos de Verrières que solían ir a comer a Vergy. (Es un modo de hablar de la comarca.).

Lo realmente sorprendente y que resultará un poco difícil de creer entre nosotros, es que la señora de Rénal se tomaba tanto trabajo en arreglarse sin una intención premeditada. Para ella era un placer, y, sin considerarlo de otro modo, todo el tiempo en que no estaba cazando mariposas con sus hijos y Julien, lo pasaba con Elisa haciéndose vestidos. El único viaje que hizo a Verrières fue para comprarse algunos nuevos modelos de verano que acababan de llegar de Mulhouse.

Volvió a Vergy con una joven parienta suya. Desde que se casó había intimado mucho con la señora Derville, que fue compañera suya en el Sagrado Corazón.

La señora Derville se reía mucho de lo que llamaba las ideas locas de su prima: «A mí sola, jamás se me ocurrirían», solía decir. La señora de Rénal, cuando estaba delante de su marido, se sentía avergonzada de aquellas ocurrencias imprevistas que en París hubieran llamado agudezas, y que entonces le parecían una tontería; pero la presencia de la señora Derville le daba valor. Al principio, le comunicaba sus

pensamientos con timidez; Pero cuando estaban solas largo rato, el ingenio de la señora de Rénal se animaba y una mañana entera de soledad se les pasaba en un instante y dejaba a las dos amigas contentas y alegres. En este viaje, la formal señora Derville encontró a su prima mucho menos alegre, pero mucho más feliz.

Julien, por su parte, desde su llegada al campo vivía auténticamente como un niño y era tan feliz como sus discípulos al correr tras las mariposas. Después de tanto fingimiento y de tanto maquiavelismo, solo, lejos de las miradas de los hombres y comprendiendo por instinto que no debía temer nada de la señora de Rénal, se entregaba al placer de vivir, tan intenso a su edad y en medio de las montañas más hermosas del mundo.

En cuanto llegó la señora Derville, Julien la consideró como una amiga; se apresuró a enseñarle el panorama que se divisaba desde el final de la nueva avenida, bajo los nogales, y que realmente valía tanto o más que los que pueden admirarse en Suiza o en los lagos de Italia. Remontando la rápida pendiente que empieza a pocos pasos de allí, se encuentran muy pronto unos grandes precipicios, bordeados por bosques de encinas que se extienden hasta casi la orilla del río. Julien, libre y dichoso, e incluso algo más, dueño absoluto de la casa, solía llevar a las dos amigas a las altas cumbres de aquellas rocas cortadas a pico, gozando de su admiración ante aquel panorama sublime.

-Para mí esto es como la música de Mozart -decía la señora Derville.

Los celos de sus hermanos, la presencia de un padre malhumorado y despótico, habían impedido a Julien apreciar la belleza de los campos que rodeaban Verrières. En Vergy no tenía recuerdos tristes; por vez primera en su vida se veía libre de enemigos. Mientras el señor de Rénal estaba en la ciudad, lo que ocurría a menudo, se atrevía a leer; muy pronto, en vez de hacerlo por la noche y ocultando la luz debajo de un tiesto volcado, pudo entregarse al sueño; durante el día, en los intervalos que le dejaban libres las lecciones de los niños, se iba a esas rocas con el libro, única regla de su conducta y objeto de sus entusiasmos. En él hallaba a la vez dicha, éxtasis y consuelo en los momentos de desfallecimiento.

Ciertas cosas que Napoleón dice de las mujeres, varias discusiones sobre el mérito de las novelas en boga durante su reinado, le sugirieron entonces, por vez primera, algunas ideas que a cualquier otro muchacho de su edad se le hubieran ocurrido desde mucho tiempo atrás.

Llegaron los grandes calores. Se estableció la costumbre de pasar las veladas bajo un tilo inmenso que crecía a pocos pasos de la casa. En aquel sitio reinaba la más profunda oscuridad. Un día, Julien hablaba animadamente, gozando con fruición el placer de hablar bien ante dos mujeres jóvenes; gesticulando, rozó con su mano la de la señora de Rénal, que se apoyaba en el respaldo de una de esas sillas de madera pintada que suelen colocarse en los jardines.

Esa mano se retiró con viveza; pero Julien creyó un deber conseguir que no se retirase aquella mano cuando él la tocara. La idea de que tenía un deber que cumplir y de que se iba a poner en ridículo, o cuando menos demostrar un sentimiento de inferioridad si no lo lograba, desterró en el acto, de su corazón, toda sensación de placer.

Capítulo 9

Una velada en el campo

*La Didon de M. Guérin, esquisse charmante.*¹¹

STROMBECK

Cuando al día siguiente vio a la señora de Renal, su mirada tenía una expresión extraña; la observaba como si fuera un enemigo con quien habría de batirse. Aquellas miradas, tan distintas de las de la víspera, hicieron perder la cabeza a la señora de Rénal: había sido buena con él y parecía enfadado. A duras penas podía apartar su mirada de la del preceptor.

La presencia de la señora Derville permitió a Julien hablar menos y ocuparse más de lo que tenía en la cabeza. Su única ocupación durante todo el día fue leer su libro favorito, para templar su alma y fortalecerla.

Abrevió mucho las lecciones de los niños y, cuando la presencia de la señora de Rénal volvió a recordarle sus ambiciones de gloria, decidió que era absolutamente necesario que aquella noche ella le permitiese retener su mano entre las suyas.

La puesta del sol, que acercaba el momento decisivo, hizo latir de forma singular el corazón de Julien. Llegó la noche. Observó, con una alegría que le quitó un gran peso de encima, que ésta sería muy oscura. El cielo, cargado de espesas nubes arrastradas por un viento muy cálido, parecía anunciar una tormenta. Las dos amigas pasearon hasta muy tarde. Julien encontraba raro todo lo que hacían aquella noche. Ellas gozaban con este tiempo, que para ciertas almas delicadas parece que aumenta el placer de amar.

Por fin se sentaron, la señora de Renal al lado de Julien y la L señora Derville junto a su amiga. Preocupado por lo que iba a intentar, Julien no encontraba nada que decir. La conversación languidecía.

«¿Estaré tan acobardado y tembloroso el día que me bata por vez primera?», se preguntó Julien, pues desconfiaba demasiado de sí mismo y de los demás para no darse cuenta del estado de su alma.

En su angustia mortal, hubiera preferido correr los más graves peligros. ¡Cuántas veces deseó que cualquier ocupación imprevista obligase a la señora de Renal a abandonar el jardín y entrar en la casa! La violencia que Julien se hacía a sí mismo era demasiado fuerte para que no le alterase profundamente la voz; muy pronto, empezó también a temblarle la voz a la señora de Renal, pero Julien no se dio cuenta de ello. La tremenda lucha interior que sostenía entre la timidez y el deber era demasiado ardua para que pudiera fijarse en nada fuera de sí mismo. Dieron las diez menos cuarto en el reloj del castillo sin que Julien se hubiese atrevido a hacer nada. Indignado de su cobardía, se dijo: «Cuando den las diez en punto, cumpliré lo que me he prometido hacer durante todo el día o subiré a mi cuarto y me pegaré un tiro».

Tras un último instante de espera y ansiedad, durante el cual la extremada emoción que sentía le puso fuera de sí, dieron las diez en el reloj que estaba sobre sus

¹¹ La Dido de M. Guérin, encantador bosquejo..

cabezas. Cada campanada de esta hora fatal repercutía en su pecho y le producía como un dolor físico.

Por fin, cuando aún retumbaba el eco de la última campanada, extendió la mano y cogió la de la señora de Renal, quien la retiró al punto. Julien, sin saber muy bien lo que hacía, la cogió de nuevo. Aunque estaba muy emocionado, no pudo menos de sorprenderse de la frialdad glacial de la mano que sujetaba; la estrechaba con fuerza convulsiva; notó el último esfuerzo que hacía para soltarse; pero por fin aquella mano permaneció en la suya.

Sintió su alma inundada de felicidad, no porque amase a la señora de Renal, sino porque se veía libre de un espantoso suplicio.

Para que la señora Derville no se percatase de nada, se creyó obligado a hablar; su voz fue entonces sonora y firme. La de la señora de Renal, por el contrario, estaba tan alterada por la emoción, que su amiga la creyó enferma y le propuso entrar en casa. Julien advirtió el peligro: «Si la señora de Renal se va al salón, volveré a encontrarme en la misma espantosa situación en que he pasado todo el día. He tenido muy poco tiempo su mano en la mía para que pueda suponer que he ganado algún terreno».

En el momento en que la señora Derville renovaba su propuesta de retirarse al salón, Julien apretó fuertemente la mano que se le había abandonado.

La señora de Rénal, que ya se había levantado, volvió a sentarse diciendo con voz lánguida:

-Efectivamente, me encuentro un poco mal, pero el aire libre me sentará bien.

Estas palabras confirmaron la felicidad de Julien, que, en aquel momento, no podía ser mayor: habló, se olvidó de fingir y pareció el hombre más encantador del mundo con las dos amigas que le escuchaban. Y, sin embargo, en aquella repentina elocuencia se adivinaba todavía cierta falta de valor. Le daba un miedo horrible que la señora Derville, molesta por el viento que empezaba a levantarse y que presagiaba la tormenta, quisiese volver sola al salón. Entonces se quedaría a solas con la señora de Rénal. Casi por casualidad, había encontrado el valor ciego que necesitaba para actuar; pero comprendía que sería superior a sus fuerzas decir ni una sola palabra a la señora de Rénal. Por débiles que fueran sus reproches, serían suficientes para vencerle, quedando, de paso, anulada la ventaja que acababa de lograr.

Felizmente para él, aquella noche sus discursos emocionantes y enfáticos agradaron a la señora Derville, que la mayor parte de las veces le encontraba torpe como un niño y poco divertido. La señora de Rénal, con su mano en la de Julien, no pensaba en nada; vivía. Las horas que pasaron bajo aquel gran tilo, que la tradición de la comarca supone plantado por Carlos el Temerario, fueron para ella un rato de felicidad. Escuchaba con delicia el gemir del viento entre las frondosas ramas del tilo y el ruido de las primeras gotas que empezaban a caer sobre las hojas más bajas. Julien no se fijó en un detalle que seguramente le hubiera tranquilizado; la señora de Rénal, que se había visto obligada a retirar su mano, pues tuvo que levantarse a ayudar a su prima a recoger una maceta de flores que el viento había derribado a sus pies, apenas se sentó de nuevo, volvió a alargarle la mano sin el menor reparo, como si fuese ya una cosa convenida entre los dos.

Era más de medianoche y hubo que abandonar el jardín: se separaron. La señora de Rénal, enajenada por la dicha de amar, era tan inexperta que apenas se hizo el menor reproche. La felicidad le quitó el sueño. En cambio, Julien, rendido por la lucha que durante todo el día habían librado en su interior la timidez y el orgullo, se durmió con

sueño de plomo.

Al día siguiente le despertaron a las cinco, y lo que, de haberlo sabido, hubiera resultado muy cruel para la señora de Rénal, apenas se acordó de ella. Había cumplido con su deber y con un deber heroico. Lleno de gozo ante esta idea, se encerró con llave en su habitación y se entregó con renovado placer a la lectura de las hazañas de su héroe.

Cuando sonó la campanilla del almuerzo, ensimismado en la lectura de los boletines de La Grande Armée, había olvidado por completo los progresos realizados la víspera. Al bajar al salón se decía interiormente con la mayor desenvoltura: «Tendré que decirle a esta mujer que la amo».

En vez de las miradas llenas de voluptuosidad que esperaba encontrar, lo primero que vio fue el semblante severo del señor de Rénal, que había llegado dos horas antes de Verrières, y que no ocultaba su descontento ante el hecho de que Julien no se hubiese ocupado de los niños en toda la mañana. Nada más desagradable que aquel hombre importante de mal humor y creyéndose con derecho a demostrarlo.

Cada palabra agria de su marido traspasaba el corazón de la señora de Rénal. En cuanto a Julien, estaba todavía tan extasiado y tan absorto por la grandeza de los hechos que durante varias horas de lectura habían desfilado ante sus ojos, que a duras penas pudo rebajar su atención hasta escuchar las duras frases que le dirigía el señor de Rénal. Por fin, respondió con brusquedad:

-Estaba enfermo.

El tono de aquella respuesta hubiese molestado incluso a un hombre mucho menos susceptible que el alcalde de Verrières; su primera idea fue despedir a Julien inmediatamente. Se contuvo, siguiendo su máxima de no precipitarse en nada.

«Este estúpido jovencuelo -pensó después- se ha hecho una cierta reputación en mi casa; Valenod puede llevárselo o bien se casará con Elisa, y, en cualquiera de los dos casos, en su fuero interno podrá burlarse de mí.»

A pesar de sus prudentes reflexiones, no por eso dejó el señor de Rénal de demostrar su descontento con una serie de frases groseras que acabaron por irritar a Julien. La señora de Rénal estaba a punto de echarse a llorar. En cuanto acabaron el almuerzo, rogó a Julien que le diera el brazo para pasear; se apoyó en él afectuosamente. A todo lo que ella decía, él sólo respondía a media voz:

«¡Así son los ricos!».

El señor de Rénal iba muy cerca de ellos; su presencia aumentaba la cólera de Julien. Éste se dio cuenta de repente de que la señora de Rénal se apoyaba en su brazo de una manera muy acentuada; aquel gesto le produjo horror y, rechazándola bruscamente, soltó su brazo.

Afortunadamente el señor de Rénal no vio esta nueva impertinencia, que sólo fue observada por la señora Derville. Su amiga lloraba sin consuelo. En aquel momento el señor de Rénal estaba ocupadísimo persiguiendo a pedradas a una joven campesina que había tomado un falso sendero que pasaba por un extremo de la huerta.

-Señor Julien, por favor, modérese un poco y piense que todos tenemos momentos de mal humor -dijo rápidamente la señora Derville.

Julien la miró fríamente, con unos ojos en los que podía leerse el más absoluto desprecio.

Aquella mirada asombró a la señora Derville, y su asombro hubiera sido todavía mayor si hubiese podido comprender su verdadero sentido; en ella hubiera leído la vaga

esperanza de la venganza más atroz. Tales momentos de humillación son sin duda los que hacen a los Robespierre.

-Su Julien es bastante violento, me da miedo -dijo la señora Derville al oído de su amiga.

-Tiene razón para estar furioso -le respondió ésta-. Después de los sorprendentes progresos que han hecho los niños gracias a él, ¿qué importa que se pase una mañana sin ocuparse de ellos? Hay que reconocer que los hombres son muy duros.

Por primera vez en su vida, la señora de Rénal sintió una especie de deseos de vengarse de su marido. El odio sin límites que abrigaba Julien contra los ricos estaba a punto de estallar. Por fortuna, el señor de Rénal llamó al jardinero y se dedicó con él a cerrar con ramas de espinos el paso del falso sendero que atravesaba el huerto. Julien no respondió una sola palabra a las atenciones de que fue objeto durante el resto del paseo. Apenas el señor de Rénal se hubo alejado, las dos amigas, pretextando estar cansadas, se colgaron cada una de un brazo del preceptor.

La altiva palidez, la actitud sombría y resuelta de Julien, contrastaban singularmente con la de aquellas dos mujeres cuya extremada turbación había cubierto sus mejillas de sofoco y de rubor. Él sentía un profundo desprecio por ellas y por sus tiernos sentimientos.

«¡Pensar que no tengo siquiera quinientos francos de renta para terminar mis estudios! -se decía-. ¡Con qué gusto le enviaría a paseo!»

Absorto en estas severas reflexiones, lo poco que se dignaba comprender de las palabras amables de las dos amigas le sonaba como algo vacío de sentido, tonto, mezquino, en una palabra, femenino.

A fuerza de hablar por hablar, de intentar por todos los medios que no languidiese la conversación, la señora de Rénal dijo que su marido había vuelto de Verrières porque había hecho la compra a uno de sus arrendatarios de una partida de paja de maíz. (En aquella región, los jergones de las camas se llenan con hojas de maíz.)

-Esta tarde mi marido no volverá a reunirse con nosotros -añadió la señora de Rénal-; con su ayuda de cámara y el jardinero va a ocuparse de renovar la paja de los jergones de la casa. Esta mañana ha puesto hojas de maíz en todas las camas del primer piso, y ahora les toca a las del segundo.

Julien cambió de color; miró a la señora de Rénal de un modo singular y, adelantando el paso, se separó con ella de su amiga. La señora Derville les dejó alejarse.

-Sálveme usted la vida -le dijo Julien a la señora de Rénal-, sólo usted puede hacerlo; sabe usted muy bien que el criado me odia a muerte. Señora, me veo obligado a confesarle que tengo un retrato escondido en el jergón de mi cama.

Al oír sus palabras, la señora de Rénal palideció a su vez.

-En este momento, sólo usted puede entrar en mi cuarto; registre usted sin llamar la atención, y en el ángulo del jergón más próximo a la ventana encontrará una cajita de cartón negro y lisa.

-¡Y contiene un retrato! -dijo la señora de Rénal, que a duras penas podía tenerse en pie.

Julien advirtió su aire de abatimiento y quiso aprovecharse de él.

-He de pedirle un segundo favor, señora, le suplico que no mire ese retrato, es mi secreto.

-¡Un secreto! -repitió la señora de Rénal con voz apagada.

Aunque educada entre gentes orgullosas de su fortuna y sólo sensibles al interés del dinero, el amor había prestado generosidad a su alma. Cruelmente herida, pidió a Julien con la mayor abnegación los datos necesarios para poder cumplir adecuadamente su encargo.

-Bien -le dijo alejándose-, una caja pequeña de cartón negro, redonda y lisa.

-Sí, señora -respondió Julien con ese aire duro que el peligro da a los hombres.

Ella subió al segundo piso del castillo, pálida como si caminara al encuentro de la muerte. Para colmo de los males, sintió que

iba a desmayarse; pero la necesidad de hacerle un favor a Julien le daba fuerzas.

-Es preciso que me apodere de esa caja -dijo apresurando el paso.

Oyó que su marido estaba hablando con el criado en el mismo cuarto de Julien. Afortunadamente pasaron a la habitación de los niños. La señora de Renal levantó el colchón y metió la mano entre la paja, con tal violencia que se arañó los dedos. Pero aunque era muy sensible a estos pequeños dolores, ni se dio cuenta de aquél, pues casi al mismo tiempo tropezó con la caja. La cogió y desapareció.

Apenas se vio libre del temor de ser descubierta por su marido, cuando el horror que le producía aquella caja estuvo a punto de hacer que se desmayase.

«¡Julien está pues enamorado y yo tengo en mis manos el retrato de la mujer a quien ama!»

Sentada en una silla de la antecámara de aquella habitación, la señora de Renal era presa de todos los horrores de los celos. Su extremada inexperiencia incluso le fue útil en aquel momento, el asombro amortiguaba el dolor. Apareció Julien, tomó la caja sin dar las gracias, sin decir nada, y corrió a su cuarto, donde encendió fuego e inmediatamente la quemó. Estaba pálido, anonadado, exagerándose la gravedad del peligro que había corrido.

«¡El retrato de Napoleón -se decía moviendo la cabeza- escondido en la habitación de un hombre que demuestra tanto odio contra el usurpador! ¡Encontrado por el señor de Renal, tan reaccionario y tan irritado! ¡Y para colmo de imprudencia, con el reverso del retrato lleno de frases escritas por mí y que no dejan lugar a la menor duda sobre mi exaltado entusiasmo! ¡Y cada uno de estos raptos de admiración lleva la fecha del día en que ha sido escrito! ¡Hay alguna de anteayer!...

»¡Toda mi reputación por los suelos y aniquilada en un momento! -pensaba Julien, mirando cómo se convertía en cenizas la caja-, ¡y mi reputación es lo único que poseo, sólo vivo por ella... y para eso, qué vida, Santo Dios!»

Una hora después, la fatiga y la compasión que sentía por sí mismo le disponían a la ternura. Se encontró con la señora de Renal y le cogió la mano, besándola con más sinceridad que nunca. Ella se ruborizó de dicha, pero, casi al mismo tiempo, rechazó a Julien con el furor de los celos. El orgullo de Julien, herido poco antes, le convirtió en un majadero en aquel momento. Sólo vio en la señora de Renal una mujer rica, soltó su mano con desdén y se alejó. Se fue al jardín a pasear pensativo y muy pronto una amarga sonrisa apareció en sus labios.

«¡Aquí estoy paseándome tranquilamente, como si fuese dueño de mi tiempo! Tengo abandonados a los niños y me expongo a las humillantes reprensiones del señor de Rénal, que estarán plenamente justificadas.» Y se fue corriendo al cuarto de los niños.

Las caricias del más pequeño, a quien quería mucho, mitigaron un poco su acerbo dolor.

«Éste no me desprecia todavía», pensó Julien. Pero enseguida se reprochó a sí mismo el sentir menos dolor como una nueva muestra de debilidad. «Estos niños me acarician como acariciarían a un perrillo de caza que les hubiesen comprado ayer.»

Capítulo 10

Un gran corazón y una pequeña fortuna

*But passion most dissembles, yet betrays,
Even by its darkness; as the blackest sky
Foretells the heaviest tempest.¹²*
BYRON

El señor de Renal, que recorría todas las habitaciones del castillo, volvió al cuarto de los niños con los criados que devolvían los jergones. La repentina entrada de aquel hombre fue para Julien la gota de agua que hace desbordar el vaso.

Más pálido y sombrío que de costumbre, se adelantó hacia él. El señor de Renal se detuvo y miró a sus criados.

-Señor -le dijo Julien-, ¿cree usted que con otro preceptor sus hijos hubieran hecho los mismos progresos que han hecho conmigo? Si me asegura usted que no - continuó Julien, sin dar tiempo de hablar al señor de Renal-, ¿cómo se atreve a reprenderme diciendo que no me ocupo suficientemente de ellos?

Apenas repuesto del susto, el señor de Renal dedujo del tono extraño con que hablaba el joven campesino que tenía en el bolsillo alguna propuesta ventajosa y que estaba dispuesto a marcharse. La ira de Julien iba en aumento a medida que hablaba.

-Puedo vivir sin usted, señor -añadió.

-Lamento de veras verle a usted tan alterado -contestó balbuceando el señor de Renal.

Los criados estaban a diez pasos arreglando las camas.

-No es eso lo que yo quiero -replicó Julien fuera de sí-; piense usted en la infamia de las palabras que me ha dirigido y, por si fuera poco, delante de unas mujeres.

El señor de Renal comprendía perfectamente lo que Julien exigía de él, y en su alma se libraba un penoso combate. Julien, completamente loco de ira, exclamó:

-Sé muy bien dónde tengo que ir, señor, cuando me marche de su casa.

Al oír estas palabras, el señor de Renal vio a Julien instalado en casa del señor Valenod.

-Está bien, señor mío -le dijo al fin, lanzando un suspiro y con la misma actitud con la que hubiese llamado a un cirujano para la operación más dolorosa-, accedo a su petición. Desde pasado mañana, que es primero de mes, le daré a usted cincuenta francos mensuales.

Julien tuvo ganas de echarse a reír y se quedó estupefacto. Toda su ira se había desvanecido.

«Aún no despreciaba lo bastante a este bruto -se dijo-. Ésta es, sin duda, la mayor disculpa que es capaz de dar un alma tan baja.»

Los niños, que presenciaban la escena con la boca abierta, fueron corriendo al jardín a decirle a su madre que el señor Julien estaba muy enfadado, pero que iba a cobrar cincuenta francos mensuales.

¹² Pero cuanto más se disimula una pasión, más se traiciona, / por su misma oscuridad; como el cielo más sombrío / anuncia la más furiosa tempestad.* Don Juan, 1, 73.

Julien les siguió por costumbre, sin mirar siquiera al señor de Renal, que se quedó profundamente irritado.

«Otros ciento sesenta y ocho francos que me cuesta el señor Valenod -se dijo el alcalde-. Es absolutamente necesario que le haga una seria advertencia sobre sus especulaciones con los suministros del asilo.»

Un momento después, Julien volvió a encontrarse frente al señor de Renal.

-Tengo que consultar un caso de conciencia con el padre Chélan -le dijo-, y me permito prevenirle que estaré fuera unas horas.

-¡Querido Julien! -respondió el señor de Rénal, sonriendo forzadamente-. Todo el día si usted quiere, e incluso mañana, amigo mío. Llévase usted el caballo del jardinero para ir a Verrières.

«Ahora le va a llevar la respuesta a Valenod -se dijo el señor de Rénal-; no me ha prometido nada, pero más vale dejar que se le airee un poco la cabeza a este joven.»

Julien se marchó enseguida y se internó en los grandes bosques que conducen de Vergy a Verrières. No quería llegar demasiado pronto a casa del padre Chélan. En aquel momento, lejos de sentir el menor deseo de representar una nueva escena de hipocresía, necesitaba ver claro en su alma y analizar el cúmulo de sentimientos que le agitaban.

«¡He ganado una batalla! -se dijo apenas se vio en el bosque y lejos de las miradas de hombre alguno-. ¡Sí, he ganado una batalla!»

Esta sola frase le representó la situación con los colores más halagüeños y le devolvió la tranquilidad de ánimo.

«Ahora resulta que voy a ganar un sueldo de cincuenta francos mensuales. Mucho miedo debe de tener el señor de Rénal. Pero, ¿de qué?»

La idea de que existía algo que podía dar miedo al hombre poderoso y afortunado contra el cual estaba ardiendo en cólera una hora antes le serenó por completo. Por un momento, incluso le llegó a impresionar la maravillosa belleza de los bosques que atravesaba. Aquí y allá, aparecían enormes peñascos de roca viva que la acción del tiempo había arrancado de las laderas de la montaña y arrojado en medio del bosque. Las grandes hayas se elevaban casi tan altas como aquellas rocas cuya sombra producía un delicioso frescor a pocos pasos de los lugares donde el calor de los rayos del sol era casi imposible de soportar.

Julien se detenía un momento para tomar aliento, a la sombra de aquellas enormes rocas, y poco después reanudaba su ascensión. Muy pronto, a través de un angosto sendero casi borrado, sólo frecuentado por los pastores con sus rebaños de cabras, se encontró de pie sobre una roca gigantesca, seguro de estar lejos de todos los hombres. La situación material en que se encontraba le hizo sonreír, pues correspondía exactamente a la posición moral que tan ardientemente deseaba alcanzar. El aire puro de aquellas altas montañas dio serenidad a su alma. El alcalde de Verrières seguía siendo a sus ojos la encarnación de todos los ricos e insolentes de la Tierra; pero Julien comprendía que el odio que había experimentado, a pesar de la violencia de su impulso, no encerraba ninguna animosidad personal. Si hubiese dejado de ver al señor de Rénal, a los ocho días se habría olvidado de él, de su castillo, de sus perros, de sus hijos y de toda su familia.

«Le he obligado, no sé cómo, a hacer el mayor sacrificio. ¡Pero si son más de cincuenta escudos al año! Un momento antes había escapado a un gran peligro. Esto representa dos victorias en un y día; la segunda no tiene mérito, habría que adivinar la causa que la ha motivado. Mañana comenzaré las indagaciones.»

Julien, de pie sobre la enorme roca, contemplaba el cielo, abrasado por el sol de agosto. Las cigarras cantaban en los campos que se extendían al pie de la roca; cuando callaban, todo era silencio en torno suyo. A sus pies divisaba una extensión de veinte leguas a la redonda. De vez en cuando, percibía algún gavián que, abandonando las altas cumbres, describía en silencio círculos inmensos sobre su cabeza. Julien seguía maquinalmente con los ojos el vuelo del ave de rapiña. Sus movimientos tranquilos y majestuosos le imponían; envidiaba aquella fuerza, envidiaba aquel aislamiento.

Así fue el destino de Napoleón. ¿Sería algún día el suyo?

Capítulo 11

Una velada

*Yet Julia's very coldness still was kind.
And tremulously gentle her small hand
Withdrew itself from his, but left behind
A little pressure, thrilling, and so bland
And slight, so very slight that to the
mind 'twas but a doubt.¹³*

BYRON

Sin embargo, había que ir a Verrières. Al salir del presbiterio, una feliz casualidad le hizo tropezarse con el señor Valenod, a quien se apresuró a contar su aumento de sueldo.

De vuelta a Vergy, Julien no bajó al jardín hasta que se hizo completamente de noche. Se sentía cansado por el cúmulo de violentas emociones que le habían agitado durante todo el día. «¿Qué les diré?», se preguntaba con inquietud, pensando en las señoras. Era incapaz de darse cuenta de que su estado de espíritu estaba precisamente a la altura de las circunstancias que suelen ocupar todo el interés de las mujeres. Muchas veces Julien resultaba ininteligible para la señora Derville e incluso para su amiga y, a su vez, él sólo se enteraba a medias de lo que ellas le decían. Tal era el efecto de la fuerza y, por decirlo así, de la grandeza de los arranques de pasión que agitaban el alma de aquel joven ambicioso. Para aquel ser excepcional, todos los días eran tempestuosos.

Aquella noche, al llegar al jardín, Julien iba dispuesto a ocuparse de lo que pensaran las lindas primas. Ellas le esperaban con impaciencia. Se sentó, como de costumbre, junto a la señora de Rénal. La oscuridad era cada vez más densa. Quiso apoderarse de una mano muy blanca que desde hacía largo rato veía cerca de él, apoyada en el respaldo de una silla. Tras un momento de vacilación, la mano se retiró con un movimiento que denotaba mal humor. Julien se disponía a darse por enterado y a proseguir alegremente la conversación, cuando oyó que el señor de Rénal se acercaba.

Aún resonaban en los oídos de Julien las groseras palabras de aquella mañana.

«¿No sería -se dijo- una manera de burlarse de este hombre tan colmado por todos los dones de la fortuna, el apoderarse de la mano de su mujer en su misma presencia? Sí; lo haré, ya que tanto desprecio me ha demostrado.»

A partir de aquel momento, la tranquilidad, tan poco habitual en el carácter de Julien, desapareció por completo; deseó con ansiedad y sin poder pensar en otra cosa, que la señora de Rénal tuviese a bien darle la mano.

El señor de Rénal hablaba de política con indignación; dos o tres industriales de Verrières, que decididamente se estaban haciendo más ricos que él, querían oponerse en las próximas elecciones. La señora Derville le escuchaba. Julien, irritado por aquellos

¹³ Hasta la misma frialdad de Julia resultó amable. / Y su pequeña mano trémulamente gentil / se apartó de la suya, no sin dejar detrás / un pequeño apretón conmovedor, y tan blando / y leve, tan extremadamente leve que para la mente / apenas fue más que una sospecha.. Don Juan, 1, 71.

discursos, acercó su silla a la de la señora de Rénal. La oscuridad ocultaba todos los movimientos. Se atrevió a poner la mano junto al lindo brazo que el vestido dejaba al descubierto. Turbado por la emoción, perdió el dominio de sus actos, acercó la mejilla a aquel lindo brazo y se atrevió a posar en él sus labios.

La señora de Rénal se estremeció. Su marido estaba a cuatro pasos; se apresuró a darle la mano a Julien, al mismo tiempo que lo apartaba un poco. Mientras el señor de Rénal continuaba sus improperios contra los jacobinos y los advenedizos que se enriquecían, Julien cubría de besos apasionados la mano que le había abandonado la señora de Rénal. Por lo menos, a ésta le parecían tales. Y, sin embargo, la pobre mujer había tenido la prueba, aquel día fatídico, de que el hombre a quien adoraba sin confesárselo, amaba a otra. Durante la ausencia de Julien, se había sentido tan desdichada, que aquel sentimiento la había hecho reflexionar.

«¿Estaré enamorada? -se decía-. ¿Será amor lo que siento? Yo, una mujer casada, ¿me habré enamorado? Pero yo nunca sentí por mi marido esta especie de sombría locura que hace que no pueda apartar a Julien de mi pensamiento. Y, en el fondo, no es más que un niño lleno de respeto por mí. Esto será una locura pasajera. ¿Qué le importan a mi marido los sentimientos que pueda inspirarme este muchacho? Seguramente se aburriría con las conversaciones que yo sostengo con Julien sobre cosas puramente ideales. Él no piensa más que en sus negocios.

No le quito nada para dárselo a Julien.»

Ni el menor asomo de hipocresía empañaba la pureza de aquel alma ingenua, extraviada por una pasión que hasta entonces no había experimentado jamás. Se engañaba, pero sin saberlo, y, sin embargo, un instinto de virtud comenzaba a inquietarla. Tal era la lucha interior que se libraba dentro de ella cuando Julien apareció en el jardín. Le oyó hablar y, casi al mismo tiempo, vio que se sentaba a su lado. Su alma se sintió como transportada por aquella deliciosa sensación de felicidad que desde hacía quince días la asombraba más que la seducía. Todo era imprevisto para ella. Sin embargo, al cabo de un rato, pensó: «¿Acaso basta la presencia de Julien para borrar todas sus faltas?». Entonces se asustó y retiró la mano.

Los besos llenos de pasión, como nunca le habían dado, la hicieron olvidar de golpe que quizás amaba a otra mujer. De pronto, ya no fue culpable a sus ojos. La desaparición de aquel dolor lacerante, hijo de la sospecha, la presencia de una felicidad que jamás había soñado, provocaron en ella verdaderos transportes de ternura y de loca alegría. Aquella velada fue encantadora. Para todo el mundo menos para el alcalde de Verrières, que no podía olvidar a sus industriales enriquecidos. Julien ya no se acordaba de sus oscuras ambiciones ni de sus proyectos, tan difíciles de realizar. Por primer vez en su vida se sentía arrastrado por el Poder de la belleza. Sumido en su ensueño vago y dulce, tan ajeno a su carácter, estrechando suavemente aquella mano que le complacía por su perfecta belleza, apenas escuchaba el movimiento de las hojas del tilo agitadas por la brisa ligera de la noche, y el ladrido lejano de los perros del molino de Doubs.

Pero aquella emoción era de placer, no de pasión. Al volver a su cuarto sólo pensó en el goce que le esperaba: el de volver a leer su libro favorito. A los veinte años, el concepto del mundo y del efecto que se quiere producir en él es superior a todo.

Sin embargo, muy pronto cerró el libro. A fuerza de pensar en las victorias de Napoleón, llegó a ver algo nuevo en la suya.

«Sí, he ganado una batalla -se dijo-, pero hay que aprovecharla; hay que aplastar

la soberbia de este orgulloso aristócrata mientras se bate en retirada. Esto es puro Napoleón. ¡Me reprocha que no me ocupó suficientemente de sus hijos! Voy a pedirle un permiso de tres días para ir a ver a mi amigo Fouqué. Si me lo niega, le diré otra vez que elija, pero es seguro que me lo dará.»

La señora de Renal no pudo cerrar los ojos. Le parecía que hasta aquel momento no había vivido. No podía apartar de su mente la felicidad de sentir en su mano los besos apasionados de Julien.

Súbitamente recordó la horrible palabra adulterio. Todo lo que tiene de bajo y repugnante el amor de los sentidos cuando cae en la más abyecta disipación acudió de golpe a su mente. Aquellas ideas parecían querer manchar la imagen tierna y divina que ella se hacía de Julien y de la dicha de amarle. El porvenir aparecía pintado con sombríos colores. Se consideraba despreciable.

Aquel momento fue espantoso; su alma llegaba a regiones desconocidas. La víspera había gozado de una felicidad jamás soñada; ahora se encontraba de pronto hundida en la desdicha más atroz. No tenía la menor idea de que pudieran existir tales sufrimientos, estaba completamente trastornada. Por un momento pensó en confesar a su marido que tenía miedo de amar a Julien. Por lo menos hablaría de él. Afortunadamente recordó una advertencia que le diera su tía la víspera del casamiento. Se trataba del peligro de hacer confidencias al marido, que después de todo es un dueño. En el paroxismo de su dolor, se retorció las manos. Se sentía arrastrada al azar por imágenes contradictorias y dolorosas. Tan pronto temía no ser amada, como la torturaba la espantosa idea del crimen, como si al día siguiente la hubieran de poner en la picota, en la plaza pública de Verrières, con un cartel que explicase al populacho su adulterio.

La señora de Renal no tenía la menor experiencia de la vida; aun estando completamente serena y en posesión de todas sus facultades, no hubiera visto diferencia alguna entre ser culpable a los ojos de Dios y sentirse abrumada en público por las muestras más violentas del desprecio general.

Cuando la horrible idea del adulterio y de toda la ignominia que, en su opinión, este crimen trae consigo le dejaba algún reposo, pensaba en la dicha de vivir con Julien inocentemente, y como antes, entonces la atormentaba la angustiosa idea de que Julien pudiese amar a otra mujer. Recordaba todavía su palidez cuando temió que iba a perder su retrato o que podía comprometerle si lo encontraban. Fue la primera vez que vio el temor retratado en aquella fisonomía tan noble y tan serena. Nunca había mostrado una emoción semejante por ella o por sus hijos. Ello acrecentó su dolor de tal manera y le hizo sentir tan intensamente su desdicha, que llegó más allá de lo que es capaz de soportar un ser humano. Sin darse cuenta, la señora de Rénal profirió gritos que despertaron a su doncella. De repente, vio aparecer junto a su lecho la claridad de una luz, y reconoció a Elisa.

-¿Es a usted a quien ama? -exclamó en su locura.

Por fortuna, la doncella, sorprendida por el estado de tremenda agitación en que se encontraba su señora, no prestó la menor atención a tan extraña pregunta. La señora de Rénal advirtió su imprudencia.

-Tengo fiebre -le dijo-, y creo que estoy delirando un poco; quédese aquí, a mi lado.

Completamente despierta por la necesidad de contenerse, se sintió menos desgraciada; la razón recobró el imperio que su estado de duermevela le había quitado.

Para librarse de la mirada fija de su doncella, le ordenó que leyera el periódico, y al ruido monótono de la voz de la muchacha, que leía un largo artículo de *La Quotidienne*, la señora de Renal tomó la virtuosa resolución de tratar a Julien con la más absoluta frialdad cuando volviera a verle.

Capítulo 12

Un viaje

*Oil trouve á Paris des gens élégants,
il peut y avoir en province des gens á caractère.
SYEYÈS.¹⁴*

Al día siguiente, a las cinco, antes de que la señora de Rénal estuviese visible, Julien consiguió (le su marido un permiso (le tres días. Contra lo que esperaba, Julien sintió deseos (le volver a verla; se acordaba de aquella mano tan bonita. Bajó al jardín; la señora (le Rénal se hizo esperar mucho. Pero si Julien la hubiese amado, la habría visto detrás de las persianas medio cerradas del primer piso, con la frente apoyada en los cristales. Le miraba. Por fin, a pesar de sus buenos propósitos, la señora de Rénal se decidió a presentarse en el jardín. Su palidez habitual había dejado paso a los más vivos colores.

Era evidente que aquella mujer tan ingenua estaba agitada; un sentimiento de contención e incluso (le cólera alteraba aquella expresión (le serenidad profunda, como por encima (le los intereses vulgares de la vida, que daba tanto encanto a su rostro celestial.

Julien se acercó presuroso a ella: admiraba aquellos brazos tan hermosos que un chal, echado al descuido sobre los hombros, dejaba en parte al descubierto. El aire fresco (le la mañana parecía incluso acrecentar el brillo de una tez que la agitación de la noche hacía más sensible a todas las impresiones. Aquella belleza modesta y conmovedora, y, sin embargo, llena de una vida interior que no suele encontrarse en las clases inferiores, le pareció a Julien que despertaba en su alma un sentimiento que no había experimentado jamás. Entregado por entero a la admiración de los encantos que iban descubriendo sus ávidas miradas, no pensaba siquiera en la amistosa acogida que esperaba encontrar. Por esto quedó profundamente sorprendido ante la frialdad glacial que ella se esforzaba en demostrarle y a través de la cual incluso creyó advertir el deliberado propósito de recordarle el lugar que le correspondía.

La gozosa sonrisa se heló en sus labios; se acordó del lugar que ocupaba en la escala social, sobre todo a los ojos de una noble y rica heredera. Un momento después, en su rostro sólo había orgullo y odio contra sí mismo. Sentía un profundo despecho por haber retrasado su partida más de una hora para recibir tan humillante acogida.

«Sólo los tontos echan las culpas a los demás -se dijo-: una piedra cae por su propio peso. ¿Seré siempre un niño? ¿Cuándo adquiriré la buena costumbre de no dar a esta gente más que aquella parte de mi alma que corresponde al dinero que me pagan? Si quiero lograr su estimación y la mía, tengo que demostrarles que mi pobreza puede comerciar con su riqueza, pero que mi corazón está a cien leguas de su insolencia y en una esfera demasiado alta para que puedan alcanzarlo sus mezquinas muestras de favor o de desprecio.»

Mientras se agolpaban estos pensamientos en la mente del joven preceptor, su

¹⁴ «Hay en París personas elegantes: en provincias es posible encontrar personas de carácter.»

cambiante fisonomía adoptaba una expresión de ferocidad y de dolorido orgullo.

La señora de Rénal se sintió turbada. Abandonó el aire de virtuosa frialdad que había querido dar a su acogida, para demostrar el más vivo interés, y un interés tanto mayor cuanto que a él se mezclaba la sorpresa producida por el repentino cambio que acababa de advertir. Los lugares comunes que suelen decirse por la mañana sobre la salud y la hermosura del día pronto se agotaron entre los dos al mismo tiempo. Julien, cuyo juicio no estaba ofuscado por la pasión, halló muy pronto la oportunidad de demostrar a la señora de Rénal que no se suponía en relaciones amistosas con ella; no le dijo nada del corto viaje que iba a emprender; la saludó y se fue.

Mientras le veía alejarse, aterrada por la expresión de orgullo sombrío que había leído en su mirada, tan amable la víspera, llegó corriendo su hijo mayor y, dándole un beso, le dijo:

-Tenemos vacaciones. El señor Julien se va de viaje.

Al oír estas palabras, la señora de Rénal sintió un frío de muerte; era desgraciada por su virtud, y aún más desgraciada por su flaqueza.

Aquel nuevo acontecimiento absorbió toda su imaginación, haciéndole olvidar las prudentes resoluciones que había adoptado durante la terrible noche pasada. Ya no se trataba de resistir a aquel amante tan amable, sino de perderle para siempre.

Tuvo que asistir al almuerzo. Para colmo de los males, el señor de Rénal y la señora Derville sólo hablaron de la marcha de Julien. El alcalde de Verrières había creído notar algo insólito en el tono lleno de firmeza con que éste le había pedido permiso.

-Indudablemente, este pequeño campesino tiene alguna proposición en el bolsillo. Pero sea de quien fuere, aunque se trate del propio Valenod, no debe estar muy animado ante la suma de seiscientos francos anuales que ha de costarle. Ayer en Verrières le habrán pedido un plazo de tres días para pensarlo, y esta mañana el señorito se va al monte para no verse obligado a darme una respuesta. ¡A lo que hemos llegado! ¡Tener que soportar a un miserable obrero que se las da de insolente!

«Puesto que mi marido, que ignora lo muy hondamente que ha ofendido a Julien, piensa que nos va a abandonar, ¿qué debo pensar yo? -se dijo la señora de Rénal-. ¡Ah, todo está decidido!»

Con objeto de poder, cuando menos, llorar a sus anchas y no contestar a las preguntas de la señora Derville, se quejó de una jaqueca horrible y se metió en la cama.

-Así son las mujeres -repitió el señor de Rénal-, máquinas complicadas que siempre tienen algo descompuesto.

Y se alejó con aire burlón.

Mientras la señora de Rénal era presa de los más crueles sutl'imientos que trae consigo la tremenda pasión de que el azar la había hecho víctima, Julien proseguía alegremente su camino a "aves de los más bellos paisajes que es posible encontrar en el escenario de aquellas montañas. Tenía que cruzar la gran cadena que se extiende al norte de Vergy. El sendero que seguía y que asciende lentamente por entre grandes bosques de hayas, forma innumerables zigzags en la ladera de la alta montaña, que dibuja al norte el valle del Doubs. Muy pronto la mirada del viajero, rebasando las suaves colinas que bordean el curso del Doubs por la parte del mediodía, divisó las fértiles llanuras de Borgoña y del Beaujolais. Por insensible que fuera el alma del ambicioso joven ante aquel género de belleza, no podía por menos de detenerse de vez en cuando para admirar un espectáculo tan vasto e imponente.

Por fin llegó a la cumbre de la alta montaña que tenía que trasponer para llegar, por un atajo, al valle solitario donde habitaba su amigo Fouqué, el joven tratante en maderas.

Julien no tenía la menor prisa por verle, ni a él ni a ningún otro ser humano. Oculto como un ave de rapiña entre las desnudas rocas que coronan aquella alta montaña, podía divisar desde muy lejos a cualquier persona que se acercara. En un corte casi vertical de uno de aquellos riscos descubrió una pequeña gruta. A ella dirigió sus pasos, y al cabo de muy poco tiempo se hallaba instalado en aquel refugio. «Aquí -se dijo con los ojos brillantes de alegría los hombres no podrían hacerme ningún daño.» Se le ocurrió la idea de entregarse al placer de escribir sus pensamientos, cosa tan peligrosa para él en cualquier parte. Una piedra cuadrada le sirvió de pupitre. Su pluma volaba; no veía nada de lo que había a su alrededor. Al fin se dio cuenta de que el sol empezaba a ponerse tras los lejanos montes de Beaujolais.

«¿Por qué no he de pasar la noche aquí? -se dijo-. Tengo pan y soy libre.» Al sonido de esta frase altisonante, su alma se llenó de exaltación; su hipocresía le impedía sentirse libre hasta en casa del propio Fouqué. Con la cabeza apoyada entre las manos, mirando la llanura embriagado por sus ensueños y por la dicha de sentirse libre, Julien permaneció dentro de la cueva en un estado de felicidad que no había experimentado jamás. Sin darse cuenta vio cómo se extinguían lentamente las luces del crepúsculo. En aquella oscuridad sin límites, dejaba volar libremente su fantasía, imaginando lo que algún día esperaba encontrar en París. Primero era una mujer mucho más hermosa y de un talento muy superior a todas las que había conocido en provincias. Amaba con pasión, era amado. Si se separaba de ella un solo instante, era para cubrirse de gloria y hacerse más digno de aquel amor.

Aun suponiéndole la misma imaginación que a Julien, cualquier otro joven educado en medio de las tristes realidades de la sociedad de París hubiera despertado muy pronto de tan novelescos ensueños al percibir su amarga ironía; habría olvidado su afán de realizar grandes hechos al pensar en la conocida máxima que dice: «Si dejas sola a tu amante, corres el riesgo de ser engañado dos o tres veces al día». Aquel joven campesino sólo veía entre él y las acciones más heroicas la falta de una oportunidad para realizarlas.

Pero una noche cerrada había sucedido al día y aún le quedaban dos leguas de camino para llegar a la aldea en que vivía Fouqué. Antes de salir de la gruta, Julien encendió fuego y quemó cuidadosamente todo lo que había escrito.

Su amigo se quedó muy sorprendido al oírle llamar a la una de la madrugada. Fouqué estaba haciendo sus cuentas. Era un hombre joven, alto, de no muy buena presencia, con grandes rasgos duros, una nariz enorme y una gran bondad oculta tras aquel aspecto poco atrayente.

-¿Has reñido con tu señor de Renal, que llegas tan de improviso?

Julien le contó, pero como debía, los sucesos de la víspera.

-Quédate conmigo -le dijo Fouqué-. Ya veo que conoces al señor de Renal, al señor Valenod, al subprefecto Maugiron y al padre Chélan; has comprendido perfectamente las sutilezas de carácter de estas gentes; estás en condiciones de tomar parte en las subastas. Sabes aritmética mejor que yo; puedes llevarme las cuentas. Yo gano mucho con mi negocio. La imposibilidad de hacerlo todo por mí mismo y el temor de que si tomo un socio Me resulte un sinvergüenza, me impiden todos los días realizar buenas operaciones. Hace escasamente un mes que he dado a ganar seis mil francos a

Michaud, el de Saint-Amand, a quien no veía desde hacía seis años y a quien encontré por casualidad en la venta de Pontarlier. ¿Por qué no habías de ser tú el que ganara esos seis mil francos, o cuando menos tres mil? Porque si aquel día hubieras estado conmigo, yo habría pujado en la subasta de aquella partida de madera y me la hubieran adjudicado. Asíciate conmigo.

Este ofrecimiento puso de mal humor a Julien, venía a distraerle de su locura. Durante toda la cena, que los dos amigos se prepararon como los héroes de Homero, pues Fouqué vivía solo, éste le enseñó sus cuentas a Julien y le demostró las ventajas de su negocio de maderas. Fouqué tenía el más alto concepto del talento y del carácter de Julien.

Cuando éste por fin estuvo a solas en su pequeño cuarto de tablas de abeto, se dijo: «Es evidente que aquí puedo ganar unos miles de francos y emprender luego con mayores ventajas la carrera militar o la eclesiástica, según la moda que impere en Francia en ese momento. El pequeño peculio que haya podido ahorrar solventará todas las pequeñas dificultades que puedan presentarse. Solo en estas montañas, tendré ocasión de disipar un tanto la vergonzosa ignorancia en que me encuentro respecto a la mayor parte de las cosas que ocupan a esos hombres de mundo. Pero Fouqué ha renunciado a casarse; me repite que la soledad le hace desgraciado, luego es evidente que si acepta un socio que no tiene dinero que invertir en su negocio es con la esperanza de procurarse un compañero que no le abandone jamás».

-¿Sería capaz de engañar a mi amigo? -exclamó Julien con mal humor. Aquel ser cuya habitual norma de conducta era la hipocresía y la absoluta carencia de buenos sentimientos, no pudo soportar en esta ocasión la idea de la menor falta de delicadeza respecto a un hombre que le quería.

Súbitamente, Julien se llenó de contento. Había encontrado un pretexto para no aceptar: «Perdería cobardemente siete u ocho años, llegaría a los veintiocho; pero a esa edad Bonaparte ya había realizado sus mayores proezas. Después de haber ganado oscuramente algún dinero con el corretaje de madera y de haber merecido el favor de unos cuantos granujas subalternos, ¿quién me asegura que conservaré todavía el fuego sagrado necesario para hacerme un hombre?».

Al día siguiente, por la mañana, Julien respondió con gran sangre fría al buen Fouqué -quien creía que la nueva sociedad era ya cosa hecha- que su vocación por el sagrado ministerio del altar no le permitía aceptar. Fouqué no podía salir de su asombro.

-¿Pero te das cuenta -le repetía- de que te asocio a mí o, si lo prefieres, que te doy cuatro mil francos al año? ¿Quieres volver a casa de ese señor de Rénal, que no te considera digno ni siquiera de limpiarle el polvo de los zapatos? ¿Quién te impide entrar en el seminario, una vez que tengas doscientos lises en el bolsillo? Te diré más: yo me encargo de procurarte la mejor parroquia. Porque -añadió Fouqué bajando la voz- yo sirvo la leña al padre..., al padre..., al padre... Les proveo de encina de roble de primera calidad, que me pagan como si fuera pino blanco, pero nunca he colocado mejor el dinero.

No pudo apartar a Julien de su vocación. Fouqué acabó por creerle un poco loco. El tercer día, muy de mañana, Julien se despidió de su amigo para pasar el día entre los riscos de la alta montaña. Volvió a la pequeña cueva que había descubierto, pero en ella no encontró ya la paz, los ofrecimientos de su amigo se la habían arrebatado. Al igual que Hércules, se encontraba, no entre el vicio y la virtud, sino entre la mediocridad seguida de

un bienestar seguro y los sueños heroicos de su juventud. «No tengo pues verdadera firmeza de carácter -se decía, y era ésta la duda que le causaba más dolor-. No soy de la madera de la que están tallados los grandes hombres, puesto que temo que ocho años empleados en ganarme el pan puedan quitarme la sublime energía que impulsa a realizar las grandes hazañas.»

Capítulo 13

Las medias caladas

*Un roman: c'est un miroir qu'on proméne
le long d'un chemin.¹⁵
SAINT - RÉAL*

Cuando Julien divisó las pintorescas ruinas de la antigua iglesia de Vergy, se dio cuenta de que desde la antevíspera no había pensado ni una sola vez en la señora de Rénal.

«El otro día, antes de marcharme, esta mujer me recordó la infinita distancia que nos separa; me trató como al hijo de un obrero. Sin duda quiso poner de manifiesto su arrepentimiento por haber dejado su mano entre las mías la noche anterior... ¡Bonita mano, por cierto! ¡Y qué encanto, qué nobleza, encierra la mirada de esa mujer!»

La posibilidad de hacer fortuna, si se decidía a ello, al lado de Fouqué prestaba cierta fluidez a los razonamientos de Julien; ya no se veían constantemente malogrados por la irritación y el vivo sentimiento de su pobreza y de su baja condición a los ojos del mundo. Lo mismo que si se hallase situado sobre una cima elevada, podía juzgar y dominaba, por decirlo así, la extremada pobreza y el bienestar que él seguía llamando riqueza. Se hallaba lejos de considerar su posición desde el punto de vista filosófico, pero tuvo el suficiente buen sentido como para sentirse diferente después de su excursión a la montaña.

Le impresionó la extrema turbación con que la señora de Rénal escuchó el breve relato del viaje que ella misma había solicitado.

Fouqué había tenido proyectos de matrimonio, y amores desgraciados; las conversaciones de ambos amigos habían versado sobre una serie de confidencias referentes a este tema. Después de haber creído encontrar la felicidad, algo precipitadamente, Fouqué se había dado cuenta de que no era él el único amado. Todos aquellos relatos habían asombrado a Julien: había aprendido muchas cosas nuevas. Su vida solitaria, poblada de imaginación y desconfianza, le había mantenido alejado de todo cuanto pudiera abrirle los ojos.

Durante su ausencia, la vida de la señora de Renal no había sido más que una serie de suplicios diversos, pero todos igualmente intolerables; estaba realmente enferma.

-Espero -le dijo la señora Derville cuando vio llegar a Julien, teniendo en cuenta tu indisposición, no se te ocurrirá salir al jardín esta noche; el aire húmedo te sentaría mal.

La señora Derville veía con sorpresa que su amiga, a quien el señor de Renal reprochaba siempre su excesiva sencillez en el vestir, acababa de ponerse unas medias caladas y unos preciosos zapatos recién llegados de París. Durante los últimos tres días, la única distracción de la señora de Renal había consistido en cortar un vestido de verano de una bonita tela que estaba muy de moda, y en hacer que Elisa se lo confeccionase con gran rapidez. A duras penas, el vestido quedó terminado momentos después de la llegada

¹⁵ «Una novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino.»

de Julien. La señora de Renal se lo puso inmediatamente. Su amiga no tuvo ya la menor duda. «¡Se ha enamorado, la infeliz!», se dijo la señora Derville. Y entonces comprendió todas las extrañas manifestaciones de su enfermedad.

La vio hablar con Julien. La palidez sucedía al más vivo rubor. La ansiedad se reflejaba en sus ojos, fijos en los del joven preceptor. La señora de Renal esperaba que de un momento a otro él se explicaría y aclararía si se iba o no de la casa. Pero a Julien no se le ocurrió abordar este tema, porque ni siquiera pensaba en ello. Tras intensa lucha interior, la señora de Renal se atrevió por fin a decirle, con voz temblorosa que reflejaba toda su pasión:

-¿Piensa usted abandonar a sus discípulos para aceptar otra colocación?

Julien quedó impresionado ante el tono de voz y la mirada de la señora de Rénal. «Esta mujer me ama -se dijo-, pero después de ese momento de pasajera flaqueza que su orgullo le reprocha, y una vez alejado el temor de que me marche, recobraré su altivez.» Aquel vislumbrar las posiciones respectivas fue para Julien cosa de un instante; enseguida respondió, como si vacilara:

-Sentiría mucho abandonar a unos niños tan amables y tan bien nacidos, pero quizá me vea obligado a ello. Uno tiene también deberes para consigo mismo.

Al pronunciar las palabras tan bien nacidos (se trataba de una de esas frases aristocráticas que Julien había aprendido recientemente) las impregnó de un profundo sentimiento de antipatía.

«A los ojos de esta mujer -se decía- yo no soy bien nacido.»

La señora de Rénal, al escucharle, admiraba su talento, su belleza; tenía el corazón destrozado por la perspectiva de la posible marcha que él le dejaba entrever. Todos sus amigos de Verrières que, durante la ausencia de Julien, habían ido a comer a Vergy, habían prodigado, a cuál más, sus alabanzas respecto al hombre asombroso que su marido había tenido la suerte de descubrir. Y no es que comprendieran los progresos de los niños. El mero hecho de saber de memoria la Biblia, y además en latín, había despertado en los habitantes de Verrières una admiración que podía durar hasta un siglo.

Como Julien no hablaba con nadie, ignoraba todo esto. Si la señora de Rénal hubiera tenido un átomo de sangre fría, le habría felicitado por la reputación adquirida, y Julien, una vez satisfecho su orgullo, habría sido afectuoso y amable para con ella, tanto más cuanto que el vestido nuevo le parecía encantador. La señora de Rénal, satisfecha también de su lindo vestido y de lo que Julien le decía de él, quiso dar una vuelta por el jardín; poco después, declaró que no se veía con ánimo de andar. Se había apoyado en el brazo del viajero, y su contacto, en vez de darle fuerzas, se las había quitado por completo.

Era de noche; apenas se hubieron sentado, Julien, usando de su antiguo privilegio, se atrevió a acercar los labios al brazo de su linda vecina y a cogerle la mano. Pensaba en la osadía de que Fouqué había dado prueba en el trato con sus amantes, y no en la señora de Renal; las palabras bien nacidos oprimían todavía su corazón. Notó una presión en la mano, pero este hecho no le produjo ningún placer. Lejos de sentirse orgulloso, o, por lo menos, agradecido por el sentimiento que la señora de Rénal traicionaba aquella noche con pruebas tan evidentes, la elegancia, la belleza y la lozanía le encontraban casi insensible. La pureza de alma y la ausencia de todo sentimiento de odio prolongan, sin duda, la duración de la juventud. La fisonomía es lo primero que envejece en la mayor parte de las mujeres bonitas.

Julien se mantuvo huraño durante toda la velada; hasta entonces sólo se había enfurecido contra lo aleatorio del destino y contra la sociedad; desde que Fouqué le ofreció un medio innoble para procurarse el bienestar, sentía indignación contra sí mismo. Absorto en sus pensamientos, aunque de vez en cuando dirigiera alguna palabra a aquellas damas, Julien, sin darse cuenta, acabó por soltar la mano de la señora de Rénal. Esta acción trastornó el alma de aquella pobre mujer; vio en ella la revelación de su destino.

De haber estado segura del cariño de Julien, posiblemente su virtud habría encontrado la fuerza suficiente para resistirle. Temblorosa ante el temor de perderle para siempre, su pasión la extravió hasta el punto de llevarla a apoderarse de nuevo de la mano de Julien, quien distraídamente la había dejado apoyada en el respaldo de una silla. Este movimiento despertó a aquel joven ambicioso: hubiera deseado tener por testigos a todos aquellos nobles tan altivos que, en la mesa, cuando él se hallaba sentado en un extremo, junto a los niños, le miraban esbozando una sonrisa de condescendiente protección. «Esta mujer ya no puede despreciarme -se dijo-; en este caso, tengo que ser sensible a su belleza: ¡estoy obligado a ser su amante!» Semejante idea no se le hubiera ocurrido antes de las inocentes confianzas de su amigo.

La súbita resolución que acababa de adoptar le proporcionó una distracción agradable. Se decía: «Es preciso que una de estas dos mujeres sea mía». Se dio cuenta de que hubiera preferido

cortejar a la señora Derville, no porque fuese más agradable, sino porque sólo le había conocido como preceptor respetado por su saber y no como obrero de la serrería, con su chaqueta de ratina bajo el brazo, tal como se había presentado ante la señora de Renal.

Y precisamente así, como un joven obrero, sonrojado hasta el blanco de los ojos, parado ante la puerta de su casa sin atreverse a llamar, es como más le gustaba imaginárselo a la señora de Rénal.

Esta mujer, que los burgueses de la comarca consideraban altiva, pensaba rara vez en la posición social y en su espíritu tenía más valor una certidumbre, por pequeña que fuese, que la promesa de carácter avalada por la estirpe de un hombre. Un carretero que hubiese demostrado su coraje era para ella más valiente que un temible capitán de húsares con su bigote y su pipa. Creía que el alma de Julien era más noble que la de todos sus primos, todos ellos caballeros de raza e, incluso, con título de nobleza.

Continuando el análisis de su situación, Julien vio que no había que pensar en la conquista de la señora Derville, quien probablemente se daba cuenta de la predilección que la señora de Rénal mostraba por él. Obligado a volver a ésta, Julien se decía: «¿Qué conozco del carácter de esta mujer? Sólo esto: antes de mi viaje le cogía la mano y ella la retiraba; ahora, retiro la mía y ella la coge y la estrecha. ¡Bonita ocasión para devolverle todo el desprecio que me ha demostrado! ¡Sabe Dios cuántos amantes habrá tenido! Quizá se decide a mi favor únicamente por lo fácil que será vernos».

¡Tales son, por desgracia, los inconvenientes de un exceso de civilización! A los veinte años, el alma de un joven medianamente instruido está a mil leguas de distancia de aquel abandono sin el cual el amor se convierte en el más fastidioso de los deberes.

<<Me interesa tanto más conquistar a esta mujer -continuó diciendo la mezquina vanidad de Julien- cuanto que, si algún día hago fortuna y alguien me reprocha mi modesto empleo de preceptor, podré dar a entender que el amor me indujo a aceptar este

cargo.» Julien separó de nuevo su mano de la de la señora de Renal, después volvió a cogerla, apretándosela. Al entrar en el salón, hacia medianoche, ella le dijo a media voz:

-¿Se marchará usted? ¿Nos dejará?

Julien contestó suspirando:

-Es preciso que me vaya, pues la amo a usted con pasión y esto es un pecado... ¡Y qué pecado para un joven sacerdote!

La noche que pasaron aquellos dos seres fue bien distinta. La señora de Renal estaba exaltada por los transportes de la más elevada voluptuosidad moral. Una joven coqueta, que empieza a amar muy temprano, se habitúa a la turbación del amor; cuando llega a la edad de la pasión verdadera, ésta ya no tiene para ella el encanto de la novedad. Como la señora de Renal nunca había leído novelas, todos los matices de su dicha eran nuevos para ella. Ninguna amarga realidad, ni siquiera el espectro del porvenir, venía a ensombrecerla. Creía que dentro de diez años sería tan feliz como en aquel momento. Incluso la idea de la virtud y de la felicidad jurada al señor de Renal, que días atrás la había inquietado, compareció en vano y fue rechazada como un huésped inoportuno.

«Jamás concederé a Julien el menor favor -se dijo la señora de Renal-. Viviremos siempre como vivimos desde hace un mes. Será un amigo.»

Capítulo 14

Las tijeras inglesas

*Une jeune filie de seize
ans avait un teint de rose,
et elle mettait du rouge.¹⁶*
POLIDORI

El ofrecimiento de Fouqué había arrebatado a Julien toda su dicha; no podía decidirse a nada.

«Con esta falta de carácter -se dijo- hubiera sido un mal soldado de Napoleón. Menos mal -añadió- que mi pequeña intriga con la dueña de la casa me distraerá un poco.»

Afortunadamente para él, incluso en este pequeño incidente secundario, el fondo de su alma no respondía en modo alguno a su desenvuelto lenguaje. Tenía miedo de la señora de Renal a causa de su vestido tan bonito. Aquel vestido era a sus ojos como la vanguardia de París. Su orgullo no quiso dejar nada al azar y a la inspiración del momento. Con arreglo a las confidencias de Fouqué y lo poco que había leído sobre el amor en la Biblia, se trazó un minucioso plan de campaña. Y como, aunque no quería confesárselo, estaba profundamente turbado, puso su plan por escrito.

Al día siguiente, por la mañana, la señora de Rénal se quedó un momento a solas con él en el salón.

-¿No tiene usted más nombre que el de Julien? -le dijo.

Nuestro héroe no supo qué responder a aquella pregunta tan halagadora. Era una circunstancia que su plan no había previsto. Sin esta tontería de trazarse un plan, el agudo ingenio de Julien le hubiese servido en aquella ocasión, la sorpresa no hubiese hecho más que acrecentar la vivacidad de sus ideas.

Estuvo torpe y se exageró a sí mismo su torpeza. La señora de Renal se la perdonó enseguida. Vio en ella el efecto de una encantadora ingenuidad. Y precisamente lo que siempre había echado de menos en aquel hombre, al que todos reconocían tanto talento, era un cierto aire de ingenuidad.

-Este pequeño preceptor tuyo no me inspira la menor confianza -le decía a veces la señora Derville-. Encuentro que tiene siempre el aspecto de estar maquinando algo y de obrar sólo por cálculo. Es un zorro.

Julien se sintió profundamente humillado por su torpeza al no haber sabido qué contestar a la señora de Renal.

«Un hombre como yo debe enmendar este fracaso», se dijo, y aprovechando el momento en que pasaban de una habitación a otra, creyóse obligado a darle un beso a la señora de Renal.

Nada más inoportuno, menos agradable y más imprudente para los dos. Estuvieron a punto de que les vieran. La señora de Renal le creyó loco. Se quedó aterrada y, sobre todo, desagradablemente sorprendida. Aquella necedad le recordó al señor

¹⁶ Una muchacha de dieciséis años tenía una tez de rosa y se ponía colorete.» Polidori era el médico de lord Byron, a quien Stendhal conoció en Milán, en octubre de 1816.

Valenod.

«¿Qué me ocurriría -se dijo- si estuviera a solas con él?» Y al eclipsarse el amor, reapareció toda su virtud.

Se las arregló de manera que uno de sus hijos estuviese siempre a su lado.

Aquel día resultó fastidioso para Julien, que lo pasó por entero tratando torpemente de poner en práctica su plan de seducción. No miró ni una sola vez a la señora de Renal sin que su mirada no tuviera una intención deliberada; no era tan necio, sin embargo, para no darse cuenta de que no conseguía ser amable, y mucho menos seductor.

La señora de Rénal no salía de su asombro al verle tan torpe y al propio tiempo tan atrevido. «¡Es la timidez del amor en un hombre de talento! -se dijo por fin con inefable alegría-. ¿Será posible que no haya sido nunca amado por mi rival?»

Después del almuerzo, la señora de Rénal volvió al salón para recibir la visita del señor Charcot de Maugiron, el subprefecto de Bray. Trabajaba en un bastidor de tapicería muy alto. La señora Derville estaba a su lado. En esta situación y a plena luz, nuestro héroe creyó conveniente adelantar un pie y pisar el de la señora de Rénal, cuyas medias caladas y bonitos zapatos de París atraían evidentemente las miradas del galante subprefecto.

La señora de Rénal sintió un miedo horrible; dejó caer las tijeras, el ovillo de lana, las agujas, y el movimiento de Julien pudo pasar por un gesto de torpeza al querer evitar la caída de las tijeras cuando vio que resbalaban. Afortunadamente, éstas, que eran de acero inglés, se rompieron, y la señora de Rénal se extendió en infinitas lamentaciones por el hecho de que Julien no hubiese estado más cerca de ella.

-Usted se ha dado cuenta antes que yo de que se caían y hubiera podido evitarlo. En cambio, su solicitud no ha servido más que para darme un gran pisotón.

Todo esto engañó al subprefecto, pero no a la señora Derville. «¡Este niño bonito se está portando como un perfecto estúpido!», pensó; el *savoir-vivre* de una ciudad provinciana no perdona esta clase de faltas. La señora de Rénal encontró la oportunidad de decirle a Julien:

-Sea usted prudente, se lo ordeno.

Julien se había puesto de mal humor al darse cuenta de su torpeza.

Durante largo rato se estuvo preguntando a sí mismo si tenía que enfadarse por la frase se lo ordeno. Fue lo bastante estúpido como para pensar: «Podría decirme se lo ordeno, si se tratase de algo referente a la educación de los niños; pero responder a mi amor supone la igualdad. No se puede amar sin igualdad...», y todo su talento no le sirvió más que para hacerse una serie de consideraciones llenas de lugares comunes sobre la igualdad. Se repetía con rabia un verso de Corneille que la señora Derville le había enseñado unos días antes:

L'amour

Fait les égalités el ne les cherche pas.¹⁷

Julien se obstinaba en representar el papel de Don Juan; él, que en su vida había tenido una amante, se portó durante todo el día como un perfecto estúpido. Sólo tuvo una idea feliz: harto de sí mismo y de la señora de Rénal, vio con horror que se acercaba el momento en que, al caer la noche, tendría que sentarse a su lado en la oscuridad del

¹⁷ «El amor hace las igualdades y no las busca..

jardín. Le dijo al señor de Rénal que se iba a Verrières, a ver al párroco; se marchó después de comer y no volvió hasta la noche.

En Verrières, Julien encontró al padre Chélan ocupado en levantar la casa; por fin había sido destituido y le reemplazaba el vicario Maslon. Julien ayudó al buen sacerdote y se le ocurrió escribir a Fouqué diciéndole que la irresistible vocación que sentía por el sagrado ministerio le había impedido, en principio, aceptar sus generosos ofrecimientos, pero que acababa de presenciar un caso de injusticia tan flagrante que quizá sería más beneficioso para su salvación no ingresar en las sagradas órdenes.

Julien quedó muy satisfecho de la habilidad con que había sabido sacar partido de la destitución del párroco de Verrières, y dejar una puerta abierta para dedicarse a los negocios si en su espíritu la triste prudencia acababa por vencer al heroísmo.

Capítulo 15

El canto del gallo

*Amour en latin faict amor;
Or done provient d'amour la mort,
Et, par avant, soulcy qui mord,
Deuil, plours, piéges, forfaitz, remords...*¹⁸
BLASON D'AMOUR

Si Julien hubiese sido tan listo como tan infundadamente se creía, al día siguiente se hubiera vanagloriado del efecto producido por su viaje a Verrières. Su ausencia había hecho olvidar sus torpezas. Durante todo el día estuvo aún bastante huraño; por la noche se le ocurrió una idea absurda y se la comunicó a la señora de Rénal con extraña osadía.

Apenas estuvieron sentados en el jardín, sin esperar a que hubiera la oscuridad suficiente, Julien acercó sus labios a la oreja de la señora de Rénal y, con riesgo de comprometerla terriblemente, le dijo:

-Señora, esta noche, a las dos, iré a su cuarto, tengo que hablarle.

Julien temía que su petición fuese aceptada; su papel de seductor le pesaba tan horriblemente que de buena gana se hubiese retirado a su cuarto durante varios días para no ver más a aquellas damas. Comprendía que con su estudiada conducta de la víspera había echado a perder todas las hermosas perspectivas del día anterior, y no sabía realmente a qué santo encomendarse.

La señora de Rénal respondió con verdadera indignación, en modo alguno exagerada, a la impertinente proposición que Julien se había atrevido a hacerle. A él le pareció advertir un tono de desprecio en su breve respuesta. Sin duda alguna, en aquella respuesta, dicha en voz muy baja, apareció la frase: quita allá. Con la excusa de decir algo a los niños, Julien se fue a su cuarto y al volver se sentó al lado de la señora Derville y muy lejos de la señora de Renal. De este modo eliminó toda posibilidad de cogerle la mano. La conversación fue seria y Julien salió muy airoso de ella, salvo algunos momentos de silencio empleados en devanarse los sesos: «¿Qué intriga podría yo inventar -se decía para obligar a la señora de Rénal a devolverme las inequívocas muestras de cariño que hace tres días me habían hecho creer que era mía?».

Julien estaba completamente desconcertado ante el giro casi desesperado a que había llevado sus asuntos. Y, sin embargo, nada le hubiese azorado más que el éxito.

Al separarse a medianoche, su pesimismo le hizo creer que había merecido el desprecio de la señora Derville y que no gozaba de mejor suerte con la señora de Renal.

De muy mal humor y sumamente humillado, Julien no pudo dormir. Nada más lejos de él que la idea de renunciar a todas sus simulaciones, a todos sus proyectos, y de vivir al día junto a la señora de Rénal, contento como un niño de la felicidad que podía depararle cada nuevo día.

Se devanaba los sesos imaginando las más ingeniosas intrigas; al cabo de un

¹⁸ Amor en latín se llama amor. / Así, pues, del amor procede la muerte, / y antes de ella, la inquietud que muerde, / duelo, llanto, asechanzas, crímenes, remordimiento...

momento le parecían absurdas; en una palabra, era muy desgraciado cuando dieron las dos en el reloj del castillo.

Aquel ruido le despertó, como el canto del gallo despertó a san Pedro. Vio que había llegado el momento de realizar lo más difícil. No había vuelto a pensar en su impertinente proposición, desde el momento en que la había hecho; ¡la verdad es que no podía haber sido peor recibida!

«Le dije que iría a su alcoba a las dos -se dijo levantándose-; puedo ser inexperto y grosero, como corresponde al hijo de un campesino, según me ha dado a entender en más de una ocasión la señora Derville, pero por lo menos no seré débil.»

Julien tenía motivos para enorgullecerse de su valor, nunca se había impuesto una obligación más penosa. Al abrir la puerta temblaba de tal modo que se le doblaron las rodillas, y tuvo que apoyarse en la pared.

Iba descalzo. Se acercó a escuchar a la puerta del señor de Renal y pudo oír claramente sus ronquidos. Quedó desolado. Ya no cabía pretexto alguno para dejar de ir a la alcoba de ella. Pero, ¡Dios mío! ¿Qué iba a hacer allí? No llevaba ningún propósito determinado y, aunque lo hubiese llevado, estaba tan turbado que sería completamente incapaz de ponerlo en práctica.

Por fin, sufriendo mil veces más que si caminase hacia el cadalso, entró en el corto pasillo que llevaba a la habitación de la señora de Rénal. Abrió la puerta con mano temblorosa y haciendo un ruido espantoso.

Había luz; una lamparilla ardía bajo la chimenea; no esperaba este nuevo contratiempo. Al verlo entrar, la señora de Rénal se tiró de la cama al momento.

-¡Desgraciado! -exclamó.

Hubo un momento de desconcierto. Julien olvidó sus vanos propósitos y asumió su verdadero papel; no agradarle a una mujer tan encantadora le pareció la mayor de las desgracias. Sólo respondió a sus reproches echándose a sus pies y abrazándose a sus rodillas. Y como ella le hablaba con extremada dureza, rompió a llorar.

Unas horas después, cuando Julien salió del cuarto de la señora de Rénal, podía decirse, al estilo de las novelas, que no le quedaba nada que desear. En efecto, debía al amor que había inspirado y a la impresión inesperada que le habían producido los más seductores encantos, una victoria que nunca le hubiesen proporcionado sus torpes ardidés.

Pero aun en los momentos más dulces, víctima de un extraño orgullo y pretendió representar el papel de un hombre acostumbrado a conquistar a las mujeres: hizo increíbles derroches de atención por malograr lo que en él había de agradable. En vez de preocuparse de los arrebatos de ternura que despertaba y de los remordimientos que demostraban su intensidad, la idea del deber no se apartó ni un solo instante de su pensamiento. Temía incurrir en un horroroso remordimiento y quedar para siempre en ridículo, si se apartaba de la norma de conducta ideal que se había trazado previamente. En una palabra, lo que hacía de Julien un hombre superior fue precisamente lo que le impidió gozar plenamente de la dicha que se le ofrecía. Era como una muchacha de dieciséis años, cuyas mejillas tienen los más hermosos colores, y que comete la locura de darse colorete para ir al baile.

Aterrada por la aparición de Julien, la señora de Rénal fue presa muy pronto de la más cruel inquietud. Las lágrimas y la desesperación de Julien la turbaban profundamente.

Incluso cuando ya no tenía nada que negarle, le rechazaba lejos de sí, realmente indignada, y luego volvía a echarse en sus brazos. Su conducta no obedecía a ningún propósito determinado. Se creía condenada sin remisión, e intentaba apartar de su mente la imagen del infierno, colmando de las más vivas caricias a Julien. En una palabra, nada le habría faltado a la felicidad de nuestro héroe, ni siquiera una sensibilidad ardiente en la mujer que acababa de entregársele, si hubiese sabido gozar de ella. La marcha de Julien no interrumpió los apasionados arrebatos que la agitaban a pesar suyo, ni su íntimo combate con los remordimientos que destrozaban su alma.

«¡Dios mío! Ser feliz, ser amado, ¿no es más que esto?»

Tal fue el primer pensamiento de Julien al entrar en su cuarto. Se hallaba sumido en aquel estado de estupor y de inquieta turbación en que cae el alma cuando acaba de lograr lo que tanto tiempo ha deseado. Tiene el hábito de desear, no tiene ya nada que desear y, sin embargo, todavía no tiene recuerdos. Al igual que el soldado al volver del desfile, Julien repasó cuidadosamente todos los detalles de su conducta. «¿He estado a la altura de lo que me debo a mí mismo? ¿Habré representado bien mi papel?»

¿Y qué papel? El de un hombre acostumbrado a deslumbrar a las mujeres.

Capítulo 16

Al día siguiente

*He turn'd his lip to hers, and with his hand
Call'd back the tangles of her wandering hair.¹⁹*
BYRON

Afortunadamente para la gloria de Julien, la señora de Rénal estaba demasiado sorprendida y demasiado agitada para darse cuenta de la necedad de aquel hombre que en un momento había pasado a serlo todo para ella.

Al apuntar el día le rogaba que se fuese de su cuarto diciendo:

-¡Dios mío! 'Si mi marido ha oído ruido, estoy perdida.

Julien, que tenía tiempo para hacer frases, se acordó de ésta:

-¿Sentiría usted morir?

-¡En este momento, muchísimo! Pero no sentiría haberle conocido.

Julien consideró cuestión de amor propio retirarse deliberadamente cuando ya era de día y hacerlo con imprudencia.

La continua atención con que calculaba todos sus actos, con la descabellada idea de parecer un hombre de mucha experiencia, sólo tuvo una ventaja; cuando volvió a ver a la señora de Rénal a la hora del almuerzo, su conducta fue un modelo de prudencia.

Ella, en cambio, no podía mirarle sin enrojecer hasta el blanco de los ojos, y no podía pasar un minuto sin mirarle; se daba cuenta de su turbación y hacía los mayores esfuerzos por ocultarla. Julien levantó sólo una vez los ojos hacia ella. Al principio la señora de Rénal admiró su prudencia. Muy pronto, al ver que aquella única mirada no se repetía, sintió la más viva inquietud. «¿Será que ya no me ama? -se dijo-. ¡Soy muy vieja para él!, ¡tengo diez años más que él!»

Al pasar del comedor al jardín, estrechó la mano a Julien. En medio de la sorpresa que le causó una prueba de amor tan notoria, él la miró con pasión. Pues durante el almuerzo la había encontrado muy bonita y, a pesar de tener los ojos bajos, se había pasado todo el rato recordando todos sus encantos. Aquella mirada consoló a la señora de Rénal; no desvaneció totalmente su inquietud; pero esta inquietud le impedía casi por completo sentir remordimientos por su marido.

Durante el almuerzo, el marido no se dio cuenta de nada. No le ocurrió lo mismo a la señora Derville, quien supuso a la señora de Rénal a punto de caer. Durante todo el día, con la cruda franqueza de una sincera e incisiva amistad, procuró con toda clase de alusiones y frases veladas pintarle, con los más horribles colores, el peligro que corría.

La señora de Rénal ardía en deseos de estar a solas con Julien; quería preguntarle si aún la quería. A pesar de la dulzura inalterable de su carácter, varias veces estuvo a punto de dar a entender a su amiga que pecaba de inoportuna.

Por la noche, en el jardín, la señora Derville arregló las cosas de tal modo que al

¹⁹ Dirigió sus labios a los suyos, y con la mano / apartó la maraña de su ondulante cabellera.. Don Juan, 1, 170.

sentarse se puso entre Julien y la señora de Rénal. Ésta, que estaba esperando con delicia el placer de estrechar la mano a Julien y de llevarla a sus labios, no pudo ni siquiera decirle una sola palabra.

Este contratiempo aumentó su agitación. La atormentaba un remordimiento. Había reñido tanto a Julien por su imprudencia al ir a su cuarto la noche anterior, que tenía miedo de que aquella noche no volviera. Abandonó temprano el jardín y se retiró a su cuarto. Pero, incapaz de reprimir su impaciencia, fue a escuchar junto a la puerta de Julien. A pesar de la incertidumbre y de la pasión que la devoraban, no se atrevió a entrar. Aquella acción le hubiera parecido la mayor de las bajezas, pues sirve de tema a un dicho de provincias.

Aún no se habían acostado todos los criados. La prudencia la obligó al fin a volver a su alcoba. Dos horas de espera fueron para ella dos siglos de tormento.

Pero Julien era demasiado fiel a lo que él consideraba el deber como para no ejecutar punto por punto el plan preconcebido.

Al dar la una, salió sigilosamente de su cuarto, se aseguró de que el dueño de la casa estaba profundamente dormido y entró en la habitación de la señora de Rénal. Esta vez fue más feliz al lado de su amiga, pues no estuvo pensando todo el rato en el papel que quería representar. Tuvo ojos para ver y oídos para escuchar. Lo que la señora de Rénal le dijo de su edad contribuyó a darle cierta seguridad en sí mismo.

-¡Ay, tengo diez años más que usted! ¿Cómo puede usted amarme? -le repetía, sin la menor coquetería, y porque esta idea la obsesionaba.

Julien no concebía aquella preocupación, pero se dio cuenta de que la sentía realmente y olvidó casi todo su miedo al ridículo.

También -desapareció de su mente la estúpida idea de ser considerado como un amante subalterno a causa de su oscuro nacimiento. A medida que las apasionadas muestras de cariño de Julien tranquilizaban a su tímida amante, ésta volvió a ser feliz y con ello a ser capaz de juzgar a su amante. Afortunadamente, aquel día apenas adoptó aquel aire fingido que había hecho de la cita de la víspera una victoria, pero no un placer. Si ella se hubiese dado cuenta de su empeño en representar un papel, su felicidad habría desaparecido para siempre ante un descubrimiento tan lamentable. Lo hubiera considerado como una triste consecuencia de la diferencia de edad.

Aunque la señora de Rénal no hubiera pensado nunca en las teorías del amor, la diferencia de edad es, después de la de fortuna, uno de los grandes lugares comunes de los chistes provincianos, siempre que se debaten cuestiones de amor.

A los pocos días, Julien, arrastrado por el ardor de su edad, estaba perdidamente enamorado.

«Hay que reconocer -se decía a sí mismo- que es buena como ángel y que no puede ser más bonita.»

Había olvidado casi por completo la idea de que tenía que representar un papel. En un momento de abandono, le confesó todas sus inquietudes. Esta confidencia aumentó hasta el paroxismo la pasión que había inspirado. «No he tenido ninguna rival afortunada», se decía la señora de Rénal con delicia. Se atrevió a interrogarle acerca del retrato por el que había demostrado tanto interés; Julien le juró que se trataba del retrato de un hombre.

Cuando la señora de Rénal conservaba la suficiente sangre fría para reflexionar, no salía de su asombro al pensar que podía existir una felicidad tan grande, sin que ella lo

hubiese siquiera sospechado.

«¡Ah -se decía-, si hubiese conocido a Julien hace diez años, cuando todavía podía pasar por bonita!»

Julien estaba muy lejos de pensar semejante cosa. Su amor no era todavía más que ambición: era la alegría de poseer, él, un pobre infeliz despreciado por todos, una mujer tan noble y tan bella. Sus actos de adoración, sus arrebatos al contemplar los encantos de su amiga, acabaron por tranquilizarla un poco respecto a la diferencia de edad. De haber tenido una pequeña parte de la experiencia que toda mujer de treinta años hace tiempo que posee en otros sitios más civilizados, hubiera temblado por la duración de un amor que sólo parecía vivir de la sorpresa y de la satisfacción del amor propio.

En estos momentos en que se olvidaba de su ambición, Julien admiraba con arrobos hasta los sombreros y los vestidos de la señora de Rénal. No se saciaba jamás del placer de aspirar su perfume. Abría su armario ropero y se pasaba horas enteras admirando la belleza de todo lo que contenía. Su amiga, apoyada en él, le miraba; él contemplaba aquellas alhajas, aquellas ropas que, en víspera del matrimonio, componen la canastilla de una novia.

«¡Hubiera podido casarme con un hombre como éste! -pensaba a veces la señora de Rénal-. ¡Qué alma de fuego! ¡Qué deliciosa podría ser la vida con él!»

En cuanto a Julien, nunca se había encontrado tan cerca de esos terribles instrumentos de la ar-tillería femenina. «Es imposible -se decía- que en París se encuentre nada más bello.» En estos momentos no encontraba ninguna objeción que oponer a su felicidad. A menudo la sincera admiración y los arrebatos de su amante le hacían olvidar la vana teoría que le hiciera tan mesurado y casi ridículo en los primeros días de sus relaciones. Hubo momentos en que, a pesar de sus hábitos de hipocresía, sentía una extrema dulzura en confesar a aquella gran dama, que le admiraba, su ignorancia respecto a multitud de pequeños detalles. El rango de su amante parecía elevarle por encima de sí mismo. La señora de Rénal, por su parte, sentía la más dulce voluptuosidad moral en instruir de aquel modo, en un cúmulo de pequeñas cosas, a aquel joven tan lleno de talento de quien todo el mundo decía que había de llegar muy lejos. Ni siquiera el subprefecto ni el señor Valenod podían dejar de admirarle, razón por la cual le parecían menos estúpidos. En cuanto a la señora Derville, estaba muy lejos de participar de los mismos sentimientos. Desesperada ante lo que creía adivinar y viendo que los consejos prudentes le resultaban odiosos a una mujer que había perdido literalmente la cabeza, se marchó de Vergy sin dar explicación alguna, que por otra parte nadie le pidió. La señora de Rénal derramó algunas lágrimas, y muy pronto se sintió doblemente feliz. Gracias a aquella partida, se encontraba casi todo el día a solas con su amante.

Julien se entregaba tanto más a la dulce compañía de su amiga, por cuanto siempre que estaba demasiado rato a solas consigo mismo volvía a inquietarle la fatal proposición de Fouqué. En los Primeros días de aquella nueva vida, hubo momentos en que él, que nunca había amado y a quien nadie había amado jamás, encontraba un placer tan delicioso en ser sincero, que varias veces estuvo a punto de confesar a la señora de Rénal la ambición que hasta entonces había constituido la misma razón de ser de su existencia. Hubiera querido poder consultarla respecto a la extraña tentación que representaba para él la propuesta de Fouqué, pero un suceso insignificante le impidió franquearse con ella.

Capítulo 17

El teniente de alcalde

*O, how this spring of love resembleth
The uncertain glory of an April day;
Which now shows all the beauty of the sun,
And by and by a cloud takes all away!*²⁰
SHAKESPEARE

Una tarde, a la puesta del sol, sentado junto a su amiga, lejos de los importunos, en el fondo de la huerta, soñaba profundamente. «¿Durarán siempre estos instantes tan dulces?», pensaba. En su alma no cabía más preocupación que la dificultad de crearse un porvenir, y-deploraba la gran desgracia que trunca la infancia y malogra los primeros años de la juventud pobre.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Napoleón era sin duda el hombre enviado por Dios para los jóvenes franceses! ¿Quién le reemplazará? ¿Qué harán sin él los desgraciados, aunque sean más ricos que yo, que tienen los escudos necesarios para procurarse una buena educación, pero que no poseen dinero suficiente para comprar un sustituto a los veinte años y hacer una brillante carrera? Hágase lo que se haga -añadió, suspirando profundamente-, este recuerdo fatal siempre nos impedirá ser felices.

De repente vio que la señora de Renal fruncía el ceño y adoptaba un aire frío y desdenoso; aquella manera de pensar le parecía propia de un criado. Educada en la idea de que era muy rica, le parecía cosa convenida que Julien también lo era. Le amaba mil veces más que a su vida, y lo hubiese amado incluso de ser ingrato y desleal, y no se preocupaba en absoluto del dinero.

Julien estaba muy lejos de adivinar aquellas ideas. Aquel fruncimiento de cejas le volvió a la realidad. Tuvo bastante presencia de ánimo para corregir su frase y dar a entender a la noble dama que estaba sentada tan cerca de él, sobre el banco de césped, que las palabras que acababa de decir las había oído durante su viaje, en casa de su amigo el tratante de maderas. Era el razonamiento de los impíos.

-Bueno, pues no vuelva usted a mezclarse con esa clase de gente -dijo la señora de Rénal, todavía con aquel aire glacial que había sucedido repentinamente a la expresión de una profunda ternura.

Aquel fruncimiento de cejas, o más bien el remordimiento por su imprudencia, fue el primer golpe que recibiera la ilusión que embargaba a Julien. Se dijo: «Es buena y dulce, le gusto extraordinariamente, pero he sido educado en el campo enemigo. Forzosamente han de temer, por encima de todo, a esta clase de hombres de corazón que, después de haber recibido una buena educación, no tienen bastante dinero para emprender una carrera. ¿Qué sería de estos nobles si nos fuese posible luchar con las mismas armas! ¡Yo, por ejemplo, alcalde de Verrières, bien intencionado, y honrado como lo es en el fondo el señor de Rénal! ¡Qué tardaría en desenmascarar al vicario y al

²⁰ Oh, cómo se parece este amor naciente / a la incierta gloria de un día de abril, / cuando el sol muestra toda su belleza, / y de pronto una nube lo oscurece todo!. Los dos hidalgos de Verona.

señor Valenod con todas sus bribonadas! ¡Cómo triunfaría la justicia en Verrières! Y desde luego no sería su talento el que iba a impedírmelo. Siempre andan a tientas».

Aquel día la felicidad de Julien estuvo a punto de ser duradera. Lo que le faltó a nuestro héroe fue la osadía de ser sincero. Debió tener el valor de dar la batalla; pero allí mismo, sobre el propio terreno; la señora de Rénal se había asombrado de la frase de Julien, porque en su esfera social la gente repetía constantemente que la vuelta de Robespierre sería posible gracias a todos aquellos jóvenes de las clases inferiores demasiado bien educados. El aire de frialdad de la señora de Rénal duró bastante tiempo y a Julien le pareció marcado.

El temor de haberle dicho directamente una cosa desagradable, sucedió en ella a su repugnancia por aquella frase intempestiva. Este temor se reflejó vivamente en sus rasgos, tan ingenuos y tan puros cuando era feliz y estaba lejos de los sucesos importunos.

Julien no se atrevió a continuar soñando despierto. Más tranquilo y menos enamorado, consideró imprudente ir a ver a la señora de Rénal a su cuarto. Valía más que ella fuese al suyo, pues, si un criado la sorprendía corriendo por la casa, podía justificar su presencia con veinte pretextos distintos.

Pero aquel arreglo también tenía sus inconvenientes. Fouqué había enviado a Julien algunos libros que él, estudiante de teología, no hubiera podido pedir a un librero. No se atrevía a abrirlos más que por la noche. A menudo hubiera preferido no verse interrumpido por una visita cuya espera, la víspera misma de la pequeña escena de la huerta, le hubiese impedido dedicarse a la lectura.

A la señora de Rénal debía el comprender los libros de un modo completamente nuevo. Se había atrevido a preguntarle una multitud de pequeñas cosas, cuya ignorancia es un obstáculo para la inteligencia de un joven nacido fuera de la buena sociedad, por mucho talento natural que se le atribuya.

Esta educación del amor, recibida de una mujer a su vez ignorante en extremo, fue una suerte. Julien llegó directamente a ver la sociedad tal y como es actualmente. Su imaginación no se vio ofuscada por el relato de lo que fue en otras épocas, hace dos mil años, o sesenta solamente, en tiempos de Voltaire y de Luis XV. Con gran alegría por su parte, de sus ojos cayó un velo, y por fin comprendió las cosas que pasaban en Verrières.

En el primer plano aparecieron las complicadas intrigas urdidas, desde dos años atrás, en torno al prefecto de Besancon. Se apoyaban en cartas llegadas de París y escritas por las personalidades más ilustres. Se trataba de que el señor de Moirod, el hombre más devoto del país, fuera el primer teniente de alcalde de Verrières y no el segundo.

Le hacía la competencia un fabricante muy rico, al cual había que relegar a toda costa al puesto de segundo teniente de al calde.

Julien comprendió por fin las medias palabras que había recogido al azar, cuando la alta sociedad del país iba a comer a casa del señor de Rénal. Esta sociedad privilegiada estaba profundamente preocupada porque la elección de primer teniente de alcalde recayera sobre aquel personaje, mientras que el resto de la población, sobre todo los liberales, ni siquiera sospechaban que fuera posible. Lo importante del asunto era que, como todo el mundo sabe, el lado oriental de la calle mayor de Verrières tiene que ensancharse más de nueve pies, pues esta calle se ha convertido en camino real.

Ahora bien, si el señor de Moirod, que tenía tres casas a las que alcanzaba el ensanche, conseguía el puesto de primer teniente de alcalde, y después el de alcalde, en el

caso de que el señor de Rénal fuese elegido diputado, cerraría los ojos, y las casas que se adentran en la vía pública podrían ser objeto de pequeñas reparaciones, prácticamente imperceptibles, por medio de las cuales durarían cien años. A pesar de la ferviente piedad y de la reconocida honradez del señor de Moirod, estaban seguros de que «se dejaría convencer», pues tenía muchos hijos. Entre las casas enclavadas en la parte que debía ensancharse, nueve pertenecían a lo mejor de Verrières.

A los ojos de Julien, esta intriga era mucho más importante que la historia de la batalla de Fontenoy, cuyo nombre acababa de ver por vez primera en uno de los libros que le había enviado Fouqué. Había ciertas cosas que chocaban a Julien desde que, hacía cinco años, comenzó a ir por las noches a casa del cura. Pero como la discreción y' la humildad de espíritu son las dos cualidades principales de un estudiante de teología, siempre le había sido imposible dirigir pregunta alguna.

Un día, la señora de Rénal daba una orden al ayuda de cámara de su marido, el enemigo de Julien.

-Pero, señora -respondió éste con un aire singular-, hoy es último viernes de mes.

-Puede usted marcharse -le dijo la señora de Rénal. Julien preguntó:

-Claro, va a ese almacén de heno, iglesia en otros tiempos, y que recientemente se ha vuelto a abrir al culto; pero, ¿qué hacen allí? Éste es uno de los misterios que no he podido aclarar nunca.

-Es una institución muy saludable, pero muy especial -respondió la señora de Rénal-; no se admiten mujeres. Lo único que sé es que todo el mundo se tutea. Por ejemplo, este criado encontrará allí al señor Valenod, y a este hombre tan orgulloso y tan estúpido no le molestará que Saint-Jean le tutee y le responderá en el mismo tono. Si tiene usted mucho interés en saber lo que allí ocurre, le pediré detalles al señor de Maugiron o al señor Valenod. Pagamos veinte francos por criado para que no nos corten la cabeza si llega el caso.

El tiempo volaba. El recuerdo de los encantos de su amante distraía a Julien de su negra ambición. La necesidad de no hablarle de cosas tristes y razonables, puesto que pertenecían a partidos contrarios, aumentaba, sin que llegara a darse cuenta, la felicidad que le debía y el ascendiente que ella adquiría sobre él.

Cuando la presencia de los niños, demasiado inteligentes, les reducía a no hablar más que el frío lenguaje de la razón, Julien, con una docilidad perfecta y mirándola con ojos brillantes de amor, escuchaba sus explicaciones sobre las cosas corrientes del mundo. A menudo, mientras le contaba algún hábil engaño respecto a un camino o una contrata que sorprendía su espíritu, la atención de la señora de Rénal se dejaba arrastrar de pronto hasta el delirio. Julien se veía obligado a reñirla, ella se permitía con él la misma actitud de íntima familiaridad que con sus hijos. Y es que había días en que se hacía la ilusión de quererle como a un hijo. ¿No estaba siempre contestando a preguntas inocentes, sobre mil cosas sencillas, que un niño bien nacido no ignora a los quince años? Pero al cabo de un instante le admiraba como maestro. Su talento llegaba a asustarla; cada día creía reconocer más claramente al gran hombre del futuro en aquel joven clérigo. Le veía papa, le veía primer ministro, como Richelieu.

-¿Viviré bastante para gozar de tu triunfo? -le decía a Julien-. Hay un puesto vacante para un gran hombre; la monarquía, la religión, lo necesitan.

Capítulo 18

Un rey en Verrières

*N'êtes-vous bons qu'à jeter là comme un cadavre de peuple,
sans âme, et dont les veines n'ont
plus de sang?*²¹

Discurso del obispo en la capilla de San Clemente

El 3 de septiembre, a las diez de la noche, un gendarme despertó a todo Verrières remontando al galope la calle mayor; llevaba la noticia de que Su Majestad el rey de... llegaría el domingo siguiente, y era martes. El prefecto autorizaba, es decir, solicitaba la formación de una guardia de honor; había que desplegar la mayor pompa posible. Se envió un correo a Vergy. El señor de Renal llegó por la noche y encontró la ciudad entera en conmoción. Cada cual tenía sus pretensiones; los menos ocupados alquilaban balcones para presenciar la llegada del rey.

¿Quién mandaría la guardia de honor? El señor de Renal vio enseguida lo conveniente que sería, para las casas enclavadas en el ensanche, que el mando recayese en el señor de Moirod. Aquello podría ser un mérito para el cargo de teniente de alcalde. No había nada que decir de la piedad del señor de Moirod, estaba por encima de toda comparación; pero en su vida había montado a caballo. Era un hombre de treinta y seis años, tímido por demás, que tenía tanto miedo a una caída como al ridículo.

El alcalde le mandó llamar en cuanto dieron las cinco de la mañana.

-Como puede usted ver, caballero, le pido su parecer como si ya ocupara usted el puesto al que todas las gentes honradas le consideran acreedor. En esta desdichada ciudad, las fábricas prosperan, el partido liberal se hace millonario, aspira al poder y se valdrá de todos los medios para luchar contra nosotros. Pensemos en el interés del rey, de la monarquía y, ante todo, de nuestra santa religión. ¿A quién cree usted, señor, que se puede confiar el mando de la guardia de honor?

A pesar del miedo horrible que le daban los caballos, el señor de Moirod acabó por aceptar este honor como un martirio.

-Sabré estar a la altura de las circunstancias -le dijo al alcalde.

Quedaba el tiempo justo para arreglar los uniformes que, seis años antes, habían servido para recibir a un príncipe de sangre.

A las siete llegó de Vergy la señora de Rénal, con Julien y los niños. Encontró un salón lleno de damas liberales que predicaban la unión de los partidos y que iban a rogarle que su marido concediese a los suyos un puesto en la guardia de honor. Una de ellas pretendía que si su marido no era elegido, del disgusto iba a declararse en quiebra. La señora de Rénal despidió aquellas visitas lo antes que pudo, parecía estar muy ocupada.

Julien se quedó sorprendido, y sobre todo molesto, de que hiciese un misterio de

²¹ «¿No servís más que para ser arrojados allí como el cadáver de un pueblo, sin alma y sin sangre en las venas?»

lo que la preocupaba. «Lo preveía -pensaba con amargura-, su amor se eclipsa ante la dicha de recibir a un rey en su casa. Todo este alboroto la deslumbra. Volverá a quererme cuando deje de estar ofuscada por los prejuicios de casta.»

Cosa rara, la quiso más todavía.

Los tapiceros empezaban a invadir la casa, acechó en vano, durante mucho rato, la ocasión de decirle una palabra siquiera. Por fin la encontró cuando salía de su propio cuarto llevándose uno de sus trajes. Estaban solos. Quiso hablarle. Ella huyó sin querer escucharle. «Soy un imbécil al querer a una mujer como ésta; la ambición la vuelve tan loca como a su marido.»

Lo estaba mucho más, pues uno de sus mayores deseos, que nunca se había atrevido a confesar a Julien por miedo de ofenderle, era que éste dejara su triste traje negro, aunque sólo fuera por un día. Con una habilidad verdaderamente admirable en mujer tan espontánea consiguió, primero del señor de Moirod y después del subprefecto Maugiron, que nombrasen guardia de honor a Julien, con preferencia a cinco o seis jóvenes, hijos de ricos fabricantes, de los cuales, dos por lo menos, eran modelo de piedad. El señor Valenod, que pensaba prestar su coche a las mujeres más bonitas de la ciudad y lucir sus hermosos caballos normandos, consintió en ceder uno de éstos a Julien, el ser a quien aborrecía más en el mundo. Pero todos los guardias de honor tenían, o se habían procurado, uno de aquellos trajes azul celeste con charreteras de plata que habían lucido siete años antes. La señora de Rénal quería un uniforme nuevo, y sólo quedaban cuatro días para encargarlo en Besancon y que llegaran de allí el traje, las armas, el sombrero, etcétera, todo lo que compone un guardia de honor. Lo gracioso era que consideraba imprudente mandar hacer el traje de Julien en Verrières. Quería darle una sorpresa a él y a toda la ciudad.

Terminado el trabajo de nombrar a los guardias de honor y de preparar el espíritu público, el alcalde hubo de ocuparse de una gran ceremonia religiosa; el rey de... no quería pasar por Verrières sin visitar la famosa reliquia de san Clemente, que se conserva en Bray-le-Haut, a una legua escasa de la ciudad. Deseaban que hubiese numeroso clero, y éste fue el asunto más difícil de arreglar; el padre Maslon, el nuevo párroco, quería evitar a toda costa la presencia del padre Chélan. En vano le dijo el señor de Rénal que no sería prudente. El marqués de La Mole, cuyos antepasados fueron gobernadores de la provincia durante mucho tiempo, había sido designado para acompañar al rey de... Conocía desde hacía treinta años al padre Chélan. Al llegar a Verrières era seguro que preguntaría por él y, si le encontraba caído en desgracia, era hombre capaz de ir a buscarle a la modesta casa en que vivía, acompañado de todo el séquito de que pudiera disponer en aquel momento. ¡Qué bofetada!

-Estoy deshonrado aquí y en Besancon -respondió el padre Maslon- si figura entre el clero. ¡Un jansenista, cielo santo!

-Diga usted lo que quiera, querido señor cura -replicó el señor de Rénal-, yo no expondré a la administración de Verrières a recibir un ultraje del señor de La Mole. No le conoce usted, en la corte piensa bien; pero aquí, en provincias, es un gracioso de mal gusto, satírico y burlón, que se complace en poner a las gentes en apuros. Es capaz, sólo por divertirse, de ponernos en ridículo ante los liberales.

Hasta la noche del sábado al domingo, después de tres días de negociaciones, no se doblegó el orgullo del padre Maslon ante el miedo del alcalde que se convertía en valor. Hubo que escribir una carta muy melosa al padre Chélan para rogarle que asistiera

a la ceremonia de la reliquia de Bray-le-Haut, siempre que su edad y sus achaques se lo permitieran. El padre Chélan pidió y obtuvo una tarjeta de invitación para Julien, que había de acompañarle en calidad de subdiácono.

Desde la mañana del domingo, millares de campesinos, que llegaban de las montañas colindantes, inundaron las calles de Verrières. Lucía un sol espléndido. Hacia las tres, toda aquella multitud se agitó emocionada al divisar una gran hoguera en lo alto de una peña situada a dos leguas de Verrières. Aquella señal anunciaba que el rey había entrado en la demarcación del departamento. Inmediatamente, el voltear de todas las campanas y las repetidas descargas de un viejo cañón español, propiedad de la villa, fueron muestras de alegría por aquel gran acontecimiento. La mitad de la población se subió a los tejados. Todas las mujeres estaban en los balcones. La guardia de honor se puso en movimiento. Todo el mundo admiraba los brillantes uniformes. Todos reconocían a un pariente, a un amigo. Se burlaban del miedo del señor de Moirod, cuya mano estaba siempre dispuesta a agarrarse prudentemente al arzón de la silla. Pero una observación hizo olvidar todo lo demás: el primer jinete de la novena fila era un mozo muy guapo, muy delgado, a quien al principio nadie reconoció. Pero muy pronto todo el mundo fue presa del mismo sentimiento de asombro, exteriorizado por unos con un grito de indignación y por otros con el más profundo silencio. Todos reconocieron en aquel joven, que montaba uno de los caballos normandos del señor Valenod, al joven Sorel, el hijo del carpintero. La repulsa contra el alcalde fue unánime, sobre todo entre los liberales. ¡De modo que porque aquel obrero disfrazado de cura era preceptor de sus mocosos, había tenido la audacia de nombrarle guardia de honor, en perjuicio de los señores fulano y mengano, que eran fabricantes ricos!

-Estos señores -decía la mujer de un banquero- deberían darle un chasco a ese pequeño insolente, nacido en el fango.

-Es muy zorro y lleva sable -respondía el vecino-; sería perfectamente capaz de darles un corte en la cara, como un bellaco.

Los comentarios de los miembros de la nobleza eran más peligrosos. Las señoras se preguntaban si aquella inconveniencia tan notoria procedía únicamente del alcalde. En general, todos condenaban severamente la indiferencia de que había dado muestras respecto al humilde nacimiento de Julien.

Mientras era objeto de tantos comentarios, Julien se sentía el más feliz de los hombres. Atrevido por naturaleza, se sostenía a caballo mejor que la mayoría de los jóvenes de aquella ciudad montañosa. En los ojos de las mujeres leía claramente que se ocupaban de él.

Sus charreteras eran más brillantes, porque eran nuevas. Su caballo se encabritaba a cada momento, no cabía en sí de gozo.

Su dicha no tuvo límites cuando, al pasar cerca de la antigua muralla, el estampido del cañón asustó al caballo, que se salió de la fila. Por una gran casualidad no se cayó; desde aquel momento se creyó un héroe. Era ayudante de campo de Napoleón y cargaba contra una batería.

Había otra persona aún más feliz que él. Primero le vio pasar desde uno de los balcones del Ayuntamiento; después montó en su coche y, dando a toda prisa un gran rodeo, llegó a tiempo de estremecerse cuando el caballo se salió de la fila. Por último, haciendo que su coche marchara al galope por otra puerta de la ciudad, llegó a colocarse en el camino por donde debía pasar el rey, y pudo seguir a los guardias de honor a veinte

pasos de distancia, envuelta en una noble polvareda. Diez mil campesinos gritaron «¡Viva el rey!» cuando el alcalde tuvo el honor de arengar a Su Majestad. Una hora más tarde, cuando después de escuchar todos los discursos, el rey se disponía a entrar en la ciudad, el cañoncito comenzó a disparar sin descanso. Pero ocurrió un accidente, no a los artilleros, que habían demostrado su competencia en Leipzig y en Montmirail, sino al futuro teniente de alcalde, el señor de Moirod. Su caballo lo depositó blandamente en el único cenagal que había en la carretera principal y la cosa fue muy comentada, pues hubo que sacarle de allí para que pudiera pasar el coche del rey.

Su Majestad se apeó ante la hermosa iglesia nueva, adornada aquel día con todas sus colgaduras carmesíes. Inmediatamente después de comer, el rey tenía que volver a montar en coche para ir a venerar la célebre reliquia de san Clemente. Apenas el rey estuvo en la iglesia, Julien galopó a casa del señor de Rénal. Allí se quitó suspirando su hermoso uniforme azul celeste, su sable, sus charreteras, para endosarse de nuevo su raído traje negro. Volvió a montar a caballo, y en pocos minutos estuvo en Bray-le-Haut, situado en la cumbre de una colina. «El entusiasmo multiplica estos campesinos -pensó Julien-. En Verrières no se puede dar un paso, y alrededor de esta antigua abadía hay más de diez mil.» Medio arruinada por el vandalismo revolucionario, había sido reedificada espléndidamente por la Restauración, y ya se empezaba a hablar de milagros. Julien se reunió con el padre Chélan, que le riñó mucho y le dio una sotana nueva y una sobrepelliz. Se vistió rápidamente y siguió al padre Chélan, que iba a reunirse con el joven obispo de Agde. Era éste un sobrino del señor de La Mole, nombrado recientemente, a quien le habían encargado enseñar la reliquia al rey. Pero no pudieron encontrar a este obispo.

El clero se impacientaba. Esperaba a su jefe en el sombrío claustro gótico de la antigua abadía. Se habían reunido veinticuatro párrocos para figurar el antiguo Capítulo de Bray-le-Haut, que antes de 1789 constaba de veinticuatro canónigos. Después de pasar más de tres cuartos de hora lamentándose de la juventud del obispo, los párrocos juzgaron conveniente que el decano fuese a buscar a monseñor para advertirle que el rey estaba al llegar y que debían dirigirse al coro. El padre Chélan era el decano, por su avanzada edad; a pesar del mal humor que había demostrado a Julien, le hizo seña de que le siguiera. Julien llevaba muy bien la sobrepelliz. Valiéndose de no sé qué medio propio del tocado eclesiástico, había logrado alisar sus hermosos cabellos rizados; pero por un olvido, que redobló la cólera del padre Chélan, bajo los anchos pliegues de la sotana asomaban las espuelas del guardia de honor.

En el departamento que ocupaba el obispo, unos corpulentos lacayos, con libreas muy bordadas, apenas se dignaron responder al viejo sacerdote que monseñor no estaba visible. Se burlaron de él cuando trató de explicarles que, en su calidad de decano del noble Capítulo de Bray-le-Haut, tenía el privilegio de ser admitido a todas horas en la cámara del obispo oficiante.

El espíritu altanero de Julien se sintió molesto por la insolencia de los lacayos. Se puso a recorrer las celdas de la antigua abadía, empujando cuantas puertas encontraba a su paso. Una de ellas, muy pequeña, cedió a sus esfuerzos y se encontró en una celda entre los ayudas de cámara de monseñor, que iban vestidos de negro y con una cadena al cuello. Al ver su aire apresurado, aquellos señores le creyeron enviado por el obispo y le dejaron pasar. Adelantó algunos pasos más y se encontró en una inmensa sala gótica, muy sombría, con artesonado de roble oscuro; todas las ventanas ojivales del salón,

excepto una, estaban tapiadas con ladrillos. Lo burdo de aquella obra de albañilería aparecía en toda su desnudez y contrastaba tristemente con la antigua magnificencia de las maderas. Los dos amplios lados de aquella sala, célebre entre los anticuarios borgoñones y que el duque Carlos el Temerario había hecho construir hacia 1470 en expiación de algún pecado, estaban adornados con grandes sitiales de madera ricamente tallada y policromada cuyos bajorrelieves representaban todos los misterios del Apocalipsis.

Aquella melancólica magnificencia, desvirtuada por la desnudez de los ladrillos y del yeso, todavía fresco, impresionó a Julien. Se detuvo silencioso. Al otro extremo del salón, cerca de la única ventana que daba paso a la luz, vio un espejo movable de caoba. Un joven con traje morado y sobrepelliz de encaje, pero descubierta la cabeza, estaba de pie delante del espejo. Aquel mueble resultaba insólito en aquel lugar y, seguramente, lo habían traído de la ciudad. Julien creyó notar que aquel joven estaba contrariado; con la mano derecha, administraba gravemente la bendición ante el espejo.

«¿Qué significa esto? -pensó-. ¿Será una ceremonia preparatoria lo que hace este joven sacerdote? Quizás es el secretario del obispo..., tal vez tan insolente como los lacayos..., pero no importa; probemos.»

Se adelantó lentamente a través de la sala, con la vista fija en la única ventana, y mirando a aquel joven que continuaba echando bendiciones, que ejecutaba con lentitud, pero en número infinito y sin darse punto de reposo.

A medida que avanzaba percibía más claramente su aire irritado. La riqueza de la sobrepelliz guarnecida de encaje detuvo involuntariamente a Julien a pocos pasos del magnífico espejo.

«Debo hablar», pensó; pero la hermosura de la sala le había emocionado y se sentía molesto de antemano por las frases duras que iban a dirigirle.

El joven le vio reflejado en la luna del espejo, se volvió y, abandonando de pronto su aire de enfado, le dijo con un tono sumamente amable:

-Y bien, caballero, ¿está arreglada por fin?

Julien se quedó estupefacto. Al volverse hacia él, Julien vio la cruz pectoral en el pecho de aquel joven: ¡era el obispo de Agde! «¡Tan joven! -pensó Julien-. ¡A lo sumo tiene seis u ocho años más que yo!»

Y se avergonzó de sus espuelas.

-Monseñor -respondió tímidamente-, me envía el decano del Capítulo, el padre Chélan.

-¡Ah! Me está muy recomendado -dijo el obispo con un tono cortés que aumentó el encanto de Julien-. Pero le ruego a usted que me perdone, caballero, le había tomado por la persona que tiene que traerme la mitra. La han embalado mal en París; el tisú de plata se ha estropeado horriblemente en la parte de arriba. Hará un efecto desastroso -añadió el joven obispo con tristeza-. ¡Y aún me están haciendo esperar!

-Monseñor, si Su Ilustrísima me lo permite, iré a buscar la mitra.

Los hermosos ojos de Julien produjeron su efecto.

-Vaya usted, caballero -respondió el obispo con una cortesía encantadora-; la necesito inmediatamente. Estoy desolado por hacer esperar a los señores del Capítulo.

Cuando Julien llegó a la mitad de la sala, se volvió hacia el obispo y advirtió que seguía echando bendiciones frente al espejo. «¿Qué estará haciendo? -se preguntó Julien-. Se trata, sin duda, de una preparación eclesiástica necesaria para la ceremonia que va a

celebrarse.» Al llegar a la antecámara donde estaban los ayudas de cámara, vio la mitra en sus manos. Cediendo a pesar suyo a la mirada imperiosa de Julien, aquellos señores le entregaron la mitra de Su Ilustrísima.

Se sintió orgulloso de llevarla: al atravesar la sala marchaba lentamente, sosteniéndola con respeto. Encontró al obispo sentado ante el espejo; pero de vez en cuando, su mano derecha, aunque fatigada, seguía dando la bendición. Julien le ayudó a ponerse la mitra. El obispo sacudió la cabeza.

-¡Se sostendrá! -dijo a Julien con aire satisfecho-. ¿Quiere usted apartarse un poco?

Entonces el obispo se alejó rápidamente hasta el centro de la sala, y empezó a caminar con paso lento hacia el espejo, después de adoptar nuevamente su aire enojado, mientras volvía a echar bendiciones con la mayor gravedad.

Julien estaba paralizado por la sorpresa; creía comprender, pero no se atrevía a dar crédito a sus ojos. El obispo se detuvo y, mirándole con una expresión de la que rápidamente había desaparecido todo rastro de gravedad, preguntó:

-¿Qué dice usted de mi mitra, caballero? ¿Está bien?

-Muy bien, monseñor.

-¿No estará demasiado echada hacia atrás? Esto resultaría un Poco ridículo; pero tampoco conviene llevarla caída sobre los ojos, como si fuera un chacó de oficial.

-Me parece que está muy bien.

-El rey de... está habituado a un clero venerable y seguramente muy grave. No quisiera que, por mi juventud, me encontrase demasiado frívolo.

Y el obispo volvió a emprender su paseo echando bendiciones.

«Está claro -se dijo Julien, atreviéndose a comprender por fin-, ensaya la manera de dar la bendición.» Un momento después, dijo el obispo:

-Estoy dispuesto. Caballero, ya puede usted avisar al señor decano y a los señores del Capítulo.

A poco, el padre Chélan, seguido de los dos curas más viejos, hizo su aparición por una gran puerta magníficamente tallada, que Julien no había visto. Pero esta vez se quedó en su puesto, el último de todos, y sólo pudo ver al obispo por encima de los hombros de los eclesiásticos, que se agolpaban ante aquella puerta.

El obispo atravesó la sala lentamente; cuando llegó al umbral, los curas se formaron en procesión. Después de un breve momento de desorden, la procesión se puso en marcha, entonando un salmo. El obispo iba el último, entre el padre Chélan y otro cura muy viejo. Julien se deslizó hasta muy cerca de monseñor, en calidad de agregado del padre Chélan. Recorrieron las largas galerías de la abadía de Bray-le-Haut; a pesar del sol espléndido, estaban sombrías y húmedas. Por fin llegaron al pórtico del claustro. Julien estaba suspenso de admiración ante tan hermosa ceremonia. En su corazón trababan seria lucha la ambición, reavivada por la juventud del prelado, y su sensibilidad y cortesía exquisitas. Aquella cortesía era una cosa muy distinta de la del señor de Rénal, aun en sus mejores días. «Cuanto más se acerca uno a los primeros puestos de la sociedad -pensaba Julien-, mejores modales se encuentran.»

Se entraba a la iglesia por una puerta lateral; de repente, un ruido espantoso hizo retumbar sus antiguas bóvedas; Julien creyó que iban a derrumbarse. Era otra vez el cañoncito; arrastrado por ocho caballos al galope acababa de llegar; puesto en posición de tiro por los artilleros de Leipzig, disparaba cinco cañonazos por minuto, ni más ni menos

que si tuviera frente a él a los prusianos.

Pero aquel ruido admirable no produjo el menor efecto en Julien; ya no pensaba en la gloria militar ni en Napoleón. «¡Tan joven y ser obispo de Agde! -meditaba-. Pero ¿dónde está Agde? ¿Y cuánto le producirá esto? Quizá doscientos o trescientos mil francos.»

Los lacayos de monseñor aparecieron trayendo un magnífico palio; el padre Chélan cogió una de las varas; pero en realidad quien la llevaba era Julien. El obispo se colocó debajo. Realmente había conseguido parecer viejo; la admiración de nuestro héroe no tuvo límites. «¡Qué no se conseguirá con habilidad!», recapacitó.

El rey entró. Julien tuvo la suerte de verle muy de cerca. El obispo se dirigió a él con unción, y sin olvidar cierto matiz de turbación muy halagador para Su Majestad. No repetiremos la descripción de las ceremonias de Bray-le-Haut; llenaron las columnas de todos los periódicos locales durante una quincena. Julien supo, por el discurso del obispo, que el rey descendía de Carlos el Temerario.

Más tarde entró en las funciones de Julien hacer las cuentas de lo que había costado aquella ceremonia. El señor de La Mole, que había proporcionado un obispado a su sobrino, quiso tener la gentileza de pagar todos los gastos. Sólo la ceremonia de Bray-le-Haut le costó tres mil ochocientos francos.

Después del discurso del obispo y la contestación del rey, Su Majestad se colocó bajo el palio; luego se arrodilló muy devotamente en un almohadón, cerca del altar. El coro estaba rodeado de sitaliales, colocados dos escalones más altos que el pavimento. En el último de estos escalones, a los pies del padre Chélan, estaba sentado Julien, como estaría un caudatario junto a su cardenal en la Capilla Sixtina de Roma. Se entonó un Te Deum, hubo nubes de incienso, infinitas descargas de mosquetería y artillería; los campesinos estaban ebrios de felicidad y de devoción. Una jornada así deshace la obra de cien números de los periódicos jacobinos.

Julien estaba a seis pasos del rey, que realmente oraba con fervor. Se fijó por vez primera en un hombrecillo, de mirada espiritual, que vestía un traje casi sin bordados. Pero sobre aquel traje tan sencillo, llevaba un cordón azul celeste. Estaba más cerca del rey que muchos de aquellos señores con vestiduras tan recamadas de oro que, según la expresión de Julien, no se veía el paño. Poco después supo que era el señor de La Mole. Le pareció que tenía un aire altanero e incluso insolente.

«Este marqués no será tan cortés como nuestro lindo obispo -pensó-. ¡Ah!, el estado eclesiástico da dulzura y sabiduría, es indudable. Pero el rey ha venido para venerar la reliquia, y yo no la veo por ninguna parte. ¿Dónde estará san Clemente?»

Un clérigo subalterno, que estaba junto a él, le dijo que la venerable reliquia estaba en la parte alta del edificio, en una capilla ardiente.

«¿Qué es una capilla ardiente?», se preguntó Julien.

Pero no quiso pedir explicaciones sobre ello. Su atención se hizo más intensa.

En caso de la visita de un príncipe soberano, la etiqueta dispone que los canónigos no acompañen al obispo. Pero al ponerse en marcha hacia la capilla ardiente, el obispo de Agde llamó al padre Chélan; Julien se atrevió a seguirle.

Después de subir una larga escalera, llegaron a una puerta pequeñísima, pero cuyo dintel gótico tenía dorados magníficos. Aquella obra parecía hecha la víspera.

Ante la puerta estaban de rodillas veinticuatro muchachas de las familias más

distinguidas de Verrières. Antes de abrir la puerta, el obispo se arrodilló entre aquellas muchachas, todas bonitas. Mientras rezaba en voz alta, ellas no se cansaban de admirar sus encajes, su simpatía, su semblante tan joven y tan dulce. Aquel espectáculo le hizo perder a nuestro héroe la poca razón que le quedaba. En aquel momento, se hubiera batido de buena fe por la Inquisición. De pronto abrióse la puerta. La capilla se inundó de luz. En el altar se veían más de mil cirios, dispuestos en ocho hileras separadas por ramos de flores. Por la puerta del santuario salía un suave olor del más puro incienso. La capilla, recién dorada, era muy pequeña, pero muy alta. Julien notó que algunos de los cirios que había sobre el altar tenían más de quince pies de altura. Las jóvenes no pudieron reprimir un grito de admiración. En el pequeño atrio de la capilla sólo se había admitido a las veinticuatro jóvenes, los dos curas y Julien.

A poco llegó el rey, seguido solamente del señor de La Mole y de su chambelán mayor. Hasta los propios guardias se quedaron fuera, de rodillas, presentando armas.

Su Majestad, más que arrodillarse, se precipitó sobre el reclinatorio. Fue entonces cuando Julien, pegado contra la puerta dorada, por debajo del brazo desnudo de una de las muchachas, vio la hermosa imagen de san Clemente. Estaba oculta bajo el altar en traje de soldado romano. Tenía una gran herida en el cuello, de donde parecía brotar sangre. Era una verdadera obra maestra, con sus ojos expirantes, semicerrados, llenos de gracia. Un ligero bozo adornaba aquella boca encantadora que, entreabierta, parecía como si aún orase. Al verla, la muchacha que estaba junto a Julien empezó a llorar a lágrima viva; una de sus lágrimas cayó en la mano de éste.

Después de orar un momento en el más profundo silencio, que sólo turbaba el tañido lejano de las campanas de todos los pueblos en diez leguas a la redonda, el obispo de Agde pidió al rey permiso para hablar. Terminó su breve y emocionante alocución con palabras sencillas, y por lo mismo de efecto más seguro.

-No olvidéis nunca, jóvenes cristianas, que habéis visto a uno de los reyes más grandes de la tierra de rodillas ante los servidores de este Dios todopoderoso y terrible. Estos servidores débiles, perseguidos, asesinados en la tierra, como lo podéis ver por la herida aún sangrante de san Clemente, triunfan en el cielo. ¿Verdad, jóvenes cristianas, que recordaréis siempre este día? Odiaréis al impío. Seréis fieles eternamente a este Dios tan grande, tan terrible, pero tan bueno.

A estas palabras, el obispo se levantó con autoridad.

-¿Me lo prometéis? elijo, alargando el brazo con aire inspirado.

-Lo prometemos -dijeron las jóvenes rompiendo a llorar.

-Recibo vuestra promesa en nombre del Dios terrible -añadió el obispo con voz estentórea.

Y la ceremonia se dio por terminada.

El mismo rey lloraba. Hasta mucho rato después no tuvo Julien la suficiente sangre fría para preguntar dónde estaban los huesos del Santo que enviaron de Roma a Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Le dijeron que estaban ocultos en la preciosa figura de cera.

Su Majestad se dignó permitir a las jóvenes que le habían acompañado en la capilla que llevaran una cinta roja, y en ella bordadas, estas palabras: **ODIO AL IMPÍO: ADORACIÓN PERPETUA.**

El señor de La Mole mandó repartir diez mil botellas de vino entre los campesinos. Aquella noche, los liberales de Verrières encontraron un pretexto para

iluminar sus casas cien veces mejor que los realistas. Antes de partir, el rey fue a visitar al señor de Moirod.

Capítulo 19

Pensar hace sufrir

*Le grotesque des événements de tous les jours
vous cache le vrai malheur des passions.
BARBAVE²²*

Al volver a colocar los muebles habituales en el cuarto que había ocupado el señor de La Mole, Julien encontró una hoja de papel muy grueso, doblada en cuatro. Leyó al pie de la primera carilla: «A S. E. el señor marqués de La Mole, par de rancia, caballero de las órdenes del rey, etc., etc.».
Era una solicitud escrita con una letra muy gorda, de cocinera.

«Señor marqués:

»Toda mi vida he tenido principios religiosos. Estaba en Lyon expuesto a las bombas cuando el sitio, de execrable memoria, del 93. Nunca he faltado al precepto pascual, ni siquiera en el 93, de execrable memoria. Mi cocinera -yo tenía criados antes de la Revolución-, mi cocinera me pone vigilia todos los viernes. En Verrières gozo de la consideración general, me atrevo a decir que merecida. Tengo un puesto en la procesión, bajo el palio, junto al señor alcalde y al señor cura. En las grandes solemnidades llevo un cirio que pago de mi bolsillo. De todo lo cual hay certificados en París en el Ministerio de Hacienda. Pido al señor marqués la administración de lotería de Verrières, que pronto quedará vacante de un modo u otro, pues el que desempeña el puesto está muy enfermo y además vota mal en las elecciones, etc.

DE CHOLIN.»

Al margen de esta solicitud había una apostilla que llevaba la firma De Moirod, y que comenzaba así: «Aller tuve el honor de hablarle del excelente sujeto que solicita esta cargo, etc.».

«Incluso este imbécil de Cholin me indica el camino que hay que seguir», se dijo Julien.

A los ocho días de pasar el rey de... por Verrières, de todas las innumerables mentiras, las estúpidas conjeturas y las ridículas discusiones, etc., etc., de que habían sido objeto sucesivamente el rey, el obispo de Agde, el marqués de La Mole, las diez mil botellas de vino, el pobre Moirod -que con la esperanza de conseguir una cruz no salió de casa hasta un mes después de su caída de caballo-, lo único que aún se comentaba era la intolerable indecencia de haber colado en la guardia de honor a Julien Sorel, el hijo de un carpintero. Había que oír con este motivo a todos los ricos fabricantes de telas estampadas que de la mañana a la noche enronquecían en los cafés predicando la igualdad. La autora de semejante abominación era aquella mujer altiva, la señora de Rénal. ¿El motivo? No había más que ver los hermosos ojos y el cutis fresco del joven

²² "Lo grotesco de los acontecimientos cotidianos os oculta la verdadera desgracia de las pasiones.»

clérigo Sorel.

Poco después de volver a Vergy, Stanislas-Xavier, el más pequeño de los niños, cogió unas calenturas; de pronto la señora de Rénal fue presa de los más atroces remordimientos. Por vez primera se reprochó su amor de un modo continuo; pareció darse cuenta, como por milagro, de la falta enorme que cometía. Aunque era profundamente religiosa, hasta aquel momento no se había dado cuenta de la magnitud de su culpa ante los ojos de Dios.

Tiempo atrás, en el convento del Sagrado Corazón había adorado a Dios con pasión; de igual modo lo temió en aquella ocasión. La lucha interior que destrozaba su alma era tanto más terrible cuanto que el miedo que se había apoderado de ella era absolutamente irracional. Julien se dio cuenta de que cualquier razonamiento la irritaba en vez de calmarla; ella veía en él el lenguaje del infierno. Sin embargo, como Julien quería mucho al pequeño Stanislas, era mejor acogido si le hablaba de su enfermedad: no tardó en agravarse. Entonces, el remordimiento constante quitó a la señora de Rénal hasta la facultad de dormir. No salía de un silencio huraño; si hubiera abierto la boca, habría sido para confesar su crimen a Dios y a los hombres.

-Le suplico -le decía Julien cuando se encontraban solos que no hable con nadie; que yo sea el único confidente de sus penas. Si aún me quiere, no hable; sus palabras no pueden quitarle la fiebre a nuestro Stanislas.

Pero sus consuelos no producían efecto alguno; ignoraba que a la señora de Rénal se le había metido en la cabeza que para aplacar la cólera del celoso Dios tenía que odiar a Julien o ver morir a su hijo. Y era tan desgraciada porque comprendía que nunca podría odiar a su amante.

-Huya -le dijo un día a Julien-. En nombre de Dios, márchese de esta casa: su presencia es lo que mata a mi hijo.

«Dios me castiga -añadió en voz baja-, es justo; adoro su justicia; ¡mi crimen es horrible y vivía sin remordimientos! Era la primera muestra del abandono de Dios: debo ser castigada doblemente.»

Julien quedó profundamente conmovido. En aquel arrebato no había el menor rastro de exageración ni hipocresía. «Cree que mata a su hijo queriéndome, y, sin embargo, la pobre me quiere más que a su hijo. No cabe duda de que los remordimientos la están matando; esto es grandeza de sentimientos. Pero ¿cómo habré podido inspirar un amor tan grande, yo, tan pobre, tan ignorante, tan mal educado, a veces tan grosero en mis modales?»

Una noche el niño se agravó extraordinariamente. A las dos de la mañana fue a verle el señor de Rénal. La criatura, devorada por la fiebre, estaba muy encarnada y no reconoció a su padre. De repente, la señora de Rénal se echó a los pies de su marido: Julien vio que iba a confesárselo todo y a perderse para siempre.

Afortunadamente, aquel movimiento extraño molestó al señor de Rénal.

-¡Adiós, adiós! -dijo marchándose.

-No, escúchame -exclamó su mujer, de rodillas ante él e intentando retenerle-. Quiero que sepas toda la verdad. Yo soy la que mata a mi hijo. Le he dado la vida y se la quito. El cielo me castiga; a los ojos de Dios soy culpable de asesinato. Tengo que perderme y humillarme: quizás este sacrificio aplacará la cólera de Dios.

Si el señor de Renal hubiera sido un hombre de imaginación, se habría dado

cuenta de todo.

-Novelerías -exclamó, apartando a su mujer, que se agarraba a sus rodillas-. ¡Todo esto son novelerías! Julien, llame usted al médico en cuanto amanezca.

Y se volvió a acostar. La señora de Renal cayó de rodillas, medio desvanecida, rechazando con un movimiento convulsivo a Julien, que quería prestarle auxilio.

Julien quedó asombrado.

«¡O sea que es esto el adulterio! -se dijo-. ¿Será posible que estos curas tan trapisondistas... tengan razón? ¿Tendrán el privilegio de conocer la verdadera teoría del pecado, ellos que cometen tantos? ¡Qué cosa más rara!...»

Hacía veinte minutos que el señor de Renal se había retirado y aún Julien veía a la mujer que amaba con la cabeza recostada en la camita del niño, inmóvil y casi sin conocimiento. «He aquí una mujer de genio superior, llevada al colmo de la desgracia por haberme conocido -se dijo-. Las horas pasan rápidamente. ¿Qué puedo hacer por ella? Hay que tomar una decisión. Ya no se trata de mí. ¿Qué me importan los hombres y sus vulgares hipocresías? ¿Qué puedo hacer por ella?... ¿Dejarla? Pero la dejo entregada al dolor más espantoso. El autómatas del marido la daña más que la beneficia. Le dirá alguna palabra dura a fuerza de ser grosero; puede volverse loca, tirarse por la ventana.

»Si la dejo, si dejo de vigilarla, se lo confesaré todo. Y, quién sabe, quizás arme un escándalo, a pesar de la herencia que piensa recibir de ella. A lo mejor, Dios mío, se le ocurre decirse todo a ese c... del padre Maslon, que toma como pretexto la enfermedad de un niño de seis años para no moverse de esta' casa, y no sin objeto. En su dolor y su temor de Dios, ella olvida todo lo que sabe del hombre, sólo ve al sacerdote.»

-Vete -le dijo de pronto la señora de Rénal, abriendo los ojos.

-Daría mil veces la vida por saber lo que pudiera serte útil -respondió Julien-: nunca te he querido tanto, ángel mío, mejor dicho, sólo ahora empiezo a adorarte como mereces. ¡Qué sería de mí, lejos de ti, sabiendo que eres desgraciada por mi culpa! Pero no quiero hablar ahora de mis sufrimientos. Me marcharé, sí, amor mío. Pero si me marchó, si dejo de velar por ti, de estar a todas horas entre tu marido y tú, se lo confesarás todo y te perderás. Piensa que te echará de su casa de un modo ignominioso; en todo Verrières, en todo Besancon se hablará de este escándalo. Todo el mundo te echará a ti la culpa; nunca podrás rehabilitarte de tal vergüenza...

-Es lo que deseo -exclamó ella poniéndose en pie-. Sufriré, tanto mejor.

-¡Pero con este escándalo abominable también le harás desgraciado a él!

-Pero me humillaré yo, me arrastraré por el fango; y con ello quizá salve a mi hijo. Esta humillación, a los ojos de todos, puede ser una penitencia pública. Y según creo alcanzar en mi debilidad, ¿no es éste el mayor sacrificio que puedo ofrecerle a Dios?... Tal vez se digne aceptar mi humillación y me deje a mi hijo. Indícame otro sacrificio más penoso y lo haré sin vacilar.

-Déjame castigarme a mí. Yo también soy culpable. ¿Quieres que me retire a la Trapa? La austeridad de aquella vida puede aplacar la cólera de tu Dios... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Por qué no podré yo tener la enfermedad de Stanislas?

-¡Ah, tú le quieres! -dijo la señora de Rénal levantándose y echándose en sus brazos.

Pero en el mismo momento le rechazó con horror.

-¡Te creo! ¡Te creo! -exclamó después de arrodillarse de nuevo-. ¡Oh, mi único amigo! ¡Oh!, ¿por qué no eres el padre de Stavnislas? Entonces no sería un pecado

abominable quererte más que a tu hijo.

-¿Me permites que me quede, y que de ahora en adelante te quiera como un hermano? Ésta es la única expiación razonable que Puede apaciguar la cólera del Altísimo.

-¿Y Yo? -exclamó ella levantándose y tomando entre sus manos la cabeza de Julien, que mantuvo a distancia, mirándola fijamente-, y yo, ¿te querré como a un hermano? ¿Seré capaz de quererte como a un hermano?

Julien lloraba.

-Te obedeceré -dijo, cayendo a sus pies-; te obedeceré en todo lo que me ordenes; no puedo hacer más. Mi espíritu está cegado; no acierto a tomar ningún partido. Si te dejo, se lo confiesas todo a tu marido, te pierdes con él. Después de quedar en ridículo de esta forma, nunca sería diputado. Si me quedo, me crees causa de la muerte de tu hijo y mueres de pena. ¿Quieres probar el efecto de mi marcha? Si quieres, asumo el castigo que merece nuestro pecado y me marcho durante ocho días. Iré a pasarlos en el retiro que a ti te parezca. En la abadía de Bray-leHaut, por ejemplo; pero has de jurarme que durante mi ausencia no le dirás nada a tu marido. Piensa que si hablas no podré volver más.

Ella prometió y él se marchó, pero le hizo volver a los dos días.

-Me es imposible mantener mi juramento sin ti. Se lo confesaré todo a mi marido si tú no estás constantemente a mi lado para ordenarme con tus miradas que me calle. Cada hora de esta abominable existencia me parece un día entero.

Por fin, el cielo se apiadó de aquella desgraciada madre. Poco a poco, Stanislas estuvo fuera de peligro. Pero se había roto el hielo, su razón se había dado cuenta de la gravedad de su pecado; le fue imposible recobrar la serenidad de antes. Continuaron atormentándola los remordimientos y fueron para ella lo que no podían menos de ser en un alma tan sincera. Su vida era a la vez el cielo y el infierno; el infierno, cuando no veía a Julien, y el cielo, cuando estaba a sus pies.

-No me hago ilusiones -le decía aun en los momentos en que se entregaba por entero a su amor-: Estoy condenada, irremisiblemente condenada. Tú eres joven, has cedido a mi seducción, el cielo puede perdonarte; pero yo estoy condenada. Y lo conozco en una señal infalible. Tengo miedo, ¿y quién no lo tendría ante la perspectiva del infierno? Pero en el fondo no me arrepiento. Si se presentara la ocasión, volvería a cometer la misma falta. Con que el cielo no me castigue en este mundo y en mis hijos, tendré mucho más de lo que merezco. Pero por lo menos tú, Julien mío -decía en otros momentos-, ¿eres feliz? ¿Crees que te quiero bastante?

La desconfianza y el dolorido orgullo de Julien, que necesitaban un amor capaz de los mayores sacrificios, sucumbieron por completo ante un sacrificio tan grande y tan manifiesto, renovado a cada instante. Adoraba a la señora de Renal. «Me quiere a pesar de ser noble, y yo hijo de un obrero... No soy para ella un criado que desempeña las funciones de amante.» Desechado este temor, Julien se entregó a todas las locuras del amor, a todas sus mortales incertidumbres.

-¡Por lo menos -le decía ella, al ver las dudas que su amor le inspiraba-, quiero hacerte muy feliz durante los pocos días que hemos de pasar juntos! Apresurémonos; mañana quizá ya no sea tuya. Si el cielo me castiga en uno de mis hijos, será inútil que quiera vivir sólo para amarte, que me empeñe en no ver que lo que les mata es mi crimen. No podré sobrevivir a un golpe semejante. Aun cuando quiera, no podría; me volvería

loca. ¡Ah, si yo pudiera hacer recaer sobre mí tu pecado, como tú me ofrecías tan generosamente tomar para ti la fiebre de Stanislas!

Esta gran crisis moral cambió la naturaleza de los sentimientos que unían a Julien con su amante. Su amor ya no fue solamente admiración por su belleza, orgullo de poseerla.

A partir de entonces, su felicidad fue de una naturaleza muy superior, la llama que les devoraba se hizo más intensa. Tenían momentos de verdadera locura. Su felicidad hubiera parecido mucho mayor a los ojos del mundo. Pero no volvieron a gozar de la serenidad deliciosa, la felicidad sin nubes, la dicha fácil de la primera época de sus amores, cuando el solo temor de la señora de Renal era que Julien no la quisiera bastante. Su dicha tenía a veces la fisonomía del crimen.

En los ratos más felices y más tranquilos en apariencia, la señora de Renal solía exclamar de pronto, apretando la mano de Julien con movimiento convulsivo:

-¡Dios mío, veo el infierno! ¡Qué suplicios más horribles! ¡Y qué merecidos los tengo!

Y se apretaba contra él como la hiedra se pega al muro.

Julien trataba en vano de calmar aquel alma agitada. Ella le cogía la mano y se la cubría de besos. Luego volvía a caer en una especie de ensoñación sombría:

-El infierno -decía-, el infierno sería un premio para mí; aún pasaré algunos días con él en la tierra, pero el infierno de este mundo, la muerte de mis hijos... Sin embargo, puede que a este precio me fuese perdonada mi culpa... ¡Dios santo! No me concedas el perdón a este precio. Estos pobres niños no te han ofendido; ¡yo, yo soy la única culpable! Amo a un hombre que no es mi marido.

Julien veía otras veces que la señora de Renal tenía ratos tranquilos en apariencia. Trataba de dominarse, no quería envenenar la vida del que amaba.

En medio de aquellas alternativas de amor, de remordimiento y de placer, los días pasaban para ellos con la rapidez de un relámpago. Julien perdió el hábito de reflexionar.

La señorita Elisa se fue a Verrières para asistir a un pequeño pleito que tenía. Encontró al señor Valenod muy molesto contra Julien. Ella, que odiaba al preceptor, le hablaba muy a menudo de él.

-¡Me perdería usted si le dijese la verdad! -le dijo un día al señor Valenod-. Los señores siempre están de acuerdo entre ellos cuando se trata de cosas importantes... no perdonan nunca ciertas indiscreciones a los pobres criados...

Después de estas frases, corrientes en un caso así, que la impaciente curiosidad del señor Valenod procuró abreviar cuanto pudo, éste se enteró de cosas extremadamente mortificantes para su amor propio.

Aquella mujer, la más distinguida de todo el país, a la cual había hecho la corte asiduamente durante seis años, y, por desgracia, a sabiendas y a la vista de todo el mundo; aquella mujer tan orgullosa, cuyos desdenes le habían hecho sofocarse más de una vez, acababa de tomar por amante a un obrerillo disfrazado de preceptor. Y para que no faltase nada al despecho del señor director del asilo, la señora de Renal adoraba a su amante.

-Y el caso es -añadía la doncella con un suspiro- que el señor Julien no se ha molestado lo más mínimo en hacer tal conquista, ni en su trato con la señora ha abandonado un momento su frialdad habitual.

Elisa había tenido la confirmación de sus sospechas en el campo, pero suponía

que la intriga databa de mucho más atrás.

-Sin duda, por esto se negó a casarse conmigo -añadió con despecho-. ¡Y yo, estúpida de mí, que iba a consultar a la señora de Rénal y le rogaba que hablase al preceptor!

Aquella misma noche, el señor de Rénal recibió de la ciudad, junto con el periódico, una larga carta anónima en la que se le informaba con todo detalle de lo que estaba ocurriendo en su casa. Julien advirtió que palidecía al leer aquella carta, escrita en papel azulado, y le dirigía miradas aviesas. Durante toda la noche, el alcalde no logró desechar la preocupación que le embargaba; fue en vano que Julien le adulara pidiéndole datos sobre la genealogía de las mejores familias de Borgoña.

Capítulo 20

Los anónimos

*Do not give dalliance
Too much the rein; the strongest oaths are straw
To the fire i' the blood.²³
SHAKESPEARE*

Al salir del salón, a medianoche, Julien tuvo el tiempo justo de decirle a su amiga:
-No nos veamos esta noche, su marido sospecha; juraría que la carta que estaba leyendo tan inquieto era un anónimo.

Afortunadamente, Julien se encerraba con llave en su cuarto. La señora de Renal tuvo la idea absurda de que aquella advertencia era sólo un pretexto para no verla. Perdió por completo la cabeza, y a la hora de costumbre fue a la puerta de su cuarto. Julien, que oyó el ruido en el pasillo, apagó la luz inmediatamente. Notó que alguien hacía esfuerzos por abrir la puerta. ¿Sería la señora de Renal, sería el marido celoso?

Al día siguiente, por la mañana, muy temprano, la cocinera, que protegía a Julien, le llevó un libro, en cuya cubierta leyó estas palabras, escritas en italiano: Guardate alla pagina 130.

Julien se estremeció ante aquella imprudencia, buscó la página ciento treinta y encontró en ella, prendida con un alfiler, la siguiente carta, escrita a toda prisa, empapada de lágrimas y sin el menor rastro de ortografía. Generalmente la señora de Renal la empleaba muy bien, de modo que este detalle le emocionó y le hizo olvidar un poco su tremenda imprudencia.

-¿No has querido verme esta noche? Hay momentos en que me parece que nunca he llegado a leer en el fondo de tu alma. Tus miradas me asustan. Tengo miedo de ti. ¡Dios mío! ¿Será que nunca me has amado? En este caso, que mi marido descubra nuestros amores y que me encierre para siempre en una prisión perpetua, allá en el campo, lejos de mis hijos. Puede que ésta sea la voluntad de Dios. Me moriré pronto. Pero tú serás un monstruo.

»¿Es que no me quieres? ¿Estás cansado de mis locuras, de mis remordimientos, hombre sin piedad? ¿Quieres perderme? Te brindo un medio bien fácil. Enseña esta carta por todo Verriéres, o, mejor, enséñasela solamente al señor Valenod. Dile que te amo; pero no, no profieras semejante blasfemia; dile que te adoro, que yo no había empezado a vivir hasta el día en que te conocí; que ni en los momentos de mayor locura de mi juventud jamás llegué a soñar en la felicidad que te debo; que te he sacrificado mi vida, que te sacrifico mi alma. Tú sabes que te sacrifico mucho más.

»Pero ¿qué sabe de sacrificios un hombre como ése? Dile, díselo para irritarle, que desafío a todos los malvados, y que para mí en el mundo no hay más que una desgracia, la de ver variar de sentimientos al único hombre que me ata a la vida. ¡Qué dicha para mí perderla, ofrecerla en sacrificio, y no temer más por mis hijos!

²³ «No sueltes / demasiado las riendas, que los juramentos más sagrados son paja / para el fuego que corre por la sangre.. La tempestad.

»No te quepa la menor duda, querido amigo, si se ha recibido un anónimo sólo puede ser de ese ser odioso que durante seis años me ha perseguido con su voz grosera, con el relato de sus proezas de jinete, con sus alardes de fatuidad y la eterna enumeración de todos sus atractivos.

»¿Existe un anónimo? De esto quisiera discutir contigo, bribón; pero no, has hecho bien. Estrechándote entre mis brazos, quizá por última vez, no hubiera podido razonar serenamente como lo hago sola. De ahora en adelante, nuestra dicha no será tan fácil. ¿Será una contrariedad para usted? Seguramente, los días en que Fouqué no le haya enviado un libro divertido. El sacrificio está hecho; exista o no el anónimo, mañana le diré a mi marido que yo también he recibido uno y que es menester ponerte un puente de plata, buscar un pretexto decoroso y mandarte inmediatamente con tu familia.

»¡Ay, amigo mío, estaremos separados quince días, quizás un mes! Quiero hacerte justicia, sufrirás tanto como yo. Pero es el único medio de contrarrestar el efecto de ese anónimo, que no es el primero que mi marido recibe, y también a cuenta mía. ¡Pero antes, cómo me reía de ellos!

»Mi plan consiste en hacer creer a mi marido que el autor del anónimo es el señor Valenod; cosa que por mi parte no dudo en absoluto. Si te marchas, no dejes de ir a establecerte en Verrières. Yo me arreglaré de modo que a mi marido se le ocurra que vayamos allí a pasar quince días para demostrar a los necios que no existe la menor frialdad entre nosotros. Una vez en Verrières, haz amistad con todo el mundo, incluso con los liberales. Yo sé que a todas esas señoras les gustará conocerte.

»Y no vayas a enfurruñarte contra el señor Valenod, ni a cortarle las orejas, como decías una vez; por el contrario, sé muy amable con él. Lo esencial es que en Verrières crean que vas a entrar en casa de Valenod o de otro personaje cualquiera para educar a los niños.

»Esto es lo que mi marido no podrá tolerar jamás. Y aun cuando llegara a conformarse, por lo menos te quedarás en Verrières y te veré alguna vez. Mis hijos, que tanto te quieren, irán a verte. ¡Dios santo! Creo que quiero más a mis hijos porque te quieren. ¡Qué remordimiento! ¿Cómo acabará todo esto?... Me confundo... En fin, tú ya comprendes cuál debe ser tu conducta; sé amable, cortés, nada despreciativo con estos personajes groseros; te lo pido de rodillas; van a ser los árbitros de nuestra suerte. No te quepa la menor duda de que mi marido se conformará en lo que a ti respecta con lo que prescriba la opinión pública.

»Tú mismo vas a proporcionarme el anónimo; ármate de paciencia y de unas tijeras. Corta de un libro las palabras que yo te diga, pégalas luego con un poco de cola en esta hoja de papel azulado que te mando; procede del señor Valenod. Como es seguro que harán un registro en tu cuarto, quema las páginas del libro mutilado. Si no encuentras las palabras completas, ten la paciencia de formarlas letra por letra. Para ahorrarte trabajo, he hecho la carta muy corta. Si no me amas como yo a ti, ¡qué larga debe parecerse la mía!»

Carta anónima

-Señora:

»Todos sus manejos han sido descubiertos; pero las personas a quienes interesa evitarlos están advertidas. Por un resto de simpatía hacia usted, le aconsejo que se aparte

totalmente del pequeño campesino. Si es usted lo bastante sensata para hacerlo, su marido creará que el aviso que recibió es mentira, y nadie le sacará de su error. Piense usted que soy dueño de su secreto; tiemble, desgraciada; ha llegado el momento de que yo la vea andar más derecha que un palo.»

«Cuando hayas pegado las palabras que componen esta carta (¿reconoces en ella la manera de hablar del director?), sal de tu habitación, que yo marcharé a tu encuentro.

»Iré al pueblo y volveré con el semblante descompuesto; por dentro lo estaré realmente. ¡Dios santo! A lo que me atrevo, y todo porque tú has creído adivinar la existencia de un anónimo. En fin, con un aspecto desolado le enseñaré esta carta a mi marido, diciéndole que me la entregó un desconocido. Tú vete a pasear con los niños por el camino de los grandes bosques, y no vuelvas hasta la hora de comer.

»Desde lo alto de las rocas puedes divisar la torre del palomar. Si nuestros asuntos van bien, pondré en ella un pañuelo blanco; en caso contrario, no verás nada.

»Ingrato, ¿tu corazón no será capaz de hallar un medio de decirme que me quieres antes de salir de paseo? Ocurra lo que ocurra, puedes estar seguro de una cosa: no podré sobrevivir un día a nuestra separación definitiva. ¡Soy una mala madre! Acabo de escribir dos palabras vanas, querido Julien. No las siento; en este momento no puedo pensar más que en ti, y las he escrito sólo para que tú no me condenes. Ahora que me veo a punto de perderte, ¿a qué viene disimular? ¡Sí! ¡Que mi alma te parezca atroz, pero que no mienta delante del hombre que adoro! Demasiado he engañado ya en mi vida. Te perdono si no me quieres ya. No tengo tiempo de releer mi carta. Me parece muy poco pagar con la vida los días felices que acabo de pasar en tus brazos. Ya sabes tú que me han de costar mucho más.»

Capítulo 21

Diálogo con un amo

*Alas, our frailty is the cause, not we;
For such as we are made of, such we be.*²⁴
SHAKESPEARE

Con un placer infantil, Julien estuvo reuniendo palabras durante una hora. Al salir de su cuarto encontró a sus discípulos con su madre, que cogió la carta con una sencillez y un valor tan sereno que le asustaron.

-¿Está bien seca la cola? -le dijo.

«¿Es ésta la mujer a quien enloquecía el remordimiento? -pensó él-. ¿Cuáles son sus proyectos en este momento?» Era demasiado orgulloso para preguntárselo; pero quizá nunca le había gustado más.

-Si la cosa sale mal -añadió ella con la misma sangre fría- lo quitarán todo. Entierra esto en algún rincón del monte; quizá sea mi único recurso algún día.

Le entregó un estuche de piel roja lleno de oro y unos cuantos brillantes.

-Ahora, vete -le dijo.

Besó a los niños y, al pequeño, dos veces. Julien seguía inmóvil. Ella se alejó con paso rápido y sin mirarle.

Desde el momento en que abrió el anónimo, la existencia del señor de Rénal se había convertido en un suplicio. No se había sentido tan agitado desde que estuvo a punto de tener un duelo en 1816, y, para hacerle justicia, la perspectiva de recibir un balazo no le había hecho tan desgraciado. Examinaba la carta por todas partes. «Parece letra de mujer», se decía. Pero en este caso, ¿quién la había escrito? Pasaba revista a todas las mujeres que conocía en Verrières, sin poder precisar sus sospechas. «¿Será un hombre el que ha dictado esta carta? Pero entonces, ¿quién puede ser ese hombre?» Y la misma incertidumbre; era envidiado y, sin duda, odiado por la mayor parte de los que conocía. «Tengo que consultar a mi mujer», se dijo, por la fuerza de la costumbre, levantándose de la butaca en que estaba hundido.

Pero apenas se levantó, se dijo, dándose una palmada en la frente:

«¡Santo Dios! Precisamente de ella es de quien debo desconfiar más. En este momento es mi enemigo.»

Y sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia.

Como justa compensación de la sequedad de corazón que constituye todo el sentido práctico provinciano, los dos hombres a quienes en aquel momento temía más el señor de Rénal eran sus dos más íntimos amigos.

«Aparte de éstos, quizá tenga diez amigos más -y los repasaba en su mente, calculando el grado de consuelo que cada uno de ellos podría proporcionarle-. ¡A todos, a todos, les divertirá extraordinariamente mi desdichada aventura!», se dijo con rabia. Por fortuna, se creía, y no sin razón, muy envidiado. Además de su soberbia casa de la

²⁴ .¡AY, que la culpa no es nuestra, sino de nuestra fragilidad, pues así somos, tal como hemos sido creados!» La duodécima noche.

ciudad, honrada para siempre con el reciente alojamiento del rey de..., su castillo de Vergy estaba muy bien arreglado. La fachada estaba pintada de blanco, y las ventanas, guarnecidas con hermosas persianas verdes. Por un momento, la idea de tal magnificencia le proporcionó algún consuelo. Lo cierto es que aquel castillo se divisaba desde tres o cuatro leguas de distancia, con gran detrimento de todas las casas de campo o sedicentes castillos de los alrededores, que conservaban el humilde color gris que les había dado la pátina del tiempo.

El señor de Rénal podía contar con las lágrimas y la compasión de uno de sus amigos, el mayordomo de la parroquia; pero era un imbécil que lloraba por todo. Y, sin embargo, aquel hombre era su único recurso.

«¡Qué desgracia es comparable a la mía! -exclamó con ira-. ¡Qué aislamiento!»

«¡Es posible -decíase aquel hombre digno de lástima-, es posible que no tenga un amigo a quien pedir consejo en mi desgracia, porque mi razón se extravía, me doy cuenta! ¡Ah, Falcoz! ¡Ah, Ducros!», exclamó con amargura. Eran los nombres de dos amigos de la niñez, que se apartaron de él en 1814 por su altanería. No eran nobles, y quiso dejar de tratarlos en el plano de igualdad en que habían vivido desde la infancia.

Uno de ellos, Falcoz, hombre de talento y de corazón, comerciante de papel en Verrières, había comprado una imprenta en la capital del departamento y publicaba un periódico. La congregación resolvió arruinarle; su periódico fue prohibido y le retiraron la licencia de impresor. En tan tristes circunstancias acudió al señor de Rénal, y le escribió una carta por vez primera después de diez años. El alcalde de Verrières creyó su deber contestarle en antiguo romano: «Si el ministro del rey me hiciese el honor de consultarme, le diría: Arruinad a todos los impresores de provincias, y que la imprenta sea un monopolio como el tabaco». Ahora el señor de Rénal recordaba con horror aquella carta dirigida a un íntimo amigo, y que cuando fue escrita causó la admiración de todo Verrières. «¿Quién había de decirme que con mi posición, mi fortuna, mis condecoraciones, llegaría un día en que me arrepentiría de ella?» Presa de esos arrebatos de cólera, unas veces contra sí mismo y otras contra todo lo que le rodeaba, pasó una noche horrible; pero, afortunadamente, no se le ocurrió espiar a su mujer.

«Estoy acostumbrado a Louise -se decía-, ella conoce todos mis asuntos; aunque pudiera volver a casarme mañana, no encontraría con quien sustituirla.» Entonces se complacía en la idea de que su mujer era inocente; esta manera de ver no le obligaba a demostrar firmeza de carácter, y le convenía mucho más. ¡Cuántas mujeres no han sido calumniadas!

«¡Pero, cómo! -exclamó de repente, mientras paseaba con paso convulsivo-; ¿acaso puedo tolerar que se burle de mí con su amante, como si yo fuese un don nadie, un pobre diablo? ¿Voy

a convertirme en la comidilla de todo Verrières por mi tolerancia? ¡Lo que se ha llegado a decir del pobre Charmier! -un marido notoriamente engañado de aquella región-. ¿Acaso no es cierto que cuando alguien le nombra todo el mundo sonríe? Es un buen abogado y, sin embargo, ¿quién alude jamás a su talento oratorio? ¡Ah, Charmier!, dicen, Charmier el de Bernard. Y le llaman así por el nombre del que causa su afrenta.»

«Gracias a Dios -se decía el señor de Renal en otros momentos-, no tengo hijas, y el castigo que yo imponga a la madre no ocasionará el menor perjuicio al porvenir de mis hijos; puedo sorprender a ese pequeño campesino con mi mujer y matarlos a los dos. En este caso, lo trágico de la aventura borrará el ridículo -esta idea le gustó; la estudió con

todo detalle-. El Código Penal está de mi parte, y en todo caso nuestra congregación y mis amigos del jurado me salvarán.» Examinó su cuchillo de caza, que estaba muy afilado, pero la idea de la sangre le dio miedo.

«Puedo moler a palos a ese preceptor sinvergüenza y echarle de mi casa; pero ¡qué escándalo en Verrières y en todo el departamento! Después de la condena del periódico de Falcoz, cuando su redactor jefe salió de la cárcel, yo contribuí a que perdiera su cargo de seiscientos francos. Dicen que ese escritorzuelo se atreve a presentarse otra vez en Besancon; con un poco de habilidad, puede difamarme de modo que me sea imposible demandarle ante los tribunales. Demandarle ante los tribunales... Este insolente insinuará de mil maneras que ha dicho la verdad. Un noble como yo, que sabe mantener su rango, tiene asegurado el odio de todos los plebeyos. Vería mi nombre en esos horribles diarios de París; ¡Dios mío!, ¡qué horror! Ver el antiguo nombre de Rénal encenagado y cubierto de ridículo... Si alguna vez viajo, tendré que cambiar de nombre; ¡qué digo!, renunciar a este nombre que constituye toda mi fuerza y todo mi orgullo. ¡Qué miseria tan grande!

»Si no mato a mi mujer y la echo de mi casa ignominiosamente, su tía de Besancon la amparará y le dará toda su fortuna. Mi mujer se irá a vivir a París con Julien; se sabrá en Verrières, y encima me tomarán por tonto.» Al ver que la lámpara daba una luz muy pálida, se dio cuenta, el desgraciado, de que amanecía. Salió al jardín en busca de un poco de aire fresco. En aquel instante estaba casi resuelto a no dar el menor escándalo, sobre todo para evitar que sus buenos amigos de Verrières se divirtiesen a costa suya.

El paseo por el jardín le calmó un tanto. «No -exclamó-, no quiero prescindir de mi mujer, me es demasiado útil.» Pensó, con horror, en lo que sería su casa sin su mujer; no tenía otro pariente que la marquesa de R..., vieja, estúpida y mala.

Se le ocurrió una idea sumamente sensata, pero su ejecución requería una firmeza de carácter muy superior a la que el pobre hombre poseía. «Si me quedo con mi mujer -se dijo-, me conozco, cualquier día que me haga perder la paciencia por cualquier cosa, le echaré en cara su falta. Ella es orgullosa, reñiremos y todo esto ocurrirá antes de que haya heredado de su tía. ¡Cómo se burlarían entonces de mí! Mi mujer quiere a sus hijos, y a fin de cuentas todo irá a parar a ellos. Pero yo sería la comidilla de todo Verrières. Todos dirían: "¡Ni siquiera ha sabido vengarse de su mujer!". ¿No sería mejor quedarse con la sospecha y no tratar de aclarar nada? Pero entonces me ato las manos y no podré reprocharle nada en lo sucesivo.»

Un instante después, el señor de Renal, acuciado por la vanidad herida, recordaba laboriosamente todas las razones que había oído alegar en el billar del Casino o el Círculo Noble de Verrières, cuando algún chismoso interrumpía la partida para divertirse a costa de algún marido engañado. ¡Qué crueles le parecían en aquel momento aquellas bromas!

«¡Dios mío! ¡Por qué no se habrá muerto mi mujer! Entonces no estaría expuesto al ridículo. ¿Por qué no me quedo viudo? Me iría a París a pasar seis meses entre la mejor sociedad.» Pasado este momento de alegría que le había proporcionado la idea de la viudez, volvió a pensar en los medios de cerciorarse de la verdad. A medianoche, cuando todo el mundo estuviera acostado, extendería una ligera capa de salvado delante de la puerta de Julien. Al día siguiente, por la mañana, vería si habían quedado marcadas las huellas de sus pasos.

«Pero esto no sirve para nada -exclamó de pronto con ira-, esa buena pieza de

Elisa lo advertiría, e inmediatamente se sabría en toda la casa que estoy celoso.»

En otra historieta de las que contaban en el Casino, un marido había adquirido la certeza de su desgracia sellando con un cabello pegado con cera las puertas del cuarto de su mujer y del galán.

Después de tantas horas de incertidumbre, este medio de aclarar su suerte le pareció, decididamente, el mejor, y ya iba pensando en la manera de ponerlo en práctica, cuando, en uno de los recodos de la avenida, se encontró con aquella mujer que hubiera querido ver muerta.

Volvía del pueblo. Había ido a oír misa a la iglesia de Vergy. Una tradición, muy poco verosímil a los ojos de un filósofo escéptico, pero que para ella era artículo de fe, pretende que la pequeña iglesia que hoy se utiliza era la capilla del castillo del señor de Vergy. Esta idea obsesionó a la señora de Rénal todo el tiempo que pasó rezando en la iglesia. Se figuraba a cada momento que su marido mataba a Julien, simulando un accidente de caza, y que luego, por la noche, la obligaba a comer el corazón de su amante.

«Mi suerte -se dijo- depende de lo que va a pasar mientras me escuche. Pasado este cuarto de hora fatal, quizá no vuelva a tener ocasión de hablarle. No se trata de una persona sensata, gobernada por la razón. De ser así, con mis cortas luces podría prever lo que hará o dirá. A él le toca decidir acerca de nuestro destino común; está en su poder hacerlo. Pero este destino depende de mi habilidad, del arte con que sepa encauzar las ideas de este hombre caprichoso, a quien ciega la cólera y no ve la mitad de las cosas. ¡Dios mío! Necesito talento y sangre fría, ¿de dónde los sacaré?»

Recobró la calma como por encanto al entrar en el jardín y . ver de lejos a su marido. Sus cabellos y su traje en desorden demostraban que no había dormido.

Ella le alargó una carta abierta, pero doblada. Él, sin abrirla, miraba a su mujer con ojos de loco.

-Ahí tiene una abominación -le dijo- que un hombre de mala facha, que pretende conocerle y deberle mucho agradecimiento, me ha entregado cuando yo pasaba por detrás del jardín del notario. Exijo una cosa de usted; que inmediatamente, sin dilación, mande a su casa a ese señor Julien.

La señora de Rénal se apresuró a pronunciar esta frase, quizás un poco antes de tiempo, para librarse de la horrible perspectiva de tener que decirla.

Se sintió inundada de alegría al ver la que acababa de proporcionar a su marido. En la expresión de sus ojos, que la miraban fijamente, comprendió que Julien había sido buen adivino. En vez de afligirse por aquella desgracia tan auténtica, pensó:

«¡Qué talento! ¡Qué tacto perfecto! ¡Y esto en un joven sin experiencia alguna! ¿Adónde no llegará? ¡Ay! Entonces sus éxitos le harán olvidarme».

Este pequeño acto de admiración por el hombre que adoraba le hizo perder toda su turbación y la tranquilizó por completo.

Se felicitó a sí misma por su resolución. «No he sido indigna de Julien», se dijo con dulce e íntima voluptuosidad.

Sin decir una palabra, por miedo de comprometerse, el señor de Rénal examinaba el segundo anónimo, compuesto, como recordará el lector, con palabras impresas pegadas sobre un papel de color azulado. «No escatiman medio alguno de burlarse de mí -pensaba el señor de Rénal, abrumado por el cansancio-. ¡Otros nuevos insultos que examinar, y todos por culpa de mi mujer!» Estuvo a punto de injuriarla del modo más grosero; la

perspectiva de la herencia de Besancon le contuvo a duras penas. Devorado por la necesidad de desahogar su rabia con algo, hizo pedazos el papel de este segundo anónimo y se puso a pasear a grandes zancadas; necesitaba alejarse de su mujer. Momentos después, volvió a su lado, ya más tranquilo.

-Hay que tomar una resolución -le dijo ella en el acto-, y despedir a Julien; después de todo, no es más que el hijo de un obrero. Usted le indemniza con unos cuantos ducados y, como es inteligente y culto, pronto encontrará dónde colocarse, por ejemplo, en casa del señor Valenod o del subprefecto Maugiron, que tiene hijos. De este modo no se le ocasiona el menor perjuicio...

-Habla usted como lo que es: como una estúpida -exclamó el señor de Rénal con voz terrible-. ¿Quién puede esperar sentido común en una mujer? Nunca prestan atención a nada razonable; ¿cómo van a saber nada? Su indolencia, su pereza, no les dan actividad más que para cazar mariposas; son ustedes unos seres débiles, y nosotros, unos desgraciados por tenerlas en nuestras familias...

La señora de Rénal le dejó hablar, y el marido habló largo rato; descargaba su furia.

-Hablo -respondió ella por fin- como una mujer ultrajada en su honor, es decir, en lo que tiene de más precioso.

La señora de Rénal hizo alarde de una inalterable sangre fría durante aquella penosa conversación, de la cual dependía la posibilidad de seguir viviendo bajo el mismo techo que Julien. Buscaba las ideas que le parecían más a propósito para encauzar la cólera ciega de su marido. Había permanecido insensible a todas las reflexiones injuriosas que le había dirigido, no las escuchaba, sólo pensaba en Julien. ¿Estará contento de mí?

-Este pequeño campesino a quien hemos colmado de atenciones y hasta de regalos quizá sea inocente -dijo ella, por fin-, pero no por ello deja de ser causa del primer insulto que recibo... Cuando he leído este papel abominable me he jurado a mí misma que él o yo saldríamos de nuestra casa.

-¿Quiere usted dar un escándalo para deshonrarme y deshonrarse usted también? Ya hay demasiada gente complacida en Verrières por causa suya.

-Es cierto, en general todos envidian el estado de prosperidad que su buena administración le ha proporcionado a usted, a su familia y a la ciudad entera... ¡Bueno! Pues entonces voy a decirle a Julien que le pida permiso para pasar un mes con ese comerciante en maderas que vive en la montaña, digno amigo de ese obrerito.

-Se guardará mucho de hacerlo -repuso el señor de Rénal con bastante calma-. Lo primero que le exijo es que no le hable.

Se irritaría y me indispondría con él, y demasiado bien sabe usted hasta qué punto ese caballere te es agudo y suspicaz.

-Este joven no tiene el menor tacto -replicó la señora de Rénal-; puede que sea un sabio, eso usted lo sabrá, pero en el fondo no es más que un rústico aldeano. Confieso que tengo muy mal concepto de él desde que se negó a casarse con Elisa, que era una fortuna segura, y puso como pretexto que, a veces, ésta visitaba, en secreto, al señor Valenod.

-¡Ah! -dijo el señor de Rénal, enarcando desmesuradamente las cejas-. ¿De modo que Julien le ha dicho eso?

-Decirlo claramente no lo ha dicho; siempre me ha hablado de la vocación que siente por el sagrado ministerio; pero créame, la principal vocación de esa gentuza es

tener pan. Y me ha dado a entender bien claramente que no ignoraba esas visitas secretas.

-¡Y yo que las ignoraba! -exclamó el señor de Rénal, recobrando toda su indignación y recalcando sus palabras-. En mi casa ocurren cosas que yo ignoro... ¿De modo que entre Elisa y Valenod ha habido algo?

-¡Bah! Eso es historia antigua, amigo mío -dijo, riendo, la señora de Rénal-, y puede que no haya ocurrido nada malo. Es de aquella época en que su buen amigo Valenod no hubiera visto con malos ojos que se creyese en Verriéres que entre él y yo había un pequeño romance puramente platónico.

-Ya se me ocurrió esta idea una vez -exclamó el señor de Rénal, golpeándose furiosamente la cabeza y haciendo un nuevo descubrimiento tras otro-; ¿y por qué no me dijo nada?

-¿Para qué indisponer a dos amigos por un pequeño ataque de vanidad de nuestro querido director? ¿Qué señora de la buena sociedad no habrá recibido de él algunas cartas extraordinariamente espirituales e incluso un poquito galantes?

-¿Acaso le ha escrito?

-Escribe mucho.

-Enséñeme esas cartas ahora mismo; se lo ordeno -y el señor de Renal se creció por lo menos seis pies.

-Me guardaré muy bien de hacerlo -repuso ella con una dulzura que rayaba en el abandono-, se las enseñaré un día que esté más sereno.

-¡Ahora mismo, pardiez! -exclamó el señor de Rénal ebrio de y, sin embargo, mucho más feliz de lo que había sido durante las últimas horas.

-¿Me promete -le dijo su esposa con la mayor gravedad- no tener nunca una riña con el director del asilo a propósito de esas cartas?

-Tenga riña o no, puedo quitarle sus expósitos; pero -continuó con furor- quiero esas cartas ahora mismo. ¿Dónde están?

-En un cajón de mi escritorio; pero, desde luego, no le daré la llave.

-Haré saltar la cerradura -exclamó él corriendo hacia el cuarto de su mujer.

Saltó, efectivamente, con una barra de hierro la cerradura de un precioso escritorio de caoba traído de París, que frotaba muchas veces con el faldón de su levita cuando creía ver en él alguna mancha.

La señora de Renal subió corriendo los ciento veinte escalones del palomar; ató un pañuelo blanco a uno de los barrotes de hierro de la pequeña ventana. Era la más feliz de las mujeres. Con lágrimas en los ojos, miraba los frondosos bosques de las montañas lejanas. «Seguramente -pensaba-, bajo alguna de esas hayas corpulentas, Julien estará esperando esta feliz señal.» Estuvo escuchando largo rato y acabó maldiciendo el monótono zumbido de las cigarras y el canto de los pájaros. Sin aquel ruido inoportuno, hubiera podido percibir un grito de alegría procedente de aquellas grandes rocas. Su ávida mirada avizoraba aquella inmensa ladera, cubierta de umbrío verdor, lisa como un prado, que formaban las copas de los árboles. «¿Cómo no se le ocurre -se dijo enternecida- inventar alguna señal para indicarme que su dicha es igual a la mía?» No bajó del palomar hasta que tuvo miedo de que su marido fuera a buscarla.

Le encontró furioso. Releía las frases anodinas del señor Valenod, que pocas veces habían sido leídas con tal emoción.

Aprovechando un momento en que las exclamaciones de su marido le dejaban la

posibilidad de hacerse oír, la señora de Rénal le dijo:

-Insisto en mi idea de antes, conviene que Julien emprenda un viaje. Por mucho talento que tenga para el latín, no es más que un campesino que muchas veces resulta grosero y falto de tacto. A diario, para pasar por cortés, me dirige cumplidos exagerados y de mal gusto, que seguramente aprende de memoria de las novelas...

-Si no las lee nunca -exclamó el señor de Rénal-; me he asegurado de ello. ¿Cree que estoy ciego, y que yo, que soy el amo, no sé lo que ocurre en mi propia casa?

-¡Bueno! Pues si no lee en ninguna parte esos cumplidos ridículos será que se los inventa, lo cual es mucho peor para él. Seguramente habrá hablado de mí en Verrières en ese tono... y, sin ir tan lejos -añadió como quien acaba de hacer un gran descubrimiento-, habrá hablado en esta forma delante de Elisa, que es casi como si lo hubiera hecho delante del señor Valenod.

-¡Ah! -exclamó el señor de Rénal, haciendo retemblar la mesa y la habitación entera con uno de los más formidables puñetazos que se hayan dado jamás-, la carta anónima impresa y las cartas de Valenod están escritas en el mismo papel.

«¡Por fin ...!»», pensó la señora de Rénal, mostrándose aterrada ante tal descubrimiento, y, sin valor para articular una palabra más, fue a sentarse en el diván al fondo del salón.

La batalla estaba ya ganada; le costó mucho trabajo impedir que el señor de Rénal fuese a pedirle explicaciones al supuesto autor anónimo.

-¿No comprende que hacerle una escena al señor Valenod, sin tener pruebas suficientes para ello, sería una torpeza insigne? ¿Quién tiene la culpa de que le envidien tanto? Su talento, su Prudente gestión administrativa, el buen gusto de las obras públicas que ha emprendido, la dote que yo traje al casarme con usted y, sobre todo, la cuantiosa herencia que esperamos de mi Pobre tía, cuya importancia suponen infinitamente mayor de lo que en realidad ha de ser, le han convertido en el personaje más Portante de Verrières.

-Se olvida de la estirpe -dijo el señor de Renal, con una leve sonrisa.

-Usted es uno de los caballeros más distinguidos de la provincia -se apresuró a decir la señora de Renal-. Si el rey tuviese libertad de acción y pudiese hacer justicia a su noble cuna, indudablemente figuraría en la Cámara de los Pares, etc. ¿Y con esta posición privilegiada quiere dar motivo para que la envidia se cebe en usted? Hablar de su anónimo al señor Valenod es proclamar en todo Verrières, ¿qué digo?, en Besancon, en toda la provincia, que ese pequeño burgués, admitido quizás imprudentemente en la intimidad de un Rénal, ha sido capaz de ofenderle. Si esas cartas que acaba de descubrir probaran que yo había correspondido al amor del señor Valenod, debería matarme, lo habría merecido cien veces, pero nunca demostrarle su enojo. Piense que todos sus convecinos están esperando un pretexto para vengarse de su superioridad; recuerde que en 1816 intervino en varias detenciones. Aquel hombre refugiado en su tejado...

-¡Estoy pensando que no me tiene la menor consideración ni siente el menor aprecio por mí -exclamó el señor de Rénal, con toda la amargura que le producía aquel recuerdo-, y que no he sido par...!

-Y yo pienso, amigo mío -repuso, sonriendo, la señora de Rénal-, que seré más rica que usted, que hace doce años que soy su compañera y que con todos estos títulos tengo derecho a tener voz en el capítulo y, sobre todo, en el asunto de hoy. Si prefiere al tal Julien -añadió con despecho mal disimulado-, estoy dispuesta a irme a pasar un

invierno en casa de mi tía.

Esta frase fue un acierto. Su tono traslucía una firmeza que trataba de ser cortés; convenció al señor de Renal. Éste, sin embargo, según la costumbre provinciana, continuó hablando todavía durante largo rato, repitiendo todos los argumentos, y su mujer le dejó hablar, aún había cólera en su tono. Por fin, dos horas de inútil palabrería agotaron las fuerzas de un hombre que había pasado la noche dominado por el furor. Fijó la línea de conducta que iba a seguir con el señor Valenod, con Julien y hasta con Elisa.

Por una o dos veces, durante aquella escena decisiva, la señora de Renal estuvo a punto de sentir alguna simpatía por la desgracia real de aquel hombre que durante doce años había sido su amigo. Pero las verdaderas pasiones son egoístas. Además, estaba esperando de un momento a otro que le hablase del anónimo que había recibido la víspera; pero no le dijo una palabra de él. Para su seguridad, a la señora de Rénal le hacía falta saber qué propósitos había sido capaz de inspirar el anónimo a aquel hombre del que dependía su suerte. Pues, en provincias, los maridos son los dueños de la opinión. Un marido que se queja, se cubre de ridículo, cosa cada día menos peligrosa en Francia; pero su mujer, si él no le da dinero, pasa a la condición de obrera de quince céntimos diarios; y aun así las personas decentes sienten grandes escrúpulos en emplearla.

Una odalisca del serrallo tiene que amar al sultán a toda costa; él es todopoderoso, ella no puede tener la menor esperanza de zafarse de su autoridad con una serie de pequeñas estratagemas. La venganza de su dueño y señor es terrible, sangrienta, pero militar, generosa, una puñalada, y acaba todo. En el siglo XIX un hombre mata a su mujer por medio del desprecio público, cerrándole todos los salones.

La señora de Rénal tuvo de pronto plena conciencia de la gravedad del peligro que corría al volver a su cuarto; se quedó atónita al ver el desorden que allí reinaba. Había hecho saltar la cerradura de todos sus lindos cofrecillos; algunas tablas del parquet aparecían levantadas. «¡No hubiera tenido compasión de mí! -pensó-. ¡Estropear así un entarimado de madera barnizada, que le gusta tanto; un hombre que se pone rojo de ira cuando alguno de los niños entra en nuestro cuarto con los zapatos mojados! ¡Y lo ha estropeado por completo!» El espectáculo de aquella violencia acalló rápidamente los últimos reproches que se hacía a sí misma por su rápida victoria.

Poco antes de sonar la campana del almuerzo, Julien volvió con los niños. A los postres, cuando se retiraron los criados, la señora de Rénal le dijo muy secamente:

-Como me había usted dicho que deseaba pasar quince días en Verrières, el señor de Rénal no tiene inconveniente en darle un permiso. Puede usted marcharse cuando quiera. Mas, para que los niños no pierdan el tiempo, le enviarán sus temas todos los días para que usted los corrija.

-Pero tenga en cuenta -agregó el señor de Rénal con acritud- que no le concedo más que una semana.

Julien creyó notar en su fisonomía la inquietud de un hombre profundamente atormentado.

-Todavía no ha tomado una resolución -le dijo su amiga, en un momento en que pudieron hablar a solas en el salón.

La señora de Rénal le contó rápidamente todo lo que había hecho por la mañana.

-Los detalles, para esta noche -añadió, sonriendo. «¡perversidad de mujer! -pensó Julien-. ¡Qué placer, qué instinto las empuja a engañarnos!»

-La encuentro cegada a la vez que iluminada por su amor -le dijo él con alguna

frialdad-; su conducta de hoy es admirable; pero, ¿le parece prudente que tratemos de vernos esta noche? Esta casa está llena de enemigos; piense en el odio apasionado que Elisa siente por mí.

-Este odio se asemeja mucho a la indiferencia apasionada que usted parece sentir por mí.

-Aun cuando me fuera indiferente, debería salvarla del peligro que corre por mi culpa. Si por casualidad el señor de Rénal habla con Elisa, con una sola palabra puede descubrirlo todo. E incluso es capaz de esconderse cerca de mi cuarto, bien armado...

-¡Cómo! Ni siquiera valor -dijo la señora de Rénal con toda la altivez de una mujer noble.

-Nunca me rebajaré a hablar de mi valor -dijo fríamente Julien-, es una bajeza. Que el mundo juzgue los hechos. Pero -añadió, cogiéndole la mano- no puede comprender cuánto la quiero Y cuál es mi alegría al poder despedirme de usted antes de esta cruel ausencia.

Capítulo 22

Modos de obrar en 1830

*La parole a été donnée à l'homme
pour cacher sa pensée.*²⁵
R. P. MALAGRIDA

Apenas llegado a Verrières, Julien se reprochó lo injusto que había sido con la señora de Rénal. «¡Si por debilidad hubiese fracasado su entrevista con el señor de Rénal, la habría despreciado como a una chiquilla! Sale airoso de ella, como el mejor diplomático, y simpatizo con el vencido, que es mi enemigo. En mi modo de proceder hay una gran pequeñez burguesa; ¡mi vanidad se siente molesta porque el señor de Rénal es un hombre! Ilustre y vasta corporación a la que tengo el honor de pertenecer; no soy más que un majadero.»

El padre Chélan había rehusado los alojamientos que los liberales más considerados del país le habían ofrecido a raíz de su destitución de la parroquia. Las dos habitaciones que había alquilado estaban llenas de libros. Julien quiso demostrar en Verrières lo que valía un cura, y se fue a casa de su padre y cogió unas cuantas tablas de abeto, que llevó auestas por la calle mayor. Pidió prestadas las herramientas a un antiguo compañero suyo y pronto tuvo armada una especie de biblioteca, en la que colocó los libros del padre Chélan.

-Te creía corrompido por la vanidad del mundo -le decía el anciano sacerdote, llorando de alegría-; esto hace que te perdone la chiquillada del brillante uniforme de guardia de honor que tantos enemigos te ha acarreado.

El señor de Rénal había ordenado a Julien que se alojara en su casa. Nadie sospechó lo que había pasado. Al tercer día de su llegada, Julien vio subir a su cuarto a un personaje tan ilustre como el subprefecto señor de Maugiron. Después de dos horas largas de insípida palabrería y grandes jeremiadas sobre la maldad de los hombres, la poca honradez de los encargados de la administración de los fondos públicos, los peligros de esta pobre Francia, etc., Julien vio apuntar el verdadero objeto de la visita. Estaban ya en el rellano de la escalera, y el pobre preceptor medio en desgracia acompañaba con el debido respeto al futuro prefecto de algún afortunado departamento, cuando éste se dignó ocuparse de la fortuna de Julien y alabar su moderación en asuntos de interés, etc., etc. Finalmente, el señor de Maugiron, estrechándole entre sus brazos con un aire de lo más paternal, le propuso que dejase al señor de Rénal para entrar en casa de un funcionario que tenía hijos que educar y que, como el rey Luis Felipe, daría gracias al cielo, no tanto por habérselos concedido, como por haberlos hecho nacer en la misma ciudad que el señor Julien. Su preceptor disfrutaría de ochocientos francos de sueldo, pagaderos no por meses, cosa que no es noble, dijo el señor de Maugiron, sino por trimestres y siempre por

²⁵ . «La palabra le fue dada al hombre para ocultar su pensamiento.» El P. Gabriel Malagrida fue un jesuita portugués que, acusado por el marqués de Pombal de ser el instigador del regicidio frustrado contra José I, fue entregado a la Inquisición y condenado a morir en la hoguera en 1759. Véase Menéndez Pelayo, *Heterodoxos españoles*, tomo V, lib. VI, cap. II.

adelantado.

Entonces le llegó el turno a Julien, que desde hacía una hora y media estaba esperando, lleno de hastío, la ocasión de tomar la palabra. Su respuesta fue irreprochable y, sobre todo, larga como un mandamiento judicial; daba a entender todo, pero no decía nada claramente. En ella había respeto hacia el señor de Rénal, veneración por el público de Verrières y agradecimiento al ilustre subprefecto. El tal subprefecto, asombrado de encontrarse con alguien más jesuita que él, trató inútilmente de obtener alguna respuesta más concreta. Julien, encantado, aprovechó la ocasión de ejercitarse, y volvió a empezar desde el principio para contestar lo mismo con distintos términos. Jamás un ministro elocuente, que desea consumir el mayor tiempo posible al final de una sesión en la que la Cámara parece querer despertarse, dijo menos con más palabras. Apenas se fue el señor de Maugiron, Julien soltó la carcajada como un loco. Para aprovechar su verbosidad jesuítica escribió una carta de nueve carillas al señor de Rénal, dándole cuenta de todo lo que le habían dicho y pidiéndole consejo humildemente. «¡Este pícaro se ha guardado muy bien de decirme el nombre de la persona que me hace este ofrecimiento! Seguramente es el señor Valenod, que considera mi destierro en Verrières como una consecuencia de su anónimo.»

Después de enviar esta carta, Julien salió para pedir consejo al padre Chélan, contento como el cazador que a las seis de la mañana de un hermoso día de otoño desemboca en una explanada abundante en caza. Pero antes de llegar a casa del buen sacerdote, el cielo, que no le quería privar de ningún goce, le puso en presencia del señor Valenod, al cual no ocultó que tenía el corazón destrozado; un pobre muchacho como él se debía por entero a la vocación que el cielo había despertado en su corazón, pero en este bajo mundo la vocación no lo es todo. Para trabajar dignamente en la viña del Señor y no ser del todo indigno de tantos y tan sabios colaboradores necesitaba instrucción, necesitaba pasar dos años en el Seminario de Besancon, cosa muy dispendiosa; le era, pues, indispensable -y podía decirse que era en cierto modo una obligación- hacer economías, cosa que le sería mucho más fácil conseguir ganando ochocientos francos, pagados por trimestres, que no con seiscientos, que se le iban de entre las manos de un mes a otro. Pero, por otra parte, el cielo, al colocarle al lado de los jóvenes de Rénal y, sobre todo, al inspirarle un cariño especial hacia ellos, parecía indicarle que no era del caso abandonar su educación para emprender otra...

Julien alcanzó un grado tal de perfección en este género de elocuencia, que ha reemplazado a la rapidez de acción del Imperio, que acabó por aburrirse de sus propias palabras.

Al volver a casa, encontró a un criado del señor Valenod, vestido de gran librea, que le buscaba por toda la ciudad con una invitación para comer aquel mismo día.

Julien no había estado nunca en casa de aquel hombre; pocos días antes, su única obsesión era hallar el medio de darle una paliza sin exponerse a caer en manos de la policía correccional. Aun cuando la hora marcada para la comida era la una, Julien creyó más respetuoso presentarse a las doce y media en el despacho del señor director del asilo. Le encontró dándose importancia entre una multitud de carpetas. Sus grandes patillas negras, su gigantesca cabellera, su gorro griego colocado al desgaire en lo alto de la coronilla, su inmensa pipa, sus zapatillas bordadas, las gruesas cadenas de oro que cruzaban su pecho en todos los sentidos, y todo aquel aparato de financiero provinciano, que se cree hombre favorecido por la fortuna, no lograron impresionar a

Julien; al contrario, pensaba más aún en los palos que le debía.

Solicitó el honor de ser presentado a la señora Valenod; pero ésta se estaba arreglando en aquel momento y no podía recibirle. En compensación, tuvo el privilegio de presenciar cómo se ataviaba el señor director del asilo. Luego pasaron a las habitaciones de la señora Valenod, quien le presentó a sus hijos con lágrimas en los ojos. Esta señora, una de las más importantes de Verrières, tenía una cara ancha y hombruna, que había embadurnado de colorete con ocasión de tan fausto acontecimiento. Durante la entrevista hizo gala de una patética emoción maternal.

Julien pensaba en la señora de Rénal. Su desconfianza impedía que le asaltasen otra clase de recuerdos que los que por contraste acudían a su mente, pero en este caso le emocionaban profundamente. Este estado de espíritu se exacerbó ante el aspecto de la casa del director del asilo. Se la hicieron visitar. Todo era nuevo y magnífico, y le informaron del precio de cada mueble. Pero Julien le encontraba algo innoble que olía a dinero robado. Todo el mundo, incluso los criados, daba la impresión de andar con mucho aplomo para precaverse de un posible desprecio.

Acompañados de sus mujeres, llegaron: el recaudador de contribuciones, el de los impuestos indirectos, el jefe de la gendarmería y otros dos o tres funcionarios públicos. Les siguieron algunos liberales ricos. Anunciaron la comida. Julien, ya muy mal dispuesto, empezó a pensar que del otro lado de la pared del comedor estarían los pobres detenidos, de cuyas raciones de carne habían sisado tal vez para adquirir todo aquel lujo de mal gusto con el que querían deslumbrarle.

«Es posible que tengan hambre en este momento», se dijo a sí mismo; y sintió un nudo en la garganta que le impidió tragar bocado y casi le quitó el uso de la palabra. Lo peor fue cuando, un cuarto de hora después, se oyeron a lo lejos los acordes de una canción popular y, hay que reconocerlo, algo canalla, que cantaba uno de los reclusos. El señor Valenod dirigió una mirada a uno de sus criados con librea de gala, que desapareció, y al poco rato dejó de oírse la canción. En aquel momento, un criado ofrecía a Julien vino del Rin en una copa de cristal verde, y la señora Valenod se esforzaba en hacerle notar que aquel vino costaba a nueve francos la botella en la bodega. Julien, con su vaso verde en la mano, dijo al señor Valenod:

-Ya no se oye cantar esa canción canalla.

-¡Claro que no! -respondió el director, triunfante-. He mandado imponer silencio a los mendigos.

Aquella frase fue demasiado fuerte para Julien; había adquirido los modales, pero no el corazón de su estado. A pesar de toda su hipocresía, puesta en práctica con tanta frecuencia, sintió que una gruesa lágrima le resbalaba por la mejilla.

Trató de ocultarla con su copa de cristal verde, pero le fue absolutamente imposible hacer honor al vino del Rin. «¡Impedirle cantar! -se decía-. ¡Dios mío, y tú lo permites!»

Por fortuna, nadie se dio cuenta de su emoción de mal tono. El recaudador de contribuciones había entonado una canción realista. Y durante el alboroto del estribillo, cantado a coro, la conciencia de Julien le decía: «¡Ésa será la cochina fortuna que alcances, y sólo podrás disfrutarla en estas condiciones y en semejante compañía! Quizá logres un puesto de veinte mil francos, pero mientras te atraques de manjares, tendrás que prohibirle que cante a un pobre prisionero; darás grandes banquetes con el dinero que hayas robado de su miserable pitanza, y mientras tú comes, él será aún más desgraciado...

¡Oh, Napoleón! ¡Qué hermoso era en tu tiempo alcanzar la fortuna arrojando los peligros de una batalla; pero aumentando cobardemente el dolor del desgraciado...!».

Confieso que la debilidad de que Julien da muestras durante este monólogo me hace tener muy pobre opinión de él. Sería digno compañero de estos conspiradores de guante amarillo que pretenden cambiar la manera de ser de un gran país y no quieren tener que reprocharse ni el más pequeño arañazo.

Julien se dio cuenta bruscamente de que tenía que representar su papel. No le habían invitado a comer en tan buena compañía para que estuviese soñando y sin decir una palabra.

Un fabricante de telas estampadas retirado, miembro correspondiente de la academia de Besancon y de la de Uzés, le dirigió la palabra, desde el otro extremo de la mesa, para preguntarle si era cierto lo que se contaba de sus sorprendentes progresos en el estudio del Nuevo Testamento.

De repente se hizo el más profundo silencio; un Nuevo Testamento en latín apareció como por encanto en las manos del docto miembro de las dos academias. Ante la respuesta de Julien, se leyó al azar media frase en latín. Él recitó: su memoria no le hizo traición, y aquel prodigio fue admirado con el ruidoso entusiasmo propio del final de una comida. Julien miraba las caras encendidas de las damas; algunas no estaban mal. Se fijó en la mujer del filarmónico recaudador.

-Me da vergüenza, en realidad, estar tanto tiempo hablando en latín delante de estas señoras -dijo, mirándola-. Si el señor Rubigneau -éste era el miembro de las dos academias- tiene la bondad de leer cualquier frase latina, en vez de contestarle siguiendo el texto en latín, trataré de traducirlo sobre la marcha.

Esta segunda prueba fue la culminación de su triunfo.

Estaban presentes varios liberales ricos, pero padres venturosos de hijos susceptibles de conseguir becas y, por esta circunstancia, convertidos súbitamente desde la última misión. A pesar de este rasgo de fina política, el señor de Renal nunca quiso recibirlos en su casa. Estas buenas gentes, que sólo conocían de oídas a Julien y por haberle visto a caballo el día de la entrada del rey de..., eran sus más entusiastas admiradores. «¿Cuándo se cansarán esos necios de escuchar el estilo bíblico, del que no entienden una palabra?», pensaba. Por el contrario, aquel estilo les divertía por lo raro y les hacía reír. Pero Julien se cansó.

A las seis en punto se levantó con gravedad, alegando un capítulo de la nueva teología de Ligorio que tenía que aprender de memoria para recitárselo al día siguiente al padre Chélan. «Pues mi oficio -añadió con gracia- es hacer recitar lecciones y recitarlas yo.»

Se rieron mucho, le admiraron; tal es el espíritu de Verrières. Julien estaba de pie y todo el mundo se levantó, a pesar de las conveniencias; tal es el imperio del talento. La señora Valenod le retuvo un cuarto de hora más; quería a toda costa que oyese recitar a los niños su lección de catecismo. Se equivocaron de la manera más cómica, de lo que sólo él se dio cuenta. Pero tuvo buen cuidado de callarse. «¡Qué ignorancia de los principios más elementales de la religión!», pensaba. Saludó al fin, creyendo poder escapar; pero tuvo que soportar una fábula de La Fontaine.

-Este autor es muy inmoral -le dijo Julien a la señora Valenod-; cierta fábula sobre maese Jean Chouart pone en ridículo las cosas más respetables. Ha sido objeto de las más severas censuras por los mejores comentaristas.

Julien recibió, antes de marcharse, cuatro o cinco invitaciones para cenar. «Este joven honra el departamento», afirmaron a grandes voces y todos a un tiempo los invitados, que estaban muy alegres. Llegaron a hablar incluso de asignarle una pensión con cargo a los fondos comunales para facilitarle los medios de continuar sus estudios en París.

Mientras esta imprudente idea resonaba en el comedor, Julien ganó con presteza la puerta cochera. «¡Ah! ¡Canalla! ¡Canalla!», exclamó dos o tres veces en voz baja, disfrutando del placer de respirar el aire fresco.

En aquel momento se sentía muy aristócrata, él, que durante tanto tiempo se había sentido molesto por la sonrisa desdeñosa y la superioridad altiva que descubría en el fondo de todas las muestras de cortesía de que era objeto en casa del señor de Rénal. No pudo evitar advertir que había una extraordinaria diferencia entre unos y otros. «¡Olvidemos por un momento -se decía al alejarse- que se trata de dinero robado a los pobres detenidos, a quienes, por si. esto fuera poco, les prohíben cantar! ¿Pero cuándo se le ha ocurrido al señor de Rénal decir a sus invitados el precio de cada botella de vino que les sirve? Y este señor Valenod no hace más que repetir hasta la saciedad la enumeración de todas sus propiedades, y delante de su mujer no puede hablar de su casa o de sus fincas, sin decir siempre tu casa, tu finca.»

Aquella dama, tan sensible en apariencia al placer de la propiedad, acababa de montar un espectáculo vergonzoso, durante la comida, a un criado que había roto una copa y descabalado una de sus docenas; y el criado le había contestado con la mayor insolencia.

«¡Qué gente! -se decía Julien-; aunque me dieran la mitad de todo lo que roban, no quisiera vivir con ellos. Un buen día me traicionaría, no podría contener la expresión del desprecio que me inspiran.»

Sin embargo, para seguir las instrucciones de la señora de Renal, tuvo que asistir a varias cenas del mismo género; Julien se puso de moda; le perdonaron su uniforme de guardia de honor, o más bien esta imprudencia era la verdadera causa de su éxito. A los pocos días nadie se ocupaba de otra cosa en Verrières que de saber quién vencería en la lucha por conseguir al joven sabio, si el señor de Renal o el director del asilo. Estos señores formaban, con el señor Maslon, un triunvirato que desde hacía muchos años tiranizaba la ciudad. El alcalde era envidiado; los liberales tenían motivos de queja contra él; pero, después de todo, era noble y estaba hecho para mandar, mientras que el padre del señor Valenod no le había dejado a su hijo ni seiscientas libras de renta. Había pasado de inspirar compasión por el traje verde manzana que todos le conocieran en su juventud, a despertar la envidia por sus caballos normandos, sus cadenas de oro, sus trajes traídos de París, toda su prosperidad actual.

En medio del torbellino de aquel mundo nuevo para Julien, creyó descubrir a un hombre honrado; era geómetra, se llamaba Gros y pasaba por jacobino. Como Julien se había dedicado a no decir nunca más que cosas que a él mismo le parecían falsas, se vio obligado a mantener una actitud recelosa con el señor Gros. Recibía de Vergy grandes paquetes de ejercicios. Le aconsejaban que viese a menudo a su padre, y tuvo que conformarse con aquella triste necesidad. En una palabra, estaba rehaciendo su reputación, de la mejor manera posible, cuando una mañana se despertó, sorprendido, al sentir unas manos que le tapaban los ojos.

Era la señora de Rénal, que había hecho un viaje a la ciudad y que, dejando a sus

hijos entretenidos con su conejo favorito, que se habían llevado en el viaje, había subido las escaleras de cuatro en cuatro para llegar al cuarto de Julien un minuto antes que ellos. Fue un momento delicioso, pero corto: la señora de Renal había desaparecido cuando los niños llegaron a su cuarto con el conejo, que querían enseñar a su amigo. Julien les hizo a todos una inmejorable acogida, incluso al conejo. Le parecía que recobraba a su familia; sintió que quería a aquellos niños, que era un placer para él charlar con ellos. Estaba sorprendido de la dulzura de su voz, de la sencillez y la nobleza de sus pequeños modales; necesitaba limpiar su imaginación de todas las maneras vulgares, de todos los pensamientos desagradables cuyo ambiente respiraba en Verrières. Siempre el mismo temor a no conseguir su objeto, siempre el lujo y la miseria en lucha despiadada. Las gentes con quienes comía le hacían confianzas a propósito del asado, que eran humillantes para ellos y nauseabundas para quienes las escuchaban.

-Vosotros los nobles tenéis razón para ser orgullosos -le decía a la señora de Rénal. Y le contaba todas las cenas que había tenido que soportar.

-¡Está, pues, de moda! -Y se reía de buena gana, pensando en el colorete que la señora Valenod se creía en la obligación de ponerse cuando esperaba a Julien-. Me parece que se hace ilusiones respecto a su corazón -añadía.

El almuerzo fue delicioso. La presencia de los niños, aunque molesta en apariencia, en el fondo contribuyó a la felicidad de todos. Esos pobres niños no sabían cómo demostrar su alegría por volver a ver a Julien. Los criados no habían dejado de contarles que le ofrecían doscientos francos más por educar a los pequeños Valenod.

En medio del almuerzo, Stanislas-Xavier, todavía pálido después de su grave enfermedad, preguntó de repente a su madre cuánto valían su cubierto y el cubilete de plata en que bebía.

-¿Por qué preguntas eso?

-Quiero venderlos para darle su importe al señor Julien y que no haga el primo si se queda con nosotros.

Julien le besó con lágrimas en los ojos. Su madre lloraba francamente, mientras Julien, que había sentado sobre sus rodillas al pequeño Stanislas, le explicaba que no debía emplear aquella expresión hacer el primo en aquel sentido, pues era una manera de hablar propia de un lacayo. Viendo el placer que causaba a la señora de Renal, trató de explicar a los niños con ejemplos divertidos y pintorescos lo que era hacer el primo.

-Ya comprendo -dijo Stanislas-, es el cuervo que hace la tontería de dejar caer el queso para que lo coja el zorro, que era un adulador.

La señora de Rénal, loca de alegría, cubría de besos a sus hijos, cosa que no podía hacer sin apoyarse en Julien.

De repente se abrió la puerta; era el señor de Renal. Su fisonomía severa y disgustada ofrecía un extraño contraste con la dulce alegría que había interrumpido su aparición. La señora de Renal se puso pálida; se sentía absolutamente incapaz de negar nada. Julien tomó la palabra y, en voz muy alta, se puso a contar al señor alcalde la ocurrencia del cubilete de plata que Stanislas quería vender. Estaba seguro de que aquella historia sería mal acogida. El primer impulso del señor de Rénal fue fruncir el entrecejo, cosa que hacía por costumbre al oír la palabra plata. »La mención de ese metal -solía decir- implica siempre un atentado contra mi bolsillo.»

Pero en este caso había más que el interés del dinero; había un aumento de sus sospechas. El aire de contento que animaba a su familia durante su ausencia no era el más

a propósito para arreglar las cosas en el espíritu de un hombre dominado por una vanidad tan quisquillosa. Al oír que su mujer elogiaba el modo lleno de gracia y de talento con que Julien daba ideas nuevas a sus discípulos, dijo:

-¡Sí, sí, ya lo sé, me hace antipático a mis hijos; para él es bien fácil ser cien veces más amable que yo, que en el fondo soy el amo! Todo tiende en este siglo a hacer odiosa la autoridad legítima. ¡Pobre Francia!

La señora de Renal no se paró a analizar los matices de la acogida que le dispensaba su marido. Acababa de entrever la posibilidad de pasar doce horas con Julien. Tenía que hacer una infinidad de compras y declaró que estaba absolutamente decidida a cenar en la taberna; pese a todas las objeciones y reparos de su marido, se mantuvo firme en su decisión. Los niños estaban encantados con sólo oír la palabra taberna, que la gazmoñería moderna pronuncia con tanto gusto.

El señor de Renal dejó a su mujer en la primera tienda de novedades en que entró, para irse a hacer unas cuantas visitas. Volvió más taciturno que por la mañana; estaba convencido de que toda la ciudad se ocupaba de él y de Julien. De hecho, nadie le había dejado entrever el aspecto ofensivo de las habladurías de la gente. Las que le repitieron al señor de Renal sólo se ocupaban de si Julien se quedaría en casa del alcalde con seiscientos francos o aceptaría los ochocientos ofrecidos por el señor director del asilo.

Éste, que se encontró con el señor de Rénal en una visita, se hizo el indiferente. Tal conducta no dejaba de ser hábil; en provincias hay poco aturdimiento: las sensaciones son tan raras que suelen cultivarse muy cuidadosamente.

El señor Valenod era lo que se llama a cien leguas de París un fanfarrón, clase de personas de natural desvergonzado y grosero. Su existencia triunfante, desde 1815, había reforzado sus bellas disposiciones. Reinaba, por decirlo así, en Verrières, a las órdenes del señor de Renal; pero como era mucho más activo, no se avergonzaba de nada y se metía en todas partes, yendo y viniendo sin cesar, y escribiendo, hablando, olvidando las humillaciones, sin dar muestras de la menor pretensión personal, había logrado igualar el crédito de que gozaba el alcalde ante el poder eclesiástico. El señor Valenod vino a decir a los tenderos del país: «Dadme los dos más tontos»; a la gente de leyes: «Indicadme los dos más ignorantes»; a los médicos: «Designad a los dos más charlatanes». Cuando tuvo reunidos a los más sinvergüenzas de cada profesión, les dijo: «Reinemos juntos».

Las maneras de aquella gentuza no podían menos que ofender al señor de Rénal. La grosería del señor Valenod no se ofendía por nada, ni siquiera por los desmentidos que el padre Maslon no se recataba de dirigirle en público.

Pero, en medio de aquella prosperidad, el señor Valenod sentía la necesidad de defenderse, con pequeñas insolencias de detalle, contra las grandes verdades que comprendía que todo el mundo tenía derecho a decirle. Después del miedo que le había hecho pasar la visita del señor Appert, su actividad se había redoblado; había hecho tres viajes a Besancon; expedía varias cartas en todos los correos; remitía otras por medio de desconocidos que pasaban por su casa a la caída de la tarde. Quizás había sido un error la destitución del viejo padre Chélan; pues aquel paso vengativo le atrajo las antipatías de algunas devotas de buena familia que le consideraban un auténtico malvado. Además, aquel favor le había puesto bajo la más absoluta dependencia del vicario general de Frilair, que le encomendaba las más extrañas gestiones. Tal era su política, cuando cedió al placer de escribir un anónimo. Para colmo de dificultades, su mujer le comunicó que quería a Julien en su casa; había puesto su vanidad en ello.

En esta situación, el señor Valenod preveía una escena decisiva con su antiguo aliado el señor de Rénal. Poco le importaban las palabras gruesas que le dirigiría; pero podía escribir a Besancon e incluso a París. Un sobrino de cualquier ministro podía caer en Verrières y hacerse cargo del asilo de mendigos. El señor Valenod pensó en acercarse a los liberales: por esta razón había invitado a varios a la comida en que Julien recitó. Hubiera contado con un poderoso apoyo contra el alcalde. Pero podían llegar unas elecciones, y era evidente que el asilo y un voto en contra eran incompatibles. La explicación de toda esta política, que la señora de Rénal había adivinado con acierto, fue el tema de la conversación que sostuvo con Julien, mientras, cogida de su brazo, iba de tienda en tienda, hasta que poco a poco llegaron distraídamente al Paseo de la Fidelidad, donde pasaron algunas horas casi tan tranquilos como en Vergy.

Mientras tanto, el señor Valenod trataba de rehuir una escena decisiva con su antiguo jefe, adoptando con él un aire audaz. Aquel día el sistema dio resultado, pero aumentó el mal humor del alcalde.

Nunca la vanidad, en lucha con lo más agrio y mezquino que puede tener el sórdido interés por el dinero, ha puesto a un hombre en un estado tan lamentable como el del señor de Rénal cuando entró en la taberna. Y, por el contrario, nunca estuvieron sus hijos más gozosos y alegres. Este contraste acabó de molestarle.

-Estoy de más en mi familia, según veo -dijo al entrar, con un tono que quería ser imponente.

Por toda respuesta, su mujer le cogió aparte y le expresó la necesidad de alejar a Julien. Las horas de dicha transcurridas le habían hecho recobrar la serenidad y la firmeza necesarias para seguir el plan de conducta que estaba meditando desde hacía quince días. Lo que acababa de perturbar completamente al pobre alcalde de Verrières era que sabía que públicamente se hacían chistes sobre su afición al «efectivo». El señor Valenod era generoso como un ladrón, y él se había conducido de una manera más prudente que brillante en las cinco o seis últimas colectas para la cofradía de San José, la congregación de la Virgen, la del Santísimo Sacramento, etc., etc.

Entre los hidalgüelos de Verrières y sus contornos, hábilmente clasificados en el registro de los hermanos colectores según el importe de sus donativos, se había visto más de una vez figurar en la última línea el nombre del señor de Rénal. En vano decía que no ganaba nada. El clero no admite bromas en este asunto.

Capítulo 23

Desazones de un funcionario

*Il piacere di alzar la testa tutto l'anno
é ben pagato da certi quarti d'ora che bisogna passar.²⁶*
CASTI

Pero dejemos a este hombre mezquino con sus pequeños temores; ¿para qué se ha llevado a su casa un hombre de corazón, cuando lo que necesitaba era un alma de lacayo? ¿Acaso no sabe elegir a su gente? La marcha ordinaria del siglo XIX es que cuando do un ser poderoso y noble encuentra un hombre de corazón, lo mata, lo destierra, lo encarcela o lo humilla de tal forma, que el otro comete la tontería de morir de dolor. Por casualidad, en este caso no es todavía el hombre de corazón el que sufre. La gran desgracia de los pueblos de Francia y de los gobiernos por elección, como el de Nueva York, es el no poder olvidar que en el mundo hay seres como el señor de Rénal. En una ciudad de veinte mil habitantes, estos hombres forman la opinión pública,

y la opinión pública es terrible en un país que tiene una constitución. Un hombre dotado de un alma noble, generosa, que hubiera sido nuestro amigo, pero que vive a cien leguas, nos juzga

' por la opinión pública de nuestra ciudad, que está formada por los imbéciles que la casualidad ha hecho nacer ricos, nobles y moderados. ¡Desgraciado del que se distingue de los demás!

En cuanto acabaron el almuerzo volvieron a Vergy; pero al día siguiente Julien vio reaparecer a toda la familia en Verrières.

No había transcurrido una hora cuando, con gran extrañeza Por su parte, descubrió que la señora de Rénal le ocultaba algo.

Interrumpía la conversación con su marido cuando él aparecía, y parecía como si deseara que se alejase. Julien no esperó a que le hiciese dos veces aquella advertencia. Se mostró frío y reservado; la señora de Rénal lo advirtió y no buscó explicación alguna:

«¿Pensará darme un sucesor? -pensó Julien-. ¡Anteayer aún estaba tan íntima conmigo! Pero dicen que así se portan estas grandes damas. Son como los reyes, nunca más obsequiosos que con el ministro que al volver a su casa ha de encontrar su destitución.»

Julien notó que en esas conversaciones que cesaban bruscamente en cuanto se acercaba, se trataba a menudo de una gran casa perteneciente al municipio de Verrières, vieja, pero amplia y cómoda y situada frente a la iglesia, en el sitio de más tráfico de la ciudad. «¿Qué puede haber de común entre esa casa y un nuevo amante?», se decía Julien. En su dolor, se repetía los hermosos versos de Francisco I, que le parecían nuevos porque aún no hacía un mes que se los había enseñado la señora de Rénal. Y entonces, ¡cómo los desmentía con sus juramentos y sus caricias!

²⁶ . «El placer de llevar la cabeza alta todo el año está bien pagado con algunos cuartos de hora que es preciso pasar.»

Souvent femme varie,
Bien fol qui s'y fie.²⁷

El señor de Rénal partió en la posta para Besancon. Este viaje se decidió en dos horas; el alcalde parecía muy atormentado. A la vuelta le dijo a su mujer, echando sobre la mesa un grueso envoltorio de papel gris:

-Ahí está ese maldito asunto.

Una hora después, Julien vio al cartelero que se llevaba aquel grueso envoltorio; se apresuró a seguirle. «Voy a saber el secreto en la primera esquina.»

Esperaba impaciente detrás del cartelero, que con su brocha embadurnaba el dorso del anuncio. Apenas estuvo colocado, la curiosidad de Julien pudo ver que lo que se anunciaba con todo detalle era el alquiler, en pública subasta, de aquella casa, grande y vieja, cuyo nombre aparecía con tanta frecuencia en las conversaciones del señor de Rénal y su mujer. Se anunciaba la adjudicación para el día siguiente a las dos, en la sala del Ayuntamiento, al apagarse la tercera llama. Julien se quedó muy decepcionado; le pareció que el plazo era muy corto: ¿cómo podrían ser avisados todos los licitantes? Además, aquel anuncio, fechado quince días antes, que releyó de arriba abajo en tres sitios diferentes, no le aclaraba nada.

Fue a visitar la casa que se alquilaba. El portero, que no le vio acercarse, decía misteriosamente a un vecino:

-¡Bah! ¡Bah! Trabajo perdido. El señor Maslon le ha prometido que la tendría por trescientos francos; y como el alcalde se resistía, el vicario mayor de Frilair le mandó al obispado.

La llegada de Julien pareció molestar muchos a los dos amigos, que no pronunciaron una palabra más.

Julien no faltó a la subasta. Había mucha gente en una sala mal iluminada; pero se observaban unos a otros de un modo muy singular. Todas las miradas estaban fijadas en una mesa, donde Julien vio, en una bandeja de estaño, tres cabos de vela encendidos. El ujier gritaba: «¡Trescientos francos, señores!».

-¡Trescientos francos! Esto es demasiado -dijo un hombre en voz baja a su vecino. Julien estaba entre los dos-. Vale más de ochocientos; voy a pujar.

-Es escupir al cielo. ¿Qué vas a ganar en ponerte a mal con el señor Maslon, el señor Valenod, el obispo, su terrible vicario mayor de Frilair y toda la pandilla?

-¡Trescientos treinta francos! -gritó el otro.

-¡Mala bestia! -replicó su vecino-. Y justamente ahí tienes a un espía del alcalde -añadió señalando a Julien.

Julien se volvió rápidamente para castigar aquella frase; pero los dos hijos del Franco Condado ya no le prestaban la menor atención. Su sangre fría le devolvió la suya. En aquel momento se apagaba el último cabo de vela, y la voz arrastrada del ujier adjudicó la casa en trescientos treinta francos, y por nueve años, al señor de Saint-Giraud, jefe de negociado en la prefectura de...

En cuanto el alcalde salió de la sala, comenzaron los comentarios.

-La imprudencia de Grogeot ha hecho ganar treinta francos al Ayuntamiento -decía uno.

²⁷ «Con frecuencia la mujer varía, / bien loco es quien de ella se fía»

-Pero el señor de Saint-Giraud -respondía otro- se vengará de Grogeot. Ya lo verá.

-¡Qué infamia! -decía un hombre gordo que estaba a la izquierda de Julien-. Una casa por la que yo hubiera dado ochocientos francos para mi fábrica, y habría hecho un buen negocio.

-¡Bah! -le respondía un fabricante joven y liberal-. ¿Acaso el señor de Saint-Giraud no es de la congregación? ¿No tienen becas sus cuatro hijos? ¡Pobrecillo! Necesita que el Ayuntamiento de Verrières le proporcione un beneficio suplementario de quinientos francos; eso es todo.

-¡Y pensar que el alcalde no ha podido impedirlo! -observaba un tercero-. Pues hay que convenir en que es reaccionario, eso allá él; pero no roba.

-¿No roba? -repuso otro-. Todo entra en un fondo común, y a fin de año se lo reparten. Pero cuidado, que ahí está el joven Sorel. Vámonos.

Julien volvió a casa de muy mal humor; allí encontró a la señora de Rénal muy triste.

-¿Viene usted de la subasta? -le dijo.

-Sí, señora, y he tenido el honor de pasar por espía del señor alcalde.

-Si me hubiese hecho caso, habría salido de viaje.

En aquel momento apareció el señor de Renal; estaba muy sombrío. El señor de Renal ordenó a Julien que les acompañase a Vergy con los niños. El viaje fue triste. La señora de Renal consolaba a su marido.

-Debería estar acostumbrado a estas cosas, amigo mío.

Por la noche estaban todos reunidos en silencio, junto al hogar; el chasquido de la leña que ardía era la única distracción. Era uno de aquellos momentos de tristeza que se producen en las familias más unidas. Uno de los niños exclamó alegremente:

-¡Llaman! ¡Llaman!

-¡Pardiez! Si es el señor de Saint-Giraud y viene a provocarme con el pretexto de darme las gracias -exclamó el alcalde-, le diré lo que hace al caso; esto ya es demasiado. Es a Valenod a quien le debe el negocio, y yo soy quien resulta comprometido. ¿Qué voy a decir si esos malditos periódicos jacobinos intervienen en este asunto y me convierten en un hazmerreír?

Un hombre muy apuesto, con grandes patillas negras, entró en aquel momento conducido por un criado.

-Señor alcalde, yo soy el signor Geronimo. Esta carta para usted me la entregó el caballero de Beauvaisis, agregado a la Embajada de Nápoles, en el momento de mi partida, hace sólo nueve días -añadió el signor Geronimo con aire alegre, mirando a la señora de Renal-. El signor de Beauvaisis, primo suyo y amigo mío, señora, dice que usted sabe italiano.

El buen humor del napolitano cambió en alegría la tristeza de aquella velada. La señora de Rénal se empeñó en darle de cenar. Puso toda su casa en movimiento; deseaba a toda costa distraer a Julien del calificativo de espía que había tenido que oír dos veces en el mismo día. El signor Geronimo era un cantante célebre, hombre de buena sociedad y, sin embargo, muy alegre, cualidades que en Francia casi nunca son compatibles. Después de cenar cantó un pequeño duettino con la señora de Renal. Contó cuentos deliciosos. A la una de la madrugada, los niños protestaron cuando Julien les propuso irse a la cama.

-Déjenos oír otra vez esta historia -dijo el mayor.

-Es la mía, signorino -repuso el signor Geronimo-. Hace ocho años yo era, como vosotros, un alumno del conservatorio de Nápoles, quiero decir que tenía poco más o menos vuestra edad; pero no tenía el honor de ser hijo del ilustre alcalde de la bonita ciudad de Verriéres.

Aquella frase hizo suspirar al señor de Renal, que miró a su mujer.

-El signor Zingarelli -continuó el joven cantante, exagerando su acento, que aumentaba la risa de los niños-, el signor Zingarelli era un maestro excesivamente severo. Nadie le quiere en el conservatorio, pero él pretende que todo el mundo obre como si le quisieran. Yo salía lo más a menudo que podía; iba al teatrillo de San Carlino, donde oía una música de dioses: pero, ¡cielos!, ¿qué hacer para reunir los cuarenta céntimos que cuesta la entrada? Enorme suma -dijo mirando a los niños, que todavía rieron de mejor gana-. El signor Giovannone, director de San Carlos, me oyó cantar. Yo tenía dieciséis años. "Este chico es un tesoro -dijo-. ¿Quieres que te contrate?", vino a preguntarme. "¿Cuánto me va usted a dar?" "Cuarenta ducados al mes." Señores, ¡son ciento veinte francos! ¡Vi el cielo abierto! "¿Pero cómo lograré -dijo a Giovannone- que me deje salir el severo Zingarelli?" "Lascia fare a me."

-¡Déjame hacer! -exclamó el mayor de los niños.

-Exactamente, señorito. El signor Giovannone me dijo: "Caro, primero vamos a hacer un contrato". Firmo: me da tres ducados. Nunca había visto tanto dinero junto. Luego me indica lo que debo hacer.

»Al día siguiente pido una audiencia al terrible signor Zingarelli. Su viejo ayuda de cámara me hace pasar. "¿Qué es lo que quieres, mal bicho?", dijo Zingarelli. "Maestro -le dije yo-, me arrepiento de mis faltas; no volveré a salir del colegio saltando la verja. Voy a redoblar mi aplicación." "Si no temiese echar a perder la más hermosa voz de bajo que he oído jamás, te encerraría a pan y agua quince días, sinvergüenza." "Maestro -repuse-, voy a ser el modelo de toda la escuela, credete a me. Pero quiero pedirle un favor; si alguien viene a buscarme para cantar fuera, no consienta usted de ninguna manera. Por favor, diga usted que no puede." "¿Y quién diablos quieres tú que venga a buscar una alhaja semejante? ¿Crees que consentiría nunca que salieses del conservatorio? ¿Es que pretendes burlarte de mí? ¡Anda, lárgate, largo de aquí! -dijo tratando de darme un puntapié en el c...- y ten cuidado con el pan seco y el encierro."

»Una hora más tarde el signor Giovannone se presentó en el despacho del director: "Vengo a pedirle que haga mi fortuna -le dice-; déjeme a Geronimo. Que cante en mi teatro y este invierno caso a mi hija." "¿Qué quieres hacer con ese mal sujeto? -le dijo Zingarelli-. No quiero; no te lo llevarás, y, además, aun cuando yo consintiera, él no querrá salir del conservatorio; acaba de jurármelo." "Si sólo se trata de su voluntad -dijo gravemente Giovannone, sacando del bolsillo mi contrato, carta canta: aquí está su firma." Entonces Zingarelli, furioso, se cuelga de la campanilla: "¡Que echen del conservatorio a Geronimo inmediatamente!", gritó, ardiendo de cólera.

»Me echaron, pues. Yo salí riendo a carcajadas. Aquella misma noche canté la canción del Multiplico. Polichinela quiere casarse y cuenta con los dedos las cosas que necesitará en su casa, y se equivoca a cada momento.

-Por favor, caballero, ¿quiere usted cantarnos esa canción? -dijo la señora de Renal.

Geronimo cantó y todo el mundo lloraba de risa. El signor Geronimo no se fue a acostar hasta las dos de la madrugada, dejando a toda la familia encantada de sus buenos

modales, de su complacencia y de su alegría.

Al día siguiente el señor y la señora de Renal le dieron las cartas que necesitaba para presentarse en la corte de Francia.

«No hay más que mentira y falsedad por todas partes -se dijo Julien-. Este signor Geronimo se va a Londres con sesenta mil francos de sueldo. Sin la habilidad del director de San Carlino, su voz divina quizá no habría sido conocida y admirada hasta diez años más tarde... A fe que preferiría ser un Geronimo a un Renal. No ocupará un puesto tan honroso en la sociedad, pero no tiene el disgusto de hacer adjudicaciones como la de hoy, y además su vida es divertida.»

Una cosa asombraba a Julien: aquellas semanas de soledad pasadas en Verrières, en casa del señor de Renal, habían sido para él una época dichosa. Sólo le había aquejado el hastío y la tristeza en las comidas que le dieron; en aquella casa solitaria, podía leer, escribir y pensar sin que nadie le molestara. No veía desvanecerse a cada momento sus brillantes sueños ante la cruel necesidad de estudiar los impulsos de un alma baja, y esto a fin de engañarla con acciones o frases hipócritas.

¿Estará la felicidad tan cerca de mí?... Para una vida semejante se necesita muy poco; puedo casarme con la señorita Elisa o asociarme con Fouqué... Pero el viajero que acaba de llegar a lo alto de una montaña empinada se sienta en la cumbre y experimenta un placer perfecto al descansar. ¿Sería feliz si le obligasen a estar siempre descansando?»

El espíritu de la señora de Renal había llegado a concebir los más funestos pensamientos. A pesar de su resolución, confesó a Julien toda la historia de la subasta. «¡Llegará a hacerme olvidar todos mis juramentos!», pensaba.

Hubiera sacrificado su vida sin vacilar por salvar la de su marido, si le hubiese visto en peligro. Era una de aquellas almas nobles y románticas para las cuales entrever la posibilidad de una acción generosa y no realizarla es causa de un remordimiento casi tan grande como el que produce el crimen cometido. Sin embargo, había días funestos en que no lograba apartar de su pensamiento la idea de la felicidad inmensa que representaría para ella quedarse viuda de repente y poder casarse con Julien.

Éste amaba a sus hijos mucho más que su propio padre, y, a pesar de la severidad de su justicia, ellos le adoraban. Se daba perfecta cuenta de que casándose con Julien tendría que abandonar Vergy, cuyos umbríos parajes le eran tan queridos. Se veía a sí misma viviendo en París, donde continuaba dando a sus hijos aquella educación que despertaba la admiración de todo el mundo. Sus hijos, ella, Julien, todos eran completamente felices.

¡Extraño efecto del matrimonio tal como lo ha concebido el siglo XIX! El hastío de la vida matrimonial acaba indefectiblemente con el amor, si es que éste ha precedido al matrimonio. Y, sin embargo, como diría un filósofo, produce en las gentes lo bastante ricas para no tener que trabajar el más profundo aborrecimiento de todos los goces tranquilos. Sólo las mujeres que adolecen de una absoluta sequedad de alma logran sustraerse a su influjo, que predispone al amor.

La reflexión del filósofo me hace disculpar a la señora de Renal; pero en Verrières nadie la disculpaba, y la ciudad entera, sin que ella se diera cuenta, sólo se ocupaba del escándalo de sus amores. Gracias a aquella ocupación apasionante, aquel otoño fue mucho menos aburrido que de costumbre.

El otoño y una parte del invierno pasaron muy deprisa. Hubo que dejar los

bosques de Vergy. La buena sociedad de Verrières empezó a indignarse al ver que sus anatemas hacían tan poco efecto en el señor de Renal. En menos de ocho días, varias personas respetables, de las que prescinden de su habitual circunspección por el placer de desempeñar esta clase de embajadas, le hicieron concebir las más crueles sospechas, pero sirviéndose de los términos más comedidos.

El señor Valenod, que iba sobre seguro, había colocado a Elisa con una familia noble y muy bien considerada, donde había cinco mujeres. Elisa, temiendo, según decía, no encontrar colocación durante el invierno, sólo había pedido a aquella familia las dos terceras partes de lo que ganaba en casa del señor alcalde. Y, espontáneamente, la muchacha tuvo, además, la excelente idea de ir a confesarse con el viejo padre Chélan, y al mismo tiempo con el nuevo párroco, para contarles a los dos, con todo detalle, los amores de Julien.

Al día siguiente de su llegada, a las seis de la mañana, el padre Chélan mandó llamar a Julien:

-No le pregunto nada -le dijo-, le ruego, y, si es necesario, le mando que no me cuente nada; le exijo que en el plazo de tres días se marche al seminario de Besancon o a casa de su amigo Fouqué, que sigue dispuesto a proporcionarle un porvenir magnífico. Lo he previsto todo, lo he arreglado todo; pero no tiene más remedio que marcharse y no volver a Verrières en un año.

Julien no contestó; estaba pensando en si debía sentirse ofendido por el interés que el padre Chélan, que al fin y al cabo no era su padre, se tomaba por él.

-Mañana, a esta misma hora, tendré el honor de volver a verle -le dijo por fin al sacerdote.

El padre Chélan, que esperaba convencer fácilmente a un muchacho tan joven, habló mucho. Julien, encerrado en la actitud y la fisonomía más humilde, no abrió la boca.

Por fin se marchó y corrió a prevenir a la señora de Renal, a la que encontró desesperada. Su marido acababa de hablarle con cierta franqueza. La debilidad natural de su carácter, apoyada en la perspectiva de la herencia de Besancon, le había decidido a suponerla perfectamente inocente. Acababa de comunicarle la extraña situación en que se encontraba la opinión pública de Verrières. La gente estaba equivocada, engañada por los envidiosos; pero ¿qué hacer?

Por un momento la señora de Rénal se hizo la ilusión de que Julien podría aceptar el ofrecimiento del señor Valenod y quedarse en Verrières. Pero ya no era la mujer sencilla y tímida del año anterior; su fatal pasión, sus remordimientos, le habían dado mayor lucidez. Al oír a su marido, no tardó en darse cuenta, con harto dolor por su parte, de que era indispensable una separación, aunque sólo fuera momentánea. «Lejos de mí, Julien volverá a caer en sus proyectos ambiciosos, tan naturales en el que nada tiene. ¡Y yo, Dios mío! ¡Soy tan rica, y de nada me sirve para ser feliz! Julien me olvidará. Siendo, como es, agradable, será amado, amará. ¡Desgraciada de mí!... ¿De qué puedo quejarme? El cielo es justo: no he tenido valor para poner fin al pecado y me ha quitado el juicio. En mi mano estaba sobornar a Elisa con dinero, nada me hubiera sido más fácil. No me he tomado siquiera la molestia de pensar un momento en lo que hacía; mis locas fantasías de amor me absorbían por completo. Me muero.»

Julien se sorprendió de una cosa: al comunicar a la señora de Renal la terrible noticia de su marcha, no se le ocurrió ninguna objeción egoísta. Ella hacía evidentes

esfuerzos para no llorar.

-Necesitamos firmeza, amigo mío.

Se cortó un mechón de cabello.

-No sé lo que haré -le dijo-, pero si muero, prométeme que no olvidarás nunca a mis hijos. Estés cerca o lejos de ellos, procura que sean hombres honrados. Si hay una nueva revolución, a todos los nobles les cortarán la cabeza, su padre emigrará, quizás, a causa de aquel campesino muerto en un tejado. Vela por la familia... Dame la mano. ¡Adiós, amigo mío! Éstos son los últimos momentos. Hecho el gran sacrificio, espero que delante de la gente tendré valor para pensar en mi reputación.

Julien esperaba verla desesperada. La sencillez de esta despedida le conmovió.

-No, no me despido así de usted. Me marcharé; lo quieren así; usted también lo quiere. Pero tres días después de mi marcha volveré una noche a verla.

La vida cambió para la señora de Renal. ¡Julien tenía que amarla de verdad, puesto que espontáneamente había tenido la idea de volver a verla! Su terrible dolor se trocó en uno de los más vivos accesos de alegría que había experimentado en toda su vida. Todo le pareció fácil. La certidumbre de volver a ver a su amigo quitaba a aquellos últimos momentos todo lo que tenían de desgarrador. Desde aquel instante, la conducta y la filosofía de la señora de Renal fueron nobles, fumes y perfectamente correctas.

El señor de Renal volvió a casa temprano; estaba fuera de sí. Por fin le habló a su mujer del anónimo que había recibido dos meses antes.

-Quiero llevarlo al Casino, para demostrar a todos que es de ese infame de Valenod, a quien he sacado de la nada para convertirle en uno de los burgueses más ricos de Verrières. Le avergonzaré públicamente y después me batiré con él. Esto ya es demasiado.

«¡Podría quedarme viuda, Dios mío! -pensó la señora de Renal. Pero casi al mismo tiempo se dijo-: Si no impido este duelo, como seguramente está en mi mano, tendré la culpa de la muerte de mi marido.»

Nunca había explotado su vanidad con tanta destreza. En menos de dos horas le hizo ver, y siempre por medio de argumentos alegados por él, que era preciso demostrar más cordialidad que nunca al señor Valenod e incluso colocar de nuevo a Elisa en la casa. La señora de Renal tuvo que armarse de valor para decidirse a volver a ver a aquella muchacha, causa de todas sus desdichas. Pero era idea de Julien.

Finalmente, después de haberle indicado tres o cuatro veces el camino, el señor de Renal, por sí solo, llegó a concebir la idea, muy penosa desde el punto de vista económico, de que lo más desagradable para él sería que Julien, en medio de la efervescencia y de las habladurías de todo Verrières, se quedase como preceptor de los hijos del señor Valenod. El interés de Julien era evidentemente aceptar las proposiciones del director del asilo de los pobres. Pero, por el contrario, al prestigio del señor de Renal le interesaba que Julien dejase Verrières para entrar en el seminario de Besancon o de Dijon. Pero ¿cómo lograr que adoptara esta decisión? Y luego, ¿cómo sufragaría sus gastos?

El señor de Renal, ante la inminencia del sacrificio económico, estaba más desesperado que su mujer. En cuanto a ella, después de aquella conversación, se encontraba en la misma situación de un hombre de corazón que, cansado de la vida, ha tomado una dosis de estramonio; ya sólo se mueve como un autómata, sin tener interés por nada. Un estado igual llevó a Luis XIV a decir, ya moribundo: «Cuando yo era rey».

¡Frase admirable!

Al día siguiente, muy de mañana, el señor de Rénal recibió un anónimo. Estaba redactado en el estilo más insultante. En cada línea podían leerse las palabras más groseras aplicadas a su situación. Debía de ser obra de algún subalterno dominado por la envidia. Aquella carta le recordó su propósito de batirse con el señor Valenod. Muy pronto su valor llegó hasta el extremo de pensar en la ejecución inmediata de su idea. Salió solo y se fue a casa del armero a comprar un par de pistolas, que hizo cargar.

«En realidad -se decía-, aunque volviera a instaurarse la severa administración de Napoleón, no tendría que reprocharme ni cinco céntimos mal adquiridos. A lo sumo he hecho la vista gorda; pero, como demuestran las cartas que guardo en mi despacho, estaba plenamente autorizado para ello.»

La señora de Renal quedó aterrada ante la cólera fría de su marido; le recordaba la fatal idea de enviudar, que tanto trabajo le costaba desechar. Se encerró con él. Durante varias horas trató en vano de disuadirle de su propósito; el último anónimo le había decidido por completo. Por fin consiguió trocar el valor de dar una bofetada al señor Valenod, por el de ofrecer seiscientos francos a Julien por un año de pensión en un seminario. El señor de Renal, maldiciendo mil veces el día en que había tenido la fatal idea de llevar a su casa un preceptor, olvidó el anónimo.

Se consoló un poco con una idea que se le había ocurrido, y que tuvo buen cuidado de no decir a su mujer: con un poco de habilidad, y valiéndose del espíritu novelesco del muchacho, esperaba obligarle a rechazar los ofrecimientos del señor Valenod por una suma mucho más baja.

Mucho más trabajo le costó a la señora de Renal convencer a Julien de que, sacrificando a las conveniencias de su marido un empleo de ochocientos francos, que públicamente le ofrecía el director del asilo, podía, sin avergonzarse, aceptar una compensación.

-Pero -decía Julien- si no he tenido ni por un momento la idea de aceptar tales ofrecimientos. Me habéis acostumbrado demasiado a la vida elegante, la grosería de esas gentes me mataría.

La cruel necesidad, con su mano de hierro, dobló la voluntad de Julien. Su orgullo le ofrecía la ilusión de aceptar, sólo como un préstamo, la suma ofrecida por el alcalde de Verrières, firmándole un recibo en el que se comprometía a reembolsarla en el plazo de cinco años con intereses.

La señora de Rénal aún guardaba algunos miles de francos, ocultos en la pequeña gruta de la montaña.

Se los ofreció, temblorosa, comprendiendo con toda claridad que los rechazaría indignado.

-¿Quiere hacer abominable el recuerdo de nuestros amores? -le dijo Julien.

Al fin Julien se fue de Verrières. El señor de Rénal se alegró mucho; en el momento fatal de aceptar el dinero de aquel hombre, el sacrificio fue demasiado fuerte para Julien. Se negó en redondo. El señor de Rénal le echó los brazos al cuello con lágrimas en los ojos. Como quiera que Julien le había pedido un certificado tificado de buena conducta, no encontraba en su entusiasmo términos bastante expresivos para alabarla como se merecía. Nuestro héroe tenía cinco luises de economías y contaba con pedir otro tanto a Fouqué.

Estaba emocionadísimo. Pero a una legua de Verrières, donde dejaba un amor tan

grande, ya no pensaba más que en la dicha de ver una capital, una gran ciudad guerrera como Besancon.

Durante esta corta ausencia de tres días, la señora de Rénal fue víctima de una de las más crueles decepciones del amor. Le resultaba tolerable la vida; entre ella y la mayor desventura mediaba todavía aquella postrera entrevista que había de celebrar con Julien. Contaba las horas, los minutos que faltaban. Por fin, durante la noche del tercer día oyó a lo lejos la señal convenida. Después de arrostrar mil peligros, Julien apareció ante ella.

A partir de aquel momento, sólo tuvo un pensamiento: «Es la última vez que le veo». Lejos de corresponder al apasionamiento de su amigo, fue como un cadáver casi sin vida. Si se esforzaba en decirle que le amaba, casi le demostraba lo contrario con su turbación. Nada podía distraerla de la cruel idea de la eterna separación. El desconfiado Julien creyó por un instante que ya estaba olvidado. Sus reproches sólo fueron acogidos por gruesas lágrimas, que corrían en silencio, y apretones de manos casi convulsivos.

-¡Pero, Dios santo! ¿Cómo quiere que le crea -respondía Julien a las frías protestas de su amiga-, si demostraría un cariño mucho más sincero a la señora Derville, a un conocido cualquiera?

La señora de Rénal, petrificada, no sabía qué responder.

-Es imposible ser más desgraciada... Espero morir... Siento que mi corazón se hiela.

Tales fueron las respuestas más largas que pudo obtener.

Cuando la proximidad del día hizo necesaria la separación, las lágrimas de la señora de Renal cesaron por completo. Le vio atar a la ventana una cuerda de nudos, sin decir una palabra, sin devolverle sus besos. En vano le decía Julien:

-Hemos llegado a la situación que usted tanto deseaba. En adelante vivirá sin remordimientos. No verá a sus hijos en la tumba a la menor indisposición.

-Siento mucho que no pueda dar un beso a Stanislas -dijo ella con frialdad.

Julien acabó por sentirse profundamente impresionado con los abrazos sin calor de aquel cadáver viviente; no pudo pensar en otra cosa en muchas leguas. Su alma estaba desolada y antes de traspasar la montaña, mientras pudo divisar el campanario de la iglesia de Verrières, se volvió muchas veces.

Capítulo 24

Una capital

*Que de bruit, que de gens affairés!
Que d'idées pour l'avenir dans une tete de vingt ans!
Quelle distraction pour l'amour!*²⁸
BARNAVE

En lo alto de una montaña lejana divisó, por fin, la negrura de unas murallas; era la ciudadela de Besancon. «¡Qué diferencia para mí -se dijo suspirando-, si llegara a esta noble ciudad guerrera para ser subteniente de uno de los regimientos encargados de su defensa!»

Besancon no es solamente una de las ciudades más hermosas de Francia; abunda en gentes de corazón y de talento. Pero Julien no era más que un pobre campesino, y carecía en absoluto de medios para acercarse a los hombres distinguidos.

En casa de Fouqué se había vestido con un traje de paisano, y así ataviado atravesó el puente levadizo. Recordando la historia del sitio de 1674, quiso ver las murallas y la ciudadela antes de encerrarse en el seminario. Dos o tres veces estuvo a punto de ser detenido por los centinelas; se metía en sitios que los ingenieros militares prohíben al público, con objeto de poder vender doce o quince francos de heno al año.

La altura de las murallas, la profundidad de los fosos, el terrible aspecto de los cañones, le habían ocupado durante varias horas, cuando se encontró delante del gran café del bulevar. Se quedó inmóvil de admiración; por más que leía la palabra café, escrita en gruesos caracteres encima de las dos inmensas puertas, no podía dar crédito a sus ojos. Hizo un esfuerzo por dominar su timidez; atrevióse a entrar, y se encontró en una sala de treinta o cuarenta pasos de largo y cuyo techo se elevaba más de veinte pies. Aquel día todo era como un encantamiento para él.

Había empeñadas dos partidas de billar. Los mozos cantaban los puntos; los jugadores corrían en torno de los billares, abarrotados de espectadores. Los torrentes de humo de tabaco que exhalaban las bocas de todos les envolvían en una nube azulada. La elevada estatura de aquellos hombres, sus hombros macizos, su andar pesado, sus enormes patillas, los largos levitones que les cubrían, todo llamaba la atención de Julien. Estos nobles hijos de la antigua Bisontium sólo hablaban a gritos, dándoselas de terribles guerreros. Julien admiraba inmóvil; consideraba la inmensidad, la magnificencia de una gran capital como Besancon. No se sentía con el valor necesario para pedir una taza de café a uno de aquellos señores de mirada altiva que cantaban los puntos del billar.

Pero la señorita del mostrador se había fijado en el rostro encantador de aquel joven burgués de pueblo que, parado a tres pasos de la estufa, con un pequeño paquete debajo del brazo, contemplaba atentamente el hermoso busto del rey, vaciado en yeso blanco. Aquella señorita, natural del Franco Condado, muy bien formada y vestida como es debido para dar crédito a un café, había dicho ya dos veces, con una vocecita que sólo

²⁸ .«¡Cuánto ruido, cuánta gente atareada! ¡Cuántas ideas para el porvenir en una cabeza de veinte años!
¡Qué distracción para el amor!»

procuraba ser oída por Julien:

-¡Señor, señor!

Julien se encontró con dos grandes ojos azules, muy tiernos, y vio que era a él a quien hablaban.

Se acercó rápidamente al mostrador y a la muchacha, como hubiera avanzado al encuentro del enemigo. En su movimiento brusco se le cayó el paquete.

¿Qué compasión no inspirará nuestro provinciano a los jóvenes estudiantes de París, que a los quince años ya saben entrar en un café con un porte tan distinguido? Pero esos muchachos, tan desenvueltos a los quince años, a los dieciocho caen en lo vulgar. La timidez apasionada que se encuentra en provincias, a veces puede ser superada, y entonces enseña a querer. Al acercarse a aquella muchacha tan guapa, que se dignaba dirigirle la palabra, pensó Julien que se tornaba animoso a fuerza de timidez vencida: «Es preciso que le diga la verdad».

-Señora, vengo por vez primera en mi vida a Besancon; quisiera que me dieran, pagando, un panecillo y una taza de café.

La señorita se sonrió un poco y luego se ruborizó; temía que aquel muchacho tan lindo fuese objeto de la atención irónica y de las burlas de los jugadores de billar. Quizá se asustara y no volviera más.

-Póngase aquí, a mi lado -le dijo, señalando una mesa de mármol, casi oculta por el enorme mostrador de caoba que avanzaba hacia el centro de la sala.

La señorita se inclinó fuera del mostrador, lo que le dio ocasión de lucir su soberbio talle. Julien se fijó en él; todas sus ideas variaron de curso. La hermosa señorita acababa de colocar delante de él una taza, azúcar y un panecillo. Vacilaba en llamar a un camarero para que trajera el café, comprendiendo que la llegada del camarero pondría fin a su coloquio a solas con Julien.

Julien, pensativo, comparaba aquella belleza, rubia y alegre, con ciertos recuerdos que le agitaban a menudo. La idea de la pasión que había inspirado le quitó casi toda su timidez. La hermosa señorita no podía perder el tiempo; leyó en las miradas de Julien.

-El humo de las pipas le hace a usted toser. Venga mañana a desayunar antes de las ocho de la mañana; a esa hora estoy casi sola.

-¿Cómo se llama usted? -dijo Julien con la sonrisa acariciadora de la timidez dichosa.

-Amanda Binet.

-¿Me permite que le envíe, dentro de una hora, un paquete como éste?

La bella Amanda reflexionó un poco.

-Estoy vigilada: lo que me pide puede comprometerme; sin embargo, voy a escribir mis señas en una tarjeta que puede usted colocar en el paquete. Envíemelo sin vacilar.

-Yo me llamo Julien Sorel -dijo el joven-, y no tengo parientes ni amigos en Besancon.

-¡Ah! Ya comprendo -dijo ella alegremente-, viene usted a la escuela de Derecho.

-¡Desgraciadamente, no! -respondió Julien-. Me mandan al seminario.

El más completo desencanto se pintó en los rasgos de Amanda; llamó a un camarero: ahora sí tenía valor para hacerlo. El camarero sirvió café a Julien, sin mirarle.

Amanda cobraba en el mostrador. Julien estaba orgulloso de haberse atrevido a hablar: en uno de los billares empezó una disputa. Los gritos y los mentís de los

jugadores, que resonaban en aquel salón inmenso, producían una algarabía que asombraba a Julien. Amanda estaba pensativa y bajaba los ojos.

-Si quiere usted, señorita -le dijo, de pronto, con aplomo-, diré que soy primo suyo.

Aquel leve aire de autoridad fue del agrado de Amanda. «No es un joven de poco más o menos», pensó. Y le dijo, muy deprisa, sin mirarle, pues su vista estaba atenta a ver si se acercaba alguien al mostrador:

-Yo soy de Genlis, cerca de Dijon; diga usted que es también de Genlis y primo de mi madre.

-No dejaré de hacerlo.

-Todos los jueves, a las cinco, en verano, los señores seminaristas pasan por aquí, delante del café.

-Si piensa usted en mí, cuando yo pase, tenga un ramo de violetas en la mano.

Amanda le miró con aire de asombro; aquella mirada cambió el valor de Julien en temeridad. Sin embargo, se puso muy encarnado al decirle:

-Siento que la quiero a usted apasionadamente.

-Hable usted más bajo -le dijo ella, con aire asustado.

Julien trataba de recordar las frases de un tomo suelto de la Nueva Eloísa que había encontrado en Vergy. Su memoria le fue fiel; hacía diez minutos que recitaba la Nueva Eloísa a la señorita Amanda, que estaba encantada, sintiéndose él muy satisfecho con su valentía, cuando de repente la bella cajera adoptó un aire glacial. Uno de sus adoradores apareció en la puerta del café.

Se acercó al mostrador, silbando y contoneándose; miró a Julien. Al punto, la imaginación de éste, siempre proclive a los extremos, no hizo más que pensar en la posibilidad de un duelo. Palideció intensamente, apartó su taza, adoptó un aire resuelto, y miró atentamente a su rival. Mientras éste inclinaba la cabeza, sirviéndose con familiaridad un vaso de aguardiente en el mostrador, Amanda ordenó a Julien con una mirada que bajara los ojos. Él obedeció, y durante dos minutos estuvo inmóvil en su sitio, pálido y resuelto, atento únicamente a lo que iba a suceder; en aquel momento estaba verdaderamente bien. Su rival se había quedado asombrado al ver los ojos de Julien; después de apurar de un trago su vaso de aguardiente, le dijo unas palabras a Amanda, metió las manos en los bolsillos laterales de su levitón y se acercó a una mesa de billar, silbando y mirando a Julien. Éste se levantó lleno de cólera; pero no sabía cómo arreglárselas para ser insolente. Dejó su paquetito, y contoneándose todo lo que pudo se acercó al billar.

En vano le aconsejaba la prudencia: «Con un duelo nada más llegar a Besancon, puedes despedirte de la carrera eclesiástica. ¡Qué importa. Nadie podrá decirme que no castigo a un insolente!».

Amanda se dio cuenta de su valor, que formaba un hermoso contraste con la ingenuidad de sus maneras; en un momento le prefirió al corpulento joven del levitón. Se levantó y, simulando observar a alguien que pasaba por la calle, se interpuso rápidamente entre él y el billar.

-Cuidado con mirar con malos ojos a ese caballero, es mi cuñado.

-¿Qué me importa? Me ha mirado.

-¿Quiere usted hacer mi desgracia? Qué duda cabe que le ha mirado, incluso es posible que le hable. Le he dicho que era usted un pariente de mi madre, y que acaba de llegar de

Genlis. Él es del Franco Condado, y no ha pasado nunca de Dôle, en el camino de Borgoña; de modo que puede usted decirle lo que quiera, no tema nada.

Julien vacilaba aún; ella añadió con viveza (su imaginación de señorita de mostrador le procuraba mentiras en abundancia):

-Desde luego que le ha mirado, pero en el momento en que me preguntaba quién era usted. Es grosero con todo el mundo, no ha tenido intención de insultarle.

La mirada de Julien siguió al presunto cuñado. Le vio comprar un número en la partida que se jugaba en la mesa de billar más distante. Julien oyó su gruesa voz, que gritaba en tono amenazador: «¡Ahora juego yo!». Julien pasó vivamente por detrás de la señorita Amanda, y dio un paso hacia el billar. Amanda le cogió por un brazo:

-Págueme usted antes -le dijo.

«Es justo -pensó Julien-; tiene miedo de que me vaya sin pagar.»

Amanda estaba tan agitada como él, y muy colorada; le dio el cambio lo más rápidamente que pudo, repitiéndole en voz baja:

-Salga usted ahora mismo del café, o si no, no le querré más, a pesar de que le quiero de veras.

Julien salió, efectivamente, pero despacio. «¿Acaso no debería -se preguntaba- mirar silbando a mi vez a ese individuo tan grosero?» Esta incertidumbre le retuvo una hora en el bulevar delante del café, esperando que saliera su hombre. No apareció, y Julien se alejó.

Hacía sólo unas horas que estaba en Besancon y ya había conquistado un remordimiento. El viejo cirujano mayor, a pesar de sus ataques de gota, le había dado, tiempo atrás, algunas clases de esgrima; ésa era toda la ciencia que Julien podía poner al servicio de su cólera. Pero este inconveniente no le habría importado si hubiera sabido demostrar su indignación de alguna otra manera que dando una bofetada; si había que llegar a las manos, su rival, hombre de enorme corpulencia, no sólo le daría una paliza, sino que le dejaría allí tendido.

«Para un pobre diablo como yo -se dijo Julien-, sin protectores y sin dinero, no debe haber gran diferencia entre un seminario y una cárcel; necesito dejar mi ropa de paisano en alguna posada, donde volveré a ponerme mi traje negro. Si algún día logro salir del seminario durante algunas horas, podré perfectamente volver a ver a la señorita Amanda vistiéndome de paisano.» El razonamiento era perfecto, pero Julien no se atrevía a entrar en ninguna de las posadas que hallaba a su paso.

Finalmente, al volver a pasar por delante del Hotel de Embajadores, sus ojos inquietos encontraron los de una mujer gorda, bastante joven aún, colorada y de aspecto alegre y feliz. Se acercó a ella y le contó su historia.

-Con mucho gusto, mi lindo y joven cura -le dijo la dueña del Hotel de Embajadores-, yo le guardaré su traje de seglar y hasta haré que lo sacudan a menudo. En este tiempo no es conveniente dejar los trajes de paño guardados sin airearlos.

Cogió una llave, y ella misma le condujo a una habitación, recomendándole que hiciese una nota especificando lo que dejaba.

-¡Dios mío! ¡Qué buen aspecto tiene usted así, señor cura Sobel! -le dijo la mujer gorda cuando bajó a la cocina-, haré que le sirvan una buena comida, y -añadió en voz baja- sólo le cobraré veinte sueldos, en vez de cincuenta, que es lo que todo el mundo paga, pues tiene usted que administrar lo mejor posible sus ahorrillos.

-Tengo diez luises -replicó Julien con cierto orgullo.

-¡Por Dios! -respondió la buena hostelera, alarmada-, no hable tan alto: hay muchos pillos en Besancon. Se lo robarán todo en menos de nada. Sobre todo no entre nunca en los cafés; están plagados de mala gente.

-¿De veras?-dijo Julien, a quien daba que pensar aquella frase.

-Venga usted a mi casa solamente, yo le haré café. Recuerde que siempre encontrará una amiga y una buena comida de veinte sueldos; esto es hablar, me parece a mí. Vaya, siéntese a la mesa, le voy a servir yo misma.

-Me sería imposible comer -le dijo Julien-, estoy demasiado emocionado; voy a entrar en el seminario en cuanto salga de su casa.

La buena mujer no le dejó salir hasta que le llenó los bolsillos de provisiones. Por fin Julien se encaminó al lugar terrible; la hostelera, desde la puerta, le indicaba el camino.

Capítulo 25

El seminario

*Trois cent trente-six diners á 83 centimes,
trois cent trente-six soupers á 28 centimes;
du chocolat á qui de droit;
combien y a-t-il á gagner sur la
soumission?*²⁹
EL VALENOD DE BESANCON

Desde lejos vio la cruz de hierro dorado sobre la puerta; se acercó lentamente; sintió que le flaqueaban las piernas. «¡Éste es el infierno en la tierra, del que no podré salir!» Por fin se decidió a llamar. El sonido de la campana retumbó como en un lugar solitario. Al cabo de diez minutos vino a abrirle un hombre pálido, vestido de negro. Julien le miró e inmediatamente bajó los ojos. Aquel portero tenía una fisonomía singular. Las pupilas verdes y saltonas de sus ojos eran redondas como las de un gato; el borde inmóvil de sus párpados anunciaba la imposibilidad de toda simpatía; sus labios delgados se abrían en semicírculo, dejando al descubierto unos dientes prominentes. Sin embargo, en aquella fisonomía no se reflejaba el crimen, sino más bien aquella absoluta insensibilidad que a los ojos de la juventud resulta mucho más sobrecogedora. El único sentimiento que la rápida mirada de Julien pudo adivinar en aquel largo semblante de devoto fue el más profundo desprecio por todo aquello de que quisieran hablarle y que no fuera el interés del cielo.

Julien levantó los ojos con esfuerzo, y con una voz temblorosa por la emoción que le hacía latir apresuradamente el corazón, explicó que deseaba hablar con el padre Pirard, director del seminario. Sin decir una palabra, el hombre de negro le hizo seña de que le siguiera. Subieron dos pisos por una ancha escalera con barandilla de madera, cuyos escalones, desgastados, se inclinaban del lado opuesto a la pared y parecían a punto de caerse. Una puertecilla coronada por una cruz de cementerio, de madera clara pintada de negro, se abrió con dificultad y el portero le hizo entrar en una habitación sombría y baja, cuyas paredes enjalbegadas de cal estaban adornadas con dos cuadros ennegrecidos por el tiempo. Allí se quedó solo Julien; estaba aterrado; su corazón latía con violencia; habría sido feliz si se hubiera atrevido a llorar. Un silencio de muerte reinaba en toda la casa.

Al cabo de un cuarto de hora, que le pareció un día entero, el portero de semblante siniestro reapareció en el umbral de la puerta, al otro extremo del aposento, y, sin dignarse hablar, le hizo seña de avanzar. Entró en una estancia aún más grande que la primera y muy mal iluminada. Las paredes estaban también blanqueadas; pero no había muebles. Solamente en un rincón, cerca de la puerta, vio Julien, al pasar, una cama de madera blanca, dos sillas de paja y un pequeño sillón de tablas de abeto, sin almohadón alguno. En el extremo opuesto de la habitación, junto a una ventana pequeña, de cristales amarillentos, adornada con sucios cacharros de flores, descubrió a un hombre sentado

²⁹ «Trescientas treinta y seis comidas a 83 céntimos; trescientas treinta y seis cenas a 28 céntimos; chocolate para quienes tengan derecho a él. ¿Cuánto se saca de ganancia por la contrata?»

ante una mesa y vestido con una sotana muy raída; parecía estar enfadado y cogía uno a uno gran cantidad de cuadraditos de papel, que ordenaba en la mesa después de escribir algunas palabras. No advertía la presencia de Julien. Éste permanecía inmóvil en medio de la habitación, en el mismo sitio en que le dejó el portero, que se había marchado cerrando la puerta.

Así pasaron diez minutos; el hombre mal vestido seguía escribiendo. La emoción y el terror de Julien eran tales, que tuvo la sensación de que iba a caerse. Un filósofo hubiera dicho, quizás equivocándose: «Es la violenta impresión de lo feo sobre un alma hecha para amar lo bello».

El hombre que escribía levantó la cabeza. Julien no se dio cuenta hasta un momento más tarde, y aun después de haberlo visto, continuó inmóvil, como herido de muerte por la terrible mirada de que era objeto. Los ojos azorados de Julien apenas distinguían una cara larga y totalmente cubierta de manchas rojas, excepto la frente, de una palidez mortal. Entre aquellas mejillas rojas y aquella frente blanca brillaban dos ojillos negros, hechos para atemorizar al más valiente. Los vastos contornos de aquella frente estaban marcados por cabellos espesos, lisos y negros como el azabache.

-¿Quiere usted acercarse, sí o no? -dijo por fin aquel hombre con impaciencia.

Julien se acercó con paso vacilante y a punto de caer. Pálido como nunca lo estuvo en su vida, se detuvo a tres pasos de la mesa de madera blanca cubierta de cuadrados de papel.

-Más cerca -dijo el hombre.

Julien avanzó más, alargando la mano como buscando en qué apoyarse.

-¿Su nombre?

-Julien Sorel.

-Ha tardado usted mucho -le dijo, clavando nuevamente en él su mirada terrible.

Julien no pudo resistir aquella mirada; extendiendo la mano, como para sostenerse, cayó al suelo cuan largo era.

El hombre llamó. Julien sólo había perdido la facultad de ver lo que ocurría en torno suyo y la fuerza para moverse; oyó pasos que se acercaban.

Le levantaron, le colocaron en el silloncito de madera blanca. Oyó al hombre terrible que decía al portero:

-Le ha dado un ataque epiléptico, al parecer; no nos faltaba más que eso.

Cuando Julien pudo abrir los ojos, el hombre de la cara roja seguía escribiendo; el portero había desaparecido. «Hay que tener valor -se dijo nuestro héroe-, y sobre todo ocultar lo que siento -sentía unas violentas náuseas-; si me ocurre un accidente, sabe Dios lo que pensarán de mí.»

Por fin el hombre dejó de escribir y, mirando a Julien de soslayo, le dijo:

-¿Se siente usted con fuerzas para contestar a mis preguntas?

-Sí, señor -dijo Julien con voz débil.

-¡Vaya! Me alegro.

El hombre vestido de negro se había levantado a medias y buscaba con impaciencia una carta en el cajón de su mesa, que rechinó al abrirlo. La encontró, se sentó lentamente y, mirando de nuevo a Julien con aire de arrancarle la poca vida que le quedaba, le dijo:

-Me ha sido usted recomendado por el padre Chélan, el mejor párroco de la diócesis, hombre virtuoso si los hay y amigo mío desde hace treinta años.

-¡Ah! ¿Tengo el honor de estar hablando con el padre Pirard? -dijo Julien con voz apagada.

-Así parece -replicó el director del seminario, mirándole de mal humor.

Sus pequeños ojos brillaron con más intensidad, y al mismo tiempo la comisura de sus labios se fruncía con un movimiento involuntario. Era la fisonomía del tigre saboreando de antemano el placer de devorar su presa.

-La carta de Chélan es breve -dijo como si hablara consigo mismo-. Intelligenti pauca;³⁰ en los tiempos que corren siempre se escribe demasiado.

Leyó en voz alta:

Le presento a Julien Sorel, de esta parroquia, a quien bauticé pronto hará veinte años; hijo de un carpintero rico, pero que no le da nada. Julien será un obrero excelente en la viña del Señor. No le faltan inteligencia ni memoria; es reflexivo. ¿Será duradera su vocación? ¿Es sincera?

-¡Sincera! -repitió el padre Pirard con asombro y mirando a Julien; pero en aquel momento la mirada del cura parecía ya menos inhumana-. ¡Sincera! -repitió bajando la voz y continuando su lectura:

Le pido a usted una beca para Julien Sorel; la merecerá después de someterse a los exámenes necesarios. Le he enseñado un poco de teología, de esta antigua y buena teología de los Bossuet, los Arnault, los Fleury. Si el muchacho no le conviene, envíemelo de nuevo; el director del asilo de mendigos, a quien usted conoce muy bien, le ofrece ochocientos francos para que sea preceptor de sus hijos. Mi espíritu está tranquilo, gracias a Dios. Me voy acostumbrando al golpe terrible. Vale et me ama.

El padre Pirard leyó más despacio al llegar a la firma y pronunció con un suspiro la palabra Chélan.

-Está tranquilo -dijo-; en efecto, su virtud merecía esta recompensa. ¡Dios quiera concedérmela a mí si llega el caso!

Miró al cielo e hizo la señal de la cruz. A la vista de aquel signo sagrado, Julien sintió que menguaba un poco el profundo horror que le había helado la sangre desde que entró en aquella casa.

-Tengo aquí trescientos veintiún aspirantes al sagrado ministerio -dijo por fin el padre Pirard con un tono de voz severo, pero no malvado-: de ellos, solamente siete u ocho me están recomendados por hombres como el padre Chélan; así que será usted el noveno entre los trescientos veintiuno. Pero mi protección no supone favor ni debilidad, sino mayor exigencia y severidad contra los vicios. Levántese y cierre esa puerta con llave.

Julien hizo un esfuerzo para andar y consiguió no caerse. Observó que una ventanita, junto a la puerta de entrada, daba al campo. Miró los árboles; su imagen le produjo el mismo bienestar que si hubiera tropezado con antiguos amigos.

-Loquerisne linguam latinam?³¹ -le preguntó el padre Pirard cuando volvía.

-Ita, pater optime³² -respondió Julien recobrándose poco a poco. Y ciertamente

³⁰ Pocas palabras para quien sabe comprender.

³¹ ¿Habla usted latín?

³² Sí, excelentísimo padre.

nunca hombre alguno le había parecido menos excelente que el padre Pirard desde hacía media hora.

La conversación continuó en latín. La expresión de los ojos del cura se dulcificaba; Julien recobraba un poco de sangre fría.

«¡Qué débil soy! -pensaba al sentirse cohibido por aquellas apariencias de virtud-, este hombre será un bribón, ni más ni menos que el padre Maslon.» Y Julien se felicitó de haber escondido casi todo su dinero en sus zapatos.

El padre Pirard examinó a Julien de teología, y se sorprendió de lo vasto de sus conocimientos. Su asombro fue en aumento al preguntarle en particular sobre las Sagradas Escrituras. Pero cuando llegó a interrogarle sobre la doctrina de los Santos Padres, se dio cuenta de que Julien poco menos que ignoraba los nombres de san Jerónimo, san Agustín, san Buenaventura, san Basilio, etc., etc.

«Aquí tenemos la prueba -pensó el padre Pirard- de la nefasta tendencia al protestantismo que siempre le he reprochado a Chélan. Un conocimiento profundo, demasiado profundo, de las Sagradas Escrituras.»

(Julien acababa de hablarle, sin que él le preguntara sobre este punto, de la verdadera época en que fueron escritos el Génesis, el Pentateuco, etc.)

«¿A qué conducen estos interminables razonamientos sobre las Sagradas Escrituras, como no sea al examen personal, es decir, al más odioso protestantismo? Y junto a esta ciencia imprudente, nada sobre los Santos Padres que pueda compensar esa tendencia.»

Pero el asombro del director del seminario no tuvo límites cuando, al preguntar a Julien sobre la autoridad del papa, y esperando que se atendería a las máximas de la antigua Iglesia galicana, el joven le recitó todo el libro del señor de Maistre.

«Qué hombre más singular este Chélan -pensó el padre Pirard-. ¿Le habrá enseñado este libro para enseñarle a burlarse de él?»

En vano interrogó a Julien para tratar de inquirir si creía seriamente en la doctrina del señor de Maistre. El joven sólo respondía con su memoria. A partir de aquel momento Julien estuvo realmente acertado; se sentía dueño de sí. Después de un examen muy largo creyó notar que la severidad con que le trataba el padre Pirard era puramente afectada. En efecto, sin los

principios de severidad austera que desde hacía quince años se había impuesto para con sus discípulos de teología, el director del seminario hubiera abrazado a Julien en nombre de la lógica, tanta claridad, tanta precisión, tanta exactitud había en sus respuestas.

«Es un espíritu sano y atrevido -se decía-, pero corpus debile. (El cuerpo es débil.)»

-¿Suele usted caerse así con frecuencia? -dijo a Julien en francés, señalando al suelo.

-Es la primera vez que me ocurre en toda mi vida, la cara del portero me dejó helado -añadió Julien, ruborizándose como un niño.

El padre Pirard casi le sonrió.

-Ése es el efecto de las vanas pompas del mundo; por lo que veo, está usted acostumbrado a caras risueñas, verdaderos teatros de la mentira. La verdad es austera, señor mío. ¿Pero no es también austera nuestra misión en este mundo? Habrá que velar para que su conciencia esté en guardia contra esta flaqueza: demasiada sensibilidad para las vanas apariencias del mundo.

-Si no viniera recomendado -dijo el padre Pirard, volviendo a emplear el latín con marcada complacencia-, si no viniera recomendado por un hombre como el padre Chélan, le hablaría el vano lenguaje de este mundo, al cual me parece que está usted habituado con exceso. La beca completa que solicita, le diría, es una de las cosas más difíciles de conseguir del mundo. Pero sería conceder bien poco crédito al padre Chélan si después de cincuenta y seis años de apostolado no pudiera disponer de una beca en el seminario.

Después de estas frases, el padre Pirard recomendó a Julien que no se afiliase a ninguna sociedad o congregación secreta sin su consentimiento.

-Le doy a usted mi palabra de honor-dijo Julien en un arranque de emoción propio de un hombre honrado.

El director del seminario sonrió por vez primera.

-En un sitio como éste, esta frase es inadecuada -le dijo-, recuerda demasiado el vano honor del mundo, que conduce a las gentes a tantos pecados y a menudo al mismo crimen. Me debe usted santa obediencia en virtud del párrafo diecisiete de la bula Unam ecclesiam, de san Pío Y. Yo soy su superior eclesiástico. En esta casa, muy querido hijo mío, oír es obedecer. ¿Cuánto dinero tiene?

«Ya estamos en el punto -se dijo Julien-; por esto era su muy querido hijo.»

-Treinta y cinco francos, reverendo padre.

-Apunte minuciosamente el empleo de esta cantidad; tendrá que darme cuenta de ella.

Aquella penosa sesión había durado tres horas. Julien llamó al portero.

-Alojará usted a Julien Sorel en la celda número 103 -le dijo el padre Pirard a aquel hombre.

Por deferencia extraordinaria, le concedía a Julien alojamiento separado.

-Lleve usted allí su maleta -añadió.

Julien bajó los ojos y reconoció su maleta, delante de él precisamente; la estaba mirando hacía tres horas y no la había reconocido.

Al llegar al número 103, una pequeña celda de ocho pies cuadrados en el último piso de la casa, Julien vio que daba sobre las murallas, y por encima de ellas se divisaba la hermosa llanura que el Doubs separa de la ciudad.

«¡Qué hermosa vista!», exclamó Julien; hablándose así no sabía lo que expresaban aquellas palabras. Las sensaciones tan violentas que había experimentado en el poco tiempo que llevaba en Besancon habían agotado sus fuerzas por completo. Se sentó junto a la ventana en la única silla de madera que había en la celda, y a poco quedóse profundamente dormido. No oyó la campana de la cena ni la de la oración; le habían olvidado.

Cuando a la mañana siguiente le despertaron los primeros rayos del sol, se encontró tumbado en el suelo.

Capítulo 26

El mundo, o lo que le falta al rico

Estoy solo en el mundo; nadie se digna pensar en mí.
Todos aquellos a quienes veo hacer fortuna poseen
una desvergüenza y una dureza de corazón que me
son ajenas. Me odian a causa de mi bondad instintiva.
¡Ay! Pronto voy a morir, bien sea de hambre, o por la
desgracia de ver que los hombres son tan duros.
YOUNG

Se apresuró a cepillar su traje, y bajó. Llegaba tarde. Un pasante le riñó severamente; en vez de intentar justificarse, Julien cruzó los brazos sobre el pecho:

-Peccavi, pater optime³³ -dijo con aire contrito.

Aquel principio tuvo gran éxito. Los más listos de los seminaristas comprendieron que tenían que habérselas con un individuo que no era novato en el oficio. Llegó la hora del recreo; Julien se vio objeto de la curiosidad general. Pero sólo reserva y silencio encontraron en él. Siguiendo la norma de conducta que se había trazado, consideró como otros tantos enemigos a sus trescientos veintiún compañeros; a sus ojos, el más peligroso de todos era el padre Pirard.

Pocos días después, Julien tuvo que elegir confesor; le presentaron una lista.

«¡Válgame Dios! ¿Por quién me toman? -se dijo-. ¿Se figuran que no sé lo que me hago?» Y escogió al padre Pirard.

Aunque él lo ignoraba, aquel paso era decisivo. Un seminarista novicio, muy joven, natural de Verrières, que desde el primer día se había declarado amigo suyo, le dijo que quizás hubiera sido más prudente escoger al pade Castanéde, subdirector del seminario.

-El padre Castanéde es enemigo del padre Pirard, al que se considera sospechoso de jansenismo -añadió el joven seminarista acercándose a su oído.

Todos los primeros pasos de nuestro héroe, que presumía de prudente, fueron, como la elección de confesor, puras torpezas. Engañado por toda su presunción de hombre imaginativo, tomaba sus intuiciones por hechos y se creía un hipócrita consumado. Su insensatez llegaba hasta el punto de reprocharse sus triunfos en este arte propio de los débiles.

«¡Por desgracia, es mi única arma! En otra época -se decíahubiera ganado el pan mediante acciones palpables ante el enemigo.»

Julien, satisfecho de su conducta, miraba en torno suyo; por todas partes encontraba la apariencia de la más pura virtud.

Ocho o diez seminaristas vivían en olor de santidad y tenían apariciones, como santa Teresa y san Francisco cuando recibió los estigmas en el monte Vernia, en los Apeninos. Pero aquello era un gran secreto, sus amigos lo ocultaban. Aquellos pobres

³³ Sí, excelentísimo padre.

muchachos de las apariciones estaban casi siempre en la enfermería. Un centenar de ellos, en cambio, unían a una fe robusta una aplicación infatigable. Trabajaban hasta el punto de ponerse enfermos, pero sin aprender gran cosa. Dos o tres se distinguían por un verdadero talento, entre otros uno llamado Chazel; pero Julien se sentía alejado de ellos, y ellos de él.

El resto de los trescientos veintinueve seminaristas estaba compuesto únicamente de seres groseros, que no estaban muy seguros de comprender las palabras latinas que repetían a todas horas del día. Casi todos eran hijos de campesinos, que preferían ganarse el pan mascullando unos cuantos latinajos que cavando la tierra. Después de hacer esta observación en los primeros días, Julien se auguró grandes éxitos. «En todo servicio -se decía- hace falta gente inteligente, pues a fin de cuentas hay una obra que realizar. En tiempo de Napoleón yo hubiera sido sargento; entre estos futuros curas seré vicario mayor.»

«Todos estos pobres diablos -añadía-, artesanos desde su infancia, sólo han comido, hasta venir aquí, requesón y pan negro. En sus chozas, no comían carne más que cinco o seis veces al año. Al igual que los soldados romanos para quienes la guerra era una época de descanso, estos rústicos campesinos están encantados con las delicias del seminario.»

Julien no leía en sus ojos tristes más que la necesidad física satisfecha después de la comida, y el placer físico esperado antes de comer. Tales eran las gentes en medio de las cuales había que distinguirse; pero lo que Julien no sabía, lo que tenían buen cuidado de no decirle, es que ser el primero en los diferentes cursos de dogma, historia eclesiástica, etc., etc., que se siguen en el seminario, sólo era a sus ojos un pecado de ostentación. Desde Voltaire, desde el gobierno de las dos cámaras, que en el fondo sólo es desconfianza y libre examen y da al espíritu de los pueblos la mala costumbre de desconfiar, la Iglesia de Francia parece haber comprendido que los libros son sus verdaderos enemigos. A sus ojos, la sumisión de corazón lo es todo. Brillar en los estudios, aunque sean sagrados, les resulta sospechoso, y con razón. ¿Quién impedirá al hombre superior que se pase al otro lado, como Sieyès o Grégoire?³⁴ La Iglesia temerosa se aferra al papa como único medio de salvación. El papa es el único que puede tratar de detener el libre examen y, por medio de la piadosa pompa de las ceremonias de su corte, impresionar el espíritu hastiado y enfermo de las gentes del mundo.

Julien, que adivinaba a medias estas diversas verdades, que sin embargo todo cuanto se dice en un seminario tiende a desmentir, cayó en la más profunda melancolía. Trabajaba mucho y conseguía aprender rápidamente cosas muy útiles para un sacerdote, muy falsas a sus ojos y en las que no ponía interés alguno. Creía que no tenía otra cosa que hacer.

«¿Pero es que todo el mundo se ha olvidado de mí?», pensaba. Ignoraba que el padre Pirard había recibido y echado al fuego varias cartas selladas en Dijon, donde, a pesar del estilo más comedido, se advertía la pasión más viva. Aquel amor parecía combatido por graves remordimientos. «Tanto mejor -pensaba el padre Pirard-, por lo menos no es una mujer impía la que ha amado este hombre.»

Un día el padre Pirard abrió una carta, que parecía medio borrada por las

³⁴ El Padre Henri Grégoire (1780-1831) fue miembro de la Convención y obispo constitucional de Blois. Fue candidato en las elecciones de 1819, pero fue destituido por el gobierno, que le reprochó haber votado la muerte de Luis XVI.

lágrimas; era un adiós eterno. «Por fin -le decía a Julien- el cielo me ha concedido la gracia de odiar, no al autor de mi falta, que será siempre para mí lo más querido en este mundo, sino la misma falta. El sacrificio está hecho, amigo mío. Y no sin lágrimas, como puede ver. La salvación de los seres a quienes me debo y a los que usted tanto ha querido lo exige. Un Dios justo, pero terrible, no podrá ya vengar en ellos los crímenes de su madre. Adiós, Julien, sea justo con los hombres.»

El final de esta carta era casi totalmente ilegible. Le indicaba unas señas de Dijon, aunque esperando que Julien no contestaría nunca, o por lo menos que lo haría en términos tales que una mujer arrepentida y virtuosa pudiera oír sin ruborizarse.

La melancolía de Julien, junto con la mediocre alimentación que suministraba al seminario el contratista de las comidas a 83 céntimos, empezaba a influir en su salud, cuando un día se presentó Fouqué de improviso en su cuarto.

-Por fin he logrado entrar. He venido cinco veces seguidas a Besancon, sin reproches, para verte. Siempre la misma cara de palo. He apostado una persona a la puerta del seminario; ¿por qué diablos no sales nunca?

-Es una prueba a la que me he sometido.

-Te encuentro muy cambiado. Pero por fin te vuelvo a ver. Dos relucientes monedas de cinco francos acaban de demostrarme que he sido un majadero al no haberlas ofrecido desde el primer viaje.

La conversación entre los dos amigos fue interminable. Julien cambió de color cuando Fouqué le dijo:

-A propósito, ¿sabes que la madre de tus discípulos se ha entregado a la más fervorosa devoción?

Y hablaba con aquel aire indiferente que produce una impresión tan sobrecogedora en el alma apasionada, que agita en ésta, sin sospecharlo, los más caros afectos.

-Sí, amigo mío, a la devoción más exaltada. Dicen que hace peregrinaciones. Mas, para vergüenza eterna del padre Maslon, que durante tanto tiempo ha espiado al pobre padre Chélan, la señora de Rénal no ha querido nada con él. Va a confesarse a Dijon o a Besancon.

-¿Viene a Besancon? -dijo Julien, poniéndose colorado hasta las orejas.

-Con bastante frecuencia -contestó Fouqué con aire interrogativo.

-¿Llevas ahí algún Constitucional?

-¿Cómo dices? -replicó Fouqué.

-Te pregunto si llevas algún ejemplar del Constitucional -repuso Julien en tono más tranquilo-. Aquí se venden a un franco cincuenta el número.

-¡Cómo! ¡Hasta en el seminario aparecen los liberales! -exclamó Fouqué-. ¡Pobre Francia! -añadió, adoptando la voz hipócrita y el tono dulzón del padre Maslon.

Aquella visita hubiera causado una profunda impresión a nuestro héroe si al día siguiente una palabra que le dirigió aquel joven seminarista de Verrières, que tan niño le parecía, no le hubiese llevado a un importante descubrimiento. Desde que estaba en el seminario, la conducta de Julien había sido una serie de pasos en falso. Se burló de sí mismo con amargura.

A decir verdad, los actos importantes de su vida estaban sabiamente dirigidos; pero cuidaba poco los detalles. Así es que ya pasaba entre sus compañeros por un librepensador. Le habían traicionado una multitud de pequeños indicios.

Según ellos, era convicto de un vicio imperdonable: pensaba, juzgaba por sí mismo, en vez de seguir ciegamente la autoridad y el ejemplo. El padre Pirard no le había servido para nada; no le había dirigido la palabra ni una sola vez fuera del tribunal de la penitencia y aun allí escuchaba más bien que hablaba. Las cosas hubieran sido de muy distinto modo de haber escogido al padre Castanéde.

A partir del momento en que Julien se dio cuenta de su locura ya no se aburrió más. Quiso conocer toda la extensión del mal, y a este efecto se decidió a salir del silencio altivo y obstinado con que había rechazado a sus compañeros. Entonces se vengaron de él. Sus avances fueron acogidos con un desprecio rayano en la burla. Reconoció que, desde su entrada en el seminario, no había transcurrido una hora, sobre todo en los recreos, que no tuviese para él consecuencias en pro o en contra, que no aumentase el número de sus enemigos o le ganase la voluntad de algún seminarista sinceramente virtuoso o un poco menos grosero que los demás. El mal que tenía que reparar era inmenso, la empresa muy difícil. Desde entonces la atención de Julien estuvo siempre en guardia; trataba de formarse un carácter completamente nuevo.

El movimiento de sus ojos, por ejemplo, le dio mucho que hacer. No sin razón los llevan bajos en tales lugares. «¡Qué presunción la mía cuando en Verrières creía vivir!; allí sólo me preparaba para la vida; ahora estoy en el mundo, tal y como lo encontraré hasta que acabe de representar mi papel, rodeado de verdaderos enemigos. ¡Qué difícil es -agregaba- esta constante hipocresía renovada a cada momento! Es peor que los trabajos de Hércules. El Hércules de los tiempos modernos es Sixto V, que estuvo durante quince años consecutivos engañando, por su modestia, a cuarenta cardenales que le habían conocido vivo y altanero en su juventud.

»¡De modo que aquí el saber no importa nada! -se decía con despecho-; los adelantos en el dogma, en historia sagrada, etc., sólo cuentan en apariencia. Todo lo que nos dicen en este sentido no es más que un lazo para hacer caer en la trampa a unos cuantos locos como yo. ¡Desgraciadamente mi único mérito consistía en mis rápidos progresos, en la facilidad con que asimilaba todas esas monsergas! ¿Resultará acaso que en el fondo les conceden su verdadero valor? ¿Las tendrán en el mismo concepto que yo? ¡Y tenía la estupidez de sentirme orgulloso de ello! Los primeros puestos que he conseguido siempre sólo han servido para restarme puntos para los verdaderos puestos que se obtienen al salir del seminario y que son los que dan dinero. Chazel, que sabe más que yo, mete siempre en sus composiciones alguna patochada, que le hace quedar en el número cincuenta; si alguna vez obtiene el primero es por distracción. ¡Qué útil me hubiera sido una palabra, una sola palabra del padre Pirard!»

A partir del momento en que Julien se dio cuenta de su error, los largos ejercicios de devoción ascética, como el rosario cinco veces por semana, los cánticos al Sagrado Corazón, etc., etc., que le parecían tan mortalmente aburridos, se convirtieron en los momentos más interesantes de su actuación.

Reflexionando severamente sobre sí mismo, y sobre todo tratando de no sobrevalorar sus propias posibilidades, Julien no pretendió de pronto realizar a cada paso acciones significativas, es decir, que prueban un grado de perfección cristiana, como los seminaristas que servían de modelo a los demás. En el seminario hay un modo de comer un huevo pasado por agua que indica los progresos alcanzados en la vida devota.

El lector, que se ha sonreído quizá, se dignará recordar todas las faltas que llegó a cometer, tomando un huevo, el padre Delille, cuando fue invitado a almorzar por una

gran dama de la corte de Luis XVI.

Julien procuró en un principio alcanzar el estado de non culpa, que es aquel en que se encuentra un joven seminarista cuya actitud, modo de mover los brazos, los ojos, etc., no tienen, en verdad, nada de mundano, pero tampoco denotan un ser absorto en la idea de la otra vida y de la pura nada de ésta.

Constantemente encontraba Julien escritos con carbón en las paredes de los corredores letreros como ése: «¿Qué son sesenta años de prueba comparados con una eternidad de delicias o una eternidad de aceite hirviendo en el infierno?». No volvió a despreciarlos; comprendió que debía tenerlos siempre presentes. «¿Qué voy a hacer durante toda mi vida? -se decía-; vender a los fieles un lugar en el cielo. ¿Cómo les haré ver que este lu-

gar existe? Por la diferencia entre mi aspecto exterior y el de un laico.»

Después de varios meses de estudio incesante aún tenía Julien el aire de pensar. Su modo de mover los ojos y la boca no denotaban la fe implícita y presta a creerlo todo y a soportarlo todo, incluso el martirio. Julien se ponía furioso al darse cuenta de que en esto le daba ciento y raya cualquier campesino de los más groseros. Había buenas razones para que no tuviesen el menor aire de pensador.

¡Cuántos esfuerzos llegó a desplegar para alcanzar aquella frente beata y estrecha, aquella expresión de fe ciega y ferviente, dispuesta a creerlo todo y a sufrirlo todo, que tan frecuentemente se encuentra en los conventos de Italia, y de la que tan perfectos modelos tenemos nosotros los laicos en los cuadros religiosos del Guercino!³⁵

Los días de las grandes solemnidades servían a los seminaristas salchicha con choucroute. Los vecinos de mesa de Julien observaron que era insensible a aquel placer; éste fue uno de sus primeros crímenes. Sus compañeros vieron en ello un odioso rasgo de la más estúpida hipocresía; no hubo cosa que le procurara más enemigos. «¡Miren el burgués, el desdeñoso -decían-, que presume de despreciar la mejor pitanza, salchichas con choucroute! ¡Vaya con el orgulloso, el mamarracho, el condenado!» Hubiera debido hacer la penitencia de dejar una parte de la comida y hacer este sacrificio mostrando la choucroute a un amigo y diciendo:

-¿Qué otra cosa puede ofrecer el hombre a un ser todopoderoso excepto el dolor voluntario?

Julien carecía de la experiencia necesaria para ver con facilidad este tipo de cosas.

-¡Ay! La ignorancia de estos jóvenes campesinos, compañeros míos, es una ventaja inmensa para ellos -exclamaba Julien en momentos de desaliento-. Cuando llegan al seminario, el profesor no tiene que arrancarles la enorme cantidad de ideas mundanas que yo traigo, y que leen en mi cara, haga lo que haga.

Julien estudiaba con atención rayana en la envidia a los más groseros campesinos que llegaban al seminario. En el momento en que les despojaban de su chaqueta de ratina, para hacerles endosar el hábito negro, su educación se constreñía a un respeto inmenso, sin límites, por el dinero líquido y neto, como dicen en el Franco Condado.

Es la manera sacramental y heroica de expresar la sublime idea del dinero contante y sonante.

Para estos seminaristas, como para los héroes de las novelas de Voltaire, la

³⁵ Véase en el museo del Louvre: Francisco, duque de Aquitania, despojándose de la coraza y tomando el hábito de fraile, n.º 1.130.

felicidad consiste ante todo en comer bien. Julien descubría en casi todos ellos un respeto innato por todo aquel que llevaba un traje de paño fino. Este sentimiento les hacía apreciar en todo su valor, y aun por debajo de su valor, la justicia distributiva, tal y como la administran nuestros tribunales. «¿Qué vais a salir ganando con llevarle la contraria a un pez gordo?», solían decir entre sí.

Ésta es la expresión con que las gentes de los valles del Jura suelen designar a una persona rica. ¡Puede imaginarse, pues, su respeto por el más rico de todos: el gobierno!

No sonreír respetuosamente al solo nombre del señor prefecto pasa por una imprudencia entre los campesinos del Franco Condado; y la imprudencia de un pobre es rápidamente castigada con la falta de pan.

Después de haberse sentido en los primeros tiempos como asfixiado por un profundo sentimiento de desprecio, Julien acabó por sentir compasión: los padres de la mayor parte de sus compañeros habían vuelto muchas veces a sus cabañas en las crudas noches de invierno, sin encontrar en ellas pan, ni castañas, ni patatas. «¿Qué tiene, pues, de extraño -se decía Julien- si para ellos el hombre feliz es, ante todo, el que ha comido bien, y después el que va bien vestido? Mis compañeros tienen una vocación firme, es decir, ven en el estado eclesiástico la continuación indefinida de esta felicidad: comer bien y tener un buen abrigo en invierno.»

Cierto día le aconteció a Julien oír a un joven seminarista, dotado de imaginación, que le decía a su compañero:

-¿Por qué no he de llegar yo a papa como Sixto V, que era porquero?

-Sólo hacen papas a los italianos -le contestó su amigo-; pero seguramente nos caerá en suerte alguna plaza de vicario general, canónigo y quizás obispo. Su Ilustrísima el obispo de Chalons es hijo de un tonelero: el mismo oficio que tiene mi padre.

Un día, durante la lección de dogma, el padre Pirard mandó llamar a Julien. El pobre muchacho tuvo una satisfacción inmensa al salir de la atmósfera física y moral en que estaba sumido.

Julien encontró en el señor director la acogida que tanto le asustara el día que entró en el seminario.

-Explíqueme lo que hay escrito en este naípe -le dijo, mirándole como si le quisiera anonadar.

Julien leyó:

«Amanda Binet, en el café de la Jirafa, antes de las ocho. Diga que es de Genlis y primo de mi madre.»

Julien se dio cuenta de la gravedad del peligro que corría; los espías del padre Castanéde le habían robado aquellas señas.

-El día que entré aquí -respondió mirando a la frente del padre Pirard, pues no podía soportar el terrible fulgor de sus ojos-, estaba aterrado: el padre Chélan me había dicho que éste era un sitio fértil en toda clase de delaciones y maldades, en el que se fomentaba el espionaje y las denuncias entre compañeros. Es la voluntad del cielo, para que los jóvenes sacerdotes conozcan la vida como es e inspirarles asco hacia el mundo y sus pompas.

-¡A mí venirme con frases! -dijo el padre Pirard, furioso-. ¡Pequeño bribón!

-En Verrières -repuso fríamente Julien-, mis hermanos me pegaban cuando tenían algún motivo de envidia...

-¡Al grano, al grano! -exclamó el padre Pirard, casi fuera de sí.

Sin sentirse intimidado lo más mínimo, Julien reanudó su narración:

-El día de mi llegada a Besancon, hacia mediodía, tenía hambre, entré en un café. Mi corazón estaba henchido de repugnancia hacia un lugar tan profano; pero pensé que allí me costaría el almuerzo menos que en la posada. Una señora, que parecía la dueña del establecimiento, tuvo compasión de mi aire inexperto. «Besancon está lleno de mala gente -me dijo-; tengo miedo de que le ocurra algo, señor. Si se viese en un apuro, acuda a mi casa antes de las ocho. Si los porteros del seminario se niegan a traerme el recado, diga que es primo mío y natural de Genlis...»

-Toda esta cháchara va a ser comprobada -exclamó el padre Pirard, que, incapaz de estarse quieto, paseaba de un lado a otro de la habitación-. ¡Vuelva a su celda!

El padre siguió a Julien y le encerró con llave. Éste se puso inmediatamente a registrar su maleta, en el fondo de la cual estaba cuidadosamente escondida la carta fatal. No faltaba nada en la maleta, pero había varias cosas fuera de su sitio; sin embargo, él no se separaba de la llave ni un momento. «Afortunadamente -se dijo Julien-, mientras vivía cegado, no acepté jamás el permiso para salir que el padre Castanéde me ofrecía tan a menudo, con una bondad que ahora comprendo. Quizás hubiese tenido la debilidad de cambiar de traje y de ir a ver a la hermosa Amanda, y me habría perdido. Cuando han visto que no podían sacar de este informe el partido que ellos esperaban, para no desperdiciarlo lo han convertido en denuncia.»

Dos horas más tarde el director le mandó llamar.

-No ha mentado usted -le dijo con mirada menos severa-; pero guardar tales señas es una imprudencia cuya gravedad no puede usted imaginar siquiera. ¡Desgraciado! Quizás esto le perjudique todavía dentro de diez años.

Capítulo 27

Primera experiencia de la vida

*Le temps présent, grand Dieu!,
c'est l'arche du Seigneur.
Malheur á qui y touche.*³⁶
DIDEROT

El lector nos perdonará que citeamos muy pocos hechos claros y precisos de esta época de la vida de Julien. No es que carezcamos de datos, al contrario; pero quizá lo que él vio en el seminario es demasiado negro para el colorido suave que hemos tratado de conservar en estas páginas. Los contemporáneos que padecen ciertas cosas no pueden recordarlas sin sentir un horror ante el cual cualquier otro placer se desvanece, incluso el de leer un cuento.

Julien tuvo poco éxito en sus ensayos de hipocresía de gestos; tuvo momentos de verdadero asco y hasta de desaliento profundo. No lograba triunfar ni aun en una carrera ruin. El menor auxilio exterior hubiera sido bastante para alentar su constancia; la dificultad que había que vencer no era muy grande; pero estaba solo, como una barca abandonada en medio del océano. «Y aun cuando lograra triunfar -se decía-, ¡tener que pasar toda mi vida en tan mala compañía! ¡Glotonas que no piensan más que en la tortilla con tocino que han de devorar en la comida, o curas como Castanéde, para los cuales no hay crimen demasiado negro! ¡Llegarán al poder; pero a qué precio, Dios santo!

»La voluntad del hombre es poderosa, lo leo en todas partes; ¿pero es suficiente para vencer tal repugnancia? La tarea de los grandes hombres ha sido fácil; por terrible que fuera el peligro, les parecía hermoso; y ¿quién, si no yo, será capaz de comprender la fealdad de lo que me rodea?»

Aquél fue el momento más difícil de su vida. ¡Le era tan fácil alistarse en uno de los brillantes regimientos de guarnición en Besancon! Podía hacerse profesor de latín; ¡necesitaba tan poco para vivir! Pero entonces, adiós carrera, adiós al porvenir que había soñado; esto era la muerte para él. He aquí al detalle una de sus tristes jornadas.

«¡Siempre tuve la presunción de crearme diferente de los demás jóvenes de mi clase! Pues bien, ya he visto bastante para darme cuenta de que deferencia engendra odio», se decía una mañana. Acababa de revelarle esta gran verdad uno de sus fracasos más dolorosos. Durante ocho días se había esforzado en ser grato a un alumno que vivía en olor de santidad. Se paseaba con él por el patio, escuchaba con resignación sus tonterías capaces de hacer bostezar de sueño. Súbitamente se desencadenó una tormenta, rugió el trueno y el santo alumno exclamó, rechazándole de una manera grosera:

-Oiga, en este mundo, que cada cual se valga por sí mismo; no quiero que me parta un rayo: Dios puede fulminarle como a un impío, como a un Voltaire.

Con los dientes apretados de rabia, y dirigiendo sus ojos hacia el cielo, surcado por el rayo, exclamó Julien: «¡Merecería hundirme si me durmiera durante la tormenta! Tratemos de conquistar a algún otro patán».

Sonó la campana, anunciando la clase de historia sagrada del padre Castanéde.

³⁶ «La época actual, ¡gran Dios!, es el arca del Señor. Desgraciado quien la toque»

El padre Castanéde explicaba aquel día a aquellos jóvenes campesinos -tan asustados del trabajo penoso y de la pobreza de sus padres- que aquel ser terrible a sus ojos, el gobierno, sólo tenía poder real y legítimo en virtud de la delegación del vicario de Dios en la tierra.

-Haceos dignos de las bondades del papa por la santidad de vuestra vida, por vuestra obediencia; sed como un bastón entre sus manos -añadía- y conseguiréis un puesto soberbio, en el cual mandaréis como dueños y señores, sin fiscalización alguna; una plaza inamovible de cuyos emolumentos el gobierno pagará una tercera parte, y los otros dos tercios, los fieles que formaréis con vuestras predicaciones.

Al salir del aula, el padre Castanéde se detuvo en el patio, y comenzó a decir a sus discípulos, que ese día prestaban más atención y formaban círculo en torno suyo:

-De un cura es de quien mejor se puede decir: «Tanto vale el hombre, tanto vale el puesto». Yo mismo he conocido parroquias de montaña que producían más beneficios que muchas parroquias de ciudad. Cobran lo mismo en dinero, y aparte los capones cebados, los huevos, la manteca fresca y otras mil menudencias. Además, allí el cura era el primero sin discusión, y no había buena comida a la que no fuera invitado, festejado, etc.

Apenas subió a su cuarto el padre Castanéde, los alumnos se dividieron en grupos. Julien no formaba parte de ninguno; le dejaban aparte como a una oveja sarnosa. En todos los grupos veía a uno de los alumnos echar una moneda al aire, y si acertaba cara o cruz sus compañeros decidían que pronto tendría una de esas parroquias de pingües beneficios.

Luego les llegó el turno a las anécdotas. Un cura joven, que apenas llevaba un año ordenado, por regalar un conejo suyo a la criada de un viejo párroco había conseguido ser nombrado vicario, y pocos meses después, al morir el párroco, le había sustituido en la cura de almas. Otro había llegado a hacerse nombrar sustituto de la parroquia de un pueblo muy rico, asistiendo a todas las comidas del viejo párroco paralítico y trinchándole sus pollos con habilidad.

Los seminaristas, como las gentes de todas las carreras, suelen exagerar la importancia de estos medios mezquinos, que tienen para ellos algo de extraordinario e impresionan la imaginación.

«Es preciso -se decía Julien- hacerse a estas conversaciones.» Cuando no hablaban de salchichas y de buenas parroquias, se ocupaban de la parte mundana de las doctrinas eclesiásticas; de las diferencias entre los obispos y los prefectos, los alcaldes y 108 curas. Julien veía aparecer gradualmente la idea de un segundo Dios, pero un Dios mucho más de temer y mucho más poderoso que el otro; este segundo Dios era el papa. Se decían unos a otros, pero bajando la voz y cuando estaban seguros de no ser oídos por el padre Pirard, que si el papa no se tomaba la molestia de nombrar a todos los prefectos y a todos los alcaldes de Francia era porque había delegado esta función en el rey de Francia, nombrándole hijo mayor de la Iglesia.

Por esta época, Julien creyó que podría sacar partido en su favor del libro sobre el papa del señor de Maistre. A decir verdad, causó el asombro de sus compañeros; pero también en perjuicio suyo. Los desagradó exponiendo mejor que ellos sus mismas opiniones. El padre Chélan había sido imprudente con Julien, ni más ni menos que lo era consigo mismo. Después de infundirle el hábito de razonar justamente y no pagarse de palabras inútiles, se había olvidado de advertirle que, en un ser poco considerado, este

hábito es un crimen; pues todo razonamiento justo ofende.

Los brillantes razonamientos de Julien constituyeron, por tanto, un nuevo crimen. A fuerza de pensar en él, sus compañeros llegaron a expresar en una sola frase todo el horror que les inspiraba: le apodaron Martín Lutero; «sobre todo -decían- a causa de esta lógica infernal de que tanto se enorgullece».

Varios de los jóvenes seminaristas tenían colores más frescos y podían pasar por más guapos que Julien, pero éste tenía las manos blancas y no podía ocultar ciertos hábitos de refinada pulcritud. Esta ventaja no era tal en aquel fatídico lugar al que le había arrojado la suerte. Los sucios campesinos entre quienes vivía declararon que tenía costumbres muy relajadas. Tememos fatigar al lector con el relato de los mil infortunios de nuestro héroe. Por ejemplo, los más vigorosos de sus compañeros quisieron tomar la costumbre de pegarle; Julien se vio obligado a armarse de un compás de hierro y a anunciar, pero por señas, que haría uso de él. Las señas no pueden figurar en el informe de un espía con tanta claridad como las palabras.

Capítulo 28

Una procesión

Todos los corazones estaban conmovidos.
La presencia de Dios parecía llenar aquellas
calles góticas estrechas, adornadas con
colgaduras por doquier y cuidadosamente
enarenadas por los fieles.
YOUNG

Por más que Julien procurase ser cada vez más insignificante y más estúpido, no lograba agrandar, era demasiado distinto. «Sin embargo -se decía-, todos estos profesores son gente muy fina y elegidos entre mil; ¿cómo no les agrada mi humildad?» Uno solo le parecía que abusaba de su complacencia en creerlo todo y en aparentar que se dejaba engañar por todo. Era el padre Chas Bernard, maestro de ceremonias de la catedral, donde esperaba desde hacía quince años una canonjía; mientras tanto, explicaba oratoria sagrada en el seminario. En la época de su ceguera, ésta era una de las clases en que Julien iba casi siempre el primero. El padre Chas se fundó en esto para demostrarle su amistad, y al salir de clase solía cogerle del brazo para dar una vuelta por el jardín.

«¿Adónde querrá ir a parar?», se decía Julien. Veía con asombro que, durante horas enteras, el padre Chas le hablaba de los ornamentos que poseía la catedral. Tenía diecisiete casullas galoneadas, además de los ornamentos fúnebres. Se tenían puestas grandes esperanzas en la anciana presidenta de Rubempré; esta señora, de noventa años de edad, conservaba, desde hacía setenta por lo menos, sus trajes de boda, de soberbias sedas de Lyon recamadas en oro.

-Figúrese usted, amigo mío -decía el padre Chas, parándose en seco y abriendo mucho los ojos-, estas telas tienen tanto oro que se sostienen de pie. Es creencia general en Besancon que gracias al testamento de la presidenta, el tesoro de la catedral aumentará por lo menos en diez casullas, sin contar cuatro o cinco capas para las grandes solemnidades. Y yo voy más lejos -agregaba el padre Chas bajando la voz-, tengo mis razones para pensar que la presidenta nos dejará ocho magníficos candelabros de plata sobredorada, que se supone fueron comprados en Italia por el duque de Borgoña, Carlos el Temerario, del que fue ministro favorito uno de sus antepasados.

«¿Pero adónde querrá ir a parar este hombre con tanta ropa vieja? -pensaba Julien-. Esta hábil preparación hace un siglo que dura, y no deja entrever nada. ¡Mucho debe desconfiar de mí! Es más sagaz que los otros, que dejan adivinar sus secretos propósitos a los quince días de hablarles. ¡Se comprende, la ambición de éste sufre desde hace quince años!»

Una tarde, durante la clase de armas, el padre Pirard llamó a Julien a su despacho y le dijo:

-Mañana es la festividad del Corpus Domini (el día de Corpus). El señor padre Chas-Bernard le necesita a usted para que le ayude a adornar la catedral; vaya, pues, y cumpla sus órdenes.

El padre Pirard le volvió a llamar y, con aire de conmiseración, agregó:

-Es cuenta suya si se le ocurre aprovechar la ocasión para perderse por la ciudad.

-Incedo per ignes (Tengo enemigos ocultos) -respondió Julien.

Al día siguiente, a las primeras horas de la mañana, Julien se dirigió a la catedral con los ojos bajos. El aspecto de las calles y la actividad que comenzaba a notarse en la ciudad le hicieron mucho bien. Por todas partes ponían colgaduras en las fachadas de las casas para el paso de la procesión. Todo el tiempo que llevaba en el seminario le pareció un instante. Su pensamiento estaba en Vergy y en aquella linda Amanda Binet, a quien podía volver a ver, pues su café estaba bastante cerca. A lo lejos, a la puerta de su querida catedral, divisó al padre Chas-Bernard; era éste un hombre gordo, de cara alegre y aire abierta. Aquel día estaba triunfante:

-Le esperaba, hijo mío -exclamó en cuanto vio a Julien-, sea bienvenido. El trabajo de hoy será largo y duro; vamos a tomar fuerzas con un primer desayuno; el segundo será a las diez, durante la misa mayor.

-Reverendo padre, desearía no quedarme solo ni un momento -le dijo Julien con gravedad-; le ruego que tenga usted presente -añadió señalando el reloj de la catedral- que llevo a las cinco menos un minuto.

-¡Ah! ¡Le dan miedo esos pequeños malvados del seminario! Es usted demasiado bueno al pensar en ellos -dijo el padre Chas-. ¿Acaso un camino es menos hermoso porque hay espinas en los setos que lo orillan? Los viajeros siguen adelante, y dejan que las espinas punzantes se sequen solas. Pero, en fin, ¡manos a la obra, amigo mío, manos a la obra!

El padre Chas tenía razón al decir que la tarea sería dura. Habíase celebrado la víspera una gran ceremonia fúnebre en la catedral; no se había podido preparar nada, y había que revestir en una sola mañana, con grandes colgaduras de damasco rojo que llegaban a treinta pies de altura, todas las columnas góticas que forman las tres naves. El señor obispo había hecho acudir en el correo a cuatro tapiceros de París, pero aquellos señores no podían atender a todo y, lejos de animar a sus torpes compañeros de Besan~, redoblaban su torpeza burlándose de ellos.

Julien vio que tendría que subir él mismo a la escalera; su agilidad le fue muy útil. Se encargó de dirigir a los tapiceros de la ciudad. El padre Chas, encantado, le miraba saltar de una escalera a otra. Cuando estuvieron revestidas todas las columnas con colgaduras de damasco, hubo que colocar cinco enormes penachos de plumas sobre el gran baldaquino que cubría el altar mayor. Ocho grandes columnas de mármol de Italia sostenían un espléndido remate de madera dorada. Mas para llegar al centro del baldaquino, encima del tabernáculo, había que pasar por una vieja cornisa de madera, carcomida quizás, y a cuarenta Pies de altura.

La sola vista de aquel difícil camino había desvanecido la alegría, tan bulliciosa hasta entonces, de los tapiceros parisienses; miraban desde abajo, discutían mucho y no subían. Julien cogió los penachos de plumas y subió la escalera corriendo. Los colocó perfectamente sobre la cúpula en forma de corona que había en el centro del baldaquino. Al bajar de la escalera, el padre Chas-Bernard le estrechó en sus brazos.

-Optime -exclamó el buen sacerdote-. Se lo contaré a monseñor.

El desayuno de las diez fue muy alegre. El padre Chas nunca había visto su iglesia tan hermosa.

-Querido discípulo -le decía a Julien-, mi madre era alquiladora de sillas en esta

venerable basílica, así que me he criado en este gran edificio. El Terror de Robespierre nos arruinó; pero a los ocho años, que tenía yo entonces, ya ayudaba a misas privadas y me mantenían el día de la misa. Nadie sabía doblar una casulla mejor que yo sin segar los galones. Desde que Napoleón restableció el culto, tengo la suerte de dirigirlo todo en esta venerable iglesia metropolitana. Cinco veces al año la puedo ver luciendo estos magníficos adornos. Pero nunca ha estado tan resplandeciente, nunca han estado las colgaduras de damasco tan bien sujetas como hoy, y tan bien adosadas a las columnas.

«Por fin va a confesarme su secreto -pensó Julien-; empieza a hablarme de sí mismo; se está expansionando.» Pero aquel hombre, evidentemente exaltado, no dijo nada imprudente. «Y, sin embargo -se decía Julien-, ha trabajado mucho, está contento y no ha escatimado el buen vino. ¡Qué hombre! ¡Qué ejemplo para mí! Éste se lleva la palma.» (Una expresión chabacana que había aprendido del viejo cirujano.)

Al oír el Sanctus de la misa mayor, Julien quiso ponerse una sobrepelliz para seguir al obispo en la magnífica procesión.

-¿Y los ladrones, amigo mío, y los ladrones? -exclamó el padre Chas-. No piensa en ellos. La procesión va a salir, la iglesia quedará desierta; velaremos usted y yo. Podremos darnos por contentos si no nos faltan más que un par de varas del magnífico galón que rodea la base de las columnas. Es también un donativo de la señora de Rubempré; procede del famoso conde, su bisabuelo; es oro puro, mi querido amigo -añadió el cura, hablándole al oído con un aire evidentemente exaltado-, ¡no tiene nada de falso! Encárguese usted de vigilar el ala norte; no se mueva de allí. Me reservo el ala del mediodía y la nave central. Tenga cuidado con los confesonarios; en ellos se colocan los espías de los ladrones para acechar el momento en que estemos de espaldas.

Apenas terminó de hablar, dieron las once menos cuarto, y enseguida se oyó la campana mayor. La echaban al vuelo; su tañido, tan sonoro y tan solemne, emocionó a Julien. Su imaginación no estaba en la tierra.

El olor del incienso y de los pétalos de rosa, esparcidos ante el Santísimo Sacramento por los niños vestidos de san Juan, acabó de exaltarle.

El grave tañido de aquella campana sólo hubiera debido despertar en Julien la idea del trabajo de veinte hombres pagados a cincuenta céntimos y ayudados, quizá, por quince o veinte fieles. Debiera haber pensado en el deterioro de las cuerdas, en el de la armadura de madera, en el peligro de la misma campana, que se cae cada dos siglos, y haber discurrido los medios de disminuir el jornal de los campaneros, o de pagarles con alguna indulgencia u otra gracia sacada de los tesoros de la Iglesia y que no aligerara su bolsa.

En vez de estas sabias reflexiones, el alma de Julien, exaltada por aquellos sonidos tan viriles y graves, vagaba por los espacios imaginarios. Nunca llegaría a ser un buen sacerdote ni un buen administrador. Las almas que se emocionan de este modo son capaces, a lo sumo, de producir un artista. Aquí es fácil percibir claramente toda la presunción de Julien. Cincuenta, quizá, de los seminaristas compañeros suyos, llamados a la realidad de la vida por la hostilidad pública y el miedo al jacobinismo, del que les han hecho creer que acecha agazapado a cada paso, al oír la campana mayor de la catedral sólo hubieran pensado en el jornal de los que la tocaban. Hubieran examinado, con el genio de Barême, si el grado de emoción del público valía el dinero que se pagaba a los campaneros. Si Julien hubiese querido ocuparse de los intereses materiales de la catedral, su imaginación, lanzándose más allá de su objetivo, habría pensado en economizar

cuarenta francos en su construcción y hubiera dejado perder la oportunidad de evitar un gasto de veinticinco céntimos.

En tanto que, con el día más hermoso del mundo, la procesión recorría lentamente las calles de Besancon, deteniéndose ante los resplandecientes altares elevados a porfía por todas las autoridades, la iglesia quedó en un profundo silencio. Reinaba en ella una semioscuridad y una agradable frescura; aún estaba embalsamada por el olor del incienso y de las flores.

El silencio, la soledad, la frescura de las grandes naves hacían más dulce la ensoñación de Julien. No temía ser importunado por el padre Chas, ocupado en la parte opuesta del edificio. Su alma casi había abandonado su envoltura mortal, que se paseaba lentamente por el ala norte, confiada a su vigilancia. Estaba tanto más tranquilo, cuanto que se había asegurado de que en los confesonarios sólo quedaban algunas mujeres devotas; sus ojos miraban sin ver.

Sin embargo, vino a sacarle de su abstracción el aspecto de dos mujeres muy bien vestidas y que estaban de rodillas, una en un confesonario, y la otra, muy cerca de la primera, en un reclinatorio. Las miró sin ver; no obstante, ya por un vago sentimiento del deber, ya por la admiración que despertó en él el aspecto noble y sencillo de aquellas señoras, advirtió que en el confesonario no había ningún sacerdote. «Es extraño -pensó- que estas señoras tan elegantes no se hayan arrodillado ante un altar, si son devotas, o no se encuentren en este momento en la primera fila de un balcón, si pertenecen a la buena sociedad. ¡Qué bien cae ese vestido! ¡Con qué gracia!» Y acortó el paso para tratar de verlas.

La que estaba de rodillas en el confesonario volvió un poco la cabeza al oír el ruido de los pasos de Julien en aquel profundo silencio. De repente dio un pequeño grito y se desmayó.

Al perder el conocimiento, aquella señora, que estaba de rodillas, cayó hacia atrás; su amiga, que estaba junto a ella, se apresuró a socorrerla. Al mismo tiempo Julien vio los hombros de la dama que se había desplomado de espaldas. Un collar de gruesas perlas finas dispuestas en cordón, que conocía muy bien, atrajo su mirada. ¡Lo que sintió al reconocer la cabellera de la señora de Rénal! Era ella. La dama que trataba de sostenerle la cabeza para que no cayera por completo era la señora Derville. Julien, fuera de sí, se precipitó hacia ellas. Acaso la señora de Rénal hubiese arrastrado a su amiga, en su caída, si Julien no las hubiera sostenido. Vio la cabeza de la señora de Rénal, pálida, completamente sin sentido, que caía con desmayo sobre sus hombros. Ayudó a la señora Derville a reclinar aquella cabeza encantadora sobre una silla de paja; estaba de rodillas.

La señora Derville se volvió y le reconoció:

-¡Márchese usted, caballero, márchese usted! -le dijo indignada-. Sobre todo que no le vuelva a ver. Su presencia tiene que causarle horror, ¡era tan feliz antes de conocerle! El proceder de usted es espantoso. Huya; aléjese, si le queda un resto de vergüenza.

Estas frases fueron pronunciadas con tal acento de autoridad, y Julien se sentía tan débil en aquel momento, que se alejó. «Siempre me ha odiado», decía pensando en la señora Derville.

En aquel mismo instante, el canto gangoso de los curas que encabezaban la procesión, ya de regreso, resonó en la iglesia. El padre Chas-Bernard llamó varias veces a Julien, que al principio no le oyó: por fin fue a cogerle del brazo detrás de una columna,

donde Julien se había refugiado medio muerto. Quería presentarle al obispo.

-Se encuentra mal, hijo mío -le dijo el cura al verle tan pálido y casi sin fuerzas para andar-; ha trabajado usted demasiado.

El cura le dio el brazo.

-Venga usted, siéntese en el banquillo del que ofrece el agua bendita, póngase detrás de mí; yo le ocultaré. -En aquel momento estaban junto a la puerta principal-. Tranquilícese usted; tenemos aún más de veinte minutos antes de que aparezca monseñor. Trate usted de rehacerse; cuando pase, yo le sostendré, pues soy fuerte y vigoroso, a pesar de mi edad.

Pero cuando pasó el obispo, Julien temblaba de tal modo que el padre Chas renunció a la idea de presentarle.

-No se aflija usted demasiado, ya encontraré otra ocasión.

Por la tarde mandó a la capilla del seminario diez libras de cirios, economizados, según él, por los cuidados de Julien y la rapidez con que los habían hecho apagar. Nada más falso. El pobre muchacho sí que estaba completamente apagado; después de ver a la señora de Rénal había sido absolutamente incapaz de pensar en nada.

Capítulo 29

El primer ascenso

Il a connu son siècle,
il a connu son département et il est riche.³⁷
Le Précurseur

Julien todavía no había vuelto en sí de la profunda ensoñación en que le había sumido el incidente de la catedral, cuando una mañana le llamó el-severo padre Pirard.

-El padre Chas-Bernard me escribe interesándose por usted. En términos generales, estoy bastante satisfecho de su conducta. Es usted imprudente en extremo, y hasta atolondrado, aunque no lo parezca; sin embargo, hasta ahora el corazón es bueno e incluso generoso; el talento, superior. En resumen, veo en usted una chispa que no hay que desatender. Después de quince años de trabajo, estoy a punto de abandonar esta casa: mi crimen consiste en haber dejado a los seminaristas a su libre albedrío y no haber protegido ni perseguido la sociedad secreta de que usted me habló en el tribunal de la penitencia. Antes de marcharme quiero hacer algo en su favor; ya lo habría hecho hace dos meses, pues usted se lo merece, sin la denuncia basada en las señas de Amanda Binet que le hallaron. Le nombro repetidor del Antiguo y Nuevo Testamento.

Julien, en un arrebatado de agradecimiento, tuvo la idea de caer de rodillas dando gracias a Dios; pero cedió a un sentimiento más sincero. Se acercó al padre Pirard, y tomándole una mano se la llevó a los labios.

-¿Qué es esto? -exclamó el director con aire enojado; pero los ojos de Julien decían aún más que su acción.

El padre Pirard le miró con el asombro del hombre que desde hace muchos años ha perdido la costumbre de encontrar emociones delicadas. Esta atención traicionó al director; su voz se alteró.

-¡Pues bien, sí, hijo mío, te tengo afecto! Bien sabe Dios que es a pesar mío. Debiera ser justo y no sentir amor ni odio por nadie. Tu carrera será penosa. Veo en ti algo que ofende a lo vulgar. La envidia y la calumnia te perseguirán. Dondequiera te lleve la Providencia, tus compañeros jamás dejarán de odiarte; y si fingen tenerte cariño será para traicionarte con más facilidad. Contra esto no hay más que un remedio: confía sólo en Dios, que para castigar tu presunción te ha dado esta necesidad de ser odiado; que tu conducta sea pura, es el único recurso que veo para ti. Si te aferras a la verdad con todas tus fuerzas, tarde o temprano tus enemigos serán confundidos.

Hacía tanto tiempo que Julien no oía una voz amiga, que hay que perdonarle su debilidad: rompió a llorar. El padre Pirard le abrió los brazos; aquel instante fue muy dulce para los dos.

Julien estaba loco de alegría. Aquél era el primera ascenso que lograba; las ventajas eran inmensas. Para poder concebirlas es preciso haber estado condenado a pasar

³⁷ Ha conocido su época, ha conocido su provincia, y es rico.. (El Precursor era un periódico de Lyon muy leído en París.)

nueve meses enteros sin un momento de soledad y en contacto inmediato con compañeros cuando menos importunos y en su mayor parte insoportables. Solamente sus gritos serían suficientes para alterar un organismo delicado. Aquellos campesinos, bien alimentados y bien vestidos, no sabían disfrutar de su bulliciosa alegría, ni les parecía completa, si no gritaban con toda la fuerza de sus pulmones.

A partir de entonces, Julien comía solo, o casi solo, una hora más tarde que los demás seminaristas. Tenía una llave del jardín y podía pasearse por él a las horas en que estaba desierto.

Con gran asombro por su parte, Julien se dio cuenta de que le odiaban menos; él esperaba, por el contrario, que iba a exacerbarse el odio contra él. Aquel secreto deseo de que no le dirigieran la palabra, que era tan evidente y que le había valido tantos enemigos, ya no fue una muestra de altanería ridícula. A los ojos de los seres groseros que le rodeaban, aquello no fue más que un justo sentimiento de su dignidad. El odio disminuyó sensiblemente, sobre todo entre los más jóvenes de sus compañeros, que pasaron a ser sus discípulos, y a los que trataba con extremada cortesía. Poco a poco llegó a tener partidarios; fue de mal tono llamarle Martín Lutero.

Pero ¿para qué hablar de sus amigos y de sus enemigos? Todo esto es repulsivo, y tanto más repulsivo cuanto más verdadera es la intención. Y esos son, sin embargo, los únicos profesores de moral que tiene el pueblo, y sin ellos, ¿qué sería de él? ¿Podrá algún día el periódico sustituir al cura?

Después de que Julien se hizo cargo de su nueva dignidad, el director del seminario se hizo el propósito de no hablarle jamás sin testigos. En esta conducta había tanta prudencia por parte del maestro como respecto al discípulo; pero había, sobre todo, el propósito de someterle a una prueba. El principio invariable del severo jansenista Pirard era: «¿Tiene un hombre algún mérito a nuestros ojos? Pues ponéle obstáculos a todo lo que desee, a todo lo que haga. Si el mérito es verdadero, vencerá los obstáculos o los esquivará».

Era la temporada de caza. Fouqué tuvo la ocurrencia de enviar al seminario un ciervo y un jabalí, de parte de los padres de Julien. Los animales muertos fueron depositados en un corredor, entre la cocina y el refectorio. Allí los vieron todos los seminaristas al ir a comer. Aquello fue objeto de gran curiosidad. El jabalí, a pesar de estar muerto, daba miedo a los más jóvenes; tocaban sus colmillos. No se habló de otra cosa durante ocho días.

Aquel regalo, que clasificaba a la familia de Julien en aquel sector de la sociedad que hay que respetar, fue un golpe mortal para la envidia. Julien adquirió una superioridad consagrada por la fortuna. Chazel y los seminaristas más distinguidos le hicieron insinuaciones de amistad y casi estuvieron a punto de quejarse porque no les había puesto en antecedentes de la posición de su familia, exponiéndoles así a faltar al respeto al dinero.

Fueron llamados a filas los reclutas de nuevo reemplazo, del que Julien fue excluido en su calidad de seminarista. Esta circunstancia le emocionó profundamente. «Ahora sí que ha pasado para siempre el momento en que veinte años atrás habría empezado para mí una vida heroica.»

Se paseaba solo por el jardín del seminario, oyó hablar entre sí a los albañiles que trabajaban en la tapia que rodeaba el edificio. -Ahora nos tocará marchar, han llamado una nueva quinta.

-En tiempos del otro, enhorabuena. Un albañil ascendía a oficial y llegaba a general; no sería la primera vez que se ha visto.

-¡Pero ahora hay que ver! Sólo van los pobres. El que tiene de qué se queda en casa.

-El que ha nacido miserable, miserable se queda, y no hay más.

-¿Y es verdad lo que dicen de que el otro ha muerto? -preguntó un tercer albañil.

-Los que lo dicen son los peces gordos, ¿sabes?, porque el otro les daba miedo.

-¡Qué diferencia! ¡Cómo marchaban las cosas en su tiempo! ¡Y pensar que le hicieron traición sus mariscales! ¡Hay que ser traidor para eso!

Esta conversación consoló un tanto a Julien. Al alejarse repetía con un suspiro:

-¡El único rey cuya memoria conserva el pueblo!

Llegó la época de los exámenes. Julien contestó de un modo brillante; vio que hasta el mismo Chazel procuraba demostrar todo su saber.

El primer día, a los examinadores, nombrados por el famoso vicario general de Frilair, les contrarió mucho verse obligados a poner siempre en sus listas el primero, o, a lo sumo, el segundo, a aquel Julien Sorel, que les habían presentado como el protegido del padre Pirard. Hubo apuestas en el seminario a que en el examen general Julien obtendría el número uno, lo cual implicaba el honor de comer en casa del señor obispo. Pero al final de una sesión, en la que se trató de los Padres de la Iglesia, un examinador hábil, después de preguntarle a Julien sobre san Jerónimo y su pasión por Cicerón, empezó a hablar de Horacio, de Virgilio y de otros autores profanos. Instado por sus compañeros, Julien se había aprendido de memoria muchos trozos de estos autores. Arrastrado por su éxito, olvidó el sitio en que estaba, y, ante las reiteradas instancias del examinador, recitó y parafraseó con fuego varias odas de Horacio. Después de haberle dejado enfrascarse durante veinte minutos, de pronto el examinador modificó por completo su actitud y le reprochó con acritud el tiempo que había perdido en aquellos estudios profanos y las ideas inútiles y nocivas que se había metido en la cabeza.

-Soy un necio, reverendo padre, tiene usted razón -dijo Julien con aire modesto, al darse cuenta de la hábil estratagema de que le habían hecho víctima.

Aquella astucia del examinador se consideró una jugada sucia, incluso en el seminario, lo cual no impidió que el señor cura de Frilair, el hombre hábil que tan sabiamente había organizado la red de la congregación de Besancon y cuyos despachos a París hacían temblar a jueces, prefectos y hasta a los oficiales generales de la guarnición, pusiera, con su mano todopoderosa, el número 198 junto al nombre de Julien. Con ello tenía la satisfacción de mortificar a su enemigo el jansenista Pirard.

Desde hacía diez años, todo su afán era quitarle la dirección del seminario. Aquel sacerdote, fiel al plan de conducta que le había trazado a Julien, era sincero, piadoso, poco amigo de intrigas y cumplidor de su deber. Pero la cólera del cielo le había dado un temperamento bilioso, muy a propósito para sentir profundamente las injurias y el odio. Aquella alma ardiente no era capaz de olvidar ni un solo ultraje que se le hubiese inferido. Cien veces hubiera presentado la dimisión de su cargo, pero se creía útil en el Puesto en que le había situado la Providencia. «Estorbo los progresos del jesuitismo y de la idolatría», se decía a sí mismo.

Cuando llegó la época de los exámenes, hacía quizá dos meses que no dirigía la palabra a Julien, y, sin embargo, estuvo enfermo durante ocho días al recibir el oficio en que le anunciaban el resultado del concurso y ver el número 198 junto al nombre

del alumno que consideraba como la gloria de la casa. El único consuelo para aquel carácter severo fue concentrar en Julien toda su vigilancia. Con gran satisfacción por su parte, no pudo descubrir en él ni cólera, ni desaliento, ni proyectos de venganza.

Algunas semanas más tarde, Julien tuvo un sobresalto al recibir una carta sellada en París. «Por fin -pensó-, la señora de Rénal se acuerda de sus promesas.» Un señor que firmaba Paul Sorel, y que se decía pariente suyo, le enviaba una letra de cambio de quinientos francos. Añadía que si Julien continuaba estudiando con aprovechamiento los buenos autores latinos, recibiría igual cantidad todos los años.

«¡Es ella! ¡Es su bondad! -se dijo Julien enternecido-. Quiere consolarme; pero ¿por qué no me dice una sola palabra de cariño?»

Se engañaba respecto a aquella carta, ya que la señora de Rénal, dirigida por su amiga la señora Derville, estaba entregada en cuerpo y alma a los más profundos remordimientos. A pesar suyo, pensaba muy a menudo en aquel ser singular cuyo encuentro había trastornado su existencia; pero se habría guardado mucho de escribirle.

Si hablásemos el lenguaje del seminario, reconoceríamos como un milagro el envío de aquellos quinientos francos y diríamos que el cielo se servía del mismo padre de Frilair para hacer este regalo a Julien.

Doce años antes, el padre de Frilair había llegado a Besancon con un equipaje de lo más exiguo, el cual, según las crónicas, contenía toda su fortuna. Ahora era uno de los propietarios más ricos del departamento. En el curso de su progresivo enriquecimiento, compró la mitad de un terreno cuya otra mitad correspondió, por herencia, al marqués de La Mole. De ahí se originó un gran pleito entre estos personajes.

A pesar de su brillante existencia en París y de los puestos que desempeñaba en la corte, el señor marqués de La Mole comprendió que era peligroso luchar en Besancon contra un vicario general que pasaba por hacer y deshacer prefectos. En vez de solicitar una gratificación de cincuenta mil francos, disfrazada bajo cualquier concepto que permitiese incluirla en el presupuesto, y abandonar al padre de Frilair aquel mezquino pleito de cincuenta mil francos, el marqués se picó. Creía tener razón: ¡y razón sobrada!

Ahora bien, si se nos permite decirlo, ¿cuál será el juez que no tenga un hijo, o, por lo menos, un primo que pretenda hacer carrera?

Para dar luz a los más ciegos, ocho días después de la primera sentencia que consiguió, el señor padre de Frilair tomó el coche del obispo y fue en persona a llevar la cruz de la Legión de Honor a su abogado. El marqués de La Mole, un poco aturdido por la actitud de la parte contraria, y viendo que sus abogados flaqueaban, pidió consejo al padre Chélan, el cual le puso en relación con el padre Pirard.

Estas relaciones duraban desde hacía ya varios años en la época de nuestra historia. El padre Pirard tomó parte en este asunto con toda la pasión de su carácter. Como tenía ocasión de ver constantemente a los abogados del marqués, estudió su causa y, hallándola justa, se convirtió abiertamente en agente del marqués de La Mole en contra del todopoderoso vicario general. Semejante insolencia puso a éste fuera de sí, ¡y más aún por venir de parte de un miserable jansenista!

-¡Vean ustedes lo que es esta nobleza de la corte que pretende ser tan poderosa! -les decía a sus íntimos el padre de Frilair-; el marqués de La Mole no ha enviado ni una miserable cruz a su agente en Besancon, y va a permitir, sencillamente, que le destituyan. Y, sin embargo, según me han escrito, este noble par no deja pasar ni una sola semana sin ir a lucir su cordón azul en el salón del ministro de Justicia, sea quien fuere.

A pesar de toda la actividad del padre Pirard, y aunque el marqués de La Mole seguía estando en inmejorables relaciones con el ministro de Justicia, y sobre todo con la burocracia del ministerio, todo lo que había podido conseguir, después de seis años de preocupaciones, era no perder definitivamente el pleito.

En correspondencia constante con el padre Pirard sobre un asunto que los dos seguían con pasión, el marqués acabó por apreciar la manera de pensar y sentir del cura. Poco a poco, a pesar de la inmensa distancia que separaba su respectiva posición social, su correspondencia adquirió un tono amistoso. El padre Pirard le decía al marqués que querían obligarle a dimitir a fuerza de vejaciones. Arrastrado por la indignación que le produjo la estratagema, infame según él, urdida contra Julien, le contó su historia al marqués.

Este gran señor, aunque muy rico, no era avaro. No había podido conseguir jamás que el padre Pirard aceptase nada de él, ni siquiera el reembolso de los gastos de correo que el pleito le había ocasionado. Tuvo la ocurrencia de enviar quinientos francos a su discípulo predilecto.

El marqués de La Mole se tomó el trabajo de escribir él mismo la carta de envío. Esto le hizo pensar en el cura.

Un día éste recibió una nota invitándole a pasar sin demora por cierta posada de Besancon para un asunto urgente. Allí encontró al administrador del marqués de La Mole.

-El señor marqués -le dijo- me ha encargado que le traiga su coche. Espera que después de haber leído esta carta le interesará salir para París, a lo sumo, dentro de cuatro o cinco días. El plazo que usted me indique, lo emplearé en recorrer las tierras del señor marqués en el Franco Condado. Y el día que usted decida estaré de vuelta para que salgamos hacia París.

La carta era breve:

«Deshágase usted, mi querido amigo, de todos esos enredos provincianos y venga a París a respirar aire tranquilo. Le envío mi coche, que tiene orden de esperar cuatro días su decisión. Yo mismo le esperaré en París hasta el martes. Sólo me falta su aquiescencia para aceptar, en su nombre, una de las mejores parroquias de las cercanías de París. El más rico de sus futuros feligreses, que no le ha visto a usted nunca, pero que le estima más de lo que puede usted imaginarse, es el marqués de La Mole.»

Sin sospecharlo, el severo padre Pirard amaba aquel seminario, poblado de enemigos, al que había consagrado todos sus desvelos durante quince años. La carta del marqués de La Mole fue para él como la aparición del cirujano encargado de llevar a cabo una operación cruel y necesaria. Su destitución era cosa segura. Citó al administrador para dentro de tres días.

Durante cuarenta y ocho horas tuvo la fiebre de la incertidumbre. Por fin, escribió al marqués de La Mole y redactó una obra maestra de estilo eclesiástico, aunque un poco larga, dirigida al señor obispo. Habría sido difícil encontrar frases más irreprochables y que respirasen un respeto más sincero. Y, sin embargo, aquella carta, destinada a hacer pasar un mal rato al padre de Frilair en presencia de su superior, detallaba todos los motivos graves de queja y descendía a las intrigas más nimias y abyectas que, después de haber sufrido con resignación durante seis años, obligaban al padre Pirard a dejar la

diócesis.

Le robaban la leña de su leñera, envenenaban a su perro, etc.

Terminada la carta, mandó despertar a Julien, que a las ocho de la noche ya estaba durmiendo, como los demás seminaristas.

-¿Sabe usted dónde está el obispado? -le dijo en el latín más puro-; lleve esta carta a monseñor. No debo ocultarle que le envío a la boca del lobo. Sea usted todo ojos y oídos. Nada de mentiras en sus respuestas; pero tenga en cuenta que el que le pregunta probablemente tendría una verdadera satisfacción en poder perjudicarlo. Me alegro mucho, hijo mío, de proporcionarle esta experiencia antes de abandonarlo, pues no debo ocultarle que la carta que va usted a llevar contiene mi dimisión.

Julien quedó inmóvil; quería al padre Pirard. Y era en vano que la prudencia le dijera: «Cuando este hombre no esté aquí, el partido del Sagrado Corazón me degradará y probablemente me hará expulsar».

No podía pensar en sí mismo. Lo que le preocupaba era una frase que quería decir de un modo cortés y para la que no lograba encontrar la fórmula apropiada.

-Bueno, amigo mío, ¿no se marcha usted?

-Es que se dice, reverendo padre -insinuó tímidamente Julien-, que durante su larga administración no ha ahorrado usted nada. Yo tengo seiscientos francos.

Las lágrimas le impidieron continuar.

-Eso también se tendrá en cuenta -dijo fríamente el ex director del seminario-. Vaya al obispado, que se hace tarde.

La casualidad quiso que aquella noche estuviera de servicio en el salón del obispado el padre de Frilair; monseñor estaba cenando en la prefectura. Así, pues, Julien entregó su carta al propio padre de Frilair, aun cuando él no sabía quién era.

Julien vio con asombro que aquel cura abría sin el menor escrúpulo la carta dirigida al obispo. El hermoso semblante del vicario general expresó muy pronto una gran sorpresa, mezclada con un vivo placer, y se hizo doblemente grave. Mientras leía, Julien, sorprendido por su buena presencia, tuvo tiempo de examinarle. Aquel rostro hubiera aparentado mayor gravedad sin la extremada finura que era perceptible en todos los rasgos, y hubiese llegado a delatar su falsedad, si el poseedor de aquel hermoso semblante hubiera dejado un instante de ocuparse de él. La nariz, muy pronunciada, estaba formada de un solo trazo perfectamente recto, dando a su perfil, por otra parte muy distinguido, un irremediable parecido con el de un zorro. Por lo demás, aquel cura, que tan interesado parecía en la dimisión del padre Pirard, iba vestido con una elegancia que agradó mucho a Julien y que nunca había visto en ningún otro sacerdote.

Julien no supo hasta más tarde cuál era el talento especial del padre de Frilair. Sabía divertir a su obispo, anciano amable, hecho para la vida de París, y que consideraba Besancon como un destierro. Aquel obispo tenía muy mala vista, y le gustaba el pescado con pasión. El padre de Frilair quitaba las espinas al pescado que le servían a Su Ilustrísima.

Julien miraba en silencio al cura, que leía y releía la dimisión, cuando de repente se abrió la puerta con estrépito. Un lacayo, ricamente vestido, entró con rapidez. A Julien sólo le dio tiempo de volverse hacia la puerta; vio aparecer a un viejecito que llevaba una cruz pectoral. Se prosternó: el obispo le dirigió una bondadosa sonrisa y pasó. El hermoso cura le siguió, y Julien se quedó solo en el salón, del que pudo admirar a sus anchas la piadosa magnificencia.

El obispo de Besancon, hombre de un espíritu puesto a prueba pero no apagado por las largas miserias de la emigración, tenía más de setenta y cinco años y no se preocupaba lo más mínimo de lo que pudiera ocurrir diez años más tarde.

-¿Quién es ese seminarista de mirada inteligente que me ha parecido ver al pasar? -preguntó el obispo-. Según mi reglamento, ¿no deberían estar ya acostados a esta hora?

-Le aseguro a monseñor que éste es muy despierto y que trae una gran noticia: la dimisión del único jansenista que quedaba en su diócesis. Este terrible padre Pirard ha comprendido, por fin, lo que quieren decir las indirectas.

-¿Pues bien? -dijo riendo el obispo-. Le desafío a que le sustituya por un hombre que valga lo que él. Y para que se convenza usted del mérito de este hombre, voy a invitarle a comer mañana.

El vicario general quiso deslizar alguna frase sobre la elección de sucesor. El prelado, poco dispuesto a hablar de cosas graves, le dijo:

-Antes de que entre el otro, tratemos de averiguar cómo se va éste. Haga pasar a ese seminarista; la verdad suele estar en la boca de los niños.

Llamaron a Julien. «Voy a encontrarme entre dos inquisidores», pensó. Nunca se había sentido tan valiente.

En el momento de entrar, dos corpulentos ayudas de cámara, mejor vestidos que el propio señor Valenod, desvestían a monseñor. Este prelado, antes de ocuparse del padre Pirard, creyó oportuno interrogar a Julien sobre sus estudios. Habló un poco del dogma, y se quedó asombrado. Muy pronto pasó a las humanidades, a Virgilio, Horacio y Cicerón. «Estos nombres -pensó Julien- me han valido el número 198. No tengo nada que perder, intentaré lucirme.» Lo consiguió; el prelado, excelente humanista, quedó encantado.

En la cena de la prefectura, una muchacha, justamente célebre, había recitado el poema de la Magdalena. Estaba en vena de hablar de literatura, y olvidó muy pronto al padre Pirard y cualquier otra cuestión, para discutir con el seminarista si Horacio era rico o pobre. El prelado citó varias odas, pero en algún momento le fallaba la memoria, e inmediatamente Julien recitaba la oda entera con aire modesto; lo que chocó al obispo fue que Julien no alteraba el tono de conversación; citaba veinte o treinta versos en latín como si hablase de lo que ocurría en el seminario. Hablaron largamente de Virgilio, de Cicerón. Finalmente, el prelado no pudo sino felicitar al joven seminarista.

-Es imposible haber hecho mejores estudios.

-Monseñor -dijo Julien-, su seminario puede presentarle ciento noventa y siete alumnos menos indignos de su superior aprobación.

-¿Cómo es eso? -preguntó el prelado, asombrado de aquella cifra.

-Puedo confirmar con una prueba oficial lo que tengo el honor de decir a monseñor. En el examen anual del seminario, contestando precisamente a las materias que me han valido la aprobación de monseñor, he obtenido el número 198.

-¡Ah! ¡Éste es el protegido del padre Pirard! -exclamó el obispo, riendo y mirando al padre de Frilair-; debíamos habérmolo figurado; pero es en buena lid. ¿Verdad, amigo mío, que le han hecho a usted levantarse de la cama para venir aquí? -añadió dirigiéndose a Julien.

-Sí, monseñor. No he salido solo del seminario más que una vez en mi vida, para ir a ayudar al padre Chas-Bernard en el adorno de la catedral, el día de Corpus.

-Óptime -dijo el obispo-. Así, pues, ¿fue usted el que dio una prueba tan grande de

valor al colocar los penachos de pluma en el baldaquino? Todos los años me hacen temblar; siempre temo que puedan costar la vida a un hombre. Amigo mío, usted irá lejos; pero no quiero cortar su carrera, que será brillante, haciéndole morir de hambre.

Y cumpliendo las órdenes del obispo, trajeron bizcochos y vino de Málaga, a los cuales hizo honor Julien, y más aún el padre de Frilair, que sabía muy bien que a su obispo le gustaba ver comer con apetito y alegría.

El prelado, cada vez más contento del final de la velada, habló un poco de historia eclesiástica. Vio que Julien no entendía de aquello. El prelado pasó al estado moral del Imperio romano bajo la dominación de los emperadores del siglo de Constantino. El fin del paganismo fue acompañado del mismo estado de inquietud y de duda que en el siglo XIX aflige a los espíritus tristes y hastiados. Monseñor observó que Julien ignoraba casi hasta el nombre de Tácito.

-Cuánto me alegro -dijo el obispo-. Me saca usted de un apuro. Hace diez minutos que estoy pensando en el medio de recompensarle por la agradable velada que me ha proporcionado, y ciertamente de un modo bien imprevisto. No esperaba encontrar un doctor en un alumno de mi seminario. Aun cuando el presente no sea muy canónico, le voy a regalar un Tácito.

El prelado se hizo traer ocho volúmenes magníficamente encuadernados y quiso escribir de su puño y letra, bajo el título del primero, una frase latina elogiosa para Julien Sorel. El obispo presumía de buena latinidad. Acabó diciéndole, con un tono de seriedad, que contrastaba violentamente con el de toda la conversación:

-Joven, si es usted juicioso, un día tendrá el mejor curato de mi diócesis, y no a cien leguas de mi palacio episcopal; pero hay que tener juicio.

Cargado con sus volúmenes, salió Julien del obispado, lleno de asombro, al dar las doce.

Monseñor no le había dicho una palabra del padre Pirard. A Julien le extrañaba sobre todo la extremada cortesía del obispo. No tenía idea de semejante urbanidad en las formas, unida a un aire de dignidad tan natural. Julien notó aún más el contraste al volver a ver al sombrío padre Pirard, que le esperaba impaciente.

-Quid tibi dixerunt? (¿Qué le han dicho?) -le gritó con voz fuerte en cuanto le vio de lejos.

Julien se enredaba un poco al traducir al latín el discurso del obispo:

-Hábleme usted en francés y repítame las mismas palabras de monseñor, sin añadir ni quitar nada -dijo el ex director del seminario, con su tono duro y sus maneras tan poco elegantes.

-¡Qué regalo más raro de parte de un obispo a un joven seminarista! -decía al hojear el magnífico Tácito, cuyos cantos dorados parecían horrorizarle.

Daban las dos cuando permitió a su discípulo favorito que volviera a su celda, después de haberse hecho explicar minuciosamente los más insignificantes detalles de la entrevista.

-Déjeme el primer tomo de su Tácito, donde está la dedicatoria del señor obispo -le dijo-. Estos renglones latinos serán su pararrayos en esta casa cuando yo me vaya. Erit tibi, fili mi, successor meus tanquam leo quorerens quem devoret.³⁸

Al día siguiente, por la mañana, Julien encontró algo extraño en el modo de

³⁸ Pues para ti, hijo mío, mi sucesor será como un león furioso que trata de dei orarte.

hablarle de sus compañeros. Ello le hizo mostrarse más reservado. «Éste es -pensaba- el efecto de la dimisión del padre Pirard. Todos saben ya la noticia, y yo paso por su discípulo predilecto. En estos modales debe de haber algo insultante.» Sin embargo, no conseguía verlo. Por el contrario, había carencia de odio en todas las miradas con que se encontraba la suya al pasar por los dormitorios: «¿Qué querrá decir esto? Indudablemente debe ser una trampa; estaré en guardia.» Por fin, el joven seminarista de Verrières le dijo, riendo:

-Cornelii Taciti opera omnia. (Obras completas de Tácito.)

Al pronunciar esta frase, que oyeron muchos, todos los seminaristas a porfía felicitaron a Julien, no solamente por el magnífico regalo que recibiera de monseñor, sino por la conversación de dos horas con que había sido honrado. Sabían hasta los más pequeños detalles. A partir de aquel momento no hubo más envidia; le hicieron la corte de la manera más baja: el padre Castanéde, que todavía la víspera le trataba con la mayor insolencia, le cogió del brazo y le invitó a almorzar.

Por una fatalidad del carácter de Julien, la insolencia de todos aquellos seres groseros le había hecho mucho daño; su bajeza le produjo asco, y ninguna satisfacción.

Hacia el mediodía, el padre Pirard se despidió de sus discípulos, no sin antes dirigirles una severa alocución.

-¿Queréis los honores del mundo -les dijo-, todas las ventajas sociales, el placer de mandar, el de burlar las leyes y ser insolentes con todos en la mayor impunidad, o bien queréis vuestra salvación eterna? Aun los más torpes de vosotros sólo necesitáis abrir los ojos para ver la diferencia entre los dos caminos.

Apenas salió, los devotos del Sagrado Corazón de Jesús se fueron a la capilla a entonar un Te Deum. Nadie tomó en serio en el seminario la alocución del ex director. «Está muy molesto por su destitución», decían todos. Ni un solo seminarista tuvo la inocencia de creer en la dimisión voluntaria de un cargo que ponía en relación tan directa con proveedores al por mayor.

El padre Pirard fue a alojarse en la mejor posada de Besancon; y, pretextando unos asuntos que no tenía en realidad, quiso pasar allí dos días.

El obispo le invitó a comer y, para burlarse un poco de su vicario de Frilair, trataba de hacerle lucir su ingenio. Estaban en los postres cuando llegó de París la extraña noticia de que el padre Pirard había sido nombrado rector de la magnífica parroquia de N..., a cuatro leguas de la capital. El buen prelado le felicitó cordialmente. Vio en todo aquel asunto una «buena jugada» que le puso de buen humor y le hizo formar el más alto concepto de los méritos del cura. Le dio un magnífico certificado en latín, e impuso silencio al padre de Frilair, que se permitía hacer objeciones.

Por la noche, monseñor expuso su admiración en casa de la marquesa de Rubempré. Aquello fue una gran noticia para la alta sociedad de Besancon, que se perdía en conjeturas sobre tan extraordinario favor. Ya veían obispo al padre Pirard. Los más sagaces creyeron ministro al marqués de La Mole, y aquel día se permitieron sonreír ante los aires imperativos que adoptaba el señor cura de Frilair.

Al día siguiente, por la mañana, las gentes seguían por la calle al padre Pirard, y los comerciantes salían a la puerta de las tiendas cuando fue a ver a los abogados del marqués. Por primera vez le recibieron con cortesía. El severo jansenista, indignado con todo lo que veía, trabajó largamente con los abogados que escogiera para el marqués de La Mole y salió hacia París. Tuvo la debilidad de decir a dos o tres amigos de colegio que

le acompañaron hasta el coche, cuyos escudos les produjeron gran admiración, que, después de administrar durante quince años el seminario, se marchaba de Besancon con quinientos veinte francos de economías. Aquellos amigos le abrazaron llorando, y se dijeron entre sí:

-El buen padre podía haberse ahorrado esta mentira; es demasiado ridícula.

El vulgo, cegado por el amor al dinero, no era capaz de comprender que, precisamente en su sinceridad, había encontrado el padre Pirard la fuerza necesaria para luchar solo, durante seis años, contra María Alacoque, el Sagrado Corazón de Jesús, los jesuitas y el obispo.

Capítulo 30

Un ambicioso

*Ya no queda nada más que una nobleza,
el título de «duque». Marqués es ridículo,
ante la palabra duque todo el mundo vuelve la cabeza.
Edinburgh Review*

El cura quedó sorprendido del aire noble y del tono casi alegre del marqués de La Mole. Este futuro ministro recibió al padre Pirard sin ninguna de esas menudas ceremonias de gran señor, tan corteses, pero tan impertinentes para quien las comprende. Hubiera sido tiempo perdido, y el marqués tenía demasiados asuntos importantes que resolver para desperdiciar el suyo.

Hacía seis meses que intrigaba para lograr que el rey y la nación aceptasen cierto ministerio que, por agradecimiento, le haría duque.

El marqués le pedía inútilmente hacía muchos años a su abogado de Besancon un informe claro y preciso de sus pleitos en el Franco Condado. ¿Cómo podría explicárselos el célebre abogado, si él mismo no los entendía?

Una cuartilla de papel que le entregó el cura lo explicaba todo.

-Mi querido padre -le dijo el marqués, después de zanjar en cinco minutos las fórmulas de cortesía y las preguntas sobre cosas personales-, mi querido padre, en medio de mi supuesta prosperidad, me falta tiempo para ocuparme seriamente de dos Pequeñas cosas, que, sin embargo, son bastante importantes: mi fama y mis negocios. Me ocupo en conjunto de mi patrimonio, lograré incrementarlo; me preocupo de mis placeres, y éstos son 101 que han de ocupar el primer lugar, por lo menos a mi juicio -añadió, al observar el asombro que se pintaba en los ojos del Padre Pirard.

Aun cuando era un hombre de buen sentido, el cura estaba perplejo al ver que un anciano hablaba con tanta franqueza de sus placeres.

-No cabe duda de que en París hay gente que trabaja -continuó el gran señor-, pero mientras viven en el quinto Piso; en cuanto yo me acerco a un hombre, alquila un apartamento en el segundo piso y su mujer fija día de recibo; por lo tanto, se acabó el trabajo, y ya sólo se esfuerza en parecer hombre de mundo. Ésta es su única preocupación en cuanto tienen algo que comer.

»Para defender mis pleitos o, mejor dicho, para cada uno de ellos en particular, tengo varios abogados que se matan trabajando; anteayer uno de ellos murió tísico. Mas para mis asuntos en general, ¿querrá usted creer que desde hace tres años he renunciado a encontrar un hombre que mientras está escribiendo algo para mí se digne pensar un poco seriamente en lo que hace? Pues bueno, todo esto no es más que un preámbulo.

»Le estimo, y me atrevería a añadir, aunque le veo por vez primera, que le tengo verdadero afecto. ¿Le agradecería a usted ser mi secretario, con ocho mil francos de sueldo, o bien con el doble? Saldría ganando yo, se lo juro, y, pierda usted cuidado, yo me encargo de reservarle su hermosa parroquia para el día en que no nos conviniera seguir juntos.

El cura rechazó el ofrecimiento; pero al final de la conversación, el verdadero apuro en que veía al marqués le sugirió una idea.

-Allá, en mi seminario -dijo Pirard-, he dejado a un pobre muchacho que si no me equivoco va a ser perseguido tenazmente. Si no fuera más que un simple religioso, ya estaría in pace.

»Hasta ahora este muchacho sólo sabe latín y la Sagrada Escritura; pero no es imposible que algún día despliegue un gran talento en la predicación o en la dirección de almas. Ignoro lo que hará; pero tiene el fuego sagrado, puede llegar muy lejos. Yo esperaba cedérselo a nuestro obispo, si alguna vez tuviésemos alguno que se pareciese a usted, siquiera remotamente, en la manera de ver los hombres y las cosas.

-¿De dónde procede ese joven? -preguntó el marqués.

-Dicen que es hijo de un carpintero de nuestras montañas, pero yo más bien le creería hijo natural de algún hombre rico. Le he visto recibir una carta anónima o seudónima, con una letra de cambio de quinientos francos.

-¡Ah! Es Julien Sorel -dijo el marqués.

-¿Cómo sabe usted su nombre? -replicó el cura, extrañado y ruborizándose al hacer la pregunta.

-Eso es lo que no le diré a usted -respondió el marqués.

-¡Pues bien! -repuso el cura-, podría usted probar y nombrarle su secretario; es un hombre inteligente y enérgico; en una palabra, vale la pena hacer la prueba.

-¿Y por qué no? -dijo el marqués-. ¿Pero no será hombre capaz de dejarse untar la mano por el prefecto de policía u otra persona cualquiera para ejercer de espía en mi casa? Es la única objeción que se me ocurre.

Tranquilizado por los informes favorables del padre Pirard, el marqués dijo, sacando un billete de mil francos:

-Envíe usted ese viático a Sorel y hágale venir.

-Bien se ve que vive usted en París -dijo el padre Pirard-; no conoce usted, porque ostenta una condición social elevada, la tiranía que pesa sobre nosotros, pobres provincianos, y en particular sobre los sacerdotes no amigos de los jesuitas. No querrán dejar salir a Julien Sorel; darán toda clase de excusas, me contestarán que está enfermo, se habrán perdido las cartas, etc.

-Me procuraré dentro de unos días una carta del ministro al obispo -dijo el marqués.

-Me olvidaba de una precaución -apuntó el padre-: este muchacho, aun cuando es de origen muy humilde, tiene el corazón noble. No se conseguirá nada de él ofendiendo su orgullo; le convertiría usted en un estúpido.

-Eso me gusta -dijo el marqués-; le haré compañero de mi hijo, ¿será bastante?

Poco tiempo después, Julien recibió una carta de letra desconocida, sellada en Chalons, que contenía un giro contra un comerciante de Besancon y el aviso de salir inmediatamente para París. La carta estaba firmada con un nombre supuesto, pero al abrirla, Julien se estremeció: un manchón de tinta aparecía sobre la decimotercera palabra; era la señal convenida con el padre Pirard.

Pasada una hora escasa, llamaron a Julien al obispado, donde le recibieron con una bondad casi paternal. Siempre citando a Horacio, monseñor le felicitó muy hábilmente por los altos destinos que le esperaban en París, dando a entender con sus cumplidos que esperaba le fuesen agradecidos con alguna explicación. Julien no le pudo

decir nada, por la sencilla razón de que no sabía nada y monseñor adquirió mucha consideración por él. Uno de los secretarios de la curia del obispado escribió al alcalde, quien se apresuró a llevar en persona un pasaporte firmado, pero con el nombre del viajero en blanco.

Aquella noche, antes de las doce, Julien estaba en casa de Fouqué, cuyo sentido común le hizo mostrar más sorpresa que entusiasmo ante el porvenir que, al parecer, esperaba a su amigo.

-Todo esto acabará -le dijo aquel elector liberal- en un destino del gobierno que te obligará a dar algún paso que te criticarán los periódicos. Sabré de ti para vergüenza tuya. Acuérdate de que, incluso financieramente hablando, vale más ganar cien luises en un buen negocio de madera, del que uno es dueño, que recibir cuatro mil francos de un gobierno, aun cuando sea el del rey Salomón.

Julien no vio en todo aquello más que el espíritu mezquino de un burgués campesino. Él iba a encontrarse por fin en el teatro de los grandes acontecimientos. Prefería menos incertidumbres y oportunidades más amplias. En aquel corazón ya no cabía el más mínimo temor de morir de hambre. La felicidad de ir a París, que se figuraba llena de gentes de talento muy intrigantes, muy hipócritas, pero tan bien educadas como el obispo de Besancon y el de Agde, lo eclipsaba todo a sus ojos. Se presentó humildemente a su amigo como privado de su libre albedrío por la carta del padre Pirard.

Al día siguiente, a media mañana, llegó a Verrières, sintiéndose el más feliz de los hombres. Esperaba volver a ver a la señora de Rénal. En cuanto llegó, lo primero que hizo fue ir a casa de su primer protector, el buen padre Chélan. Encontró una severa acogida.

-¿Cree que me está obligado en algo? -le dijo el padre Chélan sin contestar a su saludo-. Va a almorzar conmigo, y mientras tanto irán a alquilar otro caballo para usted y se marchará de Verrières sin ver a nadie.

-Oír es obedecer -respondió Julien con aire de seminarista; y ya no se habló más que de teología y de bella latinidad.

Montó a caballo, recorrió una legua y, viendo un bosque y asegurándose de que nadie le veía, se internó en él. Al ponerse el sol despidió el caballo. Más tarde entró en casa de un labriego, que consintió en venderle una escalera y le acompañó llevándosela hasta el bosquecillo que domina el Paseo de la Fidelidad, de Verrières.

-Soy un pobre desertor fugitivo.

-O un contrabandista -dijo el labriego al despedirse de él-, pero ¡qué me importa!, me ha pagado bien la escalera y yo también he hecho de las mías alguna vez.

La noche era muy oscura. Hacia la una de la madrugada, Julien, con su escalera a cuestas, entraba en Verrières. Bajó lo más deprisa que pudo al lecho del torrente que atraviesa los magníficos jardines del señor de Renal, a una profundidad de diez pies y contenido entre los muros. Julien subió fácilmente con la escalera. «¿Cómo me recibirán los perros guardianes? -pensaba-. Ahí está el problema.» Los perros ladraron y avanzaron corriendo hacia él, pero él silbó suavemente, y entonces le acariciaron.

Subiendo luego de terraza en terraza, aun cuando todas las verjas estaban cerradas, le fue fácil llegar hasta el pie de la ventana del dormitorio de la señora de Renal, que por la parte del jardín está a una altura de ocho o diez pies del suelo.

En las persianas había una pequeña abertura, en forma de corazón, que Julien conocía perfectamente. Con gran disgusto por su parte, aquella abertura no estaba

iluminada por la luz interior de una lamparilla.

«¡Válgame Dios! -se dijo-; esta noche no está ocupado ese cuarto por la señora de Rénal. ¿Dónde se habrá acostado? La familia reside en Verrières, puesto que están los perros; pero quizá me encuentre en este cuarto con el propio señor de Rénal o con algún extraño, y entonces, ¡qué escándalo!»

Lo más prudente era retirarse, pero tal decisión horrorizó a Julien. «Si es un extraño, me escaparé a todo correr, abandonando la escalera; pero si es ella, ¿qué recibimiento me espera? Está sumida en el arrepentimiento y en la más fervorosa devoción; de esto no me cabe duda; pero al propio tiempo, aún se acuerda un poco de mí, puesto que acaba de escribirme.» Este razonamiento le decidió.

Con el corazón palpitante, pero sin embargo resuelto a perecer o a verla, empezó a tirar piedrecitas contra la persiana; nadie contestó. Apoyó la escalera junto a la ventana y dio unos golpecitos en la persiana, primero muy suaves, después más fuertes. «Por mucha oscuridad que haya, pueden pegarme un tiro», pensó Julien. Esta idea redujo su loca empresa a una cuestión de valor.

«Esta noche no duerme nadie en este cuarto -pensó-, o bien, el que se ha acostado en él, sea quien fuere, está ya despierto. Así, no hay que preocuparse de él; sólo hay que procurar no ser oído por los que duermen en las habitaciones contiguas.»

Bajó, colocó la escalera contra una de las persianas, volvió a subir, y pasando la mano por la abertura en forma de corazón tuvo la suerte de encontrar enseguida el alambre sujeto al gancho que cerraba la persiana. Tiró del alambre y, con alegría infinita, vio que la persiana cedía a su esfuerzo. «Hay que abrir poco a poco y procurar que sea reconocida mi voz.» Abrió la persiana lo suficiente para meter la cabeza, y repitió varias veces en voz baja: «Es un amigo».

Se aseguró, prestando atención, de que nada turbaba el silencio profundo del cuarto. Pero, decididamente, no había en la chimenea lamparilla alguna, ni siquiera medio apagada; aquello era muy mala señal.

«He de andar con cuidado para que no me peguen un tiro.» Recapacitó un momento; luego se atrevió a golpear con los nudillos en el cristal: nadie contestó; golpeó más fuerte. «Aunque rompa el cristal, hay que acabar con esto.» Volvió a golpear con insistencia y creyó entrever en aquella oscuridad profunda como una sombra blanca que atravesaba la habitación. En fin, ya no cabía duda, una sombra parecía avanzar con extrema lentitud. De pronto vio una mejilla que se apoyaba en el cristal al que había pegado los ojos.

Se estremeció y se apartó un poco. Pero la noche era tan oscura que ni aun a aquella distancia pudo distinguir si era la señora de Rénal. Temía el primer grito de alarma; oía a los perros removerse y gruñir ligeramente al pie de la escalera.

-Soy yo -repetía bastante alto-; un amigo.

No le contestaban. El blanco fantasma había desaparecido.

-¡Ábrame, por Dios, tengo que hablarle! ¡Soy muy desgraciado!

Y golpeaba exponiéndose a romper el cristal.

Un ruidito seco se dejó oír; la falleba de la ventana cedía; empujó el batiente, y saltó ágilmente dentro del cuarto.

El fantasma blanco se alejaba; él la cogió por los brazos; era una mujer. Todas sus ideas de valor se disiparon. «Si es ella, ¿qué me va a decir?» Cuál no sería su impresión cuando reconoció, por un pequeño grito, que era la señora de Rénal.

La estrechó entre sus brazos; ella estaba temblando, y apenas tenía fuerzas para rechazarle.

-¿Qué hace usted, desgraciado?

Su voz convulsa apenas podía articular estas palabras. Julien vio en ellas la más sincera indignación.

-Vengo a verla, después de una cruel separación de catorce meses.

-¡Salga usted, váyase inmediatamente! ¡Ah! ¿Por qué me habrá prohibido el padre Chélan que le escribiera? Hubiera podido impedir este horror. -Le rechazó con una fuerza verdaderamente extraordinaria-. Me arrepiento de mi crimen; el cielo se ha dignado iluminarme -repetía con voz entrecortada-. ¡Váyase! ¡Huya de aquí!

-Después de catorce meses de desesperación, no me marcharé en modo alguno sin haberle hablado. Quiero saber todo lo que ha hecho. La he querido lo suficiente como para merecer esta confianza... Quiero saberlo todo.

A pesar suyo, aquel tono de austeridad tenía un ascendiente sobre el corazón de la señora de Renal.

Julien, que la tenía sujeta con pasión y resistía sus esfuerzos por desasirse de él, dejó de estrecharla entre sus brazos. Este movimiento serenó un tanto a la señora de Renal.

-Voy a retirar la escalera, para que no nos comprometa si algún criado, a quien haya despertado el ruido, sale a ver lo que ocurre.

-¡No, no, al contrario, váyase usted! -dijo ella con verdadera cólera-. ¿Qué me importa lo que crean los hombres? Dios es quien ve esta espantosa escena y quien me castigará. Está usted abusando cobardemente de los sentimientos que me inspiró en otro tiempo, pero que hoy ya no me inspira. ¿Lo oye usted bien, señor Julien?

Julien retiraba la escalera muy despacio para no hacer ruido.

-¿Tu marido está en la ciudad? -le dijo, no por desafiarla, sino llevado de la antigua costumbre.

-No me hable usted así, por favor, o llamo a mi marido. Ya soy bastante culpable por no haberle arrojado de aquí, sin preocuparme de lo que pudiese ocurrir. Me da usted pena -le dijo, tratando de herir su irritable orgullo, que tan bien conocía.

El hecho de haberse negado a aceptar el tuteo, aquella manera brusca de romper un lazo tan dulce y que para él todavía existía entre ellos, llevaron al delirio el arrebatado amoroso de Julien.

-¿Pero es posible que ya no me ames? -le dijo en uno de esos gritos del corazón que tan difícil es escuchar con sangre fría.

Ella no respondió; él lloraba amargamente.

En realidad, no podía hablar.

-¡De modo que la única persona que me ha querido en toda mi vida me ha olvidado por completo!

¿Para qué vivir ya? Todo su valor le había abandonado desde el momento en que ya no tuvo que temer el peligro de encontrarse con un hombre; todo había desaparecido de su corazón, menos el amor.

Lloró mucho tiempo en silencio; ella oía el ruido de sus sollozos. Le cogió la mano, ella quiso retirarla, pero después de algunos movimientos casi convulsivos se la abandonó. La oscuridad era profunda; estaban sentados uno junto a otro sobre la cama de la señora de Renal.

«¡Qué diferencia hace catorce meses! -pensó Julien; y sus lágrimas aumentaron-. Así, pues, la ausencia destruye fatalmente todos los sentimientos del hombre.»

-Por favor, dígame lo que le ha ocurrido -le dijo por fin Julien, con la voz entrecortada por las lágrimas.

-Según parece -respondió la señora de Renal con voz dura, en cuyo acento había algo seco y mortificante para Julien-, mis extravíos eran conocidos en la ciudad antes de su marcha. ¡Había obrado usted con tanta imprudencia! Poco tiempo después, estando yo desesperada, vino a verme el respetable padre Chélan. Durante mucho rato trató en vano de lograr que se lo confesara todo. Un día tuvo la ocurrencia de llevarme a la iglesia de Dijon, donde yo hice la primera comunión. Allí se atrevió a hablar primero...

Las lágrimas interrumpieron a la señora de Renal.

-¡Qué vergüenza pasé en aquel momento! Se lo confesé todo. Aquel hombre fue tan bueno, se dignó no abrumarme con el peso de su indignación: se afligió conmigo. En aquella época, yo le escribía a usted todos los días cartas que no me atrevía a enviarle; las guardaba cuidadosamente, y cuando me sentía demasiado desgraciada me encerraba en mi cuarto y leía y releía mis cartas.

»Al fin el padre Chélan consiguió que se las entregara... Yo le había enviado a usted algunas, las que estaban escritas con más Prudencia; pero usted no me contestaba.

-Jamás, te lo juro, he recibido una carta tuya en el seminario.

-¡Dios mío! ¿Quién las habrá interceptado?

-Ya puedes figurarte mi dolor, hasta el día en que te vi en la catedral, ignoraba si vivías o no.

-Dios me concedió la gracia de comprender el grave pecado que cometía contra Él, contra mis hijos, contra mi marido -repuso la señora de Renal-. No me ha querido nunca como yo creía entonces que usted me quería...

Julien se precipitó en sus brazos, realmente sin saber por qué y completamente fuera de sí. Pero la señora de Renal le rechazó y continuó con bastante firmeza:

-Mi respetable amigo el padre Chélan me hizo comprender que al casarme con el señor de Renal le había hecho entrega de todos mis afectos, incluso los que no conocía y que no había sentido nunca antes de unas fatales relaciones... Después del gran sacrificio de aquellas cartas, que me eran tan queridas, mi vida ha transcurrido, si no felizmente, por lo menos bastante tranquila. No venga usted, pues, a turbarla; sea un amigo para mí... el mejor de mis amigos.

Julien cubrió sus manos de besos; ella se dio cuenta de que estaba llorando todavía.

-No llore usted; me causa tanta pena... Ahora, cuénteme usted lo que ha hecho. - Julien no podía hablar-. Quiero saber qué vida hacía usted en el seminario -repitió ella-. Después se marchará usted.

Sin pensar en lo que contaba, Julien habló de las intrigas, de las envidias sin cuento con que había topado al principio; luego, de su vida más tranquila desde que fue nombrado repetidor.

-Entonces fue -añadió- cuando, después de un largo silencio, destinado sin duda a hacerme comprender lo que hoy por desgracia veo muy claro, que ya no me quería y que le era indiferente...

La señora de Renal le apretó la mano.

-Entonces fue cuando usted me envió una letra de cambio de quinientos francos.

-Nunca -dijo la señora de Renal.

-Era una carta sellada en París y firmada por un tal Paul Sorel, sin duda para no inspirar sospechas.

Se suscitó una pequeña discusión sobre el posible origen de aquella carta. La posición moral cambió. Sin darse cuenta, la señora de Renal y Julien habían abandonado el tono solemne; hablaban nuevamente en términos de la más tierna amistad. No se veían, tan profunda era la oscuridad, pero el tono de la voz lo decía todo. Julien enlazó con el brazo la cintura de su amiga; aquel movimiento era muy peligroso. Ella intentó desasirse del brazo de Julien, quien con suma habilidad distrajo su atención en aquel momento con un detalle interesante de su relato. El brazo, como olvidado, continuó en la posición que ocupaba.

Después de muchas conjeturas sobre el origen de la letra de quinientos francos, Julien reanudó su relato; se sentía algo más seguro de sí mismo hablando de su vida pasada que, al lado de lo que sucedía en aquel momento, le interesaba muy poco. Toda su atención estaba concentrada en lo que iba a ocurrir antes de terminar su visita.

-Tiene usted que marcharse -le repetía ella de vez en cuando, con seco acento.

«¡Qué vergüenza para mí si me echa! Será un remordimiento que envenenará para siempre toda mi vida -se decía-, no me escribirá nunca. ¡Dios sabe cuándo volveré por aquí!» A partir de aquel momento todo lo que tenía de celestial la situación dejó de emocionarle en lo más mínimo. Sentado junto a una mujer a quien adoraba, casi estrechándola en sus brazos, en aquel cuarto donde tan feliz había sido, en medio de la más profunda oscuridad, perfectamente consciente de que ella estaba llorando desde hacía un rato, y percibiendo en los movimientos de su pecho que sollozaba, tuvo la desgracia de convertirse de pronto en un frío político, casi tan calculador y tan frío como cuando en el patio del seminario era objeto de alguna broma pesada por parte de un compañero más fuerte que él. Julien alargaba su relato y hablaba de la triste vida que había llevado desde que se marchó de Verrières. «De modo -se decía la señora de Renal- que después de un año de ausencia, casi totalmente desprovisto de la más pequeña muestra de recuerdo y mientras yo le olvidaba, él sólo pensaba en los días felices que había pasado en Vergy.» Sus sollozos aumentaban. Julien se dio cuenta del éxito de su relato. Comprendió que había que echar mano del último recurso: de pronto citó la carta que acababa de recibir de París.

-Me he despedido del señor obispo.

-¡Cómo! ¡No vuelve usted a Besancon! ¿Nos deja para siempre?

-Sí -respondió Julien en tono resuelto-; sí, abandono un país

en el cual incluso ha llegado a olvidarme el ser a quien más he querido en mi vida, y lo abandono para no volver más. Me voy a París...

-¡Se va a París! -exclamó casi en voz alta la señora de Renal.

Su voz, casi ahogada por las lágrimas, traicionaba su profunda turbación. Julien necesitaba aquel estímulo; iba a intentar un paso que podía decidirlo todo en contra suya, y antes de aquella exclamación, como no veía nada, ignoraba en absoluto el efecto que estaba produciendo. No dudó más; el miedo al remordimiento le había hecho recobrar el dominio sobre sí mismo. Añadió fríamente, levantándose:

-Sí, señora; la dejo para siempre, deseándole que sea muy feliz. Adiós.

Dio algunos pasos hacia la ventana; la abría ya. La señora de Renal se lanzó hacia él. Sintió su cabeza sobre su hombro y que lo estrechaba entre sus brazos, pegando su mejilla a la suya.

De este modo, después de tres horas de diálogo, consiguió Julien lo que había deseado tan ardientemente durante las dos primeras. De haber llegado un poco antes, el retorno de los tiernos sentimientos de la señora de Renal y el eclipse de sus remordimientos le hubieran proporcionado una dicha celestial; obtenidos así, con artificio, no fueron más que un triunfo. Julien quiso absolutamente, a pesar de la resistencia de su amiga, encender la lamparilla.

-¿Quieres acaso -le decía- que no me quede siquiera el recuerdo de haberte visto? ¿Perderé la ocasión de contemplar el amor que sin duda se refleja en estos ojos encantadores? ¿Será invisible para mí la blancura de esta linda mano? ¡Piensa que me voy quizá por mucho tiempo!

Ante esta sola idea, que la hacía derramar amargas lágrimas, la señora de Renal se sentía incapaz de negarle nada. El alba empezaba ya a dibujar vivamente los contornos de los pinos en la montaña situada al este de Verrières. En vez de irse, Julien, ebrio de voluptuosidad, propuso a la señora de Renal pasar todo el día escondido en su cuarto y no marcharse hasta la noche siguiente.

-¿Y por qué no? -respondió ella-. Esta fatal recaída me hace perder toda estimación de mí misma, y será mi eterna desgracia... -Y le estrechaba contra su corazón-. Mi marido ya no es el mismo, sospecha algo; cree que le he manejado a mi gusto en todo este asunto y se muestra muy resentido conmigo. Si oye el menor ruido, estoy perdida, me echará como a una perdida, que es lo que soy.

-Ésa es una frase del padre Chélan -dijo Julien-; no me hubieras hablado así antes de mi cruel marcha para el seminario; ¡entonces sí que me querías!

Julien recibió la recompensa que merecía por la sangre fría que había puesto en esta frase: vio cómo su amiga olvidaba en el acto el peligro que corría con la presencia de su marido, para no pensar más que en el peligro, mucho más grande, de que Julien dudase de su amor. El día clareaba rápidamente e iluminaba por completo la habitación. Julien volvió a sentir todas las voluptuosidades del orgullo satisfecho, al ver en sus brazos, y casi a sus pies, a aquella mujer encantadora, la única a quien había amado y que pocas horas antes estaba entregada por entero al temor de un Dios terrible y al cumplimiento de sus deberes. Las más firmes resoluciones, fortalecidas por un año de constancia, no habían podido resistir ante su valor.

Pronto se empezó a oír ruido en la casa; una cosa que antes no se le había ocurrido vino a inquietar a la señora de Renal.

-Esa infame de Elisa entrará en mi cuarto de un momento a otro; ¿qué hacemos con esta enorme escalera? -dijo a su amigo-; ¿dónde podríamos esconderla? Voy a llevarla al granero -exclamó de pronto, con aire de jovialidad.

-¡Ésta es tu fisonomía de antes! -dijo Julien, encantado-. Pero hay que pasar por el cuarto del criado.

-Dejaré la escalera en el pasillo, llamaré al criado y le daré un encargo.

-Piensa en tener preparada alguna respuesta para el caso en que el criado, al pasar por el pasillo, vea la escalera.

-Sí, ángel mío -le dijo la señora, dándole un beso-. Tú escóndete enseguida debajo de la cama, por si entra Elisa mientras estoy fuera.

A Julien le extrañó aquella repentina alegría. «Así, la proximidad material de un peligro -pensaba-, lejos de turbarla, le devuelve toda su alegría, porque se olvida de sus

remordimientos. ¡Mujer verdaderamente superior! ¡Es una gloria reinar en su corazón!» Julien estaba radiante.

La señora de Renal cogió la escalera; evidentemente, pesaba demasiado para ella. Julien fue en su ayuda. Admiraba aquel talle elegante y que tan lejos estaba de denotar fuerza, cuando de pronto, ella, sin ayuda alguna, cogió la escalera y la levantó como si fuese una silla. La trasladó rápidamente al pasillo del tercer piso, donde la puso en el suelo, junto al muro. Llamó al criado y, para darle tiempo de vestirse, subió al palomar. Cinco minutos después, cuando volvió al pasillo, no encontró la escalera. ¿Qué había sido de ella? Si Julien no se hubiese encontrado en la casa, aquel peligro no la hubiera impresionado. ¡Pero en aquel momento, si su marido encontraba la escalera, podía provocar algún lamentable incidente! La señora de Renal buscó por todas partes. Por fin, descubrió la escalera en la buhardilla, debajo del tejado, donde el criado la había llevado, e incluso ocultado. Era una circunstancia extraña, que en otro tiempo la hubiese alarmado.

«¿Qué me importa -pensó- lo que pueda ocurrir dentro de veinticuatro horas, cuando Julien se haya marchado? ¿Acaso entonces sentiré algo más que horror y remordimiento?»

Tenía como una idea vaga de que debía renunciar a la vida, pero ¿qué le importaba? Después de una separación que había creído eterna, él había vuelto, le había sido devuelto, y lo que había hecho para llegar hasta ella ¡demostraba tanto amor!...

Al contarle a Julien el misterio de la escalera, le decía:

-¿Qué le diré a mi marido si el criado le cuenta que ha encontrado la escalera? - Quedose un momento pensativa-. Necesitarán veinticuatro horas para dar con el campesino que te la ha vendido -dijo, echándose en los brazos de Julien y estrechándose contra él en un movimiento convulsivo-. ¡Ah! ¡Morir! ¡Morir así! -exclamó, cubriéndole de besos-. Pero no puedo dejarte morir de hambre -añadió, riendo-. Ven; primeramente voy a esconderte en la habitación de la señora Derville, que siempre está cerrada con llave.

Salió para vigilar al extremo del pasillo, y Julien pasó corriendo.

-No abras a nadie si llaman -le dijo, cerrando con llave-; en todo caso será una broma de los niños que están jugando por ahí.

-Hazles salir al jardín al pie de la ventana -le dijo Julien-; me gustará mucho verles y oírles hablar.

-Sí, sí -gritó la señora de Renal alejándose.

Al poco rato volvió con naranjas, bizcochos y una botella de vino de Málaga; le había sido imposible robar pan.

-¿Qué hace tu marido? -le preguntó Julien.

-Está redactando un proyecto de contrato con unos campesinos.

Pero habían dado las ocho, y en la casa se oía mucho ruido. Si no hubieran visto a la señora de Renal, la habrían buscado por todas partes; se vio obligada a dejarle. Pronto volvió, contra toda prudencia, llevándole una taza de café; tenía miedo de que se muriera de hambre. Después del almuerzo, consiguió atraer a los niños al pie de la ventana del cuarto de la señora Derville. Los encontró muy crecidos, pero le pareció que tenían un aire vulgar, o que habían cambiado sus ideas a este respecto. La señora de Renal les habló de Julien. El mayor respondió expresando cariño por su antiguo preceptor y echándole de menos; pero observó que los pequeños casi le habían olvidado.

El señor de Renal no salió aquella mañana. Subía y bajaba sin cesar dentro de la casa, ocupado en sus tratos con los labradores, a quienes vendía su cosecha de patatas. Hasta la hora de la comida, la señora de Renal no pudo dedicar un momento siquiera a su prisionero. Una vez servida la comida, tuvo la idea de escamotear para él un plato de sopa caliente. Al acercarse sin hacer ruido a la puerta del cuarto en que estaba encerrado Julien, llevando el plato con mucho cuidado, se encontró de cara con el criado que había escondido la escalera por la mañana. En aquel momento se deslizaba también silencioso por el pasillo, como escuchando. Probablemente Julien había cometido alguna imprudencia al andar por el cuarto. El criado se alejó un poco confuso. La señora de Renal entró resueltamente en la habitación donde estaba Julien; aquel encuentro le hizo estremecerse.

-¡Tú tienes miedo! -le dijo ella-. Yo arrostraría todos los peligros del mundo sin pestañear. Sólo temo una cosa; el momento en que me quede sola cuando tú te vayas.

Y se alejó corriendo.

«¡El único peligro que teme esta alma sublime es el remordimiento!», se dijo Julien, exaltado.

Por fin llegó la noche. El señor de Renal se fue al Casino. Su mujer se había quejado de una jaqueca espantosa; se retiró a su cuarto, apresuróse a despedir a Elisa y se levantó enseguida para sacar de su encierro a Julien.

Se encontró con que estaba realmente muerto de hambre. La señora de Renal se fue a la despensa a buscar pan. Julien oyó un grito muy agudo. La señora de Renal volvió y le contó que al entrar en la despensa sin luz y al acercarse a una alacena en la que guardaba el pan y alargar la mano, había topado con un brazo de mujer. Era Elisa, y había sido ella la que dio el grito oído por Julien.

-¿Qué hacía allí?

-Estaría robando alguna golosina o quizá nos espiaba -dijo la señora de Renal con la más absoluta indiferencia-. Pero, afortunadamente, he encontrado una empanada y un pan grande.

-¿Qué llevas ahí entonces? -dijo Julien señalando los bolsillos de su delantal.

La señora de Renal había olvidado que desde la comida los llevaba llenos de pan.

Julien la estrechó entre sus brazos con la más ardiente pasión; nunca le había parecido tan hermosa. «Ni siquiera en París -se decía confuso- podría encontrar tanta grandeza de alma.» Tenía toda la torpeza de una mujer poco habituada a esta clase de intrigas y al propio tiempo el verdadero valor de un ser que sólo teme los peligros de otro orden, en el fondo mucho más terribles.

Mientras Julien cenaba con buen apetito y su amiga bromeaba con él sobre la frugalidad de aquella comida, pues le producía verdadero horror hablar en serio, de pronto sacudieron con violencia la puerta del cuarto. Era el señor de Renal.

-¿Por qué te has encerrado? -le gritaba.

Julien tuvo el tiempo justo para esconderse debajo del sofá.

-¿Qué es esto? ¡Está usted aún completamente vestida! -dijo el señor de Renal al entrar-. ¡Está cenando y ha cerrado la puerta con llave!

Otro día cualquiera, esta observación, hecha con toda la sequedad conyugal, hubiera turbado a la señora de Renal. Pero en aquel momento se daba cuenta de que su marido no tenía más que inclinarse un poco para descubrir a Julien, pues el señor de Renal se había dejado caer en la silla que Julien ocupaba un momento antes frente al sofá.

La jaqueca sirvió de excusa a todo. Mientras su marido le contaba minuciosamente los incidentes de la partida de billar que había ganado en el Casino, «¡Una jugada de diecinueve francos!», añadía, ella vio sobre una silla, a tres pasos de donde estaban, el sombrero de Julien. Su sangre fría fue en aumento, empezó a desnudarse, y en un instante, pasando rápidamente por detrás de su marido, echó su vestido sobre la silla donde estaba el sombrero.

Por fin el señor de Renal se marchó. Ella rogó a Julien que volviese a contarle su vida en el seminario.

-Ayer no te escuchaba; mientras estabas hablando, yo sólo pensaba en el medio de conseguir que te fueras.

Ella era la imprudencia en persona. Hablaban muy alto. Sobre las dos de la madrugada fueron interrumpidos por un golpe violento en la puerta. Era, una vez más, el señor de Renal.

-¡Abra inmediatamente! ¡Hay ladrones en la casa! -decía-. Esta mañana Saint-Jean ha encontrado una escalera.

-Ahora sí que todo acabó -exclamó la señora de Renal echándose en brazos de Julien-. Nos va a matar a los dos, no cree en los ladrones; voy a morir en tus brazos, mucho más feliz al morir de lo que he sido en la vida.

No contestaba siquiera a su marido, que se enfurecía cada vez más; besaba y abrazaba con pasión a Julien.

-La madre de Stanislas tiene que salvarse -le dijo él con una mirada imperiosa-. Voy a saltar al patio por la ventana del gabinete y me escaparé por el jardín; los perros me han reconocido. Haz un lío con mi ropa y tíralo al jardín en cuanto puedas. Mientras tanto, deja que echen la puerta abajo. Y, sobre todo, no confíes nada, te lo prohíbo; más vale que sospeche a que lo sepa con certeza.

-¡Vas a matarte al saltar! -fue su única respuesta y su única inquietud.

Le acompañó hasta la ventana del gabinete; luego se tomó el tiempo necesario para esconder su ropa. Por fin abrió la puerta a su marido, que estaba ardiendo en cólera. Registró el cuarto, el gabinete, y sin decir palabra desapareció. La ropa de Julien le fue lanzada por la ventana, él la recogió y corrió rápidamente hasta la parte baja del jardín, junto a la orilla del Doubs.

Mientras corría oyó silbar una bala, y enseguida el estampido de un disparo.

«No es el señor de Renal -pensó-, tira muy mal para esto.» Los perros corrían a su lado, en silencio. Un segundo tiro le rompió la pata a uno de ellos, al parecer, pues comenzó a aullar lastimeramente. Julien saltó el muro de una terraza, dio unos cuantos pasos a cubierto y emprendió nuevamente la fuga en otra dirección. Oyó voces que le llamaban, y vio distintamente al criado enemigo suyo, que disparaba un tiro; un granjero empezó también a tirotearle desde el otro lado del jardín, pero ya Julien había alcanzado la orilla del Doubs, donde se vistió.

Una hora más tarde, estaba a una legua de Verrières, camino de Ginebra. «Si sospechan -pensó Julien-, me buscarán por el camino de París.»

Segunda parte

Elle n'est pas jolie, elle n'a point de rouge.³⁹

SAINT-BEUVE

³⁹ «No es bonita, no lleva colorete.»

Capítulo 1

Los placeres del campo

*O rus quando ego te aspiciam!*⁴⁰

VIRGILIO

-¿El señor viene, sin duda, a esperar el correo de París? -le dijo el dueño de una posada donde se detuvo para almorzar.

-El de hoy o el de mañana, me es igual -dijo Julien.

El correo llegó mientras se las daba de indiferente. Había dos sitios vacantes.

-¡Hola! ¿Eres tú, mi pobre Falcoz? -dijo el viajero que venía de tierras de Ginebra al que montaba en el coche al mismo tiempo que Julien.

-Te creía instalado en las cercanías de Lyon -dijo Falcoz-, en uno de los deliciosos valles del Ródano.

-Espléndidamente instalado. Voy huyendo.

-¿Cómo es eso! ¿Huyendo tú, Saint-Giraud? ¡Con esa cara de buena persona! ¿Has cometido algún crimen? -dijo Falcoz, riendo.

-Realmente daría lo mismo. Huyo de la vida insoportable que se lleva en provincias. Me encanta la frescura de los bosques y la tranquilidad campestre, como tú sabes bien; muchas veces me has tachado de novelesco. No había querido en mi vida oír hablar de política, y la política me echa de mi casa.

-Pero, ¿a qué partido perteneces?

-A ninguno, y esto es lo que me pierde. Toda mi política se reduce a lo siguiente: me gusta la música, la pintura; un buen libro es un acontecimiento para mí; voy a cumplir cuarenta y cuatro años. ¿Qué me queda por vivir? Quince, veinte, treinta años a lo sumo. ¡Pues bien!, estoy seguro de que dentro de treinta años los ministros serán un poco más hábiles, pero tan poco honrados como los de hoy. La historia de Inglaterra me sirve de espejo para nuestro porvenir. Siempre habrá un rey que quiera aumentar sus prerrogativas; siempre la ambición de ser diputado; la gloria y los centenares de miles de francos ganados por Mirabeau seguirán quitando el sueño a las gentes ricas de provincias: llamarán a esto ser liberal y amar al pueblo. Siempre será acicate de los ultras el llegar a ser par o gentilhomme de la Cámara. En la nave del Estado, todo el mundo querrá participar en la maniobra, porque paga bien. ¿No quedará nunca un sitio, aunque sea modesto, para el simple pasajero?

-Al grano, al grano, que debe ser una historia muy divertida con tu carácter tranquilo. ¿Son las últimas elecciones las que te echan de tu provincia?

-Mi mal viene de más lejos. Hace cuatro años tenía yo cuarenta, y quinientos mil francos; hoy tengo cuatro años más y probablemente cincuenta mil francos menos, que perderé con la venta de mi castillo de Montfleury, a orillas del Ródano, que tiene una situación soberbia.

»En París estaba cansado de esta comedia perpetua a la que obliga lo que vosotros llamáis la civilización del siglo diecinueve. Tenía sed de honradez y sencillez. Compro

⁴⁰ «¡Oh campo, cuándo te contemplaré!»

una propiedad en las montañas, cerca del Ródano; no había visto nunca nada más hermoso.

»El vicario del pueblo y los hidalgos del contorno me hacen la corte durante seis meses; les doy de comer. He dejado París, les digo, para no volver a hablar ni oír hablar de política en toda mi vida. Como ustedes ven, no estoy suscrito a ningún periódico. Cuantas menos cartas me trae el cartero, más contento estoy.

»Aquello no era lo que el vicario había pensado. Al poco tiempo soy objeto de mil demandas indiscretas, y de toda clase de intrigas, etc. Quería dar doscientos o trescientos francos anuales a los pobres, me los piden para asociaciones piadosas: la de San José, la de la Virgen, etc.; me niego en redondo: entonces me cubren de insultos. Tengo la debilidad de molestarme. Ya no puedo salir por la mañana a disfrutar de la belleza de nuestras montañas sin tropezarme con alguna molestia que me saque de mis cavilaciones para recordarme con desagrado la maldad de los hombres. En las procesiones de rogativas, por ejemplo, cuyos cantos me agradan (son probablemente una melodía griega), no bendicen mis campos porque, según dice el vicario, pertenecen a un impío. Se muere la vaca de una vieja beata aldeana, dice ésta que la culpa la tiene un estanque vecino que es propiedad del impío filósofo llegado de París, y a los ocho días me encuentro a todos mis peces panza arriba, envenenados con cal. Me veo envuelto en toda clase de enredos. El juez de paz, hombre honrado, pero que tiene miedo de ser destituido, me quita siempre la razón. La paz de los campos es un infierno para mí. En cuanto me han visto abandonado por el vicario, jefe de la congregación del pueblo, y sin el apoyo del capitán retirado, jefe de los liberales, todos se me han venido encima, desde el albañil, a quien estaba dando de comer hacía un año, hasta el carretero que quería abusar de mí impunemente al arreglar mis carretas.

»Para tener alguna influencia en que apoyarme y poder ganar, por tanto, alguno de mis pleitos, me hago liberal; pero, como tú has dicho, llegan estas endiabladas elecciones, me piden mi voto...

-¿Para un desconocido?

-Al contrario, para un individuo a quien conozco de sobra. Me niego a darlo, ¡imprudencia temeraria! Desde aquel momento, heme aquí con los liberales también en contra, mi situación se hace intolerable. Estoy seguro de que si al vicario se le ocurre decir que yo había asesinado a mi criada, hubiera habido veinte testigos de los dos partidos que habrían jurado haberme visto cometer el crimen.

-Quieres vivir en el campo sin servir a las pasiones de tus convecinos, hasta sin escuchar sus murmuraciones. ¡Qué falta!...

-Por fin está reparada. Montfleury está en venta, perderé cincuenta mil francos si es preciso, pero estoy contentísimo, me veré libre de este infierno de hipocresía. Voy a buscar la soledad y la paz del campo en el único lugar donde existen en Francia, en un cuarto piso de los Campos Elíseos. Y aún tengo que pensar si no me conviene empezar mi carrera política en el barrio del Roule repartiendo el pan bendito en la parroquia.

-Todo esto no te hubiera ocurrido en tiempos de Bonaparte -dijo Falcoz, con los ojos brillantes de cólera y de pesar.

-Bueno, pero ¿por qué no ha sabido mantenerse en su sitio tu Bonaparte? Él tiene la culpa de todo lo que hoy tengo que soportar.

En este punto Julien redobló su atención. Por las primeras palabras había

comprendido que el bonapartista Falcoz era el antiguo amigo de la infancia del señor de Renal, repudiado por él en 1816; y el filósofo Saint-Giraud debía ser hermano del jefe de negociado de la Prefectura de..., que sabía hacerse adjudicar en buenas condiciones las casas propiedad del municipio.

-Tu Bonaparte es el que tiene la culpa de todo esto -continuó Saint-Giraud-: un hombre honrado, inofensivo si los hay, con cuarenta años y quinientos mil francos, no puede establecerse en provincias para vivir en paz; sus curas y sus nobles le echan de su casa.

-¡No hables mal de él! -exclamó Falcoz-. Nunca Francia había rayado tan alto en la consideración de los pueblos como durante los trece años que él reinó. Entonces había grandeza en todo lo que se hacía.

-Tu emperador, que el diablo se lleve -repuso el hombre de cuarenta y cuatro años-, sólo fue grande en los campos de batalla y cuando restableció la hacienda en 1802. ¿Qué pretendió con su conducta posterior? Con sus chambelanes, su pompa y sus recepciones en las Tulerías, nos dio una nueva edición de todas las ridiculeces monárquicas. Si la hubiera corregido, quizás habría podido durar un siglo o dos. Los nobles y los curas han querido volver a la antigua; pero no tienen la mano de hierro necesaria para difundirla entre el público.

-¡Tu lenguaje es propio de un antiguo impresor!

-¿Quién me echa de mis tierras? -continuó iracundo el impresor-. Los curas, que Napoleón volvió a llamar mediante su concordato, en vez de tratarles como el Estado trata a los médicos, a los abogados, a los astrónomos, en vez de considerarles como simples ciudadanos sin preocuparse de la industria con que tratan de ganarse la vida. ¿Habría hoy nobles insolentes si tu Bonaparte no se hubiese dedicado a hacer barones y condes? No, ya había pasado la moda. Después de los curas, los pequeños hidalgos campesinos son los que más me han irritado y me han empujado a hacerme liberal.

La conversación se hacía interminable, versaba sobre un tema que ocupará todavía a Francia por espacio de medio siglo. Como Saint-Giraud repetía una vez más que era imposible vivir en provincias, Julien, tímidamente, adujo el ejemplo del señor de Renal.

-¡Pardiez, joven, está usted bueno! -exclamó Falcoz-; ése se ha hecho martillo para no ser yunque, y un martillo de los más terribles. Pero veo que va a desbancarle el Valenod ese. ¿Conoce usted a ese sinvergüenza? Éste es el verdadero. ¿Qué dirá su señor de Renal cuando cualquier día de éstos se encuentre que le han destituido y que Valenod ocupa su puesto?

-Se quedará a solas con sus crímenes -dijo Saint-Giraud-. Entonces, joven, ¿conoce usted Verrières? ¡Pues bien! Bonaparte, que Dios confunda, y sus mascaradas monárquicas, han hecho posible el reinado de los Renal y de los Chélan, que han traído después el reinado de los Valenod y de los Maslon.

Aquella conversación de la más oscura política asombraba a Julien y le distraía de sus ensueños voluptuosos.

Cuando París, a lo lejos, apareció por vez primera a sus ojos, le hizo poca impresión. Los castillos en el aire que se había forjado sobre la suerte que le esperaba tenían que luchar con el recuerdo, vivo aún, de las veinticuatro horas que acababa de pasar en Verrières. Se juraba a sí mismo que no abandonaría nunca a los hijos de su amiga, y que lo dejaría todo para protegerles, si las impertinencias de los curas acababan

por traer la república y las persecuciones contra los nobles.

¿Qué habría ocurrido la noche de su llegada a Verrières si, en el momento en que apoyaba la escalera en la ventana del dormitorio de la señora de Rénal, hubiera encontrado aquel cuarto ocupado por un extraño o por el señor de Renal?

Pero también, ¡qué delicia las dos primeras horas, cuando su amiga quería sinceramente que se marchase y él abogaba por su causa sentado cerca de ella en la oscuridad! Un alma como la de Julien está embargada por tales recuerdos una vida entera. El resto de su entrevista se confundía ya con los primeros tiempos de sus amores, catorce meses antes.

Julien se vio sacado de su profundo ensimismamiento porque el coche se paró. Acababan de entrar en el patio de Correos, calle J. J. Rousseau.

-Quiero ir a la Malmaison -dijo a un cabriolé que se acercó.

-¿A esta hora, señor? ¿Y para qué?

-¿A usted qué le importa? Andando.

Toda pasión sincera no piensa más que en sí misma. A mi entender, a esto se debe que sean tan ridículas las pasiones en París, donde el vecino pretende siempre que los demás se ocupen mucho de él. Me guardaré mucho de referir los arrebatos de Julien en la Malmaison. Lloró. ¿A pesar de las horribles tapias blancas recién construidas aquel mismo año y que dividen el parque? Sí, señor; para Julien, como para la posteridad, no había diferencia alguna entre Areola, Santa Elena y la Malmaison.

Por la noche, Julien estuvo dudando mucho rato antes de entrar en un teatro; tenía ideas extrañas sobre aquel lugar de perdición.

Una profunda desconfianza le impidió admirar la vida de París, sólo le impresionaban los monumentos dejados por su héroe.

«¡Ya estoy en el centro de la intriga y la hipocresía! Aquí reinan los protectores del padre de Frilair.»

Por la noche del tercer día, la curiosidad venció a su resolución de verlo todo antes de presentarse al padre Pirard. Éste le explicó en un tono frío el género de vida que le esperaba en casa del marqués de La Mole.

-Si al cabo de unos cuantos meses no resulta usted útil, volverá al seminario, pero por la puerta grande. Va usted a alojarse en casa del marqués, uno de los más grandes señores de Francia. Vestirá usted de negro, pero como un seglar que está de luto, y no como un eclesiástico. Exijo que tres veces por semana continúe sus estudios de teología en un seminario donde yo le presentaré. Todos los días, a las doce, se instalará usted en la biblioteca del marqués, que piensa utilizarle para escribir cartas para sus pleitos y otros negocios. El marqués anota, en dos palabras, al margen de cada carta que recibe, qué clase de respuesta hay que dar. Yo he pretendido que al cabo de tres meses estaría usted en condiciones de redactar esas respuestas, de modo que, de doce que presentará a la firma del marqués, él pueda firmar ocho o nueve. Por la noche, a las ocho, ordenará usted su despacho, y a las diez estará libre.

»Pudiera ocurrir -continuó el padre Pirard- que alguna señora anciana o algún hombre con tono meliflúo le haga a usted entrever inmensas ventajas, o burdamente le ofrezca dinero por ver las cartas que recibe el marqués...

-¡Oh, señor! -exclamó Julien, enrojándose.

-Es curioso -dijo el cura con una amarga sonrisa- que siendo como es usted pobre y después de un año de seminario aún sienta esas indignaciones virtuosas. ¡Tiene usted

que haber estado bien ciego!

«¿Será la fuerza de la sangre?», se dijo el sacerdote a media voz, como hablando consigo mismo.

-Lo más raro de todo -añadió mirando a Julien- es que el marqués le conoce a usted... No sé cómo. Le asigna, para empezar, cien luises de sueldo. Es un hombre que obra siempre por capricho, éste es su defecto; discutirá con usted por puras puerilidades. Si está contento, quizá llegue a aumentarle el sueldo hasta ocho mil francos.

»Comprenderá usted, sin embargo -continuó el cura con tono agrio-, que no va a darle todo este dinero por su linda cara. Se trata de hacerse útil. En su lugar, yo hablaría poco, y sobre todo no hablaría nunca de lo que ignoro.

»¡Ah! -siguió-, he pedido informes para usted; olvidaba la familia del marqués de La Mole. Tiene dos hijos, una hija y un hijo de diecinueve años, verdadero árbitro de la elegancia, una especie de insensato que nunca sabe a mediodía lo que va a hacer a las dos. Tiene talento, es valiente; ha hecho la guerra de España. El marqués espera, no sé por qué, que se hará usted amigo del joven conde Norbert. Yo le he dicho que era usted un gran latinista, y quizás espera que enseñe a su hijo algunas frases hechas de Cicerón y de Virgilio.

»En su lugar, yo no me dejaría nunca embromar por ese apuesto joven; y antes de ceder a sus proposiciones, perfectamente corteses, pero algo desvirtuadas por la ironía, me las haría repetir varias veces.

»No le ocultaré que el joven conde de La Mole le despreciará seguramente en un principio, porque usted no es más que un plebeyo. Un antepasado suyo pertenecía a la corte, y tuvo el honor de que le cortaran la cabeza en la plaza de la Grève, el 26 de abril de 1574, por una intriga política. Usted es hijo de un carpintero de Verrières, y, por añadidura, está a sueldo de su padre. Pese usted bien estas diferencias y estudie en Moreri la historia de esta familia; todos los aduladores que comen en su mesa hacen de vez en cuando lo que llaman alusiones delicadas a ella.

»Mucho cuidado con la forma en que responda usted a las bromas del señor conde Norbert de La Mole, jefe de un escuadrón de húsares y futuro par de Francia, y luego no venga a quejarse de nada.

-Me parece -dijo Julien, enrojeciendo mucho- que ni siquiera debería contestar a un hombre que me desprecia.

-Usted no puede tener idea exacta de este desprecio. Sólo se mostrará en cumplidos exagerados. Si fuese usted un necio, podría dejarse engañar por ellos; si quisiese hacer fortuna, debería dejarse engañar.

-El día que no me convenga todo esto, ¿pasaré por un ingrato si me vuelvo a mi modesta celda número 103?

-Sin duda alguna -respondió el cura-, todos los aduladores de la casa le calumniarán. Pero entonces apareceré yo. Adsum qui feci. Diré que tal resolución es cosa mía.

Julien estaba dolido por el tono amargo y casi agresivo que advertía en el padre Pirard; aquel tono echaba a perder por completo el sentido de sus últimas palabras.

El hecho es que el cura tenía escrúpulos de conciencia por querer a Julien, y sentía una especie de terror religioso al mezclarse tan directamente en la suerte de otro.

-También conocerá usted -añadió con la misma desgana y como cumpliendo un penoso deber- a la señora marquesa de La Mole. Es una mujer alta, rubia, devota, altiva,

perfectamente educada y aún más insignificante. Es hija del viejo duque de Chaulnes, tan conocido por sus prejuicios nobiliarios. Esta gran dama es una especie de compendio, llevado hasta el máximo, de lo que en el fondo constituye el carácter de las mujeres de su rango. No se esfuerza en modo alguno en ocultar que el único título que estima es haber tenido algún antepasado en las Cruzadas. El dinero viene mucho después: ¿le sorprende esto? Ya no estamos en provincias, amigo mío.

»Verá usted en su salón a muchos grandes señores que hablan de nuestros príncipes con un tono de sorprendente ligereza. La señora de La Mole baja la voz en señal de respeto siempre que nombra a un príncipe, y sobre todo a una princesa. No le aconsejaría a usted que dijera delante de ella que Felipe II o Enrique VIII fueron unos monstruos. Han sido REYES, y esto les concede derechos imprescriptibles respecto a todos y, especialmente, respecto a los seres de humilde cuna como usted y como yo. Sin embargo -añadió el padre Pirard-, somos sacerdotes, pues por tal le tomará a usted, y a título de tales nos considera como lacayos necesarios para su salvación.

-Señor -dijo Julien-, me parece que no estaré mucho tiempo en París.

-Enhorabuena; pero tenga en cuenta que no hay fortuna posible para un hombre de nuestro hábito, sin la protección de los grandes señores. Con ese algo indefinible, por lo menos para mí, que hay en su carácter, si no hace fortuna, será perseguido; no hay término medio para usted. Desengáñese. Los hombres se dan cuenta de que no siente usted el menor placer cuando le dirigen la palabra; en un país social como éste, está usted perdido si no consigue que le respeten.

»¿Qué habría sido de usted en Besancon, sin este capricho del marqués de La Mole? Algún día se dará usted cuenta de lo excepcional que ha sido su comportamiento con usted, y, si no es usted un monstruo, le tendrá agradecimiento eterno a él y a su familia. ¡Cuántos pobres curas, más instruidos que usted, se han pasado años y años en París sin más que los tres reales de su misa y los dos de sus clases en la Sorbona!... Recuerde lo que le contaba el invierno pasado acerca de los primeros años de aquel mal sujeto que fue el cardenal Dubois. Por orgulloso que sea, ¿se figura usted acaso que tiene más talento que él?

»Yo, por ejemplo, hombre tranquilo y mediocre, pensaba morir en mi seminario; he tenido la ingenuidad de tomarle cariño. ¡Pues bien!, iba a ser destituido cuando he presentado mi dimisión. ¿Sabe usted a cuánto ascendía mi fortuna? Tenía quinientos veinte francos de capital, ni más ni menos; ni un solo amigo, apenas dos o tres conocidos. El marqués de La Mole, a quien no había visto en mi vida, me ha sacado del atolladero; sólo ha necesitado decir una palabra, y me han dado una parroquia en la que todos los feligreses son gentes acomodadas por encima de los vicios groseros, y cuya renta me avergüenza por lo desproporcionada respecto a mi trabajo. Si le he hecho un sermón tan largo, ha sido para sentarle un poco la cabeza.

»Una palabra más: tengo la desgracia de ser irascible; es posible que usted y yo dejemos de hablarnos.

»Si las altiveces de la marquesa o las bromas de mal gusto del hijo le hacen francamente insoportable esta casa, le aconsejo que acabe sus estudios en algún seminario a treinta leguas de París; si puede ser, al norte mejor que al mediodía. En el norte hay más civilización y menos injusticia, y -añadió, bajando la voz- tengo que confesarlo, la vecindad de los periódicos de París atemoriza a los tiranuelos.

»Si continuamos en buenas relaciones y la casa del marqués no le conviene, le

ofrezco el puesto de vicario y partiremos por la mitad lo que rinda la parroquia. Le debo esto, y mucho más aún -añadió interrumpiendo las palabras de agradecimiento de Julien- por el singular ofrecimiento que me hizo en Besancon. Si en vez de quinientos veinte francos, no hubiese tenido nada, me habría usted salvado.

El padre había perdido su tono de voz cruel. Con gran vergüenza por su parte, Julien sentía las lágrimas en los ojos; ardía en deseos de echarse en brazos de su amigo. No pudo menos de decirle con el aire más varonil que logró afectar:

-Mi padre me odió desde la cuna; ésta ha sido una de mis mayores desgracias; pero ya no me quejaré de la suerte, que me ha hecho encontrar un padre en usted, señor.

-Está bien, está bien -dijo el padre, apurado; y encontrando que venía muy al caso una frase de director de seminario, añadió:- No hay que decir nunca la suerte, hijo mío, diga siempre la Providencia.

El coche se detuvo; el cochero levantó el aldabón de bronce de una puerta inmensa: era el PALACIO DE LA MOLE; y para que a los transeúntes no les cupiese la menor duda, estas palabras se leían en una lápida de mármol negro colocada encima de la puerta.

Aquella afectación desagradó a Julien.

«¡Tienen un miedo atroz a los jacobinos! Ven un Robespierre con su carreta detrás de cada esquina, hasta el punto que hacen morir de risa, y por otra parte ponen un letrero en sus casas, para que la canalla pueda identificarlas enseguida en caso de una revuelta y las saquee.» Comunicó su pensamiento al padre Pirard.

-¡Pobre muchacho! Preveo que pronto será usted mi vicario. ¡Qué diabólica idea se le ha ocurrido a usted!

-Me parece de sentido común -dijo Julien.

La gravedad del portero y, sobre todo, la pulcritud del patio despertaron su admiración. Hacía un sol hermoso.

-¡Qué magnífica arquitectura! -le dijo a su amigo.

Se trataba de uno de aquellos palacios, de fachada tan vulgar, existentes en el faubourg Saint-Germain, construidos en tiempos de la muerte de Voltaire. Nunca estuvieron tan alejadas la moda y la belleza.

Capítulo 2

Entrada en el gran mundo

¡Ridículo y conmovedor recuerdo, el del primer salón en el cual, a los dieciocho años, hice mi entrada solo y sin ayuda de nadie! La mirada de una mujer bastaba para intimidarme. Cuanto mayor era mi deseo de agradar, más torpe resultaba. Todo lo interpretaba mal; tan pronto me confiaba sin motivo, como veía en cualquiera un enemigo, porque me había mirado con gravedad. Pero en medio de los horribles tormentos de mi timidez, ¡qué bello era entonces un hermoso día!
KANT

Julien se paraba, embobado, en medio del patio.

-Vamos, sea usted razonable -le dijo el padre Pirard-; ¿se le ocurren ideas tremendas, y luego no es usted más que un niño! ¿Dónde está el *nil mirari* de Horacio? (No entusiasmarse con nada.) Piense que esta turba de lacayos, al verle instalado aquí, tratará de burlarse de usted; verán en usted a un igual, al que injustamente han situado por encima de ellos. Aparentando bondad, buenos consejos, deseos de guiarle, tratarán de hacerle cometer alguna burda equivocación.

-Les desafío a ello -dijo Julien, mordiéndose los labios y recobrando toda su desconfianza.

Los salones que atravesaron estos señores en el primer piso, antes de llegar al gabinete del marqués, habrían parecido a mis lectores tan tristes como magníficos. Si os los dieran tal y como están, os negaríais a vivir en ellos; parecían la patria del bostezo y de los pensamientos tristes. En cambio, aumentaron el embeleso de Julián. «¡Cómo puede ser desgraciado -pensaba- quien habite una mansión tan espléndida!»

Por fin, estos señores llegaron a la más fea de todas las habitaciones de aquel soberbio edificio: apenas si había luz; allí encontraron a un hombrecillo delgado, de mirada despierta y con una peluca rubia. El padre se volvió hacia Julien y le presentó. Era el marqués. A Julien le costó mucho trabajo reconocerle, tan cortés lo encontró. No era ya el gran señor, de porte altanero, de la abadía de Bray-le-Haut. A Julien le pareció que su peluca tenía demasiado pelo. Al darse cuenta de esto, no se sintió intimidado en lo más mínimo. Al principio, le pareció que el descendiente de Enrique III tenía un aspecto bastante mezquino. Estaba muy delgado y se movía mucho. Pero muy pronto advirtió que el marqués tenía una cortesía mucho más agradable para su interlocutor que la del propio obispo de Besancon. La audiencia apenas duró tres minutos. Al salir, el sacerdote le dijo a Julien:

-Ha mirado usted al marqués como si estuviese contemplando un cuadro. No soy un gran experto en lo que estas gentes llaman cortesía, pronto sabrá usted mucho más que yo; pero, en fin, la osadía de su mirada me ha parecido poco correcta.

Habían vuelto a subir al coche; el cochero se detuvo cerca del bulevar; el cura

introdujo a Julien en una serie de grandes salones. Julien observó que no estaban amueblados. Estaba mirando un magnífico reloj dorado, que, a su entender, representaba un tema muy indecente, cuando se acercó a él, sonriendo, un señor muy elegante. Julien inició un saludo.

El señor sonrió y le puso la mano en el hombro. Julien se estremeció y dio un salto atrás. Estaba rojo de cólera. El padre Pirard, a pesar de su gravedad, se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. El señor en cuestión era un sastre.

-Le dejo a usted en libertad -le dijo al salir- durante dos días; sólo entonces podrá ser presentado a la señora de La Mole. Otro quizá le vigilaría a usted como a una cándida doncella en estos primeros momentos de su estancia en esta nueva Babilonia; si ha de perderse, piérdase cuanto antes, y me verá libre de la debilidad de preocuparme por usted. Pasado mañana, por la mañana, el sastre le enviará dos trajes; dará usted cinco francos al aprendiz que se los pruebe. Por lo demás, procure que estos parisienses no oigan el sonido de su voz. Si dice una palabra, encontrarán el medio de burlarse de usted. Es su especialidad. Pasado mañana a mediodía vaya a mi casa... Ahora vaya y piérdase... ¡Ah!, se me olvidaba, encargue unos zapatos, camisas y un sombrero en los sitios indicados aquí.

Julien miraba la letra en que estaban escritas aquellas señas.

-Es letra del marqués -dijo el padre-; es un hombre activo que todo lo prevé y que prefiere hacer a mandar. Le toma a usted a su servicio para que le ahorre esta clase de molestias. ¿Tendrá usted bastante talento para ejecutar bien todas las cosas que este hombre despierto y sagaz le indicará con medias palabras? Esto es lo que nos dirá el porvenir; ¡cuidado con lo que hace!

Julien entró sin decir una palabra en casa de los comerciantes que indicaban las señas; observó que era recibido con respeto, y el zapatero, al escribir su nombre en su libro, puso señor Julien de Sorel.

En el cementerio del Père-Lachaise, un señor muy obsequioso, y aún más liberal en sus palabras, se ofreció para indicar a Julien la tumba del mariscal Ney, a la que una sabia política ha privado del honor de un epitafio. Pero al separarse de aquel liberal, que con lágrimas en los ojos casi le estrechaba entre sus brazos, Julien se había quedado sin reloj. Adiestrado con esta experiencia, dos días después, a las doce del día, se presentó al padre Pirard, que le miró muy detenidamente.

-Puede que se convierta usted en un fatuo -le dijo el cura con severidad.

Julien tenía el aspecto de un hombre muy joven, vestido de luto riguroso; en realidad estaba muy bien, pero el buen cura era aún demasiado provinciano para darse cuenta de que Julien conservaba todavía aquel movimiento de hombros que en los pueblos es considerado como un signo de elegancia e importancia al propio tiempo. Al ver a Julien, el marqués juzgó sus gracias de un modo tan distinto al del buen cura, que le dijo:

-¿Pondría usted algún reparo a que el señor Sorel tomara lecciones de baile?

El padre quedó como petrificado.

-No -respondió al fin-, Julien no es sacerdote.

El marqués, subiendo de dos en dos los peldaños de una escalerilla excusada, fue en persona a instalar a nuestro héroe en una linda buhardilla que daba sobre el inmenso jardín del palacio. Le preguntó cuántas camisas se había encargado en casa del camisero.

-Dos -respondió Julien, intimidado al ver a un señor tan poderoso descender a tan

pequeños detalles.

-Muy bien -repuso el marqués con aire serio y con cierto tono imperativo y breve, que dio que pensar a Julien-; ¡muy bien! Encárguese otras veintidós. Aquí tiene usted el primer trimestre de su sueldo.

Al bajar de la buhardilla, el marqués llamó a un hombre de edad.

-Arsenio -le dijo-, encárguese de servir al señor Sorel.

Pocos momentos después, Julien se encontró solo en una magnífica biblioteca; aquel momento fue delicioso. Para que no le sorprendieran en medio de su emoción, fue a ocultarse en un rincón oscuro, desde donde contemplaba en éxtasis el lomo brillante de los libros: «¡Podré leer todo esto! -se decía-. ¿Cómo podría no encontrarme a gusto aquí? El señor de Rénal se hubiera creído deshonrado para siempre con la centésima parte de lo que el marqués de La Mole acaba de hacer por mí. Pero veamos las copias que hay que hacer».

Terminado este trabajo, Julien se atrevió a acercarse a los libros; estuvo a punto de volverse loco de alegría al encontrarse con una edición de Voltaire. Corrió a abrir la puerta de la biblioteca para no ser sorprendido. Luego se dio el gusto de hojear uno por uno los ochenta volúmenes. Estaban magníficamente encuadernados, eran la obra maestra del mejor artesano de Londres. No hacía falta tanto para que llegase a su colmo la admiración de Julien.

Una hora después entró el marqués, miró las copias y notó con asombro que Julien escribía ello con i griega, eyo. «¿Será un cuento todo lo que me ha dicho el padre de su ciencia?»

El marqués, muy desencantado, le dijo con dulzura:

-¿No está usted seguro de su ortografía?

-Es cierto -dijo Julien, sin pensar ni remotamente en el daño que se hacía; estaba emocionado por las bondades del marqués, que le recordaban, por contraste, el tono áspero del señor de Rénal.

«Toda la experiencia de este buen padre del banco Condado es tiempo perdido; pero ¡tenía tanta necesidad de un hombre fiel!», pensó el marqués.

-Ello se escribe con elle -le dijo el marqués-. Cuando termine usted las copias, busque en el diccionario las palabras de cuya ortografía no esté muy seguro.

A las seis-le mandó llamar; miró con pena evidente las botas de Julien.

-Tengo que reprocharme una falta; no le he dicho que tiene que vestirse todos los días a las cinco y media.

Julien le miraba sin comprender.

-Quiero decir ponerse calzón corto y medias. Arsenio se encargará de recordárselo; hoy yo le excusaré.

Diciendo estas palabras, el marqués de La Mole hizo pasar a Julien a un gran salón resplandeciente de adornos dorados. En ocasiones semejantes, el señor de Rénal no dejaba nunca de apretar el paso para entrar el primero. La vanidad de su antiguo amo hizo que Julien caminase demasiado cerca del marqués y le pisase, haciéndole mucho daño a causa de la gota que padecía. «¡Ah!, encima es un palurdo», díjose éste. Le presentó a una señora alta y de aspecto imponente. Era la marquesa. A Julien le pareció que tenía un aire impertinente, un poco como la señora de Maugiron, la mujer del subprefecto de la circunscripción de Verrières, cuando asistía a la comida del día de San Carlos. Un poco azorado por la magnificencia del salón, Julien no oyó lo que decía el marqués de La

Mole. La marquesa apenas si se dignó mirarle. Estaban presentes varios hoces, entre los cuales Julien reconoció, con un placer indecible, al joven obispo de Agde, el que se dignara hablarle algunos meses antes en la ceremonia de Bray-le-Haut. Este joven prelado se asustó, sin duda, de las tiernas miradas que fijaba sobre él la timidez de Julien, y ni por asomo reconoció a aquel provinciano.

Julien creyó advertir que los hombres reunidos en aquel salón tenían cierto aire triste y afectado; en París se habla bajo y no se exageran las cosas pequeñas.

Un joven guapo, con bigote, muy pálido y muy espigado, entró hacia las seis y media; tenía una cabeza muy pequeña.

-Siempre se ha de hacer esperar -le dijo la marquesa, a la que besó la mano.

Julien comprendió que aquél era el conde Norbert. Le pareció encantador desde el primer momento.

«¿Es posible -se decía- que sea éste el hombre cuyas bromas ofensivas han de echarme de esta casa?»

A fuerza de examinar al conde Norbert, Julien observó que llevaba botas altas y espuelas. «Y yo he de llevar zapatos, sin duda como signo de inferioridad.» Se sentaron a la mesa. Julien oyó a la marquesa que decía alguna palabra severa, levantando un poco la voz. Casi al mismo tiempo, vio a una joven extremadamente rubia y muy bien formada, que fue a sentarse frente a él. No le gustó; sin embargo, después de observarla atentamente, pensó que nunca había visto unos ojos tan hermosos, aun cuando reflejaban un alma muy fría. Luego Julien encontró que miraban con la expresión del aburrimiento que examina, pero que recuerda la obligación de inspirar respeto. «Los ojos de la señora de Renal también eran muy hermosos -se decía-, todo el mundo se los alababa», pero no tenían nada de común con éstos. Julien no poseía bastante conocimiento del mundo para distinguir que lo que hacía brillar de vez en cuando los ojos de la señorita Mathilde -así la oyó llamar- era el fuego de una maliciosa agudeza. Cuando los ojos de la señora de Renal se animaban, era por el fuego de la pasión o por efecto de una indignación generosa al escuchar el relato de alguna mala acción. Hacia el fin de la comida, Julien dio con una palabra que expresaba la clase de belleza de los ojos de la señorita de La Mole: «Son centelleantes», se dijo. Por lo demás, como se parecía cruelmente a su madre, la marquesa, que cada vez le gustaba menos, dejó de mirarla. En cambio, el conde Norbert le parecía admirable desde todos los puntos de vista. Julien estaba tan seducido, que no se le ocurrió sentir envidia ni odiarle porque era más noble y más rico que él.

A Julien le pareció que el marqués se aburría.

Cuando servían el segundo plato, el marqués se dirigió a su hijo:

-Norbert, solicito tus atenciones para con el señor Sorel, a quien acabo de dar un puesto en mi estado mayor y del cual pretendo hacer un hombre, si eye es posible. Es mi secretario -le dijo el marqués a su vecino-, y escribe ello con i griega.

Todo el mundo miró a Julien, que hizo una inclinación de cabeza, quizá demasiado acentuada a Norbert; pero, en general, todo el mundo quedó satisfecho de su mirada.

El marqués debía de haber hablado sobre el género de educación que había recibido Julien, pues uno de los invitados le interpeló a propósito de Horacio: «Precisamente hablando de Horacio tuve un éxito con el obispo de Besancon -se dijo Julien-. Por lo visto no conocen más autor que ése». A partir de aquel momento, se sintió seguro de sí mismo. Este cambio de actitud le fue tanto más fácil cuanto que acababa de

decidir que la señorita de La Mole no sería nunca a sus ojos una mujer. Desde su permanencia en el seminario, tenía un concepto muy bajo de los hombres, y difícilmente se dejaba intimidar por ellos. De hallarse el comedor amueblado con menos magnificencia, se hubiera sentido en posesión de toda su sangre fría. Lo que aún le intimidaba eran los enormes espejos, de ocho pies de alto cada uno, en los que veía a veces a su interlocutor hablando de Horacio. Sus frases no eran demasiado largas para un provinciano. Tenía unos hermosos ojos, cuya timidez, asustada o triunfante cuando la respuesta era feliz, duplicaba el brillo. Le encontraron agradable. Aquella especie de examen daba un poco de interés a una comida grave. El marqués animó con una seña al interlocutor de Julien para que le acorralara. «¿Será posible que sepa algo de veras?», pensaba.

Julien respondió inventando sus ideas y perdió una gran parte de su timidez para demostrar no ingenio, cosa imposible para quien no sabe el idioma que se habla en París, sino algunas ideas nuevas, aun cuando presentadas sin gracia y sin oportunidad, y se dieron cuenta de que dominaba perfectamente el latín.

El que discutía con Julien era un académico de las Inscripciones,⁴¹ que por casualidad sabía latín; encontró en Julien a un excelente humanista, perdió el temor de avergonzarse delante de todos y trató realmente de acorralarlo. En el calor de la discusión, Julien llegó a olvidar el magnífico mobiliario del comedor y acabó exponiendo sobre los poetas latinos unas cuantas ideas que su interlocutor no había leído en ninguna parte. Como hombre honrado que era, rindió honores al joven secretario. Felizmente, se entabló una discusión sobre si Horacio fue pobre o rico: un hombre amable, voluptuoso y despreocupado, que hacía versos por entretenimiento, como Chapelle, el amigo de Molière y de La Fontaine, o un pobre diablo, un simple poeta laureado, que seguía a la corte y hacía odas para celebrar el cumpleaños del rey, como Southey, el acusador de lord Byron. Se habló del estado de la sociedad en las épocas de Augusto y de Jorge IV; en las dos épocas la aristocracia era todopoderosa; pero en Roma, Mecenas le había arrebatado el poder, sin ser más que un simple caballero, y en Inglaterra había reducido a Jorge IV casi al estado de un dux de Venecia. Esta discusión pareció sacar al marqués del estado de sopor en que le había sumido el aburrimiento al principio de la comida.

Julien no entendía nada de los nombres modernos, como Southey, lord Byron, Jorge IV, que oía pronunciar por vez primera. Pero todo el mundo se dio cuenta de que, en cuanto se trataba de hechos ocurridos en Roma, y cuyo conocimiento podía deducirse de las obras de Horacio, de Tácito, de Marcial, etc., demostraba una superioridad incontestable. Julien se apropió tranquilamente unas cuantas ideas que le había oído al obispo de Besancon en la famosa discusión que sostuvo con aquel prelado; ciertamente no fueron las menos celebradas.

Cuando se cansaron de hablar de los poetas, la marquesa, que se imponía como obligación admirar todo aquello que divertía a su marido, se dignó mirar a Julien.

-Los modales torpes de este joven clérigo ocultan quizás a un hombre instruido -le dijo a la marquesa el académico que se sentaba a su lado.

Julien oyó algo de lo que decía.

Las frases hechas eran bastante a propósito para el talento de la dueña de la casa; aceptó aquella que se refería a Julien, y se sintió muy satisfecha de haber invitado al

⁴¹ Academia de las Inscripciones y Bellas Artes, fundada en 1663, se ocupa de temas de erudición histórica o arqueológica.

académico a cenar. «Divierte al marqués de La Mole», pensaba.

Capítulo 3

Los primeros pasos

*Ese valle inmenso, lleno de luces esplendorosas y
de miles de hombres, deslumbra mi vista.
Ninguno me conoce.
Todos son superiores a mí. Pierdo la cabeza.
REINA⁴² (Poemi dell'av)*

Al día siguiente, muy temprano, estaba Julien en la biblioteca escribiendo cartas cuando se abrió una pequeña puerta de escape, muy bien disimulada por las estanterías llenas de libros, y entró la señorita Mathilde. Mientras Julien admiraba aquel mecanismo, la señorita Mathilde parecía muy contrariada de encontrarle allí. A Julien le pareció que con los rulos tenía un aire duro, altivo y casi masculino. La señorita de La Mole poseía el secreto de robar libros en la biblioteca de su padre, sin que nadie lo notara. La presencia de Julien hacía inútil su incursión matutina, lo que la contrarió tanto más cuanto que iba a buscar el segundo tomo de La princesa de Babilonia, de Voltaire, ¡digno complemento de una educación eminentemente monárquica y religiosa, obra maestra de las monjas del Sagrado Corazón! Aquella pobre muchacha, a los diecinueve años, necesitaba ya de lo picante del ingenio para interesarse por una novela.

El conde Norbert apareció por la biblioteca a eso de las tres; iba a estudiar un periódico para poder hablar de política por la noche, y le agradó encontrar a Julien, a quien había olvidado por completo. Estuvo correctísimo con él: le invitó a montar a caballo.

-Mi padre nos da permiso hasta la hora de cenar.

Julien comprendió aquel nos y lo encontró encantador.

-¡Dios mío, señor conde! -dijo Julien-, si se tratara de derribar un árbol de ochenta pies de alto, desbastarlo y cortarlo en tablas, me atrevo a decir que lo haría bien; pero montar a caballo... no lo he hecho más de seis veces en mi vida.

-Bueno, pues hoy será la séptima -dijo Norbert.

En el fondo, Julien recordaba la entrada del rey de... en Verrières, y creía que montaba maravillosamente a caballo. Pero al volver del bosque de Bolonia y querer esquivar bruscamente un coche en medio de la calle de Bac, se cayó, llenándose de barro. Afortunadamente tenía dos trajes. Durante la cena, el marqués, para dirigirle la palabra, le preguntó qué tal había sido el paseo. Norbert se apresuró a contestar en términos generales.

-El señor conde me abruma con sus bondades -repuso Julien-, y yo se lo agradezco en lo que vale. Se ha dignado proporcionarme un caballo manso y dócil; pero no podía atarme a él, y, a falta de esta precaución, me he caído en medio de esa calle tan larga, cerca del puente.

La señorita Mathilde intentó en vano reprimir una carcajada; luego, en su indiscreción, pidió detalles de la caída. Julien salió del paso con mucha sencillez; tuvo

⁴² Francesco Reina (1772-1826), erudito milanés.

gracia sin darse cuenta de ello.

-Le auguro un buen porvenir a este joven cura -le dijo el marqués al académico-; ¡un sencillo provinciano, en semejante situación, es algo que no se ha visto nunca ni creo que vuelva a verse jamás! ¡E incluso se atreve a contar su desgracia delante de las señoras!

Julien logró entretener de tal modo a sus oyentes mientras hablaba de su infortunio, que al final de la comida, cuando la conversación general tomó otro rumbo, la señorita Mathilde preguntaba a su hermano detalles del desgraciado accidente. Como sus preguntas continuaban y la mirada de Julien se cruzó varias veces con la de ella, se atrevió a contestar directamente, aunque no le hubiese dirigido la pregunta a él, y los tres acabaron riendo como si fuesen tres jóvenes aldeanos que charlaran en el fondo de un bosque.

Al día siguiente, Julien asistió a dos clases de teología y volvió luego a transcribir una veintena de cartas. Encontró instalado cerca de él, en la biblioteca, a-un joven atildadamente vestido, pero de aspecto ruin y expresión en la que aparecía retratada la envidia.

Entró el marqués.

-¿Qué hace usted aquí, señor Tanbeau? -le dijo a aquel individuo en tono severo.

-Creía... -repuso el joven, sonriendo rastreramente.

-No, señor, usted no creía nada. Ha probado usted suerte, pero le ha salido mal.

El joven Tanbeau se levantó furioso y desapareció. Era un sobrino del académico amigo de la marquesa de La Mole, y quería dedicarse a las letras. El académico había conseguido que el marqués le tomara como secretario. Tanbeau, que trabajaba en un cuarto apartado, al saber el favor de que gozaba Julien, quiso compartirlo, y por la mañana fue a instalar su escribanía en la biblioteca.

A las cuatro, después de dudarle un poco, Julien se atrevió a presentarse en los aposentos del conde Norbert. Éste se disponía a montar a caballo, y se azoró un tanto, pues era extremadamente cortés.

-Creo -le dijo a Julien- que pronto empezará usted a ir al picadero; y dentro de pocas semanas estaré encantado de montar a caballo con usted.

-Quería tener el honor de dar las gracias al señor conde por sus bondades para conmigo, y puede creerme que sé perfectamente cuánto le debo. Si su caballo no está herido a consecuencia de mi torpeza de ayer, y está libre, desearía montarlo hoy.

-Bueno, mi querido Sorel, pero por su cuenta y riesgo. Suponga usted que le he hecho todas las objeciones que aconseja la Prudencia; el hecho es que son las cuatro y no tenemos tiempo que perder.

Una vez a caballo, Julien preguntó al joven conde:

-¿Qué hay que hacer para no caerse?

-Muchas cosas -respondió Norbert riendo a carcajadas-: por ejemplo, echar el cuerpo hacia atrás.

Julien emprendió un trote largo. Estaban en la plaza de Luis XVI.

-¡Joven temerario -le dijo Norbert-, hay demasiados coches y en su mayor parte guiados por imprudentes! Si cae usted, sus tñl- buris pasarán por encima de su cuerpo; no van a arriesgarse a estropear la boca de su caballo, parándolo en seco.

Veinte veces vio Norbert a Julien a punto de caer; pero el paseo terminó al fin sin ningún accidente. Al volver, el joven conde dijo a su hermana:

-Te presento un jinete temerario.

En la comida, hablando con su padre de un extremo a otro de la mesa, hizo justicia al atrevimiento de Julien; era lo único digno de elogio en su modo de montar a caballo. El joven conde había oído por la mañana cómo los mozos que limpiaban los caballos en el patio aprovechaban la caída de Julien para burlarse de él despiadadamente.

A pesar de tantas bondades, pronto Julien se sintió completamente aislado en medio de aquella familia. Todas sus costumbres le parecían extrañas, y no lograba adaptarse a ellas. Sus torpezas eran la diversión de los criados.

El padre Pirard se había marchado a su parroquia. «Si Julien no es más que una débil caña, que se hunda; si es un hombre de corazón, que salga adelante por su propio esfuerzo», pensaba.

Capítulo 4

El palacio de La Mole

*Que fait-il ici? s'y plairait-il? penserait-il y plaire?*⁴³

RONSARD

Si todo le parecía extraño a Julien en el noble salón del palacio de La Mole, aquel joven pálido y vestido de negro les parecía a su vez muy singular a los que se dignaban fijarse en él. La señora de La Mole le propuso a su marido que le mandara fuera con algún encargo, cuando tuvieran a ciertos personajes invitados a comer.

-Quiero llevar la experiencia hasta el fin -respondió el marqués-. El padre Pirard pretende que estamos en un error al herir el amor propio de la gente que admitimos a nuestro lado. Uno sólo se apoya en lo que resiste, etc. Éste sólo desentona por ser una cara desconocida, por lo demás es sordomudo.

«Para poder identificarlos más fácilmente -se dijo Julien-, voy a anotar los nombres y unos cuantos rasgos sobre el carácter de las personas que voy conociendo en este salón.»

En primer término puso a cinco o seis amigos de la casa que le hacían la corte por si acaso, suponiéndole protegido por un capricho del marqués. Eran pobres peleles, más o menos insignificantes; pero, preciso es decirlo en honor de esta clase de hombres, tal y como suelen encontrarse hoy en día en los salones de la aristocracia, no eran igualmente serviles con todo el mundo- Alguno de ellos se hubiera dejado maltratar por el marqués y, en cambio, revuelto contra una palabra dura que le hubiese dirigido la señora de La Mole. Había demasiado orgullo y demasiado hastío en el fondo del carácter de los dueños de la casa; estaban demasiado habituados a ultrajar por distraerse, para que pudiesen esperar tener amigos verdaderos. Pero, excepción hecha de los días de lluvia y de las crisis agudas de aburrimiento feroz, que eran raras, siempre se comportaban con la más exquisita cortesía.

Si los cinco o seis aduladores que le demostraban a Julien una amistad tan paternal hubiesen desertado del palacio de La Mole, la marquesa se habría visto expuesta a grandes momentos de soledad; y para las mujeres de su rango la soledad es horrible: es el símbolo de la desgracia.

El marqués era irreprochable con su mujer; procuraba que su salón estuviera suficientemente frecuentado; no por pares, pues, no encontraba a sus nuevos colegas lo bastante nobles para que fuesen a su casa como amigos, ni lo bastante divertidos para admitirlos como inferiores.

Julien no penetró en estos secretos hasta mucho más tarde. La política dirigente, que constituye el principal tema de conversación en las casas burguesas, sólo se abordaba en las de la clase del marqués en momentos de desesperación.

Tal es aún, incluso en este siglo tan aburrido, el dominio que ejerce la necesidad de divertirse, que hasta los días en que había una cena, apenas el marqués abandonaba el salón, todo el mundo desaparecía. Con tal de no hacer burlas sobre Dios, los curas, el rey, la gente del gobierno, los artistas protegidos por la corte, o cualquiera de las cosas

⁴³ «¿Qué hace aquí? qui. ¿Se encontraría a gusto? ¿Pensaría agrandar?»

establecidas; con tal de no hablar bien de Béranger, ni de los periódicos de la oposición, ni de Voltaire, ni de Rousseau, ni de nada que supusiera una cierta libertad de palabra; sobre todo, con tal de no hablar jamás de política, se podía libremente discutir de todo.

No hay cien mil escudos de renta ni cordón azul que puedan luchar contra tal carta constitucional de salón. La menor idea viva era considerada una grosería. A pesar del buen tono, de la cortesía más exquisita, del deseo de ser agradables, en todos los semblantes se reflejaba el hastío. Los jóvenes que iban a cumplir con una obligación social, como temían hablar de algo que permitiese sospechar que tenían alguna idea propia o que delatara alguna lectura prohibida, se callaban después de alguna frase elegante sobre Rossini y el tiempo que hacía.

Julien observó que los que solían mantener viva la conversación generalmente eran dos vizcondes y cinco barones que el marqués de La Mole había conocido en la emigración. Aquellos señores disfrutaban de seis a ocho mil libras de renta; cuatro de ellos estaban a favor de La Quotidienne y tres de la Gazette de France. Uno de ellos llevaba todos los días alguna anécdota que contar de Palacio, donde no se escatimaba la palabra admirable. Julien observó que tenía cinco cruces, y los demás, por lo general, sólo tenían tres.

Como compensación, en la antesala se veían diez lacayos de librea; y durante toda la velada se servían helados o té cada cuarto de hora; y a eso de las doce, una especie de cena, con vino de Champagne.

Ésta era la causa que hacía quedarse a Julien algunas noches hasta el final. Por lo demás, apenas comprendía que nadie pudiera escuchar en serio la conversación corriente de aquel salón tan magníficamente adornado con molduras doradas. A veces miraba a los interlocutores para asegurarse de que ellos mismos no se burlaban de lo que decían. «Mi M. de Maistre, que me sé de memoria, ha dicho cosas cien veces más interesantes -pensaba-, y así y todo es bien aburrido.»

Julien no era el único en darse cuenta de aquella asfixia moral. Unos se consolaban tomando muchos helados; otros, dándose el gusto de decir el resto de la velada: «Vengo del palacio de La Mole, donde me han dicho que Rusia, etc.». Julien supo por uno de los aduladores que, aún no hacía seis meses, la señora de La Mole había recompensado una asiduidad de más de veinte años haciendo prefecto al pobre barón de Le Bourguignon, que desde la Restauración era subprefecto.

Aquel gran acontecimiento había aumentado el celo de todos aquellos señores, que, si antes se molestaban por muy poca cosa, ahora ya no se molestaban por nada. Muy raras veces se demostraba una manifiesta falta de consideración, pero dos o tres veces Julien había sorprendido en la mesa algunos breves diálogos entre el marqués y su mujer, crueles para los que estaban sentados a su lado. Aquellos nobles personajes no disimulaban su sincero desprecio por todo lo que no procedía de gente que hubiera montado en la carroza del rey. Julien observó que la palabra cruzada era la única que lograba dar a sus semblantes una expresión profundamente seria, mezclada de respeto. El respeto corriente tenía siempre un cierto matiz de complacencia.

En medio de toda aquella magnificencia y de aquel aburrimiento, Julien sólo se interesaba por el marqués de La Mole; un día le oyó protestar, con gran placer, que él no había intervenido para nada en el ascenso del pobre Le Bourguignon. Era una atención para con la marquesa, Julien sabía la verdad por el padre Pirard.

Una mañana que éste trabajaba con Julien en la biblioteca del marqués, en el

eterno pleito de Frilair, dijo Julien de repente:

-Señor, el comer todos los días con la marquesa, ¿es uno de mis deberes, o es una consideración que tienen conmigo?

-¡Es un gran honor! -repuso el cura, escandalizado-. El señor N..., el académico, que desde hace quince años está haciendo una corte asidua, no ha podido conseguirlo para su sobrino, el señor Tanbeau.

-Para mí, padre, es la parte más penosa de mi empleo. Me aburría menos en el seminario. Algunas veces veo bostezar incluso a la misma señorita de La Mole, que debe de estar acostumbrada, sin embargo, a la amabilidad de los amigos de la casa. Tengo miedo de quedarme dormido. Por favor, consiga que me den permiso para ir a comer por cuarenta sueldos en una humilde posada.

El padre, auténtico advenedizo, era muy sensible a la honra de comer con un gran señor. Mientras se esforzaba en hacer comprender a Julien este sentimiento, un ligero ruido les hizo volver la cabeza. Julien vio a la señorita de La Mole que le estaba escuchando. Se sonrojó. Había venido en busca de un libro y lo había oído todo; sintió cierta consideración por Julien. «Éste no ha nacido de rodillas -pensó- como este viejo cura. ¡Dios mío, qué feo es!»

Durante la comida, Julien no se atrevía a mirar a la señorita de La Mole, pero ella tuvo la bondad de dirigirle la palabra. Aquel día esperaban mucha gente, ella le instó a que se quedara. Las muchachas de París no gustan mucho de la gente de cierta edad, sobre todo cuando viste con desaliño. Julien no necesitó mucha sagacidad para darse cuenta de que los colegas del señor Le Bourguignon, que se habían quedado en el salón, tenían el honor de ser el objeto de las continuas bromas de la señorita de La Mole. Aquel día, hubiese o no afectación por su parte, fue cruel con los fastidiosos.

La señorita de La Mole era el centro de un pequeño grupo que se reunía casi todas las noches detrás de la inmensa poltrona de la marquesa. De él formaban parte el marqués de Croisenois, el conde de Caylus, el vizconde de Luz y otros dos o tres oficiales jóvenes amigos de Norbert, o de su hermana. Todos aquellos señores se sentaban en un gran sofá azul. Al extremo del sofá, precisamente al lado opuesto del que ocupaba la brillante Mathilde, hallábase silencioso Julien, sentado en una silla de anea bastante baja. Aquel modesto lugar era envidiado por todos los aduladores; Norbert mantenía en él decorosamente al joven secretario de su padre, dirigiéndole la palabra o nombrándole un par de veces durante la velada. Aquel día, la señorita de La Mole le preguntó cuál podría ser la altura de la montaña en que está situada la ciudadela de Besancon. Julien fue absolutamente incapaz de decir si aquella montaña era o no más alta que Montmartre. A menudo se reía de buena gana de lo que se hablaba en aquel grupo; pero se sentía incapaz de inventar nada semejante. Le parecía como una lengua extranjera, que entendiera y admirara, pero que no supiera hablar.

Los amigos de Mathilde manifestaban aquella noche una continua hostilidad contra todos los que iban llegando al gran salón. Al principio los amigos de la casa gozaron de prioridad, por ser los más conocidos. Puede suponerse que Julien estaría atento; todo le interesaba, lo mismo el fondo de las cosas que el modo de burlarse de ellas.

-¡Ah! Ahí está el señor Descoulis -dijo Mathilde-, ya no lleva peluca; ¿será que pretende llegar a la prefectura por su talento? ¿Para ello exhibe esa calva, que según él está llena de grandes pensamientos?

-Es un hombre que conoce a todo el mundo -dijo el marqués de Croisenois-; también frecuenta la casa de mi tío el cardenal. Es capaz de cultivar una mentira en cada uno de sus amigos durante años enteros, y tiene doscientos o trescientos amigos. Su talento consiste en saber cultivar la amistad. Ahí donde le ven ustedes, a las siete de la mañana, en invierno, ya está lleno de barro, llamando a la puerta de alguno de sus amigos.

»Riñe con la gente de cuando en cuando, y escribe siete u ocho cartas con motivo del enfado. Luego se reconcilia, y escribe otras siete u ocho cartas llenas de arrebatos de amistad. Pero en donde brilla a gran altura es en la expansión franca y sincera del hombre honrado que no oculta el menor secreto en su corazón. Recurre a este procedimiento cuando tiene que pedir un favor. Uno de los vicarios generales de mi tío es admirable contando la vida y milagros del señor Descoulis desde la Restauración. Os lo traeré un día.

-¡Bah! No creería una sola palabra de todo lo que diga; ésos son celos del oficio entre gente de poca monta -dijo el conde de Caylus.

-El nombre del señor Descoulis tendrá un puesto en la historia -repuso el marqués-. Ha hecho la Restauración con el padre de Pradt, y con Talleyrand y Pozzo di Borgo.

-Es un hombre que ha manejado millones -dijo Norbert-, y no concibo cómo viene aquí a soportar los epigramas de mi padre, que suelen ser feroces. «¿Cuántas veces ha hecho usted traición a sus amigos?», le decía, días pasados, de un extremo a otro de la mesa.

-Pero, ¿es cierto que ha hecho traición? erijo la señorita de La Mole-. ¿Y quién no habrá traicionado a alguien?

-¡Cómo! -dijo el conde de Caylus a Norbert-, ¿en su casa el señor Sainclair, ese famoso liberal? ¿Y qué diablos viene a hacer aquí? Es preciso que yo le aborde, que le hable, que le haga hablar; dicen que tiene mucho ingenio.

-Pero, ¿cómo va a recibirle tu madre? -dijo el marqués de Croisenois-. Tiene unas ideas tan extravagantes, tan generosas, tan independientes...

-Miren ustedes -dijo la señorita de La Mole-, miren al hombre independiente cómo saluda a monsieur Descoulis, inclinándose hasta el suelo, y cómo le estrecha la mano. Creí que iba a besársela.

-Descoulis debe de estar con el poder en mejores relaciones de lo que nosotros nos figuramos -repuso Croisenois.

-Sainclair viene aquí para ser de la Academia -dijo Norbert-, miren cómo saluda al barón L..., Croisenois.

-Sería menos rastrero ponerse de rodillas -repuso el vizconde de Luz.

-Mi querido Sorel -dijo Norbert-, usted, que tiene talento, pero que acaba de llegar de sus montañas, procure no saludar nunca como ese gran poeta ni al mismo Dios Padre.

-Aquí tenemos al hombre de ingenio por excelencia, al barón Bâton -dijo la señorita de La Mole, remedando un poco la voz del lacayo que acababa de anunciarle.

-Yo creo que hasta los criados se burlan de él. ¡Qué nombre, barón Bâton!⁴⁴ -dijo el conde de Caylus.

-«¿Qué importa el nombre?», nos decía el otro día -repuso Mathilde-. Figúrense

⁴⁴ Bâton significa palo en francés

ustedes al duque de Bouillon⁴⁵ anunciado por vez primera: yo creo que a la gente lo que le falta es acostumbrarse un poco...

Julien se apartó del grupo del sofá. Poco sensible todavía a las encantadoras sutilezas de la burla ligera, para reírse de una broma necesitaba que tuviera fundamento. En general, en la charla de aquellos jóvenes sólo percibía el tono despectivo, y ello le molestaba. Su pudor provinciano o inglés llegaba hasta creer que encerraba un poco de envidia, en lo cual, desde luego, se equivocaba.

«El conde Norbert -se decía-, que necesita hacer tres borradores para escribir una carta de veinte líneas a su coronel, se consideraría muy dichoso si hubiese escrito en su vida una página como las del señor Sainclair.»

Logrando pasar inadvertido a causa de su poca importancia, Julien se acercó sucesivamente a varios grupos; seguía de lejos al barón Bâton y quería oírle. Aquel hombre de tanto ingenio tenía un aire inquieto, y Julien sólo le vio rehacerse un poco después de haber lanzado tres o cuatro frases punzantes. A Julien le pareció que aquella clase de talento necesitaba espacio.

El barón era incapaz de decir una frase sola; necesitaba, por lo menos, cuatro frases de seis líneas cada una para ser brillante.

-Este hombre diserta, no habla -dijo alguien detrás de Julien.

Éste se volvió y enrojeció de placer al oír nombrar al conde Chalvet. Es el hombre más fino del siglo. Julien había encontrado su nombre en el Memorial de Santa Elena y en los trozos de historia dictados por Napoleón. El conde Chalvet era parco en palabras; sus rasgos de ingenio eran como un relámpago, certeros, vivos, a veces profundos. Si hablaba de cualquier tema, al punto la discusión avanzaba un paso. Siempre aducía hechos, daba gusto oírle. Por lo demás, en política era un cínico desvergonzado.

-Yo soy independiente -decía a un señor que ostentaba tres placas, y del que, al parecer, se estaba burlando-. ¿Por qué quieren que tenga hoy la misma opinión que hace seis semanas? En este caso, mi opinión sería mi tirano.

Cuatro jóvenes graves que le rodeaban torcieron el gesto; a aquellos señores no les gustaban las bromas. El conde vio que había ido demasiado lejos. Felizmente descubrió al honrado señor Balland, tartufo de la honradez. El conde se puso a hablar con él: la gente se acercó, pues comprendieron que el pobre Balland iba a ser sacrificado. A fuerza de moral y de moralidad, aunque horriblemente feo, y después de haber iniciado su carrera en el gran mundo, de una forma muy difícil de contar, Balland se casó con una mujer muy rica, que murió; luego con una segunda mujer, también riquísima, a quien nunca se veía en sociedad. Balland disfruta con gran humildad de sesenta mil libras de renta y, a su vez, tiene aduladores. El conde Chalvet le habló de todo esto, de una manera despiadada. Pronto se vieron rodeados por un círculo de treinta personas. Todos sonreían, incluso los jóvenes graves, esperanza del siglo.

«¿Por qué viene a casa del marqués de La Mole, si evidentemente es el hazmerreír de todos?», pensó Julien. Se acercó al padre Pirard para preguntárselo.

El señor Balland se marchó con disimulo.

-¡Bueno! -dijo Norbert-, ya se ha marchado uno de los espías de mi padre; ya sólo queda el cojo Napier.

«¿Será ésa la clave del enigma? -pensó Julien-. Pero, en este caso, ¿por qué recibe el marqués al señor Balland?»

⁴⁵ Bouillon significa caldo en francés

El severo padre Pirard torcía el gesto en un rincón del salón al oír cómo los lacayos anunciaban a los que iban llegando.

-Esto es pues una caverna -decía como Basile-; sólo veo llegar a gentes taradas.⁴⁶

Y es que el severo cura no conocía nada de lo que rodea a la alta sociedad. Pero por sus amigos los jansenistas tenía una noción bastante exacta de aquellos hombres que sólo logran entrar en los salones gracias a su extremada destreza al servicio de todos los partidos, o a su fortuna escandalosa. Aquella noche, durante un rato, contestó con toda su alma a las preguntas insistentes de Julien, luego se calló de repente, desolado de tener siempre que hablar mal de todo el inundo y considerándolo como un pecado. Bilioso, jansenista y creyente en el deber de la caridad cristiana, su vida en sociedad era una lucha.

-¡Qué cara tiene ese padre Pirard! -comentaba la señorita Mathilde cuando Julien volvía hacia el sofá.

Julien se sentó irritado y, sin embargo, ella tenía razón. El padre Pirard era indudablemente el hombre más honrado del salón, pero su cara, llena de manchas rojas, contraída por los remordimientos de su conciencia, le hacía resultar repugnante en aquel momento. «Fíese usted de las fisonomías -pensó Julien-; cuando el padre Pirard, en su delicadeza, se reprocha algún pecadillo es cuando tiene un aspecto más odioso; en cambio, en la cara de Napier, espía reconocido por todos, se lee una expresión de felicidad pura y tranquila.» El padre Pirard había hecho, sin embargo, muchas concesiones a su partido: había tomado un criado y se vestía muy bien.

Julien notó algo raro en el salón; todas las miradas se dirigieron a la puerta y repentinamente se hizo casi el silencio. El lacayo anunciaba al famoso barón de Tolly, sobre el cual las recientes elecciones habían atraído todas las miradas. Julien se adelantó y le vio muy bien. El barón presidía un colegio electoral: tuvo la feliz idea de escamotear los cuadraditos de papel en que figuraban los votos a favor de uno de los partidos. Mas para que hubiese compensación, los reemplazaba por otros trocitos de papel en los que figuraba el nombre de un candidato que le era grato. Esta maniobra decisiva fue descubierta por unos cuantos electores, que se apresuraron a felicitar al barón de Tolly. El buen hombre estaba aún pálido a consecuencia de esta hazaña. Gentes mal intencionadas habían pronunciado la palabra galeras. El marqués de La Mole le recibió con frialdad. El pobre barón se apresuró a desaparecer.

-Si nos abandona tan pronto es porque va a casa del señor Comte1 -dijo el conde Chalvet, provocando la hilaridad general.

En medio de algunos grandes señores taciturnos, y de unos cuantos intrigantes, tarados en su mayoría, pero todos gente de talento, que aquella noche se iban sucediendo en el salón del marqués de La Mole (se decía que le iban a dar un ministerio), hacía sus primeras armas el joven Tanbeau. Si bien no tenía aún la finura de las observaciones, se desquitaba, como veremos, por la energía de sus palabras.

-¿Por qué no condenar a este hombre a diez años de presidio? -decía en el momento en que Julien se acercaba a su grupo-. A los reptiles hay que encerrarles en el fondo de un calabozo y dejarles que se mueran a la sombra, para que su veneno no se haga más fuerte y más peligroso. ¿De qué sirve imponerle mil escudos de multa? ¿Que es pobre? Bueno, tanto mejor; pero su partido pagará por él. Merecía quinientos francos de

⁴⁶ Cita la réplica de Bartolo -y no de Basile- en Las bodas de Fígaro de Beaumarchais..Este otro tunante ¿vive aquí? Es una caverna.. (acto 1, escena tv).

multa y diez años de calabozo.

«¡Dios santo! ¿Quién será el monstruo de quien están hablando?», pensó Julien, que admiraba el tono vehemente y los ademanes bruscos de su colega. La cara pequeña, delgada y consumida del sobrino favorito del académico era odiosa en aquel momento. Julien no tardó en descubrir que hablaban del poeta más grande de la época.

-¡Ah, monstruo! -exclamó Julien a media voz, al tiempo que se le humedecían los ojos con lágrimas generosas-. ¡Ah, miserable! Ya me pagarás este comentario.

-«¡Éstos son, sin embargo -pensaba-, los hijos pródigos del partido del que el marqués es uno de los jefes! Y este hombre ilustre, a quien calumnia, ¿cuántas cruces y sinecuras no habría acumulado si se hubiera vendido, no digo ya al ministerio ramplón del señor de Nerval, sino a cualquiera de esos ministros pasablemente honrados que hemos visto sucederse?»

El padre Pirard le hizo desde lejos una seña a Julien; el marqués de La Mole le acababa de decir algo. Pero cuando Julien, que en aquel momento escuchaba con los ojos bajos las lamentaciones de un obispo, se vio libre al fin y pudo acercarse a su amigo, lo encontró acaparado por ese abominable pequeño Tanbeau. Aquel pequeño monstruo odiaba a Pirard por considerarle el causante del favor de Julien y le hacía la corte.

«¿Cuándo nos libraré la muerte de toda esta vieja podredumbre?» En estos términos de energía bíblica estaba hablando aquel ruin literato del respetable lord Holland. Su único mérito consistía en saber muy bien la biografía de todos los personajes de su época, y acababa de pasar una rápida revista a todos los que podían aspirar a ejercer alguna influencia en el reinado del nuevo rey de Inglaterra.

El padre Pirard pasó a un salón contiguo; Julien le siguió.

-El marqués no es amigo de los escritoruelos, se lo advierto; es su única antipatía. Sepa usted latín, griego si es posible, la historia de los egipcios y de los persas, etc., y le honrará y le protegerá como a un sabio. Pero no se le ocurra escribir una página en francés, sobre todo tratando de materias graves y que estén por encima de su posición en el mundo, porque le llamaría escritoruelo y le tomaría tirria. ¿Cómo, viviendo en el palacio de un gran señor, no sabe usted la frase del duque de Castries sobre d'Alembert y Rousseau? «¡Quiéren entender de todo y no tienen mil escudos de renta!»

«¡Aquí, como en el seminario, todo se sabe! -pensó Julien. Había escrito ocho o diez páginas, bastante enfáticas: eran una especie de elogio histórico del viejo cirujano mayor, que, según él, le había hecho hombre-. ¡Y este pequeño cuaderno -se dijo Julienha estado siempre guardado bajo llave!» Subió a su cuarto, quemó el manuscrito y volvió al salón. Los brillantes sinvergüenzas se habían marchado, sólo quedaban los señores condecorados.

En torno a la mesa, que los criados acababan de traer ya servida, había siete u ocho damas muy nobles, muy devotas, muy afectadas, de treinta a treinta y cinco años. La brillante mariscala de Fervaques entró excusándose por lo tarde que llegaba; era más de medianoche. Fue a colocarse junto a la marquesa. Julien se emocionó profundamente; tenía los mismos ojos y la misma mirada que la señora de Rénal.

La señorita de La Mole, en un grupo aún nutrido de amigos, se dedicaba a burlarse del desgraciado conde de Thaler. Era hijo único del famoso judío, célebre por las riquezas que había adquirido prestando dinero a los reyes para hacer la guerra a los pueblos. El judío acababa de morir, dejando a su hijo cien mil escudos de renta al mes y un nombre, por desgracia, demasiado conocido. Esta posición singular hubiera exigido

una gran sencillez de carácter o mucha fuerza de voluntad.

Por desgracia, el conde no era más que un buen muchacho adornado con todo género de pretensiones que le inspiraban sus aduladores.

El señor de Caylus pretendía que le habían metido en la cabeza pedir en matrimonio a la señorita de La Mole (a la que cortejaba el marqués de Croisenois, que sería duque y tendría cien mil libras de renta).

-¡Ah! No le acuséis de tener voluntad -decía Norbert compasivamente.

Tal vez el principal defecto del pobre conde de Thaler era la falta de voluntad. Por esta cualidad de su carácter hubiera merecido ser rey. Aconsejándose siempre con todo el mundo, no tenía el valor de seguir hasta el fin ningún parecer.

-Su fisonomía -decía la señorita de La Mole- habría bastado por sí sola para producirle una alegría eterna.

Era una mezcla singular de inquietud y descorazonamiento; pero de vez en cuando se advertían en él algunos ramalazos de importancia y de aquel aire tajante que ha de tener el hombre más rico de Francia, sobre todo cuando posee una buena figura y no cuenta aún treinta y seis años.

-Es tímidamente insolente -decía el marqués de Croisenois.

El conde de Caylus, Norbert y otros tres o cuatro jóvenes con bigote le tomaron el pelo cuanto quisieron, sin que él se diera cuenta de ello, y finalmente le despidieron al dar la una:

-¿Son sus famosos caballos árabes los que le están esperando a usted a la puerta con el tiempo que hace? -dijo Norbert.

-No, es un tiro nuevo, mucho menos caro -respondió el conde de Thaler-. El caballo de la izquierda no cuesta cinco mil francos, y el de la derecha no vale más de cien luisas; pero espero que me crean ustedes si les digo que sólo lo hago enganchar de noche, y eso porque tiene un trote exactamente igual al del otro.

La observación de Norbert hizo pensar al conde que era propio de un hombre como él tener la pasión de los caballos y que convenía que los suyos no se mojasen. Marchóse, y aquellos señores salieron un momento después, burlándose de él.

Al oír cómo se reían por la escalera, Julien se dijo: «¡He tenido ocasión de ver el extremo opuesto de mi situación! No tengo veinte luisas de renta al año, y he estado codeándome con un hombre que tiene veinte luisas de renta por hora, y se burlan de él... Haber visto esto es una cura contra la envidia».

Capítulo 5

La sensibilidad y una gran dama devota

*Une idée un peu vive y a l'air d'une grossièreté, tant on y est accoutumé aux mots sans relief. Malheur á qui invente en parlant!*⁴⁷
FAUBLAS

Después de varios meses de prueba, he aquí la situación de Julien el día que el administrador de la casa le entregó el tercer trimestre de su sueldo. El marqués de La Mole le había encargado llevar la administración de sus tierras en Bretaña y en Normandía. Julien realizaba frecuentes viajes a ambas regiones. Estaba encargado, con plenos poderes, de la correspondencia relativa al famoso pleito con el padre de Frilair, acerca del cual le había puesto en antecedentes el padre Pirard.

Sobre las breves notas que el marqués garrapateaba al margen de las cartas que recibía, Julien redactaba las respuestas, que casi siempre firmaba el marqués.

En la escuela de teología, sus maestros se quejaban de su falta de asiduidad, pero no por eso dejaban de considerarle como uno de los alumnos más distinguidos. Estos diferentes trabajos, emprendidos con todo el ardor de la ambición reprimida, pronto le arrebataron a Julien los vivos colores que había traído de la provincia. Su palidez era un mérito a los ojos de sus compañeros, los jóvenes seminaristas; Julien los encontraba menos perversos, y mucho menos rastreros ante un escudo que los de Besancon; ellos le creían enfermo del pecho. El marqués le había dado un caballo.

Temeroso de ser visto en sus paseos a caballo, Julien les dijo que este ejercicio le había sido prescrito por los médicos. El padre Pirard le había llevado a varias reuniones de jansenistas. Julien se quedó muy sorprendido; la idea de la religión estaba indisolublemente unida en su espíritu a la hipocresía y al afán de ganar dinero. Admiró a aquellos hombres piadosos y severos que no pensaban en el presupuesto. Varios jansenistas se habían hecho amigos suyos y le daban consejos. Un mundo nuevo se abría ante él. En las reuniones de los jansenistas conoció a un tal conde de Altamira, hombre de cerca de seis pies de estatura, liberal, condenado a muerte en su país, y devoto. Este extraño contraste, la devoción y el amor a la libertad, le chocó.

Las relaciones de Julien con el joven conde se habían enfriado. Norbert había notado que contestaba con demasiada viveza a las bromas de algunos de sus amigos. Habiendo cometido dos o tres inconveniencias, Julien se había propuesto no dirigir nunca la palabra a la señorita Mathilde. Todo el mundo seguía siendo para él de una finura exquisita en el palacio de La Mole; pero él se sentía rebajado. Su buen sentido provinciano le explicaba este efecto por el refrán popular, todo lo nuevo place.

Quizás era un poco más clarividente que los primeros días, o bien había pasado el primer entusiasmo producido por la urbanidad parisiense.

En cuanto dejaba de trabajar era presa de un mortal aburrimiento, éste es el efecto deprimente de la cortesía admirable, pero tan medida, tan perfectamente grabada según la

⁴⁷ «Una idea un poco viva parece allí una grosería, tan acostumbrados están a las palabras sin relieve. ¡Desgraciado del que inventa al hablar!. Jean-Baptiste Louvet de Couvray, *Amours du chevalier de Faublas* (.Amores del caballero de Faublas.), famosa novela libertina, publicada en París, 1787-1789.

posición de cada cual, que distingue a la alta sociedad. Un corazón algo sensible se da cuenta de su falsedad.

Es indudable que se puede reprochar a la provincia un tono vulgar o poco cortés. Pero al contestar siempre se pone algo de pasión. Julien nunca sintió herido su amor propio en el palacio de La Mole; pero muchas veces, al término de la jornada, al coger su vela en la antecámara tenía ganas de llorar. En provincias, un mozo de café se interesa por usted si al entrar en su establecimiento le ocurre algún accidente. Pero si este accidente tiene algo que puede mortificar el amor propio de usted, al compadecerle, repetirá diez veces la palabra molesta. En París tienen la atención de ocultarse para reír, pero usted se sentirá siempre como un extraño.

Pasaremos en silencio una multitud de pequeñas aventuras que hubiesen puesto en ridículo a Julien si no hubiera estado, en cierto modo, por encima del ridículo. Una sensibilidad exacerbada le hacía cometer mil torpezas. Todos sus placeres eran meras precauciones: tiraba con la pistola todos los días, siendo uno de los mejores discípulos del maestro de armas más famoso. En cuanto disponía de algún rato, en vez de dedicarse a leer como antes, se iba al picadero y pedía los caballos más resabiados. En los paseos con el picador casi siempre era derribado al suelo.

El marqués le encontraba útil a causa de su trabajo tenaz, de su silencio, de su inteligencia, y poco a poco le fue confiando los trámites de todos los asuntos difíciles de desenmarañar. En los momentos que le dejaba libre su extremada ambición, el marqués se dedicaba a los negocios con sagacidad; como estaba en condiciones de saber noticias, jugaba a la bolsa con fortuna. Compraba casas, bosques; pero se enfadaba fácilmente.

Daba centenares de luises y pleiteaba por centenares de francos. Los hombres acaudalados que tienen altas miras buscan en los negocios más la diversión que el resultado. El marqués necesitaba un jefe de estado mayor que pusiera en orden de una manera clara e inteligible todos sus asuntos de dinero.

La marquesa de La Mole, aunque de carácter tan mesurado, a veces se burlaba de Julien. Lo imprevisto que la sensibilidad trae consigo produce verdadero horror a las grandes damas, por ser la antítesis de las conveniencias. Dos o tres veces el marqués le defendió diciendo: «Si es ridículo en tu salón, en cambio triunfa en su escritorio». Julien, por su parte, creyó haber adivinado el secreto de la marquesa. Ésta se dignaba interesarse por todo en el momento en que anunciaban al barón de La Joumate. Era un ser frío, con una cara impasible. Era bajo, delgado, feo, muy bien vestido, pasaba la vida en palacio y, en general, no decía nada de nada. Ésta era su manera de pensar. La marquesa de La Mole hubiera sido apasionadamente dichosa, por primera vez en su vida, si hubiera podido convertirle en el marido de su hija.

Capítulo 6

El modo de expresarse

Su alta misión es juzgar con calma los pequeños incidentes de la vida cotidiana de los pueblos. Su sabiduría ha de prevenir las grandes iras por pequeñas causas o por sucesos que la voz de la fama deforma al hacerlos correr de boca en boca.

GRATIUS

Para ser un recién llegado, que por altivez jamás preguntaba, Julien no incurrió en demasiadas torpezas. Un día, obligado por un gran chaparrón a guarecerse en un café de la calle de Saint-Honoré, un hombre corpulento, con levitón de castorina, extrañado de su mirada sombría, le miró a su vez, exactamente igual que un día le mirara en Besancon el amante de la señorita Amanda.

Julien se había reprochado demasiadas veces haber dejado pasar aquel primer insulto como para soportar aquella mirada. Pidió explicaciones. El hombre del levitón le dirigió entonces las injurias más soeces; toda la gente del café les rodeó; los transeúntes se detenían en la puerta. Por una precaución de provinciano, Julien llevaba siempre consigo unas pequeñas pistolas; en aquel momento su mano las empuñaba dentro del bolsillo con un movimiento convulsivo. Sin embargo, tuvo serenidad y se limitó a repetir a su hombre de minuto en minuto:

¿Sus señas, caballero? Le desprecio.

La insistencia con que repetía aquellas cinco palabras acabó por llamar la atención de la gente.

-¡Caramba!, ese que habla solo no tendrá más remedio que darle sus señas.

El hombre del levitón, al oír repetidamente aquella decisión, arrojó a la cara de Julien cinco o seis tarjetas. Felizmente, no le alcanzó ninguna en la cara, se había propuesto no hacer uso de las pistolas más que en caso de que el otro le tocara. El hombre se marchó, no sin volverse de vez en cuando para amenazarle con el puño y dirigirle injurias.

Julien se sintió bañado en sudor. «¡De modo que el hombre más despreciable es capaz de descomponerme hasta ese punto! -se decía con rabia-. ¿Cómo extirpar esta sensibilidad tan humillante?» Le hubiera gustado poder batirse en duelo al instante. Pero se encontraba con una dificultad. ¿Dónde encontrar un testigo en aquel enorme París? No tenía ningún amigo. Había hecho varios conocidos; pero todos, regularmente, al cabo de seis semanas de relación se alejaban de él. «Soy insociable -pensaba-, y ahora me veo cruelmente castigado.» Por fin se le ocurrió la idea de buscar a un antiguo teniente del 96.º, llamado Liéven, un pobre diablo, con quien tiraba al florete muchas veces. Julien se franqueó con él.

-No tengo inconveniente en servirle de testigo -dijo Liéven-; pero con una condición: si no hiere usted a su contrario, se batirá usted conmigo inmediatamente.

-Convenido -dijo Julien, estrechándole la mano con entusiasmo.

Y se fueron a buscar al señor C. de Beauvoisis, a las señas indicadas en su tarjeta, al final del faubourg Saint-Germain.

Eran las siete de la mañana. Al hacerse anunciar en su casa, Julien pensó que

podía muy bien ser aquel joven pariente de la señora de Rénal, destinado en otro tiempo en la embajada de Roma o de Nápoles, y que le había dado una carta de recomendación al cantante Geronimo.

Julien entregó a un ayuda de cámara corpulento una de las tarjetas que le habían arrojado la víspera y una suya.

Les hicieron esperar, a él y a su testigo, más de tres cuartos de hora; por fin les pasaron a una habitación de la más exquisita elegancia. Allí se encontraron con un joven alto, de levita color salmón y blanco, ataviado como una muñeca; sus facciones tenían la perfección y la insignificancia de la belleza griega. Su cabeza, notablemente estrecha, remataba en una pirámide de cabellos de un color rubio muy hermoso. Estaban rizados con el mayor cuidado, sin que hubiera un cabello alborotado. «Se conoce que este maldito nos ha hecho esperar tanto rato para rizarse el pelo», pensó el teniente del 96°. La bata de colorines, el pantalón de mañana, todo, hasta las zapatillas bordadas, era correcto y maravillosamente cuidado. Su fisonomía, noble y vacua, reflejaba ideas convenientes y raras: el ideal del hombre amable, el horror a lo imprevisto y a la burla, mucha gravedad.

Julien, a quien su teniente del 96° había explicado que hacerle esperar tanto tiempo, después de haberle tirado groseramente las tarjetas a la cara, era una ofensa más, entró bruscamente en la habitación del señor de Beauvoisis. Tenía intención de ser insolente, pero hubiese querido al propio tiempo ser de buen tono.

Le sorprendieron tanto los exquisitos modales del señor de Beauvoisis, su aspecto a un tiempo sereno, importante y satisfecho de sí mismo, la elegancia admirable de todo lo que le rodeaba, que en un abrir y cerrar de ojos olvidó sus propósitos de ser insolente. No era el hombre de la víspera. Su asombro fue tal al encontrarse con una persona tan distinguida en lugar del individuo grosero que había encontrado en el café, que no pudo articular una sola palabra. Le presentó una de las tarjetas que le había echado a la cara.

-Ése es mi nombre -dijo el hombre de mundo, al cual el traje negro de Julien, tan de mañana, le inspiraba muy poca consideración-; pero, palabra de honor, no comprendo el motivo...

La manera de pronunciar estas últimas palabras hizo a Julien recuperar parte de su mal humor.

-Vengo a batirme con usted, caballero -y explicó el asunto de un tirón.

El señor Charles de Beauvoisis, después de maduras reflexiones, estaba bastante satisfecho del corte del traje negro de Julien. «Es de Staub, se ve claramente -se decía mientras le oía hablar-; el chaleco es de buen gusto, las botas están bien; pero, por otra parte, este traje negro, tan temprano.... Será para ofrecer menos blanco a las balas», pensó el caballero de Beauvoisis.

Después que se hubo dado aquella explicación, volvió a su exquisita cortesía y trató casi de igual a igual a Julien. El coloquio fue bastante largo, el asunto era delicado; pero, ruralmente, Julien no pudo negarse a la evidencia. Aquel joven tan bien educado que tenía ante su vista no se parecía en lo más mínimo al personaje grosero que le había insultado la víspera.

Julien sentía una repugnancia invencible a marcharse y hacía durar la explicación. Observaba la suficiencia del caballero de Beauvoisis, así se había llamado él mismo, extrañado de que Julien le llamara sencillamente señor.

Admiraba su gravedad, mezclada con cierta fatuidad modesta, pero que no le abandonaba un solo instante. Estaba asombrado de su extraña manera de mover la lengua

al pronunciar las palabras... Pero, en fin, en todo aquello no había el menor motivo para buscarle disputa.

El joven diplomático se ofrecía a batirse con mucha gracia, pero el ex teniente del 96.º, que llevaba una hora sentado, con las piernas separadas, las manos sobre las rodillas y los codos hacia fuera, declaró que su amigo el señor Sorel no era capaz de buscar pelea a la alemana con un hombre porque a éste le hubieran robado sus tarjetas de visita.

Julien salía de muy mal humor. El coche del caballero de Beauvoisis estaba esperando a la puerta, al pie de la escalinata; casualmente, Julien levantó los ojos, y en el cochero reconoció a su hombre de la víspera.

Verle, tirarle de su gran casaca, echarle abajo del pescante y darle una tanda de fustazos fue obra de un instante. Dos lacayos quisieron defender a su compañero y le dieron un par de puñetazos a Julien: pero en el mismo instante montó una de sus pistolas y disparó sobre ellos, haciéndoles emprender la huida. Todo esto ocurrió en un minuto.

El caballero de Beauvoisis bajaba la escalera con la más cómica gravedad, repitiendo con su pronunciación de gran señor:

-¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

Sentía, evidentemente, una gran curiosidad, pero la importancia diplomática no le permitía demostrar mayor interés. Cuando se enteró de lo que ocurría, la altivez aún luchó en su semblante con la sangre fría, un tanto burlona, que no debe desaparecer nunca de la cara de un diplomático.

El teniente del 96.º comprendió que el caballero de Beauvoisis tenía ganas de batirse; quiso, diplomáticamente también, conservar para su amigo las ventajas de la iniciativa.

-¡Lo que es ahora sí que hay motivo para un duelo! -exclamó.

-Más que sobrado -repuso el diplomático-. Ese bribón queda despedido -dijo a los lacayos-; que monte otro en el pescante.

Abrieron la portezuela del coche: el caballero se empeñó en hacer los honores a Julien y a su testigo. Fueron a buscar a un amigo del señor de Beauvoisis, que indicó un lugar tranquilo. Durante el camino, la conversación estuvo muy bien. En todo aquello, lo único raro era el diplomático en bata.

«Estos caballeros, aunque muy nobles -pensó Julien-, no son fastidiosos como los que van a comer a casa del marqués de La Mole; comprendo -añadió un instante después- por qué se permiten faltar a las conveniencias.» Hablaban de las bailarinas más celebradas por el público en un baile dado la víspera. Aquellos señores hacían alusiones a anécdotas picantes que Julien y su amigo, el teniente, ignoraban en absoluto. Julien no cometió la tontería de pretender conocerlas; confesó llanamente su ignorancia. Esta franqueza agradó al amigo del caballero; le contó las anécdotas con todos sus detalles y muy bien.

Una cosa chocó sobremanera a Julien. Estaban levantando un altar en medio de una calle para la procesión del Corpus, y el coche tuvo que detenerse un instante. Aquellos señores se permitieron varias bromas; el cura, según ellos, era hijo de un arzobispo. Jamás en casa del marqués de La Mole, que aspiraba a ser duque, se hubiera nadie atrevido a decir una frase semejante.

El duelo acabó en un momento: Julien recibió un balazo en el brazo; se lo vendaron con pañuelos empapados en aguardiente, y el caballero de Beauvoisis suplicó a Julien, con mucha cortesía, que le permitiese llevarle a su casa en el mismo coche que le

había traído. Cuando Julien indicó el palacio de La Mole, hubo un cambio de miradas entre el joven diplomático y su amigo. El coche de alquiler de Julien estaba allí, pero él encontró la conversación de aquellos señores mucho más divertida que la del buen teniente del 96.º.

«¡Dios mío! ¿Y esto es un duelo? -pensaba Julien-. ¡Qué suerte haber encontrado a ese cochero! ¡Cuán grande no sería mi desgracia si hubiera tenido que soportar también este nuevo insulto en un café!»

La conversación jocosa apenas se interrumpió. Entonces comprendió Julien que la afectación diplomática sirve para algo.

«De modo -se decía- que el aburrimiento no es algo inherente a la conversación entre gente aristocrática. Éstos se burlan de la procesión del Corpus; se atreven a contar, y con detalles pintorescos, anécdotas muy escabrosas. Sólo les falta razonar justamente sobre la cosa pública, y aun esta falta está más que compensada por la gracia del tono y la exquisita propiedad de sus expresiones.» Julien sentía una viva inclinación hacia ellos. «¡Qué feliz sería si pudiese verlos con frecuencia!»

Apenas se separaron, el caballero de Beauvoisis se apresuró a pedir informes: éstos no fueron muy brillantes.

Tenía una gran curiosidad por conocer a su hombre; ¿podría dignamente hacerle una visita? Las pocas noticias que obtuvo no resultaban nada alentadoras.

-¡Todo esto es espantoso! -dijo a su testigo-. Me es imposible confesar que me he batido con un simple secretario del marqués de La Mole, y además porque mi cochero me ha robado mis tarjetas de visita. Todo esto me expone a quedar irremisiblemente en ridículo.

Aquella misma noche, el caballero de Beauvoisis y su amigo divulgaron por todas partes que el tal Sorel, un joven irreprochable, por otra parte, era hijo natural de un amigo íntimo del marqués de La Mole. La noticia corrió sin dificultad. Una vez divulgada y admitida, el joven diplomático y su amigo no tuvieron inconveniente alguno en visitar varias veces a Julien en el transcurso de los quince días que pasó en su cuarto. Julien les confesó que sólo había ido a la ópera una vez en su vida.

-¡Pero eso es espantoso, si no se va a otra parte! Es preciso que su primera salida sea para ver El Conde Ory.

En la ópera, el caballero de Beauvoisis le presentó al famoso cantante Geronimo, que alcanzaba a la sazón un éxito inmenso. Julien casi hacía la corte al caballero; aquella mezcla de respeto hacia sí mismo, de misteriosa importancia y de fatuidad de muchacho le encantaba. Por ejemplo, el caballero tartamudeaba un poco porque tenía el honor de ver con frecuencia a un gran señor que tenía este defecto. Nunca había visto Julien, reunidos en una misma persona, lo ridículo que divierte y la perfección de modales que un pobre provinciano debe tratar de imitar.

En la ópera se le veía con el caballero de Beauvoisis; esta relación hizo pronunciar su nombre.

-¿Conque -le dijo un día el marqués de La Mole- es usted hijo natural de un rico caballero del Franco Condado, íntimo amigo mío?

El marqués cortó la palabra a Julien, que quería protestar contra la sospecha de haber contribuido en lo más mínimo a propagar aquel rumor.

-El caballero de Beauvoisis no ha querido batirse con el hijo de un carpintero.

-Ya lo sé, ya lo sé -dijo el marqués de La Mole-; y ahora me toca a mí confirmar

ese rumor, que me conviene. Pero tengo que pedirle a usted un favor, que no le costará más que una media hora escasa: todos los días de ópera, a las once y media, vaya usted a presenciar, en el vestíbulo, la salida de la gente del gran mundo. Conserva usted algunos modales provincianos que es preciso perder; además, no está mal conocer, siquiera sea sólo de vista, a los grandes personajes, cerca de los cuales yo puedo. cualquier día confiarle algún encargo. Vaya a la taquilla para que le conozcan; tiene reservadas las entradas.

Capítulo 7

Un ataque de gota

Tuve un ascenso, no por mis propios méritos,
sino porque mi amo padecía de gota.

BERTOLOTTI

El lector quizás esté sorprendido por este tono libre y casi amistoso; hemos olvidado decirle que el marqués llevaba seis semanas confinado en sus habitaciones a consecuencia de un ataque de gota.

La señorita de La Mole y su madre estaban en Hieres con la madre de la marquesa. El conde Norbert veía a su padre sólo un momento; estaban en muy buenas relaciones, pero no tenían nada que decirse. El marqués de La Mole, reducido al trato con Julien, se sorprendió al descubrir que tenía ideas propias. Se hacía leer los periódicos. Muy pronto el joven secretario fue capaz de elegir por sí mismo los pasajes más interesantes. Había un periódico nuevo que el marqués aborrecía; había jurado no leerlo nunca, pero hablaba de él todos los días. Julien se reía y admiraba la pobreza del duelo entre el poder y una idea. Esta mezquindad del marqués le devolvía toda la sangre fría que estaba a punto de perder durante esas veladas tete-á-tête con aquel gran señor. El marqués, irritado contra el tiempo presente, se hizo leer a Tito Livio: la traducción, improvisada sobre el texto latino, le divertía.

Un día el marqués le dijo con aquel tono de exagerada cortesía que a menudo irritaba a Julien:

-Me va usted a permitir, querido Sorel, que le regale un traje azul: cuando crea usted conveniente ponérselo y venga a verme, le consideraré como el hermano menor del conde de Chaulnes, es decir, el hijo de mi amigo el viejo duque.

Julien no llegaba a comprender muy bien de qué se trataba; aquella misma noche ensayó una visita con el traje azul. El marqués le trató como a un igual. Julien tenía un corazón capaz de apreciar la verdadera cortesía, pero no tenía idea de los matices. Antes de aquel capricho del marqués, hubiera jurado que era imposible ser recibido con más consideración. «¡Qué admirable talento!», se dijo Julien; cuando se levantó para marcharse, el marqués le pidió disculpas por no poder acompañarle a causa de su gota.

Esta idea singular preocupó a Julien: «¿Se estará burlando de mí?», pensó. Fue a pedir consejo al padre Pirard, quien, menos educado que el marqués, le respondió silbando y hablando de otra cosa. Al día siguiente, por la mañana, Julien se presentó al marqués, vestido de negro, con su cartera y sus cartas para firmar. Fue recibido a la manera antigua. Por la noche, con el traje azul, el tono fue absolutamente distinto y tan extremadamente cortés como la víspera.

-Puesto que no le aburren demasiado las visitas que tiene la bondad de hacer a un pobre viejo enfermo -le dijo el marqués-, tendría usted que hablarle de todos los pequeños incidentes de su vida, pero con franqueza y sin más preocupación que la de contar las cosas claras y de una manera divertida. Porque hay que divertirse -continuó el marqués-; es lo único real que hay en la vida. Un hombre no puede salvarme la vida todos

los días en la guerra, o hacerme un regalo de un millón; pero si yo tuviese a Rivarol aquí, junto a mi diván, todos los días me quitaría una hora de sufrimiento y de fastidio. Le traté mucho en Hamburgo, durante la emigración.

Y el marqués le contó a Julien las anécdotas de Rivarol con los hamburgueses, que tenían que reunirse cuatro a la vez para comprender una palabra ingeniosa.

El marqués de La Mole, reducido al trato de aquel joven clérigo, quiso despabilarle. Picó a Julien en su orgullo. Puesto que le pedían la verdad, Julien decidió decirlo todo, pero callando dos cosas: su admiración fanática por un nombre que ponía de mal humor al marqués, y su absoluta incredulidad, muy poco adecuada a un futuro sacerdote. Su incidente con el caballero de Beauvoisis llegó muy a propósito. El marqués se rió, hasta que se le saltaron las lágrimas, de la escena del café de la calle de Saint-Honoré, con el cochero abrumándole de injurias soeces. Aquella fue una época de completa franqueza en las relaciones entre el protector y el protegido.

El marqués de La Mole se interesó por aquel carácter singular. Al principio alentaba las ridiculeces de Julien para divertirse con ellas; pero al poco tiempo encontró más interesante corregir suavemente los falsos puntos de vista de aquel joven. «Los demás provincianos que vienen a París -pensaba el marqués- lo admiran todo; éste lo odia todo. Los otros tienen demasiada afectación; éste no tiene bastante, y los necios le toman por un necio.»

El ataque de gota se prolongó debido a los grandes fríos del invierno y duró varios meses.

«Cualquiera le toma afecto a un bonito perro -se decía el marqués-, ¿por qué me avergüenzo tanto de haberme encariñado con este joven clérigo? Es original. Le trato como a un hijo. ¿Y qué inconveniente hay en ello? Si me dura este capricho, me costará un diamante de quinientos luses en mi testamento.»

Una vez que el marqués se dio cuenta de la firmeza de carácter de su protegido, cada día le encargaba un nuevo asunto.

Julien advirtió con espanto que a veces aquel gran señor le daba decisiones contradictorias sobre un mismo asunto.

Esto podría comprometerle gravemente. Julien no volvió a trabajar con él sin presentarle un registro, en el cual anotaba sus decisiones, que el marqués refrendaba con su firma. Julien había tomado un empleado, que era el encargado de transcribir las decisiones relativas a cada asunto en un registro particular. En este registro se conservaba también la copia de todas las cartas.

Aquella idea le pareció al marqués, en un principio, el colmo de la ridiculez y del aburrimiento. Pero en menos de dos meses se dio cuenta de las ventajas. Julien le propuso tomar un empleado, que hubiera servido a un banquero, para que llevara por partida doble la cuenta de todos los ingresos y de todos los gastos de las tierras cuya administración Julien tenía a su cargo.

Estas medidas pusieron tan en claro sus propios asuntos a los ojos del marqués, que éste se pudo dar el gusto de emprender dos o tres especulaciones nuevas sin el concurso de su testafarro, que le robaba.

-Tome tres mil francos para usted -le dijo un día a su joven ministro.

-Señor, pueden calumniar mi conducta.

-Entonces, ¿qué quiere usted? -repuso el marqués de mal humor.

-Que tenga usted la bondad de extender una orden de pago y estamparla de su

puño y letra en el registro; esta orden de pago me concederá una suma de tres mil francos. Por otra parte, toda esta contabilidad es idea del padre Pirard.

El marqués, con la misma cara de aburrimiento que el marqués de Moncade escuchando las cuentas del señor Poisson, su administrador, extendió la orden de pago.

Por la noche, cuando Julien se presentaba con el traje azul, nunca se hablaba de negocios. Las bondades del marqués eran tan halagüeñas para el amor propio, siempre en guardia, de nuestro héroe, que muy pronto, casi a pesar suyo, llegó a sentir cierto afecto por aquel amable anciano. Y no es que Julien fuera sensible a la manera que se entiende en París; pero no era un monstruo, y nadie, después de la muerte del viejo cirujano mayor, le había hablado con tanta bondad. Observó con extrañeza que el marqués, para no herir su amor propio, le trataba con una cortesía y una consideración que nunca había encontrado en el viejo médico. Comprendió, por fin, que éste se sentía más orgulloso de su cruz de guerra que el marqués de su cordón azul. El padre del marqués era un gran señor.

Un día, al final de una audiencia matutina, en traje negro y para tratar de negocios, Julien divirtió de tal modo al marqués, que éste le retuvo dos horas y quiso a toda costa regalarle algunos billetes de banco que su testafarro le acababa de traer de la Bolsa.

-Espero, señor marqués, que no me apartaré del profundo respeto que le debo si le ruego que me permita decir dos palabras.

-Hable, amigo mío.

-Que el señor marqués se dignará permitir que rechace este donativo. No se lo concede al hombre del traje negro, y sólo serviría para desvirtuar las maneras que tiene la bondad de tolerar al individuo del traje azul.

Saludó con mucho respeto y salió sin mirar.

Aquel rasgo divirtió al marqués, y se lo contó por la noche al padre Pirard.

-Tengo que confesarle una cosa, querido padre. Conozco el nacimiento de Julien y le autorizo a usted a que no me guarde el secreto sobre esta confidencia.

«Su proceder de esta mañana es noble -pensó el marqués-, y yo le ennoblezco.»

Poco tiempo después, el marqués pudo por fin salir.

-Irá usted a pasar dos meses en Londres -le dijo a Julien-. Los correos extraordinarios y otros le llevarán a usted las cartas que yo reciba con mis notas marginales. Usted redactará las respuestas y me las devolverá incluyendo en cada carta su contestación. He calculado que el retraso sólo puede ser de cinco días.

Corriendo la posta, camino de Calais, Julien pensaba con extrañeza en la futilidad de los pretendidos asuntos que tenía que resolver en aquel viaje.

Nada diremos del sentimiento de odio y casi de horror con que pisó el suelo inglés. Ya conocemos su loca pasión por Bonaparte. En cada oficial veía un sir Hudson Lowe; en cada gran señor, un lord Bathurst ordenando las infamias de Santa Elena y recibiendo como recompensa diez años de ministerio.

En Londres conoció, por fin, la alta fatuidad. Trabó amistad con algunos jóvenes aristócratas rusos que le iniciaron.

-Es usted un predestinado, querido Sorel -le decían-, tiene usted por naturaleza esa expresión fría y a mil leguas de la sensación presente que tanto nos empeñamos en aparentar.

-No ha entendido usted su siglo -le decía el príncipe Korasoff-: haga siempre lo

contrario de lo que se espera de usted. Palabra de honor, ésta es la única religión de la época; no sea usted loco ni afectado, pues entonces esperarán de usted locuras y afectaciones, y no se cumplirá el precepto.

Julien se cubrió de gloria un día en el salón del duque de Fitz-Folke, que le había invitado a comer junto con el príncipe Korasoff. Estuvieron esperándole una hora. El comportamiento de Julien ante las veinte personas que le esperaban se cita aún en Londres entre los jóvenes secretarios de embajada. Su actitud fue imponderable.

A pesar de las bromas de los dandis amigos suyos, quiso ver al célebre Philip Vane, el único filósofo que ha habido en Inglaterra después de Locke. Le encontró finalizando su séptimo año de cárcel. «La aristocracia no bromea en este país -pensó Julien-; Vane está, además, deshonorado, vilipendiado, etc.»

Julien le encontró animado; la rabia de la aristocracia le distraía. «Éste es el único hombre alegre que he visto en Inglaterra», se dijo Julien al salir de la cárcel.

La idea más útil a los tiranos es la de Dios, le dijo Vane...

Suprimimos el resto del sistema por cínico.

A su regreso le preguntó el marqués de La Mole:

-¿Qué idea divertida me trae usted de Inglaterra? Él se calló.

-¿Qué idea trae usted, divertida o no? -repitió el marqués vivamente.

-Primo -dijo Julien-, el inglés más sensato está loco una hora al día; es visitado por el demonio del suicidio, que es el dios del país.

»2.º El talento y el genio pierden un veinticinco por ciento de su valor al desembarcar en Inglaterra.

»3.º No hay nada en el mundo tan bello, tan admirable, tan conmovedor como los paisajes ingleses.

-Ahora me toca a mí -dijo el marqués-: Primo, ¿por qué se le ocurrió a usted decir, en el baile de la Embajada de Rusia, que hay en Francia trescientos mil jóvenes de veinticinco años que desean ardientemente la guerra? ¿Cree usted que esto puede ser una cosa halagadora para los reyes?

-No se sabe qué hacer cuando se habla con nuestros grandes diplomáticos -dijo Julien-. Tienen la manía de entablar discusiones serias. Si uno se limita a los lugares comunes de los periódicos, pasa por tonto. Si se permite aventurar una idea que tenga algo de verdad y de novedad, se asombran, no saben qué contestar, y al día siguiente, a las siete, le mandan decir a uno, por el primer secretario de Embajada, que ha estado inconveniente.

-No !está mal -dijo el marqués, riendo-. Por lo demás, apuesto, hombre profundo, a que no ha adivinado usted lo que ha ido a hacer a Inglaterra.

-Usted perdone -repuso Julien-; he ido para comer una vez por semana con el embajador del rey, que es el hombre más cortés que he conocido.

-Ha ido usted a buscar esta cruz -dijo el marqués-. No quiero que se quite usted el traje negro, y me he acostumbrado al tono más divertido con que trato al hombre del traje azul. Hasta nueva orden, fíjese bien en lo que voy a decirle: cuando vea que lleva esta cruz, será usted el hijo menor de mi amigo el duque de Chaulnes, que, sin sospecharlo siquiera, lleva seis meses empleado en la diplomacia. Tenga usted muy en cuenta -añadió el marqués con extremada seriedad, y cortando por lo sano las demostraciones de gratitud- que no quiero sacarle de su estado. Esto es siempre una equivocación y una desgracia para el protector y el protegido. Cuando usted se canse de mis pleitos, o a mí no

me convenga tenerle, pediré para usted una buen parroquia, como la de nuestro amigo el padre Pirard, y nada más -añadió el marqués muy secamente.

Aquella cruz fue un alivio para el orgullo de Julien; hablaba mucho más. No se creía ofendido con tanta frecuencia, ni se consideraba blanco de todas aquellas frases susceptibles de una interpretación poco cortés y que tan fácilmente se escapan a cualquiera en el curso de una conversación.

Esta cruz también le valió una extraña visita: la del señor barón de Valenod, que venía a París a dar las gracias por su baronía al ministro y a entenderse con él. Iba a ser nombrado alcalde de Verrières, en sustitución del señor de Rénal.

Julien se rió mucho para sus adentros cuando el señor de Valenod le dio a entender que habían descubierto hacía poco que el señor de Renal era jacobino. El hecho es que, en una reelección que se preparaba, el nuevo barón era el candidato del ministerio, y en el colegio electoral del departamento, en realidad muy ultramontano, los liberales prestaban su apoyo al señor de Renal.

En vano trató Julien de saber algo de la señora de Renal; el barón, recordando sin duda su antigua rivalidad, fue impenetrable. Acabó pidiéndole a Julien el voto de su padre para las próximas elecciones. Julien le prometió escribir.

-Debería usted, caballero, presentarme al marqués de La Mole.

«En efecto, debería -pensó Julien-; ¡pero presentar a un sinvergüenza semejante!...»

-En realidad -respondió-, soy muy poca cosa en el palacio de La Mole para atreverme a presentar a nadie.

Julien se lo decía todo al marqués. Aquella misma noche le contó la pretensión de Valenod y sus hazañas y sus gestas desde 1814.

-No solamente -repuso el marqués de La Mole con un aire muy serio- me presentará usted mañana al nuevo barón, sino que le invito a comer pasado mañana. Será uno de nuestros nuevos prefectos.

-En este caso -replicó Julien fríamente-, pido para mi padre el puesto de director del asilo de mendigos.

-Enhorabuena -dijo el marqués, recobrando su aire alegre-; concedido; me esperaba alguna lección de moral. Va usted progresando.

El señor de Valenod le dijo a Julien que el administrador de loterías de Verrières acababa de morir; Julien encontró divertido dar aquel destino al señor de Cholin, aquel viejo imbécil cuya petición había recogido un día en el cuarto del marqués de La Mole. El marqués rió de buena gana de aquella petición que Julien le recitó mientras firmaba la carta en que pedía el destino al ministro de Hacienda.

Apenas nombrado Cholin, supo Julien que la diputación del departamento había solicitado aquel puesto para el señor Gros, el célebre geómetra: aquel hombre generoso sólo tenía mil cuatrocientos francos de renta, y anualmente prestaba seiscientos al administrador que acababa de morir para ayudarle a educar a su familia.

Julien se asombró de lo que había hecho. «Esta familia del difunto, ¿de qué vive actualmente?» «Esto no es nada -se dijo-; tendré que cometer otras muchas injusticias si quiero llegar, e incluso aprender a disfrazarlas con hermosas palabras sentimentales: ¡pobre señor Gros! Él es quien merecía la cruz, y yo soy el que la tiene, y tengo que obrar con arreglo al sentir del gobierno que me la da.»

Capítulo 8

¿Cuál es la condecoración que distingue?

*Mi agua no me refresca dijo el genio sediento
Sin embargo, es el pozo más fresco de todo el Diar-Békir.*
PELLICO

Un día regresaba Julien de la encantadora finca de Villequier, a orillas del Sena, que el marqués de La Mole consideraba con interés, pues era la única de todas las suyas que había pertenecido al célebre Boniface de La Mole. En el palacio se encontró a la marquesa y a su hija, que acababan de llegar de Hyères.

Julien se había convertido en un dandi y conocía el arte de vivir en París. Ante la señorita de La Mole se comportó con la más perfecta frialdad. Parecía como si no guardara el menor recuerdo del tiempo en que ella le pedía, tan alegremente, detalles de su modo de caerse del caballo con gracia.

La señorita de La Mole le encontró más alto y más pálido. Su figura y su porte no tenían ya nada de provinciano; pero no ocurría lo mismo con su conversación, en la que aún se notaba todavía demasiada seriedad, demasiado positivismo. A pesar de estas cualidades razonables, gracias a su orgullo, su conversación no denotaba el menor rastro de servilismo; solamente se advertía que consideraba como importantes demasiadas cosas. Pero se veía que era hombre capaz de sostener sus opiniones.

-Carece de ligereza, pero no de talento -le dijo la señorita de La Mole a su padre, bromeando con él acerca de la cruz concedida a Julien-. Mi hermano se la ha pedido durante dieciocho meses, y ¡es un La Mole!

-Sí, pero Julien tiene lo imprevisto; cosa que no le ha ocurrido nunca al La Mole de que me habla.

Anunciaron al señor duque de Retz.

Mathilde se sintió invadida de un deseo irresistible de bostezar. Reconocía los antiguos dorados y los asiduos concurrentes al salón paterno. Se representaba la vida que iba a llevar en París como la imagen del más perfecto aburrimiento. Y con todo, en Hyères echaba de menos París.

«¡Y, sin embargo, tengo diecinueve años! -pensaba-. Es la edad de la felicidad, según dicen todos esos tontos con galones dorados.» Estaba mirando ocho o diez nuevos volúmenes de poesías que se habían ido acumulando en la consola del salón durante su viaje a Provenza. Tenía la desgracia de poseer más talento que los señores de Croisenois, de Luz, de Caylus y los demás amigos. Se imaginaba ya todo lo que iban a decirle sobre el hermoso cielo de Provenza, la poesía, el mediodía, etc., etc.

Aquellos ojos tan hermosos en los que se reflejaba el aburrimiento más profundo y, lo que es peor, la más absoluta desesperanza de encontrar el placer, se fijaron en Julien. Por lo menos él no se parecía a los demás.

-Señor Sorel -le dijo con aquel tono de voz breve y vivo, tan poco femenino, que suelen emplear las jóvenes de la clase alta-, señor Sorel, ¿irá usted esta noche al baile del

señor de Retz?

-Señorita, no he tenido el honor de ser presentado al señor duque.

(Se hubiera dicho que este nombre y este título le desollaban la boca al orgulloso provinciano.)

-Ha encargado a mi hermano que le lleve con él; y si va usted, podría darme algunos detalles sobre la finca de Villequier; pues parece que hemos de ir allá en la primavera. Me gustaría saber si el castillo está habitable y si los alrededores son tan bellos como dicen. ¡Hay tantas reputaciones mal adquiridas!

Julien no contestaba.

-Vaya usted al baile con mi hermano -añadió ella, muy secamente.

Julien saludó con respeto. «De modo que hasta en el baile he de rendir cuentas a todos los miembros de la familia; ¿no me pagan como hombre de negocios? -Su mal humor le hizo añadir-:

¡Dios sabe si lo que le diga a la hija no contrariará los proyectos del padre, del hermano, de la madre! Es una verdadera corte de príncipe soberano. Para vivir en ella haría falta ser una perfecta nulidad y, sin embargo, no dar a nadie derecho a quejarse.

»¡Cómo me desagrada esta alta muchacha! -pensó, mirando alejarse a la señorita de La Mole, a quien llamaba su madre para presentarle a unas amigas suyas-. Deslucen todas las modas; lleva el vestido como colgado de los hombros... Está aún más pálida que antes de su viaje... ¡Qué cabellos tan descoloridos a fuerza de ser rubios; se diría que la luz los atraviesa!... ¡Cuánta altanería en la manera de saludar y en su mirada! ¡Qué gestos de reina!»

La señorita de La Mole acababa de llamar a su hermano en el momento en que éste salía del salón.

El conde Norbert se acercó a Julien:

-Mi querido Sorel -le dijo-, ¿dónde quiere usted que le recoja esta noche para ir al baile del señor de Retz? Me ha encargado expresamente que le lleve.

-Sé muy bien a quién debo tantas bondades -respondió Julien, saludando con una profunda reverencia.

Como su mal humor no encontraba nada que reprochar al tono de perfecta cortesía e incluso de interés con que le había hablado Norbert, se puso a reflexionar sobre la respuesta que él había dado a sus amables palabras. Encontraba en ella un cierto rastro de bajeza.

Por la noche, al llegar al baile, quedó deslumbrado por la magnificencia del palacio de Retz. El patio de entrada estaba cubierto de un inmenso toldo de cutí carmesí con estrellas doradas: nada más elegante. Debajo de este toldo, el patio se había transformado en un bosque de naranjos y adelfas en flor. Como habían enterrado cuidadosamente los tiestos, las adelfas y los naranjos parecían emerger del suelo. El camino que atravesaban los carruajes estaba enarenado.

Aquel conjunto causó un efecto extraordinario en nuestro Provinciano. No tenía idea de semejante magnificencia; en un momento su imaginación enfebrecida estuvo a cien leguas del mal humor. En el coche, camino del baile, Norbert se sentía feliz, y él, por el contrario, lo veía todo negro; apenas entraron en el patio, se trocaron los papeles.

Norbert sólo era sensible a ciertos detalles que habían sido descuidados en medio de tanta magnificencia. Evaluaba el coste de todo y, a medida que llegaba a un total elevado, Julien advirtió que se mostraba casi envidioso y se ponía de mal humor.

Por su parte, Julien llegó seducido, maravillado y casi tímido; por la fuerza de la emoción, al primero de los salones en que se bailaba. A la puerta del segundo la gente se agolpaba y la aglomeración era tan grande, que le fue imposible avanzar. El, decorado de este segundo salón representaba la Alhambra de Granada.

-Hay que reconocer que es la reina del baile -decía un joven con bigote, cuyo hombro se incrustaba en el pecho de Julien.

-La señorita Fourmont, que durante todo el invierno ha sido la más bonita -le contestaba su vecino-, se da cuenta de que va pasando a segundo plano; fíjate qué cara pone.

-Verdaderamente, despliega todo su arte para agradar. Mira, mira qué sonrisa tan graciosa cuando se queda sola en la contradanza. Palabra de honor, es algo extraordinario.

-La señorita de La Mole da la impresión de ser dueña del placer que le produce su triunfo, del que se da perfectamente cuenta. Diríase que teme agradar a quien le habla.

-¡Muy bien! Ése es el arte de seducir.

Julien hacía vanos esfuerzos por ver a aquella mujer tan seductora: siete u ocho individuos, más altos que él, le impedían verla.

-Hay mucha coquetería en este recato tan noble -repuso el joven de los bigotes.

-Y esos grandes ojos azules, que se cierran tan lentamente en el momento en que están a punto de traicionarse -repuso el vecino-. Nada más hábil, a fe mía.

-Mira qué aire vulgar tiene la hermosa Fourmont a su lado -dijo un tercero.

-Ese aire de recato quiere decir: ¡Qué amable sería con usted si fuese el hombre digno de mí!

-¿Y quién puede ser digno de la sublime Mathilde? -dijo el primero-; algún príncipe soberano, hermoso, espiritual, apuesto, un héroe de la guerra y con veinte años a lo sumo.

-El hijo natural del emperador de Rusia..., al cual concederían una soberanía en favor de este matrimonio..., o sencillamente el conde de Thaler, con su aire de aldeano disfrazado...

La puerta quedó libre, Julien pudo pasar.

«Puesto que a los ojos de todos estos muñecos es considerada como algo tan extraordinario, vale la pena que yo la estudie -pensó-. Así comprenderé en qué consiste la perfección para esa gente.»

Cuando la buscaba con los ojos, Mathilde le miró. «Mi deber me llama», se dijo Julien; pero sólo había mal humor en su expresión. La curiosidad le hizo avanzar con un placer que no tardó en acrecentar la vista del vestido de Mathilde, muy escotado, a la verdad, de un modo muy poco halagüeño para su amor propio. «Su belleza tiene juventud», pensó. Cinco o seis jóvenes, entre los cuales reconoció Julien a los que había oído en la puerta, se interponían entre él y ella.

-Usted, señor, que ha estado aquí todo el invierno, ¿verdad que este baile es el más bonito de la temporada? -dijo ella.

Él no contestó.

-Este rigodón, de Coulon, me parece admirable, y estas señoras lo bailan a la perfección.

Los jóvenes se volvieron para ver quién era el feliz mortal de quien se pretendía con tanto empeño una respuesta. Ésta no fue muy alentadora.

-Yo no puedo ser buen juez, señorita; me paso la vida escribiendo: éste es el primer baile de semejante magnificencia al que he asistido.

Los jóvenes de los bigotes se escandalizaron.

-Usted es un sabio, señor Sorel -repuso ella, con un interés más marcado-; ve usted todos estos bailes, todas estas fiestas, como un filósofo, como Jean-Jacques Rousseau. Estas locuras le asombran sin seducirle.

Una sola frase había bastado para apagar la imaginación de Julien y desvanecer todas sus ilusiones. Su boca adquirió una expresión de desdén, quizás un tanto exagerado.

-Jean-Jacques Rousseau -respondió- no es más que un necio, en mi opinión, cuando se pone a juzgar el gran mundo; no lo comprendía, y actuaba en él con un corazón de lacayo advenedizo.

-Escribió El contrato social -dijo Mathilde con un tono de veneración.

-Abogando por la república y predicando el derrumbamiento de las dignidades monárquicas, este advenedizo se siente ebrio de placer si un duque cambia la dirección de su paseo, después de comer, para acompañar a uno de sus amigos.

-¡Ah, sí! El duque de Luxemburgo, en Montmorency, acompaña a un tal Coidet, de París... -repuso la señorita de La Mole con el placer y el abandono del primer goce de la pedantería.

Estaba tan embriagada con su saber como el académico que descubrió al rey Feretrius. La mirada de Julien continuó penetrante y severa. Mathilde había tenido un momento de entusiasmo; la frialdad de su interlocutor la desconcertó profundamente. Su sorpresa fue tanto mayor cuanto que era ella la que acostumbraba producir este efecto en los demás.

En aquel momento, el marqués de Croisenois avanzaba con apresuramiento hacia la señorita de La Mole. Estuvo un instante a tres pasos de ella, sin poder acercarse a causa del gentío. La miraba sonriendo ante aquel obstáculo. Cerca de él estaba la joven marquesa de Rouvray: era una prima de Mathilde. Daba el brazo a su marido, que lo era desde hacía sólo quince días. El marqués de Rouvray, muy joven también, tenía aquel aire de necio enamoramiento propio de un hombre que, habiendo hecho un matrimonio de conveniencia, arreglado exclusivamente por los notarios, se encuentra con una mujer perfectamente hermosa. El marqués de Rouvray sería duque a la muerte de un tío de edad muy avanzada.

Mientras el marqués de Croisenois, que no podía atravesar la multitud, miraba sonriente a Mathilde, ella posaba sus grandes ojos azules en él y sus vecinos. «¡No puede haber nada más soso que ese grupo! -decíase a sí misma-. Ahí está Croisenois, que pretende casarse conmigo; es amable, cortés, tiene modales exquisitos como el marqués de Rouvray. Si no fueran tan aburridos estos caballeros, serían muy amables. Él también me acompañará al baile con este mismo aire obtuso y satisfecho. Al cabo de un año de matrimonio, mi coche, mis caballos, mis trajes, mi castillo a veinte leguas de París, serán los mejores que pudiera desear, capaces de hacer morir de envidia a una advenediza, a una condesa de Roiville, por ejemplo; pero, ¿y después?...»

Mathilde se aburría esperando. El marqués de Croisenois logró acercarse y le hablaba, pero ella soñaba sin escucharle. El sonido de sus palabras se confundía para ella con el bordoneo del baile. Seguía maquinalmente con la vista a Julien, que se había alejado con aire respetuoso, pero altivo y descontento. Divisó en un rincón, lejos de la multitud que circulaba, al conde de Altamira, condenado a muerte en su país, a quien ya

conoce el lector. En tiempos de Luis XIV, una de sus antepasadas estuvo casada con un príncipe de Conti; este recuerdo le protegía algo contra la policía de la congregación.

«Estoy viendo que sólo la sentencia de muerte distingue a un hombre -pensó Mathilde-; es la única cosa que no se compra.

»¡Acabo de hacer una frase ingeniosa! ¡Qué lástima que no se me haya ocurrido en un momento en que pudiera lucirme!» Mathilde tenía demasiado buen gusto para colocar en la conversación una frase pensada previamente; pero tenía también demasiada vanidad para no estar encantada de sí misma. La expresión de hastío que se pintaba en sus rasgos se trocó en un aire de contento. El marqués de Croisenois, que seguía hablándole, creyó entrever el triunfo, y redobló su facundia.

«¿Qué podría objetar a mi frase un mal intencionado? -se dijo Mathilde-. Yo respondería al crítico: un título de barón o de vizconde, se compra; una cruz, se da; mi hermano acaba de conseguirla, y ¿qué ha hecho? Un grado, es algo que se consigue. Con diez años de guarnición, o un pariente ministro de la guerra, se puede ser jefe de escuadrón, como Norbert. ¡Una gran fortuna!... Esto es una de las cosas más difíciles y, por consiguiente, de las más meritorias. ¡Y qué cosa más graciosa! Es precisamente lo contrario de lo que dicen los libros... ¡Bueno!, pues por la fortuna se casan con la hija del señor Rothschild.

»Realmente, mi frase es profunda. La sentencia de muerte es todavía la única cosa que a nadie se le ha ocurrido solicitar.»

-¿Conoce usted al conde de Altamira? -preguntó al marqués de Croisenois.

Parecía ella volver de tan lejos, y aquella pregunta tenía tan poca relación con todo lo que el pobre marqués le estaba diciendo desde hacía cinco minutos, que, a pesar de su amabilidad, quedó desconcertado. Y, sin embargo, era un hombre de talento y muy reputado como tal.

«¡Qué rarezas tiene Mathilde! -pensó-. Esto es un inconveniente, pero en cambio le proporcionará a su marido una posición social realmente envidiable. No sé cómo se las arregla este marqués de La Mole; está relacionado con lo mejor de todos los partidos; es un hombre que no puede hundirse. Y, además, esta rareza de Mathilde puede pasar por una genialidad. Con un alto nacimiento y una gran fortuna, el genio no es ridículo, sino que supone una gran distinción. Y, por otra parte, ella tiene, cuando quiere, esa mezcla de ingenio, de carácter y de oportunidad que da origen a la amabilidad más perfecta...» Como es difícil hacer dos cosas bien al mismo tiempo, el marqués contestó a Mathilde en un tono vacuo y como recitando una lección:

-¿Quién no conoce a ese pobre Altamira?

Y le contó la historia de su conspiración ridícula, absurda.

-¡Muy absurda! -respondió Mathilde, como hablando consigo misma-, pero ha hecho algo. Quiero ver a un hombre; tráigamelo -le dijo al marqués, que no salía de su asombro.

El conde de Altamira era uno de los admiradores más fervientes del aire altanero y casi impertinente de la señorita de La Mole; según él, era una de las personas más hermosas de París.

-¡Qué hermosa estaría en un trono! -le dijo al marqués de Croisenois, dejándose llevar por él sin dificultad.

No faltan gentes en el mundo que quieren sentar como principio que no hay nada de tan mal gusto como una conspiración; esto huele a jacobino. ¿Y qué cosa más fea que

un jacobino sin éxito?

La mirada de Mathilde se burlaba con el marqués de Croisenois del liberalismo de Altamira, pero le escuchaba con placer.

«Un conspirador en un baile es un contraste divertido», pensaba. Le parecía que aquél, con sus negros mostachos, tenía el aspecto de un león en reposo, pero no tardó en darse cuenta de que su espíritu sólo era capaz de adoptar un punto de vista; el de la utilidad, la admiración por la utilidad.

Excepto lo que pudiera dar a su país un gobierno de (los Cántaras, el joven conde no encontraba cosa alguna que mereciera su atención. Se apartó con gusto de Mathilde, la persona más seductora del baile, porque vio entrar a un general peruano.

Desesperando de Europa, el pobre Altamira se veía reducido a pensar que cuando los Estados de la América meridional fueran fuertes y poderosos podrían devolver a Europa la libertad que Mirabeau les envió.⁴⁸

Un torbellino de jóvenes con bigote se acercó a Mathilde. Ésta se había dado perfecta cuenta de que Altamira no se había dejado seducir, y estaba picada por su marcha; desde lejos veía cómo brillaban sus ojos negros al hablar con el general peruano. La señorita de La Mole miraba a los jóvenes franceses con aquella seriedad profunda que ninguna de sus rivales podía imitar. «¿Cuál de ellos -pensaba- sería capaz de hacerse condenar a muerte, aun suponiendo que todas las circunstancias le fuesen favorables?»

Aquella extraña mirada halagaba a los pocos inteligentes, pero inquietaba a los demás. Temían que se tradujera en alguna frase aguda y de difícil respuesta.

«Un nacimiento ilustre da cien cualidades cuya ausencia me ofendería, lo veo por el ejemplo de Julien -pensaba Mathilde-; pero anula aquellas cualidades del alma capaces de hacerse condenar a muerte.»

En aquel momento alguien decía cerca de ella: «Este conde de Altamira es el hijo segundo del príncipe de San Nazaro-Pimentel, un Pimentel que intentó salvar a Conradino, decapitado en 1268. Es una de las familias más nobles de Nápoles».

«¡Bonita prueba de mi máxima: un ilustre nacimiento quita la fuerza de carácter necesaria para hacerse condenar a muerte! Decididamente, esta noche no hago más que disparatar. Puesto que no soy más que una mujer como las otras, hay que bailar.» Cedió a los deseos del marqués de Croisenois, que hacía una hora estaba pidiéndole un galop. Para consolarse de su fracaso en filosofía, Mathilde quiso ser extremadamente seductora: el marqués de Croisenois quedó encantado.

Pero ni el baile ni el deseo de agradar a uno de los hombres más apuestos de la corte pudieron distraer a Mathilde. Era imposible tener más éxito. Era la reina del baile; lo veía, pero con frialdad.

«¡Qué vida tan anodina pasaría con un hombre como Croisenois! -se decía cuando una hora después éste la acompañaba a su sitio-. ¿Pero qué he de hacer para divertirme -añadió tristemente-, si después de seis meses de ausencia no lo hago en un baile que sería la envidia de todas las mujeres de París? Y además me veo en él rodeada de los homenajes de una sociedad que no puede imaginarse más escogida. Aquí no hay más bur-

⁴⁸ Esta página, escrita el 25 de julio de 1830. fue impresa el 4 de agosto. (N del L) El 25 de julio de 1830 es la fecha histórica de la ordenanza o real decreto de Carlos X por el que se disponía la disolución de la Cámara y la enmienda de la Constitución para instaurar un gobierno rigurosamente absolutista. Consecuencia inmediata de esta medida fue la revolución de julio de 1830. que trajo consigo la caída de Carlos X y el advenimiento de Luis Felipe. duque de Orleans, en agosto de aquel mismo año.

gueses que algunos pares y un Julien o dos a lo sumo. Y, sin embargo -agregaba con una tristeza creciente-, ¡la suerte me ha concedido infinitos favores: ilustración, fortuna, juventud...! ¡Desgraciadamente, todo menos la felicidad!

»Las más discutibles de todas mis dotes son aquellas de las que me han hablado toda la noche. En mi talento sí creo, pues evidentemente les causo mucho miedo a todos. Si se aventuran a abordar un tema serio, al cabo de cinco minutos de conversación vienen a parar, jadeantes y como haciendo un gran descubrimiento, a una cosa que les estoy repitiendo hace una hora. Soy guapa, tengo esta cualidad, por la que Madame de Staël lo hubiera sacrificado todo, y, sin embargo, es innegable que me muero de aburrimiento. ¿Y hay alguna razón para que me aburra menos si llego a cambiar mi nombre por el del marqués de Croisenois?

»Pero, ¡Dios mío! -añadió casi con ganas de llorar-, ¿no es acaso un hombre perfecto? Es la obra maestra de la educación de este siglo; no es posible mirarle sin que se le ocurra decir algo amable y hasta espiritual; es valiente... pero este Sorel es extraño. - Y su mirada perdía su expresión aburrida y cobraba un aire de enfado-. Le he advertido que tenía que hablarle, y no se digna presentarse ante mí.»

Capítulo 9

El baile

*El lujo de los atavíos, el brillo de las luces, los perfumes;
¡tantos brazos bonitos, tantos hermosos
hombros! ¡Ramos de flores!
¡Arias de Rossini que arrebatan, pinturas de Cicéri!
¡Estoy fuera de mí!
«Viajes», de UZERI*

-Está de mal humor -le dijo la marquesa de La Mole-, y le advierto que es de mal tono en un baile.

-Sólo tengo dolor de cabeza -respondió Mathilde con aire desdeñoso-, hace demasiado calor aquí.

En aquel momento, como para dar la razón a la señorita de La Mole, el viejo barón de Tolly se sintió indispuerto y cayó al suelo sin sentido; tuvieron que sacarle de allí. Se habló de una apoplejía, fue un incidente desagradable.

Mathilde no se preocupó de él en absoluto. Deliberadamente no hacía jamás el menor caso de los viejos ni de las personas que solían decir cosas tristes.

Se puso a bailar para no escuchar las conversaciones sobre la apoplejía, que además no lo fue, pues el barón reapareció al cabo de dos días.

«Pero el señor Sorel no viene», se dijo de nuevo, después de bailar. Le buscaba casi con los ojos, cuando le vio en el salón contiguo. Cosa extraña, parecía que había perdido aquel aspecto de frialdad impasible, tan peculiar en él. No tenía ya aquel aire inglés.

«Está hablando con el conde de Altamira, mi condenado a muerte -se dijo Mathilde-. Sus ojos despiden un fuego sombrío; parece un príncipe disfrazado; su mirada es doblemente orgullosa.»

Julien se acercaba al sitio donde ella estaba, siempre hablando con Altamira; ella le miraba fijamente, estudiando sus rasgos, tratando de descubrir en ellos las altas cualidades que pueden proporcionarle a un hombre el honor de ser condenado a muerte.

Al pasar cerca de ella le decía al conde de Altamira:

-Sí, ¡Danton era un hombre!

«¡Cielos! ¿Sería él un Danton? -se dijo Mathilde-; pero si no puede tener unas facciones más nobles, y Danton era horriblemente feo, y carnicero, según creo.» Julien estaba aún bastante cerca de ella, no dudó en llamarle; tenía la conciencia y el orgullo de hacer una pregunta extraordinaria para una muchacha.

-Danton era carnicero, ¿verdad? -le dijo.

-Sí, para ciertas personas -respondió Julien con una expresión de desprecio mal disimulada, y con los ojos brillantes aún por su conversación con Altamira-, pero, desgraciadamente para las gentes bien nacidas, era abogado en Merry-sur-Seine; es decir, señorita -añadió con malignidad-, que empezó como muchos pares de los que vemos aquí. Verdad es que Danton tenía un inconveniente enorme a los ojos de la belleza, era

muy feo.

Estas últimas palabras las dijo rápidamente, con un aire extraño y, desde luego, muy poco correcto.

Julien esperó un instante, con el cuerpo ligeramente inclinado y un aire de orgullosa humildad. Parecía decir: «Me pagan para contestar a sus preguntas y vivo de mi sueldo». No se dignaba levantar sus ojos hacia Mathilde. Ella, con sus hermosos ojos desmesuradamente abiertos y fijos en él, parecía su esclava. Por fin, como continuara el silencio, él la miró del modo que un criado mira a su amo para recibir órdenes. Aunque sus ojos se encontraron con los de Mathilde, que continuaban fijos en él con una mirada extraña, se alejó con marcado apresuramiento.

«¡Él, que realmente es tan guapo -se dijo al fin Mathilde, saliendo de su ensimismamiento-, hacer tal elogio de la fealdad! ¡Nunca se observa a sí mismo! No es como Caylus o Croisenois. Este Sorel me recuerda el aire que tiene mi padre cuando imita tan bien a Napoleón en el baile. -Había olvidado por completo a Danton-. Decididamente, esta noche me aburro.» Cogió del brazo a su hermano y, a pesar suyo, le obligó a dar una vuelta por el baile. De pronto se le ocurrió la idea de seguir la conversación del condenado a muerte con Julien.

La aglomeración era enorme. Sin embargo, Mathilde logró llegar hasta ellos en el momento en que Altamira, a dos pasos de ella, se acercaba a una bandeja para tomar un helado. Hablaba con Julien casi vuelto de espaldas. De pronto se fijó en un brazo de uniforme bordado, que tomaba otro helado, junto a él. El bordado pareció atraer su atención, y se volvió del todo para ver al personaje a quien pertenecía aquel brazo. Al punto, aquellos ojos, tan nobles y tan ingenuos, cobraron una ligera expresión de desdén.

-¿Ve usted a ese hombre? -le dijo en voz baja a Julien-. Es el príncipe de Araceli, embajador de... Esta mañana ha pedido mi extradición a su ministro de Asuntos Exteriores de Francia, señor de Nerval. Por cierto, allí está, mírele usted, jugando al whist. El señor de Nerval se siente muy inclinado a entregarme, pues en 1816 les dimos a ustedes dos o tres conspiradores. Si me devuelven a mi rey, me colgarán en el plazo de veinticuatro horas. Y seguramente será alguno de estos señoritos de los bigotes el que me eche mano.

-¡Infames! -exclamó Julien, casi en voz alta.

Mathilde no perdía una sílaba de su conversación. Todo su aburrimiento había desaparecido.

-No tan infames -repuso el conde de Altamira-. Le he hablado de mí para poner un ejemplo vivo. Mire usted al príncipe de Araceli; cada cinco minutos contempla su Toisón de Oro; no cabe en sí de gozo al ver ese juguete en su pecho. El pobre hombre, en el fondo, no es más que un anacronismo. Hace cien años, el Toisón era un honor insigne, pero entonces no lo habría podido alcanzar jamás. Hoy, entre las gentes bien nacidas, hay que ser un Araceli para enorgullecerse de tenerlo. Hubiera hecho ahorcar a una ciudad entera para lograrlo.

-¿Lo ha obtenido a este precio? -preguntó Julien con ansiedad..

-No, precisamente -respondió con frialdad Altamira-; acaso haya hecho arrojar al río a una treintena de ricos propietarios de su país que pasaban por liberales.

-¡Qué monstruo! -dijo Julien.

La señorita de La Mole, con la cabeza inclinada y presa del más vivo interés,

estaba tan cerca de él, que casi le rozaba el hombro con sus hermosos cabellos.

-¡Es usted muy joven aún! -respondió Altamira-. Le decía a usted que tengo una hermana casada en Provenza; es aún bonita, joven, dulce, una excelente madre de familia, fiel a sus deberes, piadosa y no beata.

«¿Adónde querrá ir a parar?», pensaba la señorita de La Mole.

-Es feliz -continuó el conde de Altamira-, y lo era en 1815. Entonces yo estaba oculto en su casa, en una finca cerca de Antibes; pues bien, cuando supo la ejecución del mariscal Ney se puso a bailar.

-¿Es posible? -dijo Julien, aterrado.

-Es el espíritu de partido -repuso Altamira-. En el siglo XIX ya no hay verdaderas pasiones; por eso la gente se aburre tanto en Francia. Se cometen las mayores crueldades, pero sin crueldad.

-¡Tanto peor! -respondió Julien-. Cuando se cometen crímenes, por lo menos hay que cometerlos con placer; es lo único bueno que tienen y el único motivo que puede darles una cierta justificación.

La señorita de La Mole, olvidando por completo lo que se debía a sí misma, se había colocado casi entre Altamira y Julien. Su hermano, que le daba el brazo, acostumbrado a obedecerla, paseaba su vista por la sala y, para adoptar alguna pose conveniente, fingía estar detenido por la multitud.

-Tiene usted razón -decía Altamira-; todo se hace sin el menor placer, y sin acordarse de él, hasta los crímenes. En este baile quizá podría señalarle a usted diez individuos que se condenarían por asesinos. Ellos lo han olvidado, y la gente también.⁴⁹

»Hay algunos que se emocionan profundamente, hasta derramar lágrimas, si su perro se rompe una pata. En el cementerio del Père-Lachaisé, cuando se echan flores en su tumba, como dicen ustedes con tanta gracia en París, se nos dice que reunía todas las cualidades de los caballeros de pro y se habla de las grandes hazañas de su bisabuelo, que vivía en tiempos de Enrique IV. Si, a pesar de los buenos oficios del príncipe Araceli, no me ahorcan, y puedo algún día disfrutar de mi fortuna en París, tendré mucho gusto en invitarle a comer con ocho o diez asesinos, colmados de honores y sin remordimientos.

»En esa comida, usted y yo seríamos los únicos de sangre limpia, pero yo sería despreciado y casi odiado, como un monstruo jacobino y sanguinario, y usted despreciado sencillamente como hombre del pueblo, intruso en la buena sociedad.

-Nada más cierto -dijo la señorita de La Mole.

Altamira la miró extrañado; Julien no se dignó mirarla.

-Observe usted que la revolución que yo dirigía fracasó -continuó Altamira- únicamente porque no quise cortar tres cabezas y distribuir entre nuestros partidarios siete u ocho millones que había en una caja cuya llave guardaba yo. Mi rey, que hoy arde en deseos de verme colgado y que antes de la revolución me tuteaba, me hubiera dado el gran cordón de su orden si hubiese cortado esas tres cabezas y distribuido el dinero de dicha caja, pues entonces por lo menos habría alcanzado un cierto éxito, y mi país hubiera logrado una Constitución como... Así va el mundo; es una partida de ajedrez.

-Entonces -repuso Julien, echando chispas por los ojos- no conocía usted el juego; ahora...

-¿Cortarías las cabezas, quiere usted decir, y no sería un girondino, como me daba usted a entender el otro día?... Le contestaré cuando haya usted matado a un hombre en

⁴⁹ Es un descontento el que habla. (Nota de Molière en Tartufo.)

duelo, cosa mucho menos fea, sin embargo, que hacerle morir a manos del verdugo.

-¡A fe mía! -dijo Julien-, el fin justifica los medios. Si en lugar de ser un átomo tuviese algún poder, no vacilaría en hacer ahorcar a tres hombres para salvar la vida de cuatro.

Sus ojos expresaban el ardor de la conciencia y el desprecio de los vanos juicios de los hombres; al encontrarse con los de la señorita de La Mole, que estaba a su lado, aquel desprecio, lejos de trocarse en una expresión amable y cortés, pareció duplicarse.

Ella se sintió profundamente ofendida, pero no estaba en su poder olvidar a Julien; se alejó despechada, arrastrando a su hermano.

«Necesito tomar ponche y bailar mucho -se dijo-, quiero elegir lo mejor que haya para hacer efecto a toda costa. Bueno, aquí está ese famoso impertinente, el conde de Fervaques.» Aceptó su invitación, bailaron. «Se trata de ver -pensó- cuál de los dos es más impertinente; pero para burlarme plenamente de él, es preciso que le haga hablar.»

Muy pronto, las demás parejas que tomaban parte en la contradanza bailaban sólo para cubrir las apariencias. Nadie quería perderse las agudas réplicas de Mathilde. El señor de Fervaques se desconcertó y, como no encontraba más que palabras elegantes en vez de ideas, ponía mala cara; Mathilde, que estaba de mal humor, fue cruel con él, y logró hacerse un enemigo. Bailó hasta el amanecer, y por fin se retiró terriblemente cansada. Pero al volver a casa en el coche, las pocas fuerzas que le quedaban sólo le servían para sentirse triste y desgraciada. Julien la había despreciado y ella no podía despreciarle.

Julien estaba radiante de felicidad. Arrebatado, sin darse cuenta, por la música, las flores, las mujeres bonitas, la elegancia general y, más que nada, por su imaginación, que soñaba con distinciones para él y la libertad para todos.

-¡Qué hermoso baile! -le dijo al conde-. No falta nada en él.

-Falta el pensamiento -respondió Altamira.

Y su fisonomía traicionaba un desprecio, tanto más punzante cuanto que la educación impone el deber de ocultarlo.

-Está usted, señor conde. ¿No es acaso el pensamiento, y además el pensamiento que conspira?

-Me encuentro aquí a causa de mi apellido. Pero en vuestros salones se odia el pensamiento. El ingenio no puede llegar a mayor altura que una canción de vaudeville, entonces es recompensado. Pero al hombre que piensa, si tiene energía y novedad en sus réplicas, le llaman ustedes cínico. ¿No es este nombre el que dieron los jueces a Courier? Le encarcelaron ustedes lo mismo que a Béranger. A todo el que se distingue un poco por su talento entre ustedes, la congregación lo entrega a la policía correccional, y la buena sociedad aplaude.

»Y es que esta sociedad envejecida pone las conveniencias por encima de todo... Nunca llegarán a superar ustedes el valor militar; tendrán ustedes muchos Murat, pero ningún Washington. Yo no veo en Francia más que vanidad. Un hombre que improvisa hablando, emite con facilidad un juicio imprudente, y el dueño de la casa se cree deshonrado.

En este punto, el coche del conde, que conducía a Julien, se detuvo delante del palacio de La Mole. Julien estaba enamorado de su conspirador. Altamira le había dirigido este cumplido, nacido evidentemente de la más profunda convicción: «Usted no tiene la ligereza francesa y comprende el principio de utilidad». Daba la casualidad que la

antevíspera Julien había visto Marino Faliero, tragedia del señor Casimir Delavigne.

«¿No tiene Israel Bertuccio mucho más carácter que todos los nobles venecianos? -se decía nuestro plebeyo rebelde-; y, sin embargo, son gentes cuya nobleza se remonta al año setecientos, un siglo antes de Carlomagno, mientras que la de los que figuraban en el baile esta noche, en casa del duque de Retz, a duras penas llega a remontarse al siglo XIII. No obstante, entre todos aquellos nobles de Venecia, tan grandes por su cuna, pero tan apagados y tan débiles de carácter, sólo sobresale Israel Bertuccio.

»Una conspiración anula todos los títulos concedidos por los caprichos sociales. En ella, un hombre asume automáticamente el puesto que le asigna su modo de enfrentarse con la muerte. Hasta el talento pierde su imperio...

»¿Qué sería Danton hoy, en este siglo de los Valenod y los Rénal? Seguramente, ni sustituto del procurador del rey...

»¿Qué digo? Se habría vendido a la congregación; sería ministro, pues a fin de cuentas el gran Danton robó. Mirabeau también se vendió. Napoleón robó millones en Italia, sin los cuales la pobreza le hubiera impedido hacer nada, como a Pichegru. La Fayette es el único que no ha robado nunca. ¿Hay que robar? ¿Hay que venderse?», pensó Julien. Estas preguntas le dejaron perplejo. Pasó el resto de la noche leyendo la historia de la Revolución.

Al día siguiente, mientras escribía cartas en la biblioteca, seguía sin pensar en otra cosa que en su conversación con el conde de de Altamira.

«En realidad -se decía, después de estar mucho tiempo ensimismado-, si estos liberales españoles hubieran comprometido al pueblo con sus crímenes, no les habrían barrido tan fácilmente. Fueron unos niños orgullosos y charlatanes... ¡igual que yo! - exclamó de repente Julien, como el que se despierta sobresaltado.

»¿Qué difícil empresa he realizado que me dé derecho a juzgar a esos pobres diablos, que a fin de cuentas por lo menos una vez en la vida se han atrevido y se han decidido a actuar? Soy como un hombre que al levantarse de la mesa dice: "Mañana no comeré"; lo cual no me impedirá estar fuerte y alegre como hoy. ¿Quién sabe lo que se experimenta cuando se está a mitad de camino de una gran acción? Pues estas acciones no se llevan a cabo como quien dispara un tiro...» Tan elevados pensamientos se vieron turbados por la llegada imprevista de la señorita de La Mole a la biblioteca. Él estaba tan excitado por la admiración que le inspiraban las grandes cualidades de Danton, de Mirabeau, de Carnot, que supieron no dejarse vencer, que su mirada se posó en la señorita de La Mole, pero sin pensar en ella, sin saludarla, casi sin verla. Cuando por fin sus grandes ojos, abiertos de par en par, advirtieron su presencia, se apagó el fuego de su mirada. La señorita de La Mole lo notó con amargura.

En vano Mathilde le pidió un tomo de la Historia de Francia, de Vélly, que estaba en los estantes más elevados, lo cual obligó a Julien a ir a buscar la más alta de las dos escaleras; Julien había acercado la escalera, había buscado el volumen, y se lo había dado sin poder todavía prestarle la menor atención. Al retirar la escalera, distraído, dio un codazo en uno de los cristales de la biblioteca; el estrépito de los pedazos al caer al suelo le despertó por fin. Apresurose a dar excusas a la señorita de La Mole; quiso ser cortés; fue lo único que consiguió. Mathilde comprendió claramente que sólo había logrado estorbarle y que se hallaba mucho más a gusto dedicado a los pensamientos que le absorbían a su llegada, que hablando con ella. Después de mirarle mucho, se marchó lentamente. Julien la miró mientras se alejaba. Se dio cuenta, con placer, del contraste

entre la sencillez del traje que llevaba en aquel momento y la elegancia magnífica del de la víspera. La diferencia entre la expresión de uno y otro día era igualmente acusada. Aquella muchacha, tan altiva en el baile del duque de Retz, tenía en aquel momento una mirada casi suplicante. «Realmente -se dijo Julien-, este traje negro hace resaltar más la belleza de su talle. Tiene un porte de reina, pero ¿por qué lleva luto?

»Si pregunto a alguien el motivo de ese luto, resultará que cometo una nueva torpeza. -Evidentemente, Julien se había recobrado por completo de su profundo entusiasmo-. Tengo que releer todas las cartas que he escrito esta mañana. ¡Dios sabe las faltas y las equivocaciones que tendrán!» Estaba leyendo con forzada atención la primera carta, cuando oyó muy cerca de él el roce de un vestido de seda; se volvió rápidamente: la señorita de La Mole estaba a dos pasos de su mesa, y se reía. Aquella segunda interrupción molestó a Julien.

Mathilde, por su parte, acababa de convencerse de que no significaba nada para aquel hombre; su risa no tenía más objeto que ocultar su turbación, y lo consiguió.

-Evidentemente, señor Sorel, está usted pensando en algo muy interesante. ¿Alguna anécdota curiosa de la conspiración que nos ha enviado a París al señor conde de Altamira? Dígame de qué se trata, ardo en deseos de saberlo; le juro que seré discreta.

Al pronunciar esta frase, ella misma se sintió extrañada. ¿Cómo? ¡Estaba suplicando a un subalterno! Su azoramiento aumentó; añadió en tono ligero:

-¿Qué es lo que ha podido convertirle a usted, de ordinario tan frío, en un ser inspirado, una especie de profeta de Miguel Ángel?

Esta pregunta, viva e indiscreta, que hirió profundamente a Julien, le devolvió toda su locura.

-¿Danton hizo bien en robar? -dijo bruscamente y en un tono cada vez más huraño-. ¿Los revolucionarios del Piamonte y de España debían comprometer al pueblo mediante el crimen? ¿Debían dar a gentes sin mérito alguno todos los puestos del ejército y todas las cruces? ¿No hubieran temido la vuelta del rey las personas que ostentaran estas cruces? ¿Debieron entregar al pillaje el tesoro de Turín? En una palabra, señorita -añadió, acercándose a ella con aire terrible-, el hombre que quiere hacer desaparecer la ignorancia y el crimen de la tierra, ¿debe pasar como una tromba y hacer daño como por azar?

Mathilde sintió miedo, no pudo sostener su mirada y retrocedió dos pasos. Le miró un momento; luego, avergonzada de su miedo, salió con paso ligero de la biblioteca.

Capítulo 10

La reina Margarita

Amour! dans quelle folie ne parviens-tu pas á nous faire trouver du plaisir?⁵⁰
(*Lettres d'une Religieuse portugaise*)

Julien repasó sus cartas. Cuando se oyó la campana de la comida, se dijo: «¡Qué ridículo debo de haber resultado a los ojos de esta muñeca parisiense!, ¡qué locura haberle dicho francamente lo que pensaba! Aunque quizá no haya sido una locura tan grande. En esta ocasión, la verdad era digna de mí.

»¿Y por qué viene a preguntarme cosas íntimas? Esta pregunta ha sido una indiscreción por su parte. Ha faltado a las conveniencias. Mis ideas sobre Danton no forman parte del servicio por el cual me paga su padre».

Al llegar al comedor, Julien se distrajo de su mal humor al ver el luto riguroso de la señorita de La Mole, cosa que le chocó, tanto más cuanto que ninguna otra persona de la familia iba vestida de negro.

Después de comer se le había pasado por completo el acceso de entusiasmo que le había obsesionado durante todo el día. Por fortuna, el académico que sabía latín era uno de los comensales.

«Éste es el hombre que menos se burlará de mí -se dijo Julien- si, como presumo, mi pregunta sobre el luto de la señorita de La Mole es una torpeza.»

Mathilde le miraba con expresión extraña.

«Ésta es la coquetería de las mujeres de aquí, tal como la señora de Renal me la había descrito -se dijo Julien-. No he sido amable con ella esta mañana; no he cedido al capricho que ella tenía de hablar. He aumentado de valor a sus ojos. No creo que el diablo haya perdido nada. Luego sabrá vengarse con su altivez desdeñosa. Tal como han ido las cosas, puedo esperar lo peor. ¡Qué diferencia con lo que he perdido! ¡Qué naturalidad encantadora! ¡Qué ingenuidad! Sabía sus pensamientos antes que ella, los veía nacer, en su corazón no tenía más antagonista que el miedo de perder a sus hijos, sentimiento lógico y natural que la hacía más digna de ser amada hasta por mí mismo, que era la víctima. He sido un necio. Las ilusiones que París me había hecho concebir me impidieron apreciar a aquella mujer sublime.

»¡Qué diferencia, Dios mío! ¿Qué es lo que encuentro aquí? Vanidad seca y orgullosa, todos los matices del amor propio y nada más.»

Se levantaron de la mesa. «No dejemos que acaparen a mi académico», se dijo Julien. Se acercó a él conforme salían al jardín, adoptó un aire dulce y sumiso, y compartió su furor contra el éxito de Hernani.

-¡Si estuviéramos aún en el tiempo de las cartas selladas...!⁵¹

-dijo.

-Entonces no se hubiera atrevido -exclamó el académico con un gesto a lo Talma. A propósito de una flor, Julien citó algunas frases de las Geórgicas, de Virgilio, y

⁵⁰ «¡Amor, en qué locuras llegas a hacernos encontrar placer!»

⁵¹ Se refiere a las lettres de cachet, pliego cerrado con el sello real, que contenía generalmente una orden fulminante de encarcelamiento o de destierro.

declaró que no conocía nada igual a los versos del padre Delille. En una palabra, aduló al académico por todos los procedimientos a su alcance. Después de lo cual, le dijo, aparentando la mayor indiferencia:

-Supongo que la señorita de La Mole ha heredado de algún tío suyo, y por eso lleva luto.

-¡Cómo! ¿Es usted de la casa -dijo el académico, parándose en seco- y no conoce usted su locura? Verdaderamente es extraño que su madre le permita tales cosas; pero aquí, entre nosotros, no es por la firmeza de carácter por lo que más se distingue esta familia. La señorita Mathilde tiene más firmeza que nadie, y es la que los maneja. ¡Hoy es 30 de abril!

Y el académico se calló, mirando a Julien con aire sutil. Julien sonrió lo más espiritualmente que pudo.

«¿Qué relación puede haber entre manejar a toda la familia, llevar un vestido negro y el 30 de abril? -se decía-. Preciso es que yo sea aún más torpe de lo que pensaba.»

-Le confesaré a usted... -le dijo al académico, y su mirada seguía siendo interrogadora.

-Vamos a dar una vuelta por el jardín -dijo el académico, entreviendo gozoso la ocasión de hacer un relato elegante y prolijo-. ¿Pero es posible que no sepa usted lo que ocurrió el 30 de abril de 1574?

-¿Dónde? -repuso Julien, extrañado.

-En la plaza de la Gréve.

Era tal su asombro, que estas palabras no le descubrieron nada. La curiosidad, la esperanza de un interés trágico, tan acorde con su carácter, daban a sus ojos aquel brillo que con tanto gusto ve un narrador en su oyente. Encantado el académico de encontrar un oído virgen, contó con todos sus pormenores a Julien cómo el 30 de abril de 1574, el más apuesto mancebo de su siglo, Boniface de La Mole, y su amigo, el hidalgo piamontés Annibal de Coconasso, fueron decapitados en la plaza de la Gréve. La Mole era el amante adorado de la reina Margarita de Navarra.

-Y observe usted -añadió el académico- que la señorita de La Mole se llama Mathilde-Marguerite. La Mole era asimismo favorito del duque de Alencon y amigo íntimo del rey de Navarra, el futuro Enrique IV, marido de su amante. El martes de Carnaval de aquel año de 1574, se hallaba la corte en Saint-Germain con el pobre rey Carlos IX, que se trasladó allí moribundo. La Mole quiso libertar a los príncipes sus amigos, a quienes la reina Catalina de Médicis retenía prisioneros en la corte. Hizo avanzar doscientos caballos bajo las murallas de Saint-Germain, el duque de Alencon tuvo miedo, y La Mole fue entregado al verdugo.

»Pero lo que conmueve a la señorita de La Mole, según me confesó ella misma hace siete u ocho años, cuando tenía doce, ¡pues es una cabeza, una cabeza!... -Y el académico levantaba los ojos al cielo-. Lo que la impresionó en esta catástrofe política es que la reina Margarita, que estaba oculta en una casa de la plaza de la Gréve, tuvo el valor de pedir al verdugo la cabeza de su amante. Y a la noche siguiente, a las doce, cogió aquella cabeza, y en su coche fue a enterrarla con sus propias manos en una capilla situada al pie de la colina de Montmartre.

-¿Es posible? -exclamó Julien, emocionado.

-La señorita Mathilde desprecia a su hermano porque, como usted ve, no se

preocupa lo más mínimo de toda esta antigua historia y no se viste de luto el día 30 de abril. Desde esta ejecución, y para recordar la amistad íntima que uniera a La Mole y a Coconasso, el cual, como buen italiano, se llamaba Annibal, todos los individuos de esta familia llevan este nombre. Y -agregó el académico, bajando la voz- el tal Coconasso, según el mismo Carlos IX, fue uno de los más crueles asesinos del 24 de agosto de 1572...⁵² Pero, ¿cómo es posible, querido Sorel, que usted, comensal de esta casa, ignorase estas cosas?

-Por esto, sin duda, durante la comida, la señorita de La Mole ha llamado Annibal a su hermano por lo menos dos veces. Yo creía haber oído mal.

-Era un reproche. Es extraño que la marquesa tolere semejantes locuras... ¡El que se case con esta muchacha no sabe lo que le espera!

Estas palabras fueron seguidas de cinco o seis frases satíricas. La alegría y la intimidad que brillaban en los ojos del académico desagradaron a Julien. «No somos más que dos criados que hablan mal de sus amos -pensó-. Pero nada debe extrañarme tratándose de este académico.»

Un día Julien le había sorprendido a los pies de la marquesa de La Mole; le pedía un estanco para un sobrino suyo de provincias. Aquella misma noche, una joven doncella de la señorita de La Mole que le hacía la corte a Julien, como antaño se la hiciera Elisa, le sugirió la idea de que su ama no se vestía de luto para atraer las miradas. Era una extravagancia fruto de su carácter. Estaba realmente enamorada de aquel La Mole, amante favorito de la reina más espiritual de su siglo, y que murió por haber querido devolver la libertad a sus amigos. ¡Y qué amigos! El primer príncipe de sangre y Enrique IV.

Habituado a la perfecta naturalidad que presidía todos los actos de la señora de Rénal, Julien no veía más que afectación en todas las mujeres de París; y, por poco inclinado que estuviera a la tristeza, no encontraba nada que decirles. La señorita de La Mole fue una excepción.

Empezaba a no tomar ya por sequedad de corazón aquel género de belleza que consiste en la nobleza del porte. Sostuvo largas conversaciones con la señorita de La Mole, quien, en los hermosos días de primavera, se paseaba con él por el jardín, delante de las ventanas abiertas del salón. Un día le dijo que estaba leyendo la historia de D'Aubigné y de Brantôme. «¡Extraña lectura! -pensó Julien-. ¡Y la marquesa no le deja leer las novelas de Walter Scott!»

Un día le contó, con los ojos brillantes por el placer que produce la admiración sincera, el rasgo de una mujer del reinado de Enrique III, que acababa de leer en las Memorias de L'Étoile: al descubrir la infidelidad de su marido, le mató a puñaladas.

El amor propio de Julien se sentía halagado. Una persona rodeada de tantas consideraciones, y que, según el académico, manejaba toda la casa, se dignaba hablarle en un tono que podía tomarse por amistoso.

«Me había equivocado -pensó Julien poco después-; no es familiaridad, no soy más que un confidente de tragedia, es la necesidad de hablar. Paso por sabio en esta familia. Me voy a leer a Brantôme, D'Aubigné, L'Étoile. Así podré discutir alguna de las anécdotas de que me habla la señorita de La Mole. Quiero salir de este papel de confidente pasivo.»

Poco a poco sus conversaciones con aquella muchacha, de una apariencia tan

⁵² Se refiere a la famosa matanza de hugonotes de la noche de San Bartolomé.

altiva y de un trato tan agradable al mismo tiempo, se hicieron más interesantes. Él se olvidaba de su triste papel de plebeyo rebelde. La encontraba instruida e incluso razonable. Sus opiniones en el jardín eran muy distintas de las que ostentaba en el salón. Algunas veces mostraba con él un entusiasmo y una franqueza que ofrecían el mayor contraste con su manera de ser habitual, tan altiva y tan fría.

-Las guerras de la Liga son los tiempos heroicos de Francia -le decía ella, con los ojos centelleantes de inteligencia y de entusiasmo-. Entonces cada uno se batía para conseguir aquello que deseaba, para que triunfase su partido, y no por ganar simplemente una cruz, como en tiempos de su emperador. Convenga usted en que entonces había menos egoísmo y mezquindad. Me gusta aquella época.

-Y Boniface de La Mole fue su héroe -repuso él.

-Por lo menos fue amado de un modo que acaso debe ser muy dulce. ¿Qué mujer de hoy no sentiría horror al tocar la cabeza de su amante decapitado?

La marquesa de La Mole llamó a su hija. La hipocresía, para ser útil, debe ocultarse; y Julien, como vemos, había confesado a medias a la señorita de La Mole su admiración por Napoleón.

«Ésa es la inmensa ventaja que tienen sobre nosotros -se dijo Julien cuando se quedó solo en el jardín-. La historia de sus antepasados los eleva por encima de los sentimientos vulgares, y no tienen que estar pensando siempre en su subsistencia. ¡Qué miseria! -añadió con amargura-, no soy digno de razonar sobre estos grandes problemas. No alcanzo a comprenderlos seguramente. Mi vida no es más que una serie de hipocresías, porque no tengo mil francos de renta para comer.»

-¿En qué está usted pensando? -le dijo Mathilde, que volvía corriendo.

Esta pregunta denotaba intimidación, y volvía corriendo y sin aliento para estar a su lado. Julien estaba cansado de despreciarse. Por orgullo expresó francamente su pensamiento. Se sonrojó mucho al hablar de su pobreza a una persona tan rica. Trató de expresar claramente, con un tono orgulloso, que no pedía nada. Nunca le había parecido tan guapo a Mathilde; le encontró una expresión de sensibilidad y de franqueza que le faltaban muy a menudo.

Poco menos de un mes después de esto, Julien se paseaba pensativo por el jardín del palacio de La Mole, pero su semblante no tenía ya la dureza y la arrogancia filosófica que solía imprimir en él el sentimiento continuo de su inferioridad. Acababa de acompañar hasta la puerta del salón a la señorita de La Mole, que pretendía haberse hecho daño en un pie corriendo con su hermano.

«¡Se ha apoyado en mi brazo de un modo muy especial! -se decía Julien-. ¿Soy un fatuo, o será verdad que le gusto? ¡Me escucha con un aire tan dulce, incluso cuando le confieso los sentimientos de mi orgullo! ¡Ella, tan orgullosa con todo el mundo! ¡Cómo se asombrarían en el salón si le viesan esa cara! Ciertamente, no tiene con nadie esa expresión tan dulce y bondadosa.»

Julien trataba de no exagerar esta singular amistad. La comparaba a una paz armada. Todos los días, al volverse a ver, antes de adoptar el tono casi íntimo de la víspera, se preguntaba poco más o menos: «¿Seremos hoy amigos, o enemigos?». Las primeras frases que intercambiaban eran intrascendentes. Ambos sólo prestaban atención a la forma. Julien comprendía que dejarse ofender impunemente una sola vez por aquella muchacha tan altiva sería perderlo todo. «Si he de reñir con ella, más vale que me anticipe defendiendo los justos derechos de mi orgullo, que no teniendo que rechazar las

muestras de desprecio que seguirían al menor abandono de lo que debo a mi dignidad personal.»

Varias veces, en días de mal humor, Mathilde trató de emplear con él el tono de gran dama; adoptaba la más exquisita finura en tales tentativas, pero Julien las rechazaba rudamente.

Un día la interrumpió bruscamente, diciendo:

-¿La señorita de La Mole tiene algo que ordenar al secretario de su padre? Él tiene la obligación de escuchar sus órdenes y ejecutarlas con respeto, pero, esto aparte, no tiene por qué dirigirle ni una sola palabra. No le pagan para comunicarle sus pensamientos.

Aquella manera de ser y las singulares dudas que asaltaban a Julien hicieron desaparecer el aburrimiento que, durante los primeros meses, había encontrado en aquel salón tan magnífico, pero donde se tenía miedo de todo y donde no era correcto bromear de nada.

«¡Sería gracioso que me amase! Me quiera o no -continuaba Julien-, tengo por confidente íntimo a una muchacha de talento, delante de la cual veo temblar a toda la casa, y más que a nadie al marqués de Croisenois. Este muchacho tan bien educado, tan amable, tan valiente, y que reúne todas las ventajas de nacimiento y de fortuna, cualquiera de las cuales bastaría para satisfacer todos mis deseos. Está locamente enamorado de ella, es decir, todo lo enamorado que puede estar un parisiense, ha de casarse con ella. ¡Cuántas cartas me ha hecho escribir el marqués de La Mole a los dos notarios para arreglar el contrato! Y yo, que me veo tan inferior con la pluma en la mano, a las dos horas, aquí en el jardín, triunfo sobre ese joven tan amable, pues, en resumen, las preferencias son visibles, directas. Quizás ella odia en él al futuro marido. nene bastante altanería para ello. ¡Y las bondades que tiene conmigo las obtengo a título de confidente inferior!

»Pero no, o yo estoy loco o me hace la corte; cuanto más frío y respetuoso me muestro con ella, más me busca. Esto podría ser un plan preconcebido, pura afectación; pero veo que sus ojos se animan cuando aparezco de improviso. ¿Saben fingir hasta ese punto las mujeres de París? ¡Qué me importa! Las apariencias me favorecen; aprovechemos las apariencias. ¡Dios mío, qué hermosa es! ¡Cómo me gustan sus grandes ojos azules, vistos de cerca y mirándome como me miran con frecuencia! ¡Qué diferencia de esta primavera a la del año pasado, cuando era tan desgraciado y me sostenía a fuerza de carácter, en medio de aquellos trescientos hipócritas, malvados y sucios! Yo era casi tan malo como ellos.»

En los días de desconfianza, Julien pensaba: «Esta muchacha se burla de mí. Está de acuerdo con su hermano para engañarme. ¡Pero parece despreciar tan profundamente la falta de energía de este hermano! "Es valiente, y nada más -me dice hablando de él-. Y únicamente ante la espada de los españoles. En París todo le da miedo, ve por doquier el peligro de caer en ridículo.

No tiene ni una sola idea que se atreva a salirse de la moda. Siempre soy yo quien tiene que salir en su defensa." ¡Una muchacha de diecinueve años! A esta edad, ¿se puede ser fiel todas las horas del día a una hipocresía preconcebida?

»Por otra parte, siempre que la señorita de La Mole fija en mí sus grandes ojos azules con cierta expresión extraña, el conde Norbert se aleja. Esto es sospechoso: ¿no debería indignarle que su hermana distinga a un criado de su casa? Porque yo he oído al duque de Chaulnes hablar de mí en este sentido. -Ante este recuerdo, la cólera sustituía a

cualquier otro sentimiento-. ¿Será afición al viejo lenguaje en ese duque maniático?

»¡Bueno -continuaba Julien con ojos de tigre-, es bonita! ¡Será mía, luego me marcharé, y desgraciado del que me estorbe en mi huida!»

Esta idea llegó a ser la única ocupación de Julien; no podía pensar en otra cosa. Se le pasaban los días como horas.

A cada instante, siempre que intentaba resolver algún asunto grave, su mente se olvidaba de todo y un cuarto de hora después volvía en sí, con el corazón palpitante, turbia la cabeza, absorto en esta sola idea: «¿Me quiere?».

Capítulo 11

El dominio de una muchacha

*J'adinire sa beauté, mais je crains son esprit.*⁵³
MÉRIMÉE

Si el tiempo que Julien empleaba en exagerar la belleza de Mathilde, thilde, o en apasionarse contra la natural altivez de su familia, que ella olvidaba por él, lo hubiese dedicado a observar lo que ocurría en el salón, no habría comprendido en qué consistía el dominio que ejercía sobre todos los que la rodeaban. Cuando alguien molestaba a la señorita de La Mole, ella sabía castigarle con una burla tan bien calculada, elegida tan a propósito, tan correcta en la forma, lanzada tan oportunamente, que la herida se hacía más profunda cuanto más se pensaba sobre ella. Poco a poco resultaba atroz para el amor propio ofendido. Como ella no concedía la menor importancia a muchas cosas que eran deseadas ardientemente por el resto de la familia, siempre parecía conservar a sus ojos una inalterable sangre fría.

Los salones de la aristocracia se mencionan con agrado cuando se sale de ellos, pero esto es todo. La insignificancia más completa y, sobre todo, los lugares comunes que se anteponen incluso a la hipocresía terminan por impacientarse debido a su nauseabunda dulzura. En sí, la mera cortesía sólo es algo los primeros días. Julien lo comprobaba; después del primer deslumbramiento, el primer asombro. «La cortesía -se decía- no es más que la falta de cólera producida por los malos modales.» Mathilde se aburría a menudo, quizá se habría aburrido en todas partes. En aquellos momentos, lanzar un epigrama mordaz era para ella una distracción y un verdadero placer.

Quizá para tener víctimas un poco más divertidas que sus padres, el académico y los cinco o seis personajes de segunda fila que les hacían la corte, había hecho concebir esperanzas al marqués de Croisenois, al conde de Caylus y a otros dos o tres jóvenes muy distinguidos. Sólo eran para ella nuevos motivos de sátira.

Hemos de confesar con pena, pues queremos a Mathilde, que había recibido cartas de varios de ellos, a los cuales, a veces, había contestado. Nos apresuraremos a añadir que este personaje es una excepción en las costumbres de este siglo. En general, no es la falta de prudencia lo que se puede reprochar a las alumnas del noble convento del Sagrado Corazón.

Un día el marqués de Croisenois devolvió a Mathilde una carta bastante comprometedoras, que ella le había escrito la víspera. Creía, mediante este acto de extremada prudencia, hacer grandes progresos en sus pretensiones. Pero precisamente lo que le gustaba a Mathilde en su correspondencia era ser imprudente. Su placer consistía en jugar con su suerte. No le dirigió la palabra en seis semanas.

Se divertía con las cartas de aquellos jóvenes, aunque, según ella, todas se parecían. Siempre pintaban la pasión más profunda, la más melancólica.

-Todos ellos son el mismo hombre perfecto, dispuesto a marcharse a Palestina -le

⁵³ «Admiro su belleza. pero temo su ingenio.»

decía a una prima suya-. ¿Has visto algo más insípido? ¡Y éstas serán las cartas que voy a recibir durante toda mi vida! Las cartas de este género deben de cambiar únicamente cada veinte años, según la clase de ocupación que esté de moda. Debían de ser menos incoloras en tiempos del Imperio. Entonces todos estos jóvenes del gran mundo habían presenciado o llevado a cabo acciones que tenían auténtica grandeza. Mi tío, el duque de N..., estuvo en Wagram.

-¿Qué talento se necesita para dar un sablazo? Y cuando lo han hecho, ¡lo comentan tan a menudo! -dijo la señorita de Sainte-Hérédité, la prima de Mathilde.

-¡Pues bien! ¡Esos relatos me gustan! Estar en una verdadera batalla, una batalla de Napoleón, donde morían diez mil soldados, es una prueba de valor. Exponerse al peligro eleva el alma y la salva del hastío en que parecen sumidos mis pobres adoradores, y que, además, es contagioso. ¿A cuál de ellos se le ha ocurrido hacer algo extraordinario? Pretenden conseguir mi mano, ¡bonito negocio! Soy rica, y mi padre ayudará a su yerno. ¡Por lo menos si encontrara uno que fuese un poco divertido!

La manera de ver las cosas, viva, clara y pintoresca de Mathilde, como puede verse, corrompía su lenguaje. Muchas veces, una frase suya parecía incorrecta a sus amigos, tan bien educados. De no haber estado tan de moda, quizás hubieran llegado a confesarse que su modo de hablar era excesivamente subido de tono para la delicadeza femenina...

Ella, por su parte, era muy injusta con los apuestos caballeros que frecuentan el Bosque de Bolonia. Veía el porvenir no con terror, esto habría sido un sentimiento vivo, sino con asco, muy raro a su edad.

¿Qué podía desear? Fortuna, nacimiento ilustre, talento, belleza —según decían y ella creía-, todo lo había acumulado la suerte sobre ella.

Éstos eran los pensamientos de la heredera más envidiada del faubourg Saint-Germain cuando comenzó a sentir agrado al pasear con Julien. Su orgullo le sorprendió y admiró la habilidad de aquel joven plebeyo. «Llegaré a obispo, como el padre Maury», se dijo.

Muy pronto, la resistencia sincera y no fingida con que nuestro héroe acogía muchas de sus ideas la interesó, la hizo pensar; contaba a su amiga los menores detalles de sus conversaciones, Y le parecía que nunca llegaba a expresarlas con fidelidad.

De pronto, una idea iluminó su frente: «Tengo la suerte de mar -se dijo un día con un increíble arrebató de alegría-. ¡Estoy enamorada, enamorada, está claro! Una muchacha de mi edad, espiritual, joven y hermosa, ¿dónde podría hallar sensaciones si no es en el amor? Por mucho que haga, no sentiré nunca amor por Croisenois, Caylus y tutti quanti. Son perfectos, quizá demasiado perfectos; en fin, me aburren».

Repasó en su imaginación todas las descripciones de la pasión que había leído en Manon Lescaut, La nueva Eloísa, las Cartas de una monja portuguesa, etc., etc. Por supuesto, sólo se trataba de grandes pasiones; los amoríos intrascendentes eran indignos de una muchacha de su edad y de su alcurnia. Sólo daba el nombre de amor a aquel sentimiento heroico que florecía en Francia en tiempos de Enrique III y de Bassompierre. Aquel amor no cejaba cobardemente ante los obstáculos, sino que era estímulo para realizar empresas heroicas. «¡Qué desgracia la mía, que no haya una verdadera corte, como la de Catalina de Médicis o de Luis XIII! Me siento capaz de la mayor grandeza y osadía. ¿Qué no haría yo con un rey valiente y caballeresco, como Luis XIII, suspirando a mis pies? Le llevaría a la Vendée, como suele decir el barón de Tolly, y desde allí él

reconquistaría su reino; entonces ya no habría constitución... y Julien me secundaría. ¿Qué es lo que le falta? Un nombre y fortuna. Se haría un nombre y conquistaría una fortuna.

»A Croisenois no le falta nada, y toda su vida no será más que un duque, medio ultra, medio liberal; un ser indeciso que habla cuando es preciso actuar, siempre distante de los extremos, y, por consiguiente, siempre en segundo término.

»¿Qué empresa grande no es un extremo en el momento de emprenderla? Sólo después de realizarla parece posible a los seres vulgares. Sí, es el amor, con todos sus milagros, el que va a reinar en mi corazón; lo siento en el fuego que me anima. El cielo me debía este favor. No en vano ha acumulado todas las cualidades en una sola persona. Mi dicha será indigna de mí. En lo sucesivo, cada uno de los días de mi vida no será fríamente igual al de la víspera. Ya supone grandeza y audacia atreverse a amar a un hombre situado tan lejos de mí por su posición social. Veamos: ¿continuará mereciéndome? Al primer asomo de flaqueza que observe en él, le abandono. Una muchacha de mi alcurnia y con el carácter caballeresco que me atribuyen (era una frase de su padre) no debe portarse como una tonta.

»¿Y no haría este papel si amase al marqués de Croisenois? Sería una nueva edición de la felicidad de mis primas, que desprecio con toda mi alma. Sé de antemano todo lo que diría el pobre marqués y todo lo que tendría que contestarle. ¿Qué es un amor que hace bostezar? Daría lo mismo ser devota. La firma del contrato de mi boda sería como la de la más joven de mis primas, en ella nuestros padres se mostrarían enternecidos, si no estaban de mal humor por alguna nueva cláusula introducida la víspera por el notario de la parte contraria.»

Capítulo 12

¿Será un Danton?

Le besoin d'anxiété, tel était le caractère de la belle Marguerite de Valois, ma tante, qui bientôt épousa le roi de Navarre, que nous voyons de présent régner en France sous le nom de Henry IVème. Le besoin de jouer formait tout le secret du caractère de cette princesse aimable; de là ses brouilles et ses raccommodements avec ses frères dès l'âge de seize ans. Or, que peut jouer une jeune fille? Ce qu'elle a de plus précieux: sa réputation, la considération de toute sa vie.⁵⁴

(Memorias del duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX.)

«Entre Julien y yo, no hay notario para la ceremonia burguesa, ni firma de contrato; todo es heroico, todo es hijo del azar. Dejando aparte la nobleza que le falta, es como el amor de Marguerite de Valois por el joven La Mole, el hombre más distinguido de su tiempo. ¿Es culpa mía que los jóvenes de la corte sean tan partidarios de las conveniencias y palidezcan a la sola idea de la menor aventura un poco extraordinaria? Un pequeño viaje a Grecia o a África es para ellos el colmo de la audacia, y para eso tienen que ir en grupo. En cuanto se encuentran solos, tienen miedo, no de la lanza del beduino, sino del ridículo, y este miedo les vuelve locos.

»Mi pequeño Julien, por el contrario, únicamente gusta de obrar solo. ¡A este ser privilegiado no se le ha ocurrido jamás buscar apoyo y auxilio en los demás! Los desprecia, y por esto mismo no le desprecio yo a él.

»Si Julien fuera noble, aun siendo pobre, mi amor no sería más que una tontería vulgar, sencillamente una unión insulsa; ya no le querría; no habría en ello nada de lo que caracteriza las grandes pasiones: lo inmenso de la dificultad que vencer y la negra incertidumbre del acontecimiento.»

La señorita de La Mole estaba tan preocupada en estos razonamientos, que al día siguiente, sin darse cuenta, se puso a alabar a Julien delante del marqués de Croisenois y de su hermano. Su elocuencia fue tan lejos, que les chocó.

-Tened cuidado con ese joven que tiene tanta energía -exclamó su hermano-; si vuelve la revolución, nos hará guillotinar a todos.

Ella no respondió, y se apresuró a burlarse de su hermano y del marqués de Croisenois sobre el miedo que les causaba la energía. En el fondo no es más que temor de encontrarse con lo imprevisto, de quedarse corto ante lo inesperado...

-Siempre, siempre, señores, el miedo al ridículo, monstruo que, por desgracia, murió en 1816.

-No existe ya el ridículo -decía el marqués de La Mole- en un país donde hay dos

⁵⁴ «La necesidad de ansiedad era el rasgo característico de mi tía, la hermosa Margarita de Valois, que pronto se casó con el rey de Navarra, a quien hoy vemos remar en Francia con el nombre de Enrique IV. La pasión del juego constituía el secreto del carácter de esa amable princesa; de ahí sus peleas y sus reconciliaciones con sus hermanos desde la edad de dieciséis años. ¿Y qué arriesga en el juego una joven? Lo más preciado que posee: su reputación, la consideración de toda su vida..»

partidos.

Su hija había comprendido esta idea.

-De modo, señores -decía a los enemigos de Julien-, que toda la vida estarán ustedes muertos de miedo, y al final les dirán: «No era un lobo, era sólo su sombra».

Mathilde no tardó en dejarles. La frase de su hermano le daba horror; la inquietó mucho; pero al día siguiente le parecía el mejor elogio.

«En este siglo, en el que toda energía está muerta, la suya les da miedo. Le repetiré la frase de mi hermano; quiero ver qué respuesta se le ocurre. Pero elegiré uno de esos momentos en que le brillan los ojos. Entonces no puede mentirme.

»¡Sería un Danton! -añadió, después de un ensueño confuso y prolongado-. ¡Pues bien! Entonces habría vuelto a empezar la revolución. ¿Y qué papel harían entonces Croisenois y mi hermano? Está escrito de antemano: la resignación sublime. Serían borregos heroicos, que se dejarían degollar sin decir una palabra. Su único miedo al morir sería parecer de mal gusto. Mi pequeño Julien le saltaría la tapa de los sesos al jacobino que viniera a detenerle, por pocas esperanzas de salvarse que tuviese. Él no tiene miedo de dar muestras de mal gusto.»

Esta última frase la dejó pensativa; le despertaba recuerdos penosos y le arrebató toda su audacia. Aquella frase le recordaba las bromas de los señores de Caylus, de Croisenois, de Luz y de su hermano. Aquellos señores le reprochaban únicamente a Julien su aire clerical: humilde e hipócrita.

«Pero -se dijo de pronto, con los ojos brillantes de alegría-, la acritud y la frecuencia de sus burlas demuestran, a pesar suyo, que es el hombre más notable que hemos tenido este invierno. ¿Qué importan sus defectos, sus ridiculeces? Tiene grandeza, y por eso les molesta, precisamente a ellos, que suelen ser tan bondadosos y tan indulgentes. Qué duda cabe de que es pobre y de que ha estudiado para ser cura; ellos son jefes de escuadrón y no han necesitado estudiar; es más cómodo.

»A pesar de todos los inconvenientes de su eterno traje negro y de ésa cara de cura, que el pobre muchacho no tiene más remedio que aparentar, so pena de morir de hambre, su mérito les da miedo, esto es evidente. Y, por otra parte, en cuanto estamos un momento a solas, ya no pone esa cara de cura. Y cuando esos señores dicen alguna frase que les parece original y aguda, ¿su Primera mirada no es para Julien? Lo he notado muchas veces. Y, sin embargo, saben muy bien que él no les dirige nunca la palabra a menos que le pregunten. Sólo a mí me dirige la palabra, me supone mayor grandeza de alma. A sus objeciones sólo responde lo justo para ser cortés. Enseguida vuelve a adoptar su actitud respetuosa. Conmigo discute horas enteras y no está seguro de sus opiniones sólo con que yo le oponga la menor objeción. En fin, durante todo este invierno no hemos tenido verdaderas batallas; sólo se ha tratado de llamar la atención con palabras.

Pues bien, mi padre, hombre superior y que llevará muy lejos la fortuna de nuestra casa, respeta a Julien. Todos los demás le odian; nadie le desprecia, excepto las beatas amigas de mi madre.»

El conde de Caylus tenía, o fingía tener, una gran pasión por los caballos; se pasaba la vida en su cuadra, y muchas veces almorzaba en ella. Esta gran pasión, unida a la costumbre de no reírse jamás, le había dado mucho prestigio entre sus amigos: era el águila de aquel reducido círculo.

Al día siguiente, en cuanto se reunió con ellos, detrás de la poltrona de la marquesa de La Mole, en ausencia de Julien, el conde de Caylus, apoyado por Croisenois

y por Norbert, atacó vivamente el buen concepto que Mathilde tenía de Julien, y ello sin venir a cuento y casi en el mismo instante en que vio a la señorita de La Mole. Ella advirtió en el acto su estratagema, y quedó encantada.

«Ya están todos confabulados -se dijo- contra un hombre de genio que no tiene diez luises de renta y que sólo puede contestarles cuando le preguntan. Le tienen miedo con su traje negro. ¿Qué sería si llevara charreteras?»

Nunca había estado tan brillante. Desde los primeros ataques, abrumó con sus divertidos sarcasmos a Caylus y sus aliados. Cuando se apagó el fuego de las bromas de aquellos brillantes oficiales, le dijo al conde de Caylus:

-Que mañana cualquier hidalgo de las montañas del banco Condado reconozca que Julien es su hijo natural y le dé su nombre y algunos miles de francos, y a las seis semanas lleva bigote como ustedes, caballeros; a los seis meses es oficial de húsares como ustedes. Y entonces ya no sería ridícula la grandeza de su carácter. Le veo a usted reducido, futuro señor duque, al viejo y equivocado argumento de la superioridad de la nobleza de la corte sobre la nobleza provinciana. Pero ¿qué me dirá usted si llevo las cosas hasta el último extremo, si con toda malicia le doy por padre a Julien un duque español, prisionero de guerra en Besancon, en tiempos de Napoleón, y que por escrúpulos de conciencia le reconoce en su lecho de muerte?

Todas aquellas suposiciones de nacimiento ilegítimo parecieron de muy mal gusto a los señores de Caylus y de Croisenois. Esto fue lo único que sacaron en conclusión de los razonamientos de Mathilde.

Por muy dominado que estuviera Norbert, las palabras de su hermana eran tan claras, que, adoptando un aire grave que le sentaba muy mal, preciso es confesarlo, a su fisonomía sonriente y bondadosa, se atrevió a decir algunas palabras.

-¿Está enfermo, amigo mío? -le respondió Mathilde con fingida seriedad-. Es preciso que se encuentre muy mal para responder a las bromas con discusiones morales. ¡Usted, haciendo moral! ¿Es que piensa solicitar una plaza de prefecto?

Mathilde se olvidó muy pronto del aire molesto del conde de Caylus, del mal humor de Norbert y de la desesperación silenciosa del marqués de Croisenois. Tenía que tomar una decisión sobre una idea fatal que se había adueñado de su espíritu.

«Julien es bastante sincero conmigo -se dijo-; a su edad, en una posición inferior, desgraciado como se siente a causa de su desmesurada ambición, se necesita una amiga; quizá yo soy esa amiga; pero en él no veo el menor rastro de amor. Con la audacia de su carácter me habría hablado de su amor.»

Esta incertidumbre, este debate consigo misma, que desde aquel momento ocupó todos los instantes de Mathilde, y para el cual, cada vez que Julien le hablaba, encontraba nuevos argumentos, hizo desaparecer por completo los ratos de aburrimiento que tan a menudo padecía.

Hija de un hombre de talento que podía ser ministro y devolver sus bosques al clero, la señorita de La Mole había sido objeto, en el colegio del Sagrado Corazón, de las mayores adulaciones. Esta desgracia no puede contrarrestarse jamás. Habían llegado a convencerla de que con sus ventajas de nacimiento, de fortuna, etc., tenía que ser más dichosa que las demás. Ésta es la causa del hastío de los príncipes y de todas sus locuras.

Mathilde no había podido escapar a la funesta influencia de aquella idea. Por mucho talento que se tenga, a los diez años no se está en guardia contra las adulaciones de todo un convento, y, en apariencia, tan bien

fundadas.

A partir del momento en que decidió que amaba a Julien, no se aburrió más. Todos los días se felicitaba de la decisión que había tomado de procurarse una gran pasión. «Este entretenimiento tiene muchos peligros -pensaba-. ¡Tanto mejor! ¡Mil veces mejor!

»Sin una gran pasión, me he consumido de aburrimiento durante el período más hermoso de mi vida, de los dieciséis a los veinte años. Ya he perdido mis mejores años, obligada por toda diversión a oír disparatar a las amigas de mi madre, que en Coblenza, en 1792, no eran precisamente, según dicen, tan severas como sus palabras quieren dar a entender hoy.»

Era cuando esas angustiosas incertidumbres atormentaban a Mathilde, cuando Julien no comprendía las largas miradas que fijaba sobre él. Notaba una creciente frialdad en los modales del conde Norbert, y un nuevo acceso de altanería en los señores de Caylus, de Luz y de Croisenois. Pero ya estaba acostumbrado. Tal desgracia solía ocurrirle algunas veces después de una velada en la que había brillado más de lo que correspondía a un hombre de su posición. Sin la acogida especial que le dispensaba Mathilde, y la curiosidad que todo aquello le inspiraba, habría evitado seguir al jardín a aquellos brillantes jóvenes con bigote cuando después de comer salían acompañando a la señorita de La Mole.

«Sí, no puedo negarlo -se decía Julien-, la señorita de La Mole me mira de un modo extraño. Pero hasta cuando sus hermosos ojos azules, fijos en mí, se abren con más abandono, siempre leo en ellos un fondo de examen, de sangre fría, de maldad. ¿Es posible que esto sea amor? ¡Qué diferencia con las miradas de la señora de Rénal!»

Un día, después de comer, Julien, que había acompañado al marqués de La Mole a su gabinete, volvió rápidamente al jardín. Al acercarse, sin precaución, al grupo formado por Mathilde y sus amigos, sorprendió algunas palabras dichas en voz muy alta. Estaba ella atormentando a su hermano. Julien oyó su nombre pronunciado dos veces muy distintamente. Apareció; de pronto se hizo un silencio profundo y fueron vanos cuantos esfuerzos se hicieron por romperlo. La señorita de La Mole y su hermano estaban demasiado animados para poder encontrar otro tema de conversación. Los señores de Caylus, de Luz y de Croisenois, y otro amigo suyo, le parecieron a Julien de una frialdad glacial. Se alejó.

Capítulo 13

Un complot

*Frases inconexas, encuentros fortuitos,
se transforman en pruebas evidentes
para un hombre de imaginación que tenga
algún fuego en el corazón.*
SCHILLER

Al día siguiente volvió a sorprender a Norbert y a su hermana hablando de él. A su llegada quedaron, como la víspera, en un silencio de muerte. Sus sospechas no tuvieron límites. «¿Estos dos jóvenes tan amables se habrán propuesto burlarse de mí? Preciso es confesar que esto es mucho más probable, mucho más natural que una pretendida pasión de la señorita de La Mole por un pobre diablo de secretario. En primer lugar, ¿tienen pasiones estas gentes? Su fuerte es engañar. Están celosos de mi pobre superioridad de palabra. Los celos son también una de sus flaquezas. Todo se explica en este sistema. La señorita de La Mole quiere convencerme de que me distingue con su predilección sólo para ofrecerme en espectáculo a su pretendiente.»

Esta cruel sospecha cambió toda la situación moral de Julien. Esta idea chocó en su corazón con un principio de amor que no le costó mucho trabajo destruir. Aquel amor estaba fundado solamente en la extraña belleza de Mathilde o, mejor dicho, en sus modales de reina y su admirable atavío. En esto Julien era todavía un advenedizo. Una mujer bonita del gran mundo es, según dicen, lo que más admira un campesino de talento cuando llega a frecuentar la alta sociedad. No era, pues, el carácter de Mathilde lo que hacía soñar a Julien los días anteriores. Tenía bastante buen sentido para comprender que no conocía ese carácter. Todo lo que advertía en él podía no ser más que simple apariencia.

Por ejemplo, por nada del mundo Mathilde habría faltado a misa un domingo; casi todos los días acompañaba a su madre. Si en el salón de La Mole algún imprudente se olvidaba del lugar en que estaba y se permitía la más remota alusión a una broma contra los intereses, reales o supuestos, del trono o del altar, Mathilde adquiría enseguida una seriedad glacial. Su mirada, que era tan viva, recobraba la altivez impasible de un antiguo retrato de familia.

Pero Julien había comprobado que siempre tenía en su cuarto uno o dos volúmenes de las obras más filosóficas de Voltaire. Él mismo solía llevarse subrepticamente algún tomo que otro de la hermosa edición tan lujosamente encuadernada. Separando un poco unos tomos de otros, ocultaba la ausencia del que se llevaba; pero pronto advirtió que otra persona leía a Voltaire. Recurrió a un ardid de seminario: colocó unos trocitos de crin en los volúmenes que supuso podían interesar a Mathilde. Vio que desaparecían durante semanas enteras.

El marqués de La Mole, molesto con su librero, que le enviaba todas las falsas memorias que aparecían, encargó a Julien que comprara todas las novedades un poco atrevidas. Mas para que el veneno no se extendiese por la casa, el secretario tenía orden

de depositar estos libros en una pequeña librería colocada en el mismo cuarto del marqués. Pronto tuvo la certeza de que, por poco hostiles que fuesen aquellos nuevos libros a los intereses del trono y del altar, no tardarían en desaparecer. Ciertamente, no era Norbert quien leía.

Extrayendo exageradas conclusiones de esta experiencia, Julien atribuía a la señorita de La Mole la duplicidad de Maquiavelo. Aquella pretendida maldad era un encanto a sus ojos, quizás el único encanto moral que ella tuviera. El hastío de la hipocresía y de las reflexiones virtuosas la hacían caer en tales extremos.

Más que arrastrado por el amor, se sentía excitado por la imaginación. Cuando se representaba en sus ensueños la elegante figura de la señorita de La Mole, su exquisito gusto para vestirse, la blancura de sus manos, la belleza de sus brazos, la disinvoltura de todos sus movimientos, se sentía profundamente enamorado de ella. Entonces, para completar el encanto, la suponía una Catalina de Médicis. Le atribuía un carácter tan profundo y tan perverso, que nada le parecía suficiente para ella. Era el ideal de los Maslon, los Frilair, los Castanéde, admirados por él en su juventud. En una palabra, para él era el ideal de París.

¿Y se quiere algo más gracioso que atribuir profundidad o perversidad al carácter parisiense?

«Es muy posible que este trío se burle de mí», pensaba Julien. Había que conocer muy poco su carácter para no adivinar la expresión adusta y fría que se reflejó en su mirada al cruzarse con la de Mathilde. Una ironía amarga rechazó las muestras de amistad que la señorita de La Mole, extrañada, se atrevió a insinuar dos o tres veces.

Espoleado por aquella repentina frialdad, el corazón de la muchacha, por naturaleza frío, hastiado, sensible al talento, se volvió todo lo apasionado que podía ser. Pero había también mucho orgullo en el carácter de Mathilde, y la aparición de un sentimiento que hacía depender de otro toda su dicha fue acompañado de una sombría tristeza.

Julien había aprendido lo suficiente desde su llegada a París para darse cuenta de que aquello no era la seca tristeza del tedio. En vez de estar ansiosa, como otras veces, de reuniones, teatros, diversiones de todo género, las rehuía.

La música interpretada por cantantes franceses aburría mortalmente a Mathilde, y, sin embargo, Julien, que consideraba un deber asistir a la salida de la ópera, observó que se hacía llevar con la mayor frecuencia posible. Creyó advertir que había llegado a perder algo del perfecto dominio que presidía todas sus acciones. Algunas veces contestaba a sus amigos con bromas insultantes por su mordaz energía. Le pareció que mostraba especial encono contra el marqués de Croisenois. «Preciso es que este joven ame furiosamente el dinero para no dejar plantada a esta mujer, por rica que sea», pensaba Julien. Él, por su parte, indignado ante los insultos infligidos a la dignidad masculina, aumentaba su frialdad para con ella. En más de una ocasión llegó a contestarle rozando la descortesía.

Por muy resuelto que estuviera a no dejarse engañar por las muestras de interés de Mathilde, hubo días en que éstas eran tan evidentes, y Julien, que empezaba a abrir los ojos, la encontraba tan guapa, que a veces estaba francamente perplejo.

«La sutileza y la constancia de estos jóvenes del gran mundo acabarían por triunfar sobre mi poca experiencia -se dijo-; hay que marcharse y poner un término a esto.» El marqués acababa de confiarle la administración de una serie de tierras y casas que poseía en el bajo Languedoc. Se imponía un viaje: el marqués de La Mole consintió a

disgusto. Excepción hecha de las cuestiones de alta ambición, Julien se había convertido en su otro yo.

«A fin de cuentas, no me han atrapado -se decía Julien mientras preparaba su marcha-. Ya sean verdaderas las burlas de que la señorita de La Mole hace objeto a esos señores, o bien estén destinadas a inspirarme confianza, el caso es que me he divertido.

»Si no existe una conspiración contra el hijo del carpintero, la señorita de La Mole es incomprensible, pero, por lo menos, lo es tanto para el marqués de Croisenois como para mí. Ayer, por ejemplo, estaba realmente de mal humor, y tuve el placer de ver claudicar por mi favor a un joven tan noble y tan rico como yo pobre y plebeyo. Éste es el más hermoso de mis triunfos; él me alegrará en mi silla de posta cuando recorra las llanuras del Languedoc.»

Había mantenido en secreto su viaje, pero Mathilde sabía mejor que él que se marchaba de París al día siguiente, y por mucho tiempo. La joven recurrió a un espantoso dolor de cabeza que el aire enrarecido del salón no hacía más que aumentar. Se paseó largo rato por el jardín, persiguiendo de tal modo con sus burlas mordaces a Norbert, al marqués de Croisenois, a Caylus, de Luz y otros jóvenes que habían comido en el palacio de La Mole, que les obligó a marcharse. Miraba a Julien de un modo extraño.

«Esta mirada es quizás una comedia -pensó Julien-; ¡pero esta respiración agitada, esta turbación! ¡Bah! -se dijo-. ¿Quién soy yo para juzgar estas cosas? Se trata de lo más sublime, de lo más fino entre las mujeres de París. Esta respiración agitada, que ha estado a punto de conmovirme, la habrá aprendido de Léontine Fay, que le gusta tanto.»

Se habían quedado solos; la conversación languidecía evidentemente. «No, Julien no siente nada por mí», se decía Mathilde, creyéndose verdaderamente desgraciada.

En el momento de despedirse, ella le apretó el brazo con fuerza:

-Esta noche recibirá una carta mía -le dijo con una voz tan alterada, que casi era imposible reconocer su acento.

Aquel hecho conmovió en el acto a Julien.

-Mi padre -continuó- aprecia en lo que valen los servicios que usted le presta. Es preciso que no se vaya usted mañana; busque un pretexto.

Y se alejó corriendo.

Su figura era encantadora. Era imposible tener un pie más bonito, corría con una gracia que entusiasmó a Julien; pero ¿alguien sería capaz de adivinar cuál fue su segundo pensamiento en cuanto hubo desaparecido del todo? Se sintió ofendido por el tono imperativo con que había pronunciado las palabras es preciso. Luis XV, en el momento de morir, también se sintió profundamente molesto por la misma frase, es preciso, empleada con torpeza por su médico, y, sin embargo, Luis XV no era un advenedizo.

Una hora después un lacayo entregó una carta a Julien: era, sencillamente, una declaración amorosa.

«No hay excesiva afectación en el estilo», se dijo Julien, tratando, con sus observaciones literarias, de ocultar la alegría que contraía sus mejillas y le obligaba a reírse a pesar suyo.

«¡Por fin, yo! -exclamó de pronto, pues la pasión era demasiado fuerte para poder contenerla-, ¡yo, un pobre campesino, recibo una declaración de amor de una gran dama!

«Por mi parte -añadió, conteniendo su alegría todo lo posible- no he estado mal. He sabido conservar la dignidad de mi carácter. Nunca le dije que la amaba.» Después se

puso a estudiar los rasgos caligráficos; la señorita de La Mole tenía una bonita letra inglesa. Necesitaba una ocupación física para distraerse de una alegría que llegaba al delirio.

«Su marcha me obliga a hablar... Sería superior a mis fuerzas no verle más...»

Una idea vino a llamar la atención de Julien, como un descubrimiento, interrumpiendo el examen que hacía de la carta de Mathilde y aumentando su alegría. «Me prefiere al marqués de Croisenois -exclamó-, a mí, que sólo digo cosas serias. ¡Y él, que es tan guapo! Tiene bigote, un uniforme vistoso, y siempre encuentra una frase espiritual y fina que colocar en el momento oportuno.»

Julien pasó unos momentos deliciosos: vagaba a la ventura por el jardín, loco de felicidad.

Más tarde subió a su despacho y se hizo anunciar al marqués de La Mole, que felizmente no había salido. Le demostró con facilidad, enseñándole algunos papeles sellados llegados de Normandía, que el interés de los pleitos normandos le obligaba a diferir su marcha al Languedoc.

-Me alegro de que no se marche usted -le dijo el marqués cuando hubieron terminado de hablar de negocios-. Me gusta verle.

Julien salió; aquella frase le molestaba.

«¡Y yo voy a seducir a su hija! A hacer imposible, tal vez, su matrimonio con el marqués de Croisenois, que espera con tanta ilusión: pues si no es duque, por lo menos su hija será duquesa.» Julien tuvo la idea de marcharse al Languedoc, a pesar de la carta de Mathilde, a pesar de las explicaciones que había dado al marqués. Aquel destello de virtud desapareció enseguida.

«¡Qué bueno soy! -se dijo-; ¡yo, un plebeyo, tengo compasión de una familia de esta alcurnia! ¡Yo, a quien el duque de Chaulnes llama criado! ¿Cómo acrecienta el marqués su inmensa fortuna? Vendiendo acciones cuando se entera en palacio de que al día siguiente va a haber un golpe de Estado. Y yo, relegado al postrer escalón de la sociedad por una providencia madrastra, yo, a quien ha dado un corazón noble y ni siquiera mil francos de renta, es decir, ni un pedazo de pan, exactamente hablando, ni un pedazo de pan, ¿voy a rechazar un placer que se me ofrece? ¡Un manantial límpido, que viene a apagar mi sed en el desierto ardiente de la mediocridad que atravieso con tanto trabajo! No seré tan estúpido; allá se las arregle cada cual en este desierto de egoísmo que se llama la vida.»

Y recordó algunas miradas, llenas de desdén, que le habían dirigido la marquesa de La Mole, y, sobre todo, algunas damas amigas suyas.

El placer de triunfar sobre el marqués de Croisenois acabó por completo con aquella reminiscencia de virtud.

«¡Cómo me gustaría que se enfadase! Con qué seguridad le daría ahora una estocada. -Y hacía el ademán de tirarse a fondo-. Antes era un pedante que alardeaba con bajeza de un poco de valor. Después de esta carta, soy su igual.

»Sí -se decía con infinita voluptuosidad y hablando lentamente-, se han puesto en la balanza los méritos del marqués y los míos, y el pobre carpintero del Jura ha resultado vencedor.

»¡Bueno! -exclamó-. Ya encontré la respuesta que hay que dar, No vaya usted a figurarse, señorita de La Mole, que me olvido de mi baja condición. Yo le haré comprender y sentir claramente que ha traicionado usted a un descendiente del famoso

Guy de Croisenois, que acompañó a san Luis a la Cruzada, por el hijo de un carpintero.»

Julien no podía contener su alegría. Se vio obligado a bajar al jardín. Su cuarto, en donde se había encerrado con llave, le parecía demasiado estrecho para respirar.

«¡Yo, pobre campesino del Jura -se repetía sin cesar-, yo, condenado a llevar eternamente este triste traje negro! ¡Ay! ¡Veinte años antes hubiese llevado uniforme como ellos! En aquel entonces, a un hombre como yo, o lo mataban o llegaba a general a los treinta y seis años. -Aquella carta, que estrujaba entre sus manos, le daba la actitud y la apariencia de un héroe-. Bien es verdad que ahora, con este traje negro, a los cuarenta años se tienen cien mil francos de sueldo y el cordón azul, como el señor obispo de Beauvais.

»¡Bueno! -se dijo, riendo como Mefistófeles-, yo tengo más talento que ellos; sé elegir el uniforme de mi época. -Y sintió acrecentarse su ambición y su apego al hábito eclesiástico-. ¡Cuántos cardenales de más bajo nacimiento que yo han llegado a gobernar! Mi compatriota Granville, sin ir más lejos.»

Poco a poco la agitación de Julien se fue calmando; prevalecía la prudencia. Como su maestro Tartufo, cuyo papel se sabía de memoria, se dijo a sí mismo:

Je puis croire ces mots, un artífice honnête...

Je ne me fierai point á des propos si doux,

Qu'un peu de ses faveurs, après quoi je soupire, Ne vienne m'assurer tout ce qu'ils m'ont pu dire.⁵⁵

Tartufo, acto IV, escena V.

«Tartufo también se perdió por una mujer, y valía tanto como cualquier otro... Pueden leer mi respuesta... contra esto hay un remedio -añadió, articulando lentamente y con un acento de ferocidad contenida-, la empezaré con las frases más apasionadas de la carta de la admirable Mathilde.

»Sí, pero entonces cuatro lacayos del marqués de Croisenois pueden precipitarse sobre mí y arrebatarme el original.

»Pero no, porque voy bien armado y saben que tengo la costumbre de disparar contra los criados.

»Pero imaginemos que uno de ellos tiene valor y se precipita sobre mí. Le han ofrecido cien napoleones. Le mato o le hiero, enhorabuena; eso es lo que quieren. Me meten en la cárcel muy legalmente; me juzgan y, con toda justicia y equidad por parte de los jueces, me mandan a hacer compañía en Poissy a Fontan y Magallon. Allí tengo que dormir mezclado con cuatrocientos miserables... ¿Y he de tener compasión por esa gente? -exclamó levantándose impetuosamente-. ¿La tienen ellos con los hombres del tercer estado cuando caen en sus manos?» Esta frase fue el último suspiro de su agradecimiento al marqués de La Mole, que a pesar suyo le había atormentado hasta entonces.

«Poco a poco, caballeros, comprendo ese rasgo de maquiavelismo; el padre Maslon o el padre Castanéde del seminario no hubieran hecho nada mejor. Ustedes me arrebatarán la carta provocadora y seré una segunda versión del tomo del coronel Caron, en Colmar.

»Un momento, señores, voy a hacer un paquete bien lacrado con la carta fatal y se

⁵⁵ «Estas palabras pueden ser un honesto artificio... / Yo no me fiaría de tan dulces palabras, / Sin que algunos de sus favores, por los que tanto suspiro, / Vengan a confinarme cuanto pudieron decirme.»

la enviaré en depósito al señor padre Pirard. Éste es un honrado jansenista, y está, como tal, al abrigo de las seducciones del presupuesto. Sí, pero abre las cartas...; entonces ésta se la enviaré a Fouqué.»

Forzoso es reconocer que la mirada de Julien era atroz, su fisonomía, repugnante; reflejaba el crimen sin paliativos. Era el hombre desdichado en pugna con la sociedad entera.

«¡A las armas!», exclamó Julien. Y franqueó de un salto la escalinata que daba acceso al palacio. Entró en la garita de un memorialista que había en la esquina de la calle; le dio miedo.

-Copie usted esto -le dijo, dándole la carta de la señorita de La Mole.

Mientras el memorialista trabajaba, él le escribió también a Fouqué, rogándole que guardara aquel precioso depósito.

«Pero -se dijo, interrumpiendo su tarea- el cabinet noir⁵⁶ de correos abrirá mi carta y les devolverá a ustedes lo que buscan...; no, señores.»

Fue a comprar una Biblia enorme en una librería protestante; ocultó muy hábilmente la carta de Mathilde en una de las tapas, la hizo embalar y envió el paquete por la diligencia, dirigiéndolo a uno de los obreros de Fouqué, cuyo nombre era perfectamente desconocido en París.

Hecho esto, entró ligero y gozoso en el palacio de La Mole.

«Ahora ¡a lo nuestro!», exclamó, encerrándose con llave en su cuarto y despojándose de su traje.

«¡Cómo, señorita! -escribía después a Mathilde-. ¿Ha sido la señorita de La Mole quien, por conducto de Arsenio, lacayo de su padre, ha hecho llegar una carta, por todo extremo seductora, a manos de un pobre carpintero del Jura, sin duda para burlarse de su simplicidad...?»

Y a continuación transcribía las frases más claras de la carta que acababa de recibir.

La suya hubiese honrado la prudencia diplomática del caballero de Beauvoisis. Aún no eran más que las diez; Julien, ebrio de felicidad y de una sensación de poder completamente nueva para un pobre diablo, entró en la ópera italiana. Oyó cantar a su amigo Geronimo. Nunca la música le había exaltado hasta tal extremo. Era un dios.

⁵⁶ El cabinet noir, oficina secreta creada en tiempo de Luis XIV, en la cual el gobierno violaba el secreto de la correspondencia; puede considerarse el antecedente de la moderna censura postal.

Capítulo 14

Reflexiones de una joven

*Que de perplexités!
Que de nuits passées sans sommeil!
Grand Dieu! vais-je me rendre méprisable?
Il me méprisera lui-même. Mais il part, il
s'éloigne.⁵⁷*
ALFRED DE MUSSET

Antes de escribirle, Mathilde había librado una lucha interior. Cualquiera que fuese el origen de su interés por Julien, muy pronto reprimió el orgullo que, desde que se conocía a sí misma, había reinado en su corazón. Aquella alma altiva y fría se sentía arrebatada por vez primera por un sentimiento apasionado. Pero si bien había logrado dominar su orgullo, aún se mantenía fiel a sus hábitos. Dos meses de lucha y de sensaciones nuevas renovaron, por decirlo así, todo su ser moral.

Mathilde creía entrever la dicha. Y esta visión, todopoderosa en las almas valerosas dotadas de un talento superior, tuvo que luchar largamente con la dignidad y con los demás sentimientos vulgares del deber. Un día se presentó en el cuarto de su madre, a las siete de la mañana, rogándole que le permitiera refugiarse en Villequier. La marquesa ni siquiera se dignó contestarle, y le aconsejó que volviera a la cama. Aquél fue el último esfuerzo de la sensatez vulgar y de la deferencia a las ideas recibidas.

El temor de obrar mal y de ofender las ideas que consideraban sagradas los Caylus, los de Luz, los Croisenois, influía muy poco en su espíritu; a su entender, seres como ellos no estaban hechos para comprenderla; sólo les hubiera consultado si se tratara de comprar un coche o una propiedad. Su verdadero terror consistía en que Julien pudiese estar descontento de ella.

«¿Quizás él también no tiene más que las apariencias de un hombre superior?»

Aborrecía la falta de carácter, ésta era su única objeción contra los jóvenes que la rodeaban. Cuanto más se burlaban con gracia de todo lo que se aparta de los dictados de la moda, o los sigue mal creyendo acatarlos correctamente, más perdían a sus ojos.

«Eran valientes y nada más. Y aun eso, ¿de qué modo? -se decía-: en duelo. Pero el duelo no es más que una ceremonia. Todo está previsto de antemano, hasta lo que hay que decir al caer. Tendido sobre la hierba, y con una mano en el corazón, es preciso perdonar generosamente al adversario, y dedicar una frase a una mujer hermosa, a menudo imaginaria, o que va al baile el mismo día de la muerte de su amante, temerosa de despertar sospechas.

»Desafían el peligro al frente de un escuadrón resplandeciente de acero, pero ¿y el peligro aislado, extraordinario e imprevisto, realmente comprometido?

»¡Ay! -se decía Mathilde-. ¡En la corte de Enrique III sí se encontraban hombres tan grandes por su carácter como por su estirpe! Si Julien hubiese servido en Jarnac o en

⁵⁷ «Cuántas perplejidades! ¡Cuántas noches de insomnio! ¡Dios mío! ¿Voy a hacerme despreciable? Hasta él me despreciará. Pero se marcha, se aleja.»

Moncontour, ya no tendría ninguna duda. En aquellos tiempos del vigor y de la fuerza, los franceses no eran muñecos. El día de la batalla era casi el de menos vacilaciones.

»Su vida no estaba aprisionada, como una momia egipcia, bajo una envoltura siempre igual y común a todos. Sí -añadía-, entonces se necesitaba más valor para retirarse solo a las once de la noche, saliendo del palacio de Soissons, habitado por Catalina de Médicis, que hoy para marchar a Argelia. La vida de un hombre era una serie de azares. Ahora la civilización y el prefecto de policía han desterrado el azar, lo imprevisto ya no existe. Si aparece en las ideas, todas las sátiras son pocas para él; si aparece en los acontecimientos, nuestro miedo va a la par con nuestra cobardía. Cualquier locura que el miedo nos haga cometer siempre tiene excusa. ¡Siglo degenerado y aburrido! ¿Qué hubiera dicho Boniface de La Mole si, levantando de la tumba su cabeza cortada, hubiese visto en 1793 diecisiete descendientes suyos dejarse prender como borregos para ser guillotinado dos días después? La muerte era segura, pero hubiera sido de mal tono defenderse y matar un jacobino o dos, por lo menos. ¡Ah! En los tiempos heroicos de rancia, en el siglo de Boniface de La Mole, Julien habría sido jefe de escuadrón, y mi hermano un joven clérigo de costumbres decorosas, con la sensatez en los ojos y la razón en los labios.»

Algunos meses antes, Mathilde desesperaba de encontrar un ser algo diferente del patrón común. Había experimentado algún placer permitiéndose escribir a algunos jóvenes de la buena sociedad. Este atrevimiento tan inconveniente, tan imprudente en una muchacha, podía deshonrarla a los ojos del marqués de Croisenois, del duque de Chaulnes, su padre, y de todo el palacio de Chaulnes, que, al ver romperse el proyectado matrimonio, habría querido averiguar la causa. En aquella época, los días en que había escrito una de estas cartas Mathilde no podía dormir. Y, sin embargo, dichas cartas no eran más que respuestas.

Ahora se atrevía a decir que amaba. Había sido la primera (¡qué terrible palabra!) en escribirle a un hombre situado en uno de los escalones más bajos de la sociedad.

Esta circunstancia le aseguraba, caso de descubrirse, un eterno deshonor. ¿Cuál de las mujeres que venían a visitar a su madre se habría atrevido a ponerse de su parte? ¿Qué frase podrían encontrar para amortiguar el golpe del horrible desprecio de los salones?

Hablar era tremendo, pero ¡escribir! Hay cosas que no se escriben, exclamó Napoleón al recibir la noticia de la capitulación de Bailén. Y precisamente era Julien quien le había dicho esta frase, como si quisiera darle una lección por anticipado.

Pero todo esto no era nada, la angustia de Mathilde tenía otras causas. Olvidando el efecto horrible que haría en sociedad la mancha imborrable y digna del mayor desprecio, puesto que

ultrajaba a su casta, Mathilde se había atrevido a escribirle a un ser de muy distinta naturaleza que los Croisenois, los de Luz, los Caylus.

La profundidad y lo desconocido del carácter de Julien hubieran asustado a cualquiera que anudase con él unas relaciones corrientes. ¡Y ella iba a convertirle en su amante, quizás en su dueño!

«¿Cuáles no serán sus pretensiones si algún día llega a tener un poder absoluto sobre mí? ¡Pues bien!, diré como Medea: En medió de tantos peligros, me queda algo: Yo.

»Julien no siente el menor respeto por la nobleza de la sangre» -pensaba-. ¡A lo mejor tampoco sentía amor por ella!

En aquellos postreros momentos de duda acudió a su mente la idea de su orgullo femenino. «Todo tiene que ser excepcional en el destino de una muchacha como yo», exclamó Mathilde, impaciente. En aquel instante, el orgullo que le habían inspirado desde la cuna luchaba contra su virtud. Fue entonces cuando la marcha de Julien vino a precipitarlo todo.

(Felizmente tales caracteres son muy raros.)

Por la noche, ya muy tarde, Julien tuvo la malicia de hacer bajar un baúl muy pesado al cuarto del portero; para llevarlo llamó al lacayo que cortejaba a la doncella de la señorita de La Mole. «Quizás esta maniobra no dé resultado alguno -se dijo-, pero si resulta, creará que me he marchado.» Y se durmió, muy satisfecho de aquella burla. Mathilde no pegó ojo.

Al día siguiente, muy temprano, Julien salió del palacio sin ser visto, pero volvió antes de las ocho.

Apenas se instaló en la biblioteca, la señorita de La Mole apareció en la puerta. Él le entregó su contestación. Creyó que era su deber hablarle; por lo menos la ocasión no podía ser más propicia, pero la señorita de La Mole no quiso escucharle, y desapareció. Julien quedó encantado, no sabía qué decirle.

«Si todo esto no es un juego convenido con el conde Norbert, es evidente que han sido mis miradas, llenas de frialdad, las que han encendido ese extraño amor que esta muchacha de tan rancia nobleza pretende sentir por mí. Sería el colmo de la necedad por mi parte que llegara a gustarme esta gran muñeca rubia.» Este razonamiento le dejó más frío y más calculador que nunca.

«En la batalla que se prepara -añadió-, el orgullo de casta será como una posición fortificada en lo alto de una montaña situada entre los dos. Aquí es dónde habrá que maniobrar para tomarla. He hecho muy mal al quedarme en París; esta demora de mi viaje me envilece y me hace correr un gran peligro, si todo esto no es más que un juego. ¿Qué arriesgaba al marcharme? Me burlaba de ellos, si pretendían burlarse de mí. Si su interés es real, centuplicaba este interés.»

La carta de la señorita de La Mole había sido una satisfacción tan grande para la vanidad de Julien, que, aun riéndose de lo que le ocurría, había olvidado pensar seriamente en la conveniencia de su marcha.

Una de las fatalidades de su carácter era el ser extremadamente sensible a sus propias equivocaciones. Muy contrariado por ésta, casi no se acordaba de la victoria increíble que había precedido a este pequeño fracasó, cuando, a eso de las nueve, la señorita de La Mole apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca, le echó una carta y se marchó corriendo.

«Parece que esto va a ser una novela epistolar -dijo él, recogiendo aquella nueva carta-. El enemigo hace un movimiento falso, yo voy a hacer alarde de frialdad y de virtud.»

Se le pedía una respuesta decisiva con una altivez que aumentó su alegría interior. Él se dio el gusto de burlarse, a lo largo de dos páginas, de los que pretendiesen burlarse de él, y, como una broma más, anunció al final de su carta que se marcharía al día siguiente por la mañana.

Terminada esta carta, pensó: «Para entregársela, puedo avisarla desde el jardín». Salió fuera y miró a la ventana del cuarto de la señorita de La Mole.

Estaba situada en el primer pisó, al lado de las habitaciones de su madre, pero

había un entresuelo muy alto de techó.

Aquel primer pisó estaba tan alto, que, mientras se paseaba por la gran avenida de tilos con su carta en la manó, Julien no podía ser visto desde la ventana de la señorita de La Mole. La bóveda que formaban las copas de los tilos, muy bien podadas, interceptaba todas las miradas. «¡Pero cómo! -se dijo Julien, malhumorado-, ¡esto es una verdadera imprudencia! Si pretenden burlarse de mí, dejándome ver con una carta en la mano no hago más que secundar los propósitos de mis enemigos.»

La habitación de Norbert estaba precisamente encima de la de su hermana, y si Julien salía de la bóveda que formaban las ramas de los tilos, el conde y sus amigos podrían seguir todos sus movimientos.

La señorita de La Mole apareció detrás de los cristales; él le enseñó su carta con disimulo; ella bajó la cabeza. Enseguida, Julien volvió corriendo a su cuarto, y en la escalera principal encontró casualmente a la hermosa Mathilde, que cogió su carta con la más perfecta desenvoltura y con los ojos sonrientes.

«¡Cuánta pasión había en los ojos de la pobre señora de Renal -se dijo Julien- cuando, aun después de seis meses de relaciones íntimas, se atrevía a recibir una carta mía! Creo que jamás me miró con ojos sonrientes.»

Después ya no formuló tan claramente sus restantes objeciones. ¿Se avergonzaba de la futilidad de sus razones? «Pero al propio tiempo -siguió pensando-, ¡qué diferencia en la elegancia de su vestido de mañana, en la elegancia de su porte! Al ver a la señorita de La Mole a treinta pasos de distancia, un hombre de buen gusto adivinaría en el acto su rango en la alta sociedad. Esto sí que puede llamarse un mérito explícito.»

Aunque aparentaba tomarlo a broma, Julien no se atrevía a confesarse el fondo de su pensamiento; la señora de Rénal no tenía ningún marqués de Croisenois que sacrificarle. No había tenido otro rival que el innoble subprefecto señor Charcot, que se hacía llamar de Maugiron, porque ya no hay Maugirons.

A las cinco, Julien recibió una tercera carta; se la echaron desde la puerta de la biblioteca. La señorita de La Mole volvió a emprender la fuga. «¡Qué manía de escribir -se dijo, riendo-, cuando se puede hablar tan cómodamente! Está claro que el enemigo quiere tener varias cartas mías.» Y no se dio la menor prisa en abrirla. «Como siempre, unas cuantas frases elegantes», pensaba. Pero al leer palideció, no contenía más que ocho líneas:

«Necesito hablar con usted; es preciso que le hable; esta noche, al dar la una, esté usted en el jardín. Coja la escalera grande del jardinero, que está cerca del pozo, apóyela en mi ventana y suba a mi cuarto. Hay luna; no importa.»

Capítulo 15

¿Será una trampa?

*¡Ay, qué cruel es el intervalo entre la concepción
de un gran proyecto y su ejecución!
¡Cuántos terrores vanos! ¡Cuánta irresolución!
Se trata de la vida; más aún: del honor.
SCHILLER*

«Esto se pone serio -pensó Julien- ...y demasiado claro -añadió, después de haber reflexionado-. Esta hermosa señorita puede hablarme en la biblioteca, a Dios gracias, con entera libertad, pues el marqués, temeroso de que le presente alguna cuenta, no aparece nunca por aquí. Además, el marqués de La Mole y el conde Norbert, las únicas personas que suelen entrar aquí, están fuera casi todo el día; en cualquier momento es muy fácil advertir su entrada en palacio, ¡y la sublime Mathilde, para cuya mano no sería bastante noble un príncipe reinante, quiere que yo cometa una imprudencia abominable!

»Está bien claro, quieren perderme, o por lo menos burlarse de mí. Primero han querido perderme con mis cartas; pero como han sido prudentes, ¡necesitan un hecho tan claro como la luz del día! Estos caballeros me creen demasiado tonto o demasiado fatuo. ¡Vamos, que subir por una escalera de mano a un Primer piso de veinticinco pies de altura en una noche de luna llena! Daría tiempo a que me viesen incluso desde las casas vecinas. ¡Qué lindo estaría encaramado en la escalera!» Julien subió a su cuarto y, silbando, se puso a hacer su equipaje. Estaba decidido a marcharse y no contestar siquiera.

Pero aquella prudente resolución no le daba la menor tranquilidad de espíritu. Después de cerrar la maleta, se dijo de Pronto: «¿Y si por casualidad Mathilde obrase de buena fe? Entonces haré ante ella el papel de un perfecto cobarde. Yo no soy noble, necesito grandes cualidades, dinero contante y sonante, no basadas en halagadoras conjeturas, sino probadas con acciones elocuentes...».

Estuvo dando vueltas en su habitación durante un cuarto de hora.

«¿Para qué negarlo? -se dijo al fin-. A sus ojos no sería más que un cobarde. Perdería no sólo la mujer más deslumbradora de la alta sociedad, como decían todos en el baile del duque de Retz, sino también el divino placer de ver sacrificar por mí al marqués de Croisenois, hijo de un duque y que llegará también a duque. Un joven encantador que tiene todas las cualidades que a mí me faltan: talento oportuno, nacimiento, fortuna...

»Este remordimiento me perseguiría toda mi vida. No por ella, ¡hay tantas queridas!

... Mais il n'est qu'un honneur!⁵⁸

dijo el anciano don Diego, y aquí resulta claro y evidente que retrocedo ante el primer

⁵⁸ ...¡Pero no hay más que un honor!

peligro con que me encuentre; pues el duelo con el señor de Beauvoisis no fue más que una broma. Esto es otra cosa. Cualquier criado puede matarme como si tirara al blanco, pero no es éste el mayor peligro, puedo quedar deshonrado.

»Esto se pone serio, hijo mío -añadió con alegría y acento gascón-. Va en ello la honra. Nunca un pobre diablo como yo, a quien la suerte colocó tan bajo, encontrará una ocasión semejante: tal vez haré otras conquistas, pero inferiores...»

Reflexionó durante mucho rato, paseándose a pasos precipitados y deteniéndose súbitamente de vez en cuando. En su cuarto había un magnífico busto en mármol del cardenal Richelieu, que, a pesar suyo, atraía sus miradas. Aquel busto iluminado por su lámpara parecía que le miraba de un modo severo, como reprochándole la falta de audacia que debe ser tan natural en el carácter francés. «En tu época, gran hombre, ¿habría yo dudado?»

»En el peor de los casos -se dijo al fin Julien-, suponiendo que todo esto sea una trampa, es bien triste y comprometedor para una muchacha. Saben que no soy hombre que se calle. Por lo tanto, tendrán que matarme. Y eso era bueno en 1574, en tiempos de Boniface de La Mole, pero actualmente no se atrevería nadie. Estas gentes no son las mismas. ¡La señorita de La Mole es objeto de tantas envidias! Mañana mismo su vergüenza sería comentada en cuatrocientos salones, y ¡con qué fruición!

»Los criados comentan entre sí las notorias preferencias de que soy objeto, lo sé, les he oído...

»Por otra parte, sus cartas... A lo mejor se figuran que las llevo encima. Si me sorprendieran en su cuarto, me las quitarían. Tendría que habérmelas con dos, tres o cuatro hombres, ¡qué sé yo! Pero ¿de dónde sacarían estos hombres? ¿Dónde encontrar servidores discretos en París? La justicia les da miedo... ¡Pardiez! Quizá los mismos Caylus, Croisenois, de Luz. Ese instante y el papel ridículo que yo haría en medio de ellos es lo que les habrá tentado. ¡Cuidado con la suerte de Abelardo, señor secretario!

»¡Pardiez, señores, no se escapan sin ningún recuerdo mío! Pegaré en la cara, como los soldados de César en Farsalia... Y las cartas puedo ponerlas en lugar seguro.»

Julien copió las dos últimas, escondió las copias en un tomo del lujoso Voltaire que había en la biblioteca, y llevó los originales al correo.

Cuando estuvo de vuelta, se dijo lleno de sorpresa y terror: «¡Qué locura voy a cometer! -Había pasado un cuarto de hora sin pensar seriamente en la empresa que iba a llevar a cabo aquella misma noche-. Pero si no acepto, ¡después me despreciaré a mí mismo! Durante toda mi vida esta acción será un motivo de duda, y para mí semejante duda es el mayor de los tormentos. ¿No tuve ocasión de comprobarlo por lo del amante de Amanda? Creo que me perdonaría más fácilmente un crimen bien claro; una vez confesado, dejaría de pensar en él.

»¡Cómo! ¡Un destino excepcional me convierte en el rival de un hombre que ostenta uno de los nombres más ilustres de Francia, y yo mismo, alegremente, voy a confesarme inferior a él! En

el fondo, no ir es una cobardía. Esta palabra lo resuelve todo -exclamó Julien, levantándose-, ¡además, ella es muy bonita!

»Si esto no es una traición, ¡qué locura comete por mí!... Si es un engaño, ¡pardiez, señores!, en mi mano está convertirlo en algo serio, y no dejaré de hacerlo.

»Pero, ¿y si me sujetan los brazos en el momento de entrar en su cuarto? A lo mejor me han preparado un ingenioso mecanismo.

»Esto es como un duelo -se dijo, riendo-, hay parada para todo, dice mi maestro de armas, pero cuando Dios misericordioso quiere que se acabe, hace que uno de los dos se olvide de parar. Además, con esto puedo darles una cumplida respuesta». Sacó sus pistolas del bolsillo, y, aunque el fulminante estaba intacto, las volvió a cargar.

Todavía quedaban muchas horas de espera; para hacer algo, Julien escribió a Fouqué.

«Querido amigo:

No abras la carta adjunta que te incluyo más que en caso de accidente, si tienes noticia de que me ha ocurrido algo raro. En ese caso, borra los nombres propios del manuscrito que te envío y manda sacar ocho copias, que remitirás a los periódicos de Marsella, Burdeos, Lyon, Bruselas, etc. Diez días después manda imprimir este manuscrito; envía el primer ejemplar al señor marqués de La Mole; y quince días después, de noche, arroja por las calles de Verrières los demás ejemplares.»

Arreglada en forma de cuento esta especie de memoria justificativa, que Fouqué sólo había de abrir en caso de accidente, Julien procuró hacerla lo menos comprometedor posible para la señorita de La Mole; pero, con todo, describía muy exactamente su posición.

Julien acababa de cerrar su paquete cuando sonó la campana de la cena, haciendo palpar su corazón. Preocupado por el relato que había compuesto en su imaginación, le embargaban los más trágicos presentimientos. Se había visto a sí mismo secuestrado por los criados, agarrotado y encerrado en el sótano con una mordaza en la boca. Allí, un criado le vigilaba día y noche sin perderle de vista, y si el honor de la noble familia exigía que la aventura terminase trágicamente, era fácil ponerle fin mediante uno de esos venenos que no dejan rastro; entonces corría la voz de que había muerto de enfermedad y trasladaban el cadáver a su cuarto.

Emocionado por su propia fábula, como un autor dramático, Julien tenía verdadero miedo cuando entró en el comedor. Miraba a todos esos criados con librea. Estudiaba su fisonomía. «¿Cuáles habrán elegido para la expedición de esta noche? -se preguntaba-. En esta familia los recuerdos de la corte de Enrique [II están tan presentes en su memoria, que, si se creen ultrajados, tendrán mucha más decisión que otros personajes de su mismo rango.» Miró a la señorita de La Mole para ver si leía en sus ojos los proyectos de su familia; estaba pálida y tenía un aire completamente medieval. Nunca le había hallado tal aire de grandeza, estaba realmente hermosa e imponente. Casi se sintió enamorado de ella. «Pallida inorte,futura», se dijo. (Su palidez revela sus grandes propósitos.)

En vano después de cenar fingió pasear durante mucho rato por el jardín, la señorita de La Mole no apareció. En aquel momento, hablar con ella le hubiera quitado un gran peso de encima.

¿Por qué no confesarlo? Tenía miedo. Como estaba resuelto a actuar, se abandonaba sin vergüenza a este sentimiento. Se decía: «Con tal de que en el momento preciso tenga el valor necesario, ¿qué importa lo que pueda sentir ahora?». Y se fue a comprobar el peso de la escalera de mano y a inspeccionar el sitio en que estaba.

«Éste es un instrumento -díjose, riendo- que estoy destinado a utilizar aquí, como en Verrières. ¡Qué diferencia! Entonces -añadió con un suspiro- no me veía obligado a desconfiar (le la persona por quien me arriesgaba. ¡Y qué distinto también el peligro que corría!

»Si me hubiesen matado en los jardines del señor de Rénal, no habría habido deshonor para mí. Fácilmente hubiera podido ocultar las razones de mi muerte. Aquí, en cambio, ¡qué abominables relatos se harían en los salones de Chaulnes, de Caylus, de Retz, etc., en una palabra, en todas partes! Pasaría como un monstruo a la posteridad.

»Durante dos o tres años -agregó, riéndose y burlándose de sí mismo. No obstante, aquella idea le anonadaba-. Y a mí, ¿cómo podrán justificarme? Suponiendo que Fouqué haga imprimir mi libelo póstumo, no será más que una nueva infamia. ¡Cómo! Soy recibido en una casa, colmado de bondades y, en pago de ellas y de la hospitalidad que me han prestado, ¡imprimo un libelo contando lo que pasa! ¡Ataco el honor de las mujeres de la familia! ¡No, antes mil veces me dejaré engañar!»

Aquella velada fue espantosa.

Capítulo 16

La una de la madrugada

*El jardín era muy grande,
trazado pocos años antes con un gusto exquisito.
Pero los árboles tenían más de un siglo,
y le daban un cierto aire campestre.*
MASSINGER

Iba a escribir una contraorden a Fouqué, cuando dieron las once. Haciendo mucho ruido, dio varias vueltas a la cerradura de la puerta de su cuarto, como si se encerrase en él. Después salió a paso de lobo a inspeccionar toda la casa, sobre todo el cuarto piso, que ocupaban los criados. No advirtió nada excepcional. Una de las doncellas de la marquesa de La Mole tenía una pequeña reunión en su cuarto; los criados bebían ponche alegremente. «Los que así ríen -pensó Julien- no tomarán parte en la expedición nocturna, estarían más serios.»

Finalmente fue a esconderse en un rincón oscuro del jardín. «Si su plan es ocultarse de los criados de la casa, harán saltar las tapias del jardín a las personas encargadas de sorprenderme.

»Si el marqués de Croisenois obra con algo de sangre fría en este asunto, debe considerar menos comprometedor para la muchacha con quien ha de casarse que me sorprendan antes de entrar en su cuarto.»

Hizo un reconocimiento militar y muy minucioso. «Se trata de mi honor -pensó-; si cometo alguna torpeza, me parecerá una excusa inadmisible decir que no se me había ocurrido.»

El tiempo era de una serenidad desesperante. A eso de las once salió la luna, a las doce iluminaba de lleno la fachada del Palacio que daba al jardín.

«Está loca», se decía Julien. Al dar la una aún había luz en las ventanas del conde Norbert. En toda su vida había tenido Julien tanto miedo, no veía más que los peligros de la empresa, y no sentía el menor entusiasmo.

Fue a buscar la enorme escalera de mano, esperó cinco minutos, para dar tiempo a una contraorden, y a la una y cinco apoyó la escalera contra la ventana de Mathilde. Subió despacio, con la pistola en la mano, asombrado de que no le atacasen. Al acercarse a la ventana, ésta se abrió sin ruido.

-Ya está usted aquí -le dijo Mathilde, muy emocionada-. Estoy observando sus movimientos desde hace una hora.

Julien estaba muy azorado, no sabía cómo conducirse, pues no sentía ni rastro de amor. En su azoramiento creyó que debía ser atrevido, y trató de abrazar a Mathilde.

-¡Atrás! -le dijo ella, rechazándole.

Muy satisfecho de verse rechazado, se apresuró a echar una ojeada en torno suyo: la luna era tan brillante, que las sombras que proyectaba dentro del cuarto de la señorita de La Mole eran negras. «Aquí puede haber muy bien varios hombres escondidos sin que yo los vea», pensó.

-¿Qué lleva usted en el bolsillo? -le preguntó Mathilde, encantada de encontrar un motivo de conversación.

Sufría de modo extraño; todos los sentimientos de timidez y recato, tan naturales en una muchacha de buena cuna, habían recobrado su imperio y eran un suplicio para ella.

-Tengo toda clase de armas y de pistolas -respondió Julien, no menos contento de poder decir algo.

-Hay que retirar la escalera -dijo Mathilde.

-Es enorme, y puedo romper los cristales del salón de abajo o del entresuelo.

-No hay que romper los cristales -respondió Mathilde, tratando en vano de adoptar el tono de la conversación corriente-; me parece que podrá usted bajar la escalera atando una cuerda al primer peldaño. Yo siempre tengo cuerdas de todas clases.

«¿Y esto es una mujer enamorada? -pensó Julien-. ¡Se atreve a decir que me ama! Tanta sangre fría, tantas precauciones, me demuestran bien a las claras que no triunfo sobre el marqués de Croisenois, como yo creía estúpidamente, sino que no hago más que sucederle. Pero ¡qué me importa! ¿La amo acaso? Siempre triunfaré sobre el marqués en el sentido de que le molestará mucho tener un sucesor, y aún más que su sucesor sea yo. ¡Con qué altanería me miraba ayer por la tarde en el Café Tortoni, afectando no reconocermelo! ¡Y con qué aire ofendido me saludó luego, cuando no pudo evitarlo!»

Julien había atado la cuerda al último peldaño de la escalera y la dejaba caer despacio, inclinando mucho el cuerpo fuera del balcón para que no rompiera los cristales. «¡Bonito momento para matarme -pensó-, si hay alguien escondido en el cuarto de Mathilde!» Pero el silencio más profundo continuaba reinando por doquier.

Por fin la escalera llegó al suelo. Julien logró dejarla tendida sobre un arriate de flores exóticas que se extendía a lo largo de la pared.

-¡Qué dirá mi madre -dijo Mathilde- cuando vea destrozadas sus hermosas plantas!... Hay que tirar la cuerda -añadió con la mayor sangre fría-. Si la vieran colgada del balcón, sería una circunstancia muy difícil de explicar.

-Y yo, ¿cómo irme? -dijo Julien en tono de broma, afectando el modo de hablar criollo. (Una de las doncellas de la casa era de Santo Domingo.)

-Usted irse por la puerta -dijo Mathilde, encantada de esta idea.

«¡Qué digno de mi amor es este hombre!», pensó.

Julien acababa de dejar caer la cuerda al jardín. Mathilde le apretó el brazo. Él creyó que se trataba de un enemigo, y se volvió rápidamente, sacando un puñal.

A ella le había parecido que abrían una ventana. Se quedaron inmóviles y sin respirar. La luna les daba de lleno. No se volvió a oír el menor ruido y toda su inquietud se desvaneció.

Entonces volvió el malestar, que era muy acusado por ambas Partes. Julien se aseguró de que la puerta estaba cerrada con cerrojo; pensó incluso en mirar debajo de la cama, pero no se atrevió; allí podían muy bien haberse escondido uno o dos criados. Finalmente, temió los futuros reproches de su prudencia, y miró.

Mathilde era presa de todas las angustias que puede inspirar la timidez más extremada. Su situación la horrorizaba.

-¿Qué ha hecho usted con mis cartas? -le dijo por fin.

«¡Buena ocasión para desconcertar a esos señores, si están a la escucha, y evitar la batalla!», pensó Julien.

-La primera, escondida en una gran Biblia protestante, salió ayer en la diligencia,

y pronto estará muy lejos de aquí.

Hablaba con mucha claridad al entrar en estos detalles para ser oído por las personas que podían estar escondidas en dos grandes armarios de caoba que no se había atrevido a registrar.

-Las otras dos las he mandado por correo, y siguen el mismo camino que la primera.

-¡Dios mío! ¿Y para qué tantas precauciones? -dijo Mathilde, extrañada.

«¿Por qué he de mentir?», pensó Julien, y le confesó todas sus sospechas.

-¡Así, pues, éste era el motivo de la frialdad de tus cartas! -exclamó Mathilde con un tono en que se traslucía más el extravío que la ternura.

Julien no advirtió este matiz. Aquel tuteo le hizo perder la cabeza, o por lo menos sus sospechas se desvanecieron; se vio a sí mismo dignificado; se atrevió a estrechar en sus brazos a aquella muchacha tan hermosa y que tanto respeto le inspiraba. Fue rechazado sólo a medias.

Recurrió a su memoria, como en otro tiempo, en Besancon, con Amanda Binet, y recitó algunas de las más bellas frases de La nueva Eloísa.

-Eres todo un hombre -le respondió, sin hacer mucho caso de sus palabras-; he querido poner a prueba tu valor, lo confieso. Tus primeras sospechas y tu resolución me demuestran que eres aún más intrépido de lo que yo creía.

Mathilde hacía esfuerzos para tutearle, evidentemente estaba más atenta a esta manera inusitada de hablar que al fondo de las cosas que decía. Aquel tuteo, desprovisto del menor acento de ternura, al cabo de un momento no le produjo a Julien ningún placer; le extrañaba no sentirse dichoso; para lograrlo recurrió a su razón. Se veía estimado por aquella muchacha tan orgullosa y que nunca prodigaba sus elogios sin reservas. Con este razonamiento consiguió experimentar una satisfacción de amor propio.

Pero no era, a decir verdad, aquella voluptuosidad del alma que había encontrado muchas veces junto a la señora de Renal. ¡Qué diferencia, Santo Dios! En aquel primer momento, sus sentimientos no tenían nada de tiernos. Aquello era la dicha de la ambición, y Julien era, sobre todo, ambicioso. Habló de nuevo de las gentes de quienes sospechaba y de las precauciones que había imaginado. Mientras hablaba, estaba pensando en el modo de aprovecharse de su victoria.

Mathilde, muy azorada aún y con el aire aterrado por el paso que había dado, se alegró mucho de encontrar un tema de conversación. Hablaron del modo de volver a verse. Julien gozó con delicia del ingenio y el valor de que dio muestras nuevamente durante esta discusión. Tenían que habérselas con gente muy perspicaz, el pequeño Tanbeau sería seguramente un espía, pero Mathilde y él tampoco carecían de habilidad.

-¿Qué cosa más fácil que reunirse en la biblioteca para ponerse de acuerdo?

-Yo puedo andar por todas partes en la casa sin despertar sospechas -añadió Julien-, casi hasta entrar en el cuarto de la marquesa de La Mole.

Era imprescindible pasar por éste para llegar al de su hija. Si Mathilde prefería que entrara siempre por el balcón, se expondría a aquel pequeño peligro con el corazón ebrio de alegría.

Al escucharle, Mathilde se sintió molesta por aquel aire de triunfo. «¿Acaso es mi dueño?», se dijo.

Se sentía presa ya de remordimientos. Su razón se horrorizaba ante la locura enorme que acababa de cometer. De estar en su mano, habría hecho que la tierra la

tragara a sí misma y a Julien. En los momentos en que su fuerza de voluntad acallaba sus remordimientos, un sentimiento de timidez y de pudor herido la hacían muy desgraciada. No había previsto, ni con mucho, el estado angustioso en que se hallaba.

«Sin embargo, es preciso que le hable -acabó por decirse eso es lo que corresponde, todo el mundo habla a su amante.» y entonces, por cumplir un deber, y con una ternura que estaba mucho más en las palabras empleadas que en el tono de su voz, le contó las diversas resoluciones que había adoptado respecto a él en aquellos últimos días.

Había resuelto que si se atrevía a llegar a su cuarto valiéndose de la escalera de mano del jardinero, como le había indicado, sería suya sin reservas. Pero jamás se han dicho cosas tan tiernas en un tono más frío y más cortés. Hasta aquel momento era una cita helada, capaz de hacer odiar el amor. ¡Qué lección de moral para una joven imprudente! ¿Vale la pena perder su porvenir por un momento semejante?

Después de largas vacilaciones, que a un observador superficial hubieran podido parecerle efecto de un odio declarado -hasta tal punto los sentimientos que una mujer se debe a sí misma se resistían a ceder a una voluntad tan firme-, Mathilde acabó por ser para él una amante amable.

A decir verdad, todos sus transportes eran un poco deliberados. El amor apasionado era más bien una copia que se trataba de imitar que una realidad.

La señorita de La Mole creía cumplir un deber consigo misma y con su amante. «El pobre muchacho -se decía- ha demostrado un valor extraordinario, merece ser feliz, o a mí me falta carácter.» Pero hubiera cambiado por una eternidad de desdichas la cruel necesidad en que se hallaba.

A pesar de la tremenda violencia que se hacía, fue perfectamente dueña de sus palabras.

Ni una queja, ni un reproche vinieron a echar a perder aquella noche, que a Julien le pareció más bien extraña que dichosa. ¡Qué diferencia, Santo Dios, con su última estancia de veinticuatro horas en Verrières! «Los buenos modales de París han halla, do el secreto para estropearlo todo. hasta el amor se decía a si mismo con extremada injusticia. de los

Estaba entregado a estas reflexiones, dentro de uno grandes armarios de caoba, donde le habían metido en cuanto se oyeron los primeros ruidos en la estancia contigua, que era la de la marquesa de La Mole. Mathilde acompañó a su madre a misa, las criadas se marcharon luego de la habitación, y Julien escapó antes de que volvieran a reanudar sus faenas.

Montó a caballo y buscó los lugares más solitarios de uno de los bosques cercanos a París. Se sentía más asombrado que dichoso. La alegría que de vez en cuando embargaba su espíritu era como la de un subteniente, al que, después de una brillante acción, el general en jefe hubiese ascendido a coronel en el campo de batalla; se sentía elevado a una inmensa altura. Todo lo que la víspera estaba por encima de él ahora estaba a su nivel o por debajo. A medida que se alejaba, la dicha de Julien fue en aumento.

Si no había el menor rastro de ternura en su alma, era porque, por extraño que parezca, Mathilde, en toda su conducta con él, había cumplido su deber. En todos los acontecimientos de aquella noche no había nada imprevisto para ella, sólo la tristeza y la vergüenza que había experimentado, en vez de la divina felicidad de que hablan las novelas.

«¿Me habré engañado y no estaré enamorada de él?», se dijo.

Capítulo 17

Una vieja espada

*I now mean tu be serious; it is time,
Since laughter now-a-days is deem'd too serious
A jest at vice by virtue's called a crime.⁵⁹*
BYRON

Mathilde no asistió a la comida. Por la noche estuvo un momento en el salón, pero no miró a Julien. Esta conducta le pareció a él extraña. «Pero no conozco las costumbres de la gente de cuna más que por los actos de la vida cotidiana que he observado cientos de veces -pensó-; ya me dirá la razón de todo esto.» Sin embargo, movido por una extrema curiosidad, estudiaba la expresión del semblante de Mathilde; no pudo menos de observar que era seca y dura. Evidentemente, no era la misma mujer que la noche anterior sentía o fingía sentir unos transportes de dicha excesivos para ser verdaderos.

Al día siguiente y al otro, la misma frialdad por su parte; no le miraba, no se daba cuenta siquiera de su existencia. Julien, devorado por la más viva inquietud, estaba a mil leguas del sentimiento de triunfo que había experimentado el primer día. «¿Se trata, acaso, de un retorno a la virtud?» Pero ésta era una expresión demasiado burguesa para la orgullosa Mathilde.

«En las circunstancias corrientes de la vida no cree en la religión -pensaba Julien-, aunque la considera muy útil para los intereses de su casta.

»Pero, ¿no puede reprocharse vivamente la falta irreparable que ha cometido, aunque sólo sea por simple delicadeza femenina?» Julien creía ser su primer amante.

«Sin embargo -se decía otras veces-, preciso es confesar que en su manera de ser no hay el menor rastro de sencillez, ternura o ingenuidad; nunca la he visto más parecida a una reina que acaba de descender de su trono. ¿Será que me desprecia? Sería digno de ella arrepentirse de lo que ha hecho por mí, solamente a causa de mi humilde cuna.»

Mientras Julien, lleno de los prejuicios adquiridos en los libros y en los recuerdos de Verrières, perseguía la quimera de una amante tierna que ya no piensa en sí misma desde el momento en que ha hecho feliz a su amante, la vanidad de Mathilde estaba furiosa contra él.

Como hacía más de dos meses que no se aburría, ya no le asustaba el aburrimiento; por eso, sin sospecharlo siquiera, Julien había perdido su mayor ventaja.

«¡Me he dado pues un dueño! -se decía la señorita de La Mole, paseándose alterada por su habitación-. Tiene un gran sentido del honor, es cierto; pero si pongo a prueba su vanidad, puede vengarse de mí haciendo pública la índole de nuestras relaciones.» Tal es la desgracia de nuestro siglo, que ni los más singulares extravíos remedian el aburrimiento. Mathilde no había tenido ningún amante, y en esta circunstancia de la vida, que da ilusiones de ternura aun a las almas más duras, era presa de las reflexiones más amargas.

⁵⁹ «Ahora me propongo ponerme serio: ya es tiempo. / porque. hoy por hoy. hasta la misma risa se ha vuelto seria; / hasta una burla de la virtud al vicio es considerada un crimen. Don Juan, c. XIII.»

«Tiene un poder inmenso sobre mí, puesto que puede dominarme por el terror, e infligirme un castigo horrible si le saco de sus casillas.» Esta sola idea era suficiente para que la señorita de La Mole sintiese deseos de ofenderle, pues el valor era la primera cualidad de su carácter. No había nada capaz de producirle mayor agitación y de disipar el fondo de aburrimiento siempre latente dentro de ella, que la idea de que se jugaba su existencia a cara o cruz.

Al tercer día, como la señorita de La Mole se obstinaba en no mirarle, después de comer Julien la siguió al salón de billar, evidentemente contrariando sus deseos.

-Vamos a ver, caballero -le dijo ella con mal contenida indignación-, ¿es que cree usted haber adquirido tan grandes derechos sobre mí que pretende hablarme en contra de mi voluntad, expresada de una manera bien patente?... ¿Sabe usted que nadie en el mundo se había atrevido a tanto?

Nada más gracioso que el diálogo entre aquellos dos amantes; sin darse cuenta, sentían el odio más profundo el uno por el otro. Como ninguno de los dos tenía el carácter muy sufrido, y además estaban habituados al trato de la buena sociedad, no tardaron mucho en declararse mutuamente que todo había terminado entre ellos para siempre.

-Le juro que guardaré el secreto eternamente -dijo Julien-, y añadiría incluso que no volveré a dirigirle la palabra, si no temiera dañar su reputación con un cambio tan marcado.

Saludó con perfecto respeto y se marchó.

Cumplía sin mucho esfuerzo lo que él consideraba un deber; estaba muy lejos de creerse enamorado de veras de la señorita de La Mole. Indudablemente, no la amaba tres días antes, cuando le había escondido en el armario de caoba. Pero todo cambió rápidamente en su alma desde el momento en que creyó que había roto con ella para siempre.

Su memoria cruel se complacía en recordar los menores detalles de aquella noche que en la realidad le había dejado tan frío.

La misma noche que siguió a la ruptura definitiva, Julien estuvo a punto de volverse loco al verse obligado a confesarse que amaba a la señorita de La Mole.

A este descubrimiento siguió una serie de luchas crueles: todos sus sentimientos estaban trastornados.

Ocho días después, en lugar de mostrarse orgulloso con el marqués de Croisenois, casi le habría abrazado deshecho en lágrimas.

La costumbre de la desgracia le dio un rasgo de buen sentido, se decidió a partir para el Languedoc, hizo su equipaje y se fue a la casa de postas.

Se sintió desfallecer cuando, al llegar a la oficina de las sillas de posta, le dijeron que por una extraña casualidad había una plaza para el día siguiente en la diligencia de Toulouse. La tomó y volvió al palacio de La Mole a anunciarle su marcha al marqués.

El marqués de La Mole había salido. Más muerto que vivo, Julien fue a esperarle a la biblioteca. ¡Cuál no sería su emoción al encontrar allí a la señorita de La Mole!

Al verle aparecer, ella adoptó un aire de malignidad que no dejaba lugar a dudas.

Arrastrado por su desgracia, extraviado por la sorpresa, Julien tuvo la debilidad de decirle, con el tono más tierno que salió del fondo de su alma:

-Entonces, ¿ya no me ama usted?

-Me horroriza la idea de haberme entregado a un cualquiera -dijo Mathilde,

llorando de rabia contra sí misma.

-¡A un cualquiera! -exclamó Julien, y se lanzó sobre una antigua espada de la Edad Media, que se conservaba como una curiosidad en la biblioteca.

Su dolor, que creía extremado en el momento de dirigirle la palabra a la señorita de La Mole, se había centuplicado al ver las lágrimas de vergüenza que brotaban de sus ojos. Se hubiera considerado el más feliz de los hombres de poder matarla.

En el momento en que, con algún esfuerzo, logró sacar la espada de su antigua vaina, Mathilde, feliz con una sensación tan nueva, avanzó orgullosa hacia él; habían cesado todas sus lágrimas.

El recuerdo del marqués de La Mole, su bienhechor, acudió de pronto a la mente de Julien. «¡Voy a matar a su hija! -se dijo! Qué horror! -e hizo un gesto para tirar la espada-. Seguramente -pensó- va a echarse a reír ante esta actitud de melodrama.» Esta idea le devolvió toda su sangre fría. Miró la hoja de la vieja espada con curiosidad, como si tratase de descubrir alguna mancha de óxido, luego la envainó de nuevo, y con la mayor tranquilidad la volvió a colgar del clavo de bronce dorado que la sostenía.

Todo este movimiento, muy lento al final, duró acaso un minuto; la señorita de La Mole le miró asombrada. «¡He estado, pues, a punto de morir a manos de mi amante!», se decía.

Esta idea la transportaba a los bellos tiempos del siglo de Carlos IX y de Enrique III.

Permanecía inmóvil ante Julien, que acababa de poner la espada en su sitio, y le miraba con ojos en los que no quedaba el menor rastro de odio. Preciso es reconocer que en aquel momento estaba realmente seductora; desde luego, jamás mujer alguna estuvo más lejos de parecer una muñeca parisiense. (Ésta era la gran objeción de Julien contra las mujeres de aquella ciudad.)

«Voy a recaer de nuevo en alguna debilidad por él -pensó Mathilde-; y esta vez, después de una recaída, en el preciso momento en que le he hablado tan duramente, sí que se creería mi dueño y señor.» Y echó a correr.

«¡Dios mío, qué hermosa es! -se dijo Julien al ver cómo echaba a correr-. Ésa es la mujer que aún no hace ocho días se arrojaba con tanto ardor entre mis brazos... ¡y esos instantes no volverán jamás! Y tengo yo la culpa. ¡Y ante un acto tan extraordinario, tan importante para mí, estuve casi insensible!... Preciso es confesar que nací con un carácter bien insignificante y bien desdichado.»

Entró el marqués; Julien se apresuró a anunciarle su .marcha.

-¿Adónde? -dijo el marqués de La Mole.

-Al Languedoc.

-Lo siento, pero de ningún modo, le esperan a usted más altos destinos, y si se va a alguna parte será al norte... Es más, en términos militares, le arresto en palacio. Le agradecería que no estuviera nunca fuera más de dos o tres horas, puedo necesitarle de un momento a otro.

Julien saludó y se retiró sin decir una palabra, dejando .muy extrañado al marqués. Se sentía incapaz de decir nada, y se encerró en su cuarto. Allí pudo lamentarse en plena libertad de su desdichada suerte.

-¡De modo -pensaba- que ni alejarme puedo! ¡Dios sabe cuántos días el marqués me retendrá en París! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? ¡Y no tengo ni un amigo a quien consultar! El padre Pirard no me dejará ni

acabar la primera frase; el conde de Altamira me propondrá, para distraerme, que me comprometa en alguna conspiración.

»Y, sin embargo, estoy loco, me doy cuenta, ¡estoy loco!

»¿Quién podrá guiarme, qué va a ser de mí?»

Capítulo 18

Momentos crueles

*¡Y me lo confiesa! ¡Y enumera hasta los menores detalles!
¡Sus hermosos ojos, fijos en los míos, expresan el amor que siente por otro!*
SCHILLER

La señorita de La Mole, encantada, sólo pensaba en la dicha de haber estado a punto de morir. Incluso llegaba a decirse: «Es digno de ser mi dueño, puesto que ha estado a punto de matarme. ¿Cuántos distinguidos jóvenes de la buena sociedad habría que reunir para lograr semejante arranque de pasión?

»Preciso es confesar que estaba muy guapo en el momento en que se subió a la silla para volver a colocar la espada, precisamente en la pintoresca posición en que el decorador la había puesto. ¡Después de todo, quererle no ha sido una locura tan grande por mi parte!».

En aquel momento, si hubiese encontrado algún medio digno de reconciliarse con él, lo hubiera aprovechado con gusto. Julien, encerrado con doble llave en su cuarto, era presa de la más violenta desesperación. En su loco extravío, pensaba arrojarse a sus pies. Si en vez de estar oculto en un lugar apartado hubiese vagado por la casa y el jardín, al acecho de la primera ocasión que se presentase, quizá su horrible desgracia se habría trocado en un momento en la más completa felicidad.

Pero la habilidad que echamos de menos en él hubiera excluido, en cambio el sublime impulso de coger la espada, que en aquel momento le hacía tan atractivo a los ojos de la señorita de La Mole. Este capricho, favorable a Julien, duró todo el día. Mathilde se hacía una imagen encantadora de dos breves instantes durante los cuales le había amado, y los echaba de menos.

«En realidad -se decía-, mi pasión por ese pobre muchacho no ha durado a sus ojos más que desde la una de la noche, en que le vi llegar por la escalera, con todas sus pistolas en el bolsillo, hasta las nueve de la mañana. Un cuarto de hora después, oyendo misa en Sainte-Valère, ya empecé a pensar que se iba a creer mi dueño y que a lo mejor pretendía hacerme obedecer por medio del terror.»

Después de comer, la señorita de La Mole, lejos de huir de Julien, le habló y le invitó en cierto modo a que la siguiese al jardín. Él obedeció. Le faltaba esta prueba. Mathilde cedía, casi sin darse cuenta, al amor que volvía a sentir por él. Encontraba un gran placer en pasearse a su lado; miraba con curiosidad aquellas manos que por la mañana habían cogido la espada con intención de matarla.

Sin embargo, después de todo lo que había pasado, no podía volver a reanudarse la antigua conversación.

Poco a poco, Mathilde comenzó a hacerle confidencias íntimas sobre el estado de su corazón. Encontraba una rara voluptuosidad en aquella conversación; llegó a referirle detalladamente los accesos de pasajero entusiasmo que había sentido por el marqués de Croisenois, por el conde de Caylus...

-¡Cómo! ¡También por el conde de Caylus! -exclamó Julien; y en esta frase dejó

traslucir claramente los amargos celos de un amante desdeñado.

Mathilde así lo juzgó, y no se sintió ofendida por ello.

Continuó torturando a Julien, detallándole sus sentimientos de antaño del modo más pintoresco y con el acento de la más íntima veracidad. Se daba cuenta de que ella pintaba lo que tenía ante sus ojos. Sentía el dolor de observar que, hablando, Mathilde hacía descubrimientos en su propio corazón.

El tormento de los celos no podía ser más cruel.

Sospechar que un rival es amado, ya es bastante cruel, pero oír confesar con todos sus detalles el amor que inspira a la mujer que se adora, es, quizás, el colmo del dolor.

¡Qué castigo recibió en aquel momento la orgullosa presunción de Julien, que le había llevado a creerse superior a los Caylus y a los Croisenois! ¡Con qué amargura íntima y sentida se exageraba sus más insignificantes cualidades! ¡Con qué ardiente buena fe se despreciaba a sí mismo!

Mathilde le parecía divina; no hay palabra capaz de expresar el exceso de su admiración. Paseándose a su lado, observaba a hurtadillas sus manos, sus brazos, su porte de reina. Estaba a punto de caer a sus pies, abrumado de amor y de dolor, clamando piedad.

«¡Y esta criatura tan hermosa, tan superior a todo, que me ha amado una vez, sin duda va a amar dentro de poco al conde de Caylus!»

Julien no podía dudar de la sinceridad de la señorita de La Mole; el acento de la verdad era demasiado evidente en todo lo que decía. Para que no faltara absolutamente nada a su desdicha, hubo momentos en que Mathilde, a fuerza de ocuparse de los sentimientos que en un tiempo experimentó por el conde de Caylus, llegó a hablar de él como si lo amase en ese momento. Y en su acento, sin duda alguna, se reflejaba el amor, Julien lo veía claramente.

Si hubiera sentido su pecho inundado de plomo derretido, habría sufrido menos. En el paroxismo de su dolor, ¿cómo podía adivinar el pobre muchacho que precisamente por estar hablando con él la señorita de La Mole sentía tanto placer en recordar las veleidades amorosas que había sentido en otro tiempo por los señores de Caylus o de Croisenois?

Nada podría expresar los sufrimientos de Julien. Escuchaba las minuciosas confidencias del amor que había sentido por otro, en aquella misma avenida de tilos donde, pocos días antes, esperaba que diera la una para subir a su cuarto. Ningún ser humano puede soportar la desgracia llevada a un tan alto grado.

Este género de intimidad cruel duró ocho días largos. Mathilde, unas veces parecía buscar las ocasiones de hablarle y otras no las rehuía; y el tema de la conversación, sobre el que volvían los dos con una especie de voluptuosidad cruel, era el relato de los sentimientos que ella había experimentado por otros: ella le comía las cartas que había escrito, recordando hasta las pala bras y repitiéndole frases enteras. Los últimos días parecía contemplar a Julien con una especie de alegría maligna. Sus sufrimientos eran un vivo placer para ella; veía en ellos la debilidad de su tirano, podía pues permitirse quererle.

Como puede verse, Julien no tenía la menor experiencia de la vida, ni siquiera había leído novelas; si hubiera sido un poco menos torpe y hubiese tenido la suficiente sangre fría para decirle a aquella joven a quien tanto adoraba y que tan extrañas confidencias le hacía: «Confiese usted que, aunque yo no valga tanto como esos señores, sin

embargo es a mí a quien usted ama». Es posible que ella se hubiese sentido feliz al verse comprendida; por lo menos, el éxito hubiera dependido exclusivamente de la gracia con que Julien expresara esta idea y del momento que eligiera para ello. En todo caso, habría salido ventajosamente de una situación que corría el riesgo de resultar monótona a los ojos de Mathilde.

-¡Usted ya no me ama, y yo la adoro! -le dijo Julien un día, tras un largo paseo, loco de amor y de sufrimiento.

Era quizá la mayor torpeza que podía cometer.

Aquella frase disipó, en un abrir y cerrar de ojos, todo el placer que la señorita de La Mole encontraba en hablarle del estado de su corazón. Cuando él salió con aquella tontería, ella empezaba a extrañarse de que, después de todo lo que había ocurrido, no se ofendiera con sus relatos, e incluso había llegado a imaginarse que quizá ya no la amaba. «Seguramente el orgullo ha extinguido su amor -se decía-. No es hombre que se vea impunemente preferido a individuos como Caylus, de Luz, Croisenois, que confiesa que son tan superiores a él. No, no le volveré a ver a mis pies.»

Los días anteriores, en la ingenuidad de su desdicha, Julien solía hacer un apasionado elogio de las brillantes cualidades de aquellos señores, llegando incluso a exagerarlas. Aquel matiz no se le había escapado a la señorita de La Mole, le había producido extrañeza, pero no había llegado a adivinar la causa. El alma frenética de Julien, al alabar a un rival que suponía amado, simpatizaba con su felicidad.

Su frase, tan franca, pero tan estúpida, vino a cambiarlo todo en un momento; Mathilde, segura de ser amada, le despreció totalmente.

En el momento de decir aquella frase desdichada paseaban juntos; le dejó, y su última mirada expresaba el más terrible desprecio. Una vez en el salón, no volvió a mirarle en toda la noche. Al día siguiente, este desprecio se había apoderado por entero de su corazón; ya no quedaba en él nada de aquel impulso que durante ocho días le había hecho sentir tanto placer en tratar a Julien como al amigo más íntimo; le molestaba verle. La sensación de Mathilde llegó hasta el asco; no existen palabras para expresar el exagerado desprecio que sentía al encontrarle ante sus ojos.

Julien no había comprendido nada de lo que había pasado en el corazón de Mathilde, pero su vanidad clarividente advirtió el desprecio. Tuvo el tacto de no presentarse ante ella sino muy raras veces, y nunca la miró.

Pero no se privó, en cierto modo, de su presencia sin un dolor mortal. Creyó sentir que su desgracia aumentaba aún. «El coraje del corazón de un hombre no puede ir más lejos», se decía. Se pasaba el día detrás de una pequeña ventana de la buhardilla del palacio, cuya persiana estaba cerrada cuidadosamente, y desde allí, por lo menos, podía ver a la señorita de La Mole cuando salía al jardín.

¿Qué experimentaba cuando, después de comer, la veía pasearse con los señores de Caylus, de Luz o cualquiera de los otros por quienes ella le había confesado haber sentido en otro tiempo cierta inclinación amorosa?

Julien no tenía idea de un sufrimiento tan intenso; estaba a Punto de gritar; aquella alma tan bien templada se hallaba por fin completamente trastornada.

Le era odioso pensar en otra cosa que no fuera la señorita de La Mole; era incapaz de escribir ni la carta más sencilla.

-Está usted loco -le dijo una mañana el marqués.

Julien, temblando por el miedo de ser descubierto, habló de enfermedad, y logró ser

creído. Felizmente para él, durante la comida, el marqués bromeó con él a propósito de su próximo viaje: Mathilde comprendió que podía ser muy largo. Hacía varios días que Julien huía de ella, y aquellos jóvenes tan brillantes que poseían todo lo que le faltaba a aquel ser tan pálido y tan sombrío, amado un día por ella, no eran capaces de sacarla de su ensimismamiento.

«Una muchacha corriente -se decía- hubiera buscado su preferido entre estos jóvenes que atraen todas las miradas en un salón; pero una de las características del genio es no amoldar sus ideas a la horma trazada por la vulgaridad.

»Compañera de un hombre como Julien, a quien sólo falta la fortuna que yo tengo, llamaré la atención continuamente, no pasaré jamás inadvertida. Lejos de estar siempre temiendo una revolución, como mis primas, que por miedo al pueblo no se atreven a reñir a un postillón que conduce mal, tendría la seguridad de representar un papel, y un papel importante, pues el hombre que he elegido tiene carácter y una ambición sin límites. ¿Qué le falta? ¿Amigos, dinero? Yo se los doy.» Pero su pensamiento trataba a Julien como a un ser inferior, a quien se otorga la fortuna como y cuando se desea, y de quien podía hacerse amar cuando quisiera.

Capítulo 19

La ópera bufa

*O how this spring of love resembleth
The uncertain glory of an April day;
Which now shows all the beauty of the sun
And by, and by a cloud takes all away!*⁶⁰
SHAKESPEARE

Preocupada por el porvenir y por el singular papel que le esperaba, Mathilde llegó incluso a echar de menos las discusiones áridas y metafísicas que solía tener con Julien. Cansada de tan altos pensamientos, echaba de menos también los momentos de dicha que había encontrado a su lado; el recuerdo de aquellos momentos no estaba exento de algún remordimiento, que a veces llegaba a abrumarla.

«Si se tiene una debilidad -se decía-, lo menos que puede hacer una muchacha como yo al olvidar sus deberes, es hacerlo por un hombre de verdadero mérito; nadie se atreverá a decir que han sido sus lindos bigotes, ni su destreza en montar a caballo los que me han seducido, sino sus profundas discusiones sobre el porvenir de Francia, sus ideas acerca de la semejanza que puede haber entre los acontecimientos que van a descargar sobre nosotros y la revolución de 1688 en Inglaterra. He sido seducida -respondía a sus remordimientos-, soy una débil mujer, pero por lo menos no me he dejado extraviar como una muñeca por las cualidades externas.

»Si hay una revolución, ¿por qué Julien Sorel no representaría en ella el papel de Roland y yo el de Madame Roland? Prefiero este papel al de Madame de Staël: la inmoralidad de la conducta será un obstáculo en nuestra época. Ciertamente, no me podrán reprochar una segunda debilidad: me moriría de vergüenza.»

Las cavilaciones de Mathilde no eran siempre tan serias, preciso es confesarlo, como los pensamientos que acabamos de transcribir.

Miraba a Julien de soslayo, y encontraba una gracia encantadora en el menor de sus actos.

«No cabe duda -se decía- de que he logrado destruir en él hasta la menor conciencia de sus derechos.

»El tono triste y profundamente apasionado con que el pobre muchacho me dijo aquella ingenua frase de amor hace ocho días lo prueba plenamente; forzoso es reconocer que fue una extravagancia por mi parte molestarme por unas palabras en las que se traslucía un respeto y una pasión tan grandes. ¿No soy su mujer? Aquella frase era muy natural, y preciso es confesar que muy amable. Julien me amaba todavía a pesar de las interminables conversaciones, en las cuales, con refinada crueldad, he de confesarlo, sólo le hablaba de las veleidades amorosas que el aburrimiento de la vida que llevo me había inspirado por esos jóvenes de la buena sociedad, de quienes tan celoso está. ¡Si supiera lo

⁶⁰ «¡Oh, cómo se parece este amor naciente / a la incierta gloria de un día de abril; / cuando el sol muestra toda su belleza, / y de pronto una nube lo oscurece todo!. La misma cita aparece al frente del Capítulo 17 de la primera parte. Los dos hidalgos de Verona, I, III.»

poco peligrosos que son para él y lo insulsos y exactamente iguales unos a otros que me parecen a su lado!»

Mientras se hacía estas reflexiones, Mathilde, para adoptar una actitud conveniente ante su madre, que la estaba observando, trazaba maquinalmente rayas con un lápiz en una hoja de su álbum. Uno de los perfiles que trazó la dejó asombrada y encantada: se parecía a Julien de un modo sorprendente. «¡Es la voz del cielo! Éste es uno de los milagros del amor -exclamó entusiasmada-: sin darme cuenta, estoy haciendo su retrato.»

Se fue corriendo a su cuarto, se encerró en él, cogió unos colores y con el mayor empeño trató seriamente de hacer el retrato de Julien, pero no pudo conseguirlo; el perfil que había trazado al azar era el que más se parecía; Mathilde quedó entusiasmada, pues vio en ello la prueba evidente de una gran pasión.

No dejó su álbum hasta muy tarde, cuando la marquesa la mandó llamar para ir a la ópera italiana. A partir de entonces su única idea fue buscar con la vista a Julien para que su madre lo obligase a acompañarlas.

Él no apareció, y aquellas damas no tuvieron en su palco más que seres vulgares. Durante todo el primer acto de la ópera, Mathilde soñó con el hombre que amaba, arrebatada por la más viva pasión. Pero en el segundo acto, una romanza de amor, cantada, preciso es confesarlo, con una melodía digna de Cimarosa, penetró en su corazón. La heroína de la ópera decía: «Tengo que castigarme por el exceso de amor que siento por él; le amo demasiado».

En el momento en que oyó aquella canción sublime, todo lo que había en el mundo desapareció para Mathilde. Le hablaban y no respondía; la reñía su madre, y apenas si podía decidirse a mirarla. Su éxtasis llegó a un estado de exaltación y de pasión comparables a las más violentas sensaciones que Julien había experimentado por ella en los últimos días. La romanza, llena de una gracia divina, en que figuraba la frase que ella encontraba tan en armonía con su situación, la ocupaba por entero cuando no pensaba directamente en Julien. Gracias a su amor por la música, aquella noche sintió por Julien lo que la señora de Rénal sentía siempre que pensaba en él. El amor cerebral tiene más carácter, sin duda, que el verdadero amor, pero sólo tiene momentos de entusiasmo; se conoce demasiado, se juzga sin cesar; lejos de extraviar la razón, se funda únicamente en razonamientos.

Al volver a casa, a pesar de las observaciones de la marquesa de La Mole, Mathilde pretextó tener fiebre, y pasó una parte de la noche repitiendo aquella romana al piano y cantando la letra de la célebre canción que tanto la había encantado:

*Devo punirmi, devo punirmi, Se troppo amaj, etc.*⁶¹

El resultado de aquella noche de locura fue que creyó que había logrado vencer a su amor. Esta página perjudicará en más de un concepto al desgraciado autor. Las almas frías le acusarán de indecencia. Él no pretende ofender a las jóvenes que brillan en los salones de París suponiendo que una sola de ellas sea capaz de los arranques de locura que degradan el carácter de Mathilde. Este personaje es totalmente imaginario, y hasta puede decirse que imaginado completamente al margen de las costumbres sociales que

⁶¹ «Debo castigarme si amé demasiado.»

han de asegurar entre todos los siglos un puesto tan distinguido a la civilización del siglo XIX.

No es precisamente la prudencia lo que les falta a las muchachas que han constituido el principal ornamento de nuestros salones en los bailes de este invierno.

Tampoco creo que se las pueda acusar de despremiar con exceso una fortuna brillante, caballos, hermosas propiedades y todo lo que puede asegurar una posición agradable en el mundo. Lejos de no ver más que hastío en todas estas comodidades, suelen ser, en general, objeto de los más fervientes deseos, y, si hay pasión en los corazones, son ellas quienes la inspiran.

Tampoco es el amor el que se encarga de hacer la fortuna de los jóvenes dotados de algún talento como Julien; suelen arrimarse con invencible tenacidad a una camarilla, y si ésta hace fortuna, todas las cosas buenas de la sociedad llueven sobre ellos. Desgraciado el hombre de estudios que no pertenece a ninguna camarilla, pues le reprocharán hasta los éxitos más insignificantes e inciertos, y la alta virtud triunfará a costa suya. Caballero, una novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino. Tan pronto refleja a nuestros ojos el azul del cielo como el fango de los cenagales del camino. ¡Y el hombre que lleva el espejo en su mochila será acusado por vosotros de inmoral! ¡Su espejo refleja el fango y acusáis al espejo! Acusad más bien al camino en que está el cenagal, o mejor aún al inspector de caminos, que permite que el agua se encharque y lo forme.

Y ahora, después de haber reconocido que el carácter de Mathilde es imposible en nuestro siglo, no menos prudente que virtuoso, no tengo tanto miedo de irritar, continuando el relato de las locuras de esta amable muchacha.

Durante todo el día siguiente, estuvo acechando las ocasiones de asegurarse el triunfo sobre su loca pasión. Su objetivo primordial era desagradar en todo a Julien, pero ninguno de sus movimientos le pasó inadvertido.

Julien era demasiado desgraciado, y sobre todo estaba demasiado agitado para adivinar una maniobra tan complicada de la pasión, y aún menos podía darse cuenta de lo que tenía de favorable para él: se limitó a ser su víctima; nunca se había sentido tan desgraciado. Su razón tenía tan poco dominio sobre sus actos, que si algún filósofo pesimista le hubiera dicho: «Procure aprovechar rápidamente las disposiciones que puedan serle favorables; en esta clase de amor cerebral que se suele ver en París la misma manera de ser no puede durar más de dos días», no lo habría comprendido. Pero, por muy exaltado que estuviese, Julien tenía honor. Su deber primordial era la discreción; así lo comprendió. Pedir consejo, contar su suplicio al primer llegado hubiera sido una suerte comparable a la del desdichado que atravesando un desierto abrasador recibiera un sorbo de agua helada del cielo. Se dio cuenta del peligro, temió responder con un torrente de lágrimas al indiscreto que le hiciera preguntas; se encerró en su cuarto.

Vio a Mathilde, que se paseaba largo rato por el jardín; cuando al fin se hubo marchado, bajó él; se acercó a un rosal del que ella había cogido una flor.

La noche era oscura, pudo entregarse a su dolor sin ser visto. Para él era evidente que la señorita de La Mole amaba a alguno de aquellos jóvenes oficiales con los que acababa de hablar tan alegremente. Le había amado a él, pero se había dado cuenta de sus escasos méritos.

«¡Efectivamente, tengo muy pocos! -se decía Julien, plenamente convencido-; en conjunto, soy un ser muy bajo y vulgar, muy fastidioso para los demás y muy

insoportable para mí mismo.» Sentíase mortalmente asqueado de todas sus buenas cualidades, de todas las cosas que hasta entonces había amado con entusiasmo; y en aquel estado de imaginación trastornada pretendía juzgar la vida con su imaginación. Este error es propio de un hombre superior.

Varias veces acudió a su mente la idea del suicidio; esta imagen estaba llena de encantos, era como un descanso delicioso, era el vaso de agua helada que se ofrece al desdichado que en el desierto se muere de calor y de sed.

«¡Mi muerte aumentará el desprecio que ella siente por mí! -exclamó-. ¡Qué recuerdo dejaré!»

Sumido en este último abismo de la desgracia, un ser humano no tiene más recurso que el valor. Julien no tuvo bastante talento para decirse: «Hay que atreverse»; pero, por la noche, al mirar la ventana del cuarto de Mathilde, a través de las persianas vio que apagaba la luz: se representó aquella habitación encantadora que desgraciadamente sólo había visto una vez en la vida. Su imaginación no alcanzaba a más.

Dio la una; oír el tañido de la campana y decirse: «Voy a subir con la escalera de mano» fue cuestión de un instante.

Aquello fue un destello de genialidad, las buenas razones acudieron en tropel. «¿Puedo ser más desgraciado?», se dijo. Corrió en busca de la escalera de mano, el jardinero la había sujetado con una cadena. Con la ayuda del gatillo de una de sus pistolas, que rompió, Julien, animado en aquel momento por una fuerza sobrehumana, torció uno de los eslabones de la cadena que sujetaba la escalera; se apoderó de ella en pocos minutos y la llevó al pie de la ventana de Mathilde.

«Se va a enfadar, me abrumará con su desprecio, pero ¿qué importa? Le doy un beso, un último beso, subo a mi cuarto y me mato...; ¡mis labios habrán tocado sus mejillas antes de morir!»

Sube la escalera volando, golpea la persiana; un momento después Mathilde le oye, quiere abrir la ventana, la escalera lo impide: Julien se agarra al gancho de hierro destinado a mantener la persiana abierta y, con grave riesgo de caerse, da una violenta sacudida a la escalera y la aparta un poco. Mathilde puede abrir la persiana.

Más muerto que vivo, salta al cuarto.

-¡Eres tú! -dice ella arrojándose en sus brazos.

¿Quién podría describir la extremada felicidad de Julien? La de Mathilde fue casi tan grande como la suya.

Le hablaba contra sí misma, se acusaba ante él.

-Castígame por mi atroz orgullo -le decía, estrechándole entre sus brazos, como si fuera a ahogarle-; eres mi dueño, yo soy tu esclava, tengo que pedirte perdón de rodillas por haber querido rebelarme.

Y dejaba de estrecharle entre sus brazos para caer a sus pies.

-Sí, eres mi dueño -le decía otra vez, ebria de amor y de dicha-; manda en mí para siempre; castiga severamente a tu esclava cuando quiera rebelarse.

En otro momento, se arranca de sus brazos, enciende la vela, y Julien tiene que hacer un gran esfuerzo para impedir que se corte la mitad de sus cabellos.

-Quiero acordarme -le dijo ella- de que soy tu sierva. Si alguna vez vuelve a

ofuscarme mi execrable orgullo, enséñame estos cabellos y dime: «Ya no se trata de amor, ya no se trata de la emoción que su alma pueda sentir en este momento, juró obedecerme, obedezca por su honor».

Pero será más prudente suprimir la descripción de tales muestras de extravío y felicidad.

La virtud de Julien fue igual a su dicha.

-Es preciso que salga por la ventana -le dijo a Mathilde cuando las primeras luces del alba empezaron a apuntar por la parte de oriente, detrás de las chimeneas lejanas que se erguían más allá de los jardines-. El sacrificio que me impongo es digno de usted, me privo de unas cuantas horas de la más maravillosa felicidad que pueda experimentar un ser humano; es un sacrificio que hago a su reputación: si conoce mi corazón, comprenderá la violencia que me hago. ¿Será siempre para mí lo que es en este momento? Pero el honor se impone, y esto basta. Ha de saber que, después de nuestra primera entrevista, no todas las sospechas han recaído sobre los ladrones. El marqués de La Mole ha hecho montar una guardia en el jardín. El marqués de Croisenois está rodeado de espías, se sabe lo que hace todas las noches...

-Pobre muchacho -exclamó Mathilde, y se echó a reír a carcajadas.

Su madre y una doncella de servicio se despertaron; de pronto, empezaron a llamarla desde el otro lado de la puerta. Julien la miró, ella palideció mientras reñía a la doncella, y no se dignó siquiera dirigir la palabra a su madre.

-¡Pero si se les ocurre abrir la ventana, verán la escalera de mano! -le dijo Julien.

La estrechó una vez más entre sus brazos, se lanzó a la escalera y, deslizándose más bien que bajando, en un momento estuvo en el suelo.

Tres segundos más tarde, la escalera de mano estaba bajo la avenida de los tilos y el honor de Mathilde a salvo. Julien, al recobrar su sangre fría, se encontró ensangrentado y casi desnudo; se había herido al dejarse caer sin precaución.

El exceso de felicidad había devuelto toda la energía a su carácter: en aquel momento, atacar él solo a veinte hombres que se hubieran presentado no hubiera sido más que un placer añadido. Felizmente, su valor militar no fue puesto a prueba: dejó la escalera en su sitio; colocó nuevamente la cadena que la sujetaba, y no se olvidó de borrar las huellas que la escalera había dejado en el macizo de flores exóticas, al pie de la ventana de Mathilde.

Mientras en la oscuridad Julien pasaba su mano por la tierra blanda para asegurarse de que las huellas habían desaparecido por completo, sintió que algo caía entre sus manos, era toda una parte de la cabellera de Mathilde, que ésta se había cortado y que le arrojaba.

Se había asomado a la ventana.

-Eso que te envía tu sierva -le dijo en voz bastante alta- es una prenda de obediencia eterna. Renuncio al ejercicio de mi razón, sé mi dueño.

Julien, vencido, estuvo a punto de volver a buscar la escalera y subir nuevamente a su cuarto. Pero la razón se impuso.

Entrar en el palacio desde el jardín no era cosa fácil. Consiguió forzar la puerta de un sótano; una vez dentro de la casa, se vio obligado a forzar, lo más silenciosamente que pudo, la puerta de su cuarto. En su azoramiento se había olvidado, en la pequeña habitación que tan rápidamente acababa de abandonar, la llave que llevaba en el bolsillo de su traje. «¡Con tal -pensó que a ella se le ocurra esconder todos esos despojos

mortales!»

Por fin, la fatiga pudo más que la felicidad, y al salir el sol cayó en un profundo sueño.

La campana del almuerzo logró despertarle a duras penas, se presentó en el comedor. Al poco apareció Mathilde. El orgullo de Julien tuvo un momento muy dichoso al ver el amor que brillaba en los ojos de aquella muchacha tan hermosa y rodeada de tantas atenciones; pero no pasó mucho rato sin que su prudencia tuviese motivos para sentirse alarmada.

Pretextando que había tenido muy poco tiempo para peinarse, Mathilde había arreglado sus cabellos de tal modo que Julien pudiera darse cuenta al primer golpe de vista de toda la extensión del sacrificio que había hecho por él al cortarlos la noche precedente. Si algo hubiera podido afeer una cara tan bonita, seguramente Mathilde lo habría conseguido; todo un lado de sus hermosos cabellos rubio ceniza había sido cortado a media pulgada de la cabeza.

Durante el almuerzo, toda la conducta de Mathilde respondió a esta primera imprudencia. Diríase que se había impuesto a sí misma la obligación de revelar a todo el mundo su loca pasión por Julien. Afortunadamente, aquel día el marqués de La Mole y la marquesa estaban muy ocupados con una nueva promoción de cordones azules que se preparaba, y en la que no figuraba el duque de Chaulnes. Hacia el fin de la comida ocurrió que Mathilde, que estaba hablando con Julien, le llamó mi dueño. Él enrojeció hasta el blanco de los ojos.

Ya fuese deliberadamente o por azar, el caso es que aquel día la marquesa de La Mole no dejó ni un momento sola a Mathilde.

Por la noche, al pasar del comedor al salón, encontró un momento para decir a Julien:

-Todos mis proyectos han sido anulados. ¿Va a creer que es un pretexto mío? Mamá ha decidido que una de sus doncellas duerma en mis habitaciones toda la noche.

Aquel día pasó como un relámpago, Julien estaba radiante de felicidad. Al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba instalado en la biblioteca; esperaba que la señorita de La Mole se dignase aparecer, le había escrito una carta interminable.

No la vio hasta muchas horas después, en el almuerzo. Esta vez iba peinada con sumo cuidado; un arte maravilloso se había encargado de disimular la falta de los cabellos cortados. Miró dos o tres veces a Julien, pero con ojos tranquilos y corteses, ya no pensaba en llamarle mi dueño.

La sorpresa de Julien le había quitado la respiración... Mathilde se reprochaba casi todo lo que había hecho por él.

Después de maduras reflexiones, había llegado a la conclusión de que era un ser, si no absolutamente vulgar, por lo menos que no se salía tanto de lo corriente como para que mereciera todas las extrañas locuras que se había atrevido a cometer por él. En resumen, no pensaba apenas en el amor; aquel día estaba cansada de amar.

En cuanto a Julien, los impulsos de su corazón fueron los de un muchacho de dieciséis años. La perplejidad más espantosa, el asombro, la desesperación, le ocuparon alternativamente durante aquel almuerzo, que le pareció interminable.

En cuanto pudo levantarse de la mesa sin ser descortés, se precipitó, más bien que corrió, a la cuadra, ensilló su caballo con sus propias manos y salió al galope; temía deshonorarse con alguna debilidad. «Tengo que matar mi corazón a fuerza de cansancio físico -se decía galopando por los bosques de Meudon-. ¿Qué he hecho, qué he dicho

para merecer tal desgracia?

»Hoy no debo hacer nada, ni decir nada -pensó al volver al palacio-, sino estar muerto en lo físico como lo estoy en lo moral. Julien no vive, es su cadáver el que alienta todavía.»

Capítulo 20

El jarrón japonés

Su corazón no comprende, en un principio, toda la magnitud de su desgracia: está más turbado que conmovido. Pero, a medida que vuelve a la razón, se da cuenta de su profunda desventura. Cuantos placeres hay en la vida ya no existen para él, sólo percibe los agujijones de la desesperación que desgarran su pecho. Pero ¿a qué hablar de dolores físicos? ¿Qué dolor corporal es comparable a éste?
JEAN-PAUL

Sonó la campana que anunciaba la cena. Julien sólo tuvo el tiempo preciso para vestirse; encontró en el salón a Mathilde, que pedía con gran insistencia al marqués de Croisenois y a su hermano que no se comprometieran a pasar la velada en Suresnes, en casa de la mariscala de Fervaques.

Difícilmente hubiera podido estar más seductora y más amable con ellos. Después de cenar se presentaron los señores de Luz, de Caylus y varios amigos suyos. Se hubiera dicho que la señorita de La Mole había recobrado, con el culto de la amistad fraternal, el de las más escrupulosas conveniencias. Aun cuando aquella noche hacía un tiempo espléndido, ella insistió en no salir al jardín; quiso que no se alejaran de la poltrona en que estaba sentada la marquesa de La Mole. El canapé azul fue el centro del grupo, como en invierno.

Mathilde sentía antipatía por el jardín, o por lo menos le parecía perfectamente aburrido: estaba unido al recuerdo de Julien.

La desgracia disminuye la perspicacia. Nuestro héroe cometió la torpeza de detenerse cerca de aquella pequeña silla de anea que había sido testigo de sus brillantes triunfos de otro tiempo. Ese día nadie le dirigió la palabra; su presencia parecía pasar inadvertida, o algo peor aún. Los amigos de la señorita de La Mole, que estaban sentados cerca de él, al extremo del canapé, afectaban en cierto modo volverle la espalda, por lo menos esto le pareció.

«Esto es una caída en desgracia», pensó. Y quiso estudiar un instante a las personas que pretendían abrumarle con su desdén.

El tío del marqués de Luz desempeñaba un alto cargo cerca del rey, de aquí que ese apuesto oficial iniciara la conversación con cada nuevo interlocutor que se presentaba, refiriéndole esa interesante particularidad: su tío se había puesto en camino hacia Saint-Cloud a las siete, y pensaba dormir allí. Este detalle era traído siempre a cuento con la apariencia de la mayor naturalidad, pero no fallaba nunca.

Observando al marqués de Croisenois con la mirada severa de la desgracia, Julien advirtió la extremada influencia que este joven atribuía a las causas ocultas. Hasta tal punto, que se entristecía y se ponía de mal humor si veía atribuir a una causa sencilla y

natural un suceso de cierta importancia. «Eso tiene algo de locura -se dijo Julien-. Este carácter tiene una semejanza sorprendente con el del emperador Alejandro, tal y como me lo ha descrito el príncipe Korasoff.» Durante el primer año de su estancia en París, el pobre Julien, recién salido del seminario, deslumbrado por las cualidades, tan nuevas para él, de todos aquellos amables jóvenes, sólo había sido capaz de admirarlos. Su verdadero carácter empezaba a perfilarse ante sus ojos.

«Estoy haciendo aquí un papel indigno», se dijo de pronto. Debía abandonar su silla de anea de un modo que no resultara demasiado torpe. Quiso inventar, pidió algo nuevo a su imaginación, preocupada por otras cosas. Era preciso recurrir a la memoria, y la suya, preciso es confesarlo, era poco fértil en recursos de este género; el pobre muchacho tenía aún muy poca práctica, de modo que se comportó con la más absoluta torpeza, advertida por todos, cuando se levantó para marcharse del salón. La desgracia era demasiado evidente en toda su conducta.

Estaba representando desde hacía tres cuartos de hora el papel de un inferior importuno ante el cual nadie se toma la molestia de disimular lo que piensa de él.

Las observaciones críticas que acababa de hacer sobre sus rivales le impidieron, sin embargo, tomar su desgracia muy por lo trágico; para alimentar su orgullo le quedaba el recuerdo de lo que había ocurrido la antevíspera, y pensaba, al salir solo al jardín: «Por muchas que sean sus ventajas sobre mí, Mathilde no ha sido para ninguno de ellos lo que dos veces se ha dignado ser para mí».

Su sensatez no fue más lejos. No comprendía en modo alguno el carácter de aquella mujer excepcional que el destino acababa de convertir en dueña absoluta de toda su felicidad.

Al día siguiente se dedicó a montar a caballo, hasta quedar los dos rendidos de fatiga. Por la noche ya no intentó acercarse al canapé azul, al que Mathilde seguía siendo fiel. Observó que el conde Norbert ni siquiera se dignaba mirarle si le encontraba por la casa. «Esta actitud debe de costarle un gran esfuerzo -pensó-, a él, tan educado por naturaleza.»

Para Julien el sueño habría representado la felicidad. A despecho de la fatiga física, recuerdos excesivamente seductores comenzaban a invadir su imaginación. No tuvo el talento de comprender que sus grandes cabalgadas por los bosques de los alrededores de París sólo obraban en su espíritu y en modo alguno en el espíritu ni en el corazón de Mathilde, con lo cual dejaba su suerte en manos del azar.

Pensaba que sólo una cosa proporcionaría un alivio infinito a su dolor: hablar a Mathilde. Y, sin embargo, ¿qué se atrevería a decirle?

En esto estaba pensando, profundamente ensimismado, una mañana a las siete cuando, de pronto, la vio entrar en la biblioteca.

-Sé, caballero, que desea usted hablarme.

-¡Dios Santo! ¿Quién se lo ha dicho a usted?

-¿Qué importa? Lo sé. Si carece usted de honor, puede perderme, o por lo menos intentarlo; pero este peligro, que no creo real, no me impedirá ser sincera. Ya no le amo a usted; mi loca imaginación me ha engañado...

Ante aquel golpe terrible, Julien, loco de amor y de dolor, trató de justificarse. Nada más absurdo. ¿Acaso puede alguien justificarse por no gustar? Pero la razón no ejercía el menor dominio sobre sus actos. Un instinto ciego le empujaba a retrasar la deci-

sión de su suerte. Le parecía que mientras hablaba no había terminado todo todavía. Mathilde no prestaba atención a sus palabras,, su sonido le irritaba, no concebía que él tuviese la audacia de interrumpirla.

Líos remordimientos de la virtud y los del orgullo la hacían aquella mañana doblemente desgraciada. En cierto modo se sentía anonadada por la vergonzosa idea de haber concedido ciertos derechos sobre ella a un joven clérigo, hijo de un campesino «Es casi lo mismo -se decía en los momentos en que se exageraba a sí misma su desgracia- que si tuviera que reprocharme una debilidad con uno de los lacayos».

En los caracteres intrépidos y altivos no hay más que un paso entre la cólera contra sí mismo y la ira contra los demás; los arrelbatos de furor son, en tal caso, un vivo placer.

En un instante la señorita de La Mole llegó al extremo de abrumar a Julien con las más exageradas muestras de desprecio. Poseía mucho talento, y dominaba el arte de torturar el amor propio de los demás y de infligirles crueles heridas.

Por vez primera en su vida, Julien se hallaba sometido a la acción - de una inteligencia superior, animada por el odio más violento contra él. Lejos de pensar ni remotamente en defenderse en aquel momento, su imaginación cambiante le llevó a despreciarse a sí mismo. Al sentirse abrumado por tan crueles muestras de desprecio, calculadas con tanto ingenio para destruir el buen concepto que él podía tener de sí mismo, le parecía que Mathilde tensa razón y que aún hubiera podido decir más.

Ella, por su parte, experimentaba en su orgullo un delicioso placer al castigar así a los dos por la adoración que pocos días antes había sentido por él.

No necesitaba inventar ni pensar previamente las frases crueles que le dirigía con tanta complacencia. No hacía más que repetir en voz alta lo que desde hacía ocho días le estaba diciendo en su corazón el abogado del partido contrario al amor.

Cada palabra centuplicaba el horrible sufrimiento de Julien. Quiso huir, la señorita de La Mole le retuvo autoritariamente, cogiéndole del brazo.

-Dígnese tener en cuenta -le dijo él- que está hablando muy alto y que la oirán desde la habitación de al lado.

-¡Qué importa! -repuso con altivez la señorita de La Mole-, ¿quién se atreverá a decir que me oye? Quiero curar para siempre su amor propio de las ideas que ha podido forjarse acerca de mí.

Cuando Julien logró salir de la biblioteca, estaba tan asombrado que sentía menos su desgracia. «¡Ya no me quiere! -se repetía en voz alta, como para darse cuenta exacta de su situación-. Parece ser que me ha querido ocho o diez días, y yo la querré toda la vida.

»¿Es posible? ¡Y pensar que no representaba nada, absolutamente nada para mi corazón hace tan pocos días!...»

Los goces del orgullo satisfecho inundaban el corazón de Mathilde; ¡había conseguido romper para siempre! Haber logrado una victoria tan rotunda sobre una tan poderosa inclinación la hacía sentirse completamente feliz. «Así comprenderá ese caballero, de una vez para siempre, que no tiene ni tendrá nunca el menor ascendiente sobre mí.» Era tan feliz, que realmente en aquel momento no sentía amor alguno.

Después de una escena tan atroz, tan humillante, para cualquier otro ser menos apasionado que Julien, el amor hubiera resultado imposible. Sin olvidar ni un solo instante lo que se debía a sí misma, la señorita de La Mole le había dicho esas cosas de-

sagradables, tan bien calculadas, que pueden parecer verdad aun recordándolas luego fríamente.

En un primer momento, la conclusión a que llegó Julien después de una escena tan extraña fue que Mathilde tenía un orgullo desmesurado. Él creía firmemente que todo había terminado para siempre entre los dos, y, sin embargo, al día siguiente, durante el almuerzo, estuvo torpe y tímido ante ella. Aquél era un defecto que nadie había podido reprocharle hasta entonces. Tanto en las pequeñas como en las grandes cosas, sabía siempre exactamente lo que quería y debía hacer, y no dudaba un momento en ejecutarlo.

Aquel día, después del almuerzo, la señora de La Mole le pidió un folleto sedicioso, y sin embargo bastante raro, que su capellán le había traído por la mañana con el mayor secreto. Julien, al cogerlo de encima de una consola, derribó un jarrón antiguo de porcelana azul, extremadamente feo.

La marquesa de La Mole se levantó dando un grito de angustia, y fue a contemplar de cerca las ruinas de su amado jarrón.

-Era del Japón antiguo -dijo-, lo heredé de mi tía abuela, la abadesa de Chelles; era un obsequio de los holandeses al regente duque de Orleans, quien lo regaló a su hija...

Mathilde había seguido el movimiento de su madre, encantada de ver roto aquel jarrón azul que le parecía horriblemente feo. Julien permanecía silencioso y no muy turbado; vio a la señorita de La Mole muy cerca de él.

-Este jarrón -le dijo- ha quedado destruido para siempre, lo mismo ocurre con un sentimiento que un día fue el dueño absoluto de mi corazón; le ruego que acepte todas mis excusas por todas las locuras que me ha hecho cometer. -Y salió.

-Cualquiera diría -exclamó la marquesa de La Mole viéndole marchar- que este señor Sorel está orgulloso y contento de lo que acaba de hacer.

Aquella frase fue derecha al corazón de Mathilde. «Es cierto -se dijo-, mi madre ha dado en el blanco, ése es el sentimiento que le anima. -Sólo entonces dejó de sentir la alegría que le había proporcionado la escena del día anterior-. Bien, todo ha terminado -se dijo con una calma aparente-; espero que me sirva de ejemplo, ¡este error es vergonzoso y humillante! Pero me enseñará a ser más sensata por todo el resto de mi vida.»

«Ojalá fuera verdad lo que he dicho -pensaba Julien-. ¿Por qué me atormenta todavía el amor que sentía por esa loca?»

Este amor, lejos de extinguirse, como él esperaba, hizo rápidos progresos. «No cabe duda de que está loca -se decía-, pero ¿es por eso menos adorable? ¿Es posible ser más bonita? ¿No se halla reunido en la señorita de La Mole todo aquello que la civilización más elegante puede presentar como más apetecible?» Los recuerdos de la felicidad pretérita se apoderaban de Julien y destruían rápidamente toda la obra de la razón.

La razón lucha en vano contra esta clase de recuerdos; sus severos esfuerzos no hacen más que aumentar su encanto.

Veinticuatro horas después de la rotura del antiguo jarrón japonés, Julien era decididamente uno de los hombres más desgraciados.

Capítulo 21

La nota secreta

*Car tout ce que je raconte,
je l'ai vu; et si j'ai pu me tromper en le voyant,
bien certainement je
ne vous trompe point en vous le disant.⁶²*
(Carta al autor)

El marqués le mandó llamar; el señor de La Mole parecía rejuvenecido, sus ojos brillaban.

-Hablemos un poco de su memoria -le dijo a Julien-, ¿me han dicho que es prodigiosa! ¿Sería usted capaz de aprenderse de memoria cuatro páginas enteras y después repetir las en Londres? ¡Pero sin cambiar ni una sola palabra...!

El marqués hojeaba, malhumorado, el número de La Quotidienne de aquel día, y trataba inútilmente de disimular un aire muy serio y que Julien no le había visto nunca, ni siquiera cuando hablaba de su pleito contra el padre de Frilair.

Julien tenía ya la suficiente experiencia para saber que debía fingir que le engañaba el tono frívolo con que se dirigía a él.

-Es posible que este número de La Quotidienne no sea muy divertido; pero, si el señor marqués me lo permite, mañana por la mañana tendré el honor de recitárselo entero.

-¡Cómo! ¿Hasta los anuncios?

-Exactamente y sin que falte una sola palabra.

-¿Me da usted su palabra? -repuso el marqués con repentina seriedad.

-Sí, señor, sólo el temor de faltar a ella podría entorpecer mi memoria.

-Es que ayer olvidé hacerle esta pregunta: no le exijo a usted juramento de que no repetirá lo que oiga; le conozco demasiado para hacerle esta ofensa. He respondido por usted; voy a llevarle a un salón donde se reunirán doce personas; usted tomará nota de lo que diga cada una de ellas.

»No se preocupe usted, no será una conversación confusa; cada uno hablará por turno, lo que no quiere decir por orden -añadió el marqués, recobrando el tono frívolo natural en él-. Mientras nosotros hablamos, usted escribirá una veintena de páginas; luego volverá usted aquí conmigo y entre los dos reduciremos estas veinte páginas a cuatro. Estas cuatro páginas son las que me recitará usted mañana por la mañana en vez del número de La Quotidienne. Inmediatamente después saldrá usted de viaje; habrá de dar la impresión de un joven que realiza un viaje de placer. Su principal objetivo será el de pasar completamente inadvertido. Luego llegará usted junto a un gran personaje. Allí necesitará más habilidad. Se trata de engañar a todos cuantos le rodean; pues entre sus secretarios, entre sus criados, hay gentes vendidas a nuestros enemigos y que acechan el paso de nuestros agentes para interceptarlos. Llevará usted una carta de recomendación

⁶² «Pues todo lo que cuento lo he visto; y si he podido engañarme al verlo, ciertamente no le engaño al contárselo.»

insignificante.

»En el momento que su excelencia le mire, sacará usted mi reloj, que le presto para el viaje. Helo aquí. Tómelo usted y déjeme el suyo, así ya tenemos algo hecho.

»El propio duque se dignará escribir personalmente al dictado las cuatro páginas que usted habrá aprendido de memoria.

»Hecho esto, pero no antes, fíjese bien, podrá usted, si su excelencia le pregunta, contarle la sesión a la que asistirá dentro de poco.

»Una cosa que le impedirá aburrirse durante el viaje es que entre París y la residencia del ministro existe un buen número de personas que no desearían nada mejor que pegarle un tiro al señor clérigo Sorel. En este caso, su misión habría terminado, y ello nos causaría un gran retraso, pues, mi querido amigo, ¿cómo vamos a enterarnos de su muerte? Su celo no puede llegar hasta el extremo de participárnosla.

»Vaya inmediatamente a comprar un equipo completo -añadió el marqués con gravedad-. Vístase a la moda de hace un par de años. Esta noche debe usted tener un aspecto desaliñado. En cambio, durante el viaje, irá usted como de costumbre. ¿Le sorprende esto? ¿Su desconfianza adivina? Sí, amigo mío, uno de los venerables personajes cuya opinión va usted a oír es muy capaz de enviar informes de usted, gracias a los cuales, en el mejor de los casos, cualquier noche pueden hacerle ingerir una buena dosis de opio, en alguna posada donde haya usted pedido la cena.

-Será mejor -dijo Julien- hacer treinta leguas más y no seguir el camino directo. Se trata de Roma, supongo...

El marqués adoptó un aire altanero y descontento, que Julien no había visto en él dede Bray-le-Haut.

-Esto lo sabrá usted, caballero, cuando yo juzgue oportuno decírselo. No me gustan las preguntas.

-No se trataba de una pregunta -repuso Julien con efusión-; le juro, señor marqués, que estaba pensando en voz alta y buscaba en mi mente el camino más seguro.

-Sí, y parece que su imaginación iba muy lejos. No olvide usted nunca que un enviado, y más de su edad, jamás debe dar la impresión de querer forzar la confianza.

Julien se sintió muy mortificado, se había equivocado. Su amor propio buscaba una excusa y no la encontraba.

-Comprenda -añadió el marqués de La Mole- que siempre que uno comete una tontería pretende justificarla diciendo que obraba de buena fe.

Una hora más tarde, Julien se hallaba en la antecámara del marqués con un perfecto aire de subalterno, un traje anticuado, una corbata de dudosa blancura y algo de pedantería en toda su apariencia.

Al verle, el marqués se echó a reír, y sólo entonces quedó Julien completamente justificado.

«Si este hombre me traiciona -decíase el señor de La Mole-, ¿de quién podré fiarme? Y, sin embargo, cuando se actúa hay que fiarse de alguien. Mi hijo y sus elegantes amigos de la misma calaña tienen valor y lealtad por cien mil; si fuese preciso batirse, morirían en las gradas del trono; lo saben todo... excepto lo que necesitamos en este momento. Al diablo si veo entre ellos uno solo capaz de aprenderse de memoria cuatro páginas y hacer cien leguas sin ser descubierto. Norbert sabría hacerse matar como sus antepasados; pero ése es también el mérito de un recluta...»

El marqués quedó profundamente ensimismado, y con un suspiro murmuró: «Y

en cuanto a hacerse matar, quizás este Sorel lo sabría hacer tan bien como él...»

-Subamos al coche -dijo el marqués, como para alejar una idea inoportuna.

-Señor -dijo Julien-, mientras me arreglaban este traje me he aprendido de memoria la primera página de La Quotidienne de hoy.

El marqués cogió el periódico. Julien recitó sin equivocarse en una sola palabra. «Bueno -pensó el marqués, que aquella noche se sentía muy diplomático-; mientras tanto, este joven no se fija en las calles que atravesamos.»

Llegaron a un salón de apariencia bastante triste, revestido de madera en parte y en parte tapizado de terciopelo verde. En medio del salón, un lacayo adusto y ceñudo acababa de instalar una mesa de comedor, de gran tamaño, que más tarde convirtió en mesa de trabajo, cubriéndola con un inmenso tapete de terciopelo verde, lleno de manchas de tinta, despojo de algún ministerio.

El dueño de la casa era un hombre gigantesco cuyo nombre nadie llegó a pronunciar; a Julien le pareció ver en él la fisonomía y la elocuencia del individuo que digiere.

A una seña del marqués, Julien se colocó en el último extremo de la mesa. Para fingir aplomo, se puso a cortar plumas. Con el rabillo del ojo contó hasta siete interlocutores, pero Julien sólo los veía de espaldas. Le pareció que dos de ellos dirigían la palabra al marqués de La Mole en un tono de igualdad; los otros parecían más o menos respetuosos.

Un nuevo personaje entró sin ser anunciado.

«Es raro -pensó Julien-, en este salón no se anuncia a nadie.

¿Tomarán esta precaución en honor mío?» Todo el mundo se levantó para recibir al recién llegado. Lucía la misma condecoración, extremadamente distinguida, que otras tres de las personas que estaban ya en el salón. Hablaban bastante bajo. Para juzgar al recién llegado, Julien tuvo que contentarse con lo que pudieran decirle su aire y su figura. Era bajo y corpulento, de tez muy colorada y mirada brillante y sin otra expresión que una maldad de jabalí.

A Julien le llamó vivamente la atención la aparición, casi inmediata, de un individuo del todo diferente. Era un hombre alto, muy delgado, y que llevaba tres o cuatro chalecos. Su mirada era afectuosa, su ademán, cortés.

«Tiene la misma fisonomía que el viejo obispo de Besancon», pensó Julien. Evidentemente, aquel hombre pertenecía a la Iglesia, no representaba más de cincuenta a cincuenta y cinco años y no podía tener un aire más paternal.

Apareció el joven obispo de Agde, y pareció sorprenderse mucho cuando, al pasar revista a los presentes, sus ojos se fijaron en Julien. No le había dirigido la palabra desde la ceremonia de Bray-le-Haut. Su sorprendida mirada azoró e irritó a Julien. «¿Será posible -decíase éste- que para mí conocer a un hombre resulte siempre una desgracia? ¡Todos estos grandes señores, a quienes no he visto jamás, no me intimidan lo más mínimo, y la mirada de este joven obispo me hiela la sangre! Hay que convenir en que soy un ser muy extraño y muy desgraciado.»

Un hombrecillo completamente vestido de negro entró con estrépito y empezó a hablar desde la puerta; tenía la tez amarilla y un cierto aire de loco. Después de la llegada de este hablador infatigable se formaron varios grupos, evidentemente para evitar el fastidio de escucharle.

Al alejarse de la chimenea, se acercaban al extremo de la mesa donde se

encontraba Julien. Su situación era cada vez más embarazosa pues, por muchos esfuerzos que hiciera, le era imposible no oír, y, por poca que fuese su experiencia, comprendía toda la importancia de aquellas cosas, de las cuales se hablaba sin el menor reparo; ¡y cómo debía interesar a aquellos altos personajes que tenía ante su vista que permaneciesen secretas!

Julien había cortado ya una veintena de plumas con toda la calma posible; aquel recurso se iba a agotar. Buscaba inútilmente una orden en los ojos del marqués de La Mole; el marqués le había olvidado.

«Lo que estoy haciendo es ridículo -se decía Julien mientras cortaba sus plumas-; pero estas gentes de fisonomía tan mediocre, y encargadas por los demás, o por ellos mismos, de tan grandes intereses, deben de ser muy suspicaces. Mi desdichada mirada tiene algo interrogativo y poco respetuoso que, sin duda alguna, les molestará. Si decididamente mantengo los ojos bajos, parecerá que estoy recogiendo ávidamente sus palabras.»

Su apuro era extremado, oía las cosas más increíbles.

Capítulo 22

La discusión

*La république! - pour un, aujourd'hui, qui sacrifierait tout au bien public, il en est des milliers et des millions qui ne connaissent que leurs jouissances, leur vanité. On est considéré, á Paris, á cause de sa voiture et non á cause de sa vertu.*⁶³
NAPOLEÓN

El lacayo entró precipitadamente diciendo:

-El señor duque de...

-Cállese, es usted un perfecto majadero -dijo el duque al entrar.

Pronunció tan bien esas palabras y con tanta majestad, que Julien pensó, a pesar suyo, que toda la ciencia de aquel gran personaje consistía en saber enfadarse con un lacayo. Julien levantó los ojos y volvió a bajarlos en el acto. Había adivinado tan bien la categoría del recién llegado, que temió que su mirada resultase indiscreta.

Aquel duque era un hombre de cincuenta años, vestido como un dandi y que se movía como por medio de resortes. Tenía la cabeza estrecha, una gran nariz y un rostro afilado y prominente; hubiera resultado difícil tener un aire más noble y más anodino. Su llegada determinó la apertura de la sesión.

Julien se vio interrumpido de repente en sus observaciones fisonómicas por la voz del marqués de La Mole.

-Les presento al señor clérigo Sorel -decía el marqués-; tiene una memoria prodigiosa; hace sólo una hora que le he hablado de la misión con que podría ser honrado, y, para dar una prueba de sus facultades, se ha aprendido de memoria la primera página de La Quotidienne.

-¡Ah! Las noticias del extranjero de ese pobre N... -dijo el dueño de la casa.

Tomó el periódico con presteza y, mirando a Julien con aire cómico, a fuerza de querer ser importante, le dijo:

-Hable usted, caballero.

El silencio era profundo, todos los ojos estaban fijos en Julien; éste recitó tan bien, que al cabo de veinte líneas dijo el duque:

-Basta.

El hombrecillo de mirada de jabalí se sentó. Era el presidente, pues apenas estuvo instalado en su sitio, mostró a Julien una mesa de juego, indicándole con una seña que la llevara junto a él. Julien se instaló allí con todo lo necesario para escribir. Contó doce personas sentadas alrededor del tapete verde.

-Señor Sorel -dijo el duque-, pase usted a la habitación de al lado, ya se le llamará.

El dueño de la casa se mostró muy inquieto.

-Los postigos no están cerrados -dijo a media voz su vecino-. Es inútil mirar por

⁶³ «¡La república! Hoy en día, por uno que lo sacrificaría todo al bien público, hay millares y millones que sólo se preocupan de su vanidad y de sus placeres. En París, es el coche y no la virtud lo que proporciona la consideración pública.. Memorial.»

la ventana -gritó estúpidamente, dirigiéndose a Julien.

«Por lo menos estoy metido en una conspiración -pensó éste-. Afortunadamente, no es de las que llevan a la plaza de la Grève. Y aun cuando hubiera algún peligro, al marqués le debo esto y mucho más. ¡Me consideraría feliz si estuviera en mi mano reparar todas las penas que mis locuras pueden causarle algún día!»

Mientras pensaba en sus locuras y en su desgracia, contemplaba aquel lugar de modo que no pudiera olvidarlo jamás. Sólo entonces recordó que no había oído al marqués decirle al lacayo el nombre de la calle y que el marqués había tomado un coche de alquiler, cosa que no hacía nunca.

Julien pudo entregarse a sus reflexiones durante largo tiempo. Estaba en un salón tapizado de terciopelo rojo con anchas franjas doradas. Sobre la consola había un gran crucifijo de marfil, y encima de la chimenea el libro Sobre el Papa del señor de Maistre, magníficamente encuadernado y con cantos dorados. Julien lo abrió, para no dar la impresión de que escuchaba. En el salón vecino hablaban cada vez más alto. Por fin se abrió la puerta y le llamaron.

-Tengan en cuenta, señores -decía el presidente-, que a partir de este momento hablamos ante el duque de... El señor -dijo, señalando a Julien- es un joven clérigo, adicto a nuestra causa, que repetirá fácilmente, con la ayuda de su prodigiosa memoria, hasta nuestras palabras más insignificantes.

»El señor tiene la palabra -dijo, señalando al personaje de aire paternal que llevaba tres o cuatro chalecos.

A Julien le pareció que habría sido más natural llamar por su nombre al señor de los chalecos. Cogió un papel y escribió mucho.

(Aquí el autor hubiera querido poner una página de puntos suspensivos. «Ésta tendría muy poca gracia -dijo el editor-, y, para un escrito tan frívolo, la falta de gracia es la muerte.»

-La política -prosigue el autor- es una piedra atada al cuello de la literatura, y que en menos de seis meses la hunde. La política, en medio de los asuntos de la imaginación, es como un pistoletazo en medio de un concierto. Es un ruido desgarrador, sin ser enérgico. No armoniza con el sonido de ningún instrumento. Esta política va a ofender mortalmente a la mitad de los lectores y aburrirá a la otra mitad, que la ha encontrado mucho más interesante y enérgica en el periódico de la mañana...

-Si sus personajes no hablan de política -replica el editor-, no son los franceses de 1830, y su libro no será un espejo, como usted pretende...)

El acta levantada por Julien tenía veintiséis páginas; aquí daremos un extracto muy descolorido, pues, como siempre, ha sido preciso suprimir las partes ridículas, que por su exageración parecerían odiosas o poco verosímiles. (Ver la Gaceta de los Tribunales.)

El hombre de los chalecos y de aspecto paternal (acaso fuera un obispo) sonreía a menudo, y entonces sus ojos, recubiertos por la flacidez de los párpados, adquirían un brillo singular y una expresión menos indecisa que de costumbre. Aquel personaje, a quien hacían hablar el primero antes del duque («pero ¿qué duque?», se preguntaba Julien), al parecer para exponer las opiniones y ejercer las funciones de abogado general, a Julien le dio la impresión de que incurría en la vaguedad y en la falta de conclusiones categóricas que se reprocha generalmente a estos

magistrados. En el curso de la discusión, el propio duque llegó a reprochárselo.

Después de varias frases de moral y de indulgente filosofía, el hombre de los chalecos dijo:

-La noble Inglaterra, guiada por un gran hombre, el inmortal Pitt, ha gastado cuarenta mil millones de francos en contrarrestar la revolución. Si esta asamblea me permite abordar con cierta franqueza una idea desoladora, diré que Inglaterra no llegó a comprender bastante que con un hombre como Bonaparte, sobre todo cuando sólo era posible oponerle un conjunto de buenas intenciones, lo único decisivo eran los medios personales...

-¡Ah! ¡Una vez más el elogio del asesinato! -dijo el dueño de la casa con aire inquieto.

-Ahórrenos usted sus homilias sentimentales -exclamó malhumorado el presidente; su mirada de jabalí brilló como un relámpago feroz-. Continúe -le dijo al hombre de los chalecos.

Las mejillas y la frente del presidente cobraron un color purpúreo.

-La noble Inglaterra -prosiguió el orador- está hoy aplastada; pues cada inglés, antes de comprar el pan, se ve obligado a pagar el interés de los cuarenta mil millones de francos que se gastaron contra los jacobinos. Ya no tiene un Pitt...

-Tiene al duque de Wellington -dijo un personaje militar, dándose aires de gran importancia.

-Por favor, silencio, señores -exclamó el presidente-. Si seguimos discutiendo, resultará inútil haber hecho entrar al señor Sorel.

-Ya sabemos que el señor tiene muchas ideas dijo el duque con aire molesto, mirando al militar, antiguo general de Napoleón.

Julien notó que aquella frase aludía a algo personal y tenía un sentido muy ofensivo. Todo el mundo sonrió; el general tráfuga parecía presa de la cólera.

-Señores, Pitt ya no existe -continuó el orador, con el aire descorazonado del hombre que desespera de hacer entrar en razón a los que le escuchan-. Y aun cuando hubiera un nuevo Pitt en Inglaterra, no se engaña a una nación dos veces con los mismos procedimientos...

-Por esto un general vencedor, un Bonaparte, es ya imposible en Francia -exclamó el militar que le había interrumpido antes.

Esta vez, ni el presidente ni el duque se atrevieron a enfadarse, aun cuando Julien creyó leer en sus ojos que no les faltaban ganas de ello. Bajaron los ojos, y el duque se contentó con suspirar de modo que todos le oyeran.

Pero el que hablaba se había puesto de mal humor.

-Hay quien está deseando que acabe cuanto antes -dijo con ardor, y, dejando completamente a un lado aquella cortesía sonriente y aquel lenguaje mesurado que Julien creía la expresión de su carácter, añadió-: hay quien está deseando que acabe cuanto antes; no se me agradecen los esfuerzos que hago para no ofender los oídos de nadie, por muy largas que tenga las orejas. Pues bien, señores, seré breve.

»Voy a decirles con toda rudeza que Inglaterra ya no tiene un céntimo para poner al servicio de la buena causa. Ni siquiera el propio Pitt, con todo su genio, lograría engañar a los pequeños propietarios ingleses, pues saben que sólo la breve campaña de Waterloo les costó mil millones de francos. Puesto que se quiere que hable claro -añadió el orador, animándose más y más-, os diré: Ayúdense ustedes mismos, pues Inglaterra no

pondrá ni una sola guinea a su disposición, y cuando Inglaterra no paga, Austria, Rusia, Prusia, que sólo tienen valor, pero no dinero, no pueden hacer contra Francia más que una o dos campañas.

»Podemos esperar que los jóvenes soldados movilizados por el jacobinismo sean derrotados en la primera campaña, y aun quizás en la segunda; pero en la tercera, aun cuando ante vuestros partidistas ojos voy a pasar por un revolucionario, en la tercera tendréis los soldados de 1794, que no eran ya los campesinos encuadrados de 1792.

Al llegar aquí, la interrupción partió de tres o cuatro puntos a la vez.

-Caballero -le dijo el presidente a Julien-, pase usted al otro salón a poner en limpio el comienzo del acta que ha escrito hasta ahora.

Julien salió, muy a pesar suyo. El orador acababa de abordar una serie de posibilidades que constituían el objeto habitual de sus meditaciones.

«Tienen miedo de que me burle de ellos», pensó.

Cuando le llamaron de nuevo, el marqués de La Mole estaba diciendo, con una seriedad que para Julien, que le conocía bien, resultaba bastante cómica:

-... Sí, señores, de este desgraciado pueblo es del que con más razón puede decirse:

*Sera-t-il dieu, table ou cuvette?*⁶⁴

»Il sera dieu!, exclama el fabulista. A ustedes, caballeros, es a quienes parece corresponder esta frase tan noble y tan profunda. Actúen por su cuenta, y la noble Francia resurgirá, tal como la hicieron sus antepasados y nosotros la vimos todavía antes de la muerte de Luis XVI.

»Inglaterra, o por lo menos sus nobles lores, detesta tanto como nosotros el innoble jacobinismo: sin el oro inglés, Austria, Rusia, Prusia, no pueden librar más de dos o tres batallas. ¿Será esto suficiente para provocar una afortunada ocupación militar como la que el señor de Richelieu desaprovechó tan estúpidamente en 1817? No lo creo.⁶⁵

Aquí hubo interrupción, pero ahogada por los siseos de todo el mundo. Partía, una vez más, del antiguo general del Imperio, que deseaba el cordón azul y quería figurar entre los redactores de la nota secreta.

-Yo no lo creo -repuso el marqués de La Mole después del tumulto.

Insistió en el «yo» con una insolencia que entusiasmó a Julien. «Esto se llama jugar correctamente -decíase, mientras hacía volar la pluma casi tan deprisa como las palabras del marqués-. Con una frase bien dicha, el marqués ha reducido a la nada las veinte campañas de ese tráfuga.»

-Y no es sólo al extranjero -continuó el marqués con un tono de lo más mesurado- al que podemos deber una nueva ocupación militar. Toda esa juventud que escribe artículos incendiarios en Le Globe les dará tres o cuatro mil capitanes jóvenes, entre los cuales puede encontrarse un Kléber, un Hoche, un Jourdan, un Pichegru, pero menos bienintencionados.

⁶⁴ «¿Será Dios, mesa o palangana?»

⁶⁵ Se refiere a Armand-Emmanuel, duque de Richelieu (1766-1822), primer ministro de Luis XVIII, quien después del Congreso de Viena logró poner fin a la ocupación por las tropas aliadas del territorio francés.

-No supimos rodearle de gloria -dijo el presidente-, era preciso hacerle inmortal.

-En Francia tiene que haber dos partidos -continuó el marqués de La Mole-, pero dos partidos no sólo de nombre, sino dos partidos bien claros, bien definidos. Sepamos a quién hay que aplastar. De un lado, los periodistas, los electores, la opinión, en una palabra; la juventud y todo lo que ella admira. Mientras ésta se embriaga con el ruido de sus vanas palabras, nosotros tenemos la indiscutible ventaja de consumir el presupuesto.

Aquí hubo una nueva interrupción.

-Usted, caballero -dijo el marqués de La Mole al que le interrumpía, con una altivez y una soltura admirables-, usted no consume, si la palabra le molesta; usted devora cuarenta mil francos del presupuesto del Estado y otros ochenta mil que recibe usted de la lista civil.

»Pues bien, caballero, puesto que usted me obliga a ello, me atreveré a tomarle como ejemplo. Como sus nobles antepasados, que siguieron a san Luis en la Cruzada, usted debería, con estos ciento veinte mil francos, presentamos, por lo menos, un regimiento, una compañía, ¡qué digo!, media compañía, aun cuando sólo constara de cincuenta hombres dispuestos a combatir y adictos a la buena causa en cuerpo y alma. Pero sólo tiene usted lacayos que, en caso de revolución, le darían miedo a usted mismo.

»Señores, el trono, el altar, la nobleza, pueden sucumbir mañana mismo, mientras ustedes no hayan creado en cada departamento una fuerza de quinientos hombres leales; pero leales no, sólo con toda la bravura francesa, sino también con toda la constancia española.

»La mitad de esta fuerza deberá componerse de nuestros hijos, nuestros sobrinos, o sea, de verdaderos caballeros. Cada uno de ellos tendrá a su lado no un pequeño burgués charlatán, dispuesto a ostentar la escarapela tricolor si se presenta de nuevo un 1815, sino un buen campesino, sencillo y franco, como Cathelineau; nuestro caballero le habrá adoctrinado, a ser posible será su hermano de leche. Que cada uno de nosotros sacrifique la quinta parte de sus rentas para formar este pequeño ejército de quinientos hombres leales por departamento. Entonces podrán ustedes contar con una ocupación extranjera. Ningún soldado extranjero penetrará siquiera hasta Dijon, si no está seguro de encontrar quinientos soldados amigos en cada departamento.

»Los monarcas extranjeros no les harán el menor caso hasta que puedan anunciarles que tenemos veinte mil caballeros dispuestos a tomar las armas para abrirles las puertas de Francia. Este servicio es penoso, me dirán ustedes; caballeros, nuestra cabeza tiene ese precio. Entre la libertad de prensa y nuestra existencia como aristócratas hay una guerra a muerte. Conviértanse en fabricantes, en labradores, o empuñen su fusil. Sean tímidos si quieren, pero no sean estúpidos; abran los ojos.

»Formez vos bataillons, les diré, parodiando el himno de los jacobinos; entonces siempre habrá algún noble Gustavo Adolfo que, conmovido ante el peligro inminente del principio monárquico, se lanzará a trescientas leguas de su país y hará por ustedes lo que Gustavo hizo por los príncipes protestantes. ¿Quieren continuar hablando sin obrar? Dentro de cincuenta años no habrá en Europa más que presidentes de república, y ni un solo rey. Y con estas tres letras R, E, Y se van los sacerdotes y los caballeros. No habrá más que candidatos haciendo la corte a sucias mayorías.

»Ustedes pueden decir que Francia no cuenta en este momento con un general de verdadero prestigio, conocido y querido por todos, que el ejército está organizado para defender los intereses del trono y del altar, que se le han quitado todos sus veteranos,

mientras que en cada uno de los regimientos austríacos y prusianos figuran cincuenta suboficiales experimentados.

»Doscientos mil jóvenes pertenecientes a la pequeña burguesía están enamorados de la guerra...

-Basta de verdades desagradables -dijo con tono de suficiencia un grave personaje, probablemente de muy elevada jerarquía eclesiástica, pues el marqués de La Mole sonrió con agrado en vez de enojarse, detalle que resultó muy significativo para Julien.

-Basta de verdades desagradables; resumamos, señores: sería absurdo que el hombre a quien hay que amputarle una pierna gangrenada le dijera a su cirujano: esta pierna está muy sana. Perdonen la expresión, señores; el noble duque de... es nuestro cirujano.

«Por fin se ha pronunciado la palabra clave -pensó Julien-, esta noche saldré galopando hacia...»

Capítulo 23

El clero, los bosques, la libertad

*La primera ley de todos los seres es conservarse, vivir.
¡Sembráis cicuta y queréis que maduren las espigas!*
MAQUIAVELO

El grave personaje proseguía; se le notaba muy enterado; exponía con una elocuencia suave y moderada, que agradó infinitamente a Julien, estas grandes verdades:

1.º Inglaterra no tiene ni una guinea para poner a nuestra disposición; la economía y Hume están de moda allí. Ni los propios Santos nos darán dinero, y mister Brougham se burlará de nosotros.

2.º Imposible conseguir más de dos campañas de los reyes de Europa, sin el oro inglés; y dos campañas no bastarán frente a la pequeña burguesía.

3.º Necesidad de formar un partido armado en Francia, sin el cual el principio monárquico de Europa no aventurará ni siquiera esas dos campañas.

-El cuarto punto que me atrevo a exponerles como evidente es éste: Imposibilidad de formar un partido armado en Francia sin contar con el clero. Señores, lo digo sin ambages, porque lo voy a demostrar. Hay que ponerlo todo en manos del clero.

»1.º Porque ocupándose de su negocio noche y día, y guiado por hombres de gran capacidad, apartados de las tormentas del mundo, a trescientas leguas de nuestras fronteras...

-¡Ah! ¡Roma, Roma! -exclamó el dueño de la casa...

-Sí, caballero, Roma -continuó el cardenal con orgullo-. Sean cuales fueren las bromas más o menos ingeniosas que estuvieron de moda cuando usted era joven, diré muy alto, en 1830, que

el clero, dirigido por Roma, es el único que habla con el pueblo bajo.

»Cincuenta mil sacerdotes repiten las mismas palabras el día indicado por los jefes, y el pueblo, que es a fin de cuentas el que proporciona los soldados, se sentirá más conmovido por la voz de sus sacerdotes que por la de todos los versitos del mundo...

(Esta alusión tan personal suscitó considerables murmullos.)

-El clero tiene un talento superior al de ustedes -continuó el cardenal, levantando la voz-; todos los pasos que ustedes han dado hacia este punto capital de tener en Francia un partido armado los hemos realizado nosotros. Aquí hablan los hechos... ¿Quién ha enviado ochenta mil fusiles a Vendée?..., etc., etc.

»Mientras el clero no tenga sus bosques, no tiene nada. A la primera guerra, el ministro de Hacienda escribe a sus agentes que sólo hay dinero para los curas. En el fondo, Francia no es creyente, y ama la guerra. Sea quien fuere el que se la proporcione, será doblemente popular, pues hacer la guerra supone hacer pasar hambre a los jesuitas, para hablar como el vulgo; hacer la guerra es librar a esos monstruos de orgullo, los franceses, de la amenaza de una intervención extranjera...

El cardenal era escuchado con atención.

-Sería preciso -añadió- que el señor de Nerval dejara el ministerio, su nombre irrita inútilmente.

Al oír estas palabras, todo el mundo se levantó y comenzó a hablar al mismo tiempo. «Me van a echar otra vez», pensó Julien, pero incluso el presidente, siempre tan cauto, había olvidado de la presencia y la existencia de Julien.

Todas las miradas buscaban un hombre al que Julien reconoció. Se trataba del señor de Nerval, el primer ministro, a quien había visto en el baile del duque de Retz.

El desorden fue indescriptible, como dicen los periódicos hablando de la Cámara. Al cabo de un cuarto de hora largo logró restablecerse el silencio.

Entonces se levantó el señor de Nerval y, adoptando un tono de apóstol, dijo con una voz extraña:

-No afirmaré en modo alguno que no tengo apego al ministerio.

»Está probado, señores, que mi nombre duplica las fuerzas de los jacobinos, poniendo contra nosotros a muchos de los moderados. Así, pues, me retiraría gustoso; mas los caminos del Señor sólo son visibles para un corto número; pero -añadió mirando fijamente al cardenal- tengo una misión que cumplir; el cielo me ha dicho: dejarás tu cabeza en el cadalso o restablecerás la monarquía en Francia, y reducirás las Cámaras a lo que fue el Parlamento en tiempo de Luis XV, y esto, señores, lo haré.

Se calló, volvió a sentarse y hubo un largo silencio.

«He aquí un buen actor», pensó Julien. Se equivocaba, como por lo regular le ocurría siempre, al atribuir demasiado talento a las personas. Animado por los debates de una reunión tan agitada, y sobre todo por la sinceridad de la discusión, el señor de Nerval en aquel momento creía en su misión. Poseyendo un gran valor, aquel hombre carecía de sentido común.

En medio del silencio que siguió a la bonita frase lo haré, se oyeron las campanadas de la medianoche. A Julien le pareció que el sonido del reloj tenía algo imponente y fúnebre. Estaba emocionado.

La discusión se reanudó poco después con una energía creciente, y sobre todo con una increíble ingenuidad. «Estas gentes me harán envenenar -pensaba Julien en algunos momentos-. ¿Cómo dicen semejantes cosas delante de un plebeyo?»

Cuando dieron las dos seguían hablando todavía. El dueño de la casa dormía desde hacía ya un buen rato; el marqués de La Mole tuvo que llamar para que renovaran las velas. El señor de Nerval, el ministro, se había marchado a las dos menos cuarto, no sin antes haber mirado varias veces atentamente la cara de Julien, reflejada en un espejo que el ministro tenía a su lado. Su marcha parecía haber aliviado la tensión general.

Mientras estaban cambiando las velas, el hombre de los chalecos dijo en voz baja a su vecino:

-¡Sabe Dios lo que este hombre va a decirle al rey! Puede muy bien ponernos en ridículo y echar por tierra nuestro porvenir.

»Hay que reconocer que demuestra un raro aplomo y hasta cierta desvergüenza al presentarse aquí. Bien es verdad que asistía a nuestras reuniones antes de entrar en el ministerio; pero la j cartera lo cambia todo, anula todos los intereses de un hombre, y él hubiera debido comprenderlo.

Apenas se marchó el ministro, el general de Bonaparte cerró los ojos. En ese momento habló de su salud, de sus heridas, consultó su reloj y se fue.

-Apostaría -dijo el hombre de los chalecos- a que el general corre detrás del ministro; tratará de excusar su presencia aquí y pretenderá que nos maneja a su antojo.

Cuando los criados, medio dormidos, hubieron renovado las velas, dijo el

presidente:

-En fin, señores, deliberemos y no pretendamos convencernos los unos a los otros. Ocupémonos del contenido de la nota que dentro de cuarenta y ocho horas estará ante la vista de nuestros amigos de fuera. Se ha hablado de los ministros. Ahora que ya no está presente el señor de Nerval, podemos decirlo: ¿qué nos importan los ministros? Haremos que quieran.

El cardenal mostró su aprobación con una sutil sonrisa.

-Nada más fácil, me parece, que resumir nuestra posición -dijo el joven obispo de Agde, con el fuego concentrado y apremiante del más exaltado fanatismo. Hasta entonces había permanecido silencioso; su mirada, que Julien había observado, al principio, dulce y tranquila, habíase inflamado después de la primera hora de discusión. En ese instante su alma se desbordaba como la lava del Vesubio.

-De 1806 a 1814 Inglaterra no cometió más que un error -dijo-, y fue el de no haber obrado directa y personalmente contra Napoleón. En cuanto este hombre creó duques y chambelanes, en cuanto restableció el trono, la misión que Dios le confiara estaba terminada; ya no servía para otra cosa que para ser inmolado. Las Santas Escrituras nos enseñan en más de un pasaje la manera de acabar con los tiranos. (Aquí hubo varias citas en latín.)

»Hoy, señores, no es un hombre al que hay que inmolar, es París. Francia entera copia a París. ¿Para qué armar esos quinientos hombres por departamento? Empresa arriesgada ésta y que no acabará nunca. ¿Para qué mezclar a Francia en una cosa que es exclusiva de París? Sólo París ha causado el daño con sus periódicos y sus salones; que perezca, pues, la nueva Babilonia.

»Entre el altar y París hay que tomar una determinación. Esta catástrofe cuenta incluso entre los intereses mundanos del trono. ¿Por qué París no se atrevió a respirar bajo Bonaparte? Preguntádselo al cañón de Saint-Roch...

Julien y el marqués de La Mole no salieron hasta las tres de la madrugada.

El marqués estaba avergonzado y cansado. Por vez primera, al dirigirse a Julien, se notaba en su acento un tono de ruego. Le pidió su palabra de que no revelaría jamás el exceso de celo, éstas fueron sus palabras, del que la casualidad le había hecho testigo.

-No hable usted de ello a nuestro amigo del extranjero sino en el caso de que insista seriamente en conocer a nuestros jóvenes locos. ¿Qué les importa a ellos que se eche abajo el Estado? Serán cardenales y se refugiarán en Roma. Nosotros seremos asesinados por los campesinos en nuestros castillos.

La nota secreta que redactó el marqués, de acuerdo con el acta de veintiséis páginas escrita por Julien, no estuvo terminada hasta las cinco menos cuarto.

-Estoy muerto de cansancio -dijo el marqués-, como puede verse en esta nota que hacia el final queda bastante confusa; es lo que me ha dejado menos satisfecho de cuantas cosas he hecho en mi vida. Tome, amigo mío -añadió-, vaya a descansar unas horas y, por temor a que le rapten a usted, yo mismo voy a encerrarle con llave en su cuarto.

Al día siguiente el marqués condujo a Julien a un castillo aislado, bastante alejado de París. Allí se encontraron con unos huéspedes raros, que Julien supuso que serían sacerdotes. Le entregaron un pasaporte con un nombre supuesto, pero que indicaba al fin el verdadero destino del viaje, que él siempre había fingido ignorar. Montó solo en una

calesa.

El marqués no tenía inquietud alguna respecto a su memoria, pues Julien le había recitado varias veces la nota secreta; pero temía mucho que fuera detenido.

-Sobre todo trate usted de aparecer como un fatuo que viaja para matar el tiempo - le dijo el marqués amistosamente, en el momento en que salía del salón-. Es muy posible que hubiera más de un traidor en nuestra asamblea de anoche.

El viaje fue rápido y muy triste. Julien, apenas hubo perdido de vista al marqués, olvidó la nota secreta y la misión, para no pensar más que en el desprecio de Mathilde.

En un pueblo, algunas leguas más allá de Metz, el maestro de postas fue a decirle que no había caballos. Eran las diez de la noche; Julien, muy contrariado, pidió la cena. Paseando por delante de la puerta, insensiblemente y sin aparentar interés alguno, pasó al patio de las cuadras. No vio caballo alguno.

«Y, sin embargo, el comportamiento de este hombre era extraño -se decía Julien-; su mirada grosera me examinaba.»

Como puede verse, comenzaba a no creer al pie de la letra todo cuanto le decían. Pensaba escapar después de la cena y, con el propósito de saber algo del país, abandonó su cuarto para ir a calentarse junto al hogar de la cocina. ¡Cuál no fue su alegría al encontrarse allí al signor Geronimo, el célebre cantante!

Instalado en un sillón que había hecho colocar junto al fuego, el napolitano se lamentaba en voz alta y hablaba más él solo que los veinte campesinos alemanes que le rodeaban boquiabiertos.

-Estas gentes me arruinan -gritó a Julien-, he prometido cantar mañana en Maguncia. Siete príncipes soberanos se han reunido allí para oírme. Vamos, salgamos a tomar el aire -añadió con un tono significativo.

Cuando hubo recorrido cien pasos del camino, ya fuera del alcance de oídos indiscretos, le dijo a Julien:

-¿Sabe usted lo que ocurre? Este maestro de postas es un bribón. Mientras paseaba, le he dado un franco a un pillete que me lo ha contado todo. Hay más de doce caballos en una cuadra, al otro extremo del pueblo. Quieren retrasar algún correo.

-¿De veras? -dijo Julien con aire cándido.

No era suficiente haber descubierto el engaño, era preciso marcharse: y esto es lo que Geronimo y su amigo no pudieron conseguir.

-Esperemos que sea de día -dijo por fin el cantante-, desconfían de nosotros. Quizá vayan contra usted o contra mí. Mañana por la mañana pedírnos un buen almuerzo; mientras nos lo preparan, nos vamos de paseo, nos escapamos y alquilamos caballos y ganamos la posta próxima.

-¿Y el equipaje de usted? -dijo Julien, pensando que quizás el propio Geronimo fuera el encargado de detenerle.

No hubo más remedio que cenar y acostarse. Julien estaba aún en el primer sueño, cuando despertó sobresaltado al oír la voz de dos personas que hablaban dentro de su habitación sin disimulo alguno.

Reconoció al maestro de postas, armado de una linterna. La luz estaba enfocada hacia el cofre de la calesa, que Julien había hecho subir a su cuarto. Al lado del maestro de postas había un hombre que revolvía tranquilamente el cofre abierto. Julien no distinguía más que las mangas de su traje, que eran negras y muy apretadas.

«Es una sotana», se dijo, y acarició las pistolas que colocara debajo de la almohada.

-No tema usted que despierte, señor cura -decía el maestro de postas-. El vino que les han servido era del que preparó usted mismo.

-No encuentro ni rastro de papeles -respondió el cura-. Mucha ropa blanca, esencias, pomadas, futilidades; es un joven del siglo, tan sólo preocupado de sus placeres. El emisario será más bien el otro, ese que afecta hablar con acento italiano.

Aquellas gentes se acercaron a Julien para registrar en los bolsillos de su traje de viaje. Estuvo tentado de matarles como ladrones. Nada de menos peligrosas consecuencias. No le faltaron las ganas... «Sería un majadero -se dijo-, y comprometería mi misión.»

Una vez registrado su traje, dijo el cura:

-No es un diplomático.

Se alejó, e hizo bien.

«¡Desgraciado de él si llega a tocarme en mi cama! -decíase Julien-. Podría muy bien darme una puñalada, y eso no lo voy a permitir.»

El cura volvió la cabeza, Julien entreabrió los ojos; ¡cuál no fue su asombro al reconocer al padre Castanéde! En efecto, aunque aquellos dos personajes hablaban bastante bajo, desde el principio creyó reconocer una de las voces. A Julien le asaltó un fuerte deseo de librar al mundo de uno de sus más cobardes bribones...

«¿Y mi misión?», se dijo.

El cura y su acólito salieron. Un cuarto de hora más tarde, Julien fingió despertarse. Llamó y puso en conmoción a toda la casa.

-¡Estoy envenenado! -exclamó-, ¡sufro horriblemente!

Buscaba un pretexto para ir en auxilio de Geronimo. Le encontró medio asfixiado por el láudano contenido en el vino.

Julien, temiendo alguna broma de este género, había cenado chocolate que traía de París. No consiguió despertar del todo a Geronimo para decidirle a marchar.

-Aunque me dieran todo el reino de Nápoles -decía el cantante-, no renunciaría en este momento a la voluptuosidad de dormir.

-¡Pero los siete príncipes soberanos!...

-Que esperen.

Julien partió solo, y sin otro incidente llegó junto al gran personaje. Perdió una mañana entera en solicitar inútilmente una audiencia. Afortunadamente, a eso de las cuatro el duque quiso tomar el aire. Julien le vio salir a pie, y no vaciló en acercarse a él y pedirle limosna. Cuando llegó a dos pasos del gran personaje, sacó el reloj del marqués de La Mole y lo enseñó con afectación.

-Sígame usted de lejos -le dijeron sin mirarle.

A un cuarto de legua de allí, el duque entró de repente en un pequeño Café-Haus. En una habitación de aquella posada, de la más ~a categoría, fue donde Julien tuvo el honor de recitar al duque sus cuatro páginas. Cuando hubo terminado, le dijeron:

-Vuelva a empezar y vaya más despacio.

El príncipe tomó notas.

-Vaya usted a pie hasta la posta siguiente. Abandone aquí su equipaje y su coche. Vaya como pueda a Estrasburgo, y el veintidós de este mes -era el diez- esté usted a mediodía en este mismo Café-Haus. No salga usted hasta dentro de media hora.

¡Silencio!

Aquellas fueron las únicas palabras que Julien oyó. Bastaron para llenarle de la más grande admiración. «Así es -pensaba como se tratan los negocios; ¿qué diría este gran hombre de Estado si oyese a los apasionados charlatanes de hace tres días?»

Julien empleó dos horas en llegar a Estrasburgo. Le parecía que no tenía nada que hacer allí. Dio un gran rodeo.

«Si ese diablo del padre Castanéde me ha reconocido, no es hombre a quien se pueda despistar fácilmente. ¡Y qué placer sería para él burlarse de mí y hacer fracasar mi misión!»

Afortunadamente, el padre Castanéde, jefe de la policía de la congregación en toda la frontera del Norte, no le había reconocido. Y a los jesuitas de Estrasburgo, aunque muy diligentes, no se les ocurrió observar a Julien, que con su cruz y su levitón azul tenía el aspecto de un joven militar muy preocupado de su persona.

Capítulo 24

Estrasburgo

¡Fascinación! Tienes toda la energía del amor, toda su capacidad para soportar la desgracia.

Sólo sus encantadores placeres, sus dulces goces quedan más allá de tu esfera. Yo no podía decir viéndola dormida: es toda mía, con su belleza de ángel y sus dulces flaquezas. Hela aquí, entregada a mi poder, tal como el Cielo la creó en su misericordia, para hechizar el corazón del hombre.
«Oda» de SCHILLER

Obligado a pasar ocho días en Estrasburgo, Julien trataba de distraerse por medio de ideas de gloria militar y de abnegación hacia la patria. ¿Estaba enamorado? No lo sabía, sólo notaba que en su alma torturada Mathilde era dueña absoluta de su felicidad y de su imaginación. Necesitaba de toda la energía de su carácter para mantenerse por encima de la desesperación. Pensar en algo que no se relacionara con la señorita de La Mole era superior a sus fuerzas. Antes, la ambición, los pequeños éxitos de la vanidad le distraían de los sentimientos que la señora de Rénal le inspirara. Mathilde lo había absorbido todo; la veía en todas partes en el porvenir.

Y este porvenir lo veía Julien absolutamente falto de éxito. Este ser, a quien vimos en Verrières tan lleno de presunción, tan orgulloso, había caído en un exceso de modestia ridículo.

Tres días antes habría matado al padre Castanéde con gran satisfacción, y si en Estrasburgo un niño se hubiera puesto a reñir con él, le hubiera dado la razón al niño. Pensando de nuevo en los adversarios, en los enemigos que encontrara en su vida, decidía siempre que él, Julien, había sido el equivocado.

Y es que ahora tenía por implacable enemigo aquella imaginación poderosa, en otro tiempo empleada sin cesar en Pintarle tan brillantes éxitos en el porvenir.

La soledad absoluta de la vida del viajero aumentaba el poder de aquella negra imaginación. ¡Qué tesoro hubiera sido un amigo! «Pero -decíase Julien-, ¿existirá algún corazón que lata por mí? Y aunque tuviera un amigo, ¿no me obliga el honor a un silencio eterno?»

Se paseaba tristemente a caballo por los alrededores de Kehl; una aldea a orillas del Rin, inmortalizada por Desaix y Gouvion Saint-Cyr. Un campesino alemán le enseñaba los arroyos, los caminos, los islotes del Rin, a todos los cuales dieron nombre las hazañas de aquellos grandes generales. Julien, guiando su caballo con la mano izquierda, sostenía en la derecha el magnífico mapa que ilustra las Memorias del mariscal Saint-Cyr. Una exclamación de alegría le hizo levantar la cabeza.

Era el príncipe Korasoff, aquel amigo de Londres que le había iniciado, algunos meses antes, en las reglas de la alta fatuidad. Fiel a este gran arte, Korasoff, llegado la víspera a Estrasburgo, y desde hacía una hora a Kehl, y sin haber leído en su vida una línea sobre el sitio de 1796, se puso a dar grandes explicaciones a Julien. El campesino

alemán le miraba asombrado pues sabía bastante francés para entender las enormes equivocaciones en que caía el príncipe. Julien estaba a mil leguas de los pensamientos del campesino, miraba con asombro a aquel guapo mozo, admiraba la gracia con que montaba a caballo.

«¡Qué afortunado carácter! -se decía-. ¡Qué bien le cae el pantalón! ¡Con qué elegancia lleva cortado el pelo! ¡Ay de mí! Si yo hubiese sido así, es posible que después de amarme tres días no me hubiera aborrecido.»

Cuando hubo terminado su relato del sitio de Kehl, dijo el príncipe:

-Tiene usted el aspecto de un trapense, exagera usted la teoría de la gravedad que le enseñé en Londres. El aire triste no es de buen tono; es mejor parecer aburrido. Si está usted triste, es porque le falta algo, porque algo le ha salido mal.

»Es mostrarse inferior. Si, por el contrario, parece usted aburrido, es que lo que ha tratado inútilmente de agradarle es inferior a usted. Comprenda, pues, querido, lo grave de la equivocación.

Julien arrojó un escudo al campesino, que les escuchaba con la boca abierta.

-¡Bien! -dijo el príncipe-. Ese gesto tiene gracia, un noble desdén. ¡Muy bien!

Y puso su caballo al galope.

Julien le siguió, lleno de una admiración estúpida.

«¡Si yo hubiese sido así, ella no hubiera preferido a Croisenois!» Cuanto más le chocaban las ridiculeces del príncipe, tanto más se despreciaba por no admirarlas y se consideraba desgraciado por no tenerlas. El desprecio de sí mismo no podía ir más lejos.

El príncipe, al verle decididamente triste, le dijo cuando entraban en Estrasburgo:

-Veamos, amigo mío, ¿ha perdido usted todo su dinero, o está enamorado de alguna pequeña actriz?

Los rusos copian las costumbres francesas; pero siempre a cincuenta años de distancia. Ahora se hallan en la época de Luis XV.

Aquellas bromas sobre el amor llenaron de lágrimas los ojos de Julien. «¿Por qué no consultar a este hombre tan amable?», se dijo de pronto.

-Pues bien, sí, querido -le dijo al príncipe-. Me encuentra usted en Estrasburgo muy enamorado, e incluso desdeñado. Una mujer encantadora, que vive en una ciudad vecina, me ha plantado después de tres días de pasión, y este cambio me mata.

Y le describió al príncipe, cambiando los nombres, el comportamiento y el carácter de Mathilde.

-No continúe usted -dijo Korasoff-; para que tenga usted confianza en su médico, voy a terminar yo mismo la confidencia. El marido de esa mujer goza de una enorme fortuna, o mejor aún, ella pertenece a la más rancia nobleza del país. Es preciso que sienta orgullo por algo.

Julien asintió con la cabeza, no tenía ya valor para hablar.

-Muy bien -dijo el príncipe-. He aquí tres drogas, bastante amargas, que va usted a tomar sin pérdida de tiempo.

»Primera, ver todos los días a la señora... ¿cómo la llama usted?

-Señora de Dubois.

-¡Qué nombre! -lijo el príncipe, echándose a reír-; pero, perdón, para usted es sublime. Se trata de ver a diario a la señora de Dubois; pero no vaya usted a presentarse a sus ojos como molesto y frío; recuerde el gran principio de su siglo: mostrarse lo contra-

rio de lo que esperan de uno. Muéstrese precisamente tal como era usted ocho días antes de verse honrado con sus favores.

-¡Qué tranquilo estaba yo entonces! -exclamó Julien con desesperación-, creía tenerle compasión...

-La mariposa se quema en la llama -continuó el príncipe-, comparación tan vieja como el mundo.

»Primero, la verá usted todos los días.

»Segundo, cortejará usted a una mujer de su sociedad, pero sin aparentar excesiva pasión, entiéndalo bien. No le negaré que su papel es difícil; representa usted una comedia, y si deja que lo adivinen está usted perdido.

-¡Ella tiene tanto talento, y yo tan poco! Estoy perdido -dijo Julien tristemente.

-No, lo que sucede es que está usted más enamorado de lo que yo me figuraba. La señora de Dubois se halla profundamente preocupada de sí misma, como todas las mujeres a quienes el cielo ha concedido demasiada nobleza, o demasiado dinero. Se mira a sí misma, en vez de mirarle a usted, y, naturalmente, no le conoce. Durante los dos o tres arrebatos de amor con que le ha favorecido, con un gran esfuerzo de imaginación, veía en usted al héroe soñado y no lo que es usted en realidad.

»Pero ¡qué demonio!, ahí están los elementos, querido Sorel. ¿Es usted, acaso, un colegial?

»¡Caramba! Entremos en este almacén; he aquí un cuello negro encantador; parece confeccionado por John Anderson, de Burlington-Street; hágame el favor de tomarlo y tirar lejos esa innoble cuerda negra que lleva usted al cuello.

»Bueno -continuó el príncipe al salir de la tienda del primer pasamanero de Estrasburgo-, ¿qué relaciones tiene la señora de Dubois? ¡Dios mío, qué nombre! No se enfade usted, mi querido Sorel, pero es más fuerte que yo... ¿A quién hará usted la corte?

-A una mojitata por excelencia, hija de un comerciante de medias inmensamente rico. Tiene los ojos más bonitos del mundo y me gustan mucho; sin duda ocupa la más elevada jerarquía en la comarca; pero en medio de todas sus grandezas se ruboriza hasta el punto de desconcertarse si alguien habla de comercio o de tiendas. Y, por desgracia, su padre es uno de los comerciantes más conocidos en Estrasburgo.

-Así que si se habla de industria -dijo el príncipe riendo-, tiene usted la seguridad de que la bella piensa en ella y no en usted. Esta ridiculez es divina y muy útil, pues evitará que sienta usted el menor movimiento de locura junto a sus bellos ojos. El éxito es seguro.

Julien pensaba en la mariscal de Fervaques, que iba mucho al palacio de La Mole. Era una hermosa extranjera, que se había casado con el mariscal un año antes de la muerte de éste. Toda su vida parecía encaminada a hacer olvidar que era hija de un industrial, y, para ser algo en París, se había erigido en campeona de la virtud.

Julien admiraba sinceramente al príncipe; ¡qué no hubiera dado por tener sus mismas ridiculeces! La conversación entre los dos amigos fue interminable; Korasoff estaba radiante: nunca un francés le había escuchado durante tanto tiempo. «¡De modo -se decía el príncipe, encantado- que he llegado al punto de hacerme oír dando lecciones a mis maestros!»

-¿De acuerdo, no? -repetía a Julien por décima vez-. Ni el menor asomo de pasión cuando hable usted a la joven beldad, hija del comerciante de medias de Estrasburgo, en presencia de la señora de Dubois. En cambio, una ardiente pasión al escribirle. Leer una

carta de amor bien escrita es el placer supremo Para una mojígata; es un momento de descanso. No representa una comedia, se atreve a escuchar su corazón; de modo que, dos cartas diarias.

-¡Nunca! ¡Nunca! -dijo Julien, descorazonado-. Antes me dejaría machacar en un mortero que componer tres frases seguidas; soy un cadáver, mi querido amigo, no espere nada de mí. Déjeme usted morir al borde del camino.

-¿Y quién habla de componer frases? Tengo en mi maletín seis tomos de cartas de amor manuscritas. Las hay para todos los caracteres de mujer, incluso para la virtud más austera. ¿No cortejó Kalisky a Richemond-la-Terrasse, ya sabe usted, a tres leguas de Londres, a la más linda cuáquera de toda Inglaterra?

Julien se sentía menos desgraciado cuando a las dos de la madrugada se separó de su amigo.

Al día siguiente el príncipe mandó llamar a un copista, y dos días después Julien tenía en su poder cincuenta y tres cartas amorosas, rigurosamente numeradas, con destino a la virtud más triste y más sublime.

-No hay cincuenta y cuatro porque Kalisky fue despedido; pero, ¿qué le importa a usted ser maltratado por la hija del comerciante de medias, si sólo quiere obrar sobre el corazón de la señora de Dubois?

Todos los días montaban a caballo: el príncipe estaba loco por Julien; no sabiendo cómo demostrarle su repentina amistad, acabó por ofrecerle la mano de una de sus primas, rica heredera de Moscú.

-Y una vez casado -añadió-, mi influencia y la cruz que luce usted le hacen coronel en dos años.

-Pero esta cruz no ha sido concedida por Napoleón, ni mucho menos.

-¡Qué importa! -dijo el príncipe-. ¿No la inventó él? Es todavía, y con mucho, la primera de Europa.

Julien estuvo a punto de aceptar; pero su deber le llamaba junto al gran personaje; al separarse de Korasoff le prometió escribirle. Recibió la contestación a la nota secreta que llevara, y corrió hacia París; pero apenas hubo pasado a solas dos días seguidos, el abandonar Francia y a Mathilde le pareció un suplicio peor que la muerte.

«No me casaré con los millones que me ofrece Korasoff-díjose-, pero seguiré sus consejos.

»Después de todo, su oficio consiste en el arte de seducir; hace más de quince años que no piensa en otra cosa, puesto que tiene treinta. No se puede decir que carezca de ingenio; es fino y cauteloso; el entusiasmo, la poesía, son incompatibles con este carácter: es un procurador, razón de más para que no se equivoque.

»No hay más remedio, voy a cortejar a la señora de Fervaques.

»Probablemente me aburriré un poco, pero miraré aquellos ojos tan bellos y que tanto se parecen a los que me han amado más en el mundo.

»Es extranjera; por lo tanto, un nuevo carácter a observar.

»Estoy loco, me ahogo, debo seguir los consejos de un amigo y- no fiarme de mi mismo.»

Capítulo 25

El ministerio de la virtud

*Pero si he de gozar este placer con tanta prudencia
y circunspección, para mí ya no será un placer.*⁶⁶

LOPE DE VEGA

Apenas de vuelta en París, y al salir del gabinete del marqués de La Mole, que pareció muy desconcertado con lo que se le comunicaba, nuestro héroe corrió a casa del conde de Altamira. Al honor de estar condenado a muerte, este apuesto extranjero unía una gran seriedad y la suerte de ser devoto; estos dos méritos, y sobre todo la alta alcurnia del conde, encantaban a la señora de Fervaques, quien le veía muy a menudo.

Julien le confesó seriamente que estaba muy enamorado de ella.

-Es de la más pura y firme virtud -respondió Altamira-, aunque un poco jesuítica y enfática. Hay días en que entiendo cada una de las palabras que dice, y, sin embargo, no logro entender la frase entera. Algunas veces me hace pensar que no domino el francés tan bien como dicen. Esta amistad hará que se conozca su nombre de usted; le dará categoría en el mundo. Pero vamos a ver a Bustos -dijo el conde de Altamira, que era un espíritu metódico-; él ha cortejado a la mariscala.

Don Diego Bustos se hizo explicar prolijamente el asunto, sin decir nada, como un abogado en su gabinete. Tenía cara de fraile, grande, con bigotes negros, y una seriedad sin par; por lo demás, era un buen carbonario.⁶⁷

-Ya comprendo -le dijo por fin a Julien-. ¿Ha tenido amantes la mariscala de Fervaques? ¿No los ha tenido? ¿Puede usted abrigar alguna esperanza de éxito? He aquí la cuestión. Por mi parte, debo decirle que he fracasado. Ahora que ya no me siento mortificado, me hago esta reflexión: muchas veces se encuentra de mal humor y, como verá usted por lo que le voy a contar, es bastante vengativa.

»Yo no le atribuyo ese temperamento bilioso, que es propio del genio, y que da a todos los actos como un barniz de pasión. Por el contrario, debe a la manera de ser flemática y tranquila de los holandeses su rara belleza y sus lozanos colores.

Julien se impacientaba con la lentitud y la flema inquebrantable del español; de vez en cuando, a pesar suyo, se le escapaban algunos monosílabos.

-¿Quiere usted escucharme? -le dijo con seriedad don Diego Bustos.

-Dispense la furia francesa -dijo Julien-; soy todo oídos.

-La mariscala de Fervaques cultiva mucho el odio; persigue implacablemente a personas que no ha visto nunca, abogados, pobres diablos literatos que han compuesto canciones, como Collé, ¿lo conoce usted?

*J'ai la marotte D'aimer Marote, etc.*⁶⁸

⁶⁶ En francés en el original, sin referencia alguna que permita identificar la procedencia de esta cita de Lope.

⁶⁷ Los carbonarios, sociedad liberal del norte de Italia, se habían extendido por Francia.

⁶⁸ Tengo la manía de amar a Marote...

Y Julien tuvo que soportar la cita entera. Al español le gustaba mucho cantar en francés.

Aquella divina canción nunca fue escuchada con más impaciencia. Cuando la hubo terminado, dijo don Diego Bustos:

-La mariscala hizo destituir al autor de la canción:

*Un jour, l'amour au cabaret.*⁶⁹

Julien tembló ante la idea de que quisiera también cantarla. Se contentó con analizarla. Realmente, era impía y poco decente.

-Cuando la mariscala se indignó con esta canción -dijo don Diego-, le hice observar que una mujer de su posición no debía leer todas las estupideces que se publican. Por muchos progresos que hagan la piedad y la seriedad, siempre habrá en Francia una literatura de cabaret. Cuando la señora de Fervaques hubo hecho perder al autor, pobre diablo a medio sueldo, un empleo de mil ochocientos francos, yo le dije: «Tenga usted cuidado, usted ha atacado a ese poetaastro con sus armas; él puede contestar con sus rimas, compondrá una canción sobre la virtud. Los salones dorados estarán de parte de usted; la gente aficionada a reír repetirá sus epigramas». ¿Sabe usted, caballero, lo que me respondió la mariscala? «Por los intereses del Señor, todo París me vería marchar hacia el martirio; sería un espectáculo nuevo en Francia. El pueblo aprendería a respetar la calidad. Sería el día más hermoso de mi vida.» Nunca sus ojos fueron más bellos.

-Los tiene soberbios -exclamó Julien.

-Veo que está usted enamorado... Aceptando que -continuó gravemente don Diego Bustos- ella no posee la constitución biliosa que conduce a la venganza, si a pesar de todo, le gusta hacer daño, es porque es desgraciada. Yo sospecho en ella desgracia interior. ¿No será una mojigata cansada de su oficio?

El español le miró silencioso durante largo rato.

-Ésta es toda la cuestión -añadió gravemente-, y es de aquí de donde puede usted sacar alguna esperanza. He reflexionado mucho durante los dos años en que me dediqué a ser su más humilde servidor. Todo su porvenir, caballero enamorado, depende de este gran problema: ¿Es una mojigata cansada de su papel, y mala porque se siente desgraciada?

-O bien -dijo Altamira, saliendo al fin de su profundo silencio-, ¿será lo que te he dicho veinte veces? Únicamente vanidad francesa; es el recuerdo de su padre, el famoso comerciante de paños, lo que hace la desgracia de este carácter sombrío y seco por naturaleza. Sólo habría una salvación para ella, vivir en Toledo y verse atormentada por un confesor que diariamente le mostrara el infierno abierto de par en par.

Cuando se marchaba Julien, díjole don Diego, cada vez más serio:

-Altamira me dice que es usted de los nuestros. Un día nos ayudará a reconquistar nuestra libertad, por eso quiero ayudarle a usted en este pequeño juego. Bueno será que

⁶⁹ Un día, el amor en el cabaret...

conozca usted el estilo de la mariscal; he aquí cuatro cartas de su puño y letra.

-Voy a copiarlas -exclamó Julien- y se las devolveré a usted.

-¿Y nadie sabrá nunca por usted una palabra de lo que aquí hemos hablado?

-¡Jamás! Palabra de honor -exclamó Julien.

-¡Que Dios le ayude! -añadió el español, y acompañó silencioso hasta la escalera a Altamira y a Julien.

Esta escena alegró un tanto a nuestro héroe; estuvo a punto de sonreír. «¡He aquí a ese beato de Altamira -decíase- ayudándome en una empresa de adulterio!»

Durante toda la seria conversación con don Diego Bustos, Julien había estado atento a las horas que sonaban en el reloj del palacio de Aligre.

¡Se acercaba la hora de cenar y, por lo tanto, iba a ver de nuevo a Mathilde! Volvió al palacio y se vistió con mucho esmero.

«Primera tontería -díjose mientras bajaba la escalera-; es preciso seguir al pie de la letra las instrucciones del príncipe.»

Subió otra vez a su cuarto y se puso un traje de viaje de lo más sencillo.

«Ahora -pensó- hay que controlar las miradas.»

No eran más que las cinco y media y se cenaba a las seis. Se le ocurrió bajar al salón, que encontró desierto. A la vista del canapé azul, se arrodilló precipitadamente y besó el lugar en que Mathilde apoyaba su brazo, las lágrimas acudieron a sus ojos, sus mejillas no tardaron en arder. «Hay que acabar con esta estúpida sensibilidad -se dijo, colérico-, si no quiero que me traicione.» Cogió un periódico, para tener en qué entretenerse, y pasó tres o cuatro veces del salón al jardín.

Sólo temblando y completamente oculto por una gran encina, se atrevió a levantar los ojos hasta la ventana de la señorita de La Mole. Estaba herméticamente cerrada; Julien estuvo a punto de caerse, y permaneció largo tiempo apoyado contra la encina; luego, con paso vacilante, fue a contemplar de nuevo la escalera del jardinero. El eslabón que un día forzara en circunstancias, ¡ay!, tan distintas, estaba aún sin componer. Arrastrado por un movimiento de locura, Julien lo apretó contra sus labios.

Después de haber errado durante largo rato del salón al jardín, Julien se sintió horriblemente fatigado; esto fue un primer éxito, que le complació enormemente. «¡Mis miradas estarán apagadas y no me traicionarán!» Poco a poco los comensales fueron llegando al salón; la puerta no se abrió ni una sola vez sin que el corazón de Julien sintiera una turbación moral.

Se sentaron a la mesa. Por fin apareció la señorita de La Mole, siempre fiel a su costumbre de hacerse esperar. Se puso muy colorada al ver a Julien; no le habían comunicado su llegada. Siguiendo la recomendación del príncipe Korasoff, Julien miró sus manos; temblaban. Emocionado a su vez hasta más no poder por este descubrimiento, se sintió satisfecho de no aparentar más que fatiga.

El marqués de La Mole hizo su elogio. La marquesa le dirigió la palabra momentos después, y le felicitó por su aspecto fatigado. Julien se decía a cada instante: «No debo mirar demasiado a la señorita de La Mole; pero mis miradas tampoco deben huirla. Tengo que aparecer exactamente lo mismo que ocho días antes de mi desgracia...». Tuvo motivos para sentirse satisfecho del éxito, y se quedó en el salón. Atento por primera vez hacia la dueña de la casa, se esforzó vivamente en hacer hablar a los hombres de su tertulia y mantener animada la conversación.

Su cortesía fue recompensada; a eso de las ocho anunciaron a la mariscal de

Fervaques. Julien desapareció y volvió poco después vestido con el mayor esmero. La marquesa de La Mole le agradeció infinitamente aquella muestra de respeto, y quiso demostrarle su satisfacción, hablando de su viaje a la señora de Fervaques. Julien se instaló cerca de la mariscala, de modo que Mathilde no pudiese ver sus ojos. Una vez colocado, siguiendo todas las reglas del arte, hizo objeto a la señora de Fervaques de la más entusiasta admiración. La primera de las cincuenta y tres cartas que le regalara el príncipe Korasoff empezaba con un párrafo sobre este sentimiento.

La mariscala anunció que iba a la ópera bufa. Julien corrió hacia allí; se encontró con el caballero de Beauvoisis, que le condujo a un palco de los gentileshombres de cámara, precisamente al lado del palco de la señora de Fervaques. Julien la miró constantemente. «Es preciso -se dijo al volver al palacio- que lleve un diario del sitio; de lo contrario, olvidaré mis ataques.» Se esforzó en escribir dos o tres páginas sobre aquel asunto enojoso, y así consiguió, cosa admirable, no pensar apenas en la señorita de La Mole.

Mathilde le había casi olvidado durante su viaje. «Después de todo, no es más que un ser vulgar -pensaba-, y su nombre me recordará siempre la mayor falta de mi vida. Hay que volver de buena fe a las ideas vulgares de formalidad y de honor; una mujer puede perderlo todo al olvidarlas.» Se mostró por fin dispuesta a consentir en que se celebrase su compromiso con el marqués de Croisenois, preparado desde hacía tanto tiempo. Él estaba loco de alegría, y se habría asombrado mucho si alguien le dijera que en aquel modo de sentir de Mathilde, que tanto le enorgullecía, había, en el fondo, resignación.

Todas las ideas de Mathilde cambiaron al ver a Julien. «En realidad -se dijo-, éste es mi marido; si vuelvo de buena fe a las ideas de sensatez, evidentemente debo casarme con él.»

Ella esperaba verse asediada, demostraciones de pena por parte de Julien; preparaba sus respuestas, pues, sin duda, al terminar la comida, él trataría de decirle algunas palabras. Lejos de ello, él permaneció firmemente en el salón, y ni siquiera dirigió su mirada al jardín, ¡Dios sabe con cuánto esfuerzo! «Más vale tener cuanto antes esa explicación», pensó la señorita de La Mole; salió al jardín ella sola, Julien no apareció por allí. Mathilde fue a pasearse junto a las puertaventanas del salón; desde allí le vio muy entretenido, describiendo a la señora de Fervaques los viejos castillos en ruinas que coronan los altozanos a orillas del Rin y le dan tanto carácter. Empezaba a emplear, y no sin éxito, la frase sentimental y pintoresca que en algunos salones se llama esprit.

Si el príncipe Korasoff hubiese estado en París, se habría sentido orgulloso: aquella velada era exactamente la que él había predicho.

Habría aprobado la conducta de Julien en días sucesivos.

Una intriga entre los miembros del gobierno oculto dejaba vacantes algunos cordones azules; la mariscala de Fervaques exigía que su tío abuelo fuese caballero de la Orden. El marqués de La Mole tenía la misma pretensión respecto a su suegro; reunieron sus esfuerzos, y la mariscala fue casi todos los días al palacio de La Mole. Por ella supo Julien que el marqués iba a ser ministro: ofrecía a la Camarilla⁷⁰ un plan muy ingenioso para anular la Carta en tres años, sin conmoción.

Julien podía esperar un obispado si el marqués de La Mole llegaba al ministerio;

⁷⁰ En castellano en el original.

pero a sus ojos todos estos grandes intereses aparecían como cubiertos con un velo. Su imaginación no los alcanzaba más que vagamente y, por decirlo así, en la lejanía. La gran desgracia que le convertía en un maniático cifraba todos los intereses de la vida en su manera de comportarse con la señorita de La Mole. Calculaba que después de cinco o seis años de táctica conseguiría, de nuevo, su amor.

Aquella cabeza tan fría había llegado, como se ve, a un completo estado de locura. De todas las cualidades que antes le distinguieran, no le quedaba más que un poco de firmeza. Materialmente fiel al plan de conducta trazado por el príncipe Korasoff, todas las noches se colocaba lo más cerca posible del sillón de la señora de Fervaques, pero no conseguía encontrar nada que decirle.

El esfuerzo que se imponía para aparecer curado ante los ojos de Mathilde absorbía todas las fuerzas de su alma, y permanecía al lado de la mariscala como un ser casi inanimado; hasta sus ojos habían perdido todo su fuego, lo mismo que cuando se padece un extremo sufrimiento físico.

Como el modo de ver las cosas de la marquesa de La Mole era siempre una copia de las opiniones de aquel marido que podía hacerla duquesa, desde hacía algunos días ensalzaba hasta las nubes el mérito de Julien.

Capítulo 26

El amor moral

*There also was of course in Adeline
That calco patrician polish in the address,
Which ne'er can pass the equinoctial liase
Of any thing which Nature would express:
Just as a Mandarin linds nothing fme,
At least his manner suffers not to guess
That any thing he views can greatly please.⁷¹*
BYRON

«Hay algo de locura en la manera de ver de toda esta familia -pensaba la mariscala-; se hallan encaprichados con su joven clérigo, que no sabe hacer otra cosa que escuchar, con unos ojos bastante bellos, hay que reconocerlo.»

Julien, por su parte, encontraba en los modales de la mariscala un ejemplo casi perfecto de aquella calma patricia, que respira una rigurosa cortesía y, todavía más, la imposibilidad de experimentar ninguna emoción intensa. Lo imprevisto en los movimientos, la falta de dominio sobre sí, hubiesen escandalizado a la señora de Fervaques casi tanto como la ausencia de señorío en el trato con los inferiores. El menor signo de sensibilidad hubiese resultado a sus ojos como una especie de embriaguez moral de la que hay que ruborizarse, y que perjudica mucho el respeto que una persona de jerarquía elevada se debe a sí misma. Su mayor felicidad era hablar de la última cacería del rey; su libro favorito, las Memorias del duque de Saint-Simon, sobre todo por la parte genealógica.

Julien sabía el sitio que, según la disposición de las luces, convenía más a la belleza de la señora de Fervaques. Se colocaba allí de antemano, pero tenía gran cuidado en poner su silla de modo estratégico para no ver a Mathilde. Ésta, extrañada por aquella insistencia en huir de ella, un día abandonó el canapé azul y se fue a instalar junto a una mesita al lado del sillón de la mariscala. Julien la veía bastante cerca, por debajo del sombrero de la señora de Fervaques. Aquellos ojos, que eran dueños de su suerte, observados de tan cerca le asustaron primero, pero luego le arrancaron violentamente de su apatía habitual; aquel día habló, y muy bien.

Dirigía la palabra a la mariscala, pero su única intención era obrar sobre el alma de Mathilde. Se animó de tal modo que la señora de Fervaques llegó a no entender nada de lo que decía.

Aquél era un primer mérito. Si Julien hubiera tenido la idea de completarlo con algunas frases de misticismo alemán, de alta religiosidad y de jesuitismo, la mariscala le

⁷¹ "Había también en Adeline, por supuesto, / aquella cortesía serena y patricia en las maneras, / que nunca rebasa la línea equinoccial / de lo que quiere expresar la naturaleza; / tal como un mandarín que no encuentra nada suficientemente bello, / o que, por lo menos, no deja que por su actitud pueda sospecharse / que algo que ve puede proporcionarle un gran placer.. Don Juan, XIII, 84.

hubiera clasificado automáticamente entre los hombres superiores llamados a regenerar el siglo.

«Puesto que tiene el suficiente mal gusto -decíase la señorita de La Mole- para estar hablando tanto tiempo y con tanto fuego a la señora de Fervaques, no le escucharé más.» Durante el foral de aquella velada cumplió su palabra, aunque con gran esfuerzo.

A medianoche, cuando cogió el quinqué de su madre para acompañarla a su habitación, la marquesa de La Mole se detuvo en la escalera para hacer un elogio completo de Julien. Mathilde acabó de ponerse de mal humor: no podía conciliar el sueño. Una idea la tranquilizó: «Lo que yo desprecio puede muy bien pasar por un hombre de gran mérito ante los ojos de la mariscal».

En cuanto a Julien, había obrado, era menos desgraciado; sus ojos se fijaron por casualidad en la cartera de piel de Rusia donde el príncipe Korasoff había encerrado las cincuenta y tres cartas de amor que le había regalado. Julien leyó en una nota al final de la primera carta: Se envía la número 1 ocho días después del primer encuentro.

«¡Voy retrasado! -exclamó Julien-, pues hace mucho tiempo que estoy viendo a la señora de Fervaques.» Se puso enseguida a copiar aquella carta de amor; era una homilía llena de frases sobre la virtud y terriblemente aburrida; Julien tuvo la suerte de dormirse al llegar a la segunda página.

Algunas horas después, el sol le sorprendió apoyado sobre la mesa. Uno de los momentos más penosos de su vida era aquel en que cada mañana, al despertar, se daba cuenta de su desgracia. Aquel día acabó la copia de su carta casi riendo. «¿Es posible -se decía- que haya habido un joven capaz de escribir así?» Contó varias frases de nueve líneas. Al pie del original vio una nota con lápiz:

Estas cartas las lleva uno mismo: a caballo, corbata negra, levitón azul. Se entrega la carta al portero con aire contrito; profunda melancolía en la mirada. Si aparece alguna doncella, secarse los ojos furtivamente. Dirigir la palabra a la doncella.

Todo esto fue muy fielmente ejecutado.

«Lo que yo estoy haciendo es muy expuesto -pensó Julien al salir del palacio de Fervaque-, pero tanto peor para Korasoff. ¡Atreverse a escribir a una virtud tan célebre! Voy a ser tratado con el mayor desprecio, y nada me divertirá más. Ésta es, en el fondo, la única comedia a la que puedo ser sensible. Sí, cubrir de ridículo a este ser odioso que llamo yo me divertirá. Si me dejara llevar por mis impulsos, cometería algún crimen para distraerme.»

Desde hacía un mes, el momento más agradable de la vida de Julien era aquel en que conducía su caballo a la cuadra. Korasoff le había prohibido expresamente mirar, bajo ningún pretexto, a la amante que le había abandonado. Pero el paso del caballo que ella conocía tan bien, la manera como Julien golpeaba con la fusta la puerta de la caballeriza para que saliera un mozo, atraían algunas veces a Mathilde detrás de las cortinillas de su ventana. La cortina era tan fina, que Julien veía a través de ella. Mirando de determinada manera por debajo del ala de su sombrero, distinguía la figura de Mathilde, sin ver sus ojos. «Por lo tanto -se decía-, ella tampoco puede ver los míos, y esto no es mirarla.»

Por la noche, la señora de Fervaques se comportó con él exactamente lo mismo que si no hubiera recibido la disertación filosófica, mística y religiosa que por la mañana entregara él a su portero con tanta melancolía. La víspera, la casualidad había revelado a Julien el medio de ser elocuente; se las arregló para ver los ojos de Mathilde. Ella, por su

parte, unos instantes después de la llegada de la mariscala, abandonó el sofá azul: esto era desertar de su tertulia habitual. El marqués de Croisenois parecía consternado con aquel nuevo capricho, su manifiesto dolor libró a Julien del aspecto más atroz de su desgracia.

Aquel imprevisto en su vida le hizo hablar como un ángel; y como el amor propio se desliza incluso en los corazones que sirven de templo a la virtud más augusta, la mariscala se dijo al subir en su coche: «La marquesa de La Mole tiene razón, este joven cura posee distinción. Es posible que, en los primeros días, mi presencia le intimidase. Desde luego, todo el ambiente de esta casa es bastante frívolo; no veo más que virtudes sostenidas por la vejez, y que necesitaban mucho el hielo de la edad. Este muchacho habrá sabido ver la diferencia; escribe bien, pero mucho me temo que la petición que me hace en su carta de que le ilumine con mis consejos, no sea, en el fondo, más que un sentimiento que se ignora a sí mismo.

»Y, sin embargo, ¡cuántas conversiones han comenzado así! Lo que me parece de buen augurio en ésta es la diferencia entre su estilo y el de los jóvenes cuyas cartas he tenido ocasión de ver. Es imposible no reconocer unción, seriedad profunda y mucha convicción en la prosa de este joven clérigo; quizá posea la dulce virtud de Massillon».

Capítulo 27

Los mejores puestos de la Iglesia

Des services! des talents! du mérite! bah! soyez d'une coterie.⁷²⁾
FÉNÉLON

La idea del obispado se presentaba por primera vez, mezclada con la de Julien, en la cabeza de una mujer que tarde o temprano había de distribuir los mejores puestos de la Iglesia de Francia. Esta ventaja no habría impresionado ni lo más mínimo a Julien; en aquel instante su pensamiento no se distraía para nada de su desgracia: todo la redoblaba; por ejemplo, la vista de su habitación se le había hecho insoportable. Por la noche, cuando se retiraba con su vela, cada mueble, cada pequeño adorno parecía que se disponía a hablar para anunciarle agriamente algún nuevo detalle de su desdicha.

«Hoy tengo un trabajo obligado -dijose aquel día al entrar, con una vivacidad inusitada en él desde hacía tiempo-: esperemos que la segunda carta sea tan aburrida como la primera.»

Lo era más aún. Lo que copiaba le parecía tan absurdo, que acabó transcribiendo línea por línea, sin preocuparse del sentido.

«Esto es aún más afectado -decíase- que los documentos oficiales del tratado de Munster, que mi profesor de diplomacia me hacía copiar en Londres.»

Sólo entonces se acordó de las cartas de la señora de Fervaques, cuyos originales se había olvidado de devolver al grave español don Diego Bustos. Las buscó; eran realmente casi tan ininteligibles como las del joven señor ruso. La vaguedad era absoluta. Aquello quería decirlo todo y no decir nada. «Son como el arpa eólica del estilo -pensó Julien-. En medio de los más sublimes pensamientos sobre la nada, sobre la muerte, sobre el infinito, etc., no veo que sea real más que un abominable miedo al ridículo.»

El monólogo que acabamos de resumir se repitió durante quince días seguidos. Dormirse mientras transcribía una especie de comentario del Apocalipsis, a la mañana siguiente ir a llevar una carta con aire melancólico, devolver el caballo a la cuadra con la esperanza de divisar el traje de Mathilde, trabajar, por la noche presentarse en la ópera cuando la señora de Fervaques no iba al palacio de La Mole, tales eran los monótonos acontecimientos de la vida de Julien. Tenía algo más de interés cuando la señora de Fervaques iba a ver a la marquesa: entonces podía entrever los ojos de Mathilde por debajo del ala del sombrero de la mariscal, y se mostraba elocuente. Sus frases pintorescas y sentimentales comenzaban a tomar un giro más sorprendente y más elegante a la vez.

Comprendía perfectamente que lo que decía era absurdo a los ojos de Mathilde, pero quería impresionarla con la elegancia de la dicción. «Cuanto más falso sea lo que diga, más debo de gustarle», pensaba Julien, y entonces, con una osadía endiablada, exageraba ciertos aspectos de la naturaleza. Pronto advirtió que, para no parecer vulgar ante los ojos de la mariscal, había que prescindir, sobre todo, de las ideas sencillas y

⁷² «¡Servicios! ¡Talento! ¡Mérito! ¡Bah! Formad parte de una camarilla.» Aventuras de Telémaco.

razonables. Y continuaba así, o abreviaba sus amplificaciones, según veía el éxito o la indiferencia en los ojos de las dos grandes damas a quienes tenía que agradar.

En conjunto, su vida era menos insoportable que cuando se pasaba los días en plena ociosidad.

«Pero -decíase una noche-, heme aquí transcribiendo el número quince de estas abominables disertaciones; las catorce primeras han sido fielmente entregadas al portero de la mariscal. Voy a tener el honor de llenar todo el casillero de su escritorio. ¡Y, sin embargo, ella me trata exactamente lo mismo que si yo no escribiese! "¿En qué acabará todo esto? ¿Mi constancia la aburrirá tanto como a mí? Hay que convenir en que ese ruso amigo de Korasoff, y enamorado de la bella cuáquera de Richmond, fue en su tiempo un hombre terrible; no se puede ser más pelmazo.»

Como todos los seres mediocres a quienes la casualidad coloca en presencia de las maniobras de un gran general, Julien no comprendía nada en absoluto del ataque que el joven ruso dirigiera contra el corazón de la severa inglesa. Las cuarenta primeras cartas no tenían más objeto que hacerse perdonar el atrevimiento de escribir. Era preciso que aquella dulce persona, que acaso se aburría infinitamente, adquiriese la costumbre de recibir cartas, quizás un poco menos insípidas que su vida diaria.

Una mañana entregaron una carta a Julien; él reconoció las armas de la señora de Fervaques, y la abrió con una presteza que algunos días antes le habría parecido imposible: no era más que una invitación a cenar.

Consultó apresuradamente las instrucciones del príncipe Korasoff. Desgraciadamente, el joven ruso había querido ser ligero como Dorat, allí donde hubiera hecho falta ser sencillo e inteligible; Julien no pudo adivinar la posición moral que debía ocupar en la cena de la mariscal.

El salón era de gran suntuosidad, dorado como la galería de Diana en las Tullerías, con pinturas al óleo en las paredes. En estas pinturas aparecían algunas manchas claras. Julien supo más tarde que la dueña de la casa había mandado corregir los cuadros, cuyo tema le parecía poco decente. «¡Siglo moral!», pensó.

En aquel salón reconoció a tres de los personajes que asistieran a la redacción de la nota secreta. Uno de ellos, monseñor, el obispo de..., tío de la mariscal, tenía a su cargo la dispensa de los beneficios eclesiásticos y, según se decía, no sabía negarle nada a su sobrina. «¡Qué gran paso he dado! -dijose Julien, sonriendo con melancolía-, ¡y qué poco me emociona! Heme aquí cenando con el famoso obispo de...»

La comida fue mediana, y la conversación irritante. «Es el índice de un mal libro -pensaba Julien-. Todos los grandes temas que han sido objeto del pensamiento de los hombres se tratan aquí presuntuosamente. Después de escuchar durante tres minutos, uno se pregunta qué es lo que puede más, si la afectación del orador o su abominable ignorancia.»

El lector ha olvidado sin duda a aquel pequeño literato llamado Tanbeau, sobrino del académico y futuro profesor, quien, con sus bajas calumnias, parecía el encargado de envenenar el salón de La Mole.

Debido a este hombrecillo se le ocurrió a Julien la idea de que, aun cuando la señora de Fervaques no contestase a sus cartas, podría muy bien ser que viera con indulgencia el sentimiento que las dictaba. El alma negra del señor Tanbeau se desgarraba al pensar en los éxitos de Julien; pero como, por otra parte, un hombre de mérito, al igual que un majadero, no puede estar en dos sitios a la vez, «si Sorel se convierte en el

amante de la sublime mariscala -decíase el futuro profesor-, ella le colocará en la Iglesia en algún puesto elevado, y yo me veré libre de él en el palacio de La Mole».

El padre Pirard dirigió también a Julien largos sermones sobre sus triunfos en el palacio de Fervaques. Había celos de secta entre el austero jansenista y el salón jesuítico, regenerador y monárquico de la virtuosa mariscala.

Capítulo 28

Manon Lescaut

*Una vez convencido de la estupidez e imbecilidad del prior, soda salir del paso llamando a lo negro blanco y a lo blanco negro.*⁷³

LICHTENBERG

Las instrucciones rusas prescribían imperiosamente no contradecir nunca de viva voz a la persona a quien uno escribía. Era preciso no apartarse, bajo ningún pretexto, del fingimiento de la más extática admiración; las cartas partían siempre de este supuesto.

Una noche, en la ópera, en el palco de la señora de Fervaques, Julien ponía por las nubes el ballet de Manon Lescaut. Su única razón para hablar así era que lo consideraba insignificante.

La mariscala dijo que el ballet era muy inferior a la novela del abate Prévost.

«¡Cómo! -pensó Julien, asombrado y divertido-, ¡una persona tan virtuosa alaba una novela!» La señora de Fervaques hacía alarde, dos o tres veces por semana, del más absoluto desprecio hacia los escritores que, por medio de esas obras insulsas, tratan de corromper a una juventud que por desgracia es ya de por sí excesivamente propicia a los errores de los sentidos.

-En este género inmoral y peligroso, Manon Lescaut -continuó la mariscala- ocupa, según dicen, uno de los primeros lugares. Las debilidades y las angustias merecidas de un corazón de lo más criminal están, según dicen, pintadas con una verdad realmente profunda; lo cual no impide que vuestro Bonaparte diga en Santa Elena que es una novela escrita para lacayos.

Esta frase devolvió toda su actividad al espíritu de Julien. «Han querido perderme a los ojos de la mariscala; le han contado mi entusiasmo por Napoleón. Este hecho le ha molestado lo bastante como para haber cedido a la tentación de dármele a entender.» Aquel descubrimiento le divirtió durante toda la velada, y le hizo resultar divertido. Al despedirse en el vestíbulo de la ópera, le dijo la mariscala:

-Recuerde usted, caballero, que no hay que querer a Bonaparte cuando se me quiere a mí; a lo sumo, puede aceptársele como una necesidad impuesta por la Providencia. Por lo demás, este hombre no tenía bastante flexibilidad de espíritu como para comprender las obras maestras del arte.

«¡Cuando se me quiere! -se repetía Julien-. Esto no quiere decir nada o quiere decirlo todo. Sutilezas del lenguaje que nosotros, pobres provincianos, ignoramos.» Y pensó mucho en la señora de Rénal mientras copiaba una carta interminable destinada a la mariscala.

-¿Cómo es -le dijo ella al día siguiente con un aire de indiferencia que a él le pareció mal fingido- que me habla usted de Londres y de Richmond en una carta que al

⁷³ Se trata del escritor alemán Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), autor de unos famosos Aforismos (Aphorismen), publicados en Gotinga, 1800-1806.

parecer escribió usted anoche, al salir de la ópera?

Julien se quedó muy confundido, había copiado línea por línea, sin pensar en lo que escribía, y por lo visto habíase olvidado de poner las palabras París y Saint-Cloud, en vez de las de Londres y Richmond, que figuraban en el original. Comenzó dos o tres frases, pero no logró acabarlas; tenía unas ganas irresistibles de soltar una carcajada. Finalmente, buscando algo que decir, se le ocurrió esta idea:

-Exaltado por la discusión de los más sublimes, de los más grandes intereses del alma humana, la mía, al escribirle, ha podido tener una distracción.

«He causado impresión -se dijo-, por lo tanto, puedo ahorrarme el aburrimiento del resto de la velada.» Salió corriendo del palacio de Fervaques. Por la noche, revisando el original de la carta que copió la víspera, llegó pronto al pasaje fatal en que el joven ruso hablaba de Londres y de Richmond. Julien quedó muy sorprendido al encontrar aquella carta casi tierna.

Era el contraste entre la aparente frivolidad de su conversación y la profundidad sublime y casi apocalíptica de sus cartas lo que le había valido cierta consideración. La longitud de las frases era lo que más le gustaba a la mariscala; ¡ése no era el estilo chispeante, puesto de moda por Voltaire, aquel hombre tan inmoral! Por más que nuestro héroe hiciese esfuerzos increíbles por desterrar todo asomo de buen sentido de su conversación, ésta seguía teniendo cierto tinte antimonárquico e impío que no escapaba a la señora de Fervaques. Rodeada de personas eminentemente morales, pero a quienes a menudo no se les ocurría ni siquiera una idea por velada, aquella dama se impresionaba profundamente con todo lo que se parecía a una novedad; pero, al mismo tiempo, creía que, por respeto a sí misma, debía mostrarse ofendida por ello. Llamaba a aquel defecto conservar el sello de la frivolidad del siglo...

Pero tales salones sólo son soportables cuando se pretende algo. Todo el aburrimiento de aquella vida sin interés que llevaba Julien es sin duda compartido por el lector. Éstos son los páramos de nuestro viaje.

Durante todo el tiempo de la vida de Julien usurpado por el episodio Fervaques, la señorita de La Mole tenía necesidad de hacer un gran esfuerzo para no pensar en él. Su alma era presa de violentos combates: a veces se jactaba de despreciar a aquel hombre tan triste; pero, a pesar suyo, su conversación la cautivaba. Lo que más le sorprendía era su absoluta falsedad; no le decía ni una sola palabra a la mariscala que no fuera una mentira o, por lo menos, un disimulo endiablado de su modo de pensar, que Mathilde conocía tan perfectamente en casi todos los aspectos. Aquel maquiavelismo la impresionaba. «¡Qué profundidad! -se decía-; ¡qué diferencia entre él y los necios afectados, o los bribones vulgares, como el señor Tanbeau, que emplean el mismo lenguaje!»

Julien, sin embargo, tenía días horribles. Se presentaba a día ríto en el salón de la mariscala para cumplir el más penoso de los deberes. Sus esfuerzos para representar una comedia acababan de restar toda fuerza a su alma. Muchas veces, por la noche, al atravesar el patio inmenso del palacio de Fervaques, sólo a fuerza de carácter y de razonamiento conseguía mantenerse un poco por encima de la desesperación.

«En el seminario vencí la desesperación -decíase-; y, sin embargo, ¡qué horrible perspectiva tenía entonces! Podía triunfar o destruir mi carrera; tanto en uno como en otro caso, me veía obligado a pasar mi vida en íntima relación con lo más despreciable y más repugnante que hay en el mundo. En la primavera siguiente, sólo once meses después, era quizás el más feliz de los muchachos de mi edad.»

Pero casi siempre estos bellos razonamientos se estrellaban contra la horrible realidad. Todos los días veía a Mathilde durante el almuerzo y la cena. Por las numerosas cartas que le dictaba el marqués de La Mole sabía que estaba en vísperas de casarse con el marqués de Croisenois. Este joven amable iba ya dos veces al día al palacio de La Mole: la mirada celosa de un amante abandonado no perdía ni uno de sus pasos.

Cuando había creído advertir que la señorita de La Mole trataba bien a su pretendiente, al volver a su cuarto Julien no podía menos de mirar sus pistolas amorosamente.

«¡Ah! ¡Cuánto más sensato sería -decíase- quitar las iniciales de mi ropa blanca y marcharme a algún bosque solitario, a veinte leguas de París, a acabar con esta vida maldita! Desconocido en la comarca, mi muerte permanecería oculta durante quince días, y ¿quién pensaría en mí al cabo de quince días?»

Este razonamiento era muy sensato. Pero al día siguiente, el brazo de Mathilde, entrevisto entre la manga de su vestido y el guante, bastaba para sumir a nuestro joven filósofo en recuerdos crueles que, sin embargo, le aferraban a la vida. «¡Bien -se decía entonces-, seguiré hasta el fin esta política rusa! ¿Cómo terminará todo esto?»

»Respecto a la mariscal, desde luego, después de haber copiado las cincuenta y tres cartas, no volveré a escribirle.

»En cuanto a Mathilde, estas seis semanas de tan penosa comedia, o no harán cambiar en nada su cólera, o me proporcionarán un momento de reconciliación. ¡Dios santo! ¡Me moriría de felicidad!» Y no podía seguir pensando en ello.

Cuando, después de soñar largo rato, conseguía reemprender sus razonamientos, se decía: «Lograría pues un día de felicidad, y luego empezarían de nuevo sus rigores, fundados, desgraciadamente, en mi escaso poder para agradarle, y ya no me quedaría el menor recurso, estaría arruinado, perdido para siempre...

»¿Qué garantía puede darme ella con su carácter? Desgraciadamente mis pocos méritos lo explican todo. Careceré de elegancia en mis modales, mi modo de hablar será pesado y monótono. ¡Dios mío! ¿Por qué yo seré yo?».

Capítulo 29

El aburrimiento

*Se sacrifier á ses passions, passe;
mais á des passions qu'on n'a pas!
O triste xlxe siècle!⁷⁴*
GIRODET

Después de haber leído, sin placer alguno al principio, las largas cartas de Julien, la señora de Fervaques empezaba a interesarse por ellas; pero una cosa la tenía desolada: «¡Qué lástima que el señor Sorel no sea decididamente cura! Si así fuera se le podría admitir en una cierta intimidad; pero con esa cruz y ese traje casi de seglar una se expone a preguntas crueles, y ¿qué responder?». No terminaba su pensamiento: «Alguna amiga maliciosa puede suponer, e incluso divulgar, que se trata de algún primo modesto, pariente de mi padre, algún comerciante condecorado por la guardia nacional».

Antes de conocer a Julien, el mayor placer de la señora de Fervaques consistía en escribir la palabra mariscal junto a su nombre. Luego, una vanidad de advenediza, malsana e infinitamente susceptible, combatió un principio de interés.

«¡Me sería tan fácil -se decía la mariscal- hacer de él un gran vicario en alguna diócesis de los alrededores de París! ¡Pero señor Sorel a secas, y además secretario del marqués de La Mole! Es desolador.»

Por primera vez aquella alma, que lo temía todo, hallábase movida por un interés ajeno a sus pretensiones de categoría y superioridad social. Su viejo portero notó que cuando llevaba una carta de aquel guapo mozo, que tenía un aire tan triste, estaba seguro de ver desaparecer el aire distraído y descontento que la mariscal cuidaba siempre de adoptar en cuanto aparecía alguno de sus criados.

El aburrimiento de un modo de vivir supeditado a producir efecto en el público, sin que hubiera en el fondo del corazón una satisfacción real por esta clase de éxito, había llegado a ser tan intolerable desde que pensaba en Julien, que para que las doncellas no fuesen maltratadas a lo largo de todo un día bastaba haber pasado una hora durante la velada anterior con aquel hombre singular. Su crédito naciente resistió algunos anónimos muy bien preparados. En vano el pequeño Tanbeau facilitó a los señores de Luz, de Croisenois y de Caylus dos o tres calumnias muy hábiles, que éstos se encargaron de divulgar sin preocuparse mucho de la verdad de las acusaciones. La mariscal, cuyo espíritu no era muy a propósito para resistir estos medios vulgares, contaba sus dudas a Mathilde y siempre recibía consuelo.

Un día, después de haber preguntado tres veces si había cartas, la señora de Fervaques se decidió repentinamente a contestar a Julien. Aquello fue una victoria del aburrimiento. A la segunda carta, la mariscal casi se detuvo ante la inconveniencia de escribir de su puño y letra una dirección tan vulgar: Al señor Sorel, en casa del marqués

⁷⁴ «Sacrificarse a las propias pasiones, pase; ¡pero a las pasiones que no se tienen! ¡Oh triste siglo XIX!».

de La Mole.

-Es preciso -le dijo por la noche a Julien en tono muy tajante- que me traiga usted sobres en los que figuren sus señas.

«Heme aquí convertido en amante ayuda de cámara», pensó Julien, y se inclinó divirtiéndose en parodiar la actitud de Arsenio, el viejo ayuda de cámara del marqués.

Aquella misma noche llevó los sobres, y al día siguiente, muy de mañana, recibió una tercera carta: leyó cinco o seis líneas del principio y dos o tres del final. Era de cuatro páginas, de letra muy apretada.

Poco a poco adquirieron la dulce costumbre de escribirse casi todos los días. Julien contestaba con copias fieles de las cartas rusas, y, ventajas del estilo afectado, la señora de Fervaques no se mostraba nada sorprendida de la poca relación existente entre las contestaciones y sus cartas.

Cuál no hubiera sido la irritación de su orgullo, si el pequeño Tanbeau, que se había constituido en espía voluntario de los pasos de Julien, hubiera podido decirle que todas sus cartas, sin abrir, eran echadas distraídamente dentro del cajón de Julien.

Una mañana, el portero le llevó a la biblioteca una carta de la mariscala; Mathilde se encontró con ese hombre, vio la carta y la dirección con la letra de Julien. Entró en la biblioteca mientras el portero salía; la carta estaba aún en el borde de la mesa; Julien, muy ocupado en escribir, no la había metido en el cajón.

-Esto es insoportable -exclamó Mathilde, apoderándose de la carta-; me tiene usted completamente olvidada, a mí, que soy su esposa. Su conducta es repulsiva, caballero.

Después de estas palabras, su orgullo, asombrado ante la tremenda inconveniencia de aquel acto, la sofocó; se echó a llorar, y pronto le pareció a Julien que perdía la respiración.

Sorprendido, confuso, Julien no acababa de comprender todo lo que aquella escena tenía de admirable y feliz para él. Ayudó a Mathilde a sentarse; ella casi se abandonaba en sus brazos.

La primera reacción de Julien, al percatarse de este movimiento, fue una inmensa alegría. La segunda fue pensar en Korasoff: «Puedo echarlo todo a perder con una palabra». Sus brazos quedaron rígidos, tan penoso era el esfuerzo impuesto por la política. «No debo ni siquiera permitirme estrechar contra mi corazón este cuerpo grácil y encantador, o me maltratará y despreciará. ¡Qué carácter más difícil!»

Y, maldiciendo el carácter de Mathilde, la amaba cien veces más; le parecía tener entre sus brazos a una reina.

La impasible frialdad de Julien acrecentó el dolor con que el orgullo herido desgarraba el alma de la señorita de La Mole. Estaba muy lejos de tener la sangre fría necesaria para tratar de adivinar en sus ojos lo que sentía por ella en aquel momento. No pudo decidirse a mirarle; temía encontrarse con la expresión del desprecio.

Sentada en el diván de la biblioteca, inmóvil, con la cabeza vuelta hacia el lado opuesto al de Julien, era presa de los dolores más vivos que el orgullo y el amor pueden hacer sentir a un alma humana. ¡Qué mal paso acababa de dar!

«¡Desgraciada de mí! ¡Me estaba reservado ver rechazar los más indecorosos avances!, ¿y rechazados por quién? -añadía su orgullo dolorido-, ¡rechazados por un criado de mi padre!»

-Esto es lo que no sufriré -dijo en voz alta.

Y, levantándose furiosa, abrió el cajón de la mesa de Julien, colocada a dos pasos delante de ella. Quedó como helada de horror al descubrir ocho o diez cartas sin abrir, en todo parecidas a la que el portero acababa de subir. En todos los sobres reconocía la letra de Julien, más o menos falsificada.

-De modo -exclamó fuera de sí- que no solamente está usted en buenas relaciones con ella, sino que además la desprecia usted. ¡Usted, un don nadie, despreciar a la señora mariscala de Fervaques!

»¡Ah! Perdón, amigo mío -añadió, abrazándose a sus rodillas-, despréciame si quieres, pero ámame, no puedo seguir viviendo privada de tu amor!«

Y cayó desmayada.

«¡He aquí, pues, esta orgullosa a mis pies!», se dijo Julien.

Capítulo 30

Un palco en la ópera cómica

*As the blackest sky
Foretells the heaviest tempest.*⁷⁵
BYRON

En medio de todos aquellos arranques, Julien se sentía más asombrado que feliz. Las injurias de Mathilde le demostraban cuán sabia era la política rusa. «Hablar poco, obrar poco, éste es mi único medio de salvación.»

Levantó a Mathilde y, sin pronunciar palabra, la volvió a colocar sobre el diván. Poco a poco las lágrimas la vencieron.

Para hacer algo, cogió en sus manos las cartas de la señora de Fervaques; las abrió lentamente. Tuvo un movimiento nervioso muy acentuado, cuando reconoció la letra de la mariscal. Volvía, sin leerlas, las hojas de aquellas cartas; la mayoría eran de seis páginas.

-Contésteme por lo menos -dijo por fin Mathilde, con el más suplicante tono de voz, pero sin atreverse a mirar a Julien-. Sabe usted muy bien que tengo orgullo; ésta es la desgracia de mi posición y hasta de mi carácter, lo confieso; ¿es que la señora de Fervaques me ha arrebatado su corazón?... ¿Ha hecho ella por usted todos los sacrificios a que este amor fatal me ha arrastrado a mí?

Un hosco silencio fue toda la respuesta de Julien. «¿Con qué derecho -pensaba-me pide una indiscreción, indigna de un hombre de honor?»

Mathilde trató de leer las cartas; sus ojos, llenos de lágrimas, le quitaban toda posibilidad de hacerlo.

Desde hacía un mes era desgraciada, pero esa alma altiva estaba muy lejos de confesarse sus sentimientos. Sólo la casualidad había provocado aquella explosión. Por un momento los celos y el amor habían vencido al orgullo. Mathilde se hallaba en el diván muy cerca de él. Julien veía sus cabellos y su cuello de alabastro; en un momento olvidó toda su táctica; la enlazó con su brazo por la cintura y casi la estrechó contra su pecho.

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él: quedó asombrado por el intenso dolor que reflejaban sus ojos, transformando totalmente su fisonomía habitual.

Julien sintió que sus fuerzas le abandonaban, tan mortalmente penoso era el acto de valor que se imponía.

«Estos ojos no expresarán dentro de poco sino el más frío desdén -se dijo Julien- si me dejo arrastrar por la dicha de amarla.» Sin embargo, con voz muy tenue y con palabras que apenas si tenía fuerzas para acabar, ella le aseguraba en aquel momento la sinceridad de todos sus remordimientos por las acciones que su excesivo orgullo había

⁷⁵ «Como el cielo más sombrío / anuncia la más furiosa tempestad.» La misma cita aparece en el Capítulo 10 de la primera parte. Don Juan, 1, 75.

podido aconsejarle.

-Yo también tengo orgullo -le dijo Julien con voz apenas inteligible, y sus rasgos reflejaban un gran abatimiento físico.

Mathilde se volvió vivamente hacia él. Oír su voz era una felicidad a cuya esperanza había casi renunciado. En aquel momento no recordaba su altivez más que para maldecirla; hubiera deseado hacer cosas insólitas, increíbles, para probarle hasta qué punto le adoraba y se detestaba a sí misma.

-Es, probablemente, a causa de ese orgullo -continuó Julien-, por lo que usted me ha favorecido un instante; es ciertamente a causa de esta firmeza valerosa, que debe poseer un hombre, por lo que me estima usted aun en este momento. Yo puedo estar enamorado de la mariscala...

Mathilde se estremeció; sus ojos tomaron una expresión extraña. Iba a oír su sentencia. Ese movimiento no pasó inadvertido para Julien; sintió debilitarse su valor.

«¡Ah! -se decía al escuchar el sonido de las vanas palabras que su boca pronunciaba, como si fuera un ruido extraño-; ¡si yo pudiera cubrir de besos esas mejillas tan pálidas sin que tú lo notaras!»

-Puedo estar enamorado de la mariscala -continuó, y su voz era cada vez más débil-; pero, ciertamente, no tengo ninguna prueba decisiva de su interés por mí...

Mathilde le miró; él sostuvo aquella mirada, esperando que al menos su fisonomía no le hubiese traicionado. Sentía llenos de amor hasta los más íntimos repliegues de su corazón. Nunca la había adorado hasta tal punto; estaba casi tan loco como Mathilde. Si ella hubiese tenido bastante sangre fría y valor para maniobrar, él habría caído a sus pies abjurando de toda vana comedia. Tuvo bastantes fuerzas como para continuar hablando. «¡Ah, Korasoff! -exclamó interiormente-, ¿por qué no estará aquí? ¡Qué bien me vendría una palabra para dirigir mi conducta!» Entretanto, su voz decía:

-A falta de otro sentimiento, la gratitud sería ya suficiente para inspirarme afecto hacia la mariscala; ella ha sido indulgente conmigo, me consoló cuando se me despreciaba... Puedo no tener una fe ilimitada en ciertas apariencias extremadamente halagüeñas, sin duda, pero quizá también poco duraderas.

-¡Ay, Dios mío! -exclamó Mathilde.

-¡Pues bien!, ¿qué garantía me daría usted? -continuó Julien, con un acento vivo y firme y que parecía abandonar por un momento las formas prudentes de la diplomacia-. ¿Qué garantía, qué dios me responderá de que la posición que parece usted dispuesta a devolverme en este momento durará más de dos días?

-El exceso de mi amor y de mi desgracia si ya no me ama usted -le dijo ella tomándole las manos y volviéndose hacia él.

El movimiento brusco que acababa de hacer echó un poco hacia atrás su chal; Julien veía sus hermosos hombros. Sus cabellos, algo alborotados, despertaron en él un recuerdo delicioso...

Iba a ceder. «Una palabra imprudente -se dijo-, y doy pie a que comience nuevamente la serie interminable de días pasados en la desesperación. La señora de Rénal hallaba razones para hacer lo que su corazón le dictaba: esta joven del gran mundo no deja que su corazón se conmueva hasta que se ha probado con buenas razones que debe estar conmovido.»

Vio esta verdad en un abrir y cerrar de ojos, y en otro abrir y cerrar de ojos recobró algo de valor.

Retiró sus manos, que Mathilde estrechaba entre las suyas, y con marcado respeto se apartó un poco de ella. El valor de un hombre no puede ir más lejos. Luego se dedicó a reunir todas las cartas de la señora de Fervaques, que estaban esparcidas por el diván, y con la apariencia de una extremada cortesía, muy cruel en aquel momento, añadió:

-La señorita de La Mole se dignará permitirme que reflexione sobre todo esto.

Se alejó rápidamente y salió de la biblioteca; ella le oyó cerrar todas las puertas, una después de otra.

«El monstruo no está nada conmovido... -se dijo Mathilde.

»Pero ¡qué ha de ser un monstruo! Es sensato, prudente, bueno; yo soy la que ha cometido más errores de los que se pueden imaginar.»

Esta manera de pensar perduró. Mathilde se sintió casi feliz aquel día, pues se dedicó por entero a pensar en el amor; hubiérase dicho que aquella alma nunca se había sentido agitada por el orgullo, y ¡qué orgullo!

Se estremeció de horror cuando, por la noche, en el salón, un lacayo anunció a la señora de Fervaques; la voz de aquel hombre le pareció siniestra. No pudo soportar la presencia de la mariscala, y se alejó rápidamente. Julien, poco orgulloso de su penosa victoria, había temido sus propias miradas y no cenó en el palacio de La Mole.

Su amor y su dicha aumentaban rápidamente a medida que se alejaba del momento de la batalla; incluso empezaba a censurarse. «¡Cómo he podido resistirme a ella! -se decía-; ¡si ahora deja de amarme! Un momento puede hacer variar a esa alma viva, y hay que convenir en que la he tratado de un modo horrible.»

Por la noche comprendió que era absolutamente preciso dejarse ver en la ópera cómica, en el palco de la señora de Fervaques, que le había invitado expresamente. Mathilde se enteraría, con toda seguridad, de su presencia o de su desatenta ausencia. A pesar de la evidencia de este razonamiento, no tuvo fuerzas, al principio de la noche, para alternar con la gente. Al hablar iba a perder la mitad de su dicha.

Dieron las diez: era absolutamente necesario dejarse ver.

Afortunadamente, encontró el palco de la mariscala lleno de señoras, y se vio relegado a un sitio cerca de la puerta, completamente oculto por los sombreros. Aquella posición le salvó de ponerse en ridículo; los acentos divinos de desesperación de Carolina en el matrimonio secreto le arrancaron lágrimas; contrastaban de tal modo con la firmeza viril de su fisonomía habitual, que aquella alma de gran dama, saturada desde hacía tiempo de todo lo que el orgullo de advenedizo tiene de más corrosivo, se sintió conmovida. Lo poco que quedaba en ella de un corazón de mujer la indujo a hablar. Quiso gozar del sonido de su voz en aquel momento.

-¿Ha visto usted a las señoras de La Mole? -le dijo-. Están en el tercer piso.

Inmediatamente Julien se asomó a la sala, apoyándose, con bastante descortesía, en la barandilla del palco: vio a Mathilde; sus ojos tenían brillo de lágrimas.

«Y, sin embargo, hoy no es su día de ópera; ¡qué solicitud!»

Mathilde había hecho decidir a su madre ir a la ópera cómica, a pesar de lo poco distinguido de la situación del palco que una amiga complaciente se había apresurado a ofrecerles. Quería ver si Julien pasaba aquella velada con la mariscala.

Capítulo 31

Asustarla

*Voilà done le beau miracle de votre civilisation!
De l'amour vous avez fait une affaire ordinaire.⁷⁶*

BARNAVE

Julien corrió al palco de la marquesa de La Mole. Sus ojos se cruzaron en primer lugar con los ojos, llenos de lágrimas, de Mathilde; lloraba sin contenerse, en el palco no había más que personas de poca consideración, la amiga que les había prestado el palco y algunos amigos suyos. Mathilde colocó su mano sobre la de Julien; parecía como si hubiera olvidado todo temor respecto a su madre. Casi ahogada por las lágrimas, no le dijo más que esta palabra:

-¡Garantías!

«Por lo menos, que no le hable -decíase Julien, muy conmovido y tapándose como podía los ojos con la mano, so pretexto de la araña que deslumbra a los ocupantes de los palcos del tercer piso-. Si hablo, ya no podrá dudar de lo excesivo de mi emoción, el tono de mi voz me traicionará y todo puede perderse aún.»

Su lucha era mucho más penosa que por la mañana, su alma había tenido tiempo de conmoverse. Temía ver a Mathilde mortificada en su amor propio. Ebrio de amor y de voluptuosidad, se decidió por el silencio.

A mi modo de ver, éste es uno de los rasgos más bellos de su carácter, un ser capaz de tal esfuerzo sobre sí mismo puede ir lejos, si fata sinant.

La señorita de La Mole insistió para que Julien aceptase regresar en el coche de ellas. Afortunadamente, llovía mucho. Pero la marquesa le hizo colocar frente a ella; le habló sin cesar, e impidió que pudiera decir ni una palabra a su hija. Podría haberse pensado que la marquesa velaba por la dicha de Julien, el cual, no temiendo ya echarlo todo a perder por el exceso de su emoción, se entregaba a la conversación apasionadamente.

¿Me atreveré a decir que, al entrar en su cuarto, Julien se arrodilló y cubrió de besos las cartas amorosas regaladas por el príncipe Korasoff?

-¡Oh, gran hombre! ¡Cuánto te debo! -exclamó en su locura.

Poco a poco recobró algo de su sangre fría. Se comparó a un general que acaba de ganar una gran batalla a medias. «El avance es seguro, inmenso -se dijo-; pero ¿qué sucederá mañana? Un instante puede echarlo todo a perder.»

Abrió, con un movimiento apasionado, las Memorias de Santa Elena, y durante dos horas largas se esforzó en leerlas; sólo leían los ojos, pero no importaba, siguió esforzándose. Durante aquella singular lectura, su cabeza y su corazón, elevados al nivel de lo que pueda haber de más alto, trabajaban, sin que él se enterara. «Este corazón es muy distinto del de la señora de Rénal», se decía, pero no iba más lejos.

⁷⁶ «¡Éste es el gran milagro de vuestra civilización! Habéis convertido el amor en un negocio corriente.»

«ASUSTARLA -exclamó de repente, tirando el libro lejos de sí-. El enemigo sólo me obedecerá mientras me tema, en cuyo caso no se atreverá a despreciarme.»

Se paseaba por la reducida habitación, ebrio de alegría. En realidad, aquella dicha era más de orgullo que de amor.

«¡Asustarla! -se repetía con orgullo, y tenía razón de sentirse orgulloso-. Aun en los momentos de mayor felicidad, la señora de Rénal dudaba siempre de que mi amor fuese igual al suyo. Aquí, es un demonio a quien subyugo; por lo tanto, es preciso subyugar.»

Sabía perfectamente que al día siguiente, a partir de las ocho de la mañana, Mathilde estaría en la biblioteca; él no apareció en ella hasta las nueve, ardiendo de amor, pero su cabeza dominaba su corazón. Quizá no pasó un solo minuto sin que se repitiera:

«Debo tenerla siempre preocupada con esta gran duda, ¿me ama? Su brillante posición, los halagos de todos los que la rodean la han llevado a sentirse excesivamente segura de sí misma».

La encontró pálida, tranquila, sentada en el diván, pero, al parecer, incapaz de hacer el menor movimiento. Mathilde le tendió la mano:

-Amigo mío, te he ofendido, es cierto; puedes estar enojado conmigo.

Julien no esperaba aquel tono tan sencillo. Estuvo a punto de traicionarse.

-Quiere usted garantías, amigo mío -añadió después de un silencio que esperaba ver interrumpido-. Es justo. Rápteme usted, vámonos a Londres... Quedaré perdida para siempre, deshonrada...

Tuvo el valor de retirar su mano de la de Julien para taparse los ojos. En aquel alma habían renacido todos los sentimientos de recato y virtud femenina.

-¡Pues bien!, deshónreme -dijo por fin con un suspiro-. Esto es una garantía.

«Ayer fui feliz porque tuve el valor de ser severo conmigo mismo», pensó Julien. Después de un corto silencio, tuvo el suficiente autodomínio para decir con tono glacial:

-Una vez camino de Londres, una vez deshonrada, para hablar en sus mismos términos, ¿quién me responde de que me amaré usted, de que mi presencia en la silla de posta no le parecerá inoportuna? No soy ningún monstruo; destruir su reputación será para mí una desgracia más. El obstáculo no es la posición de usted en el mundo, sino, por desgracia, su carácter. ¿Puede usted asegurarse a sí misma que me amaré durante ocho días seguidos?

«¡Que me ame ocho días, solamente ocho días -decíase Julien en voz baja-, y me moriré de felicidad! ¿Qué me importa el porvenir? ¿Qué me importa la vida? Y esta dicha inefable puede comenzar en este instante si yo quiero, sólo dependo de mí.»

Mathilde le vio pensativo.

-Entonces, ¿soy completamente indigna de usted? -le dijo cogiéndole una mano.

Julien la abrazó, pero inmediatamente la mano de hierro del deber oprimió su corazón. «Si ve cuánto la adoro, la pierdo.» y antes de separarse de sus brazos, había recobrado toda la dignidad que debe tener un hombre.

Aquel día y los siguientes supo esconder el exceso de su felicidad; hubo momentos en que incluso se negaba a sí mismo el placer de estrecharla en sus brazos.

En otros, el delirio de la felicidad arrollaba todos los consejos de la prudencia.

Tenía costumbre de colocarse cerca de una bóveda de madreselva, dispuesta para ocultar la escalera, en el jardín, para mirar de lejos la persiana de Mathilde y llorar su inconstancia. Había muy cerca una gran encina, y el tronco de aquel árbol le ocultaba de

las miradas indiscretas.

Paseando con Mathilde por aquel mismo sitio que le recordaba tan vivamente su extrema desdicha, el contraste entre la desesperación pasada y la felicidad presente fue demasiado fuerte para su temperamento; sus ojos se llenaron de lágrimas y, llevando a sus labios la mano de su amiga, exclamó:

-Aquí vivía pensando en usted; desde aquí miraba aquella persiana y esperaba durante horas el momento afortunado de que esta mano la abriera...

Su debilidad fue completa. Le pintó, con esos colores verdaderos que no pueden inventarse, el exceso de su desesperación de entonces. Algunas breves interjecciones atestiguaban su felicidad de ese momento, que había hecho cesar aquella perla atroz...

«¿Qué estoy haciendo, santo Dios? -se dijo Julien volviendo en sí de repente-. Me pierdo.»

En el exceso de su alarma creyó ya ver menos amor en los ojos de la señorita de La Mole. Era una ilusión; pero la cara de Julien cambió rápidamente y se cubrió de una palidez mortal. Sus ojos se apagaron un instante, y la expresión de altivez, no exenta de maldad, sucedió pronto a la del amor más verdadero y más rendido.

-¿Qué tiene, querido? -le dijo Mathilde con ternura e inquietud.

-Miento -exclamó Julien, malhumorado-, y estoy mintiéndole a usted. Me lo reprocho, pues Dios sabe que la estimo lo suficiente como para no mentir. Usted me ama, me lo demuestra, y no necesito hacer frases para agradarle.

-¡Dios mío! ¿Son sólo frases todo esto tan encantador que me está diciendo desde hace diez minutos?

-Y lamento mucho haberlas dicho, querida amiga mía. Las compuse hace tiempo para una mujer que me amaba y me aburría... Es el defecto de mi carácter, lo confieso; perdóneme.

Lágrimas amargas inundaban las mejillas de Mathilde.

-En cuanto, por cualquier matiz que me impresiona, tengo un momento de ensueño forzado -continuó Julien-, mi execrable memoria, que maldigo en este momento, me sugiere un recurso, y abuso de él.

-¿Entonces es que, sin darme cuenta, he cometido alguna acción que le ha desagradado? -dijo Mathilde con una sencillez encantadora.

-Un día, lo recuerdo, pasando cerca de estas madre selvas, cogió una flor; el señor de Luz se la quitó, y usted se la dejó. Yo me encontraba a dos pasos.

-¿El señor de Luz? Es imposible -repuso Mathilde con la altanería tan habitual en ella-: no tengo tales costumbres.

-Estoy seguro -replicó Julien con viveza.

-¡Pues bien!, es cierto, amigo mío -dijo Mathilde bajando los ojos con tristeza.

Estaba segura de que hacía muchos meses que no había permitido una acción semejante al señor de Luz.

Julien la miró con una ternura infinita:

«No -se dijo-, no me ama menos.»

Por la noche, Mathilde le reprochó, riendo, su inclinación hacia la señora de Fervaques:

-¡Un burgués amar a una advenediza! Los corazones de esta clase son quizá los únicos que mi Julien no puede enloquecer. Ella lo había convertido en un verdadero dandi -decía, jugando con sus cabellos.

Durante la época en que se juzgaba despreciado por Mathilde, Julien se había convertido en uno de los hombres mejor vestidos de París. Pero tenía una ventaja sobre los hombres de esta clase: una vez que se había acicalado, no volvía a pensar en ello.

Una cosa molestaba a Mathilde: Julien continuaba copiando las cartas rusas y enviándoselas a la mariscal.

Capítulo 32

El tigre

*Hélas! pourquoi ces choses et non pas d'autres?*⁷⁷

BEAUMARCHAIS

Un viajero inglés cuenta la intimidad en que vivía con un tigre; le había domesticado y le acariciaba, pero siempre tenía en su mesa una pistola cargada.

Julien no se abandonaba al exceso de su dicha sino en los momentos en que Mathilde no podía leerla en la expresión de sus ojos. Cumplía fielmente con el deber de decirle de vez en cuando una frase dura.

Cuando la dulzura de Mathilde, que él observaba con asombro, y el exceso de su cariño estaban a punto de hacerle perder el dominio de sí mismo, tenía el valor de separarse de ella bruscamente.

Por primera vez Mathilde amó.

La vida, que siempre se había arrastrado para ella a paso de tortuga, ahora volaba.

Como era preciso, sin embargo, que el orgullo se abriera paso de algún modo, quería exponerse temerariamente a todos los peligros que su amor podía hacerle correr. Era Julien quien tenía prudencia; y solamente cuando se trataba de algún peligro, ella no cedía a su voluntad; pero sumisa y casi humilde para con él, mostrábase cada vez más altanera con todo lo que en la casa la rodeaba, familia y criados.

Durante la velada, en el salón, rodeada de sesenta personas, llamaba a Julien para hablarle aparte y largo tiempo.

Un día en que el pequeño Tanbeau se instaló junto a ellos,

Mathilde le rogó que fuese a la biblioteca a buscar el tomo de Smollett donde se encuentra la revolución de 1688; y como él dudase, añadió, con una expresión de insultante altanería, que fue un bálsamo para el alma de Julien:

-No tenga usted prisa en volver.

-¿Ha notado la mirada de ese pequeño monstruo? -le dijo él.

-Si su tío no llevara diez o doce años frecuentando este salón, haría que lo echaran inmediatamente.

Su conducta para con Croisenois, de Luz, etc., muy cortés en la forma, no era menos provocativa en el fondo. Mathilde se reprochaba vivamente todas las confidencias que hiciera en otro tiempo a Julien, tanto más cuanto que no se atrevía a confesarle que había exagerado las muestras de interés, absolutamente inocentes, de que aquellos señores habían sido objeto.

A pesar de sus buenos propósitos, su orgullo de mujer le impedía todos los días decirle a Julien: «Era porque hablaba con usted, por lo que encontraba placer en describir mi debilidad de no retirar la mano cuando el señor de Croisenois la rozaba un poco al colocar la suya sobre una mesa de mármol».

Ahora, apenas uno de aquellos señores le hablaba unos instantes, se le ocurría

⁷⁷ «¡Ay! ¿Por qué estas cosas y no otras?»

hacer una pregunta a Julien, y aquello era un pretexto para retenerle a su lado.

Se encontró encinta, y se lo comunicó con alegría a Julien.

-¿Dudará ahora de mí? ¿No es esto una garantía? Soy su esposa para siempre.

Aquella noticia llenó a Julien de un asombro profundo. Estaba a punto de olvidar su línea de conducta. «¿Cómo mostrarme voluntariamente frío y ofensivo con esta pobre muchacha que se pierde por mí?» Si ella tenía el aspecto un poco enfermizo, aun en aquellos días en que la sensatez hacía oír su voz terrible, no se encontraba con valor para dirigirle una de aquellas frases crueles, tan indispensables, según su experiencia, para la duración de su amor -Quiero escribir a mi padre -le dijo un día Mathilde-. Para mí, es más que un padre, es un amigo: como tal encontraría indigno de usted y de mí que le engaásemos, aunque no fuese más que un minuto.

-¡Dios santo! ¿Qué va a hacer? -dijo Julien, horrorizado.

-Mi deber -respondió ella con los ojos brillantes de alegría.

Mathilde se sentía más magnánima que su amante.

-¡Pero me echará ignominiosamente!

-Está en su derecho, hay que respetarlo. Yo le daré el brazo, y saldremos por la puerta cochera, en pleno día.

Julien, asombrado, le rogó que lo retrasase una semana.

-No puedo -respondió ella-, el honor habla, he visto mi deber, hay que cumplir con él, y sin demora.

-¡Pues yo le ordeno que lo retrase! -dijo por fin Julien-. Su honor está a cubierto, yo soy su esposo. La situación de ambos cambiará con este paso decisivo. Yo también estoy en mi derecho. Hoy es martes; el martes próximo es el día del duque de Retz. Por la noche, cuando vuelva el marqués de La Mole, el portero le entregará la carta fatal... Él sólo piensa en hacerla duquesa, estoy seguro, ¡piense en su dolor!

-¿Quiere decir: piense en su venganza?

-Puedo sentir compasión hacia mi bienhechor, estar desesperado por causarle daño; pero no temo ni temeré nunca a nadie.

Mathilde se sometió. Desde que había anunciado su nuevo estado a Julien, era la primera vez que se dirigía a ella con autoridad; nunca la había amado tanto. La parte sensible de su alma se aferraba con alegría al pretexto del estado en que se hallaba Mathilde, para dejar de dirigirle frases crueles. La confesión al marqués de La Mole le agitó profundamente. ¿Irían a separarle de Mathilde? Y por mucho que fuese su dolor al verle partir, ¿seguiría recordándole al cabo de un mes?

Casi igual era el horror que sentía por los justos reproches que podría dirigirle el marqués.

Por la noche confesó a Mathilde este segundo motivo de pesar, y luego, extraviado por su amor, le confesó también el primero.

Ella cambió de color.

-Realmente -le dijo-, ¿sería para usted una desgracia pasar seis meses alejado de mí?

-Inmensa, la única en el mundo que veo con terror.

Mathilde se sintió muy feliz. Julien había desempeñado su papel con tal aplicación que había logrado hacerle pensar que, de los dos, era ella la más enamorada.

El martes fatal llegó.

A media noche, al volver a casa, el marqués encontró una carta con la advertencia precisa de que la abriese él mismo y solo, sin testigos.

«Padre mío:

»*Todos los lazos sociales están rotos entre nosotros, ya no quedan más que los de la naturaleza. Después de mi marido, es y será siempre el ser más querido para mí. Mis ojos se llenan de lágrimas, pienso en el dolor que le causo, mas para que mi vergüenza no sea pública, para dejarle tiempo de deliberar y de obrar, no puedo diferir por más tiempo la confesión que le debo. Si su cariño, que sé que es grande para mí, quiere concederme una pequeña pensión, iré a instalarme donde usted quiera, a Suiza, por ejemplo, con mi marido. Su nombre es tan oscuro, que nadie reconocerá a su hija en la señora de Sorel, nuera de un carpintero de Verrières. Éste es el nombre que me ha causado tanto trabajo escribir. Temo su cólera respecto a Julien, tan justa en apariencia. No seré duquesa, padre mío; pero ya lo sabía al amarle; pues fui yo quien le amó primero, yo quien le ha seducido. He heredado de usted y de nuestros antepasados un alma demasiado elevada para fijar mi atención en lo que es o me parece vulgar. Ha sido inútil que con intención de agradarle haya pensado en el señor de Croisenois. ¿Por qué ha colocado ante mis ojos el verdadero mérito? Usted mismo me lo dijo cuando volví de Hyères: este joven Sorel es la única persona que me divierte; el pobre muchacho está tan afligido como yo, si es posible, al pensar en el dolor que esta carta le causa. No puedo evitar que se indigne como padre; pero quíerame siempre como amigo.*

»*Julien me respetaba. Si alguna vez me hablaba, era únicamente a causa de su gran agradecimiento hacia usted, pues la altivez natural de su carácter le induce a no contestar más que oficialmente a aquello que está tan por encima de él. Posee un sentimiento vivo e innato de la diferencia de clases sociales. Yo fui -lo confieso con rubor a mi mejor amigo, y semejante confesión no volverá a salir de mis labios-, yo fui quien, un día, en el jardín, le apretó el brazo.*

»*Dentro de veinticuatro horas, ¿por qué ha de estar irritado con él? Mi falta es irreparable. Si lo exige, yo seré la intérprete de su profundo respeto y de su desesperación por desagradarle. No le verá nunca más, pero yo iré a reunirme con él donde quiera. Está en su derecho y es mi deber, es el padre de mi hijo. Si su bondad nos concede seis mil francos para vivir, los recibiré con agradecimiento: si no, Julien piensa establecerse en Besangon, donde se dedicará al oficio de maestro de latín y de literatura. Por bajo que sea el escalón desde donde empiece, tengo la certeza de que se elevará. Con él no temo la oscuridad. Si hay revolución, estoy segura de que desempeñará un gran papel. ¿Podría decir otro tanto de alguno de los que han solicitado mi mano? ¡Éstos tienen hermosas propiedades! Pero yo no puedo encontrar en esta única circunstancia un motivo de admiración. Mi Julien llegaría a conseguir una posición, incluso con el régimen actual, si tuviera un millón y la protección de mi padre...»*

Mathilde, que sabía que su padre era un hombre impulsivo, había escrito ocho carillas.

«¿Qué hacer? -decíase Julien, paseándose a media noche por el jardín mientras el marqués de La Mole leía esta carta-; ¿dónde están, primero, mi deber, y segundo, mi

interés? Lo que yo le debo es inmenso: sin él hubiese sido un bribón subalterno, pero no lo suficiente como para no ser odiado y perseguido por los demás. Ha hecho de mí un hombre de mundo. Mis picardías necesarias serán: primero, menos frecuentes; segundo, menos innobles. Esto es más que si me hubiera dado un millón. Le debo esta cruz y el prestigio de servicios diplomáticos, que me elevan por encima de lo vulgar. Si tuviese la pluma para ordenar mi conducta, ¿qué escribiría?...»

Julien fue interrumpido bruscamente por el viejo ayuda de cámara del marqués de La Mole.

-El marqués desea verle a usted inmediatamente, vestido o sin vestir.

El criado añadió en voz baja, andando junto a Julien:

-Está fuera de sí, tenga usted cuidado.

Capítulo 33

El infierno de la debilidad

*En taillant ce diamant, un lapidaire malhabile lui a oté quelques unes de ses plus vives étincelles. Au moyen âge, que dis-je? encore sous Richelieu le Français avait la force de vouloir.*⁷⁸

MIRABEAU

Julien encontró al marqués furioso: quizá por primera vez en su vida, el proceder de este señor fue de mal tono; abrumó a Julien con todos los insultos que se le ocurrieron. Nuestro héroe se sintió extrañado, impaciente, pero su agradecimiento no flaqueó. «¡Cuántos hermosos proyectos, acariciados durante largo tiempo en el fondo de su pensamiento, ve derrumbarse, el pobre hombre, en un instante! Pero debo contestarle, mi silencio aumentaría su cólera.» La contestación se inspiró en el papel de Tartufo.

-No soy ningún ángel... Le he servido a usted bien, y usted me ha pagado con generosidad... Yo estaba agradecido, pero tengo veintidós años... En esta casa nadie me comprendía, excepto usted y esa persona amable...

-¡Monstruo! -exclamó el marqués-. ¡Amable, amable! El día en que la encontró usted amable debió huir.

-Ya lo intenté; entonces le solicité marcharme al Languedoc.

Cansado de pasearse con furia, el marqués, abrumado por el dolor, se dejó caer en un sillón; Julien le oyó decirse a media voz: «No se trata de un mal hombre».

-No, no lo soy para usted -exclamó Julien, cayendo de rodillas.

Pero se avergonzó mucho de aquel impulso y se levantó enseguida.

El marqués estaba realmente aturdido. Al darse cuenta de aquel movimiento volvió a llenarle de insultos atroces, dignos de un cochero. Acaso la novedad de aquellas palabrotas fuera una distracción.

-¡De modo que mi hija se llamará señora Sorel! ¡Mi hija no será duquesa!

Cada vez que estas dos ideas se presentaban con toda claridad, el marqués de La Mole se sentía atormentado y no podía controlar los movimientos de su alma. Julien temió que le pegase.

En los intervalos lúcidos, cuando el marqués se iba acostumbrando a su desgracia, le dirigía a Julien reproches bastante razonables:

-Debió usted huir... -le decía-. Su deber era huir... Es usted el más vil de los hombres...

Julien se acercó a la mesa y escribió:

«Hace tiempo que la vida me resulta insoportable, voy a ponerle término. Ruego al señor marqués reciba, con la expresión de mi agradecimiento sin límites, mis excusas por las molestias que mi muerte pueda causar en su palacio.»

⁷⁸ -Al tallar este diamante, un torpe artífice le ha quitado algunos de sus más vivos destellos. En la Edad Media, ¿qué digo?, aun en tiempos de Richelieu los franceses tenían fuerza de voluntad..

-Que el señor marqués se digne leer este papel... Máteme usted -dijo Julien- o hágame matar por su ayuda de cámara. Es la una de la madrugada, voy a pasearme por el jardín hacia la tapia del fondo.

-¡Váyase al diablo! -le gritó el marqués cuando se iba.

«Comprendo -pensó Julien-; no le molestaría que yo le ahorrara esta ingrata tarea a su criado... Que me mate, enhorabuena, es una satisfacción que le ofrezco... Pero, ¡qué diablos!, amo la vida... Me debo a mi hijo.»

Esta idea, que por vez primera acudía con tanta nitidez a su imaginación, le preocupó por entero después de los primeros minutos de su paseo, dedicados al sentimiento del peligro.

Aquel interés tan nuevo para él le convirtió en un hombre prudente. «Necesito consejo para saber cómo conducirme con este hombre tan fogoso... No razona, es capaz de todo. Fouqué está demasiado lejos, además no comprendería los sentimientos de un corazón como el del marqués.

»El conde de Altamira... ¿Podré contar con un eterno silencio? Es preciso que mi petición de consejo no se convierta en un acto que complique mi situación. Sólo me queda el sombrío padre Pirard... Su alma se halla oprimida por el jansenismo... Un pillo de jesuita conocería el mundo y me serviría más... El padre Pirard es muy capaz de pegarme ante el solo enunciado del crimen.»

El genio de Tartufo acudió en auxilio de Julien: «Pues bien, iré a confesarme con él». Tal fue la última resolución que tomó en el jardín, después de pasearse durante dos largas horas. Ya no pensaba que podría ser sorprendido por un tiro; el sueño se iba apoderando de él.

Al día siguiente, muy temprano, Julien se encontraba a varias leguas de París, llamando a la puerta del severo jansenista. Con gran asombro suyo, se dio cuenta de que su confidencia no le sorprendió demasiado.

-Quizá tenga yo algo que reprocharme -se decía el sacerdote, más preocupado que irritado-. Había creído adivinar este amor... Mi amistad hacia usted, desgraciado, me impidió advertir al padre...

-¿Qué va a hacer? -le dijo vivamente Julien.

(En aquel momento amaba al padre y le hubiera sido muy penosa una escena.)

-Yo veo tres probabilidades -continuó Julien-: primera, el marqués de La Mole puede hacerme matar -y contó lo de la carta de suicidio que había entregado al marqués-; segunda, puede convertirme en blanco del conde Norbert, que me provocaría en duelo.

-¿Aceptaría usted? -dijo el cura, furioso, levantándose.

-No me deja usted acabar. Desde luego, yo no dispararía nunca contra el hijo de mi bienhechor.

»Tercera, puedo alejarme. Si me dice: Márchese a Edimburgo, a Nueva York, yo le obedeceré. Entonces pueden ocultar la situación de la señorita de La Mole; pero yo no permitiré que supriman a mi hijo.

-Esto será, no lo dude usted, la primera idea de ese hombre corrompido...

En París, Mathilde estaba desesperada. A eso de las siete había visto a su padre. Éste le había enseñado la carta de Julien, y ella temía que le hubiera parecido lo más noble poner fin a su vida: «¿Y sin mi permiso?», se decía, con un dolor que era cólera.

-Si él está muerto, yo moriré -le dijo a su padre-. Y usted será la causa de su muerte... Quizá se alegre de ella... Pero juro por sus manes que, en primer lugar, le llevaré

luto y seré públicamente la señora viuda de Sorel; repartiré tarjetas comunicando la noticia; puede estar seguro... Nunca me hallará pusilánime ni cobarde.

Su amor llegaba a la locura. El marqués de La Mole quedó, a su vez, impresionado.

Comenzó a ver los acontecimientos con más serenidad. Mathilde no se presentó a la hora del almuerzo. El marqués se vio libre de un gran peso, y sobre todo se sintió halagado cuando se dio cuenta de que ella no le había dicho nada a su madre.

Julien llegó hacia mediodía. Se oyó resonar el trote del caballo en el patio. Julien se apeaba del caballo. Mathilde le mandó llamar y se echó en sus brazos casi delante de su doncella. Julien no le agradeció mucho aquel arrebató, volvía muy diplomático y muy calculador después de su larga conferencia con el padre Pirard. Su imaginación se hallaba obstruida por el cálculo de las probabilidades. Mathilde, con lágrimas en los ojos, le dijo que había visto su carta declarándose suicida.

-Mi padre puede cambiar de opinión; hágame el favor de marcharse ahora mismo a Villequier. Monte de nuevo a caballo y salga del palacio antes de que se levanten de la mesa.

Al ver que Julien no abandonaba su actitud de extrañeza y frialdad, ella se echó a llorar.

-Déjeme dirigir nuestros asuntos -exclamó ella apasionadamente, estrechándole entre sus brazos-. Sabe muy bien que no me separo de usted voluntariamente. Escríbame dirigiendo las cartas a mi doncella, y que el sobre venga con una letra desconocida. Yo le escribiré gruesos volúmenes. ¡Adiós! Huya.

Esta última palabra hirió a Julien; sin embargo, obedeció. «Es fatal -pensaba- que hasta en sus mejores momentos estas gentes encuentren la manera de lastimarme.»

Mathilde se resistió con firmeza a todos los proyectos prudentes de su padre. No quiso nunca establecer negociaciones con otras bases que las siguientes: sería la señora de Sorel y viviría pobremente con su marido en Suiza, o en casa de su padre en París. Rechazó decididamente la proposición de un alumbramiento clandestino.

-Entonces es cuando empezaría para mí la posibilidad de la calumnia y del deshonor. Dos meses después de la boda me iré de viaje con mi marido, y será fácil suponer que mi hijo ha nacido en una fecha conveniente.

Acogida al principio con muestras de cólera, esta firmeza acabó por hacer vacilar al marqués.

En un momento de enternecimiento, dijo a su hija:

-¡Toma! Aquí tienes un resguardo de diez mil libras de renta, envíalo a tu Julien, y que se las arregle de modo que no pueda reclamárselo.

Para obedecer a Mathilde, cuya afición al mando conocía, Julien había hecho cuarenta leguas inútiles; estaba en Villequier, arreglando las cuentas de los granjeros; aquella donación del marqués fue la causa de su retorno. Fue a pedir albergue al padre Pirard, que durante su ausencia se había convertido en el aliado más útil para Mathilde. Siempre que el marqués le preguntaba, le demostraba que toda solución que no fuera el matrimonio público sería un crimen a los ojos de Dios.

-Y, afortunadamente -añadía el clérigo-, en este caso están de acuerdo la religión y las reglas mundanas. ¿Podría tenerse seguridad, dado el carácter impetuoso de la señorita de La Mole, de un secreto que ella no se impusiera a sí misma? De no admitirse la solución franca de un matrimonio público, la sociedad se ocupará mucho más tiempo

de esta unión extraña. Hay que decirlo todo de una vez, sin apariencia ni realidad del menor misterio.

-Es verdad -dijo, pensativo, el marqués-. Siguiendo tal sistema, hablar de este matrimonio después de tres días resulta una repetición propia de un hombre que no tiene ideas. Habría que aprovechar alguna importante medida antijacobina del gobierno para deslizarse de incógnito inmediatamente después.

Dos o tres amigos del marqués de La Mole pensaban como el padre Pirard. El gran obstáculo, según ellos, era el carácter decidido de Mathilde. Pero, a pesar de todos aquellos bellos razonamientos, el alma del marqués no podía acostumbrarse a renunciar a la esperanza del taburete para su hija.

Su memoria y su imaginación daban mil vueltas a las bellaquerías y falsedades de todo género que todavía eran posibles en su juventud. Ceder ante la necesidad, tener miedo a la ley, le parecían cosas absurdas y deshonrosas en un hombre de su jerarquía. Bien caros pagaba los sueños maravillosos que se permitía desde hacía diez años sobre el porvenir de aquella hija querida.

«¿Quién lo hubiera podido prever? -se decía-. ¡Una muchacha de carácter tan altivo, con un talento tan elevado, más orgullosa que yo del nombre que lleva! ¡Cuya mano me pedían los hombres más ilustres de Francia!

»Hay que renunciar a toda prudencia. ¡Este siglo está hecho para tergiversarlo todo! Caminamos hacia el caos.»

Capítulo 34

Un hombre de talento

Le préfet cheminant sur son cheval se disait: Pourquoi ne serais-je pas ministre, président du conseil, duc? Voici comment je ferais la guerre... Par ce moyen je jetterais les novateurs dans les fers...⁷⁹
Le Globe

No hay argumento que valga para destruir el dominio de diez años de sueños agradables. El marqués no encontraba razonable enfadarse; pero no podía resolverse a perdonar. «Si el tal Julien pudiese morir en un accidente...», decía algunas veces. De este modo, aquella imaginación entristecida hallaba algún alivio persiguiendo las más absurdas quimeras. Éstas paralizaban la influencia de los razonamientos sensatos del padre Pirard. Así transcurrió un mes, sin que la negociación adelantara un solo paso.

En aquel asunto de familia, lo mismo que en los políticos, el marqués tenía ideas brillantes con las que se entusiasmaba durante tres días. Un plan de conducta no le gustaba, porque se apoyaba en buenas razones, y los razonamientos no le convencían sino cuando apoyaban su plan favorito. Durante tres días trabajaba con todo el ardor y el entusiasmo de un poeta para llevar las cosas a una determinada posición; al día siguiente no pensaba más en ello.

Al principio, Julien se desconcertó debido a la lentitud del marqués; pero después de unas cuantas semanas comenzó a vislumbrar que en aquel asunto el marqués de La Mole no tenía ningún plan determinado.

La marquesa de La Mole y los demás habitantes de la casa creían que Julien viajaba por provincias para asuntos de la administración de las tierras; se hallaba escondido en casa del padre Pirard, y veía a Mathilde casi todos los días; ella, todas las mañanas, pasaba una hora con su padre, pero a veces transcurrían semanas enteras sin que hablasen del asunto que llenaba todo su pensamiento.

-No quiero saber dónde está ese hombre -le dijo un día el marqués-; envíele esta carta.

Mathilde leyó:

«Las tierras del Languedoc producen 20.600 francos. Doy 10.600 a mi hija y 10.000 al señor Julien Sorel. Les doy las tierras mismas, por supuesto. Que el notario dicte dos actas de donación por separado y me las traiga mañana; después de lo cual, no habrá más relaciones entre nosotros. ¡Ah, caballero! ¿Debía yo esperarme todo esto?»
EL MARQUÉS DE LA MOLE.»

-Muchas gracias -dijo Mathilde alegremente-. Nos iremos a instalar al castillo de

⁷⁹ «Mientras cabalgaba, el prefecto se decía: ¿Por qué no he de ser ministro, presidente del consejo, duque? He aquí cómo haría yo la guerra. De este modo metería en la cárcel a todos los innovadores.. El Globo, diario de la época.»

Aiguillon, entre Agen y Marmande. Dicen que es una comarca tan bella como Italia.

Aquella donación sorprendió muchísimo a Julien. Ya no era el hombre severo y frío que hemos conocido. La suerte de su hijo absorbía de antemano todos sus pensamientos. Aquella fortuna, imprevista y bastante considerable para un hombre tan pobre, le convirtió en un ambicioso. Se encontraba, suyas o de su mujer, con 36.000 libras de renta. En cuanto a Mathilde, todos sus sentimientos quedaban absorbidos por la adoración que dedicaba a su marido, pues así le llamaba siempre, en su orgullo. Su grande, su única ambición era hacer que admitieran su matrimonio. Se pasaba la vida exagerándose la gran prudencia que había demostrado al unir su suerte a la de un hombre superior. El mérito personal estaba de moda en su cabeza.

La ausencia casi continua, la multiplicidad de los negocios, el poco tiempo que tenían para hablar de amor, contribuyeron a completar el buen efecto de la sabia política inventada en otro tiempo por Julien.

Mathilde acabó por impacientarse al ver tan poco al hombre a quien había llegado a amar realmente.

En un momento de mal humor escribió a su padre, comenzando la carta como Otelo:

«Que he preferido a Julien a las satisfacciones que la sociedad ofrecía a la hija del marqués de La Mole, lo prueba de sobra mi elección. Estos placeres de consideración y de pequeña vanidad no representan nada para mí. Pronto hará seis semanas que vivo separada de mi marido. Es suficiente para demostrarle mi respeto. Antes del jueves próximo abandonaré la casa paterna. Su generosidad nos ha enriquecido. Nadie conoce mi secreto, excepto el respetable padre Pirard. Me iré a su casa; él nos casará, y una hora después de la ceremonia estaremos camino del Languedoc, y no regresaremos a París a no ser por una orden suya. Pero lo que me traspasa el corazón es que todo esto va a convertirse en una anécdota picante contra mí y contra usted. Y los epigramas de un público imbécil, ¿no podrán obligar a nuestro excelente Norbert a desafiar a Julien? En tal caso, le conozco, yo no tendría el menor dominio sobre él. En su alma surgiría el plebeyo rebelde. Se lo pido de rodillas, ¡padre mío!, asista a mi boda en la iglesia del padre Pirard, el jueves próximo. La parte picante de la anécdota se suavizará, y quedarán aseguradas la vida de su hijo único y la de mi marido, etc., etc.»

Esta carta sumergió el alma del marqués en una extraña turbación. Por fin había llegado el momento de tomar un partido. Todas las costumbres insignificantes, todos los amigos vulgares habían perdido su influencia.

En aquella circunstancia extraordinaria, los grandes rasgos de su carácter, impresos por los acontecimientos de la juventud, recobraron su imperio. Las desgracias de la emigración habían hecho de él un hombre de recursos. Después de disfrutar durante dos años de una fortuna inmensa y de todas las distinciones de la corte, el año 1790 le sumió en las terribles miserias de la emigración. Aquella dura escuela había cambiado su alma de veintidós años. En el fondo, más bien se hallaba instalado en medio de sus riquezas que no dominado por ellas. Pero esta misma imaginación que librara a su alma de la gangrena del oro le había arrojado en las garras de una loca pasión por ver a su hija

dotada de un título brillante.

Durante las seis semanas que acababan de transcurrir, quizás empujado por un capricho, el marqués había querido enriquecer a Julien; la pobreza le parecía innoble, deshonrosa para él, el marqués de La Mole, imposible para el esposo de su hija; tiraba el dinero. Al día siguiente, tomando su imaginación un nuevo rumbo, le parecía que Julien iba a entender el lenguaje mudo de aquella generosidad en dinero, a cambiar de nombre, a expatriarse en América y a escribir a Mathilde que había muerto para ella... El marqués de La Mole daba ya por escrita esta carta y seguía su efecto sobre el carácter de su hija...

El día en que la carta real de la hija le sacó de aquellos cándidos sueños, después de pasar largo tiempo pensando en matar a Julien o en hacerle desaparecer, soñaba en crearle una brillante fortuna. Le obligaba a tomar el nombre de una de sus propiedades, y ¿por qué no habría de cederle también el título de Par anejo a ella? El duque de Chaulnes, su suegro, le había hablado varias veces, después de que su hijo único fue muerto en España, del deseo de transmitir su título a Norbert...

«No se le puede negar a Julien una aptitud singular para los negocios, osadía, quizás hasta brillantez -se decía el marqués de La Mole-, pero en el fondo de ese carácter encuentro algo que asusta. Es la impresión que produce a todo el mundo. Luego es que aquí hay algo real. -Cuanto más difícil era dar con ese punto real, tanto más asustaba al alma imaginativa del viejo marqués-. Mi hija me lo decía muy hábilmente el otro día (en una carta suprimida): "Julien no se ha afiliado a ningún salón, a ninguna camarilla". No se ha procurado ningún apoyo contra mí, ni el menor recurso si yo le abandono... Pero ¿no será esto ignorancia del estado actual de la sociedad?... Dos o tres veces le he dicho: "No hay más candidatura real y provechosa que la de los salones..."»

»No, no tiene el talento hábil y cauteloso del intrigante, que no pierde un minuto ni una oportunidad... No es un carácter a lo Luis XI. Por otra parte, tiene unas máximas de lo menos generoso... Estoy confundido. ¿Recordará estas máximas para que sirvan de dique a las pasiones?

»Sólo una cosa es evidente: el desprecio le descorazona, por aquí le tengo cogido.

»No tiene la religión de la alcurnia, es cierto, no nos respeta por instinto... Esto es una equivocación; pero, en fin, el alma de un seminarista no debería impacientarse más que por la falta de placeres y de dinero. Él, por el contrario, no puede soportar el desprecio por nada del mundo.»

Apremiado por la carta de su hija, el marqués de La Mole comprendió que tenía que decidirse: «En fin, he aquí la cuestión principal: ¿ha llegado la audacia de Julien hasta atreverse a seducir a mi hija porque sabe que es lo que más quiero en el mundo y que tengo cien mil escudos de renta?

»Mathilde hace grandes protestas en sentido contrario... No, joven, éste es un punto sobre el que no quiero hacerme ilusiones.

»¿Ha habido amor verdadero, imprevisto, o sencillamente el vulgar deseo de elevarse a una bonita posición? Mathilde es clarividente, ha comprendido desde el primer momento que esta sospecha puede perderle en mi opinión, y de aquí su confesión de que ella ha sido la primera en amarle...

»Una muchacha de carácter tan altivo, ¿habrá podido llegar hasta el punto de hacer insinuaciones materiales?... Apretarle el brazo, una noche, en el jardín, ¡qué horror!, como si no hubiera dispuesto de cien medios menos indecorosos para darle a entender que le distinguía.

»Quien se excusa se acusa; desconfío de Mathilde...». Aquel día los razonamientos del marqués eran más concluyentes que de ordinario. Sin embargo, la costumbre se impuso, resolvió ganar tiempo escribiendo a su hija. Porque se escribían de un lado a otro del palacio; el marqués de La Mole no se atrevía a discutir con Mathilde enfrentándose con ella. Temía que todo terminase con una concesión repentina.

Carta

«Guárdese de cometer nuevas locuras; ahí le envío un nombramiento de teniente de húsares para el caballero Julien Sorel de La Vernaye. Ya ve lo que hago por él. No me contraríe, no me pregunte. Que salga dentro de veinticuatro horas para incorporarse en Estrasburgo, donde se encuentra su regimiento. Adjunto una letra contra mi banquero; que se me obedezca.»

El amor y la alegría de Mathilde no tuvieron límites; quiso aprovechar la victoria, y contestó enseguida:

«El señor de La Vernaye estaría a sus pies, loco de agradecimiento, si supiera todo lo que se digna hacer por él. Pero, en medio de esta generosidad, mi padre se ha olvidado de mí, el honor de su hija está en peligro. Una indiscreción puede echar sobre ella una mancha eterna, que no podrían reparar veinte mil escudos de renta. No enviaré el nombramiento al señor de La Vernaye, si no me da su palabra de que, dentro del mes próximo, mi matrimonio se celebrará públicamente, en Villequier. Poco después de esa época, de la que le suplico no pase, su hija no podrá presentarse en público más que con el nombre de señora de La Vernaye. Cuánto le agradezco, querido papá, que me haya librado del nombre de Sorel, etc., etc.»

La respuesta fue imprevista:

«Obedezca, o me retracto de todo. Tiemble, joven imprudente. Aún no sé quién es su Julien, y usted misma lo sabe menos que yo. Que salga para Estrasburgo y tenga cuidado de portarse bien. Dentro de quince días daré a conocer mi decisión.»

Aquella contestación tan firme sorprendió a Mathilde. No conozco a Julien; esta frase la sumergió en una meditación que no tardó en dejar paso a las más halagüeñas suposiciones; pero que ella creía realidad. «El espíritu de mi Julien no se ha revestido con el pequeño uniforme mezquino de los salones, y mi padre no cree en su superioridad, precisamente a causa de lo que la demuestra...

»Pero si no obedezco a esta veleidad de su carácter, veo la posibilidad de una escena pública; un escándalo rebajaría mi posición en el mundo, y podría hacerme menos

estimable a los ojos de Julien. Después del escándalo..., pobreza durante diez años; y la locura de elegir un marido por sus méritos no puede salvarse del ridículo si no es por medio de la más brillante opulencia. Si vivo lejos de mi padre, a su edad puede olvidarme... Norbert se casará con una muchacha agradable, hábil; el viejo Luis XIV fue seducido por la duquesa de Borgoña...»

Se decidió a obedecer, pero se guardó de comunicar la carta de su padre a Julien; aquel carácter impetuoso hubiera podido llevarle a cometer alguna locura.

Por la noche, cuando le dijo a Julien que era teniente de húsares, su alegría no tuvo límites. Uno puede imaginársela teniendo en cuenta la ambición de toda su vida y la pasión que ahora tenía por su hijo. El cambio de nombre le llenaba de asombro.

«Después de todo -pensaba- mi novela ha terminado, y mío es todo el mérito. He sabido hacerme amar por ese monstruo de orgullo -añadía, mirando a Mathilde-; su padre no puede vivir sin ella, ni ella sin mí.»

Capítulo 35

Una tormenta

*Mon Dieu, donnez-moi la médiocrité!*⁸⁰
MIRABEAC

Su alma estaba absorta; sólo respondía a medias a la viva ternura que ella le demostraba. Permanecía silencioso y sombrío. Nunca había aparecido tan grande, tan adorable a los ojos de Mathilde. Ésta temía que alguna sutileza de su orgullo viniera a echar por tierra toda la situación.

Casi todas las mañanas ella veía llegar al palacio al padre Pirard. ¿No habría podido Julien averiguar por medio de éste algo respecto a las intenciones de su padre? ¿No podría ser que el propio marqués, en un momento de capricho, le hubiera escrito? Después de una dicha tan grande, ¿cómo explicarse la actitud severa de Julien? Ella no se atrevió a interrogarle.

¡No se atrevió, ella, Mathilde! Desde aquel momento hubo en sus sentimientos hacia Julien algo vago, imprevisto, casi un sentimiento de terror. Aquella alma seca sintió toda la pasión que pueda experimentar un ser educado en medio del exceso de civilización que París admira.

Al día siguiente, muy de mañana, Julien estaba en el presbiterio del padre Pirard. En el patio esperaban unos caballos con una silla desmantelada alquilada en la posta vecina.

-Tal equipo es ahora impropio -díjole el severo cura, de mal humor-. He aquí veinte mil francos que le regala el marqués de La Mole; quiere que los gaste usted dentro del año, pero procurando ponerse en ridículo lo menos posible. (En una suma tan crecida, puesta en manos de un joven, el sacerdote sólo veía ocasión de pecar.)

-El marqués añade: «El señor Julien de La Vernaye habrá recibido este dinero de su padre, a quien es inútil nombrar de otro modo. El señor de La Vernaye quizá juzgue oportuno hacer un regalo al señor Sorel, carpintero de Verrières, que le cuidó durante su infancia...». Yo podría encargarme de esta parte de la comisión -añadió el cura-; he logrado al fin que el marqués de La Mole transija con el padre de Frilair, tan jesuita. Su crédito es positivamente mucho mayor que el nuestro. El reconocimiento implícito de su alcurnia de usted por este hombre que gobierna Besancon será una de las condiciones tácitas del arreglo.

Julien no pudo dominar su alegría al verse reconocido, y abrazó al cura.

-¡Quite usted! -dijo el padre Pirard, rechazándole-. ¿Qué significa esta vanidad mundana?... En cuanto a Sorel y a sus hijos, yo les ofreceré, en mi nombre, una pensión anual de quinientos francos, que se les pagará a cada uno de ellos mientras se porten bien.

Julien volvía a mostrarse frío y altanero. Dio las gracias, pero en términos muy vagos y no obligándose a nada. «¿Será posible -se decía- que yo fuese hijo natural de algún gran señor desterrado en nuestras montañas por el terrible Napoleón?» Esta su-

⁸⁰ «¡Dios mío, concededme la mediocridad!»

posición le parecía cada vez menos absurda...

«Mi odio por mi padre sería una prueba... ¡Entonces ya no sería un monstruo!»

Pocos días después de este monólogo, el regimiento número 15 de húsares, uno de los más lucidos del ejército, estaba formado en la plaza de armas de Estrasburgo. El caballero de La Vernaye montaba el caballo más hermoso de Alsacia, que le había costado seis mil francos. Poseía el grado de teniente sin haber sido subteniente más que en las listas de un regimiento del que ni siquiera había oído hablar.

Su aire impasible, sus ojos severos y casi aviesos, su palidez, su inalterable sangre fría, le crearon una reputación desde el primer día. Poco después, su cortesía perfecta y mesurada, su

destreza en el manejo de la pistola y otras armas, que dio a conocer sin demasiada afectación, dispersaron toda idea de burlarse de él en voz alta. Después de cinco o seis días de duda, la opinión general del regimiento se declaró a su favor. «Este muchacho -decían los viejos oficiales chocarreros- lo tiene todo, menos juventud.»

Desde Estrasburgo, Julien escribió al padre Chélan, el antiguo párroco de Verrières, que ya se encontraba en los límites extremos de la vejez:

«Seguramente se habrá usted enterado con alegría de los acontecimientos que han empujado a mi familia a enriquecerme. Le envío quinientos francos para que los distribuya, sin ruido alguno y sin hacer mención de mi nombre, entre los desgraciados pobres de ahora, como yo lo fui en otro tiempo, y a los que sin duda socorrerá usted como antes me socorrió a mí.»

Julien estaba ebrio de ambición, y no de vanidad; sin embargo, prestaba gran atención a su apariencia externa. Sus caballos, sus uniformes, las libreas de sus criados, todo era de una corrección que hubiera hecho honor a la minuciosidad de un gran señor inglés. Apenas llevaba dos días de teniente, por concesión, y ya calculaba que para mandar en jefe a los treinta años, a lo sumo, como todos los grandes generales, era preciso ser más que teniente a los veintitrés. Sólo pensaba en la gloria y en su hijo.

En medio de los transportes de la ambición más desenfadada, viose sorprendido por un lacayo del palacio de La Mole portador de un correo.

«Todo está perdido -le escribía Mathilde-; venga lo antes posible; síble; sacrifíquelo todo, deserte si es preciso. Apenas llegue, espéreme en un coche de alquiler cerca de la puertecilla del jardín, en el número... de la calle... Iré a hablarle; quizá pueda introducirle en el jardín. Todo está perdido, y me temo que sin remedio; cuente conmigo, que le seré fiel y adicta en la adversidad. dad. Le quiero.»

En pocos minutos Julien consiguió un permiso del coronel y salió de Estrasburgo a galope tendido; pero la terrible inquietud que le devoraba no le permitió continuar este modo de viajar más allá de Metz. Se metió en una silla de posta, y con una rapidez casi increíble llegó al sitio indicado, cerca de la puertecilla del jardín del palacio de La Mole. Esta puerta se abrió, y en el acto Mathilde, olvidándose de todo respeto humano, se precipitó en sus brazos. Afortunadamente, no eran más que las cinco de la mañana y la calle estaba aún desierta.

-Todo está perdido; mi padre, temiendo mis lágrimas, se marchó la noche del jueves. ¿Adónde? Nadie lo sabe. Aquí tiene su carta; lea.

Y se metió en el coche con Julien.

«Podría perdonarlo todo menos el proyecto de seducirla porque es rica. Ésta es, desgraciada hija, la terrible realidad. Le doy mi palabra de honor de que no consentiré

jamás un matrimonio con ese hombre. Le asigno diez mil libras de renta si quiere vivir lejos, fuera de las fronteras de Francia o, mejor aún, en América. Lea la carta que he recibido en contestación a los informes que había pedido. El desvergonzado me había propuesto él mismo que escribiese a la señora de Renal. No volveré a leer ni una línea suya que se refiera a ese hombre. Me horroriza usted y me horroriza París. La conjuro a guardar el mayor secreto sobre lo que ha de ocurrir. Renuncie francamente a un hombre vil, y volverá a encontrar un padre.»

-¿Dónde está la carta de la señora de Renal? -dijo fríamente Julien.

-Aquí la tiene. No he querido enseñársela sin prepararle de antemano.

Carta

«Lo que debo a la causa sagrada de la religión y de la moral me obliga, caballero, a dar este paso terrible, que me dispongo a llevar a cabo respecto a usted; una regla, que no puede fallar, me ordena en este momento hacer daño a mi prójimo, pero es a fin de evitar un escándalo mayor. El dolor que siento debe ser superado por el sentimiento del deber. Es muy cierto, caballero, la conducta de la persona sobre quien me pide usted la verdad ha podido parecer inexplicable y hasta honrada. Quizás alguien ha podido juzgar conveniente ocultar o disfrazar una parte de la realidad, tanto la prudencia como la religión así lo aconsejaban. Pero esa conducta que usted quiere conocer ha sido realmente muy condenable, mucho más de lo que yo puedo decir. Pobre y ambicioso, valiéndose de la hipocresía más refinada y por medio de la seducción de una mujer débil y desgraciada, este hombre ha tratado de crearse una posición y ser alguien. Una parte de mi penoso deber es añadir que creo que el señor S... no tiene ningún principio de religión. En conciencia, me veo obligada a pensar que uno de los medios de que se vale para triunfar en una casa es seducir a la mujer que en ella tenga más crédito. Protegido por una apariencia de desinterés y con frases de novela, su grande, su único objetivo es llegar a manejar al dueño de la casa y su fortuna. Tras él deja la desgracia, los remordimientos eternos, etc., etc., etc.»

Esta carta, extremadamente larga y medio borrada por las lágrimas, era, sin duda alguna, de puño y letra de la señora de Renal; incluso estaba escrita con más cuidado que de costumbre.

-No puedo censurar al marqués de La Mole -dijo Julien después de leerla-; es justo y prudente. ¿Qué padre querría entregar a su hija querida a semejante hombre? ¡Adiós!

Julien saltó del coche y corrió a su silla de posta, que aguardaba al extremo de la calle. Mathilde, a quien parecía haber olvidado, dio algunos pasos para seguirle; pero las miradas de los comerciantes, que estaban a las puertas de sus tiendas y que la conocían, la obligaron a meterse precipitadamente en el jardín.

Julien había partido hacia Verrières. En aquel viaje rápido no pudo escribir a Mathilde, como había proyectado, pues su mano no trazaba en el papel más que rasgos ininteligibles.

Llegó a Verrières un domingo por la mañana. Entró en casa del armero del pueblo, que le llenó de felicitaciones por su reciente fortuna. La noticia corría por la comarca.

Julien tuvo que hacer un gran esfuerzo para hacerle comprender que quería un par de pistolas. El armero las cargó, obedeciendo sus órdenes.

Dieron las tres campanadas; es una señal muy conocida en los pueblos de Francia y que después de los distintos toques de la mañana anuncia el comienzo inmediato de la misa.

Julien entró en la iglesia de Verrières. Todas las ventanas altas del edificio estaban veladas con cortinas carmesí. Julien se encontró a algunos pasos de distancia del banco de la señora de Renal. Le pareció que oraba con fervor. La vista de aquella mujer que tanto le había amado hizo temblar de tal modo el brazo de Julien que le impidió de momento ejecutar su propósito. «No puedo -se decía a sí mismo-; físicamente, no puedo.»

En aquel momento, el monaguillo que ayudaba a misa tocó para anunciar la elevación. La señora de Renal bajó la cabeza, que quedó casi oculta entre los pliegues de su chal. Julien ya no la reconocía tan bien; disparó un tiro sobre ella, y no hizo blanco; disparó un segundo tiro, ella cayó.

Capítulo 36

Detalles tristes

No esperéis que mi ánimo desfallezca.

Me he vengado.

He merecido la muerte y aquí estoy. Rogad por mi alma.

SCHILLER

Julien quedó inmóvil, no veía ya nada. Cuando se rehízo un poco, advirtió que todos los fieles huían de la iglesia; el sacerdote había abandonado el altar. Julien comenzó a seguir, con paso lento, a algunas mujeres que se iban gritando. Una mujer que trataba de huir más deprisa que las demás le empujó violentamente, él cayó al suelo. Sus pies se enredaron en una silla derribada por el tumulto; al levantarse sintió que le apretaban el cuello; era un gendarme en uniforme de gala, que le detenía. Maquinalmente, Julien quiso recurrir a sus pistolas; pero un segundo gendarme le sujetó los brazos.

Fue conducido a la cárcel. Le metieron en una habitación, le colocaron las esposas, le dejaron solo, la puerta se cerró tras él con dos vueltas de llave; todo esto sucedió muy rápidamente, y él permaneció insensible.

-A fe mía, todo ha terminado -dijo en voz alta, volviendo en sí-. Dentro de quince días, la guillotina... o matarse de aquí a entonces.

Su razonamiento no iba más lejos; sentía como si le apretaran con violencia la cabeza. Miró para ver si alguien le sujetaba. Después de unos minutos se durmió profundamente.

La señora de Rénal no estaba herida de muerte. La primera bala atravesó su sombrero; en el momento en que se volvía sonó el segundo disparo. La bala la había alcanzado en el hombro y, cosa rara, después de chocar con el hueso, que sin embargo rompió, de rebote fue a dar contra una columna gótica, de la que arrancó un gran pedazo.

Cuando después de una cura larga y dolorosa, el cirujano, hombre grave, le dijo a la señora de Renal: «Respondo de la vida de usted como de la mía», ella sintió una profunda aflicción.

Hacía mucho tiempo que deseaba sinceramente la muerte; la carta que le había sido impuesta por su confesor y que había escrito al marqués de La Mole había sido el golpe de gracia para aquel ser debilitado por una desdicha demasiado constante. Esta desgracia era la ausencia de Julien; ella la llamaba el remordimiento. El director, joven eclesiástico, virtuoso y ferviente, recién llegado de Dijon, no se dejaba engañar.

«Morir así, pero no por mi mano, no es un pecado -pensaba la señora de Renal-. Dios me perdonará quizá por alegrarme de mi muerte.»

No se atrevía a añadir: «Y morir por mano de Julien es el colmo de la felicidad».

Apenas se vio libre de la presencia del cirujano y de todos los amigos, que acudieron en tropel, mandó llamar a Elisa, su doncella, y le dijo, ruborizándose:

-El carcelero es un hombre cruel. Sin duda le maltratará, creyendo con ello serme agradable... No puedo soportar esta idea. ¿No podría ir y, como cosa suya, darle al

carcelero ese paquetito que contiene algunos luises? Le dirá usted que la religión no permite que le maltrate... Y, sobre todo, que no vaya a decir ni una palabra de este dinero.

A esta circunstancia de que hablamos debióse la humanidad del carcelero de Verrières para con Julien; era aquel mismo señor Noiroud, prefecto ministerial, al que vimos tan asustado ante la presencia del señor Appert.

El juez se presentó en la cárcel.

-He asesinado con premeditación -le dijo Julien-; he comprado y mandado cargar las pistolas en casa de Fulano, el armero. El artículo 1.342 del Código Penal es claro, merezco la muerte, y la espero.

El espíritu mezquino del juez, extrañado ante aquella franqueza, quiso multiplicar las preguntas para arreglárselas de modo que el acusado se inculpase en sus contestaciones.

-¿Pero no ve usted -le dijo Julien, sonriendo- que me confieso tan culpable cuanto usted puede desear? Váyase, caballero; no dejará de conseguir la presa que usted persigue. Tendrá usted el placer de condenarme. Ahórreme su presencia.

«Me queda un penoso deber que cumplir -pensó Julien-, tengo que escribir a la señorita de La Mole.»

«Me he vengado -le decía-. Desgraciadamente, mi nombre aparecerá en los periódicos, y no puedo escapar de incógnito de este mundo. Le pido perdón por ello. Dentro de dos meses, moriré. La venganza ha sido atroz, lo mismo que el dolor de verme separado de usted. A partir de este momento me prohíbo volver a escribirle y pronunciar su nombre. No hable nunca de mí, ni siquiera a mi hijo: el silencio es la única manera de honrarme. Para la mayoría de los hombres, yo seré un asesino vulgar... En este momento supremo, permítame la verdad: usted me olvidará. Esta gran catástrofe, de la cual le aconsejo no hable nunca a ningún ser viviente, habrá mitigado por varios años todo lo romántico y excesivamente aventurero de su carácter. Usted había nacido para vivir con los héroes de la Edad Media; demuestre ahora su firmeza de carácter. Que lo que ha de ocurrir suceda en secreto y sin comprometerla. Tomará un nombre falso y no tendrá confidente alguno. Si le es absolutamente necesario el socorro de un amigo, le recomiendo al padre Pirard.

»No hable de ello a nadie más, sobre todo no lo haga con las gentes de su clase: los de Luz, los Caylus...

»Un año después de mi muerte, cásese con el señor de Croisenois; se lo ruego y se lo ordeno como esposo. No me escriba; no le contestaría. Mucho menos malo que Yago, según creo, diré como él: From this time forth I never will speak word. (Desde este momento no hablaré palabra.)

»No me verán hablar ni escribir, tuyas habrán sido mis últimas palabras, lo mismo que mis últimos pensamientos. -J. S.»

Fue después de enviar esta carta cuando Julien, algo rehecho, se sintió por primera vez muy desgraciado. Cada una de las esperanzas de la ambición tuvo que ser arrancada de su corazón por esta horrible palabra: «moriré, he de morir». La muerte, en sí, no era horrible a sus ojos. Toda su vida no había sido más que una larga preparación para la desgracia, y no se había olvidado de la que pasa por ser la mayor de todas.

«¡Cómo! -se decía-, si dentro de sesenta días tuviera que batirme en duelo con un hombre verdaderamente diestro con las armas, ¿tendría la debilidad de estar pensando en

ello sin cesar, y con el terror en el alma?»

Pasó más de una hora tratando de sincerarse consigo mismo bajo este aspecto.

Cuando hubo visto en su alma y apareció la verdad ante sus ojos, tan distintamente como una de las columnas de su celda, pensó en el remordimiento.

«¿Y por qué habría de tenerlo? He sido ofendido de un modo atroz; he matado, merezco la muerte, pero esto es todo. Muero después de haber saldado mis cuentas con la humanidad. No dejo ninguna obligación sin cumplir, no debo nada a nadie; mi muerte no tiene de vergonzoso más que el instrumento; es verdad que esto basta y sobra para mi vergüenza ante los ojos de los burgueses de Verrières; pero ¿habrá nada más insignificante, intelectualmente considerado? Y aún me queda un medio de hacerme valer a sus ojos: es echar monedas de oro al populacho cuando me dirija al cadalso. Mi recuerdo, unido a la idea del oro, será para ellos algo resplandeciente.»

Después de este razonamiento, que al cabo de un minuto le pareció evidente, Julien se dijo: «No tengo ya nada más que hacer en el mundo». Y se durmió profundamente.

Hacia las nueve de la noche, el carcelero le despertó, llevándole la cena.

-¿Qué se dice en Verrières?

-Señor Julien, el juramento prestado ante el crucifijo el día en que tomé posesión de mi destino me obliga al silencio.

Se calló, pero no se marchaba. Aquella hipocresía vulgar divirtió a Julien. «Es preciso -pensó- que le haga esperar largo rato los cinco francos que desea para venderme su conciencia.»

Cuando el carcelero vio que la comida estaba terminando, sin intento de seducción, dijo con aire falso y meloso:

-La amistad que siento por usted, señor Julien, me obliga a hablar, aunque digan que el hacerlo vaya en contra del interés de la justicia, porque lo que le he de decir puede servirle para preparar su defensa... El señor Julien, que es un buen muchacho, se alegrará mucho cuando yo le diga que la señora de Renal está mejor.

-¡Cómo! ¿No ha muerto? -exclamó Julien, levantándose fuera de sí.

-Pero, ¿no sabía usted nada? -dijo el carcelero con aire estúpido, que a poco convirtiose en avaricia satisfecha-. Justo será que el señor dé algo al cirujano, que, según la ley y la justicia, no debía hablar. Pero, por complacer al señor, he ido a su casa, y él me lo ha contado todo...

-¿Luego la herida no es mortal? -le dijo Julien, impaciente-, ¿me respondes de ello con tu vida?

El carcelero, gigante de seis pies de estatura, sintió miedo y se retiró hacia la puerta. Julien comprendió que iba por mal camino para saber la verdad, se sentó de nuevo y arrojó un napoleón al señor Noiroud.

A medida que el relato de aquel hombre demostraba a Julien que la herida de la señora de Renal no era mortal, éste sentía que las lágrimas lo invadían.

-¡Váyase! -dijo bruscamente.

El carcelero obedeció. Apenas había cerrado la puerta, exclamó Julien:

-¡Dios mío! ¡No está muerta!

Y cayó de rodillas derramando ardientes lágrimas.

En aquel momento supremo era un creyente. ¿Qué importan las hipocresías de los curas? ¿Pueden quitarle algo a la verdad y a la sublimidad de la idea de Dios?

Solamente entonces empezó Julien a arrepentirse del crimen cometido. Por una coincidencia que le evitó la desesperación, en aquel mismo instante acababa de disiparse el estado de irritación física y casi de locura en que estuvo sumido desde que salió de París para dirigirse a Verrieres.

Sus lágrimas tenían un origen generoso, pues no le cabía duda alguna respecto a la suerte que le esperaba.

«¡De modo que vivirá! -se decía-. Vivirá para perdonarme y para amarme...»

Al día siguiente, ya muy tarde, el carcelero le dijo al despertarle:

-Debe usted de tener un corazón admirable, señor Julien. He venido dos veces y no he querido despertarle. Aquí tiene usted dos botellas de un vino excelente que le envía el padre Maslon, nuestro párroco.

-¿Cómo? ¿Está aún aquí ese bribón? -respondió Julien.

-Sí, señor -respondió el carcelero bajando la voz-, pero no hable tan alto, eso podría perjudicarlo.

Julien se rió de buena gana.

-Al extremo a que he llegado, amigo mío, sólo podría perjudicarme el que usted dejase de ser afectuoso y humano... Pero será usted bien pagado -continuó Julien, interrumpiéndose y volviendo a tomar un aire altanero.

Este aire fue justificado al instante dándole una moneda.

El señor Noiroud contó nuevamente, con gran lujo de detalles, todo lo que sabía de la señora de Renal; pero no dijo una palabra de la visita de Elisa.

Aquel hombre era tan bajo y sumiso como el que más. Una idea cruzó por la mente de Julien: «Esta especie de gigante deforme debe de ganar tres o cuatrocientos francos, pues esta cárcel no es muy frecuentada; yo puedo asegurarle diez mil francos si quiere huir conmigo a Suiza... La dificultad consistirá en convencerle de mi buena fe». La idea del largo coloquio que debería entablar con un ser tan vil produjo asco a Julien, y procuró pensar en otra cosa.

Por la noche ya no hubo tiempo. Una silla de posta llegó a medianoche para llevarse. Quedó muy contento de los gendarmes que le acompañaron durante el viaje. Por la mañana, cuando llegó a la cárcel de Besancon, tuvieron la amabilidad de alojarle en el piso superior de un torreón gótico. Observó la arquitectura de comienzos del siglo XIV; admiró su gracia y ligereza. Por una estrecha abertura entre dos muros, y más allá de un patio profundo, se ofrecía un panorama soberbio.

Al día siguiente hubo un interrogatorio, después del cual le dejaron tranquilo unos cuantos días. Su alma estaba serena. Veía su caso de una gran simplicidad: «He intentado matar, merezco la muerte».

Su pensamiento no se detuvo ya más en este razonamiento. El juicio, el enojo de aparecer en público, la defensa, consideraba todo esto como molestias ligeras, como ceremonias enojosas, en las que ya pensaría cuando llegase el caso. Tampoco se detenía a pensar en el momento de la muerte: «Ya pensaré en ello después del juicio». La vida no le resultaba aburrida; consideraba todas las cosas desde un nuevo aspecto, ya no tenía ambición alguna. Pensaba raras veces en la señorita de La Mole. Los remordimientos le aquejaban a menudo y le presentaban con mucha frecuencia la imagen de la señora de Renal, sobre todo en el silencio de la noche, sólo interrumpido, en aquel torreón elevado, por el graznido del pigargo.

Daba gracias al cielo por no haberla herido mortalmente. «¡Qué cosa más

sorprendente! -se decía-. Yo creía que con su carta al marqués de La Mole había destruido para siempre mi felicidad venidera, y, menos de quince días después de la fecha de aquella carta, no pienso en nada de lo que me absorbía entonces... Dos o tres mil libras de renta para vivir tranquilo en una región de montaña como Vergy... Entonces era feliz... ¡No era consciente de mi felicidad!»

En otros momentos se levantaba de la silla, sobresaltado. «Si hubiese herido mortalmente a la señora de Rénal, me habría matado... Necesito convencerme de esto para no horrorizarme a mí mismo.

»¡Matarme! Ésta es la gran cuestión -se decía-. Estos jueces tan formalistas, tan encarnizados para con el pobre acusado, que harían colgar al mejor ciudadano por prenderse una cruz... Escaparía a su dominio, a sus insultos en mal francés, que el periódico del departamento calificaría de elocuencia...

»Puedo vivir aún cinco o seis semanas, poco más o menos... ¡Matarme! De ninguna manera -se dijo después de algunos días-, Napoleón vivió...

»Además, la vida me resulta agradable; aquí estoy tranquilo; no hay gentes fastidiosas -añadió, riendo, y se puso a redactar una lista de los libros que pensaba encargar a París.

Capítulo 37

Un torreón

La tumba de un amigo.

STERNE

Oyó un gran ruido en el corredor; aquélla no era la hora en que solían subir a su celda; el pigargo levantó el vuelo gritando, la puerta se abrió, y el venerable padre Chélan, temblando, apoyado en el bastón, arrojose en sus brazos:

-¡Dios santo! ¿Es posible, hijo mío?... ¡Monstruo!, debería decir.

Y el buen anciano no pudo añadir una palabra más. Julien temió que se cayese. Se vio obligado a acompañarle hasta una silla. La mano del tiempo se había ensañado con aquel hombre, antes tan enérgico. A Julien le pareció ya sólo la sombra de sí mismo.

Cuando recobró el aliento, dijo:

-Anteayer mismo recibí su carta de Estrasburgo, con los quinientos francos para los pobres de Verrières; me la llevaron a Liveru, a la montaña, donde vivo retirado en casa de mi sobrino Jean. Ayer me enteré de la catástrofe... ¡Cielos! ¿Es posible?

Y el viejo ya no lloraba, parecía privado de la facultad de pensar, y añadió maquinalmente:

-Necesitaré los quinientos francos; se los he traído.

-Necesito verle a usted, padre -exclamó Julien, enternecido-. Tengo dinero de sobra.

Pero ya no pudo obtener ninguna respuesta acorde. De vez en cuando, el padre Chélan vertía algunas lágrimas, que se deslizaban silenciosamente por sus mejillas; luego miraba a Julien, y quedaba como aturdido al ver que éste le cogía las manos y se las llevaba a los labios. Aquellos rasgos, antes tan llenos de vida y que reflejaban tan enérgicamente los más nobles sentimientos, no salían de su apatía. Una especie de campesino vino poco después a buscar al anciano.

-No hay que cansarle ni hacerle hablar demasiado -le dijo a Julien, quien comprendió que se trataba del sobrino.

Aquella aparición dejó a Julien sumido en una tristeza cruel que ahuyentaba las lágrimas. Todo le parecía triste y sin consuelo; sentía que el corazón se le helaba en el pecho.

Aquellos minutos fueron los más crueles que sufriera desde el crimen. Acababa de ver la muerte en toda su fealdad. Todas las ilusiones de grandeza de alma y generosidad se habían disipado como una nube ante la tempestad.

Tan angustiada situación duró varias horas. Después de un envenenamiento moral, se necesitan remedios físicos y vino de Champagne. Julien se hubiera considerado un cobarde recurriendo a ellos. Al final de un día horrible, que pasó por entero paseándose por su estrecho torreón, exclamó: «¡Sí, estaré loco! La vista de este pobre viejo hubiera podido sumirme en el estado de horrible tristeza en que estoy si yo fuera a morir como otro cualquiera; pero la muerte rápida y en la flor de la edad me pone precisamente en la imposibilidad de llegar a esa triste decrepitud».

Por más razonamientos que se hiciera, Julien quedó emocionado como cualquier

ser pusilánime, y, por consiguiente, entristecido con aquella visita.

Ya no había nada bravío ni grandioso en él, nada de virtud romana; la muerte se le aparecía a una mayor altura y como cosa menos fácil.

«Éste será mi termómetro -se dijo-. Esta noche estoy diez grados por debajo del valor que me pone al nivel de la guillotina. Esta mañana tenía este valor. Pero, por lo demás, ¿qué importa? Con tal de que lo vuelva a tener en el momento necesario.» Esta idea del termómetro le divirtió y por fin consiguió distraerle.

Al día siguiente, al despertar, sintió la vergüenza del día anterior. «Mi felicidad, mi tranquilidad están en juego.» Casi estuvo decidido a escribir al procurador general para pedirle que no permitiesen que nadie le visitara. «¿Y Fouqué? -pensó-. Si se decide a venir a Besancon, ¡cuál no sería su pena!»

Hacía quizá dos meses que no había pensado en Fouqué. «Qué majadero era yo en Estrasburgo; mi pensamiento no iba más allá del cuello de mi uniforme.» El recuerdo de Fouqué le absorbió durante mucho tiempo y le dejó muy enternecido. Se paseaba con agitación. «Decididamente, estoy a veinte grados bajo el nivel de la muerte... Si esta debilidad va en aumento, más me valdría matarme. ¡Qué alegría para los padres Maslon y para los Valenod si yo muriese como un fanfarrón!»

Fouqué llegó; aquel hombre sencillo y bueno estaba loco de dolor. Su única idea, si tenía alguna, era vender toda su hacienda para sobornar al carcelero y hacer que Julien se fugase. Le habló largo rato de la evasión del señor de Lavalette.

-Me das pena -le dijo Julien-; el señor de Lavalette era inocente, yo soy culpable. Sin querer, me haces pensar en la diferencia... Pero, ¿de veras venderías toda tu hacienda? -dijo Julien, volviendo a ser el hombre observador y desconfiado.

Fouqué, encantado de ver que por fin su amigo respondía a su idea dominante, le detalló con minuciosidad, cien francos más o menos, lo que podría sacar de cada una de sus propiedades.

«¡Qué sublime abnegación en un propietario rural! -pensó Julien-. ¡Cuántas economías, cuántas pequeñas tacañerías, que me causaban sonrojo cuando las presenciaba, sacrificaría por mí! Ninguno de los jóvenes que he visto en el palacio de La Mole, y que leen René, cometería seguramente ninguna de estas ridiculeces; pero, exceptuando los muy jóvenes y que además son ricos por herencia y desconocen el valor del dinero, ¿cuál de esos lindos parisienses sería capaz de semejante sacrificio?»

Todas las faltas de lenguaje, todos los gestos vulgares de Fouqué desaparecieron; Julien se arrojó en sus brazos. Nunca la provincia, al ser comparada con París, ha recibido un homenaje más valioso. Fouqué, contento con el rapto de entusiasmo que veía en los ojos de su amigo, lo interpretó como un consentimiento a la fuga.

La contemplación de lo sublime devolvió a Julien toda la fuerza que le quitara la aparición del padre Chélan. Era todavía muy joven; pero, a mi parecer, de buena cepa. En lugar de marchar de lo sentimental a la astucia, como la mayoría de los hombres, la edad le hubiera dado la bondad inclinada al enternecimiento y se habría curado de su loca desconfianza... Pero, ¿a qué vienen estas vanas predicciones?

Los interrogatorios eran cada vez más frecuentes, a pesar de los esfuerzos de Julien, cuyas respuestas tendían a abreviar el asunto:

-He matado, o por lo menos he querido matar, con premeditación -respondía diariamente.

Pero el juez era, ante todo, formalista. Las declaraciones de Julien no abreviaban

en modo alguno los interrogatorios; el amor propio del juez se picó. Julien no se enteró de que habían querido trasladarle a un calabozo horrible, y que sólo gracias a las gestiones de Fouqué le dejaban permanecer en su linda habitación a ciento ochenta escalones.

El padre de Frilair era uno de los hombres importantes que se proveían de leña en casa de Fouqué. El buen comerciante llegó hasta el todopoderoso vicario mayor. Con gran alegría por su parte, se enteró de que el padre de Frilair, interesado por las buenas cualidades de Julien y por los servicios que antaño prestara al seminario, pensaba recomendarle a los jueces. Fouqué entrevió la esperanza de salvar a su amigo, y al salir, prosternándose hasta el suelo, rogó al vicario que distribuyera en misas, para implorar la absolución del acusado, la suma de diez luises.

Fouqué se equivocaba por completo. El padre de Frilair no era un Valenod. Se negó a aceptar, e incluso trató de que el buen campesino comprendiese que lo mejor que podía hacer era guardar su dinero. Viendo que era imposible ser claro, sin cometer una imprudencia, le aconsejó que diera aquella cantidad como limosna para los pobres presos, que en realidad carecían de todo.

«Este Julien es un ser extraño, su acto es inexplicable -pensaba el padre de Frilair-, y nada debe serlo para mí... Quizá sea posible convertirle en un mártir... En todo caso, yo sabré el fin del asunto, y quizás encuentre ocasión de meter miedo a esa señora de Rénal, que no nos estima demasiado, y a mí, en el fondo, me detesta... Quizá pueda hallar en todo esto un medio de reconciliarme públicamente con el marqués de La Mole, que tiene debilidad por este pequeño seminarista.»

La transacción del pleito se había firmado unas semanas antes, y el padre Pirard se había marchado de Besancon, no sin antes haber hablado del misterioso nacimiento de Julien, el mismo día en que el desgraciado trataba de asesinar a la señora de Rénal en la iglesia de Verrières.

Julien sólo veía un acontecimiento desagradable entre él y la muerte; era la visita de su padre. Consultó a Fouqué sobre la idea de escribir al procurador general para que le dispensaran de toda visita. Aquel horror de ver a su padre, y en tal momento, extrañó sobremanera al corazón honrado y burgués del comerciante en maderas.

Creyó comprender por qué había tanta gente que odiaba apasionadamente a su amigo. Por respeto a la desgracia, ocultó su manera de sentir.

-En todo caso -le respondió fríamente-, esta orden de secreto no se aplicaría a tu padre.

Capítulo 38

Un hombre poderoso

*¡Pero hay tanto misterio en sus andanzas
y tanta elegancia en su talle! ¿Quién será ella?*
SCHILLER

Las puertas del torreón abriéronse muy temprano al día siguiente. Julien despertó sobresaltado.

«¡Ay, Dios mío, aquí está mi padre! -pensó-. ¡Qué escena más desagradable!»

En el mismo momento, una mujer vestida de campesina se arrojó en sus brazos; le costó mucho trabajo reconocerla. Era la señorita de La Mole.

-Malo, hasta no recibir tu carta no sabía dónde estabas. Lo que tú llamas tu crimen, y que no es sino una noble venganza que me demuestra toda la grandeza del corazón que late en tu pecho, no lo supe hasta llegar a Verrières...

A pesar de sus prevenciones contra la señorita de La Mole, que por lo demás no se confesaba claramente a sí mismo, Julien la encontró muy bonita. ¿Cómo no ver en toda aquella manera de hablar y de obrar un sentimiento noble, desinteresado, muy por encima de lo que hubiera osado un alma pequeña y vulgar? De nuevo creyó amar a una reina y, después de unos minutos, dijo, con una rara nobleza de elocución y de pensamiento:

-Su porvenir, Mathilde, se presentaba muy claro a mis ojos. Después de mi muerte se casaría con el señor de Croisenois, que se habría casado con una viuda. El alma noble, pero un poco novelesca de esta viuda adorable, asombrada y convertida al culto de la prudencia vulgar por un acontecimiento especial, trágico y grande para ella, se hubiera dignado comprender el verdadero mérito del joven marqués. Se hubiera resignado a ser feliz, con la felicidad de todo el mundo: la consideración, las riquezas, la elevada jerarquía... Pero, Mathilde querida, si se sospecha su venida a Besancon, esto será un golpe mortal para el marqués de La Mole, y he aquí lo que no me perdonaré nunca. ¡Le he causado ya tanta pena! El académico va a decir que ha albergado una serpiente en su seno.

-¡Confieso que no esperaba tan frío razonamiento, y tanta preocupación por el porvenir! -dijo la señorita de La Mole, medio enojada-. Mi doncella, casi tan prudente como usted, ha sacado un pasaporte para ella, y he hecho mi viaje bajo el nombre de señora Michelet.

-¿Y la señora Michelet ha podido llegar hasta aquí con tanta facilidad?

-¡Ah! ¡Sigues siendo el hombre superior al que yo he distinguido! Primero he ofrecido cien francos a un secretario del juez, que pretendía que mi entrada en este torreón era imposible. Pero una vez recibido el dinero, el tal hombre honesto me ha hecho esperar, ha puesto dificultades, he pensado que tenía intención de robarme... -Mathilde se detuvo.

-¿Y qué más? -dijo Julien.

-No te enfades, mi querido Julien -le dijo, besándole-, me he visto obligada a dar

mi nombre a ese secretario, que me tomaba por una modistilla de París enamorada del guapo Julien... Éstas han sido sus palabras. Le he jurado que era tu mujer, y me dará un permiso para verte a diario.

«La locura es completa -pensó Julien-, no he podido impedirla. Después de todo, el marqués de La Mole es tan gran señor, que la opinión encontrará siempre una excusa para el joven coronel que se case con esta encantadora viuda. Mi cercana muerte lo tapaná todo...» Y se entregó con delicia al amor de Mathilde; aquello era locura, grandeza de alma, todo lo que exista de más singular. Ella le propuso seriamente suicidarse con él.

Después de estos primeros arrebatos, y cuando Mathilde se hubo saciado de la dicha de ver a Julien, una viva curiosidad se apoderó súbitamente de su alma. Examinaba a su amante, a quien encontraba muy por encima de lo que se había imaginado. Le parecía un Boniface de La Mole resucitado, pero más heroico.

Mathilde visitó a los principales abogados de la región, a los que ofendió ofreciéndoles dinero con demasiada crudeza; pero acabaron por aceptar.

Pronto llegó Mathilde a la conclusión de que, en materia de cosas dudosas y de gran envergadura, todo dependía, en Besancon, del padre de Frilair.

Bajo el nombre oscuro de la señora Michelet, tropezó en un primer momento con invencibles dificultades para llegar al poderoso congregacionista. Pero el rumor de la belleza de una joven modista, loca de amor, y llegada de París a Besancon para consolar al joven clérigo Sorel, se difundió rápidamente por la ciudad.

Mathilde recorría a pie, sola, las calles de Besancon, esperando no ser reconocida. De todos modos no creía que fuera inútil a su causa el producir una gran impresión en el pueblo. Su locura pensaba en lograr que se sublevase para salvar a Julien cuando fuera conducido al cadalso. La señorita de La Mole creía que iba ataviada sencillamente, tal como conviene a una mujer afligida; su porte atraía todas las miradas.

Era el blanco de la atención general en Besancon cuando, después de ocho días de solicitarla, obtuvo una audiencia del padre de Frilair.

Por mucho que fuese su valor, las ideas de congregante influyente y de maldad cauta y profunda aparecían de tal modo ligadas en su espíritu, que tembló al llamar a la puerta del obispado. Apenas podía andar cuando tuvo que subir la escalera que conducía a las habitaciones del vicario mayor. La soledad del palacio episcopal le producía frío. «Puede que me siente en un sillón, y este sillón me coja los brazos y me haga desaparecer. ¿A quién podrá reclamarme mi doncella? El capitán de los gendarmes se guardará muy bien de hacer nada... ¡Me encuentro aislada en esta gran ciudad!»

Su primera ojeada por la habitación la tranquilizó. En primer lugar, le había abierto la puerta un lacayo que ostentaba una librea muy elegante. El salón donde la hicieron esperar reflejaba ese lujo fino y delicado, tan diferente de la magnificencia grosera, y que, en París, sólo se encuentra en las mejores casas. En cuanto vio al padre de Frilair, que se acercaba a ella con aire paternal, desaparecieron todas sus ideas de crímenes atroces. Ni siquiera encontró en aquel hermoso rostro el sello de esa virtud enérgica y un tanto salvaje, tan antipática a la sociedad de París. La sonrisa casi imperceptible, que animaba los rasgos del sacerdote dueño de todo Besancon, denunciaba al hombre de buena sociedad, al prelado instruido, al administrador hábil. Mathilde se creyó en París.

Pocos minutos necesitó el padre de Frilair para lograr que Mathilde le confesara que era la hija de su poderoso enemigo, el marqués de La Mole.

-En efecto, no soy la señora Michelet -dijo ella, recobrando toda la altivez de su actitud-, y esta confesión me cuesta poco trabajo, pues vengo a consultaros, señor, acerca de la posibilidad de procurar la evasión del señor de La Vernaye. En primer lugar, no es culpable sino de aturdimiento; la mujer sobre la cual ha disparado está ya bien. En segundo lugar, para convencer a los subalternos, puedo disponer inmediatamente de cincuenta mil francos y comprometerme a añadir el doble. Finalmente, mi reconocimiento y el de mi familia no hallará nada imposible para quien salve al señor de La Vernaye.

El padre de Frilair pareció asombrado al oír este nombre. Mathilde le mostró varias cartas del ministro de la Guerra, dirigidas al caballero Julien Sorel de La Vernaye.

-Ya veis, señor, que mi padre se encargaba de su fortuna. Me casé con él en secreto; mi padre quería que fuera un oficial de categoría antes de publicar este matrimonio, un poco singular para una La Mole.

Mathilde observó que la expresión de bondad y de dulce alegría se desvanecía rápidamente a medida que el padre de Frilair iba haciendo descubrimientos importantes. Su rostro reflejó cierta sagacidad mezclada de profunda hipocresía.

El cura tenía sus dudas, releía con calma los documentos oficiales.

«¿Qué partido puedo sacar de estas singulares confidencias? -se decía-. Heme aquí, de pronto, en íntima relación con una amiga de la célebre mariscala de Fervaques, sobrina todopoderosa de monseñor el obispo de..., por cuya mediación se llega a obispo en Francia. Lo que yo veía tan alejado en el porvenir se presenta de improviso. Esto puede conducirme a la realización de todos mis deseos.»

Al principio, Mathilde se asustó del rápido cambio en la fisonomía de aquel hombre tan influyente, con el cual se encontraba sola en un aposento apartado. Pero pronto díjose a sí misma: «¡Bah! ¿No hubiera sido peor no causar impresión alguna en el frío egoísmo de un hombre harto de poder y de satisfacciones?».

Deslumbrado por aquel camino rápido e imprevisto que se abría ante sus ojos para llegar al episcopado, asombrado ante el talento de Mathilde, el padre de Frilair perdió momentáneamente el dominio de sí mismo. La señorita de La Mole casi le vio a sus pies, con tal ambición y vivacidad, que parecía que iba a darle un temblor nervioso.

«Todo se aclara -pensó ella-, nada le será imposible aquí a la amiga de la señora de Fervaques.» A pesar de un sentimiento de celos, todavía muy doloroso, tuvo valor para explicar que Julien era amigo íntimo de la mariscala y que se encontraba casi todos los días en su casa con el obispo de...

-Aunque se echara a suertes, cuatro o cinco veces seguidas, una lista de treinta y seis jurados entre los notables de este departamento -dijo el vicario general con la mirada aviesa de la ambición y recalcando las palabras-, me consideraría muy poco afortunado si en cada una de las listas no contara con ocho o diez amigos, y de los más inteligentes del conjunto. Casi siempre podría tener mayoría, y más que mayoría, para condenar; vea usted, señorita, con cuánta facilidad puedo hacer absolver...

El clérigo se paró en seco, como asustado de sus propias palabras; estaba confesando cosas que nunca se dicen a los profanos.

Pero a su vez dejó estupefacta a Mathilde cuando le dijo que lo que asombraba e interesaba sobre todo a la sociedad de Besancon en la rara aventura de Julien, era que en otros tiempos había inspirado una gran pasión a la señora de Rénal, y que la había compartido durante una larga temporada. El padre de Frilair advirtió fácilmente la turbación extrema que producía su relato.

«¡Tengo mi desquite! -pensó-. He encontrado por fin el medio de manejar a esta personita tan decidida; temía no llegar a conseguirlo.» El aire distinguido y poco fácil de dominar redoblaba a sus ojos el encanto de la rara belleza, que veía casi suplicante ante él. Recobró toda su sangre fría y no vaciló en revolver el puñal en su corazón.

-No me sorprendería nada, después de todo -prosiguió, sin darle importancia-, que nos dijeran que habían sido los celos el móvil que impulsara a Sorel a disparar dos tiros contra esa mujer, tan amada antes. Ella no deja de ser muy atractiva, y de un tiempo a esta parte veía con mucha frecuencia a cierto padre Marquinot, de Dijon, especie de jansenista, sin moral, como todos ellos.

El padre de Frilair torturó voluptuosamente y a su placer el corazón de aquella linda joven, cuya cuerda sensible había descubierto.

-¿Por qué -decía fijando una mirada ardiente sobre Mathilde- habría elegido Sorel la iglesia, si no era porque precisamente en aquel momento su rival estaba celebrando la misa? Todo el mundo atribuye mucho talento, y aún mayor prudencia, al hombre afortunado a quien usted protege. ¿Había nada más sencillo que esconderse en los jardines del señor de Rénal, que él conoce tan bien? Allí, con la casi seguridad de no ser visto, ni cogido, ni sospechoso, podía haber dado muerte a la mujer de quien estaba celoso.

Aquel razonamiento, tan sensato en apariencia, acabó de poner a Mathilde fuera de sí. Aquella dama altiva, pero saturada de esa prudencia áspera, que pasa en el gran mundo por la fiel expresión del corazón humano, no estaba hecha para comprender rápidamente el placer de burlarse de toda prudencia, que puede ser tan vivo para un alma ardiente. En las altas esferas de la sociedad de París, donde Mathilde había vivido, la pasión rara vez puede prescindir de la prudencia, y es desde el quinto piso desde donde se tiran por la ventana.

Finalmente, el padre de Frilair quedó convencido de su ventajosa posición. Dio a entender a Mathilde (sin duda mentía) que podía disponer a su antojo del ministerio público, encargado de sostener la acusación contra Julien.

Después de que la suerte designara los treinta y seis jurados de la sesión, realizaría una gestión personal y directa con treinta de ellos, por lo menos.

Si Mathilde no le hubiera parecido tan bonita al padre de Frilair, éste no le hubiera hablado con tanta claridad hasta la quinta o la sexta entrevista.

Capítulo 39

La intriga

*Castres, 1676. –
Un hombre acaba de asesinar a su hermana
en una casa vecina a la mía; este caballero
era ya culpable de un asesinato. Su padre,
haciendo distribuir en secreto quinientos
escudos a los consejeros, le ha salvado
la vida.
LOCKE (Viaje a Francia)*

Al salir del obispado, Mathilde no vaciló en enviar un correo a la señora de Fervaques; el temor de comprometerse no la detuvo ni un segundo. Conjuraba a su rival a que consiguiese una carta para el padre de Frilair, escrita de puño y letra de monseñor el obispo de... Llegaba hasta a suplicarle que acudiese ella misma a Besancon. Éste fue un rasgo heroico por parte de un alma celosa y altiva.

Siguiendo el consejo de Fouqué, había tenido la prudencia de no hablarle de sus gestiones a Julien. Ya le turbaba bastante su presencia sin esto. Más honrado al acercarse a la muerte de lo que lo fuera durante su vida, sentía remordimientos, no sólo respecto al marqués de La Mole, sino también respecto a Mathilde.

«¡Hay que ver! -se decía-, encuentro a su lado momentos de distracción, e incluso, a veces, fastidio. Se pierde por mí, ¡y es así como yo la recompenso! ¿Seré acaso un malvado?» Esta pregunta hubiérale preocupado muy poco cuando era ambicioso; entonces, no lograr lo que se proponía era la única vergüenza para él.

Su malestar moral, junto a Mathilde, era tanto más acusado, por cuanto que él le inspiraba en aquel momento la pasión más extraordinaria y más loca. Sólo hablaba de los sacrificios extravagantes que quería hacer por salvarle.

Exaltada por un sentimiento del que estaba orgullosa y que predominaba sobre toda su altivez, hubiera querido no dejar pasar un solo instante de su vida sin emplearlo en algún intento extraordinario. Los proyectos más raros, los más peligrosos para ella llenaban sus largas conversaciones con Julien. Los guardianes, bien pagados, la dejaban reinar en la prisión. Las ideas de Mathilde no se limitaban al sacrificio de su reputación; tampoco le importaba que toda la sociedad conociera su estado. Echarse de rodillas para pedir el indulto de Julien ante el coche del rey cuando iba al galope, llamar la atención del príncipe, a riesgo de ser aplastada mil veces, era una de las menores locuras con que soñaba aquella imaginación exaltada y valerosa. Contaba con sus amigos de la corte para ser admitida en las zonas reservadas del parque de Saint-Cloud.

Julien se creía poco digno de tanta abnegación, a decir verdad estaba cansado de heroísmo. Hubiera sido sensible a una ternura sencilla, ingenua y casi tímida, mientras que, por el contrario, el alma orgullosa de Mathilde necesitaba siempre la idea de un público y de los demás.

En medio de todas sus angustias, de todos sus temores por la vida de aquel

amante, al que no quería sobrevivir, Julien advertía que ella sentía una necesidad secreta de asombrar al público por el exceso de su amor y la sublimidad de sus empresas.

Julien se ponía de mal humor al ver que no le conmovía todo aquel heroísmo. ¿Qué le hubiera sucedido, de haber conocido todas las locuras con que Mathilde abrumaba al espíritu abnegado, pero eminentemente razonable y limitado, del bueno de Fouqué?

Éste no sabía muy bien qué censurar en la abnegación de Mathilde; pues él también hubiese sacrificado toda su fortuna y expuesto su vida a los mayores peligros para salvar la de Julien. Estaba estupefacto ante la cantidad de oro que Mathilde tiraba. Los primeros días, las cantidades así derrochadas llegaron a impresionarle, pues tenía por el dinero toda la veneración de un provinciano.

Finalmente, descubrió que los proyectos de la señorita de La Mole variaban a menudo y, con gran alivio por su parte, halló una palabra para censurar aquel carácter que le resultaba tan fatigoso: era voluble. De este epíteto al de mala cabeza, el mayor anatema en provincias, no hay más que un paso.

«Es raro -decíase Julien un día, cuando Mathilde acababa de salir de la cárcel- que una pasión tan viva y de la cual soy objeto me deje tan insensible. ¡Y yo la adoraba hace dos meses! Ya había yo leído que la proximidad de la muerte hace que todo pierda interés; pero es horrible sentirse ingrato y no poder cambiar. ¿Seré acaso un egoísta?» Y con este motivo se hacía los reproches más humillantes.

La ambición había muerto en su interior, otra pasión había surgido de sus cenizas, él la llamaba el remordimiento por haber asesinado a la señora de Renal.

En realidad, estaba perdidamente enamorado de ella. Encontraba una dicha singular cuando, hallándose completamente solo y sin temor a ser interrumpido, podía entregarse por entero al recuerdo de los días felices pasados antaño en Verrières o en Vergy. Los menores incidentes de aquellos tiempos, que tan rápidamente volaron, tenían para él una frescura y un encanto irresistibles. Nunca pensaba en sus éxitos de París; le resultaban enojosos.

Esta disposición de espíritu, que aumentaba con rapidez, fue adivinada en parte por los celos de Mathilde. Se daba muy bien cuenta de que tenía que luchar contra el amor de la soledad. Alguna vez pronunciaba con terror el nombre de la señora de Renal. Veía a Julien estremecerse. A partir de entonces su pasión no tuvo ya límites ni medida.

«Si muere, muero después de él -se decía con toda la buena fe posible-. ¿Qué dirían los salones de París si vieran a una joven de mi alcurnia adorar hasta tal punto a un amante condenado a muerte? Para hallar tales sentimientos hay que remontarse a la época de los héroes; amores de este género eran los que hacían palpitar los corazones del siglo de Carlos IX y Enrique III.»

En medio de los arrebatos más vivos, cuando apretaba contra su corazón la cabeza de Julien, se decía con horror:

«¿Es posible que esta cabeza encantadora esté destinada a caer? ¡Pues bien! -añadía, inflamada de un heroísmo no exento de placer-, mis labios, que ahora besan apasionadamente estos lindos cabellos, estarán yertos antes de que transcurran las veinticuatro horas siguientes.»

¡Los recuerdos de aquellos instantes de heroísmo y de horrible voluptuosidad la envolvían tenazmente! La idea del suicidio, tan obsesionante en sí misma, y hasta entonces tan alejada de aquella alma altiva, penetró en ella y pronto reinó allí con imperio absoluto. «No, la sangre de mis antepasados no se ha entibiado al llegar a mí», se decía

Mathilde con orgullo.

-Tengo que pedirle un favor -le dijo un día Julien-: mande criar a su hijo en Verrières, la señora de Renal vigilará a la nodriza.

-Lo que me dice es muy duro...

Y Mathilde palideció.

-Es verdad, y por ello te pido mil veces perdón -exclamó Julien, saliendo de su ensimismamiento y estrechándola en sus brazos.

Después de secar sus lágrimas, volvió a su idea, pero con más habilidad. Había dado a la conversación un tono de filosofía melancólica. Hablaba del porvenir, que tan pronto iba a cerrarse para él.

-Hay que convenir, querida, en que las pasiones son un accidente en la vida, pero que este accidente no se halla más que en las almas superiores... La muerte de mi hijo sería, en el fondo, una dicha para el orgullo de su familia, y esto lo adivinarán los subalternos. La negligencia será el destino de este hijo de la desgracia y de la vergüenza... Espero que en una época que no quiero fijar, pero que, sin embargo, mi ánimo entrevé, obedecerá mis últimas recomendaciones: se casará con el marqués de Croisenois.

-¡Cómo! ¡Deshonrada!

-El deshonor no podrá caer en un nombre como el suyo. Será una viuda, y la viuda de un loco, eso es todo. Diré más: como mi crimen no obedeció al móvil del dinero, no tendrá nada de deshonoroso. Puede que, en esa época, algún legislador filósofo haya conseguido vencer los prejuicios de sus contemporáneos y abolir la pena de muerte. Entonces alguna voz amiga dirá, como un ejemplo: El primer marido de la señorita de La Mole era un loco, pero no un malvado ni un criminal. Fue absurdo cortarle la cabeza... Entonces mi recuerdo no será ya infame; por lo menos después de cierto tiempo... Su posición en el mundo, su fortuna y, permítame decirlo, su talento, harán que el marqués de Croisenois, siendo ya su marido, desempeñe un papel al que por sí solo no sabría llegar nunca. No tiene más que su alcurnia y valor, y estas cualidades, que por sí solas eran suficientes para ser todo un hombre en 1729, un siglo más tarde son un anacronismo y sólo incuban pretensiones. Hacen falta otras cosas para ponerse en cabeza de la juventud francesa.

»Usted aportará la ayuda de un carácter firme y emprendedor al partido político en que lance a su esposo. Podrá suceder a los Chevreuse y a los Longueville de la Fronda... Pero entonces, querida amiga mía, el fuego celestial que le anima en este momento se habrá entibiado un poco.

»Y permítame decirle -añadió, después de otras muchas frases preparatorias más-, dentro de quince años mirará como una locura disculpable, pero, a pesar de todo, como una locura, el amor que ha sentido por mí...

Se calló de repente y quedó pensativo. Se encontraba de nuevo frente a frente con aquella idea tan ofensiva para Mathilde:

«Dentro de quince años, la señora de Renal adorará a mi hijo, y usted le habrá olvidado.»

Capítulo 40

La tranquilidad

*Soy cuerdo ahora porque entonces estaba loco.
¡Oh, filósofo, que sólo ves lo instantáneo,
cuán poco alcanza tu mirada!
Mis ojos no están hechos
para seguir la labor subterránea de las pasiones.*
SEÑORA GOETHE

Aquella conversación fue interrumpida por un interrogatorio, seguido de una conferencia con el abogado defensor. Estos momentos eran los únicos completamente desagradables de una vida llena de abandono y de tiernos ensueños.

-Hay asesinato, y asesinato con premeditación -dijo Julien, tanto al juez como al abogado-. Lo siento mucho, señores -añadió, sonriendo-; pero esto reduce el cometido de ustedes a muy poca cosa.

«Después de todo -se decía Julien cuando consiguió verse libre de aquellos dos seres-, es preciso que sea valiente y, en apariencia, más valiente que estos dos hombres. Ellos miran como el colmo de los males, como al rey de los espantos, este duelo de resultado catastrófico, del que yo no pienso ocuparme seriamente hasta el día preciso.

»Y es que yo he conocido una desgracia mayor -continuó Julien, filosofando consigo mismo-. Yo sufría mucho más durante mi primer viaje a Estrasburgo, cuando me creía abandonado de Mathilde... ¡Y pensar que he deseado tan apasionadamente esta intimidad perfecta que hoy me deja tan frío!... En realidad, soy más dichoso cuando me encuentro solo que cuando esa joven tan hermosa comparte mi soledad...»

El abogado, hombre de reglas y formalidades, le creía loco y pensaba, con el público, que eran los celos los que habían puesto la pistola en su mano. Un día se atrevió a dar a comprender a Julien que esta alegación, verdadera o falsa, sería un excelente medio de defensa. Pero el acusado se convirtió instantáneamente en un ser apasionado e incisivo.

-Por su vida, caballero -exclamó Julien, fuera de sí-, guárdese de volver a proferir esta abominable mentira.

El prudente abogado tuvo miedo, un instante, de ser asesinado.

Preparaba su defensa, porque el momento decisivo se acercaba rápidamente. En Besancon y en todo el departamento no se hablaba más que de esta causa célebre. Julien ignoraba este detalle, pues había rogado que no le hablaran jamás de aquellas cosas.

Aquel día, Fouqué y Mathilde habían querido hablarle de algunos rumores públicos, muy propios, según ellos, para dar esperanzas, pero Julien les había detenido a las primeras palabras.

-Dejadme en mi vida ideal. Vuestros chismes, vuestros detalles de la vida real, más o menos molestos para mí, me sacarían del cielo. Cada uno muere como puede; yo no quiero pensar en la muerte más que a mi manera. ¿Qué me importan los demás? Mis relaciones con los demás van a romperse bruscamente. Por favor, no me habléis más de

esas gentes: ya es bastante tener que ver al juez y al abogado.

«En realidad -decíase a sí mismo-, parece que mi destino sea morir soñando. Un ser oscuro, como yo, seguro de ser olvidado antes de que transcurran quince días, sería estúpido, preciso es confesarlo, si representara una comedia...

»Sin embargo, es raro que no haya conocido el arte de gozar de la vida sino cuando veo su término tan cerca de mí.»

Julien pasaba aquellos últimos días paseándose por la estrecha terraza en lo alto del torreón, fumando magníficos cigarros que Mathilde había enviado a buscar a Holanda por un correo, y sin sospechar que su aparición era esperada, todos los días, por todos los catalejos de la ciudad. Su pensamiento estaba en Vergy Nunca hablaba de la señora de Rénal con Fouqué; pero este amigo le había dicho dos o tres veces que ella se restablecía rápidamente, y esta frase resonaba en su corazón.

Mientras el alma de Julien estaba casi siempre absorta en el terreno de las ideas, Mathilde, preocupada por las cosas reales, como conviene a un corazón aristócrata, había sabido hacer llegar a tal punto la intimidad de la correspondencia directa entre la señora de Fervaques y el padre de Frilair, que ya se había pronunciado la importante palabra: obispado.

El venerable prelado, encargado de la hoja de los beneficios, añadió como apostilla a una carta de su sobrina: Ese pobre Sorel no es más que un atolondrado, espero que nos lo devuelvan.

Al ver estas líneas, el padre de Frilair se sintió como fuera de sí. No dudaba que salvaría a Julien.

-Sin esa ley jacobina que dispone la formación de una lista interminable de jurados y que en realidad no tiene otro objeto que quitar influencia a la gente bien nacida -le decía a Mathilde la víspera del sorteo de los treinta y seis jurados de la sesión-, yo hubiera respondido del veredicto. Bien hice absolver al cura N...

Con alegría, a la mañana siguiente, el padre de Frilair encontró, entre los nombres salidos de la urna, los de cinco congregantes de Besancon, y entre los de fuera de la ciudad, los de los señores Valenod, Moirod y Cholin.

-Respondo, en primer lugar, de estos ocho jurados -dijo a Mathilde-. Los cinco primeros son máquinas. Valenod es mi agente, Moirod me lo debe todo, Cholin es un imbécil que de todo tiene miedo.

El periódico difundió por el departamento los nombres de los jurados, y la señora de Rénal, ante el inexpresable terror de su marido, quiso ir a Besancon. Todo lo que el señor de Rénal pudo conseguir fue que ella no se levantaría de la cama para no tener que soportar la contrariedad de verse llamada como testigo.

-No se hace cargo de mi situación -decía el antiguo alcalde de Verrières-, ahora soy liberal de la defección, como ellos dicen; nadie duda de que el sinvergüenza de Valenod y el padre de Frilair consigan fácilmente del procurador general y de los jueces todo lo que pueda serme desagradable.

La señora de Renal cedió sin esfuerzo a las órdenes de su marido. «Si me presentara en la Audiencia -se decía- parecería que iba a pedir venganza.»

A pesar de todas las promesas de prudencia que hiciera a su director espiritual y a su marido, en cuanto llegó a Besan~ escribió de su puño y letra a cada uno de los treinta y seis jurados:

«Señor:

»No me presentaré el día de la vista, porque mi presencia podría perjudicar la causa del señor Sorel. No deseo más que una cosa en el mundo, y ésta con pasión: que le salven. No lo dude usted, la espantosa idea de que por mi causa un inocente ha sido condenado a muerte envenenaría el resto de mi vida y, sin duda alguna, la acortaría. ¿Cómo podrían condenarle a él a muerte, viviendo yo? No, no hay duda de que la sociedad no puede tener derecho a quitar la vida, y sobre todo a un hombre como Julien Sorel. Todo el mundo, en Verrières, le ha conocido momentos de extravío. Ese pobre muchacho tiene poderosos enemigos; pero incluso entre ellos (¡y cuántos tiene!), ¿cuál será el que ponga en duda su admirable talento y su profunda ciencia? Aquel a quien vais a juzgar no es un ser corriente, señor. Durante más de dieciocho meses todos le hemos conocido piadoso, serio, aplicado; pero dos o tres veces al año se veía acometido por unos ataques de melancolía, que llegaban hasta el extravío. Toda la ciudad de Verrières, todos nuestros vecinos de Vergy, donde pasamos el verano, mi familia entera, el propio subprefecto, harán justicia a su piedad ejemplar: se sabe de memoria toda la Santa Biblia. Y un impío, ¿se habría aplicado durante años enteros en aprender el libro santo? Mis hijos tendrán el honor de entregarle a usted esta carta: son niños. Dígnese preguntarles, señor; ellos le darán, acerca de ese pobre muchacho, todos los detalles que fuesen aún necesarios para convencerle de la barbarie que representaría el condenarle. Lejos de vengarme, me causaría usted la muerte.

»¿Qué es lo que sus enemigos podrán oponer a este hecho? La herida, consecuencia de uno de esos momentos de locura que mis propios hijos observaban algunas veces en su preceptor, es tan poco peligrosa, que apenas transcurridos dos meses

me ha permitido venir en posta de Verrières a Besancon. Si me entero, señor, que tiene usted la más leve vacilación en sustraer a la barbarie de las leyes a un ser tan poco culpable, me levantaré de la cama, donde sólo me retienen las órdenes de mi marido, e iré a arrojarme a sus pies.

»Declare usted, señor, que la premeditación no queda comprobada, y no tendrá que reprocharse la sangre de un inocente, etc., etc.»

Capítulo 41

El juicio

*Le pays se souviendra longtemps de ce procès célèbre.
L'intérêt pour l'accusé était porté jusqu'à l'agitation:
c'est que son crime était étonnant et
pourtant pas atroce.
L'eût-il été, ce jeune homme était si beau!
Sa haute fortune, sitôt finie, augmentait l'attendrissement.
Le condamneront-ils?
demandaient les femmes aux hommes de leur connaissance,
et on les voyait pâlissantes attendre la réponse.⁸¹*
SAINTE-BEUVE

Por fin amaneció aquel día tan temido por la señora de Renal y por Mathilde.

El aspecto extraño de la ciudad aumentaba su terror, y hasta llegó a emocionar el alma firme de Fouqué. Toda la provincia había acudido a Besancon para presenciar la vista de aquella causa novelesca.

Hacía ya varios días que no se encontraba sitio en las posadas. El presidente de la Audiencia estaba abrumado con las peticiones de pases; todas las damas de la ciudad querían asistir al juicio; por las calles se pregonaba el retrato de Julien, etc., etc.

Mathilde tenía reservada, para el momento supremo, una carta escrita toda ella de puño y letra de monseñor el obispo de... Este prelado, que dirigía la Iglesia de Francia, y nombraba los obispos, se dignaba pedir la absolución de Julien. La víspera del juicio, Mathilde llevó esta carta al omnipotente vicario mayor.

Al final de la entrevista, como ella se marchase deshecha en lágrimas, le dijo el padre de Frilair, saliendo por fin de su reserva diplomática y casi emocionado:

-Respondo de la declaración del Jurado. Entre las doce personas encargadas de examinar si el crimen de su protegido está probado y, sobre todo, si en él ha habido premeditación, cuento con seis amigos adictos a mi causa, a quienes he dado a entender que de ellos dependía el llevarme al obispado. El barón de Valenod, a quien yo he hecho alcalde de Verrières, dispone por entero de sus administrados, los señores Moirod y Cholin. A decir verdad, la suerte nos ha deparado para este asunto dos jurados muy difíciles; pero, aunque ultraliberales, son fieles a mis órdenes en las grandes ocasiones, y les he hecho rogar que votasen con el señor de Valenod. He sabido que un sexto jurado, industrial inmensamente rico y liberal charlatán, aspira en secreto a un contrato de suministro para el ministerio de la Guerra, y sin duda no querrá disgustarme. Le he mandado decir que el señor de Valenod tiene mi última palabra.

⁸¹ -El país recordará durante mucho tiempo este célebre proceso. El interés por el acusado había llegado hasta la agitación: y es que su crimen era extraño y, sin embargo, no era atroz. Aunque lo hubiese sido, ¡era tan guapo aquel joven! Su afortunada carrera, tan repentinamente truncada, aumentaba el enternecimiento. ¿Le condenarán?, preguntaban las mujeres a los hombres a quienes conocían, y se las veía palidecer mientras aguardaban la respuesta..

-¿Y quién es ese señor de Valenod? -dijo Mathilde, inquieta.

-Si le conociera usted, no podría dudar del éxito. Es un hablador audaz, desvergonzado, grosero, muy a propósito para conducir a los tontos. En 1814 estaba en la miseria, y voy a convertirle en prefecto. Es capaz de pegar a los demás jurados si no quisieran votar a su gusto.

Mathilde se tranquilizó un poco.

Por la tarde le esperaba otra discusión. Para no prolongar una escena desagradable y cuyo resultado era seguro a sus ojos, Julien estaba decidido a no tomar la palabra.

-Mi abogado hablará, y esto basta -le dijo a Mathilde-. Demasiado tiempo permaneceré expuesto, como espectáculo, ante todos mis enemigos. Estos provincianos han quedado mal impresionados ante la rápida fortuna que le debo, y, créame, no hay ni uno solo que no desee mi condena, aun cuando luego lloren como unos tontos cuando me lleven al cadalso.

-Desean verle humillado, eso es cierto -respondió Mathilde-, pero no creo que sean tan crueles. Mi presencia en Besan~ y el espectáculo de mi dolor han interesado a todas las mujeres; su apuesta figura hará lo restante. Si dice una palabra ante los jueces, todo el auditorio estará de su parte, etc., etc.

Al día siguiente, a las nueve, cuando Julien bajó de su prisión para trasladarse a la gran sala del Palacio de Justicia, los gendarmes pudieron apartar a duras penas la inmensa multitud que se apiñaba en el patio. Julien había dormido bien, estaba muy tranquilo y no experimentaba otro sentimiento que una lástima filosófica por toda aquella multitud de envidiosos, que, sin crueldad, iban a aplaudir su sentencia de muerte. Se sorprendió mucho cuando, detenido más de un cuarto de hora entre la muchedumbre, se vio obligado a reconocer que su presencia inspiraba al público una tierna lástima. No oyó ni una frase desagradable. «Estos provincianos son menos malos de lo que yo creía», se dijo.

Al entrar en la sala donde debía celebrarse el juicio, quedó admirado ante la elegancia de la arquitectura. Era de un gótico puro, con gran número de bellas columnitas labradas en la piedra con el mayor cuidado. Creyó encontrarse en Inglaterra.

Pero, poco después, toda su atención fue absorbida por unas doce o quince bonitas mujeres que, colocadas frente por frente del banquillo del acusado, llenaban los tres balcones que se hallaban encima de los jueces y de los jurados. Al volverse hacia el público, vio que la tribuna circular que corona el anfiteatro estaba llena de mujeres: la mayoría de ellas eran jóvenes, y le parecieron muy bonitas; sus ojos brillaban llenos de interés. En el resto de la sala el gentío era enorme; en la puerta se peleaban, y los centinelas no podían conseguir que se callasen.

Cuando todos los ojos que buscaban a Julien advirtieron su presencia, al verle ocupar el sitio un poco alto reservado al acusado, fue acogido con un murmullo de asombro y de cariñoso interés.

Hubiérase dicho, en aquel instante, que no tenía veinte años; iba vestido sencillamente, pero con una gracia perfecta, sus cabellos y su frente eran encantadores. Mathilde había querido encargarse personalmente de su atavío. La palidez de Julien era extremada. Apenas sentado en el banquillo, oyó decir por todos lados:

-¡Dios santo! ¡Qué joven es!... ¡Pero si es un niño!... Está mucho mejor que en el retrato.

-Mi acusado -le dijo el gendarme que estaba sentado a su derecha-, ¿ve usted las seis damas que ocupan aquel balcón? (El gendarme le señalaba una pequeña tribuna que

avanzaba sobre el anfiteatro donde se sientan los jurados.)

»Es la prefecta -continuó el gendarme-, a su lado, la marquesa de M..., ésta tiene mucha simpatía por usted; la he oído hablar con el juez de instrucción. La otra es la señora Derville...

-¡La señora Derville! -exclamó Julien, y un vivo rubor cubrió su frente. «Al salir de aquí -pensó- escribiré a la señora de Rénal.» Ignoraba la llegada de ésta a Besancon.

Los testigos fueron oídos; esto ocupó varias horas. Desde las primeras palabras de la acusación, sostenida por el fiscal, dos de aquellas señoras colocadas en el pequeño balcón, frente a Julien, se echaron a llorar.

«La señora Derville no se enternece así», pensó Julien. Sin embargo, observó que estaba muy sofocada.

El fiscal, con estilo afectado y en mal francés, se extendió sobre la barbarie del crimen cometido; Julien observó que las vecinas de la señora Derville parecían desaprobadoramente al fiscal. Varios jurados, al parecer conocidos de aquellas señoras, les hablaban y parecían tranquilizarlas. «Esto no deja de ser un buen augurio», pensó Julien.

Hasta entonces se había sentido lleno de un profundo desprecio hacia todos los hombres que asistían al juicio. La burda elocuencia del fiscal aumentó este sentimiento de repugnancia. Pero poco a poco la sequedad de alma de Julien fue desapareciendo ante las muestras de interés de que era objeto.

Quedó contento del aspecto firme de su abogado.

-Nada de frases -le dijo en voz baja cuando iba a tomar la palabra.

-Todo el énfasis robado a Bossuet, de que han hecho gala contra usted, le ha servido -dijo el abogado.

En efecto, apenas llevaba cinco minutos hablando, y ya casi todas las mujeres tenían el pañuelo en la mano. El abogado, alentado, dirigió a los jurados conceptos extremadamente fuertes. Julien se estremeció, se sentía a punto de llorar. «¡Dios mío! ¿Qué dirán mis enemigos?»

Iba a ceder al enternecimiento que se apoderaba de su espíritu, cuando, afortunadamente para él, sorprendió una mirada insolente del barón de Valenod.

«Los ojos de ese imbécil echan chispas -se dijo-; ¡qué triunfo para su alma ruin! Aun cuando mi crimen no hubiera traído consigo más que esta circunstancia, tendría que maldecirlo. ¡Dios sabe lo que le dirá de mí, en las veladas de invierno, a la señora de Rénal!»

Esta idea borró todas las demás. Poco después, Julien volvió en sí viendo las muestras de asentimiento del público. El abogado acababa de terminar su defensa. Julien recordó que era conveniente estrecharle la mano. El tiempo había pasado con rapidez.

Trajeron un refrigerio para el abogado y el acusado. Fue entonces cuando Julien se fijó en un detalle: ninguna mujer había abandonado la sala para ir a comer.

-Estoy muerto de hambre -dijo el abogado-. ¿Y usted?

-Yo también -respondió Julien.

-Mire, la prefecta también se ha hecho traer su comida -le dijo el abogado, señalando el balconcillo-. Ánimo, todo va bien.

La sesión se reanudó.

Cuando el presidente hacía el resumen dieron las doce de la noche. El presidente tuvo que interrumpir su discurso; en medio del silencio, de la ansiedad general, el sonido

de la campana del reloj llenaba la sala.

«Comienza el último de mis días», pensó Julien. De pronto se sintió inflamado por la idea del deber. Hasta entonces había dominado su enternecimiento y conservado su resolución de no hablar; pero cuando el presidente del tribunal le preguntó si tenía alguna cosa que añadir, se levantó. Veía ante él los ojos de la señora Derville, que, con las luces, le parecieron muy brillantes. «¿Estará llorando, por casualidad?», pensó.

-Señores jurados: El horror del desprecio, al que creía poder hacer frente en el momento de morir, me obliga a tomar la palabra. Señores, no tengo el honor de pertenecer a su clase, en mí ven un campesino que se ha rebelado contra la bajeza de su destino.

»No les pido gracia alguna -continuó Julien con voz más firme-. No me hago ilusiones; la muerte me espera: será justa. He podido atentar contra la vida de la mujer más digna de todos los respetos, de todos los homenajes. La señora de Renal había sido para mí como una madre. Mi crimen es atroz y fue premeditado. Por lo tanto, he merecido la muerte, señores jurados. Pero aun cuando fuese menos culpable, estoy viendo hombres que, sin detenerse ante lo que mi juventud puede merecer de piedad, querrán castigar en mí y desalentar para siempre a esta clase de jóvenes que, nacidos en una clase inferior, y en cierto modo oprimidos por la pobreza, tienen la suerte de procurarse una buena educación y la audacia de mezclarse con lo que el orgullo de las gentes ricas llama la sociedad.

»Éste es mi crimen, señores, y será castigado con tanta mayor severidad por cuanto que no soy juzgado por mis iguales. No veo en los bancos del Jurado ningún campesino enriquecido, sino únicamente burgueses indignados...»

Durante veinte minutos Julien habló en ese tono; dijo todo lo que le pesaba en el corazón; el fiscal, que aspiraba a los favores de la aristocracia, saltaba en su asiento; pero, a pesar del tono levemente abstracto que Julien había dado a su discurso, todas las mujeres se deshacían en lágrimas. Hasta la propia señora Derville se llevaba el pañuelo a los ojos. Antes de acabar, Julien insistió en la premeditación, en su arrepentimiento, y en el respeto y la adoración filial y sin límites que, en tiempos más felices, había sentido por la señora de Rénal... La señora Derville dio un grito y se desmayó.

Daba la una cuando los jurados se retiraron a deliberar. Ninguna mujer se había movido de su sitio; varios hombres tenían los ojos llenos de lágrimas. Las conversaciones fueron muy vivas al principio; pero, poco a poco, y como el fallo del jurado se dilatase, el cansancio general fue tranquilizando al público. El momento era solemne; las luces brillaban menos. Julien, muy cansado, oía discutir a su lado si aquel retraso era de buen o mal agüero. Vio con placer que todo el mundo estaba de su parte, el Jurado no regresaba y, sin embargo, ninguna mujer abandonaba la sala.

Acababan de dar las dos cuando se oyó un gran movimiento. La puertecilla del salón de los jurados se abrió. El barón de Valenod avanzó con paso grave y teatral, seguido de todos los demás jurados. Tosió, luego dijo que, en su alma y en su conciencia, la declaración unánime del Jurado era que Julien Sorel era culpable de asesinato, y de asesinato con premeditación: esta declaración llevaba consigo la pena de muerte. Ésta fue dictada un momento después. Julien miró su reloj y se acordó del señor de Lavalette; eran las dos y cuarto. «Hoy es viernes -pensó-. Sí, pero hoy es un día feliz para el Valenod que me condena... Estoy demasiado vigilado para que Mathilde pueda salvarme, como lo hizo la señora de Lavalette. Así es que dentro de tres días, a esta misma hora, ya sabré a qué

atenerme respecto a la gran incógnita.»

En aquel momento oyó un grito que le devolvió a las cosas de este mundo. Las mujeres, a su alrededor, sollozaban; vio que todas las cabezas se volvían hacia una pequeña tribuna situada en lo alto de un pilar gótico. Más tarde supo que allí se hallaba escondida Mathilde. Como el grito no se repitió, todo el mundo volvió a mirar a Julien, a quien los gendarmes trataban de hacer salir por entre la multitud.

«Procuremos no dar motivo de risa a ese bribón de Valenod -pensó Julien-. ¡Con qué aire contrito y embaucador ha pronunciado la declaración que lleva consigo la pena de muerte! Mientras que el pobre presidente de la Audiencia, a pesar de ser juez desde hace muchos años, tenía lágrimas en los ojos al condenarme... ¡Qué alegría para el tal Valenod, poderse vengar de nuestra antigua rivalidad respecto a la señora de Renal!... ¡Y yo ya no la veré más! Esto es un hecho... Un último adiós es imposible entre nosotros, lo comprendo... ¡Qué feliz hubiera sido pudiendo decirle todo el horror que mi crimen me inspira!

»Sólo estas palabras: "Creo que mi condena es justa".»

Capítulo 42

Al acompañar de nuevo a Julien a la prisión, le llevaron a una celda destinada a los condenados a muerte. Él, que de ordinario se fijaba hasta en los menores detalles, no se había dado cuenta de que no le hacían subir a su torreón. Pensaba en lo que le diría a la señora de Renal si, antes del último momento, tenía la dicha de verla. Daba por supuesto que ella le interrumpiría, y quería poder pintarle todo su arrepentimiento ya desde la primera frase. «Después de lo que he hecho, ¿cómo convencerla de que ella es la única a quien amo? Pues el caso es que he querido matarla por ambición o por amor hacia Mathilde.»

Al meterse en la cama notó que las sábanas eran de tela basta. Entonces miró a su alrededor. «¡Ah! -se dijo-, estoy en el calabozo de los condenados a muerte. Es justo...

»El conde de Altamira me contaba que, la víspera de su muerte, Danton decía con gruesa voz: "Es raro, el verbo guillotinar no puede conjugarse en todos sus tiempos; se puede decir: yo seré guillotinado, tú serás guillotinado; pero no se dice: yo he sido guillotinado".

»¿Por qué no -repuso Julien-, si hay otra vida?... A fe mía que si me encuentro con el Dios de los cristianos estoy perdido: es un déspota y, como tal, lleno de ideas de venganza; su Biblia no habla más que de castigos atroces. Nunca le he amado; ni siquiera he querido creer nunca que se le amara sinceramente. No tiene piedad -y recordó algunos pasajes de la Biblia-. Me castigará de un modo abominable...

»¡Pero si me encuentro con el Dios de Fénelon! Quizá me diga: "Mucho te será perdonado porque has amado mucho..."

»¿He amado mucho? Sí, he amado a la señora de Rénal, pero mi conducta ha sido atroz. En esto, como en otras muchas cosas, el mérito sencillo y modesto ha sido abandonado por lo que brilla...

»Pero también, ¡qué perspectiva!... Coronel de húsares, si estuviésemos en guerra; secretario de Legación durante la paz; luego embajador... pues pronto me habría enterado de los negocios... Y aun cuando no hubiese sido más que un majadero, ¿acaso el yerno del marqués de La Mole tiene que temer ninguna rivalidad? Me habrían perdonado todas mis tonterías, o, mejor aún, apuntado como méritos. Hombre de valía y gozando de la más elevada posición en Viena o en Londres...

»No es eso, caballero; guillotinado dentro de tres días.»

Julien rió de buena gana ante esta salida de su ingenio. «En verdad, el hombre tiene dos seres dentro de sí -pensó-. ¿Quién demonios pensaba en esta reflexión maligna?

»Pues bien, sí, amigo mío, guillotinado dentro de tres días -contestó al que le había interrumpido-. El señor de Cholin alquilará una ventana a medias con el padre Maslon. ¿Y cuál de estos dos dignos personajes robará al otro para pagar el precio del alquiler de esa ventana?»

De pronto recordó este pasaje del Venceslas, de Rotrou:

LADISLAO

... Mi alma está dispuesta.

EL REY, padre de Ladislao

El cadalso lo está también; lleve allí su cabeza.

«¡Hermosa respuesta!», pensó, y durmióse. Alguien le despertó por la mañana, abrazándole fuertemente.

-¡Cómo! ¿Ya? -dijo Julien, abriendo los ojos. Se creía en manos del verdugo.

Era Mathilde. «Afortunadamente no me ha entendido.» Esta reflexión le devolvió toda su sangre fría. Encontró a Mathilde tan cambiada como si hubiera pasado seis meses de enfermedad: realmente no se la reconocía.

-Ese infame de Frilair me ha traicionado -le decía ella, retorciéndose las manos; el furor no la dejaba llorar.

-¿No estuve bien ayer cuando tomé la palabra? -respondió Julien-. Improvisaba, ¡y por primera vez en mi vida! Claro que es de temer que sea también la última.

En aquel momento Julien jugaba con el carácter de Mathilde con toda la sangre fría de un pianista hábil que toca un piano...

-Me falta, ciertamente -añadió-, la ventaja de un nacimiento ilustre, pero el alma grande de Mathilde ha elevado a su amante hasta ella. ¿Cree que Boniface de La Mole estuvo mejor ante sus jueces?

Mathilde, aquel día, se mostraba tierna, sin afectación, como una pobre muchacha que vive en un quinto piso; pero no pudo obtener de él palabras más sencillas. Le devolvía, sin saberlo, el tormento que ella le infligiera tantas veces.

«Nadie conoce las fuentes del Nilo -decíase Julien-; al hombre no le ha sido dado ver al rey de los ríos como un simple arroyo: de la misma manera, ningún ojo humano verá débil a Julien, sobre todo porque no lo es. Pero tengo un corazón fácil de conmover; la palabra más vulgar, si se dice con acento verdadero, puede hacer temblar mi voz e incluso hacerme verter lágrimas. ¡Cuántas veces me han despreciado, por este defecto, los corazones secos! Creían que pedía clemencia: esto es lo que no debe soportarse.

»Dicen que el recuerdo de su mujer emocionó a Danton al pie del cadalso; pero Danton había dado empuje a una nación de mequetrefes e impedía que el enemigo llegase a París... Sólo yo sé lo que habría podido hacer... Para los demás, a lo sumo, no soy más que un QUIZÁ. Si estuviera aquí, en mi calabozo, la señora de Rénal, en vez de Mathilde, ¿hubiera podido responder de mí mismo? El exceso de mi desesperación y de mi arrepentimiento habría pasado, a los ojos de los Valenod y de todos los patricios del país, por el innoble miedo a la muerte; ¡están tan orgullosos, esos corazones débiles, cuya posición pecuniaria coloca por encima de las tentaciones! Y los Moirod y los Cholin, que acaban de condenarme a muerte, dirán: "¡Ved lo que es nacer hijo de un carpintero!". ¡Se puede llegar a ser sabio, hábil, pero el corazón!... El corazón no se aprende. Ni siquiera con esta pobre Mathilde, que ahora llora, o, mejor dicho, que ya no puede llorar -se dijo, mirando sus ojos enrojecidos... y la estrechó entre sus brazos: la vista de un dolor verdadero le hizo olvidar su silogismo-. Quizás ha llorado toda la noche -pensó-, pero ¡cuánto la avergonzará este recuerdo algún día! Considerará que, en su primera juventud, sufrió un desvarío a causa de los pensamientos bajos de un plebeyo... El Croisenois es lo bastante débil para casarse con ella, y a fe mía que hará bien. Ella conseguirá que haga un

buen papel.

*Du droit qu'un esprit ferme et vaste en ses desseins a sur l'esprit grossier des vulgaires humains.*⁸²

»¡Qué cosa más graciosa!: desde que tengo que morir, todos los versos que nunca he sabido en mi vida acuden a mi memoria. Debe de ser un signo de decadencia...»

Mathilde le repetía con voz apagada:

-Está ahí, en la habitación inmediata.

Por fin, Julien atendió a sus palabras. «Su voz es débil -pensó-, pero en su acento se halla todavía la fuerza de su carácter imperioso. Baja la voz para no enfadarse.»

-¿Y quién está ahí? -dijo él con tono suave.

-El abogado, para que firme la apelación.

-No apelaré.

-¿Cómo? ¿No va a apelar? -dijo ella, levantándose con los ojos chispeantes de cólera-. ¿Y por qué, si puede saberse?

-Porque en este momento me siento con valor para morir sin hacer reír demasiado a mi costa. ¿Y quién me dice que dentro de dos meses, después de una larga permanencia en este calabozo húmedo, esté tan bien dispuesto? Preveo entrevistas con curas, con mi padre... Nada en el mundo puede resultarme más desagradable. Muramos.

Aquella contrariedad imprevista reavivó toda la altivez del carácter de Mathilde. No había logrado ver al padre de Frilair antes de la hora en que abren los calabozos de la cárcel de Besancon; su furia se descargó contra Julien. Ella le adoraba, y durante un cuarto de hora largo él volvió a encontrar en las imprecaciones que dirigía contra su carácter, en sus remordimientos por haberle amado, aquella alma altiva que antaño le había abrumado con injurias tan punzantes, en la biblioteca del palacio de La Mole.

-El cielo debía a la gloria de tu raza el haberte hecho nacer hombre -dijo él.

«Pero en cuanto a mí -pensaba-, sería muy cándido si consintiese en vivir aún dos meses en esta pocilga asquerosa, expuesto a ser el blanco de todo lo infame y humillante⁸³ que pueda inventar la secta patricia y teniendo como único consuelo las imprecaciones de esta loca... Pues bien, pasado mañana me batiré en duelo con un hombre conocido por su sangre fría y su destreza notable... Muy notable, dice el partido mefistofélico; nunca falla su golpe.

»Bueno, sea enhorabuena. -Mathilde continuaba siendo elocuente-. ¡Desde luego, no! -se dijo-, no apelaré.»

Tomada esta resolución, volvió a sus divagaciones... «El correo dejará el periódico, a las seis, como de costumbre; a las ocho, después de que lo haya leído el señor de Rénal, Elisa, de puntillas, irá a dejarlo encima de su cama. Más tarde ella se despertará: de pronto, al leer, se sobresaltará; su linda mano temblará; leerá hasta estas palabras: A las diez y cinco minutos había dejado de existir.

»Llorará a lágrima viva, la conozco; en vano he querido asesinarla, todo quedará olvidado. Y la persona a quien he querido quitar la vida será la única que lllore sinceramente mi muerte.

⁸² Con el derecho que un espíritu firme y de amplitud de miras tiene sobre el espíritu grosero de los humanos vulgares. (Voltaire, Mahoma, acto II, escena V.)

⁸³ Habla un jacobino.

»¡Esto es una paradoja!», pensó, y durante un cuarto de hora largo que aún duró la escena que le hacía Mathilde, no pensó más que en la señora de Rénal. A pesar suyo, y aun respondiendo a menudo a lo que Mathilde le decía, no lograba arrancar de su alma el recuerdo de la alcoba de Verrières. Veía el periódico de Besancon sobre la colcha de seda color naranja. Veía aquella mano tan blanca arrugándolo con un movimiento convulsivo; veía a la señora de Rénal llorando... Seguía el curso de cada lágrima en aquel rostro encantador.

La señorita de La Mole, no pudiendo conseguir nada de Julien, hizo entrar al abogado. Por fortuna, era éste un antiguo capitán del ejército de Italia de 1796, donde había sido compañero de Manuel.

Por pura fórmula empezó combatiendo la resolución del condenado. Julien, queriendo tratarle con consideración, le enumeró detalladamente todos sus argumentos.

-A fe mía, se puede pensar como usted -acabó por decirle don Félix Vaneau; éste era el nombre del abogado-. Pero aún le quedan a usted tres días enteros para apelar; mi deber es volver todos los días. Si de aquí a dos meses se abriera un volcán bajo la prisión, usted se salvaría. Además, puede usted morir de enfermedad -añadió, mirando a Julien.

Julien le estrechó la mano.

-Le doy las gracias; es usted un hombre honrado. Pensaré en esto.

Y cuando Mathilde se marchó, por fin, con el abogado, él sintió mucha más simpatía por éste que por aquélla.

Capítulo 43

Una hora más tarde, estando profundamente dormido, le despertaron unas lágrimas que sentía correr por su mano. «¡Otra vez Mathilde! -pensó, despierto a medias-. Viene, fiel a su teoría, a atacar mi resolución por medio de la ternura.» Molesto ante la perspectiva de esta nueva escena del género patético, no abrió los ojos. Acudieron a su memoria los versos de Belphégor, huyendo de su mujer.

Oyó un suspiro singular; abrió los ojos, era la señora de Rénal.

-¡Ah! Vuelvo a verte antes de morir; ¿es acaso una ilusión? -exclamó él, arrojándose a sus pies-. Pero, perdón, señora, sólo soy un asesino ante sus ojos -repuso al momento, volviendo en sí.

-Caballero... vengo a conjurarle a que apele, sé que no quiere usted hacerlo...

Los sollozos la ahogaban; no podía hablar.

-Dígnese usted perdonarme.

-Si quieres que te perdone -le dijo ella, levantándose y echándose en sus brazos-, apela enseguida contra tu sentencia de muerte.

Julien la cubría de besos.

-¿Vendrás a verme todos los días durante estos dos meses?

-Te lo juro. Todos los días, a menos que mi marido me lo prohíba.

-¡Firmaré! -exclamó Julien-. Pero, ¿es posible que tú me perdones?

La estrechaba en sus brazos; estaba loco. Ella dio un ligero grito.

-No es nada -dijo-, me has hecho daño.

-En el hombro -exclamó Julien, deshaciéndose en lágrimas. Se separó un poco y cubrió su mano de besos ardientes-. ¿Quién podría habérmelo dicho la última vez que te vi en tu cuarto, en Verrières?...

-¿Quién me hubiese dicho entonces que yo escribiría aquella carta infame al marqués de La Mole?...

-Has de saber que te he amado siempre, que no he amado a nadie más que a ti.

-¡Es posible! -exclamó la señora de Rénal encantada a su vez.

Se apoyó sobre Julien, que estaba a sus pies, y lloraron en silencio durante largo rato.

En ninguna época de su vida había encontrado Julien un momento semejante.

Mucho tiempo después, cuando pudieron hablar, dijo la señora de Rénal:

-¿Y esa joven señora Michelet, o, mejor dicho, esa señorita de La Mole? ¡Porque en realidad ya empiezo a creer esa extraña novela!

-Sólo es verdad en apariencia -respondió Julien-. Es mi mujer, pero no es mi dueña...

E interrumpiéndose cien veces el uno al otro consiguieron a duras penas contarse lo que ignoraban. La carta escrita al marqués de La Mole fue redactada por el joven sacerdote que dirigía la conciencia de la señora de Rénal, y luego copiada por ella.

-¡Qué horror me ha hecho cometer la religión! -le decía ella-; y aun suavicé bastante los pasajes más horribles de aquella carta...

Los arrebatos de alegría y de dicha de Julien demostraban bien a las claras su perdón. Nunca había estado tan loco de amor.

-Y, sin embargo, me creo piadosa -le decía la señora de Renal en el curso de la

conversación-. Creo sinceramente en Dios; creo igualmente, y de esto tengo pruebas, que el crimen que cometo es horrible, y en el momento en que te veo, aun después de haberme tú disparado dos tiros...

Y aquí, a pesar suyo, Julien la cubrió de besos.

-Déjame -continuó ella-, quiero razonar contigo por miedo a olvidarlo... En cuanto te veo, todos los deberes desaparecen, no soy más que amor por ti, o mejor dicho, la palabra amor es demasiado débil. Siento por ti lo que únicamente debería sentir por Dios: una mezcla de respeto, de amor, de obediencia... En realidad, no sé lo que me inspiras. Me hablarías de dar una puñalada al carcelero, y el crimen quedaría cometido antes de que yo lo pensara. Explícame esto claramente antes de que me vaya, quiero ver claro en mi corazón; pues dentro de dos meses nos separamos... A propósito, ¿nos separaremos? -le dijo ella, sonriendo.

-Retiro mi palabra -exclamó Julien, levantándose-; no apelo contra mi sentencia de muerte si por medio de veneno, puñal, pistola, carbunco, o de cualquier otro modo, intentas poner fin u obstáculo a tu vida.

La expresión de la señora de Renal cambió de repente; la ternura más viva dejó paso a un ensimismamiento profundo.

-¿Y si muriésemos enseguida? -dijo por fin.

-¡Quién sabe lo que se encuentra en la otra vida! -contestó Julien-. Acaso tormentos, quizá nada en absoluto. ¿No podemos pasar dos meses juntos de un modo delicioso? Dos meses son muchos días. Nunca habré sido tan feliz.

-¡Nunca habrás sido tan feliz!

-Nunca -repitió Julien, entusiasmado-. Y te hablo como me hablo a mí mismo. Dios me libre de exagerar.

-Hablarne así es mandarme -dijo ella, con una sonrisa tímida y melancólica.

-¡Bueno! ¿Entonces juras por el amor que me tienes que no atentarás contra tu vida ni directa ni indirectamente?... Piensa -añadió- que tienes que vivir para mi hijo, que Mathilde abandonará en manos de lacayos en cuanto sea marquesa de Croisenois.

-Lo juro -repuso ella fríamente-, pero quiero llevarme tu apelación escrita y firmada por ti. Iré personalmente a ver al procurador general.

-Ten cuidado; te comprometes.

-Después del paso de venir a verte en la cárcel, seré ya para siempre, en Besancon y en todo el Franco Condado, una heroína de anécdotas -dijo ella profundamente afligida-. He franqueado los límites del pudor austero... Soy una mujer deshonrada; bien es verdad que es por ti...

Su acento era tan triste, que Julien la abrazó con una dicha completamente nueva para él. No era la embriaguez del amor, era un agradecimiento infinito. Acababa de darse cuenta, por vez primera, de toda la extensión del sacrificio que ella había hecho.

Algún alma caritativa informó, sin duda, al señor de Renal de las largas visitas que su mujer hacía a la prisión de Julien; pues, a los tres días, le envió su coche con orden expresa de regresar inmediatamente a Verrières.

Con esta separación cruel el día comenzó mal para Julien. Dos o tres horas después le anunciaron que cierto sacerdote intrigante, pero que sin embargo no había podido colarse entre los jesuitas de Besancon, estaba instalado, desde por la mañana, en la calle, frente a la puerta de la cárcel. Llovía mucho, y el hombre pretendía de este modo hacerse el mártir. Julien se hallaba mal dispuesto, aquella tontería le molestó

profundamente.

Por la mañana ya se había negado a recibir a aquel cura, pero a éste se le había metido en la cabeza confesar a Julien y hacerse un nombre entre las jóvenes damas de Besançon por las confidencias que pretendería haber escuchado.

Declaraba en voz alta que pensaba pasar el día y la noche a la puerta de la cárcel:

-Dios me envía para conmover el corazón de este nuevo apóstata...

Y el pueblo llano, siempre ávido de algún espectáculo, comenzaba a aglomerarse.

-Sí, hermanos míos -les decía-, pasaré aquí el día, la noche, y todos los días y las noches que seguirán. El Espíritu Santo me ha hablado, tengo una misión de lo alto; soy yo quien tiene que salvar el alma del joven Sorel. Uníos a mis oraciones, etc., etc.

Julien tenía horror del escándalo y de todo lo que pudiera atraer sobre él la atención. Pensó en aprovechar el momento para escapar de incógnito de este mundo; pero tenía cierta esperanza de volver a ver a la señora de Rénal, y estaba locamente enamorado.

La puerta de la cárcel estaba situada en una de las calles más frecuentadas. La idea de aquel cura lleno de barro, reuniendo a la multitud y promoviendo el escándalo, torturaba su alma. «¡Y sin duda repite mi nombre a cada momento!» Aquello era más penoso que la muerte.

Llamó dos o tres veces, con una hora de intervalo, a un carcelero que le era adicto, para que fuera a enterarse de si el cura seguía a la puerta de la cárcel.

-Señor, está de rodillas en el barro -le decía cada vez el carcelero-; reza en voz alta, y dice unas letanías por el alma de usted...

«¡Qué impertinente!», pensó Julien. En aquel instante oyó, en efecto, un rumor sordo, era el pueblo, que contestaba a las letanías. Para colmo de impaciencia, vio que incluso el carcelero movía los labios repitiendo las palabras latinas.

-Empiezan a decir -añadió el carcelero- que debe usted tener el corazón muy endurecido para rehusar la ayuda de ese santo varón.

-¡Oh, patria mía! ¡Qué bárbara eres todavía! -exclamó Julien ebrio de cólera. Y continuó su razonamiento en voz alta, sin preocuparse de la presencia del carcelero.

«Ese hombre aspira a un artículo en un periódico, y está seguro de conseguirlo.

»¡Malditos provincianos! En París no me vería sometido a todas estas vejaciones. Allí son más duchos en charlatanerías.»

-¡Haz entrar a ese cura! -le dijo por fin al guardián, y el sudor le corría a chorros por la frente.

El carcelero hizo la señal de la cruz y salió muy contento.

Aquel santo sacerdote resultó ser horriblemente feo, estaba todavía más cubierto de barro. La lluvia fría que caía aumentaba la humedad y la oscuridad del calabozo. El cura quiso abrazar a

Julien, y empezó a enternecerse al hablarle. En él se hacía patente la más baja hipocresía; Julien no se había sentido tan enfurecido en toda su vida.

Un cuarto de hora después de la entrada del sacerdote, Julien se sintió completamente cobarde. Por vez primera, la muerte le pareció horrible. Pensaba en el estado de putrefacción en que estaría su cuerpo dos días después de la ejecución, etc., etc.

Estaba a punto de traicionarse por algún signo de flaqueza, o de arrojarle sobre el cura y estrangularle con su cadena, cuando tuvo la ocurrencia de rogar al santo varón que fuese a decir por él una misa de cuarenta francos, aquel mismo día.

Como faltaba poco para mediodía, el cura salió corriendo.

Capítulo 44

Cuando se hubo marchado, Julien lloró mucho, y lloró por tener que morir. Poco a poco se dijo que si la señora de Rénal hubiese estado en Besancon, a ella le habría confesado su debilidad...

En el momento en que más lamentaba la ausencia de aquella mujer adorada, oyó los pasos de Mathilde.

«La mayor desgracia en la cárcel -pensó- es la de no poder cerrar la puerta.» Todo cuanto Mathilde le dijo no hizo más que irritarle.

Ella le contó que, el día del juicio, el señor de Valenod, teniendo ya en el bolsillo su nombramiento de prefecto, se había atrevido a burlarse del padre de Frilair, y darse el gusto de condenarle a muerte.

-«¡Cómo se le ha ocurrido a su amigo de usted (acaba de decirme el padre de Frilair) despertar y atacar la pequeña vanidad de esta aristocracia burguesa! ¿Por qué hablar de casta? Les ha indicado el camino que les convenía seguir en su interés político: esos estúpidos no pensaban en ello y estaban a punto de echarse a llorar. Este interés de casta ha venido a velar ante sus ojos el horror de una condena a muerte. Hay que confesar que el señor Sorel es un novato en esta clase de asuntos. Si no conseguimos salvarle por medio de la apelación, su muerte será una especie de suicidio...»

Mathilde no pudo decirle a Julien una cosa que ni ella misma sospechaba aún: que el padre de Frilair, viendo perdido a Julien, creía útil a su ambición aspirar a ser su sucesor.

Casi fuera de sí a fuerza de cólera impotente y de contrariedad, Julien díjole a Mathilde:

-Vaya a oír una misa por mí y déjeme en paz un momento. Mathilde, ya muy celosa con las visitas de la señora de Renal, y que acababa de enterarse de su marcha, comprendió la causa del mal humor de Julien y rompió a llorar.

Su dolor era sincero, Julien lo veía y ello le irritaba todavía más. Tenía una necesidad imperiosa de soledad, y ¿cómo procurársela?

Finalmente Mathilde, después de intentar todos los razonamientos para enternecerle, le dejó solo, pero casi al mismo tiempo apareció Fouqué.

-Necesito estar solo -dijo Julien a aquel amigo fiel...

Y como le viera dudar:

-Estoy escribiendo una Memoria para el recurso de casación... Por lo demás..., hazme un favor, no me hables nunca de la muerte. Si aquel día necesito alguna ayuda especial, déjame que sea yo el primero que hable de ello.

Cuando Julien logró la anhelada soledad, se encontró más abrumado y cobarde que antes. Las pocas fuerzas que le quedaban a su alma desfallecida las había agotado para ocultar su estado a la señorita de La Mole y a Fouqué.

Al llegar la noche, una idea le consoló:

«Si esta mañana, en el momento en que la muerte me parecía tan horrible, me hubieran avisado para la ejecución, la mirada del público hubiera sido un agujijón de gloria; quizá mi modo de andar habría sido algo tieso, como el de un fatuo tímido que entra en un salón. Algunas personas clarividentes, si es que las hay entre estos provincianos,

hubiesen podido adivinar mi flaqueza... pero nadie la hubiera visto.»

Y se sintió liberado de una parte de su desgracia.

«Soy un cobarde en este momento -se repetía cantando-; pero nadie lo sabrá.»

Un suceso casi más desagradable le esperaba al día siguiente. Hacía mucho tiempo que su padre le anunciaba su visita; aquel día, antes de que Julien despertase, el viejo carpintero de blancos cabellos se presentó en su calabozo.

Julien se sintió débil; esperaba los reproches más desagradables. Para aumentar su penosa sensación, aquella mañana sentía remordimientos por no querer a su padre.

«El azar nos ha colocado uno junto a otro en la tierra -se decía mientras el carcelero arreglaba un poco el calabozo-, y nos hemos hecho todo el daño posible. Ahora viene, en el momento de mi muerte, para darme el golpe de gracia.»

Los severos reproches del viejo comenzaron en cuanto estuvieron sin testigos.

Julien no pudo contener sus lágrimas. «¡Qué indigna flaqueza! -se dijo con rabia-. Irá por todas partes exagerando mi falta de valor; ¡qué triunfo para los Valenod y para todos los vulgares hipócritas que reinan en Verrières! Son muy poderosos en Francia, reúnen todas las ventajas sociales. Hasta ahora, yo podía decirme, al menos: "Tienen dinero, es cierto, y acumulan todos los honores, pero yo poseo la nobleza de corazón".

»Y he aquí a un testigo a quien todo el mundo dará crédito, y que certificará en todo Verrières, exagerándolo, que he sido débil ante la muerte. ¡Y pasará por haber sido un cobarde ante esta prueba que todos comprenden!»

Julien se hallaba muy cerca de la desesperación. No sabía cómo despedir a su padre. Y fingir de suerte que lograra engañar a aquel viejo astuto era cosa superior a sus fuerzas, en aquel momento.

Su espíritu recorría rápidamente todas las posibilidades.

-¡Tengo algunos ahorros! -exclamó de pronto.

Esta frase mágica cambió la fisonomía del viejo y la posición de Julien.

-¿Cómo debo disponer de ellos? -continuó Julien, más tranquilo: el efecto producido le quitó todo sentimiento de inferioridad.

El viejo carpintero ardía en deseos de no dejar escapar aquel dinero, del cual, al parecer, Julien quería legar una parte a sus hermanos. Habló largo tiempo y con ardor. Julien pudo mostrarse burlón.

-El Señor me ha inspirado mi testamento. Dejaré mil francos a cada uno de mis hermanos, y el resto a usted.

-Muy bien -dijo el viejo-, ese resto me corresponde; pero puesto que Dios ha hecho el milagro de conmover su corazón, si quiere morir como un buen cristiano conviene que pague sus deudas. No ha pensado en los gastos de su alimentación y de su educación, que yo adelanté...

«¡Ése es el amor de padre!», repetíase Julien, con el alma destrozada, cuando al fin se vio solo. Poco después se presentó el carcelero.

-Señor, después de la visita de los padres, siempre traigo a mis huéspedes una botella de buen champán. Es un poco caro, seis francos la botella, pero alegra el corazón.

-Traiga tres vasos -dijo Julien, con un apresuramiento infantil-, y que entren dos de los presos que oigo pasear por el corredor.

El carcelero le trajo dos condenados a galeras reincidentes, que se preparaban para volver a presidio. Eran unos bandidos muy alegres y realmente notables por su astucia, valor y sangre fría.

-Si me da usted veinte francos -dijo uno de ellos a Julien-, le contaré mi vida al detalle. Es algo pistonudo.

-Pero, ¿va usted a contarme mentiras? -dijo Julien.

-No -respondió-; mi amigo, que está presente y que tiene envidia de mis veinte francos, me denunciará si digo algo falso.

Su historia era abominable. Ponía de manifiesto un corazón valiente en el que no había más que una pasión, la del dinero.

Cuando se marcharon, Julien no era ya el mismo hombre. Toda su cólera contra sí mismo había desaparecido. El dolor atroz, enconado por la pusilanimidad, que se apoderó de él después de la partida de la señora de Rénal, habíase trocado en melancolía.

«A medida que hubiera sido menos crédulo con las apariencias -se decía- habría visto que los salones de París están llenos de gentes honradas, al estilo de mi padre, o de bribones hábiles, tales como estos presidiarios. Tienen razón; los hombres de salón no despiertan nunca por la mañana con este pensamiento punzante: ¿Cómo comeré hoy? ¡Y se jactan de su honradez! ¡Y, al formar parte de un jurado, condenan con orgullo al hombre que ha robado un cubierto de plata porque se sentía desfallecer de hambre!

»Pero si existe una corte, si se trata de perder o de ganar una cartera, mis honradas gentes de salón caen en los mismos crímenes que la necesidad de comer ha inspirado a estos dos presidiarios...

»No existe un derecho natural, esta palabra es una bobada anticuada, digna del fiscal que me acorraló el otro día y cuyo abuelo fue enriquecido por una confiscación de Luis XIV. No existe derecho sino cuando hay una ley que prohíbe hacer una determinada cosa so pena de castigo. Aparte de la ley, no hay nada tan natural como la fuerza del león o la necesidad del individuo que tiene hambre, que tiene frío, en una palabra, la necesidad... No, las gentes a quienes se honra no son más que bribones que han tenido la suerte de no ser cogidos infraganti. El acusador que la sociedad pone contra mí se halló enriquecido por una infamia... Yo he cometido un asesinato y me condenan con justicia, pero, aparte este hecho, el Valenod que me ha condenado es cien veces más perjudicial para la sociedad.

»Después de todo -prosiguió Julien tristemente, pero sin cólera-, a pesar de su avaricia, mi padre vale mucho más que todos estos hombres. Nunca me ha querido. Y yo vengo a colmar la medida deshonrándole con una muerte infame. Ese temor de carecer de dinero, esa visión exagerada de la maldad de los hombres que se llama avaricia, le hace encontrar un poderoso motivo de consuelo y seguridad en una suma de tres o cuatrocientos luises que yo pueda dejarle. Cualquiera domingo, después de comer, enseñará su oro a todos los envidiosos de Verrières y les dirá con la mirada: "A este precio, ¿cuál de vosotros no querría tener un hijo guillotinado?"»

Esta filosofía podía ser verdadera, pero era como para desear la muerte. Así pasaron cinco días interminables. Era dulce y cortés con Mathilde, a la que veía exasperada por los celos más vivos. Una noche, Julien pensaba en serio en suicidarse. Su alma se sentía enervada por la desgracia profunda en que le sumiera la partida de la señora de Rénal. Nada le agradaba ya, ni en la vida real ni en la de la imaginación. La falta de ejercicio comenzaba a alterar su salud y a darle el carácter exaltado y débil de un estudiante alemán. Perdía esa altivez varonil, que rechaza con un insulto enérgico ciertas ideas poco convenientes que asaltan las almas de los desgraciados.

«Yo he amado la verdad... ¿Dónde está?... Por todas partes hipocresía, o cuando

menos charlatanería, hasta en los más virtuosos, hasta en los más grandes... -Y sus labios adoptaron un gesto de desprecio. No, el hombre no puede fiarse del hombre.

»La señora de..., haciendo una colecta para sus pobres huérfanos, me decía que cierto príncipe había dado diez luses; mentira. Pero ¿qué digo? ¡Napoleón en Santa Elena!... Charlatanería pura, proclamación en favor del rey de Roma.

»¡Dios mío! Si un hombre como aquél, y cuando la desgracia le debe recordar severamente su deber, se rebaja hasta la charlatanería, ¿qué esperar del resto de la especie?

»¿Dónde está la verdad? En la religión... Sí -añadió, con la sonrisa amarga del más profundo desprecio-, en labios de los Maslon, de los Frilair, de los Castanéde... ¿Quizás en el verdadero cristianismo, donde no se pagaría a los sacerdotes, como no se pagaba a los apóstoles?... Pero san Pablo fue pagado con el placer de mandar, de hablar, de hacer hablar de sí...

»¡Ah! ¡Si hubiera una verdadera religión!... ¡Qué estúpido soy! Veo una catedral gótica, vidrieras venerables; mi corazón débil se imagina al sacerdote de estas vidrieras... Mi alma lo comprendería, mi alma lo necesita... No veo más que un fatuo con los cabellos sucios... todo lo más, un caballero de Beauvoisis.

»Pero un sacerdote de verdad, un Massillon, un Fénelon... Massillon consagró a Dubois. Las Memorias de Saint-Simon me han malogrado a Fénelon; pero, en fin, un verdadero sacerdote... Entonces, las almas tiernas tendrían un punto de reunión en el mundo... No estaríamos aislados... Ese buen sacerdote nos hablaría de Dios. Pero ¿de qué Dios? No del de la Biblia, pequeño déspota, cruel y lleno de sed de venganza..., sino del Dios de Voltaire, justo, bueno, infinito...»

Fue asaltado por todos los recuerdos de aquella Biblia que se sabía de memoria... «Pero, al reunirse más de tres personas, ¿cómo creer en ese gran nombre de Dios, después del espantoso abuso que nuestros curas hacen de él?

»¡Vivir aislado!... ¡Qué tormento!...

»Me vuelvo loco e injusto -se dijo Julien, golpeándose la frente-. Estoy aislado aquí, en este calabozo, pero no he vivido aislado en el mundo; tenía la poderosa idea del deber. El deber que yo me había impuesto, con razón o sin ella..., ha sido como el tronco de un árbol robusto en el que me apoyaba durante la tormenta; vacilaba, estaba agitado. Después de todo, no era más que un hombre... pero no era arrastrado.

»Es el aire húmedo de este calabozo lo que me hace pensar en el aislamiento...

»¿Y por qué ser aún hipócrita maldiciendo la hipocresía? Lo que me abrumba no es la muerte, ni el calabozo, ni el aire húmedo, es la ausencia de la señora de Rénal. Si por verla, en Verrières, me viera obligado a ocultarme semanas enteras en los sótanos de su casa, ¿me quejaría?

»La influencia de mis contemporáneos sale vencedora -dijo en voz alta y con una amarga risa-. Hablando conmigo mismo, a dos pasos de la muerte, sigo siendo hipócrita... ¡Oh, siglo XIX!

»Un cazador dispara un tiro en el bosque, su presa cae, él corre para alcanzarla. Su calzado tropieza con un hormiguero de dos pies de alto, destruye la casa de las hormigas, las dispersa a lo lejos, y lo mismo sus huevos... Las más filósofas de las hormigas no podrán nunca comprender aquel cuerpo negro, inmenso, espantoso: la bota del cazador, que de repente ha penetrado en su vivienda con una rapidez increíble, precedida de un ruido atronador y acompañada de chispas de un fuego rojizo...

»Así la muerte, la vida, la eternidad, cosas muy sencillas para quien tuviera los órganos lo bastante extensos para concebirlas...

»Una mosca efímera nace a las nueve de la mañana de un día de verano para morir a las cinco de la tarde; ¿cómo podría comprender la palabra noche?

»Dadle cinco horas más de existencia, y verá y comprenderá lo que es la noche.

»Así, yo moriré a los veintitrés años. Dadme cinco años más de vida para vivir con la señora de Rénal...»

Se echó a reír como Mefistófeles. «¡Qué locura es discutir estos grandes problemas!

»Primero: soy hipócrita, como si aquí me estuviera escuchando alguien.

»Segundo: me olvido de vivir y de amar cuando me quedan tan pocos días de vida... ¡Ay de mí! La señora de Rénal está ausente; puede que su marido no la deje volver a Besancon para que no continúe deshonrándose.

»Esto es lo que me aísla, y no la ausencia de un Dios justo, omnipotente, no malo, no ávido de venganza...

»¡Ah! ¡Si existiera!... Yo caería a sus pies y le diría: "He merecido la muerte; pero Dios grande, Dios bueno, Dios indulgente, ¡devuélveme a la que amo!"»

La noche estaba muy avanzada. Después de una hora o dos de sueño tranquilo, llegó Fouqué.

Julien se sentía fuerte y decidido como el hombre que ve claro en su alma.

Capítulo 45

-No quiero jugarle a ese pobre padre Chas-Bernard la mala pasada de llamarle -dijo Julien a Fouqué-; el pobre no podría comer luego en tres días. Pero procura encontrar un jansenista amigo del padre Pirard, que sea inaccesible a la intriga.

Fouqué esperaba con impaciencia aquella decisión. Julien cumplió decentemente todo lo que en provincias se debe a la opinión. Gracias al padre de Frilair, y a pesar de la mala elección de confesor, Julien era, en su calabozo, el protegido de la congregación; con un poco más de habilidad habría podido escaparse. Pero el aire viciado del calabozo producía su efecto: su razón se nublaba. Por eso fue aún más feliz con el retorno de la señora de Rénal.

-Mi deber principal es cuidar de ti -le dijo ella, abrazándole-; me he escapado de Verrières...

Julien no tenía con ella ningún amor propio; le contó todas sus flaquezas. La mujer fue buena y encantadora para él.

Por la tarde, apenas salió de la cárcel, hizo ir a casa de su tía al sacerdote que se aferraba a Julien como a una presa; como este individuo no deseaba otra cosa que hacerse un nombre entre las mujeres jóvenes de la alta sociedad de Besancon, la señora de Rénal consiguió fácilmente que se fuera a hacer una novena al monasterio de Bray-le-Haut.

No hay palabras para expresar el exceso y locura del amor de Julien.

A fuerza de oro, y usando y abusando del crédito de su tía, beata célebre y rica, la señora de Rénal consiguió verle dos veces al día.

Ante esta noticia, los celos de Mathilde se exaltaron hasta el desvarío. El padre de Frilair le había confesado que todo su crédito no llegaba hasta el punto de poder desafiar todas las conveniencias para conseguir que le permitieran ver a su amigo más de una vez al día. Mathilde hizo seguir a la señora de Rénal para saber al detalle todo lo que hacía. El padre de Frilair agotaba todos los recursos de un espíritu sumamente astuto para hacerle comprender que Julien era indigno de ella.

En medio de todos aquellos tormentos, ella le amaba más aún, y casi a diario le hacía alguna escena terrible.

Julien quería a toda costa portarse honestamente, hasta el fin, con aquella pobre muchacha, que él había comprometido de forma tan extraña; pero, a cada momento, el amor desenfrenado que sentía por la señora de Rénal triunfaba de todo lo demás. Cuando, por razonamientos capciosos, no lograba convencer a Mathilde de la inocencia de las visitas de su rival, decía: «Ahora ya, el fin del drama debe de estar muy cerca, y esto es una disculpa para mí que no sé disimular mejor».

La señorita de La Mole se enteró de la muerte del marqués de Croisenois. El señor de Thaler, aquel hombre tan rico, había permitido hacer comentarios poco favorables, relativos a la desaparición de Mathilde; el marqués de Croisenois le rogó que se retractara: el señor de Thaler le enseñó anónimos dirigidos a él, llenos de detalles, tramados con tanto arte, que el pobre marqués no pudo menos de comprender la verdad.

El señor de Thaler se permitió burlas groseras. Ebrio de ira y desesperado, el marqués de Croisenois exigió una reparación tan dura, que el millonario prefirió un duelo. La majadería triunfó, y uno de los hombres de París más dignos de ser amados encontró la muerte, cuando aún no había cumplido los veinticuatro años.

Aquella muerte causó una impresión extraña y enfermiza en el alma debilitada de Julien.

-El pobre Croisenois -le decía a Mathilde- ha sido realmente muy razonable y muy honrado con nosotros; debió odiarme cuando usted comenzó a cometer imprudencias en el salón de su madre, y desafiarme, pues el odio que sucede al desprecio suele ser siempre furioso...

La muerte de Croisenois cambió todas las ideas de Julien respecto al porvenir de Mathilde; empleó varios días en demostrarle la conveniencia de aceptar la mano del señor de Luz.

-Es un hombre tímido, no demasiado jesuita -le decía-, y que sin duda ocupará algún puesto elevado. De una ambición más oscura y más continuada que el pobre Croisenois, y sin ducado en su familia, no tendrá inconveniente en casarse con la viuda de Julien Sorel.

-Y una viuda que desprecia las grandes pasiones -replicó fríamente Mathilde-, pues ha vivido lo bastante para ver, después de seis meses, que su amante prefería a otra mujer, y una mujer que fue la causa de todas sus desdichas.

-Sois injusta; las visitas de la señora Rénal darán motivo para hacer frases singulares al abogado de París, encargado del recurso de mi causa; pintará al asesino honrado por los cuidados de su víctima. Esto puede hacer efecto, y quizás algún día me vea protagonista de algún melodrama, etc., etc.

Unos celos furiosos e imposibles de vengar, la continuidad de una desgracia sin esperanza (pues aun suponiendo que Julien se salvase, ¿cómo volver a conquistar su corazón?), la vergüenza y el dolor de amar más que nunca a aquel amante infiel, habían sumido a la señorita de La Mole en un silencio triste, del que no la podían sacar ni los cuidados solícitos del padre de Frilair ni la ruda franqueza de Fouqué.

En cuanto a Julien, excepto en los momentos usurpados por la presencia de Mathilde, vivía de amor y casi sin pensar en el porvenir. Por un extraño efecto de esta pasión, cuando es extremada y sin fingimiento alguno, la señora de Rénal casi compartía su inconsciencia y su dulce alegría.

-En otro tiempo -le decía Julien-, cuando podía haber sido tan feliz, durante nuestros paseos por los bosques de Vergy, una ambición fogosa arrastraba mi alma hacia países imaginarios. En vez de apretar contra mi corazón este brazo encantador, que estaba tan cerca de mis labios, el porvenir me alejaba de ti; pensaba en los innumerables combates que tendría que sostener para levantar una fortuna colosal... No, habría muerto sin conocer la dicha, si usted no hubiera venido a verme en esta prisión.

Dos sucesos turbaron aquella vida tranquila. El confesor de Julien, a pesar de ser jansenista, no pudo ponerse al abrigo de una intriga de los jesuitas y, sin saberlo, se convirtió en su instrumento.

Fue un día a decirle que, a menos de caer en el horrible pecado del suicidio, debía hacer todos los esfuerzos posibles para conseguir su indulto. Y puesto que el clero tenía mucha influencia en el Ministerio de Justicia en París, había un medio muy fácil: convertirse con solemnidad...

-¡Con solemnidad! -repitió Julien-. ¡Ah! También le pillo a usted, padre, representando la comedia como un misionero...

-La edad de usted -repuso gravemente el jansenista-, la cara interesante con que le ha dotado la Providencia, el propio motivo mismo de su crimen, que sigue siendo

inexplicable, los intentos heroicos que la señorita de La Mole prodiga en su favor, todo, en fin, hasta la rara amistad que le demuestra su víctima, todo ha contribuido a convertirle en el héroe de las damas jóvenes de Besancon. Por usted lo han olvidado todo, hasta la política...

»Su conversión repercutiría en sus corazones, dejando en ellos una impresión profunda. Puede usted ser de gran utilidad a la religión, y yo sólo dudaría por la frívola razón de que los jesuitas harían lo mismo en caso semejante. ¡Pero entonces resultaría que, aun en este caso particular, que escapa a su rapacidad, causarían perjuicio! Que no sea así... Las lágrimas que su conversión de usted haga verter anularán el efecto corrosivo de diez ediciones de las obras impías de Voltaire.

-¿Y qué me quedará -respondió fríamente Julien- si me desprecio a mí mismo? He sido ambicioso, no quiero censurarme; entonces obraba con arreglo a las conveniencias del tiempo. Ahora vivo al día. Pero sería muy desgraciado si me entregara a alguna cobardía...

El otro incidente, mucho más sensible para Julien, fue debido a la señora de Renal. Por lo visto, alguna amiga intrigante llegó a convencer a aquella alma ingenua y tan tímida de que su deber era ir a Saint-Cloud y echarse a los pies del rey Carlos X pidiendo clemencia.

Había hecho el sacrificio de separarse de Julien, y, después de tal esfuerzo, el desagrado de exponerse al público, que en otra época le hubiera parecido peor que la muerte, ya no representaba nada para ella.

-Me presentaré al rey, confesaré en voz alta que eres mi amante; la vida de un hombre, y de un hombre como Julien, debe estar por encima de todas las consideraciones. Diré que has atentado contra mi vida por celos. Hay muchos ejemplos de pobres gentes salvadas en casos semejantes por la humanidad del Jurado o la del rey...

-Dejaré de verte, te cerraré la puerta de mi calabozo -exclamó Julien-, y desde luego, al día siguiente me mataré de desesperación, si no me juras que no has de dar un paso que nos ponga a ambos en evidencia ante el público. Esta idea de ir a París no es tuya. Dime el nombre de la intrigante que te la ha sugerido...

»Seamos felices durante el corto número de días de esta breve vida. Ocultemos nuestra existencia, mi crimen es demasiado evidente. La señorita de La Mole tiene la mayor influencia en París, y no dudes de que hace todo lo humanamente posible. Aquí, en provincias, tengo contra mí a todas las gentes ricas, y consideradas. Tu paso agriaría aún más a estas gentes ricas, y sobre todo moderadas, para quienes la vida es una cosa tan fácil... No demos motivos de risa a los Maslon, los Valenod y a otros mil que son mejores.

El aire infecto del calabozo se le hacía insoportable a Julien. Por fortuna, el día en que fueron a anunciarle que había de morir, un sol espléndido alegraba la naturaleza, y Julien se sentía animoso. Andar al aire libre fue para él una sensación tan deliciosa como el pisar tierra para el navegante que lleva mucho tiempo en el mar. «Vamos, todo va bien; no me falta firmeza.»

Nunca había sido más poética aquella cabeza que en el momento en que iba a caer. Los ratos más dulces, pasados en otro tiempo en los bosques de Vergy, acudían desordenadamente a su memoria, y con una energía extremada.

Todo se cumplió sencillamente, convenientemente y sin afectación alguna por su parte.

La antevíspera le había dicho a Fouqué:

-No puedo responder de si me emocionaré; este calabozo tan horrible, tan húmedo, me produce momentos de fiebre en los que no me reconozco; pero miedo no, no me verán palidecer.

Había preparado con anticipación las cosas de modo que, la mañana del último día, Fouqué se llevase a Mathilde y a la señora de Renal.

-Llévatelas en el mismo coche -le había dicho-. Arréglatelas para que los caballos de posta vayan siempre al galope. Caerán una en brazos de la otra, o se demostrarán un odio mortal. En cualquiera de los dos casos, esas pobres mujeres se distraerán algo de su horrible dolor.

Julien había exigido a la señora de Renal el juramento de que viviría para cuidar del hijo de Mathilde.

-¿Quién sabe? -le decía un día a Fouqué-. Quizá tengamos alguna sensación después de la muerte. Me gustaría descansar, puesto que descansar es la palabra, en aquella pequeña gruta de la alta montaña que domina Verrières. Varias veces te lo he dicho; retirado en aquella gruta, por la noche, contemplando a lo lejos las comarcas más ricas de Francia, la ambición, mi pasión de entonces, embargaba mi alma... En fin, le tengo cariño a esa gruta, y no se puede negar que está situada de modo que daría envidia al alma de un filósofo... ¡Pues bien! Estos congregantes de Besancon hacen dinero de todo; si tienes habilidad, te venderán mis restos mortales...

Fouqué tuvo éxito en esta triste negociación. Pasaba la noche solo, en su cuarto, junto al cuerpo de su amigo, cuando, con gran sorpresa suya, vio entrar a Mathilde. Pocas horas antes la había dejado a diez leguas de Besancon. Tenía la mirada y los ojos extraviados.

-Quiero verle -le dijo.

Fouqué no tuvo el valor de hablar ni de levantarse. Le señaló con el dedo una gran capa azul que se hallaba en el suelo; allí estaba envuelto lo que quedaba de Julien.

Ella se arrodilló. El recuerdo de Boniface de La Mole y de Margarita de Navarra le dio, sin duda, un valor sobrehumano. Sus manos temblorosas apartaron el paño. Fouqué volvió los ojos.

Oyó que Mathilde andaba precipitadamente por la habitación. Encendía varias velas. Cuando Fouqué tuvo fuerzas para mirarla, vio que había colocado la cabeza de Julien en una mesita de mármol frente a ella, y la besaba en la frente...

Mathilde siguió a su amante hasta la tumba que él eligiera. Gran número de sacerdotes escoltaban el ataúd y, sin que nadie lo supiera, sola en su coche enlutado, ella llevaba sobre sus rodillas la cabeza del hombre a quien tanto había amado.

Llegados al punto más alto de una de las elevadas montañas del Jura, en plena noche, dentro de aquella pequeña gruta espléndidamente iluminada por gran número de cirios, veinte sacerdotes cantaron el oficio de difuntos. Todos los habitantes de los pueblecillos de la montaña que atravesó el cortejo lo habían seguido, atraídos por la singularidad de aquella extraña ceremonia.

Mathilde apareció en medio de ellos, vestida con largas tocas de luto, y al acabar la ceremonia hizo repartir varios millares de monedas de cinco francos.

Una vez sola con Fouqué, quiso enterrar con sus propias manos la cabeza de su amante. Fouqué casi enloqueció de dolor.

Gracias a los cuidados de Mathilde, aquella gruta salvaje fue adornada con

mármoles esculpidos en Italia, sin reparar en gastos.

La señora de Renal fue fiel a su promesa. No trató en manera alguna de atentar contra su vida; pero, tres días después que Julien, murió abrazando a sus hijos.

El inconveniente del dominio de la opinión, que, por otra parte, trae consigo la libertad, es que se mete en lo que no le importa; por ejemplo: en la vida privada. De ahí, la tristeza de América y de Inglaterra. Para evitar toda intromisión en la vida privada, el autor ha inventado una pequeña ciudad, Verrières, y, cuando ha necesitado un obispo, un Jurado y una Audiencia, los ha situado en Besancon, donde no estuvo jamás.